

Pedro Hernán
Portilla Salas

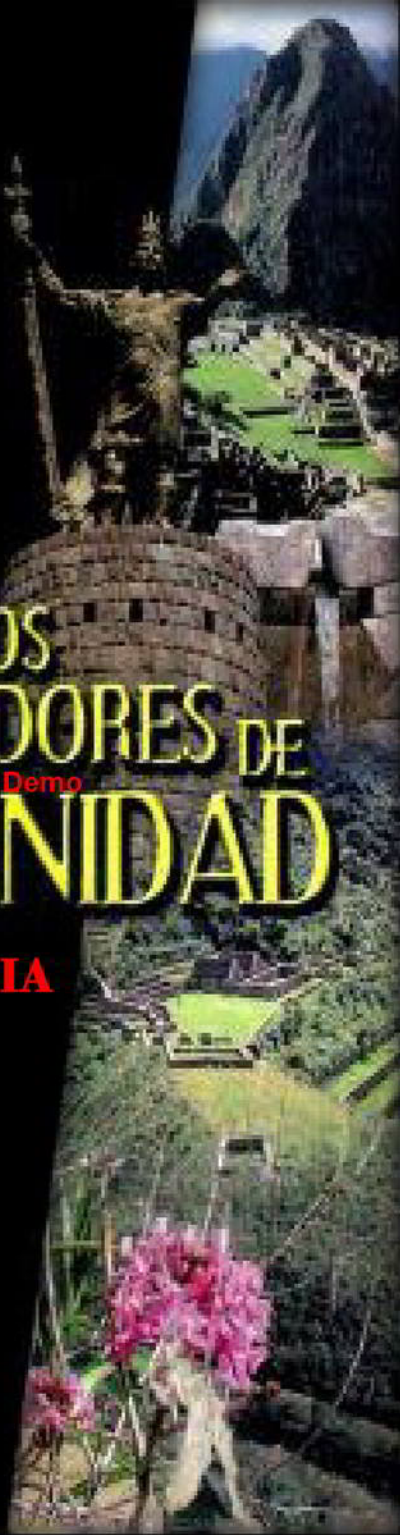
LOS
FORJADORES DE
LA ETERNIDAD

PDF Reducer Demo

MITOHISTORIA
INKA

CUSCO - PERÚ

Repositorio - UNAMBA



Pedro Hernán Portilla Salas

LOS FORJADORES DE LA ETERNIDAD

MITO HISTORIA INKA

CUSCO - PERÚ



Derechos de autor : Partida Registral N° 00494-2003

DERECHOS RESERVADOS; DECRETO LEGISLATIVO N° 822

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del autor

© 2004 - EDITORA MAGISTERIAL Servicios Gráficos - Lima - Perú
Composición e Impresión: EDITORA MAGISTERIAL. Servicios Gráficos
Av. Gregorio Escobedo 598 - Jesús María Telefax: 261 4005

Hecho el Depósito Legal N° 1501132004 - 5514



*A Mayté, mi hija; luz que ilumina, desde allá,
las entrañas del Ausangate.*





*Aquí yace el hueso terco de la patria.
Aquí habita la voz rencorosa de la historia.
Aquí rondan los sueños silenciosos de los
pueblos.*

.....

RENE RAMÍREZ LEVANO (+)





INDICE

Capítulos	Página	Capítulos	Página
Capítulo I	13	Capítulo XIV	295
Capítulo II	51	Capítulo XV	313
Capítulo III	85	Capítulo XVI	333
Capítulo IV	93	Capítulo XVII	349
Capítulo V	119	Capítulo XVIII	361
Capítulo VI	133	Capítulo XIX	375
Capítulo VII	155	Capítulo XX	409
Capítulo VIII	177	Capítulo XXI	427
Capítulo IX	191	Capítulo XXII	467
Capítulo X	215	Capítulo XXIII	485
Capítulo XI	233	Capítulo XXIV	509
Capítulo XII	253	Capítulo XXV	523
Capítulo XIII	281	Capítulo XXVI	543



En tiempos idos de la humanidad, pocos fueron los hombres que cambiaron el rumbo de los pueblos; la sociedad Inka, después del gran *Manko Qhapaq*, tuvo a dos prominentes: *Wiraqocha Inka Yupanqui* y *Pachakutiq Inka Yupanqui*, ambos, de la estirpe imperial de *Hurin Qosqo*.

Por si existan aún personas que no conocen quiénes fueron estos hombres; esta crónica, sin pretender llamarse biografía, narra los rasgos más importantes de cuanto aconteció en la vida y gobiernos de *Wiraqocha Inka Yupanqui* y de su hijo *Pachakutiq Inka Yupanqui*.

Los personajes, lugares, organizaciones y obras que aparecen en la narración, son reales; sólo algunos hechos restrictamente necesarios son ficticios y en ciertos casos distorsionados, aún así, las ficciones que más adelante encontrará el lector, no están alejadas de la realidad histórica y concreta de la cosmovisión del mundo Inka.

Se hace esta necesaria aclaración, para guardar distancia con el rigor de los historiógrafos y que venido el caso, no se diga que a esta mito-historia Inka, le falta o está por demás algún hecho.

Con esta advertencia, los personajes del relato, están perennizados en la historia como tales y sus grandes obras, yacen incólumes allí donde sus forjadores las edificaron, como si con esa excelsa factura, pretendieran ya, tiempos de oprobio y dejaban a las futuras generaciones como hitos de grandeza humana en la maraña del devenir.

Dicho esto, las grandes obras con las que el lector en adelante se encontrará - siempre que decida seguir con la lectura-, no le permiten al narrador ficcionar más de lo necesario; sus propias ficciones, resultarían hasta cierto punto, baldías frente al portento y la grandeza de las mismas.



I

Valiente e indómito para defender la integridad y seguridad humana, Juez incorruptible e implacable en el cumplimiento de las leyes, filósofo y sabio en transferir conocimientos, baquiano y eximio labrador de tierras, preocupado, cariñoso y bondadoso patriarca en la conducción espiritual de las personas de su grey, respetado, amado y temido por todos, fue la aureola que cubrió la vida de *Wiraqocha Inka Yupanki*. Cuando éste, recibió el *Llauf'o* o Borla Imperial y tomó entre manos el mando del *Tawantinsuyu* o el Imperio de las cuatro regiones, el viejo gobernante de entonces, *Yawar Waaq Inka*, padre de aquel, mientras tomaba el juramento, supo vaticinar sobre el futuro del Imperio, expresando: Hijo mío, se avecina tiempos difíciles, sólo hombres buenos, justicieros y fuertes como tú, podrían enfrentar con éxito a lo que después vendrá; desde hoy, es responsabilidad tuya hacer lo que yo, en tu lugar, por los achaques de la edad, ya no podría asumir. El joven *Wiraqocha*, parco y sereno, quien había escuchado con atención aquellos presagios de su padre, dejó respondido: No os preocupéis padre mío, se hará lo que pensáis y lo que la razón mande. Todo esto, sucedía en la transferencia del mando y como que solía estilarse en la sagrada ciudad del Sol o *Qosqo*,

capital del Imperio, el día de la coronación, casóse también con la princesa *Chimpu Oqllu*, hermana suya, nacida en la nación *Qotanera*.

En el acto del matrimonio y coronación, hubo fiesta, algarabía y baile popular; en cuya ocasión, la Inteligente y bella princesa que desde aquel matrimonio, tomaría el nombre de *Mama Chimpu*, también fue coronada por la anciana madre de ambos contrayentes, llamada ella: *Mama Qori Kuka*. Ella, señada a los protocolos, luego del acto ceremonial, habíale conducido a la flamante reina-hija, hacia el ventanal del palacio, desde dónde mostrando a la multitud que clamaba y vitoreaba a los nuevos gobernantes, recomendábale: ¿Veis esa multitud que os aclama y vive vuestra coronación?. Preguntó y ella misma respondió: ¡Ellos, son tu ascendencia y descendencia!. Por ellos y con ellos, ayudarás a tu marido a buscar mejor destino. Vuestra tarea es pues, lograr la transformación de la humanidad, haciendo de los hombres trabajadores, saludables, cultos, participativos y solidarios con sus semejantes. Esto, no se logrará con buenas intenciones, flaquezas, menos holgura; mucho trabajo y sacrificio habrá de costar. Desde hoy, esta multitud que os vitorea, queda en tus manos y bajo tu amparo; madre, eres de todas, su alegría será tu gozo y el sufrimiento de ellos, tu llanto y preocupación. Tu destino, está consustanciado al destino de tu pueblo; fui reina como las ancestras fueron en su oportunidad y como que hoy eres tú y después vendrán otras tantas. Bajo estas reglas y principios, condujimos a nuestro pueblo hacia la eternidad. *Wiraqocha Yupanqui*, es tu Inka, como lo es de su pueblo, a la vez eres tú, la reina del Inka, gobernarán mientras fuerzas tengan para

gobernar. Un día no muy lejano, concebirás un hijo, éste se hará fuerte y poderoso, tomará la posta del gobierno y bajo su conducción más superada que la vuestra, nuestro pueblo avanzará hacia niveles más supremos de vida. De modo que, mi adorada *Mama Chimpu*, soy vieja, mañana estaré muerta, dejo en tus manos al Inka y su pueblo. Él, será digno, justiciero, valeroso y poderoso, en tanto tú estés tras él, como una mujer bondadosa, justa e inteligente, que sepa comprender a su marido y a su pueblo, en tiempo bueno como en el malo. Si no ocurre esto, es potestad de tu Inka y la dé su Consejo, sustituir con otra mujer, mejor que tú. Espero que ello no ocurra nunca. Dejaba dicha la madre ex-reina.

Como quien prelude difícil futuro, la anciana con sus ojos eclipsados por las lágrimas que brotaban de las profundidades de su flácido y rugoso rostro, había recomendado a la hija, lo que en el futuro debiera o no hacer. En tanto la nueva reina, muy a pesar de su estado juvenil, comprendía la responsabilidad que en adelante pesaría sobre ella. Ambas, habían llorado, ella, la novísima reina, entre lágrimas, también había prometido invocando como testigo a Dios, guardar sus encargos y ser buena compañera de su hijo y mejor madre del hijo de su hijo y de su pueblo, diciendo: ¡Madre *Qori Kuka*, te prometo ante Dios nuestro padre El Sol, que te daré un hijo igual de poderoso, justiciero e inteligente o más que el propio Inka, de manera que con sabiduría conquiste el mundo y siembre sobre los pueblos justicia y saber!. Era la promesa que hacía la reina a la madre. Esta a su vez, consolaba a la atribulada hija expresando: Hija mía, no dudo que será así, sólo que ya no tendré la oportunidad de conocer y

gozar de la grandeza de aquel prohombre; cuando llegue ese feliz momento, cuidala y ve la forma de hacerle entender que su nacimiento es una deuda para con la sociedad. ¡No llores, para tí, recién empieza la vida y mucho tiempo te espera, guarda tus lágrimas, quizá te falté como hoy a mí.

Así, salpicadas de lágrimas, llanto y expresiones apoteósicas de fiesta y esperanza de millones de personas, la joven pareja: *Wiraqocha Inka Yupanqui y Mama Chimpu Oqllu*, tomaron la posta de gobernar el gran Imperio del *Tawantinsuyu*. Gobernar, nunca fue ni será tarea sencilla, sobre todo, cuando ya el padre del Inka, por vejez y prefiudando quizá su muerte, al constatar indicios aparentes de crisis, ocasionado en parte por sus flaquezas, había vaticinado tiempos malos que zozobrarían al imperio y también casi a regañadientes dejó transferido el poder a éste su hijo, quien tiempos atrás tuvo el valor de salvar al Imperio de la invasión Chanka ¹.

Y los tiempos malos, no se dejaron esperar, no habían transcurrido dos lunas desde la transferencia del poder y vino en anunciarse el deceso del ex-Inka. Había muerto el anciano *Yawar Waqraq Inka*, casi simultáneamente, ocurrió también con su esposa. Dolor y llanto sumió al imperio. Las gentes de las comarcas, villorrios, pueblos y demás centros poblados del imperio, lloraron. Ancianos y ancianas de la pléyade de los monarcas difuntos, parecían

1 Nación colindante con el Imperio del Tawantinsuyu, que intentó sojuzgar a los Inkas y fue *Wiraqocha*, aún muy joven, quien comandó la resistencia y posterior sojuzgamiento y expatriación del los Chankas.

haber esperado la muerte de su Inka y reina o *Qoya*, como al éxodo de toda una generación, para dirigirse hacia el más allá y, empezaron también ellos a morir. Murieron de llanto, se suicidaban: "Sin ellos, la vida ya no tiene sentido". Erán las sentencias que decretaban los corazones dolidos de la generación de los extintos monarcas. De modo que, desde el nuevo Inka en la sede del imperio, como en todos los pueblos del vasto territorio Tawantinsuyano, lloraron, embalsamaron sus restos y despidieron cada cual a sus muertos.

Pasó el tiempo del dolor y el imperio, entró otra vez a su rutina, por lo visto, los presagios del difunto padre, parecían cumplirse inexorablemente; sin embargo, *Wiraqocha Inka y Mama Chimpú*, no se amilanarían y fieles a sus promesas, hicieron lo que debieron de hacer, trabajar y trabajar. Aún así, el período que le cupo enfrentar al *Inka Wiraqocha*, fue el lapso en que las ironías del destino hicieron tambalear al imperio. Aunque para *Wiracocha*, una catástrofe de grandes magnitudes como la que se avecinaba, ya no fue novedad, supo de otra anterior, cuando aún era niño. Por expresiones de su padre y de los viejos consejeros, había escuchado como ficticias narraciones, de una terrible ruina que habíase producido hace más o menos mil años atrás. En aquella oportunidad, conforme informaban los anales de la historia, no fue la agobiante sequía, mucho menos la horrenda peste, tampoco la dolorosa enfermedad, las que en esa ocasión castigaron e hicieron remecer las entrañas mismas de la tierra, algo peor, fue quizá, el resultado infeliz de la obra desordenada y caprichosa de las gentes de aquel entonces que, soslayando las enseñanzas del omnipotente *Inti Tayta*

o padre Sol, habiáanse dedicado más a procrear que a trabajar y, desobedeciendo a su Inka Rey, olvidaron el buen vivir y se portaron como salvajes y en promiscuidad, superviviendo el más fuerte. Aquello, hubo de ser tan ingobernable, que el mismo soberano o quien hacía sus veces, compungido e indignado por lo que venía ocurriendo al interior de la sociedad, sintiéndose sin fuerzas para enfrentar, había tomado la decisión de ascender a las cimas de la cordillera tutelar el que después se llamaría *Awqanqate* e implorar allí al Dios Sol, para que él, como padre del universo recomponga aquel desorden. Cuentan que cuando se produjo aquella hecatombe, las fuerzas telúricas acompañadas de tempestades, truenos, tormentas y torrenciales lluvias, remecieron el planeta. La ira de la naturaleza, había sumergido entre el lodo de cantos, gujarros y agua a inocentes y pecadores. Hombres y mujeres, niños y viejos fueron sumergidos en las entrañas de la *Pachamama* o madre tierra; quedaron sólo aquellas sacrificadas gentes que habían observado las enseñanzas del poderoso. Años después, los sobrevivientes de aquel desastre, retomaron nuevamente el largo y sacrificado proceso de la reconstrucción. Había empezado la nueva era de *Manko Qapaq Inka* y sus cuatro hermanos, cuya historia es larga y requiere de un tratado especial, aún así, más adelante conoceremos la síntesis de aquellas vidas. Desde entonces, cautelosos a las enseñanzas del Dios Sol, posteriores generaciones, descendientes de aquellos escogidos, hasta mucho tiempo después, obraron con recato y observancia a los mandatos del creador y de su hijo el Inka. Pero, como todo en la vida pasa, pasaron una generación, otras y otras; de consternantes relatos y enseñanzas prácticas del buen vivir, los tristes, dolorosos

y aciagos momentos de llanto, lamento y dolor, con el trajinar de los años, décadas y centurias se iban tornando poco a poco en intrascendentes recomendaciones de incomprendidos viejos, generalmente desoidos por los jóvenes, quienes henchidos de energía y de la sonrisa del buen tiempo, olvidaron todo, sólo el tiempo que pasa indiferente y sin preguntar quién hace bien o mal las cosas, seguía discurriendo implacablemente. Mientras tanto aquellas generaciones marchaban tan deprisa, que no tenían tiempo, ni cabía razón para mirar atrás y hasta parecía que tampoco miraban adelante. Fue entonces, cuando surgió en la palestra política del Imperio, el joven *Wiraqocha*.

Este, lejos de seguir, mejor dicho, conducir su pueblo, hacia un cause fácil por donde querían transponer las gentes de su generación, se detuvo a observar el rumbo de la sociedad y entendió que las referencias y recomendaciones de los abuelos, su viejo padre y los incomprendidos sabios, no habían sido ficciones ocurridas sólo en las cabezas de aquellos hombres, sino, realidades amargas e inevitables. Así, aquella sociedad desde luego, generación del Inka y de los de mucho antes, entangadas en sus propias ambiciones y contradicciones, habían subestimado las enseñanzas de la historia; fue también el momento, cuando el joven Inka, optó por enrumbar hacia mejores destinos a su pueblo. Pero, ironías de la naturaleza, el Arquitecto del universo, ya las había sentenciado e inexorablemente devendría la catástrofe. Por su parte el Inka ante esta situación, se dijo entre sí: A este paso, si a la sociedad no se la endereza, pronto devendrá lo peor. No era para menos, aquella disoluta vida

y los logros que aún estas generaciones venían disfrutando a manos llenas y en forma fácil, pese a quién pesare, correspondían a los correctivos y al sacrificio que los ancestros de otros tiempos habían emprendido, después de aquel cataclismo. Por citar un ejemplo y sin ir lejos, las tierras que en tiempos pretéritos los antiguos moradores, bajo sus puntos de vista y necesidades las tenían habilitadas a la vera de los ríos, al contorno de los manantiales o en el de alguna otra fuente; hoy, a duras penas y sin mucho esfuerzo, daban aún algún beneficio marginal. Aquellos magros resultados, en verdad, no habían sido superados ni eran suficientes como para cubrir la presión del crecimiento vegetativo de su población. En suma, bajo este punto de vista, los pequeños espacios agrícolas, más bien, se iban reduciendo y las cosechas, no soportaban las crecientes exigencias alimentarias. Preludiaba el hambre.

Por lo general en las sociedades, a una crisis, siempre precede la "bonanza", la vida disipada de las gentes que disfrutaban sacrificios ancestrales, es su arquitectura. En este caso, no pudo ser distinto, consumían lo que a ellos poco les había costado y olvidaron que la población crecía geométricamente. Primero, sobrevino lo que a lo lejos se veía venir, un prolongadísimo período de sequía, asociada con la invasión de plagas; luego, la hambruna con su secuela de levantamientos sociales. Los presagios de su difunto padre, se cumplieron. Los ríos, manantiales y lagunas que regaban los campos, empezaron a evaporarse; las lluvias que refrescaban las moyas de secano ya no retornaron más. Tampoco las semillas germinaron, ni retoñaron las plántulas. La fértil madre tierra,

de pronto perdió su verdor y sus encantos multicolores se desvanecieron; se marchitaron las plantas, declinaron las flores y desfoliaronse las ramas. La alegría campestre de las primaveras, veranos y otoños fueron engullidas por el seco y frío invierno. El viento, las bajas temperaturas en las alturas, el calor y las plagas en los valles enseñorearonse y finiquitaron la vida. En suma, el frío, la sequía y las plagas, privaron al hombre y a los animales del sustento vital; y a la tierra agrícola, el intenso calor succionaba hasta la última gota de agua, para dejarlas resacas, agrietadas, polvorientas y de color a desolación.

Como que los males nunca andan solos, un buen día cuando el Sol omnipotente, diáfananamente iluminaba la faz de la tierra y sus hijos compungidos por tanto enojo de su Dios, rendían pleitesía, trabajando y trabajando en los campos de cultivo donde aún tenían su poquito de agua; el cielo azul del firmamento, de un de repente ensombrecióse y de súbito, vino la oscuridad, la noche. Un raro sonido como el traqueteo de las matracas resonó y se apoderó del ambiente. No era eclipse, tampoco tempestad, entonces, ¿qué era?. Millones de personas, mujeres y varones, niños y ancianos sintieron y constataron de cerca de cómo era el ocaso del omnipotente. El frío se apoderó de ellos en pleno meridiano; la desesperación, el desconcierto, la angustia, había cundido entre los hombres. Casi todos habían desfallecido. Unos corrían, otros lloraban, gritaban tratando de encontrar al astro Sol en el firmamento, pero aquel a vista y paciencia de sus hijos, era devorada por una mancha negra que lentamente se deslizaba por el espacio. Las gentes, desesperadas creyeron que aquello era el fin de la humanidad. Recién

los incrédulos y los crédulos unidos en el temor a la ira o flaqueza de Dios, postrados y llorosos imploraban perdón por sus pecados. Lamentablemente, todo parecía tarde e inexorable. La oscuridad con su manto umbrío cubrió al Sol; sólo el monarca *Miragocha*, convencido que mientras su padre Sol, reine el universo, no habría fuerza capaz de desafiar a su poderío por mucho tiempo. Con esa absoluta seguridad, hizo comprender a su pueblo que aquella nube que habíase osado ensombrecer el espacio, no correspondía a algo sobre natural: ¡Será quizá algún humo negro de la floresta arrastrado por el torbellino del vendaval o tal vez, se tratará de la invasión de animalejos rapaces, enemigos de las plantas y los hombres a los que sin compasión había que destruir! Opinaba el Inka en sus adentros. Para demostrar lo que tenía pensado, había tomado una de sus contundentes armas, la flecha incandescente y en presencia de los miles y miles de fieles, lanzó proyectiles de fuego sobre la itinerante mancha negra que se desplazaba por el espacio. El proyectil, abrió un forado en la "nube" movедiza, precipitándose en el momento sobre tierra, un enjambre flameante de bichos raros. El monarca y sus consejeros, para constatar y evaluar la magnitud de la rareza de aquellos inesperados visitantes, ante atónita alegría del pueblo, inmediatamente habíanse acercado al enjambre caído del cielo. En el momento, entendieron que el problema era vital. Millones y millones de insectos llamados por ellos *Aqarways* o langostas, habían invadido y que muy pronto, depredarían los escasos cultivos y plantas que aún quedaban. Es más, concluyeron que si en el momento oportuno no se tomaban medidas precisas para exterminar a los raros visitantes, después del ataque, no quedaría planta sobre la tierra;

pues aquellos intrusos insectos que convulsionaron de espanto al pueblo, no tenían más fin que la de despojar para sí, los pocos alimentos que aún le quedaban al hombre; ¡Lamentablemente, estas criaturas no se alimentan de piedras, sino, de plantas, el objetivo es desaparecerlas!. Había sentenciado el Inka. Entendidas así la magnitud del problema; *Wiraqocha Inka*, no dudó en disponer que todos los habitantes del imperio que hasta aquel instante tributaban con bienes y servicios al Estado; en adelante, para exterminar al invasor, sin distinción, dedicarían su tiempo a capturar insectos vivos o muertos y con ello, pagarían sus tributos: ¡Al hombre, le vale más el enemigo vivo que muerto, recójase más vivo que muerto, luego sabremos de dónde vienen, cómo viven, cómo se reproducen y en qué nos pueden ser útiles!. Fue el decreto del Inka.

No habían pasado siquiera un día de la dación de aquel decreto y la población se encontraba enfrascado en una cacería implacable de los insectos. Niños y ancianos, varones y mujeres; premunidos de trampas y artificios acondicionados con este fin, recolectaban en los campos infestados a los horribles depredadores. En menos de diez días, el atrio del *Urukancha* o almacén de guzanos, llenóse de rumas y piras de langostas. Los tributos llegaban desde los pueblos más alejados, en costales, talegas, mochilas, mantas, cántaros, canastas, toneles, canutos; en fin, cada tributario, adheriendo a su remesa el distintivo de la familia o *Ayllu*, pueblo o *Llaqta*, región o *Suyu* de donde procedía, enviaban los insectos capturados. Funcionarios encargados de controlar los tributos, recepcionaban y saldaban las cuentas de los contribuyentes. Los

entomólogos no quedaron atrás, seleccionaban y sistematizaban a los bichos según al interés de la ciencia. Así, en menos de noventa días de movilización social y arduo trabajo, habían logrado exterminar a los intrusos insectos, a la vez, descubrieron también, que este voraz animalejo, no era tan del otro mundo, como al principio imaginaron, sino que, se trataba más bien, del mismísimo solitario e inofensivo *Chillikito* o saltamonte, que en forma inadvertida y durante largo tiempo, quizá años, habría estado procreando en alguna de las tierras calientes de la floresta o de los valles y, llegado la sequía, encontraron el momento propicio para multiplicarse o apurar su multiplicación. Estas horribles plagas, habíanse reproducido con una velocidad tal que, de la tierra en vez de plantas, eclosionaban millares y millares de bichos raros, barrigudos, mitad lagartija y mitad cucaracha. Las larvas recién eclosionadas, para sobrevivir se movilizaban por la superficie del suelo con una agilidad fabril y con la misma agilidad cortaban y masticaban toda planta que brotaba sobre la faz; en esta fase, devoraban plántulas y plantas que emergían a flor de tierra, al no encontrar qué masticar sobre el suelo, su metamorfosis avanzaba y sus necesidades depredadoras también, se transfiguraban de ágiles larvas correteadoras a robustos saltamontes, aquellas débiles patitas de larva, se mutaban en potentes garrochas con las que se impulsaban primero para saltar a la copa de los arbustos pequeños y roer allí: hojas, flores, frutos y cortezas, dejando a su paso un sotobosque de leños esqueléticos. Y esto no quedaba allí, para infestar bosques de árboles altos, el milagro de la metamorfosis, nuevamente los transfiguraba al parecer en otra plaga; pues por encima de las musculosas patas, a la altura del

abdomen, les desarrollaba una forma de élitros que hacían de alas, tal que, con las potentes garrochas se impulsaban para saltar y, los élitros abiertos los mantenían en el aire por tiempo prudencial hasta posarse en el árbol gigante y arrasar allí, grandes espacios de bosques contiguos. Finalmente, mientras raían las hojas, flores, frutos y cortezas de árboles altos, los pequeños élitros se transformaban en grandes alas apergaminadas como de los pájaros o con más precisión, como de los murciélagos, con las que podían volar a grandes altitudes y a largas distancias en busca de campos de cultivo y bosques nutridos. Eran imposibles de contar, que al desplazarse por el aire, cubrían hasta el mismísimo rostro sagrado del propio Dios. Precisamente fue éste, el momento en que la inmensa parvada de insectos cruzó con *Wiraqocha Inka* y su pueblo; fue también, esta inconmensurable cantidad de enemigos vivos a los que lograron exterminar.

El monarca antes de disponer la recolección, había dicho también: ¡Sean estos de ésta o de otra vida, las van a pagar caro!. En efecto, fue así, pagaron caro, porque de aquellos millones y millones de artrópodos, no quedó uno sin beneficiar a la sociedad, pues no olvide el lector que el Imperio está en hambruna. Después de haber derrotado a la intrusa plaga, estudiado sus hábitos, potencialidades y costumbres; los científicos, habían descubierto detalles muy importantes que perdurarían en la posteridad. Uno de aquellos, ocurrió cuando en el crematorio se procedía a incinerar los insectos. El hollazgo, indicaba que estos bichos en su contenido orgánico poseían abundantes sustancias oleaginosas, que sometidas a la cocción o combustión, segregaban ingentes

cantidades de aceite o quizá manteca, hecho que les sugirió extraer bloques de manteca y utilizarlos como alimentos de humanos, combustible, lubricantes en la navegación y construcción, hasta de medicina para curar los bronquios y los residuos, como alimento de animales. El común de la gente, no quedó atrás, forjó su propia tecnología; ellos eran más imaginativos, tomaban tres o cuatro insectos y los incrustaban en una varilla de bronce y tenían combustible lo suficiente para alumbrar todas las noches por muchísimo tiempo. Así, la horrenda plaga se transformó en un insumo alimenticio y energético, básico y codiciado.

Otro de los logros, había ocurrido en la forma como sigue. Cuando en el depósito de langostas, los entomólogos o *Urukamayoqs*, observaban y analizaban, constataron que por sobre las rumas de la carga insectil, sobrevolaban infinidad de pequeñas avispillas tratando de posarse e introducirse sobre el montón de langostas muertas y vivas. Al principio, les había causado molestias, pues la cantidad infinita de insectillos de alitas blancas que allí pululaban, dificultaba los trabajos de investigación. Hechas las pesquisas del caso, descubrieron que aquellos vivaces himenópteros, flotaban por aprovechar de la carroña insectil para procrear su especie, buscaban huéspedes y estos huéspedes, resultaron siendo las langostas. Y ¿cómo se presentaba éste fenómeno?, se preguntarán los lectores. Al respecto, las avispas hembras, inyectaban su ovipositor en los voluminosos abdómenes de sus huéspedes e introducían sus diminutos huevecillos; estos inóculos, luego de un tiempo prudencial, eclosionaban en larvas y las larvas, durante toda su

metamorfosis transcurrían alimentándose de las entrañas de la langosta. De modo que al examinar los entomólogos las vísceras de las langostas vivas, muertas y semimuertas diseccionadas, constataron que casi todas estaban inoculadas e incubando en sus vísceras a millares de las futuras avispas; es más, comprobaron que cuando las avispillas tiernas se aprestaban abandonar su lecho, las langostas prácticamente yacían carcomidas y sin poder continuar con su ciclo biológico. Desde luego este hallazgo había cambiado radicalmente los métodos tradicionales de lucha contra los insectos depredadores; en adelante, ya no se malgastaría esfuerzo humano ni tiempo en persecuciones y captura de plagas. Esta vez, por causalidad y mucha observación, habían llegado a la conclusión, que si bien en la naturaleza habitan enemigos naturales al hombre como la langosta y otros, por compensación estos, tenían sus propios adversarios que para supervivir necesitaban eliminar al otro. Entonces comprendieron que ésta, era una ley de la naturaleza, que para mantener el equilibrio de la vida en el planeta, cada especie tenía su propio enemigo natural que controlaba la primacía del otro. Desde aquel momento, en lo basto del imperio, habilitaron los denominados *urukanchas* o criaderos de insectos; allí, los entomólogos, premunidos de sus instrumentos y materiales necesarios, seleccionaban y sistematizaban a los insectos, tanto a los benéficos como a enemigos al hombre. En sí, era un zoo-invernadero, donde en condiciones naturales y bajo ecosistemas apropiados y en cantidades suficientes como para controlar grandes infestaciones de plagas se criaban a estos insectos. En adelante, con la experiencia de las

langostas, se tenían precisadas y especificadas los tipos de plagas que atacaban a la diversidad de cultivos en sus diferentes ciclos vegetativos y lógicamente sus correspondientes enemigos naturales que controlaban a las mismas.

De modo que de las instalaciones del *Urukancha*, los agricultores, en previsión de posibles ataques y preservar así sus cultivos, estaban obligados a recibir su dotación de los controladores biológicos, los que diseminados en los campos de cultivo, emprenderían también la faena de exterminar o ahuyentar los brotes de infestadores. Así, desde aquella oportunidad, bajo pena de castigo, los pobladores de todo el Imperio, administrarían las sementeras con los ojos bien abiertos y los oídos aguzados como para detectar especies raras que pudieran presentarse en los campos. Un extraño bicho, una vistosa mariposa, una atractiva mosquita u otra rareza viviente, tenían que ser capturadas y puestas a conocimiento de los especialistas; estos a su vez, procederían a observar y examinar el ciclo biológico, sus hábitos y costumbres, para finalmente desechar o inferir posibles infestaciones y ataques. De modo que en este segmento del mal tiempo, con sapiencia, imaginación y mucho trabajo, habían logrado enfrentar en parte el problema de la abominable plaga.

Pero, no fue así con la sequía. Esta, como fiera que atisba y sigilosamente devasta a su inofensiva presa, así venía desolando las fértiles tierras del Imperio. Con las escasas fuentes que aún quedaban como gotas cansadas

en los recodos de los anchurosos lechos, todavía sobrevivían uno que otro cultivo. Las cosechas como eran de esperar, pese a los denodados esfuerzos de los hombres, se contraían más, y más. Los *tampus*² o almacenes, poco a poco quedaron casi vacíos. La desnutrición, se vio muy cerca; en algunos pueblos, la desesperación causada por el hambre venía acarreado incomprendiones. En las comarcas fronterizas, por la misma causa, se presentaron brotes de enfrentamientos entre pueblos hermanos. La escasez de alimentos, deprimió a las poblaciones. Hasta los más protegidos del imperio, los niños, ancianos y minusválidos también fueron afectados seriamente. Como nunca, habíanse racionado los alimentos y los servicios básicos. Aún así, la población vulnerable, seguía siendo la que mejor trato recibía. Las gentes adultas y sin limitaciones físicas, los que buenamente se valían por sí mismos, habían redoblado su esfuerzo. Buscaban para los demás y para sí, sea arañando raíces, arrancando frutos y hojas silvestres o algo parecido que pudiera aplacar el hambre y la sed de todo un pueblo.

En circunstancias difíciles como estas, cuando la crisis hacía estragos en la sociedad, el oelo, la codicia y el embuste, no tardaron en tocar las puertas. Las gentes proclives a la vida fácil, al no hallar la ocasión de subsistir con embrollos y sutilezas, con las que inadvertidamente habían pasado su vivir en tiempos de bonanza, saltaron como las langostas y se vieron en serios aprietos: ¡Si la sequía es obra de Dios, dejémosla que sea él quién dé la

2 Grandes depósitos de alimentos, para socorrer contingencias como la sequía u otras adversidades.

solución; lo que es la plaga, la ociosidad, el robo y el embuste, las controlamos nosotros!. Era la ley dispuesta por el Inka *Wiraqocha*. Un ocioso, un ladrón, un mentiroso, no tenía porqué diferenciarse de una langosta; ambos, eran de igual depredadores y destructores de la sociedad. Si preservar la sociedad era el objetivo y por ello mismo, se exigía a sus miembros sobrehumanos sacrificios; la presencia de lacras como las que se han citado, tenían que ser extirpadas desde la raíz, era una obligación indiscutible. Así como para la langosta habían descubierto los controladores biológicos, con mayor razón, para los hombres que no gustaban trabajar, andaban hurtando o mintiendo, les esperaba la muerte. Pero no aquella muerte sumaria y rápida, un hachazo en el cuello y adiós villano; eso no, para ello por muy rápido que fuera el castigo, no había tiempo, menos fuerza que desgastar en liquidar a un ruín. El ocioso, el ladrón y el mentiroso, eran artífices de su propia muerte y su muerte, empezaba desde el primer momento en que sus debilidades las condujo a esas malas artes. El sólo estar codiciando los bienes ajenos, era ya la antesala de la muerte y la muerte, se llamaba *Waqlli*³.

Este *Waqlli*, no era el purgatorio en la otra vida a donde truhán después de haber gozado en este mundo con los sacrificios de los minusválidos, niños, ancianos y adultos, iba a la otra vida buscando a quien la juzgue y la confine al infierno quizás, si es que existía. No, eso no era *Waqlli*. Este lugar, encontrabase allí cerca, en la confluencia de los ríos *Apurimaq* y *Waynarimaq*, un lugar de verdad,

3 Nombre de una falla geológica ubicada en el río Apurimac.

más que Infierno, más que purgatorio era un precipicio de por lo menos unas cuatrocientas brazadas de profundidad, donde el penitente con sólo observar la negra grieta y escuchar el bramido de las entrañas del abismo, entendía que la muerte no estaba muy lejos ni tan cerca. Tampoco la muerte era esa sombra que rauda y silenciosamente transporta almas hasta el más allá. No, en *Waqlli* la muerte anidaba en sus grietas, fisuras y cavernas; tampoco eran monstruos, sino, buitres, halcones, felinos y de más rapiñas de carne y hueso que habitaban en esas grietas. Tal que el penitente, hombre de verdad no un ánima, sentía y veía a las fieras disputar de su propia carne y hueso. No por que sí, las gentes solían decir; *Waqlli*, es un profundo abismo, una falla geológica que Dios había dispuesto así, para castigar la maldad". De sus oscuras entrañas, el maullido de hambrientos felinos que asociados con el murmullo del caudaloso río y el eco del precipicio, parecían que resonaban mortales lamentos reclamando en unos, a los delincuentes mal habidos, en otros, clamores de perdón de desdichados sentenciados en éxtasis de muerte.

Rumbo a aquel lugar, los ociosos, ladrones y embusteros sentenciados, andando a tientas, la cabeza cubierta con una gorra negra, se dirigían en busca de su propia muerte. Una marcha hacia la muerte, nunca puede ser reconfortante; siempre es triste, deprimente y monótona. La población asistente a estas ejecuciones, acompañaba a los sentenciados con cánticos y plañidos de resignación; si bien estos desvariados de la ley, habían delinquido, atentado contra la misma médula de la sociedad en momentos en que ésta se encontraba en zozobra; tampoco ellos, dejaban de ser hijos de esta

sociedad. Por ello mismo, allí en la multitud compungida, encontrabanse madres, padres, hermanas, en fin; todos ellos, con las pupilas obnubiladas por el llanto y el dolor. Las mujeres, generalmente llorosas, los varones quizá también; pero, lo cierto es que todos, veían las cosas con serenidad y recomendaban a las siguientes generaciones: ¡Mira muchacho, ve allí, ellos y nadie más que ellos, fueron los que buscaron su propia muerte y van hacia ella, con la cabeza amarrada y los ojos vendados, estos infelices en su vivir, obraron así, cegados por la vida fácil y eh ahí les espera *Waqlli*!. Así, con la cabeza cubierta y los ojos vendados los *Yanaumas* o cabezas negras a tientas desfilaban, sin grillos ni cadenas, tratando de culminar su propio holocausto en las orillas del precipicio. Un porrazo del penitente, un pequeño desvío en el agreste camino o un tropiezo con una opúntia, un cactus espinoso, preludiaban a una prolongada agonía y un fatal final. Como bichos en trampa, veíanse a los sentenciados, luchar con los rapases y famélicos buitres. Estos que golpean con las alas, otras que desgarran pedazos de carne y los pequeños cernicalos, picótean las partes más vulnerables del condenado. Así, entre sangre y desesperación, unos con la órbita de los ojos desgarrados, otros, con el cuero cabelludo despellejado, iban a su destino. El hombre, si a aquel todavía podía llamársele hombre, cubriase con los brazos el rostro, presumiblemente cuando el dolor y las circunstancias hacían imposibles de seguir viviendo, aventabanse al abismo y allí concluían con su historia. Los que por aquellos azahares de la vida, que dicho sea de paso, eran poquisimos, resistían aquel suplicio y no lograban aventarse al abismo, recibían el perdón de la sociedad. Entonces, vivirían a tientas y cumpliendo

funciones especiales en los contornos de los pueblos, como estigmas de la sociedad, demostrando a sus miembros que para la ley no había contemplaciones. Estos escapados de la muerte, unas veces con los ojos desorbitados o los rostros demacrados por cicatrices y desgarros, no podían tener mejor trabajo que la de servir de espantapájaros, ahuyentando plagas y depredadores en los campos de cultivo o de mensajeros que anunciaban defunciones y otras noticias no gratas para la sociedad.

Así de rudo e implacable, fue *Wiraqocha Inka Yupanki*, las difíciles circunstancias habían obligado que esto fuera así. Se estaba en una de las crisis más agobiantes del milenio; en una mano el amor, la bondad, la justicia y el trabajo; en la otra, el rigor y el celo en el cumplimiento de las leyes. Solo así pudo enderezarse aquella sociedad que ya se veían ad portas del deterioro generalizado. Como bien resumido tenemos de lo acontecido, para enfrentar la prolongada sequía; la invasión de las plagas y el deterioro social de los pueblos, el Joven gobernante, no se arrimó a la resignación, menos a la desesperación. Bien pudo haber observado indolente la muerte masiva de su pueblo y justificar aquello como que era mandato del alto, o quizá, pudo también tomar la fuerza de las armas y atacar pueblos vecinos que aún tenían mejores posibilidades que la suya y arrebatar sus pertrechos para distribuirlos entre su pueblo. Pero él, no eligió ninguna de aquellas alternativas. Por algo era el hijo de Dios en la tierra, como tal, las soluciones tenía que darlas él, aquí en la tierra. Lejos de todo pronóstico, al avecinarse las peripecias, el monarca había dicho a su pueblo: ¡Si hoy, dios nuestro padre El Sol o *Apu Inti Yaya*, nos ha dejado solos, será

por que ya nos corresponde construir nuestro destino, agradezcamos a nuestro padre por habernos dado vida, pero no esperemos que él, haga lo que nosotros debemos hacer!. ¡Quiénes desean vivir son los hombres, más no él; entonces, los grandes males, que se nos presentan enfrentaremos observando y practicando sus tres mandamientos: "¡no ser mentirosos, no ser ociosos, no ser ladrones"!.

En efecto, bajo aquel pensamiento y acción, *Wiraqocha Inka*, había hecho lo que hizo como buen hijo del Sol. No pidió perdón de rodillas por los pecados de su pueblo; tampoco, indujo que su pueblo haga lo propio para salir de la crisis. Nada de ello, sólo impetró a su Dios, inteligencia para conducir al pueblo con amor, justicia y fuerzas, para trabajar más y más. También había llamado a su pueblo a orar; pero, a orar, más no para golpearse el pecho y que por compasión del alto, milagrosamente volvieran las lluvias, se aleje la plaga, o que por esta misma razón, fructifiquen los cultivos e incrementen las cosechas; no, la oración, era para encontrar en el alto la fuente de sabiduría y energía para obrar por el bien, trabajar más y transformar en beneficio de la sociedad la difícil naturaleza.

Fue así como *Wiraqocha Inka, Mama Chimpu Oqlluy* su pueblo, lograron enfrentar los diez años de sequía y hambruna. A pesar de los denodados esfuerzos que les cupo asumir, parte de la población había perecido, sobre todo aquellos ociosos y bribones a quienes sin contemplación los habían destinado a *Waqlli* y era razonable entender que esto fuera así. Cuanto más entrega y esfuerzo realizaban los hombres para seguir subsistiendo, los castigos de la naturaleza se hacían más

rudas. Por eso quizá, las gentes débiles de poca moral y visión corta, aquellos que no estaban hechos para las dificultades que trae la vida, se acoquinaban rápidamente y, preferían encontrar su fin en las desgarradoras entrañas de *waqlli*.

Revertir los efectos concretos del encono de la naturaleza para bien de la humanidad, es sin duda, la tarea más titánica que los hombres pueden realizar. Precisamente, pensando así, el Gran *Wiraqocha Inka Yupanqui*, convenció a su pueblo e impregnó en la mente de aquellas generaciones la ley sagrada que dice: "El trabajo y sólo el trabajo dominará a la naturaleza." Si las horas de luz, no eran suficientes para cumplir una meta, pues anticipaban el horario o las prolongaban según sea el caso. Niños, jóvenes, adultos y ancianos todos ellos en sus puestos, desde muy de madrugada, mucho antes que el alba raye sobre los campos, encontrabanse trabajando y obrando en lo suyo. El Inka, el poderoso y madrugador, confundido con el mismo pueblo o *Llaqtaruna*, quizá más temprano que ellos, veíase dirigiendo u obrando en las sementeras, en las acequias, en las construcciones, en los centros de saber o *Yachaywásis*, en fin, ¿dónde no estaría el Inka?. En lugares alejados donde humanamente él, no podía estar presente, sus asistentes o *Tukuyrikoq*, realizaban aquella labor suya. Así fue como *Wiraqocha Inka*, bajo una disciplina férrea de trabajo, logro enderezar a su pueblo. En fin, el costo de supervivir durante diez largos años de sequía y escasés con una población en continuo crecimiento, se resumía en: bondad,

perseverancia, equidad, mano dura y mucho trabajo: ¡Si encontramos una raíz silvestre que alimente al hombre, esa raíz se compartirá entre todos, una gota de agua en la fuente, esa gota aplacará la sed de nuestro pueblo!. Era la sabia disposición del Inka. Bajo ese principio de solidaridad, habíase dejado atrás aquella horrenda ironía de la naturaleza. Prácticamente, si a estos padecimientos podían llamárseles guerra, casi todas las batallas habían ganado. ¿Habrían perdido?. Claro que sí, mucha gente quedó muerta, de los buenos como de aquellos malos. Pero esta guerra, no era una guerra común y corriente, con enemigos de carne y hueso a los que quizá con un poco de inteligencia y apoyo logístico se podía rápidamente sojuzgar. *Wiraqocha Inka* y su pueblo, habían luchado contra un enemigo que no era nadie y a la vez era todo. Ese enemigo, se llamaba naturaleza. En esta lucha implacable del hombre contra la naturaleza, el egoísmo, la vida unitaria, el ocio, el hurto y el embuste, constituían aliados del enemigo; por cuya razón, la única forma de enfrentar con éxito, era precisamente a través del trabajo solidario constante y la justicia social. Las armas con las que habían derrotado a este enemigo monstruoso, no fueron sofisticadas máquinas de muerte, sino, nada más y nada menos, que el *Ayn'o* la ayuda mutua, la *Mink'a* o el trabajo solidario y la *Mit'a*, o el trabajo para el bien común. Por ello quizá perdieron mucha gente, pero a la vez esta pérdida, era en cierta forma una ganancia de la humanidad. Perecieron los que buenamente debieron morir, aquellos débiles de carácter, amantes del ocio y la picardía; es decir, gentes de mal vivir, con cuya compañía jamás se podía haber ganado aquella guerra y la humanidad hubiere perecido inevitablemente.

Traspuestas aquellas difíciles barreras, sin perder la fe ni la esperanza en el fruto de tanto trabajo; el Inka y su pueblo, finalmente vieron de cómo esta renuente naturaleza, se hacía más dócil y asequible al hombre. Nuevamente el firmamento poco a poco vino cubriéndose de densos y espesos nubarrones. Los relámpagos, los truenos y las lluvias anunciaron otra vez su retorno. Pronto los agrietados y resecos suelos sedientos de agua se empaparon del líquido vital nuevamente vino la vida. El verdor de las turgentes plantas volvió a mostrar sus encantos de fragancia y colorido. En tanto el Hombre, hacedor de la historia, con la mente puesta en el futuro y la vista en el presente, otra vez, se enseñorearía como único representante de Dios en la tierra. Pero, el hecho de haber doblado la cerviz a la naturaleza y haberle arrancado quizá una renuente sonrisa al enojo del Dios Sol, no significaba que el hombre, embebido de aquel logro, se sumergiría en los aposentos de la fruición y la letargia para festejar el triunfo con fiestas, borracheras o francachelas. Hacer aquello, habría sido no aprender nada de las dolorosas enseñanzas del cercano pasado. *Wiraqocha Inka Yupanqui*, opinaba que un pueblo empobrecido por las ironías de la naturaleza, no puede darse el lujo de malgastar su tiempo, sus escasos recursos ni el esfuerzo de sus hijos convalecientes. Por ello, no hubo fiestas ni francachelas, más bien reunidos en torno a su Inka, a sus *Kurakas* o autoridades mayores, meditaron y reflexionaron sobre las enseñanzas de aquellos aclagos años del pasado y de la forma de cómo en adelante enfrentarían a las nuevas zancadillas que la madre naturaleza las tenían ocultas. A la vez, imploraron también a su dios y a sus

deidades o *Apus*, sabiduría y fuerzas para lograr mejores rumbos.

Después de los actos de recogimiento y meditación, se supo que los oráculos, habían vaticinado un largo periodo de esfuerzo, seguida de otros tantos de bonanza. Como respuesta a la enseñanza de los malos tiempos que pasaron, en adelante, les cupo ejecutar nuevas y revolucionarias medidas de política en la conducción del imperio. La primera, fue la redistribución de las tierras agrícolas. "*Allpanchisqqa Llank'iaq runapaqmi*" o lo que equivale decir: "El suelo agrícola es para quien la trabaja". Había sentenciado el monarca. En otras palabras, habíase dispuesto que la tierra era un recurso natural, cuya propiedad absoluta correspondía solo al Dios Sol; el Inka, como su único hijo, solamente administraba en usufructo para la mantención de su pueblo. La madre tierra que da sustento a la vida, como toda divinidad, era tan susceptible y poderosa como el propio Dios e implacable a los descuidos del hombre. El hombre, si deseara usufructuarla, obligado estaba a labrarla con amor y cariño. Regar, alimentarla y preservarla de cuanto agente extraño que pudiera lastimarla y perturbarla. La observancia de estos principios y la experiencia que dejara la sequía, hizo que el monarca, comprendiera que la primera medida a realizar, sería la expansión y consolidación de la frontera agrícola: ¡No es posible que el hombre, único ser viviente capaz de hacer historia y transformar con su inteligencia y trabajo la naturaleza para el bienestar de sus hijos y la alegría de Dios, tenga que hacinarse en el mismo espacio de siempre y perecer de hambre, labrando solo las escasas tierras ribereñas, habiendo tantas extensiones en las quebradas,

valles, planicies, collados y alturas!. ¡Mientras los fríos vientos y las atrevidas lluvias arrastran la flor y nata de la santa tierra hacia las profundidades de los mares a vista y paciencia del hombre, éste, cual infeliz gusano se impregna a la misma tierra fácil de siempre y, aglomerados en la precariedad de su extensión, concluyen sus vidas devorándose entre ellos!. ¡Esto, no puede seguir así!. ¡Mi pueblo no pasará más hambre de lo que ya pasó, tampoco habrá sequía que castigue a las sementeras!. ¡Desde hoy, llévase agua hasta donde regar plantas puede y, cultívese plantas hasta donde frutos den!. Era la determinación del Gran *Wiraqocha Inka Yupanqui*. Decisión que marcaría el hito más trascendental de la humanidad. Se iniciaba un nuevo proceso histórico en la transformación de la sociedad agrarista. La agricultura de regadío revolucionaria hacia la de secano. Los campos cultivados de granos, tubérculos y raíces, ya no sólo crecerían en las terrazas y planicies adyacentes a los ríos y valles o en la vera de los oasis del desierto. En adelante, aquellos rugosos y agrestes suelos de los contrafuertes y frigidísimos páramos de los altiplanos, las que aparentemente parecían invivibles, cobijarían robustas plantas de flores y frutos cual mejores. La *Pachamama* o santa tierra, ya no sería víctima fácil e indefensa de tempestades, vientos y aluviones. Nunca más, el agua de lluvia, osaría erosionar y transportar siquiera una partícula de suelo agrícola hacia los mares; menos, se escurriría una gota de esa lluvia, sin antes haber cumplido su función de regar cultivos y plantas útiles al hombre.

Wiraqocha Inka, había hecho entender a su pueblo, que el agua y el suelo eran como el nido, el lecho o la

matriz de la vida; en tanto el *Inti Tayta* o el astro Dios, el semen. De la tierra, emergía la vida, el agua y el sol las fecundaban; nacer, crecer, reproducirse y morir, era el resumen de la vida. En ese sacrosanto nido de vida, denominada *Pachamama*, se cumplía este ciclo vital. Germinaban, eclosionaban ó nacían desde el minúsculo ser viviente hasta el sumo y supremo de los animales que es el hombre. Precisamente, en esa tierra santa, Dios todo poderoso había forjado al hombre de la roca más dura; como ser superior de este mundo, para que bajo su abrigo y protección, coexistan y cumplan su ciclo vital los seres inferiores y superiores. "Si queréis que tu descendencia disfrute de la eternidad, protege a la tierra, el agua y a los seres que de ella viven. Dispuesto está, que la primacía de unos, es la ruina de los otros y la de tu descendencia. Os dejó como representante mío para preservar la vida." Había dejado sentenciado al *Pachacamac* o el creador, miles de años atrás. Ordenanzas cumplidas estrictamente al principio y quizá, no observadas ó cumplidas a medias con el galope del tiempo por los antiguos; por cuyas causas a estas generaciones, les cupo la mala suerte de cargar las culpas pasadas. En este caso, *Wiraqocha Inka* no hacía sino, retomar con firmeza y cumplir aquel mandato supremo que su padre, dejó transmitido y que él, a su vez, haría lo propio con quien venga tras suyo. En la práctica, aquellas ordenanzas, sintetizaban y disponían implícitamente la observancia del manejo racional del trinomio: tierra, agua y ser viviente; por lo mismo, como parte de aquella revolución habíase dispuesto, un cambio sustancial en el estilo tecnológico agrario.

Luego de la redistribución de las tierras en usufructo, vino el reacondicionamiento de los asentamientos humanos. Para lograr este objetivo, las aglomeraciones urbanas localizadas hasta ese momento en las amplias y extensas terrazas de uso agrícola, fueron trasladadas a espacios no compatibles con la agricultura. Al respecto: ¡Lamentablemente, donde el hombre forma su aposento, nunca más vuelve a crecer una planta!. ¡En adelante, edifíquese las viviendas y establézcase los asentamientos, allá donde no crecen plantas!. ¡La ciencia, es un recurso del hombre, hágase lo posible para dotar los medios de vida a dichos asientos!. Era la disposición del Inka Rey. Como las ordenes del Inka, eran acciones de inmediato cumplimiento. No bien se concluyó con los preparativos para la reubicación y traslado de los hasta entonces centros urbanos, miles y miles de hombres y mujeres, emprendieron como hormigas que activan su carga, a deruir construcciones de viviendas en áreas agrícolas, retirar las cercas, limpiar piedras, guijarros y, habilitarlos en extensos campos de cultivo para la futura siembra. Otros tantos, en aquellos agrestes como accidentados lugares incompatibles con la agricultura, construían palacios, tambos, templos, miradores, escalinatas, defensas ribereñas; en fin, todo lo que conlleva a una renovación urbana, rápidamente se había hecho en todo el imperio. Esta vez, por acicate de las ironías de la naturaleza, la concepción del entorno urbano sería más apropiada a las exigencias de la realidad y al cabo de pocos meses, los empinados y desnudos cerros y laderas se transformaron en incomparables e insuperables conjuntos arquitectónicos y constructivos, concebidos, diseñados y construidos con los más exquisitos y refinados gustos

profesionales y, dotado de los más eficientes servicios de a la vez, con roles funciones y usos precisos. Una de estas tantas, fue *Ollantaytambo*, que para reubicar y edificarla en los escarpados de una abrupta y desértica montaña, tuvieron que derruir y retirar de la planicie, desde los cimientos lo que antes fue la mejor ciudad del valle del *Willkamayu*.

Si una parte de las gentes se dedicaban a la habilitación de campos de cultivo, como dicho está, otros tantos, a la renovación urbana. En este caso, con mucho más dinamismo, emprendieron la construcción de grandes obras hidráulicas que irrigarían extensas tierras desérticas ó áridas. Unos, se encargaron de construir represas, bocatomas; otros, saltos hidráulicos, canales, ataguías, puentes, en suma el objetivo era, conducir el agua hasta donde las bondades de la naturaleza cobijar podían a las plantas y los hombres sean humanamente capaces de utilizar su ciencia e imaginación para hacerlas producir. Seguramente, el trascendental salto de la agricultura de secano a la de regadío o viceversa, no precisamente radicaba en las anteriores proezas; si bien estas grandes obras, se circunscribían a mejorar y habilitar áreas con potencialidades agrícolas presentes, no era menos cierto, que el dilema fundamental del Imperio en materia de tierras agrícolas, era lo inverso, la escasés de superficies planas en tierras de secano. Las pocas existentes, con el crecimiento de la población se habían reducido a su mínima expresión; por ello fue que *Wiraqocha*, había optado por encontrar soluciones precisas para aquella dificultad estructural, una de ellas, en el traslado de los centros poblados hacia los macizos y alturas geotécnicamente

seguros e incompatibles con la agricultura y la otra, en el acondicionamiento de tierras agrícola en los espacios de los contrafuertes cordilleranos de alta pendiente, suelos en las que normalmente, no era posible ningún tipo de cultivo económicamente útiles al hombre.

De modo que, la alternativa que quedaría incrustada en las entrañas de la naturaleza como hito para la eternidad, no se encontraba muy lejos; si no, allí cerca, en las laderas y escarpadas cordilleras a las que en adelante, denominarán terrazas, bancales o andenes agrícolas. Al respecto, no por que sí, el Inka había dispuesto que: ¡Nunca más, el viento, ni las aguas, transportarían el suelo agrícola hacia los mares, menos, una gota de lluvia, se escurriría en las laderas sin haber regado plantas!. En verdad esto fue así, en estricta observancia a esta orden; *Amawt'as* o expertos responsables de poner en práctica aquel salto tecnológico, prepararon un nuevo y revolucionario sistema de cultivos en andenes o terrazas. Estas, serían estructuras que se construirían para ganar tierras agrícolas a las pendientes de los cerros y picachos y a la vez, se controlaría la erosión pluvial maximizando el beneficio del agua de lluvia y los microclimas para producir cultivos alimenticios. En otras palabras, eran plataformas sostenidas estas mediante muros de contención, edificadas en las laderas de aquellos contrafuertes, prolijamente estudiadas para cumplir funciones agrícolas de alto rendimiento. Como es de suponer, al tomar conocimiento de esta innovación *Wiraqocha Inka Yupanqui*, inmediatamente había dispuesto que en los cuatro *Suyus* o regiones del imperio, se construyeran estas estructuras. Prácticamente era la

segunda etapa de aquella guerra que *Wiraqocha* y su pueblo, habían declarado a la naturaleza; como tal, la pujanza del pueblo para lograr este objetivo fue arrogante. Litoingenieros y sus batallones de miles de alarifes, provistos de sus máquinas, herramientas e instrumentos, tajaban en las canteras y arrancaban a los roquedos inmensas moles de rocas, pedrones y piedras para transportarlos en cantidades inimaginables con destino a las cimentaciones, muros y plataformas de las terrazas, otros miles, transportaban en sus espaldas, en parihuelas o en piaras y piaras de acémilas: arena, limo, materia orgánica, guijarros, gravas en fin, cuanto material que compone un suelo fértil y con ellas, rellenarías en los bancales de los andenes y otros tantos, ocupabanse en cabar zanjas y levantar los muros. Las damas, tampoco podían quedar al margen del gran salto. Unas, al son de cánticos y ritos de pletesía a la Madre tierra, con la esperanza de un mundo mejor para sus proles, afanosas y precipitadas mobilizábanse cual vivases obreras que acomodan su panal; otras, solícitas y ágiles, servían e invitaban chicha⁴ que beber, agua para refrescar a los sedientos y extenuados labradores, cargadores, picapedreros, ingenieros, escultores y albañiles y qué decir de aquellas otras de más allá, preocupadas, quizá desesperadas, por el estómago de sus fatigados y apatentes esposos, hijos, hermanos, tíos, abuelos, vecinos, todos trabajadores, extraían de sus atavíos, exquisitos potajes y manjares para servirlos con cariño y bastante allento: "¡Tendrás hambre, sírvete, come esto, toma aquello, si no te alimentas o no calmas tú sed, te has de

4 - Vino o licor preparado con jora triturada de maíz.

cansar! ¡Aun queda mucho por trabajar!". Eran las voces femeninas que acariciaban y avivaban los ánimos y la moral de los labriegos. Los muchachos que aún no podían realizar trabajos pesados, tampoco podían estar ausentes en el gran salto; ellos, en brigadas con sus respectivos maestros, estudiaban sus diseños y cálculos, allanaban trochas y caminos, retirando obstáculos, anunciando galgas, señalizando peligros ó en cualesquiera de los mandatos menudos que los mayores requerían como apoyo. Los ancianos, según su especialidad, quién sabe, si las fuerzas ya las tendrían quizá menguadas por los años de trabajo; pero, con la sabiduría y la experiencia se encontraban también allí presentes. Unos, dirigiendo y aconsejando, otros, realizando tareas de apoyo. En fin, en esta guerra, no había un ser humano sin ocupación. Por supuesto, el poderoso *Wiragocha Inka Yupanqui*, no porque sí, había invocado a su padre Sol, fuerzas para sus brazos y de los suyos; confundido con el brasero *mitmaruna*, llamados también extranjeros, con el Ingeniero, el anciano o con las damas, veíase obrando, dirigiendo, supervisando o precisando datos y detalles de ésta, como de la otra obra. En suma, aquella fábrica de andenes o terrazas, era un enjambre humano, pero, sin zánganos. Todos, accionando el gran desafío a la recia naturaleza.

Así fue que en esos empinados y agrestes collados, donde quizás hasta los propios dioses nunca habrían pensado que el hombre podía plasmar su fértil imaginación, edificaron aquellas terrazas o *Pata patas*. Desde ese

entonces, estas grandes construcciones, constituirían por el tiempo de los tiempos, uno de los logros más trascendentales del hombre sobre la naturaleza y perdurarán en la eternidad, como monumentos a la solidaridad, laboriosidad, honestidad y veracidad y no como mensajeras del culto al egoísmo, emulando caprichos y fantasías de holgazanes reyzelos como ocurría en otras culturas. Por ello mismo, *Wiragocha Inka Yupanqui*, en la inauguración de aquellos monumentos había dicho: ¡Hemos construido estas grandes obras y construiremos otras más, para así demostrar a nuestro padre creador *Pachakaima* todo poderoso, que con la fuerza que nos supo dar, hemos edificado estas obras que servirán para alimentar y sostener pueblos, de ésta, las siguiente y demás generaciones que vendrán después!. ¡Es ley de nuestro creador *Inti Tayta* o padre El Sol, que los mortales dejamos este mundo, cual el agua que deja su cause; así, quedan de nosotros, nuestras realizaciones, como causes pasados de la historia!. ¡Estos andenes, esta factura, queda para la humanidad, como enseñanzas prácticas de sus padres, demostrando que en tiempos lejanos fueron capaces de realizar esto y lo otro, y con ese acicate ellos, superarán nuestras obras y así nuestra cultura, por la eternidad seguirá siendo hija predilecta de nuestro Dios El Sol!.

Después de aquellos difíciles y largos años de sufrimiento y mucho trabajo, los hombres del *Tawantinsuyu*, aún no habían encontrado un momento en su constante bregar para dejar la fatiga y decir: ¡Finalmente hemos llegado a nuestras metas y podemos descansar!. Más por el contrario, los aciagos momentos de la plaga, de la sequía y de los muertos en vida de *waqlli*, quedaron

atrás hasta parecía que aquí no había sucedido nada, pues con mayor brio continuaban trabajando y trabajando. La fuerza de la supervivencia y el deseo concreto de seguir ganando la guerra a la cruel naturaleza, había hecho olvidar a los hombres del imperio, la existencia del descanso, de las vacaciones y de los feriados: ¡Descanso habrá, cuando veamos germinar y fructificar plantas alimenticias en esas abruptas pendientes hechas andenes, cuando en aquellos empinados cerros, contemplemos construidas nuestros templos, viviendas y tambos!. Había sido la arenga que el gran monarca, antes de iniciar aquellas obras había dirigido a su pueblo y en efecto, para cumplirlas, las gentes conocedoras de esa premisa ancestral que decía: Que si existía una fuerza en el universo capaz de transformar al mundo, esa fuerza, era el trabajo del hombre. Y fue esa fuerza solidaria de miles y miles de hombres, los que hicieron posible lo que al principio para algunos facilistas parecía algo imposible de realizar. Bajo ritmo y presión cronométrica precisa, las brigadas encargadas del reacondicionamiento urbano, de las grandes obras hidráulicas y de la construcción de los andenes o *Pata patas* habían concluido sus retos. Qué más descanso, qué más vacaciones, que la satisfacción de observar la proeza más grande de la historia humana. Contemplar aquello que tan solo ayer, era un grosero y agresivo *P'isaq*⁵ o un árido *Ollantaytambo*⁶ con sus roquedos sobresalientes, abismos y despeñaderos, paraíso de animales silvestres y de malas hierbas, hoy, hechos unos prodigios, jardines, lechos de vida, de esperanza y prosperidad.

5 Actual andenera agrícola Inka, ubicado en el Distrito de P'isaq, provincia Calca del Departamento del Cusco. (Valle sagrado de los Inkas)

6 Actual complejo urbano-hidráulico Inka de Ollantaytambo.

Como es lógico suponer, luego de haber concluido con la fabrica de aquellas andenerías y complejos hidráulicos que acabamos referir, el poderoso *Wiraaqocha Inka Yupanki*, como quien trata de sugerir a contemplar la obra acabada, había ordenado a que después de inaugurarlas, el pueblo trabajador se concentrara en la otra banda de las complejidades acabadas, vale decir, a orillas del río *Willkamayu*.

Y en verdad, desde la planicie del enfrente, hombres y mujeres, niños y viejos concentrados y sumidos en la algarabía, a la par que festejaban, admiraban las obras tuyas. Ante la majestuosidad, belleza y la precisión que se mostraban a lo lejos aquellos monumentos, perplejos, no podían creer que tales proezas, era el resultado del Incansable trabajo de ellos mismos. Entre alegría y asombro, observaban el resultado de su trabajo: ¿Pensar que en el diseño de esta terraza o de aquel otro peñaño participamos?. Dirían el Ingeniero o Arquitecto: ¡Esas rocas labradas que soportan las terrazas, las labramos nosotros!. Afirmaban gozosos los lito-ingenieros y los picapedreros. ¿Y nosotras qué? Intervendrían con valentía y cariño las damas: ¡Les brindamos chicha que beber, comida que comer, en fin, les dimos fuerza y cariño para trabajar, sin los cuales nada sería posible!. En tanto representantes de *Ayllus* familias, *Llaqtas* Naciones, confundidos cada cual con su hermandad, con aire de campeones o *Qollanas*, sea entre su prole o entre los pueblos vecinos comentaban: ¡Esta gran terraza que ves en la parte baja, las trabajamos nosotros!. ¡Esa otra que sigue, las edificaron nuestros hermanos de tal o cual nación!. ¡Aquella que bordea la falda misma de la montaña, correspondió a los hermanos del norte, los tambos y las escalinatas las

construyeron los del sur!. ¡Aquellas terrazas de arriba, que parecen trepar las cimas de la cordillera, las fabricaron los amigos del oriente!. ¡En Suma, todos en acción solidaria hemos logrado el mandato de nuestro soberano *Wiraqocha Inka Yupanqui*!. ¡Muchos hermanos perdieron la vida, desbarrancados, aplastados por las rocas o fulminados por las galgas!. ¡En fin, si hablar pudieran las piedras y el suelo que sobre ellas descansan, ellas mismas, no podrían definir de dónde y cómo vinieron a parar en las faidas de esta cordillera!. ¡Las arrancamos y arrastramos desde lejos, desde las entrañas de las canteras de *Fumiqolka*!. ¿Cuánto sacrificio nos cuesta todo esto?. ¡Solo Dios que a diario nos ilumina y nosotros, sabemos lo que cuesta; estas rocas arrastradas, arrancadas, labradas y hechas andenes, son testigos, no mudos, como cualquier otra roca, sino, son mensajeras hablantes de nuestra inteligencia, sabiduría, trabajo y templanza!. ¡Mientras permanezcan estas construcciones sobre el universo que será por mucho tiempo, también nosotros nos mantendremos vivientes!. Era el resumen de las conversaciones de quienes fueron los autores de aquellas proezas. No podía ser para menos, aquellos monstruosos escarpados y abismos, reducto de malos vientos y espantosos truenos que durante años y años sólo ahuyentaban a las lluvias; en adelante, gracias al trabajo de los hombres; habíanse transformado en preciosas escalinatas de amélgas que siguiendo las anfractuosidades de la accidentada pendiente, ascendía hacia la cima de la cordillera.

Aunque parezca reiterativo, luego de la construcción de aquellos andenes, sus propios constructores no pudieron si postrarse o ufanarse, ante una majestuosa asociación de arte y cordillera, en las que desde sus bajlas

faldas, hasta la cima, ascendían escalinatas anchas y largas, sobre las que al igual que en mesetas, valles y planicies, descansaban extensas y fértiles tierras agrícolas, cobijando fornidas plantas y densos cultivos que engendrarán granos y tubérculos para nutrir a millones de hombres de buen vivir. Las obras y la inteligencia de aquellos hombres, fueron tan precisas que a las agrestes cordilleras, las habían esculpido si a aquella ingeniería la podemos llamar así, para dejarlas adornadas de andenes y plataformas que ascendían hacia las cimas, cual ondulantes faldas, de las que no podrán deslizarse ni escapar una partícula de arena, limo o de humus, menos una gota de agua.

Finalmente, después de la inauguración, una de estas proezas, tomó la denominación de *Ollantaytampu* y la otra, *Pisac*, matrona de la fertilidad agrícola y despensa alimentaria del Imperio.

II

Con el correr del tiempo, las necesidades del vasto imperio crecían; *Wiraqocha Inka*, concededor de esta dimensión, consideró urgente seguir ampliando la frontera agrícola. Construyeron obras similares a las anteriores en casi todas las pendientes de las cordilleras que faldeaban a las riveras del río *Willcamayo*. Es evidente que conforme iba transcurriendo el tiempo, cada región y nación, encontraron rápidamente en la construcción de andenes, la técnica precisa para transformar la agreste naturaleza y arrancarle a ella, los mayores rendimientos agrícolas. ¿Porqué mucho apuro para labrar tanta tierra?. La respuesta era obvia, en la memoria de los sobrevivientes, la sequía y la hambruna de ayer, seguían clavadas como espantosas pesadillas que solo causan estupor. ¿Cómo olvidar aquellos momentos cuando había que arañar los resecos suelos, arrancar raíces, gusanos, orugas y langostas para masticarlas e ingerirlas al igual que las musarañas o los hediondos zorillos?. Estos acicates, más las enseñanzas y el carácter de *Wiraqocha Inka*, habían sido los derroteros para seguir por la senda del trabajo solidario. Para que nunca más, ellos ni sus descendientes, mueran de hambre, como murieron sus coetáneos. Para que nunca más, sus futuras generaciones puedan

alimentarse de alimañas y sabandijas como la habían hechos ellos en tiempos de hambruna, la única solución posible, era la de trabajar. Labrar la tierra y extraer al suelo y a las plantas mayores cosechas, cuidándola y reponiendo a la *Pachamama* o Santa Tierra, aquello que había perdido en engendrar frutos. Era la única alternativa posible, para vivir en armonía y paz entre los miembros vivientes y no vivientes del planeta.

En esa dinámica de vida, como bien se dijo atrás, vieron venir halagüeños tiempos. El gran salto de la agricultura, empezó a brindar sus buenos resultados. Trabajo, cosecha, acumulación y bienestar general, fue la síntesis de aquella vida que conducía hacia la senda del progreso. Con amor, sacrificio y mucho trabajo, se pudo levantar a flote a todos los pueblos.

Después de cuanto pasó, el pueblo disfrutaba los logros de ese gran sacrificio. Habían construido grandes obras hidráulicas, fabricado monumentales terrazas agrícolas, reacondicionado antiguos asentamientos humanos y sobre todo refundado una, la que fue y será el centro mismo el poder político, religioso y cultural del mundo. Esta remosada ciudad, si bien mantenía la localización original fundada por *Manko Qhapaq Inka* en las faldas del macizo *Apu Saqsaywaman*⁷; fue necesario forjar otras obras complementarias, como el drenar, construir el gran Templo del Sol, fortificar palacios y construir nuevos. En fin, refundar y edificar la madre del *Tawantinsuyo*, *Qosqo Llaqta*⁸, ombligo del universo, había

7 Montaña sagrada, cuya denominación significa halcón moteado.

8 Actual ciudad del Cusco, capital histórica del Perú.

insumido mucho esfuerzo de su Inka y el pueblo, tal que transcurrido aquellos malos años, *Qosqo Llaqta* y sus dominios, crecieron y resplandecieron. En ese trajín, *Wiraqocha Inkay* su esposa, tampoco quedaron en la saga, se hicieron más viejos. Cuando dieron un vistazo al pasado, convencieron que cuánto habían prometido a Dios y a su pueblo, las habían cumplido con creces. Para el gobernante y su consorte, el trabajo y la preocupación por los suyos, habían sido las Inagotables fuentes de energía que hacían pasar por desapercibidos los efectos vitales de la marcha del tiempo, por lo visto, no se dieron cuenta ó quizá sin que les importase aquel discurso para sí, habían pasado los años. Según ellos, seguían aún siendo los mismos de ayer, quizá con igual o más fuerzas y bríos que antes. Pero se diga esto o lo otro, el tiempo inexorable, este que sin pronunciar una palabra, dirigir una mirada o un gesto, pasa y pasa, había ya consumido, horadado y quizá corroído parte de la vida de ellos. Él, frisaba los sesenta años, ella, tenía lo propio, mejor dicho dos años menor que él. La tarea de arrancar al pueblo de aquel marasmo en el que los enojos del omnipotente los había sumido, fue probablemente la causa para que la pareja real no diera la importancia del caso a su entorno vital. Cuarenta años de vida conyugal, y aún no habían procreado hijos.

"A este paso -opinaban los ancianos- quizá se quiebre el tronco de *Wiraqocha* y la de *Mama Chimpu*, entonces, reinarán las ramas." En efecto, *Mama Chimpuy Wiraqocha Inka*, desde cuando aún empezaron a gobernar, habíanse esmerado por traer al Imperio un heredero, pero, ironías del destino o designio del alto, el heredero no llegaba. Al principio como es natural, ella, tuvo que enfrentar

momentos depresivos difíciles. Fue el amor, la ecuanimidad y seguridad de *Wiraqocha Inka*, los que solían calmar esas naturales preocupaciones femeninas: ¿Porqué habrías de preocuparte mujer?, ¡Somos jóvenes, tenemos fuerzas, sino es ahora, será el próximo y si aún no es el próximo, será el siguiente!. Calmaba el hombre. Así, habían transcurrido aquellos años y lo añorado no llegaba. Si bien el Inka; podía y calmaba las angustias de la esposa, las de su pueblo, en este aspecto, le fue difícil.

En el seno del Imperio, cundió una sorda preocupación sobre la Infertilidad de la pareja. La ausencia de un heredero inmediato como para asumir el mando, sugería tales conclusiones. Desde luego, en la apreciación práctica de las personas comunes y corrientes, si no nacía el heredero, era inexorable el colapso del tronco de los forjadores del Imperio y el ascenso de la rama colateral; es decir, la línea colateral del linaje materno.

En honor a la verdad, quizá ésta no era la preocupación mayor; las leyes del Imperio, eran tan precisas, que eventualidades como éstas, estaban previstas. Los hombres o el hombre que tomaría la posta, no tendría otra alternativa que mantener la senda trazada por *Wiraqocha Inka*; la preocupación central de varones y mujeres, de jóvenes y viejos, era más humano que político. Las gentes, no aceptaban este designio, menos podían resignarse sobre aquella realidad. No concebían de cómo el justo Juez, el gran guerrero, el bondadoso patriarca, el eximio labrador, en suma, el artífice y autor del nuevo rumbo de la historia, quedara sin sucesor biológico. La preocupación popular no quedó allí, trascendió a todo el Imperio; sacerdotes y sabios, ancianas y ancianos, jóvenes

y niños, todos bajo un sólo propósito, evocaban a su Dios Sol y a sus deidades o *Apus* el advenimiento de un heredero para su amado Inka. *Aqllas* o doncellas y matronas, hacían penitencias y sacrificios, rogando al todo poderoso Inti Tayta o padre Sol, un sucesor de la sangre del monarca. En aldeas, comarcas y señoríos realizaban marchas de sacrificio a las cimas de las cordilleras: ellos, sea en bráculos, *Intiwatanas* o adoratorios, elevaban sus plegarias, ofreciendo y enterrando sus pagos. En fin, cuanto los hombres humanamente pueden realizar, eso, hicieron. Lamentablemente, la realización de aquel deseo multánime y sincero, excedía al alcance de los mortales.

El Inka y su esposa, en cada amanecer, veían fugar sus ilusiones y se hacían más viejos; aún así, no perdían las esperanzas y el sustento para esta ilusión radicaba en que pese a los años, ella, seguía reglando.

Ambos, comprendiendo las circunstancias concretas, por consenso mutuo, iban dejando atrás los comentarios y preocupaciones sobre el caso; como consta al lector, el bienestar de sus pueblos, constituyó el principio y fin de sus existencias. Embates de la naturaleza, calamidades y desgracias fueron hitos de su gobierno; ahora, aquellos tristes jalones habían quedado atrás. Un pueblo culto con probos y sabios consejeros, una juventud pujante y viril, una prole fuerte con esperanza y futuro, una economía de bonanza eran los beneficios del sacrificio de aquellas vidas. Un sucesor, era de suma importancia, pero, si las circunstancias a pesar de la vitalidad inmanente a ambos, no venía conforme ellos esperaban, no había más que dejar a los designios de su padre omnipotente; torcer la voluntad divina, con aspiraciones profanas, era algo más

que una insensatez, el hijo del Sol, ni por asomo podía tomar estas decisiones. Así, dejó transcurrir las cosas conforme venían.

El tiempo y la edad, marchan casi al mismo ritmo; el Inka, más que nadie, sabía que el tiempo seguiría su curso y él, quedaría allí, donde dejase de latir su corazón. Por lo mismo, comprendiendo que sus fuerzas preludiaban agotamiento y podría comprometer la marcha normal del Imperio, hizo que convocaran a un cónclave del Supremo Consejo de Ancianos. Ordenó que en esa oportunidad, se concentraran en la sede del Imperio, las jerarquías de todo el territorio. Las razones eran obvias, el soberano, deseaba dejar pautas y normas precisas que orienten el futuro del Imperio. Por otra parte, las gentes del imperio, se mantuvieron en su clamor al Dios Sol o *Inti Talta* en busca de su nuevo Inca.

En ese ambiente de preocupación social, aquella convocatoria, agudizó más la desesperación popular. Comentarios iban, preocupaciones venían sobre este asunto y la respuesta de la realidad era la misma, no habría sucesor. Mientras esto y aquello ocurrían casi en todos los pueblos, en una no muy lejana comarca de los *Qolaneras*, tierra natal del otrora *Inka Roqqa*⁹ y de su ascendiente *Mama Qollama*, acababa en ocurrir un hecho inusual solo visto hace más o menos quinientos años atrás. El suceso que había dejado estupefactos a los moradores de aquella comarca, fue transmitido con lujos de detalle al Inka y a sus allegados muy cercanos por *Tayta Phuyasu*,

9 Inka Roqqa, Hijo de Sinchi Roqqa Inka y nieto de Manko Qqapaq Inka; abuelo de Uoqqa Yupanqui y de Mama Chimu en vía de patrilineaje, primer Inka de la línea de Mama Qollama, fundador de Huaran Qqosqqa.

pariente del Inka y gobernador de dicha Nación. La noticia narrada por este hombre, daba cuenta que un claro día, cuando el Astro Dios, aún no había llegado al cenit y las gentes laboraban arduamente como de costumbre en la cosecha del maíz, allá en los campos de *Roqapampa*, de súbito, una bandada de cóndores en raudo vuelo, hicieron su aparición por sobre las cimas de una cordillera denominada *Apu Saurikalla*. La ordenada parvada, conforme explicaba el hombre, parecía una inmensa ola aérea blanquinegra conducida por un piloto central que con movimientos precisos y cadenciosos se transportaban lentamente en el espacio, como tratando de auscultar al detalle a hombres, animales, plantas y piedras asentadas en la tierra. Al llegar a la altura de aquel lugar, la comitiva aérea, parecía haber detenido su lento vuelo, como quienes tratan de ubicar lugares o personas importantes, dieron vueltas y vueltas; las gentes, trataron de contarlas uno, dos, diez, cien, doscientos, trescientos, eran cuatrocientos o más. Para los esforzados lugareños de aquella comarca, la presencia de los vástagos predilectos de Dios, como así son considerados los cóndores, sin lugar a dudas, era una inmensa alegría; alegría que según refería el emisario, se tradujo en una algarada popular, tal que labriegos, pastores, mujeres, niños y ancianos, dejando de hacer sus cosas, trataban en la medida de sus posibilidades, hacer algo para ofrecer a la inesperada comitiva. Unos ofrendaban chicha de jora, refrescos de néctares en grandes vasijas; otros, potajes de terneros tratando con ello expresar su beneplácito por tan honrosa visita. Mientras esta era la dinámica humana, la blanquinegra honda aérea prosiguió su lento vuelo; vueltas y revueltas en el claro cielo azul solemnizaban el ambiente.

Fue entonces, cuando los hombres pudieron precisar que el cóndor mayor, era un majestuoso y gigante ejemplar de ave, cabeza mediana, ojos pequeños extremadamente vivaces, pico córneo no muy largo que remataba en un curvo filudo que parecía una cuchilla labrada en marfil. La cabeza triangular, mostraba una cresta guinda, que se aproximaba a negro, más parecía corona que cresta, y un terciopelo blanquísimo cubría el cuello azabache. Las gigantes alas, cubiertas de un plumaje blanco lustroso, que al ser expuestos a los rayos solares, resplandecían reflejos plateados como limpidas planchas de espejo; el resto del plumaje, era negro de ébano, también resplandecían. Este ejemplar de animal, era el cóndor de los cóndores, *Apuq churin* ó hijo de Dios. Eximio piloto que pacientemente oteaba y auscultaba la tierra; conducía ordenada y cadenciosamente a centenas de su cohorte aérea. Una mirada, o un movimiento de los ojos, parecía definir el rumbo de los amos del espacio; los demás, por medio de una antena invisible, una señal, idioma ó sonido que sólo los cóndores entendían, zas, giraban hacia la izquierda, la derecha sea en ángulo recto o en curva y en este caso se dirigieron hacia una terraza ubicada en la parte alta de *Rogapampa* y en las faldas de la montaña denominada *Apu Chima*. Este paraje, era una pequeña planicie, en cuyo lugar hace por lo menos quinientos años atrás, otra similar comitiva, habíase posado a beber de las cristalinas aguas, que de las entrañas de la tierra bullía y refrescaba el ambiente; desde entonces, al hontanar, las llamaron *Waylla Wat'e* o pradera sagrada, fuente de agua para aplacar la sed de los Dioses. Rumbo a esta fuente, en rauda vuelo, la parvada de cóndores se dirigió. Posáronse primero las escoltas y el cóndor de los

cóndores, se mantuvo aún flotando en el aire; los ya en tierra, se posicionaron a la vera del manantial y se alinearon en doble hilera esperando que el cóndor mayor aterrice. Cuando en tierra los cóndores menores se emplazaban así, el cóndor de los cóndores, en un cerrar y abrir de ojos, aterrizó en pique a tierra; ya en la superficie, paróse en seco, recogió sus gigantes alas y lentamente procedió a caminar con dirección a las cristalinas aguas del *puquio* o manantial. En tanto la hilera de escoltas, las aves súbditas, con las alas en alto, hacían corro de seguridad para su Rey. El cóndor de los cóndores, llegó a la fuente, sorbió unas cuantas gotas, nuevamente mojó su pico y con un movimiento de cabeza, agitó las aguas y pareció refrescarse. Flameó sus grandes alas y el agua se agitó más. De un brinco, estuvo frente a las ofrendas que para este caso, los hombres ya las tenían preparados. Picoteó hasta cinco veces, arrancó pedazos de pulpa e ingirió su potaje, limpió con sus patas el filudo pico y, retornó con la misma parsimonia de antes, por entre la fila de sus hijos o hermanos. Posicionóse en la parte más alta y al parecer desde allí, autorizó que los suyos, también bebiesen agua y disfrutasen de las ofrendas. Los cóndores menores, rompieron filas, con las alas en bandera, se abalanzaron sea a beber ó arrancar las pulpas o pieles de las ofrendas. El *Apuq Churin* o el hijo de Dios, parecía haber comprendido que la hora de la retirada había llegado, de pronto dejaron sus presas y volvieron a su emplazamiento original. El cóndor mayor, flameó las alas, despegó de la tierra, tras él, hicieron lo propio sus ágiles acompañantes y en el espacio, volvió a tomar su sitial de piloto central. Mientras las gentes allí presentes que ni de muy lejos, ni de tan cerca, habían observado extasiados este paisaje

de majestuosidad, no pudieron hacer sino, seguir con la vista la lontananza por donde los viajeros del aire se dirigían, sabe Dios a dónde. Unos, los más emocionados, lanzaban al viento sus llamados y gritos querendones: ¡Eh, *Apu Tayta* Cóndor, llévame en tus alas por el mundo!. Otros, gritaban: ¡*Machu* o viejo Cóndor, no olvides a tus hermanos que te estaremos esperando!. En fin, la fugaz visita parecía haber calado profundamente en los corazones de los lugareños y a la vez, el Cóndor, parecía también haberse entrañado con ellos ó por lo menos, había escuchado aquellos clamores y ruegos de sus amigos hombres y, antes de esfumarse como quien se despide, volvió a dar otra vuelta más por sobre el espacio de *Waylla Wata*. La alegría y el barullo sobre la tierra, no tenía nombre, aplausos, hurras, griteríos y bailes, amenizaron aquel *Kacharparyo* despedida de la deidad. Como todo lo bueno es pasajero y llega siempre a su final, la bandada de cóndores habíanse alejado de aquel lugar, más o menos, cuando el Astro Dios, llegaba al cenit. Enrumbaron hacia el poniente, allá donde muere el día y Dios declina: ¡Que pena que vayan allá!, ¿Por qué no se dirigirían hacia el *Apu Sauricalla* por donde nace el Sol y llega la vida?. Opinaban las buenas gentes de la población. Aún así, la comitiva espacial seguía su raudo vuelo, en busca de su destino, hacia las cimas de aquella otra cordillera *Apu Wichicalla*. Tras la bandada que se perdía en el horizonte, miles de miradas, clavadas en el espacio quedaban resignados de haber contemplado un episodio que sólo una o dos veces cada milenio ocurría en la tierra. Pero, como en la vida no existe una alegría completa y si existe dura poco, repentinamente esa efusiva algarabía se tornó en tristeza general y esto ocurrió cuando la comitiva de

cóndores iba a transponer el perfil de la montaña ya citada. A vista de los preocupados fieles, de pronto, el cóndor mayor truncó en el espacio su sostenido vuelo y como si una mano mágica cortara o cegara en el aire la vida de la deidad o *Apu Cóndor*, éste se desplomó y precipitó hacia tierra como una inerte masa de plumas blanquinegras. De modo que cuando el cuerpo del cóndor de los cóndores se precipitaba rumbo a tierra, sus guardianes, los cóndores menores en acrobáticos y mortales vuelos, con movimientos rápidos y sincronizados lograron detener en el aire el cuerpo inerte del *Apuchin*. Con garras, picos y alas pusieron a flote, recuperaron altura y con el mismo ritmo de vuelo se lo llevaron y dirigieron su vuelo con destino a un hontanar de aguas calientes o *K'oñiq Pukio*. Allí, pareció que con sus medicinales aguas, asistieron al herido, para nuevamente tomar entre alas al malherido, alzar el vuelo y desaparecer en el horizonte: ¿Adónde irían?. ¿Qué harán con el cuerpo exánime del Cóndor?. ¿Porqué tuvo que ser así?. Preguntas que quedaron en la Comarca sin respuesta. La alegría popular, había durado muy poco. Los presagios optimistas que los hombres emocionados suelen hacerse en circunstancias como éstas, se desvanecieron rápidamente como burbujas en el aire. Sólo quedó el cristalino hontanar de *Waylla Wat'e*, adornada de juguetones breñales de poas y stipas como testigos vivos, pero mudos, de un momento de alegría y esperanza. Aquel día de fugas alegría, la dinámica de los hechos sobrenaturales, había motivado en los lugareños, diferentes reacciones y opiniones. Para empezar, nadie infería vaticinios halagüeños. Todos, movíanse con la mente dirigidos hacia *Qosqo Llaqta*. Allá, por decir lo menos, podría estar ocurriendo algo. ¿Qué presagio más

contundente que lo que habían experimentado hace unos momentos, esperarían?. Sin duda, el futuro sería sombrío. Las damas principalmente lloraban, dirigían sus llorosos ojitos hacia el majestuoso *Saurikalla*, tratando de cuestionar o quizá, arrancarle a la deidad una explicación; pero, el imponente promontorio, seguía allí inmutable y apuesto sin decir esta es mi palabra: "¿Y el Inka?". "¿*Inkar?*". Preguntaban todos. Todos, casi todos, creían ya, que el gran *Wiraqocha Inka Yupanqui*, había partido hacia el más allá y que aquellos cóndores conjuntamente que el cóndor de los cóndores, no eran sino la transmutación del monarca rumbo a la eternidad o el trasmundo. Este, era el dolor. La espina del alma que había expulsado la alegría de aquellos hombres. Sólo esperaban que la noticia sea confirmada por el *Chaskio* correo desde la ciudad del Sol. Pensando en ello, el *Quraka Phuyusu*, había dispuesto que las gentes estén alertas y observando la silueta del mensajero que transmontaría el horizonte para anunciar la mala noticia.

El anuncio de los observadores no tardó, pronto cundió otro alboroto en la Comarca. Se esperaba noticia sobre los funerales del Inka o algo parecido; pero esta vez, la alerta no anunciaba ninguna ocurrencia imperial como así se tenía previsto, sino, otro incidente inusitado que dejaría perpleja a las atribuladas gentes que aguardaban una desgracia sin precedentes. Tropel de niños, jóvenes, adultos y ancianos brincaban, corrían y avanzaban con dirección a la terraza donde instantes atrás, el cóndor de los cóndores había aplacado su sed en las cristalinas y transparentes aguas del *Waylla Wat'a*, con destino a ese hontanar, se dirigieron las gentes. Ya en el lugar, no bien volvieron la mirada hacia el horizonte, los cóndores que

hace poco habíanse despedido, nuevamente retomaban y se enseñoreaban en el cielo azul, cual sábana blanquinegra que ondula en el espacio, así, se dirigieron hacia la pradera sagrada. Esta vez, el vuelo era más raudo que lento, ágil y retozón, también dieron vueltas y vueltas sobre *Rocapampa*, parecían que allí, algo habíase extraviado y auscultaban al detalle la faz de la tierra. Luego, dirigiéronse hacia la planicie que nos es ya familiar. En el momento cuando los soberanos del espacio se aproximaban más hacia las gentes, los exhaustos hombres, diéronse cuenta, mejor dicho confirmaron lo que ya habían imaginado; el Cóndor de los Cóndores, ya no era el mismo, éste, era más esbelto y muy joven, la cresta o corona era más guinda que negro, el pico más bien algo delgado, pero lludo y curvo, el terciopelo que ornaba o abrigaba su desnudo cuello, extremadamente blanco. Las gigantes alas con tupido plumaje, más blancos que negros, lustrosas hasta lo sumo, parecía un finísimo charol que envolvía el cuerpo entero. En su raudo vuelo, rompiendo la densa atmósfera y el sirimiri del aire, parecían que en torno al cuerpo de aquella ave agua y luz jugaran entre sí para irradiar destellos y aureolas multicolores, fascinantes a la vista. Este fenómeno óptico, en lo alto y sostenido del vuelo, aparecía y desaparecía, unas veces relucía como plata bruñida, en otras, resplandecía como un espectro solar del espacio; destello y halo, distinguían a este último ilustre visitante, de aquel otro magnánimo que se fue hacia el más allá. Este prototipo de ave, era el novel *Apug Churin* que dirigía la gentil comitiva; los movimientos y los revuelos que hacían, sugerían que los visitantes tenían prisa. Aún así, el Cóndor de los Cóndores, sin mayor protocolo, dejó flotando en el aire a sus acompañantes y bajó en pique a

beber las aguas de aquel manantial. Ya en tierra, sorbió unas cuantas gotas del hontanar, alzó las alas y con las mismas retornó al espacio. Desde el aire como tratando de decir un "hasta luego" sobrevolaron en el espacio de *Waylla Wat'e*, dieron unas cuantas vueltas más, para prolongar su itinerante vuelo rumbo a las cimas del *Apu Saurkalla*, perdiéndose así en la lontananza cordillerana. En tanto las gentes, perplejas y atónitas, dejaron atrás el colapso del primer Cóndor y quedaron: ¿alegres y contentos? ; quizás no o quizás sí; pero, más tranquilos que antes. Si bien es cierto que aquel incidente había dejado dolor, tampoco dejaba de ser cierto, que rato después, vieron y constataron felizmente a la nueva deidad o *Apuq Churin* dirigirse hacia el naciente, allí, donde nace la vida. Luego de aquel incidente en la Comarca, los rumores en torno al heredero del Inka, llegaron a su fin; pero, como la noticia era de especial trascendencia, inmediatamente *Phuysu*, decidió viajar e informar personalmente el acontecimiento al padre *Inka Wiraqocha*. El Inka, al informarse del suceso de boca del mismo *Kuraqa Tayta Phuysu*, previo al foro convocado, reunió a los sacerdotes y a tres *Amawt'aso* sabios de su confianza. El y ellos, escucharon atentamente, la narración detallada. De modo que cuando éste *Phuysu* concluyó su relato, los escuchas de rostro inmutable parecían estar dispuestos a seguir escudriñando tal incidente; pero, el informante, no tenía más tema que narrar. Entonces, el propio monarca sin exacerbar la trascendencia del hecho, les dijo: Bueno señores; mi padre supo decir que efectivamente preludiando el nacimiento del que antes fue el gran *Inka Roqqa*, cierta vez había bajado del cielo el Cóndor de los cóndores a beber las aguas de *Waylla Wat'e*y, antes que

alzaré el vuelo, alguien dejó dicho que aquella comarca era tierra sagrada de los dioses. Con este antecedente - recalca el Inka al sacerdote- Ud. *Willaq Uma*. ¿Cómo interpreta este hecho?. Es o no, mensaje de mi padre el Sol. A mi entender -proseguía aún el monarca- en aquel poblado, cuna de mi santa Madre, según me informan se encuentra el *Cóndor Wachana* o el nido de los cóndores; entonces, no encuentro razones para asignar a este hecho, como algo sobrenatural, pues la muerte del cóndor mayor, no es sino, la consumación de un proceso biológico que ocurrió en un acto circunstancial probable de suceder a cualesquiera de los seres vivientes. En tanto el advenimiento inmediato del sucesor en una sociedad organizada y mucho más en el de los cóndores, es natural que estando cerca al nido, el relevo se haga rápidamente. Para mí, este hecho es lógico; mas bien, suponer lo contrario, es creer que el tiempo y la historia pueden parar y esto, nunca sucede. Concluyó el Inka. El *Willaq Uma* o sacerdote, eximio y erudito conocedor de estas materias, después de haber analizado y meditado las implicancias del episodio, respirando hondo y con aire circunspecto, como quien trata de soltar un trascendental anuncio empezó diciendo: Magnánimo y poderoso *Wiraqocha Inka Yupanqui*, previamente permítame compartir plenamente de sus conceptos y corroborar algo más, sobre las leyes sagradas que gobiernan la naturaleza, a cuyos alcances, nada ni nadie, escapa y a la vez, están también sujetas al conocimiento de ciertos hombres. Pero, hay otras leyes que sólo los Dioses conocen y anuncian al hijo del Sol, para que éste pueda descifrarlas y administrarlas con mucha sabiduría, si esto es el término. Para ello, las criaturas más sublimes de su creación, los cóndores y

wamanis o halcones, constituyen, vehículos de tales designios. Los cóndores, son fieles tutores de la sociedad, vuelan al compás del tiempo y en cada vuelo, vigilan el presente y el porvenir de los hombres. En los cóndores, el gobierno no muda cada veinte, cincuenta, cien, doscientos ó cuatrocientos años; cada medio milenio, nace el *Apu cóndor*. Nace inexorablemente en ese tiempo, muera o no el viejo. Si quiso Dios que el cóndor mayor muriera de Joven o viejo, en diez, veinte o cien años, no importará el resto de ese tiempo, los cóndores menores vivirán su interregno, allá lejos, en las orillas de los mares, cual humildes pájaros, mirando al horizonte y esperando la venida de su deidad el *Apuq Churin*. Cuando aquello ocurre, sugieren los pronósticos que también la sociedad de los hombres, sufre una larga letanía, desaparecen sus gobernantes, sucumben su pueblo, se destruyen sus obras. En suma, quedan desprotegidos de su Dios, porque su intermediario el *Apuq Churin*, está aún lejos o su Dios, migró a otros lugares. Por desventura nuestra, todo sugiere que asistimos al preludio de este ocaso; sin embargo, Gran señor hijo del Sol, no todo es color de sombra, permítame transmitir lo que alcanzo entender de este mensaje en el corto plazo. Pues bien, nuestro padre El Sol, ve en Ud. y su cónyuge aún con capacidades físicas y biológicas para procrear un heredero; pero antes, en compañía de *Mama Chimpu* tendréis que viajar con destino a *Q'oñiq Pukio* a recibir la bendición de nuestra *Pachá mama* o Santa tierra y recién advendrá el heredero. Un heredero que perennizará y elevará nuestra sociedad a mejores niveles, a la vez Señor, - recalcó el hombre-advierdo y lamento augurar que es probable que alguien del entorno suyo, no tenga la dicha de compartir las

dificultades, ni la gloria de aquel próhombre. Dispéñseme Señor, es todo cuánto está al alcance de mi modesto entender y, en cualesquiera de los casos, que se haga pues, los designios de nuestro padre el Sol. Concluyó, el sabio *Willaq Uma*.

Sin mayor comentario debió de haber terminado la sesión, que cada cual, dejó el Despacho del Inka, para dirigirse a lo suyo. En tanto el Inka y *Mama Chimpu*, esa misma noche y sin comunicar a nadie, emprendieron la excursión con destino a *Q'oñik Pukio*.

Mientras aquello sucedía en palacio, allá en el entorno de las mayorías, el *Llaqta runa* o el pueblo, no sabríamos decir si por una premonición colectiva, una convicción generalizada o ambos juntas, las que les anunciaron que llegaría el heredero tan ansiado. Lo cierto es que al día siguiente de la visita secreta a *Q'oñik Pukio*, se propaló con lujos de detalle la noticia del embarazo de *Mama Chimpu*. Que duda cabé, que aquella noticia tan esperada, circuló raudamente por todo lo basto del territorio Inka. Los comentarios eran elocuentes, las señoras, incitadas por esa curiosidad innata en ellas, tratando de averiguar el pensamiento de sus interlocutoras, amigas, hermanas o parientes; unas veces, en forma discreta o directa, intercambiaban entre ellas: *Ñaña* o hermana mía, ¿qué te parece la noticia?, ¿Noticia?, ¿Cuál noticia?, ¿Cómo que, cuál noticia?, ¿No sabéis que nuestro padre Inka y *Mama Chimpu* traerán al niño?. Claro que sí, pero, aún no sabemos si ha de ser mujer ó varón. ¡OH!, nuestro padre el Sol, no permitirá que nazca mujer, tiene que ser varón!

¡Pobre *Mama*, cuánto sufrirá en el embarazo!. ¡Por fin, Dios escuchó nuestro ruego!. ¡Qué alegría, qué felicidad, tendremos al heredero que tanto hemos esperado!. En resumen, para aquel ilusionado pueblo, era la noticia que durante año tras año, habían esperado. Por ese futuro Inka, las mujeres habían implorado y llorado ante sus deidades; los varones, también a su modo anduvieron haciendo, sacrificios y pagos mil. Pese a estas gratas noticias generalizadas en todo el pueblo, no todo estaba dicho; en buena cuenta, eran simpáticas y piadosas especulaciones de las buenas y preocupadas gentes. El Inka y la reina o *Qoya*, aún no habían anunciado sea para desmentir o confirmar el alboroto. "Algo de cierto tendrá, pues aún no dicen nada y además, si nó suena, es porque piedras lleva". Era el comentario de los más veteranos y parcos hombres que abordaban estos temas; sin embargo, el rumor crecía más y la preocupación popular no cesó en torno a la Reina y su embarazo: "¡OH, *Inti Tayta* has que sea varoncito!". "¡Protéjala Señor Apu *Saurikalla* a *Mama Chimpu*". "¡Que no le suceda nada malo durante el embarazo!". Era más o menos el sentir colectivo. Habíase creado un ambiente de esperanza en el futuro heredero; heredero que hasta ése momento, aún era un proyecto que sólo existía en el pensamiento de las buenas gentes. Un análisis bajo los límites de la razón humana y luego de haber esperado cerca de cincuenta años al ansiado heredero: ¿Cuál sería la razón más o menos lógica para que aquel anhelo popular se cristalice?. Eran las interrogantes lógicas, que los hombres eruditos y analistas se hacían al respecto; sin embargo, aquellos cabales razonamientos habían sido puestos a un rincón, para dar cabida sólo a una posibilidad racional, la fortaleza física y

vigor aparente que aún mostraban ambos cónyuges, sobre el cual, descansaba la voluntad divina. Que dicho sea de paso y como venían las cosas, todo indicaba que ésta, finalmente se antepondría a la razón humana. De modo que aquel pueblo mentalizado en el advenimiento del futuro Inka, no necesitó que alguien haga el anuncio formal del embarazo. Ellos, sabe Dios por qué medios, ya conocían y sabían al detalle que la Reina esperaba bebé. Según la convicción colectiva, este bebé, no sería una criatura de los que normalmente suelen nacer. "Este nuevo ser que anuncia su llegada, si viene, será, superior a los demás". Opinaban todos. Pues a la luz de este relato, para nadie queda oculto que su concepción y nacimiento, si eso sucede; obedecerán a una sublime asociación de dos supremas voluntades; la voluntad popular y la Divina. Poderes que habríanse conjuncionado en *Wiraqocha Inka Yupanqui y Mama Chimpu Oqllu*, para donar como premio a la humanidad un ser que perpetúe en el universo, el amor, la justicia y el trabajo. Así entendían las gentes.

Cuando la consorte del Inka, *Mama Chimpu*, decidió anunciar su embarazo, constató con sorpresa que este hecho era ya de conocimiento general y que más bien, se percataba que las damas y varones del imperio, habían adelantando también sus tareas concretas para cuando llegara el heredero. Entre las múltiples muestras de identificación y aprecio popular, se supo que muchísimas damas en edad de contraer nupcias, agilizaron sus bodas; ellas también, deseaban traer al mundo un robusto niño para compañero en las hazañas del futuro Inka. Las ya entradas en años y las aún solteras, entre las muchas tareas que se propusieron hacer fue: hilar, tejer calcetines, medicitas, mitones, mantas, mantillas, pañales, fajones,

en fin, aquello cuanto se necesitaba para el cuidado y desarrollo del infante, se encontraba ya en proceso de fabricación. Los varones, hacían lo suyo; ellos, allá en las chacras o en algún lugar donde se encontraban laborando, seleccionaban para su futuro monarca los mejores tubérculos, granos, raíces, hojas y otros frutos. Los habitantes de zonas calurosas, capturaban con trampas y otros artificios, pajarillos, pececillos multicolores y animalitos curiosos y juguetones que pudieran distraer al niño. El inmenso cariño por aquel niño que a estas alturas aún sería un embrión, sin duda era inusitado; las buenas gentes, creyendo tal vez tener ya entre sus regazos y pronunciando entre sí estas palabras recolectaban lo necesario: ¡Este *Titi*¹⁰, es para mi Inka. ¡Eh, *Piwichito* o pajarito, tú también has de ir a servir al Inka. ¡Con estos *piñis*¹¹, *waynuros* y *suyllukus*¹² se distraerá mi Señor!. Así los varones, aquí o allá, movilizabanse en pos de su futuro Inka.

Las más preocupadas en este aspecto, desde luego, eran las damas; para ellas, por muy trivial que pareciesen los sendos diálogos, no había detalle que se las escapase: ¿No sabes cómo se sentirá de salud nuestra *Mama Qoyel*? ¡Las han visto alegre y más encantadora que antes!. ¡Pobre de ella!. ¿Cuánto sufrirla?. ¡No es para menos, un hijo a sus años!. ¿Cuándo le tocará?. ¡Los especialistas auguran que el nacimiento coincidiría con los festejos de *Q'apaq*

10 Simio de bolsillo, llaman también *Pichico*

11 Pequeñas perlas marinas.

12 Frutos redondos multicolores que se utilizan para juegos recreativos de los niños.

*Raymi*¹³. Y, a propósito ¿Qué actitud habría tomado el Inka?. ¡Ni te imaginas, según cuentan está completamente chochol. ¿Quién no estaría así?. ¡Ha rejuvenecido el hombre, en las mañanas atiende los asuntos de Gobierno y lo demás del tiempo, está al servicio de *Mama Chimpú*. ¡Claro, así tiene que ser!. ¿Y el Consejo Supremo ya está citado?. ¡Por sugerencia de los *Amawt'as* y *Willaq Urna* las han postergado hasta probablemente después del parto!. ¡Tienen mucha razón!. ¿Qué pasaría si nos dá una mujercita y no un varón?. ¿Mujercita?. ¿Qué linda sería no?. ¿Linda?. ¡Lindas, habémos muchas, lo que buscamos es un Inka. ¡Sácate de la cabeza esa idea, mejor ponte a trabajar!. Expresaban su preocupación, alegría y esperanza. Así, desde comentarios inflados por la excesiva emoción femenil que a veces rebasaban la realidad, transmitiendo afirmaciones ingenuas e ilusas, hasta aquellas otras, cargadas de pesimismo bajaban la temperatura social y hacían de las grandes noticias escuetas y confusas expresiones. Optimismo y pesimismo, en este caso, tenían un destino común, ya no buscaban, sino esperaban su futuro Inka. La vorágine popular avanzaba conforme transcurría los días, semanas y meses. Pero más aquí de la ilusión y las fantasías de las buenas gentes, una anciana de carne y hueso, con fe y esperanza venía soportando los dolores e incomodidades propios del embarazo. Náuseas, vómitos, tensiones y turgencia mamarias, cambios en la frecuencia urinaria, estreñimientos, fatigas, agrandamiento abdominal, complicaciones uterinas; cambios corporales y psicológicos, en fin, todos esos achaques se habían

13 Fiesta del Sol.

impregnado en el delicado y flácido cuerpo de *Mama Chimpu*. Las cuarenta largas semanas del intervalo gestacional, la anciana había transcurrido su estancia anteponiéndose a los dolorosos espasmos del embarazo. Para ella, el Inka y porque no decir para todos, al margen del misterio que entrañaba aquel embarazo, significaba la felicidad aspirada. Esta ilusión acariciada y ansiada desde cuando habían contraído nupcias y angustiado por años y años, se había hecho realidad. Realidad tan sublime que en el aspecto humano de la anciana, hacían de sus achaques, como una especie de catarsis que transformaba el dolor en felicidad. Felicidad que emergía desde sus entrañas y se prolongaba conforme transcurrían los días hasta la multitud de las personas que aguardaban a su futuro Inka. Este inusual embarazo, surgido para muchos y quizá para la mayoría como mandato divino, avanzaba y seguía su curso. Médicos, obstetras y obstetrices de los más eruditos y eximios, auscultaban y exploraban la marcha de la gestante.

Mama Chimpu, que con inmenso cariño y mucho entusiasmo cobijaba a su vástago en sus entrañas, dejó atrás los malestares físicos y emocionales, que a menudo le agobiaban. Más bien, empezó a preocuparse del acto mismo del parto. Es decir, el alumbramiento de aquel nuevo ser, que hasta ese instante vivía feliz en sus entrañas y a la vez, sería la continuación renovada de dos seres que habían hecho de sus vidas un ministerio de amor, trabajo y justicia. Ella sopesaba sus posibilidades biológicas para resistir aquel parto, el dolor no era la preocupación, sino, veía que sus fuerzas quizá no la acompañarían como debiera de ser, entonces, podría comprometer el nacimiento del nuevo ser. Pensando así, en las largas

noches de insomnio, solían pasar con su esposo elevando su oración al Dios Sol; ¡*Inli Tayta*, Padre mio, Padre de la humanidad, dadme la dicha que a todas las mujeres las extiendes, has que mi hijo, tu hijo, sienta tu aliento y disfrute de tu calor!. ¡*Apu Saurikalla* has que mi retoño venga a este mundo a continuar la obra que empezaste!. ¡*Mamá Qoltama*, protege a tu heredero para que nada malo suceda!. Eran los ruegos constantes de *Mama Chimpu*.

Así, habían transcurrido los días y como que es lógico, cuánto más se aproximaban al día previsto o señalado por los especialistas para el advenimiento; ella como es natural, no dejaba de recomendar a su esposo: *Wiraqocha*, amado esposo, si algo malo sucede en el parto, trata en lo posible de salvar la vida de nuestro hijo. Él es, la continuación de nuestra existencia. No os preocupéis de mí, la ilusión aspirada las tenemos, aquí en mis entrañas las conservo, siento sus latidos, converso a diario con él. La presencia de él en mí, hace olvidar el dolor y mi existencia es una dulce felicidad. La dicha de ser madre, la estoy viviendo. En cambio tú, mi adorado esposo, vives un mundo de preocupación, porque sabes muy bien que quizá mis fuerzas me abandonen y entonces, peligra mi vida y la de nuestro hijo. ¡Estate seguro que nuestro hijo advendrá a este mundo sano y bueno, recién empezará la felicidad tuya y la de nuestro pueblo!. Para mí, a más de la dicha que me acompaña, solo pido a *Mama Qoltama*, un momento más de felicidad, la de su nacimiento. Con ello estaré cumpliendo mi promesa y ella conmigo, viva o muera yo, nuestro hijo llevará el nombre de *Pachakutiq* y antes de acceder al *Llaut'o*¹⁴, recorrerá el mundo entero y seguirá el trabajo inconcluso que dejemos.

14 Llamado también *Mskazypchu*, distintivo único de Inka, corona real.

Era más o menos el panorama sentimental en el que la pareja de ancianos, se sumergían cada vez que se aproximaba el día indicado. El monarca, sin lugar a dudas, con esa seguridad de siempre, calmaba la tensión de su sacrificada esposa; sus palabras, prácticamente eran como el tónico psicoterápico aquel, que fortalecía más a la gestante. *Chimpu* a su vez, al opinar que su esposo en sus adentros venía enfrentando una sorda preocupación, no estaba exagerando; sabía ella, la conocía en lo mínimo, sus gestos, sus pausas al conversar, sus movimientos, en fin, eran indicadores que delataban las tribulaciones de su marido. Conforme venían los días, los informes de los especialistas que exploraban y auscultaban el proceso del embarazo, indicaban situaciones complicadas que comprometerían no precisamente la integridad del nuevo ser, sino la de su Madre: *Tayta Inka*, muy a pesar nuestro, tenemos la obligación de comunicarle que el advenimiento del nuevo ser en perfecto estado de salud, es una certeza absoluta, de lo que si no garantizamos, es la vida de nuestra madre *Mama Chimpu*. Había anunciado el obstetra mayor. De este hecho, sin que absolutamente nadie refiriera algo, *Mama Chimpu* parecía sobrentender. Ella, sabía que el advenimiento de aquel ansiado "hombrecito" llegaría a su feliz amanecer. De ello, estaba segura, como que era una fuerza sobrenatural la que anunciaba aquella seguridad. Esta certeza estoica de la anciana, constituía la energía vital que desalojaba de la mente del monarca el pesimismo y los malos vaticinios que parecían estar ya calculados friamente por el destino.

Si aquello ocurría en el ambiente de la familia imperial, la maquinaria del Estado seguía su marcha. El Inka, había previsto que inmediatamente después del desembarazo, cuáles fueren los resultados, se llevaría a cabo el Consejo Supremo. En la población, tal como habían augurado los *Willaq Umas* o sacerdotes, el acontecimiento parecía coincidir con la Gran fiesta del Imperio, *Qápaq Raymi*. Las disposiciones gubernativas en torno a estas festividades, no mostraron nada de particular respecto al de los años anteriores; se suponía que cada funcionario o representante aquí o allá estaría haciendo lo suyo para los festejos. Sin embargo, la emoción social que pocas veces disimula sus propósitos, por sus propios medios vino anunciando y mostrando a la vez, que algo raro y fuera de lo común ocurría en el seno del pueblo. Aquello más o menos, parecía a la alegría de las avejillas cuando preludian un verano o un otoño y se sumergen al mundo del barullo de trinos y alboroto de vuelos. La tertulia del enjambre humano era inusitada, a la distancia y rápidamente se podía percibir que las activistas, eran las mujeres. Ellas y sus agitados movimientos, su excesiva faramallera, sus afanes y la franqueza en las conversaciones, sin que tal vez se dieran cuenta de sus actos, iban delatando los pormenores del gran festejo. Los niños, que a esta edad llevan algo de las mamás, no podían mantenerse al margen de aquella agitada actividad, ellos también ya en las escuelas o *Yachay Wasis*, en los hogares, cunas, plazuelas y calles hacían, corro para ensayar sus escenas, entonar sus canciones y cánticos, recitar sus poesías y entrenar sus habilidades y destrezas; en fin, hacían todo cuanto se les había encomendado para derrocharlos en la gran fiesta de la bienvenida al niño Inka.

En honor a la verdad, si bien *Qhapaq Raymi*¹⁵ constituía la fecha de máxima recordación Imperial y movilizaba a las gentes de todo el imperio para rendir pleitesía al Dios Sol o *Inti Tayta*, cuando este precisamente se encontraba en el punto más lejano del universo o mejor dicho, cuando ésta madre tierra o *Pachamama* se encontraba lejos del astro dios; tampoco, dejaba de ser cierto que aquella efervescencia multánime, venía siendo activada por un acontecimiento de trascendencia humana, como el advenimiento de un nuevo ser en condiciones extremadamente inusuales, por no decir imposibles. Todo estaba preparado, los adoratorios y santuarios ornados y expeditos para las ofrendas y sacrificios. Los centros de jolgorio, también exquisitamente acondicionadas esperaban a los intérpretes y a su público. Pues aquel diáfano día, cuando el astro Dios se proyecte en el mismo centro del *Intiwatana* o adoratorio del Sol; el Inká, el hijo del Sol, luego de oraciones y sacrificios de estilo, anunciaría a su pueblo, las noticias halagüeñas y directrices de gobierno que en adelante se aplicaría. Luego, como era de costumbre vendría la algarabía popular. Pueblo, sus organizaciones y gobernantes, en *Qasqa*, como en las comarcas y villorrios más alejados esperaban que así ocurra.

Con frecuencia los grandes acontecimientos que causan alegría popular y quedan selladas como testimonio para la posteridad, siempre tienen como costo, el sacrificio y la heroicidad de pocos o quien sabe de muchos; ellos, generalmente no logran disfrutar de sus realizaciones

15 Gran fiesta en honor al Sol.

y van hacia la eternidad, con la sola convicción de haber hecho algo por la humanidad o quizá con el convencimiento, de haber dejado trucas las grandes obras, esperando por cierto que los que después vengan, hagan lo suyo y avancen un poco más.

Mama Chimpu y Wiraqocha Inka, cuando ambos se sentían ya ancianos y, no tenían aún hijo, comprendían que cuanto se había hecho por su pueblo aún era casi nada, frente a la necesidad de perpetuar la especie, pero, de pronto la resignación se tornó en esperanza y deseos de seguir luchando hasta consumir el último aliento y energía de vida. *Mama Chimpu*, al tomar conocimiento que en sus entrañas cobijaba al fruto de su amor, había iniciado una lucha contra aquello que los hombres y su ciencia habían denominado, un imposible. En verdad, a vista y paciencia del mundo entero, una anciana, en sus flácidas o secas entrañas como solían decir muchas personas, había concebido y gestado un hijo, algo nunca visto. Durante nueve o diez largos meses, cual jovencita de veinticinco años traía a este mundo su vástago. Por testimonio de los obstetras, médicos y parteras que la atendían, el advenimiento del heredero no fue un parto común y corriente, sino, una lucha entre la muerte que venía anidando en su propio lecho, frente a la vida de dos seres vivientes. De aquel que reclamaba desde las entrañas de su madre un espacio en el mundo de los hombres, y de ella, que ofrendaba la suya propia, para brindar a su retoño la oportunidad de vivir. Los dolores se habían manifestado cuatro días antes, fatal o felizmente, prolongáronse hasta la misma fiesta de *Qapaq Raymi*. En este lapso, los facultativos hicieron lo que humanamente pudieron hacer para lograr un parto normal, pero, las ironías de la

naturaleza parecía haberse ensañado con ella e hizo que la situación se complique. Ella por los intensos dolores que la afligían, el esfuerzo sobrehumano y la sangre que perdía a menudo, poco a poco sentía menguar sus fuerzas; sin embargo, ese sublime deseo interno de dar a luz al vástago prisionero en sus propias entrañas, la infundía a acopiar fuerzas desde lo más recóndito de su ser y así en momentos, se extenuaba y recobraba el aliento para seguir adelante. Cerrando los ojos y aspirando hondo evocaba a su *Inti Tayta* y a *Mama Qoltama* pidiendo energías para alumbrar al nuevo hijo del Sol. En varias ocasiones, había perdido el conocimiento y sangre, ora por el dolor, ora por debilidad. Las veces que recobraba el conocimiento, buscaba en su regazo tratando de encontrar y arrullar a su niño y al no hallar, volvía en sí y seguía luchando con el trabajo que exigía aquel doloroso parto. Hasta que finalmente un esfuerzo sobrehumano o quizá el último aliento de energía que aún quedaba en su delicado cuerpo, había hecho que lograra el tan esperado alumbramiento del nuevo ser. Ante la alegría estupefacta y la emoción de los facultativos allí presentes, *Mama Chimpu* había alumbrado un fornido varón. Ella, exangüe no pudo sino, escuchar veladamente el primer aliento y llanto de vida del recién nacido y otra vez, perdió el conocimiento. El grito de vida del recién nacido, por casualidad o por designio de Dios, vino a coincidir con el clamor de los clarines de mensajeros que anunciaban gratas noticias al Imperio. El infante, con un grito estridente, como tratando de protestar contra alguien que perturbó su quietud, molesto o alegre, pero, anunció su presencia en este mundo. El grito este, sin lugar a dudas, ya no era un grito o gimoteo común y corriente, sino, la voz del nuevo

monarca que desde las entrañas de su madre, ordenaba y movilizaba a toda persona que al rededor suyo o más allá de él se encontraban. El sufrimiento, el suspenso y la emoción que había hecho su feudo en la familia imperial y de los que allí compartían con ellos, ante el chillido de su monarca parecían haber fugado por las ventanas y rendijas de la mansión obstétrica. En ese instante, la alegría hizo de la suya en el ambiente. ¿Alegría? Sí a la dinámica solícita de las personas que cruzaban o entrecruzaban los pasadizos, las calles, los caminos, transmitiendo mensajes, hablando entre sí o entre ellos, encargos u ordenes, se podría llamar alegría; aquello, efectivamente era una indescriptible alegría. Mientras aquello se transmitía rápidamente de boca en boca y se comentaba en casi todo el confín del Imperio; en el Centro Obstétrico, el panorama era muy distinto. La anciana parturienta, con el rostro lívido y el conocimiento aún fuera de sí, yacía en su lecho de dolor, soslayada quizá por el impacto de aquel obstinado grito del nuevo ser, pero asistida permanente y activamente por los facultativos allí presentes. Ella, había perdido mucha sangre. Para reponer, primeramente insuflaron aire, luego administraron pocimas, baños, sahumeros, emplastos; en fin, qué no hicieron, aún así el proceso de recuperación no mostraba signos de mejoría. Ella seguía exangüe. En tanto, el anciano monarca, con el rostro inmuto y su ojo avizor, seguía paso a paso las delirantes interjecciones y espasmos de dolor que emitía la infeliz anciana. Al principio, el alumbramiento de su unigénito como a todo mortal, ciertamente había infundido aliento y resplor para seguir esperando lo que después vendría; sin embargo, la situación seguía de igual a peor, más bien, como suele siempre suceder en ocasiones como

ésta, el nerviosismo y la inquietud de las personas que aguardaban los pormenores de este hecho, exacerbaban el ambiente, haciéndola más tensa y preocupante con suposiciones y creencias, sobre todo las damas. Ellas, hurgadas por la fragilidad emocional que les es propia, encontraban en los médicos y obstetras, como el blanco fácil de sus críticas: unas, las más obstinadas, opinaban en torno a la presunta ineficacia de los facultativos, otras, sugerían la participación de eruditos que a juicio de ellas, eran más entendidos. En fin, cada cual exponía su propia teoría. Aún así, la prudencia del monarca *Wiraqocha Inka*, calmaba los ánimos sobresaltados; en cambio, el minúsculo y futuro gobernante que yacía en el regazo de la exánime parturienta, no opinaba como los desesperados mayores. Él, buscaba a su madre; sin más comentario que su llanto de recién nacido, emitía sus agudos e intermitentes gritos como tratando de alcanzar con sus plañidos a la ausente madre que yacía al lado suyo; ella al parecer no escuchaba las exigencias del recién nacido y seguía inerte o extraviada quizá en algún paraje lejano, luchando con el limbo de la muerte, para arrancarle a la oscuridad un hacesillo de luz y compartir de esa dicha con su vástago que aspiraba vida. El llanto o los gritos del niño, debieron ser tan altos y profundos que la madre ausente, captó sobresaltada el gemir de su retoño recién nacido, cuando de pronto, con su delicado rostro empapado en rocío de sudor, cansada y jadeante volvió en sí. Al recobrar el conocimiento, no perdió el tiempo en mirar su entorno o quién sabe no le interesaba lo que ocurría a su rededor, de inmediato con infinita ternura contempló a su niño, acurrucó a su pecho, descubrió sus turgentes senos, introdujo el pezón en la boquita de la

criatura que lloraba y lloraba como reprochando a su madre por Impertinar su paz y tranquilidad. Ella, adornada de gotitas cristalinas de sudor que calan sobre sus mejillas, mientras el niño lactaba y lactaba decíale con su dulce y maternal voz: "*Wawallay Wawa, Wawa Yupanqui, Kausay muk'u. Apuq churin, Pachamamaq wawan, Llaqtaq Taytan Kondorkanki, Pachakutiq Intipa Churin...*". En otras palabras, la madre decía a su vástago: "Hijo y tesoro mío, semilla de vida. Engendro de Dios, retoño de la madre tierra. Padre de pueblos, eres el cóndor, el Hijo del Sol que conquistará al mundo...". El recién nacido, prendido de la teta materna, al parecer satisfecho del calostro de vida y las recomendaciones de su madre, sumióse en su dulce sueño. *Mama Chimpu*, con fugaz mirada recorrió el ambiente y fijó la vista en su esposo; extendió sus pálidas manos para cruzar con las de su hombre. *Wiraqocha*, hizo lo que ella deseaba, quiso apretarla pero parecía que efectivamente ésta vez, el último aliento de energía las había Insumido en su heredero y no supo sino, contemplarla amorosamente; fuerzas, ya no tenía para hablar, sólo pudo bullir de sus pupilas, cristalinas lágrimas y otra vez, perdió el conocimiento.

Al amanecer de aquel día, cuando aún la oscuridad no se desprendía del alba y las familias en sus alcobas se aprestaban dejar sus lechos; sendas clarinadas, desde los oteros y colinas elevadas, anunciaron el inicio del *Qhapaq Raymi* o fiesta del sol. Niños, niñas, jóvenes, padres y madres, abuelos y abuelas, todos sin excepción dejaban atrás sus quehaceres rutinarios y alistáronse sus atavíos de vestir, equipajes deportivos, instrumentos de

canto y música ó cualesquiera de los suministros para volcarse y tomar su emplazamiento en la gran plaza del *Cosqa*. Ese día especial, por sobre el horizonte emergía la sonrisa reluciente del astro Dios, cubriendo poco a poco con una franja dorada los perfiles azulinos y escuálidos de las cordilleras y montañas, para luego detenerse en los anchurosos y profundos valles, planicies y quebradas. Tras ese aliento de vida y calor, millares de gentes, cada cual en el lugar y la función que se le tenía asignado, seguían paso a paso el nutrido programa ceremonial. La comitiva de dirigentes y sacerdotes del Imperio, conforme ordenaban los rituales, desde la explanada de la alegría o *Qusi Kancha* conducían con extrema devoción el supremo culto al Sol. Aquel instante de recogimiento parecía como que en el universo existían solo silencio y Sol, todo era quietud. Solo *Wiraqocha Inka Yupanqui*, el hijo del Sol, desde su trono lanzaba al aire su voz cansina, como un proyectil que irrumpe el silencio y traspasa el espacio en todas direcciones; agradecía a su Padre el Sol y a la madre Tierra de cuánto merecieron de ellos para mantener y sostener sano y bueno al pueblo, a la vez, rogaba al hacedor que extienda su bendición para que el heredero recién nacido disfrutara de buena salud y paz para su añorada esposa. Luego, dirigióse a su pueblo que aún seguían postrados, para anunciar que el culto había llegado a su final y que en adelante, la alegría cunda en todos y cada uno de las familias del imperio, pues lo que tanto ansiaron había llegado. El nacimiento del nuevo Inka, fue anunciado por el mismo monarca y a la vez, convocaba también el Consejo Supremo de Ancianos. Tamaña noticia, era una explosión de alegría; la multitud presente, sin tener

porque contener su efluvio de alegría, hicieron resonar *pututos*, o clarines, hurras; contrapuntos de danzas, juegos, poesía, canto, atletismo, en suma, aquello era efectivamente el *Qapaq Raymi* la gran fiesta, era también, el inicio de una nueva dinastía, a la vez, el preludio o quizá la despedida del más grande hombre de la historia. En fin, la alegría era indescriptible y duró exactamente sólo un día.



III

En efecto aquella alegría, duró sólo un día. Se marchó, arrancando y llevándose la misma entraña del Imperio; entraña que desde décadas atrás, adherida a su marido, había logrado del frío energías y del hambre fuerzas para ayudar a levantar a sus congeneris de aquel marasmo. Y al marcharse, dejó un mundo de lágrimas, tristeza, llanto y un vacío difícil de llenar en el corazón de su pueblo. Ella, *Mama Chimpu Oqllu*, que de su infortunio supo hacer felicidad y de su dolor vida, cuando todos creían que aún extenuada por los espasmos de aquel doloroso parto, seguiría aún en su lecho compartiendo el calor y abrigo materno con su vástago recién nacido; la muerte, esa que arranca y estruja vidas para arrastrar almas hacia sabe dios dónde, a *Qoropuna*¹⁶, quién sabe, cual ruin feiño, rondando por las esquinas o en algún recodo de los pasadizos del palacio, había esperado a que *Chimpu*, alumbrara a su retoño.

Ella, antes de descansar en paz, no había mostrado contorciones de dolor, charcos de lágrimas; convulsiones nerviosas, menos estridentes gritos de despedida.

16 Nombre de una cordillera a donde en la mitología inca, los muertos inexorablemente iban a descansar en paz.

Simplemente la agonía fue quizá el goce máximo de su existencia; había procreado un robusto hijo, era madre. Síntesis de vida. Después de todo, opinaba ella entre sí: "la muerte ya no tiene sentido, la batalla está ganada". Más bien, la felicidad recién tenía razón y esa razón, encontrábase ahí, en su regazo, con cuya seguridad, habíase sumido en su dulce sueño, sueño que se prolongaría hasta la eternidad. Sin que los allí presentes se dieran cuenta, la sombra había ya corroído lo poquito de vida que aún quedaba en ella. Nadie supo cómo y en qué momento partió, lo evidente era que su compañero, amigo y esposo, vióse solo, mustio y sin habla al constatar que delante de él, su compañera y esposa, yacía inerte, con el rostro lívido, sin más calor que aquella que emergía del querpelillo del recién nacido aprehendido a la flácida teta de la madre extinta.

La muerte, tras suyo siempre deja dolor en el corazón, llanto en los ojos y resignación en la mente. El deceso de *Mama Chimpu*, dejó mucho más. La madre, amiga, compañera y confidente de todo un imperio, habíase adelantado hacia el más allá. Cierto es también que la muerte no anuncia su llegada; pero, no sucede lo propio con su partida; no fueron los heraldos o *Arariwas* ni los *Chaskis* postillones, quienes anunciaron el fallecimiento de la reina. El propio espectro a su paso por la gris penumbra y negra sombra iba difluyendo su abominable obra; en compañía de noctámbulas lechuzas y rapliñas malagüeras, en la lobreguez de las noches con su feral danza, festejaban su logro y así, en lo basto del territorio, en un día se supo la mala noticia. Hubo dolor en los corazones y llanto en las pupilas del pueblo. Actos postreros de recogimiento y dolor, solemnizaron el duelo

general. Plañidos y llanto de pesar y congoja no fueron suficientes como para expresar el duelo popular. Como muestra viva de identificación, las doncellas y demás coetáneas de la extinta, hicieron compañía hacia el más allá, quitándose también ellas la vida. La muerte de *Mama Chimpu*, constituyó en algo así como el eslabón madre de una larga cadena de dolor que arrastró a toda una generación de mujeres hacia la tumba. En *Qosqo Llaqta* ciudad del Sol, el acto de las exequias del cuerpo físico, empezó con escenas conmovedoras, humanamente indescriptibles. Multitud de fieles transportaron el féretro con destino a las cimas del *Pitusiray* y *Sawasiray*. A no dudar, la desaparición de *Chimpu*, había calado hondo en los corazones del pueblo. Millares de personas, acompañaron la marcha fúnebre, difícil de contabilizar, sólo cabía indicar que era una inmensa masa humana, que precedidas de *Ayarahis* y *Sikuris* o danzantes fúnebres, lentamente se dirigían hacia la morada final y a su paso, al compás de *pututos* o clarines, queñas, quenachos¹⁷ y tambores a un solo tono de dolor, la muchedumbre, varones y mujeres, caminaban cantando y al cantar, lloraban. El cortejo fúnebre, hasta llegar a las cimas de las cordilleras donde descansaría en paz, había tardado dos días. Ya en la cima, el propio Inka, procedió a inhumar los restos de su esposa en una caverna especialmente acondicionado para este caso. Desde aquel recinto y momento, *Mama Chimpu Oqllu*, hecha montaña, enclavada en el mismo corazón de *Pitusiray*, aguardaría a su esposo, para recién descansar en paz allí en las hornacinas de *Qorikancha*. Desde luego, los funerales en

17 Flauta.



caseríos, comarcas y villorrios, discurrieron también con parecidas características que al entierro en *Qosqo Llaqta*, como dicho está atrás, el dolor que mata, cundió en las cuatro regiones y arrastró también hacia el más allá a muchísimas abuelas hasta quizá madres; ellas, al igual que en la capital fueron despedidas y enterradas.

Es verdad, que la muerte de la Qoya o reina constituyó, en algo así como una catástrofe espiritual, cuyos torbellinos de conmoción dejaron sumidas en congoja y depresión a las buenas gentes; pero, por muy doloroso como se mostraba el caso, la vida, continuó y el tiempo implacable, fatalmente siguió su curso sin reparar ni hacer distingos. Los muertos, muertos yacían allí, en la fosa o en el hoyo oscuro del universo a donde todos caían; los aún en vida, desde luego, si deseaban supervivir, no tenía más opción que seguir al ritmo y compás inexorable que la vida exigía. Consciente de esta ley, el sabio *Wiraqocha Inka*, después de las exequias, y sin pérdida de tiempo, dispuso que la normalidad retornara al imperio. Con escuetas palabras, pronunció un mensaje de aliento e inculcóles a la muchedumbre, entre otras, lo siguiente: ... El pasado, el presente y el devenir del universo, siempre fue, es, y será una eterna lucha entre la vida y la muerte. En esta lucha, la vida como la muerte, tiene su propia razón, de las que nadie puede excluirse. La vida, es luz y calor, es agua cristalina y cielo diáfano, es amor, alegría y ternura, es verdad, confianza y justicia; en tanto la muerte, es el fin de la vida, entonces, es oscuridad, turbidez y mala sombra, es temor y espanto. Por ello, en esta paradoja sin fin, por muy espantoso que nos parezca la muerte; éste es sólo un momento; mientras unos mueren, otros tantos nacen y

reponen a los que se adelantaron. Hasta el poderoso *Inti Tayta*, siendo el creador del Universo, tiene también su propio ocaso, viene la tarde y se sumerge en la noche, para retornar al día siguiente con renovada y fresca vida. Sabemos que la muerte, siempre deja dolor; en este caso, comprendo lo dolido que nos encontramos, por el alejamiento de nuestra madre, hermana y compañera *Chimpu*, pero, comprendan también, que el dolor constante en el alma, llama y preludia a la muerte, porque ésta, consume las energías de la vida. La humanidad para su perpetuidad, exige vida más no la muerte; por ello mismo, hijos míos, volvamos a nuestros hogares y sigamos trabajando para que el devenir, siga siendo cada vez mejor y quienes aún quedan con vida, así como aquellos que después vengan, tengan seguridad en el presente y confianza en el futuro. Hemos ya despedido a nuestra llorada *Qoya*, ella, descansa en paz allá en *Samanqqaya* o quizá en *Qorpuna*, dejémosla que goce de su tranquilidad.

Estas recomendaciones del dolido y anciano monarca, fueron entendidas por la multitud también dolida, en la dimensión que el caso merecía y, casi de inmediato, la muchedumbre de fieles, cual inmenso nudo humano que se desamarra, lentamente procedió a desenredarse y enrumbar su destino hacia direcciones y caminos diferentes. Se dirigieron a las cuatro regiones del Imperio, allí donde aguardaban sus familias o *Ayllus* y pueblos o *Llaqas*. Primero los del sur o *Qollas*, quienes rápidamente transmontaron las faldas de la cordillera del *Kanchiniso* y, perdiéronse en la lejanía como filamento humano que desaparece en el horizonte. Los

del occidente o *Qontis* hicieron lo propio, escalaron la apacheta del *Pachatusán* para sumergirse en las honduras del perfil cordillerano y enrumbarse hacia las montañas del *Orgontaki*, el *Saurikalla* o el *Mallmanya*. En tanto los del septentrión o *Chinchas*, ora por aquí, ora por allá, unos, guiados por el majestuoso *Qarwarasu*¹⁸ o el poderoso *Rasuwillka*; otros, por el recio *Pariagaqa* largaron su caminata. ¿Quién podría precisar a qué lugares se dirigirían?. La inmensa masa humana que poco antes llorándola habían despedido a la Santa Madre y quietos esperaron el mensaje del Inka. Ahora, tornaronse en una madeja movediza de personas, cuyos ovillos se extendieron hacia los cuatro puntos cardinales de *Qosqo Llaqta*. Sin dar tregua al tiempo, la madeja viva dicipóse del sacrosanto lugar, poco a poco. En tanto, *Sawasiray* y *Pitusiray*, las dos montañas matronas de la fertilidad, quedáronse también solitarias, quizá tranquilas contemplándose con satisfacción una a la otra, disfrutando tal vez, del silencio y la apacible brisa cordillerana que acariciábales; después de todo, en sus entrañas, *Chimpu Oqllu*, la madre del imperio, la hija predilecta del *Apu Saurikalla*, recién descansaría en paz sepultada allí, en esa cordillera. Mientras los fieles, volvieron a pisar tierra; es decir, retornaron a sus tareas cotidianas de generar vida sin mirar atrás.

No bien la silueta del último habitante perdióse en la lejanía del horizonte de los cuatro *Suyus* o regiones, el Supremo creador *Inli Tayta* o Padre Sol, también sin dejar un instante de emitir sus intermitentes e ignitos rayos

18 Cordillera ubicada en el actual Departamento de Ayacucho

broncineos de ocaso, no diremos que se sumió, sino, fue devorado por la oscuridad. Era hora en que los dioses también descansan. La noche.



IV

Después, vinieron los días, unos tras otros y el astro dios, incansable y vigoroso, cada mañana, asomaba el rostro por sobre la umbría silueta de las frías cordilleras; si el creador, trabajaba sin sosiego fabricando vida, la tarea de los seres humanos, tenía que ser más laboriosa y ardua. En esa rutina de trabajo y convalecencia espiritual de las gentes por la muerte de *Mama Chimpu*, las noticias que infundían alegría y esperanza, seguían siendo las cuitas y avances del niño Inka o *Uña Yupanqui*, como así se le llamó al príncipe. En verdad, el duelo pudo ser de otra forma, una semana, un mes o más quizá; pero, cuando murió la reina, era la temporada de cosecha. Maíz que cegar, Choclo que desbractar, mazorca que desgranar, tubérculos que desenterrar, que seleccionar, que deshidratar, quinua que trillar, amarantos que triturar, en fin, vida que preservar y tiempo que ganar. Era lo que quedaba por hacer. Labriegos, viajeros, ganaderos, orfebres, textiles, científicos, Médicos, Sacerdotes, Doncellas, Matronas, etc., trabajaban sin pérdida de tiempo. Pese a todo lo que sucedió, este o aquel día, era un nuevo día, cualitativamente distinto al ayer; lo pasado, pasó yacía junto con *Mama Chimpu* y los demás muertos, allí, en el ayer. La sin fin tarea de mantenerse en

el presente y proyectarse al futuro, había enseñado a los hombres a entender que ese del ayer, hoy y mañana, era una ley a cuyos mandatos ni el propio Dios, tenía la capacidad de escabullirse. Convicto de ello, el anciano *Wiraqocha Inka*, mucho antes a la secuela de hechos que vino en ocurrir, había felizmente tomado sus precauciones. Por ejemplo, el cuidado del niño Inka, encontrábase previsto y organizado desde el período de adviento hasta después; el luctuoso percance de la muerte de *Mama Chimpu*, como la realización del Consejo Supremo de *Amawt'as*, igualmente. En suma, el viejo Inka o el sistema, tenían dispuestos lo necesario como para que la infancia, adolescencia y juventud del heredero, discurriera bajo un cuidado estricto, tal que en su oportunidad, de ser el caso, tomara la posta del gobierno sin dificultades ni omisiones; sin embargo, pese a aquellas previsiones, medidas y orientadas casi con precisión matemática, un punto flojo preocupábase al Inka. El monitor, el supervisor, el contralor de aquellas previsiones, ya no se encontraba en la plenitud de sus capacidades como para seguir hasta el final la férrea formación que exigía el futuro gobernante. El viejo *Wiraqocha*, sabía de esta realidad, entendía además, que los hechos de trascendencia vital, escapaban a su control y en todo caso, lo más que podía hacer, eran, precaver y administrarlos. Por esta misma razón, no bien bajaron de las cimas de *Pitusiray*, dispuso que confirmasen la realización del Consejo Supremo de *Amawt'as* o sabios, ya previamente convocados por él. Esta vez, fijábase la fecha del evento, para después de la cosecha. Antes, no era posible, los procesos agrícolas encontrábanse estrictamente cronogramados y no existían disposiciones que contrariasen.

Transcurrieron los días, en los valles, planicies, alturas, mesetas y punas, se levantaron las cosechas; cuando todo aquello habiase concluido, el máximo cónclave se llevaría a cabo el día precisado. En efecto el responsable de los asuntos agropecuarios informó al soberano que cuanto se había previsto, encontrábase en orden y expeditas para el inicio de la magna concentración. En el evento, las eminencias encargadas de tomar las grandes decisiones, delinearían el rumbo del imperio en un alcance de cincuenta años, más o menos; lapso en las que bajo una visión de razonable probabilidad era de prever la ocurrencia de hechos que podían conmocionar a la sociedad y producirse un ocasional interregno. Con estos previos alcances, como solía exigir la majestad de esta reunión, el Inka, se dirigía a sus coetáneos que como él, luego de traspasar vallas difíciles de la vida, seguían aún en la sacrificada tarea de conducir la sociedad, hacia niveles superiores de vida; muchos de ellos, representantes de regiones, comarcas, naciones, pueblos y *Ayllus*, jefes de ejércitos, rectores de centros del saber o *Yachaywasís*, científicos y sacerdotes. En suma, el estamento intelectual más versado, lúcido y actualizado del imperio, encontrábase prestos, esta vez, para abordar temas de gobierno de largo aliento.

Como es de imaginar, en momentos previos al foro, en la mente de los conferenciantes, el tema o los temas a tratarse hasta cierto punto, eran ya conocidos por ellos. Para unos, el propósito estaría orientado a un reajuste en el Código Imperial, en lo que a sucesión de mando se refiere; pues, el heredero era aún muy niño para acceder al mando. Infancia, adolescencia y juventud que prever, mientras tanto, sucesor que elegir, era la preocupación.

Con este sobrentendido, los sabios conferenciantes como es natural cada cual, tendrían ya sus propios puntos de vista o por lo menos una idea clara, como para someterlas al consenso; sin embargo, más allá de estas inquietudes, no se diga sin importancia, sino más bien, casi mecánicas, existía otra preocupación, que había emanado como sublime encargo "in extremis" de una persona; persona que no hacía mucho habíase adelantado hacia el más allá. A este respecto, ni el impacto anímico que había dejado el alejamiento de su compañera, menos las presiones de las múltiples ocupaciones rutinarlas posteriores a los funerales de la finada, pudieron hacer que el viejo *Wiragocha Inka*, soslayase las recomendaciones que ella dejara en vida. Por el contrario, los encargos de su extinta esposa, que en grado sumo de vida y muerte dejó dicho, habían sido contemplados no sólo por él, sino, por toda una corriente intelectual. Particularmente el Inka, en las noches de meditación posteriores al sepelio, cuantas veces el recuerdo venía a la memoria, las había abordado. Entre sí, había tratado entender la dimensión de aquellas recomendaciones y a menudo se preguntaba, sobre si aquellos encargos pudieron haber sido el efluvo de carño materno para con su recién nacido o es que, realmente, serían las disposiciones de una Reina que inspirada por una lucidez de extrema meditación y, preluendo su ocaso, encontró la única oportunidad que aún le restaba de vida, para expresar la síntesis conceptual de un conjunto de ideas tendientes a un cambio en la superestructura política del Estado. Ideas que por cierto, aún en vida, *Chimpu* y el Inka, en las largas noches de conversación, las habían abordado. Ella, extasiada o iluminada solía encargar que su hijo, el futuro monarca, para ser grande y

justiciero como su padre, ante todo, debería de compartir sus vivencias desde su nacimiento con sus hermanos del pueblo. "El Inka -solía decir ella- es padre del pueblo y, no se puede ser padre, si nunca se supo ser hijo. No se puede valorar la bonanza cuando no se enfrentó al apremio. No se puede limitar el hartazgo ni inducir al ahorro, cuando nunca se soportó al hambre y la dificultad. El infortunio y la pobreza, no son virtudes. - solía recalcar ella- sino vivencias del hombre concreto que sufre las consecuencias de un orden social. No se puede amar a aquello que no se conoce. Quien ama a algo que no conoce, por muy sublime que sea aquel sentimiento, no hace sino amar a su propia imaginación. Además, la bondad humana que nace de la apariencia es un sentimiento engañoso que linda con la compasión. La compasión, es la sensibilidad de los débiles, incautos o pícaros que tratan de mostrar la realidad disminuida por algún interés o ignorancia. El Inka, para entender la justicia como un valor concreto que se asienta en los hombres, sin lugar a reparos, tiene que percatarse de la injusticia que deambula precisamente el interior del conglomerado de personas...". Estas y muchas otras reflexiones las habían abordado en su oportunidad entre él y su finada esposa. Por eso mismo *Wiraqocha Inka Yupanki*, luego de repasar la memoria y atar sus ideas y juicios como a cabos sueltos se atan, había encontrado una razón lógica y un sustento filosófico en aquellas sabias recomendaciones para un cambio sustancial en la sociedad. El contraste de estas conclusiones con los acontecimientos histórico-sociales, sugerían de manera inequívoca que efectivamente, la sociedad para dar un salto a niveles superiores, debería de someterse a un cambio profundo. Cambio que para tener razón,

necesariamente tendría que producirse en el estamento directriz de la humanidad, allí, donde se ostenta y se ejerce el poder. Estas cavilaciones, llevaría como planteamiento al foro en ciernes; sin embargo, la determinación final para que esto ocurra, no sólo pendía del Inka; el Consejo Supremo de Ancianos, aprobaría o desecharía según sea el caso. Para ello, previamente había que someter a consideración de los ancianos congresistas, quienes después de un análisis optarían por este u otro planteamiento. Esto era el objetivo central del evento.

El Inka, pensando en ello, antes de todo, hizo venir a su consejero mayor, el sacerdote o *Willaq Uma Suntur Pawqqaq*, hombre de basto conocimiento en ciencia política, filosofía y teología; más que consejero, era su confidente con quien compartía sus inquietudes de estadista. Esta vez, encerráronse en el despacho, para instruir al hombre la idea global a plantearse en el cónclave. De la basta conversación que sostuvieron en esa ocasión, lo más importante que pudo el cronista rescatar fueron las definiciones que el Inka inculcó a su interlocutor en los siguientes términos: "... La dirección de un pueblo será correcta, sólo si, sus gobernantes y su medio social marchan al compás de las aspiraciones y exigencias de los pueblos. Las exigencias y necesidades populares - exponía el anciano monarca - aquellas que no se pueden transferir ni encargar a un grupo o una cúpula, tampoco puede ser peribido sólo observándose cómodamente la apariencia, desde una atalaya social. Además, cuando esta cúpula, grupo o clase, se perpetúa en el poder, surge inevitablemente el fraccionamiento de la sociedad en: dominadores y dominados. Los dominadores -explicaba- de un hecho que al principio surge como encargo

consensual y coyuntural de las mayorías, bajo presión de la fuerza del poder de sus ostentadores, sus hábitos y costumbres van perennizándose, como si estas emanaran de la voluntad divina y, sus funciones humanas de trabajo para la supervivencia, a medida que pasa el tiempo, las van especializando en una forma de parasitismo que para mantenerse o perpetuarse en el poder, crean sus propios mecanismos de coerción, convirtiéndose en verdaderos parásitos y así, adoptan un orden social propio a los intereses ya no sólo del dominador coyuntural, sino de un sistema social que de toda forma disfrutan de aquel poder; -seguía explicando el monarca y *Suntur Pauqar* escuchaba atentamente- tanto los dominados, desde aquel hecho consensual no sin antes de cruentos y sangrientos deseniaces vinieron también ellos con dolor y sacrificio, legitimando este autosometimiento social, como si se tratase de hechos inevitables, mandatos de Dios. Esto, no es justo que sea así, para Dios no existe dominadores ni dominados, no hay distinción, salvó la edad y el sexo. El Inka, no es ni puede ser representante de Dios en la Tierra; Dios no necesita representante, pues si esto fuera así dejaría de ser Dios. El Inka, es más bien representante de los hombres ante Dios y la naturaleza; es hombre de carne y hueso, como todos los hombres, nace, crece, se reproduce, desarrolla y muere con y por la sociedad de hombres. Como entre hermanos, no existe dominados ni dominadores, correcto es que aquellos que pretendan representar a los hombres sobre la tierra, tengan que forjarse en las mismas entrañas del pueblo. La humanidad - proseguía su lucubración- no es ni puede ser, un conglomerado de seres u opciones antagónicas cargadas de valores abstractos e interesados que discurren

mecánicamente hacia destinos y horizontes distintos e inciertos, enfrentando a un futuro cada vez más complicado y a la vez, sosteniendo eternamente el peso de las lacras de los que dominan; tampoco, la humanidad puede confundirse con un rebaño indeterminado de animales, que busca felicidad para más allá de la muerte, sin más rumbo que aquello que orienta el "sabio pastor, representante de Dios", que al final, tampoco sabe a dónde va. La humanidad, es el conjunto de hombres, hermanos ante Dios y cohesionados entre sí por la necesidad de perpetuar vida y se dirige hacia un destino superior de vivencia material y espiritual digna, antes de la muerte. El hombre, como ser unitario en la naturaleza al igual que cualesquiera de las criaturas vivientes, está condenado a sucumbir rápidamente, pues se mueve en busca de la muerte. La opción unitaria de vida, busca el fin de la humanidad, el fraccionamiento de la sociedad, es su mecanismo. El hombre que aspiramos, para no sucumbir, busca la gregariedad, se organiza en sociedad y avanza hacia un objetivo final de vida colectiva, solidaria y perpetua, cada vez mejor. Es este, el curso eterno e inexorable de la humanidad -recalcaba el anciano *Wiragocha*- y para que esto se administre así, es preciso que los gobernantes o los que pretendan conducir la sociedad, sin razón que contrarie, tengan que necesariamente coexistir al interior del pueblo y, orientar hacia la consecución de aquel supremo fin, la de perpetuar la especie y preservar la *Pachamama* o madre tierra, único sostén de vida de las pasadas, presentes y futuras generaciones. Para que este paso histórico ineluctable prosiga por el aquel cause - seguía explicando el monarca- la sociedad misma tiene la obligación de revolucionar su

estructura, de modo que al interior de ella, no se permita que los que eventualmente dirijen o dirijan se constituyan en eternos y, los hombres pervivan fraccionados en continua pugna, sin lograr mejor vida para todos...".

Luego de haber concluido con sus recomendaciones el anciano, hizo también referencias a las enseñanzas de la historia, al costo social de los acontecimientos que se produjeron en la humanidad para liberarse de las tremebundas garras de la naturaleza. Igualmente, sugirió a no olvidar de cómo, al constatarse que una crisis comprometía la pervivencia de la sociedad, el estamento social dominante, recién y rápidamente encontraba en los hombres relativamente débiles y en la vida colectiva, su propia protección; pero aquellos "fuertes", traspuesta la dificultad, nuevamente tienden a proclamarse como tales, para instituir la fuerza del poder. Hizo referencia también, de cómo en su propio gobierno, ante una agobiante dificultad, los hasta entonces poderosos, en resguardo suyo olvidaron las enseñanzas de Dios, los apremios del dolor y mucho peor las ordenanzas del Inka para supervivir a expensas de los débiles; por cuya razón habían hecho lo que hicieron, es decir, en la hambruna y en la sequía, sentenciaron a muchísimos ladrones, ociosos, mentirosos y egoístas a *Waqll*. En suma, con muchos sinsabores, la hermandad entre los hombres, había retomado el rumbo de la razón humana, es decir, la vida honrada, laboriosa, solidaria y colectiva. Esta hermandad, grado superior de vida, aquello que tanto sacrificio había costado, según cálculos fríos del anciano monarca, aún podía perder, sobre todo, si en la misma sociedad y su entorno, no se entendía esta urgente necesidad de cambio y un ascenso

hacia niveles más supremos de vida. Según su propia convicción de anciano, en las condiciones sociales como las que se encontraba el imperio y las limitaciones propias de su edad, podrían poner en riesgo lo que tanto se había hecho y el heredero si bien es su hijo, su sangre ¿quién podía garantizar de sus futuras cualidades?. Es más, era aún niño como para por lo menos sugerir que él, como nuevo gobernante pudiera proseguir con la obra emprendida. Así, entendiendo en rigor las flaquezas de la sociedad y de sus dirigentes eventuales, infería entre sí, que muerto él- el Inka- los que en alguna medida y en otros tiempos ejercieron el poder o los rezagos de aquellos o, simplemente los proclives y ambiciosos al poder, podrían aún tomar cuerpo y engullir, valga la rudeza, a los débiles si es que esta cuestión del poder no se dejaba claramente establecido; sobre todo, si aquel grueso sector de la sociedad que confiaba en los gobernantes y avanzaban con mucho esfuerzo hacia el futuro, soslayando sus ambiciones y pretensiones personales, en no muy largo plazo, corrían el riesgo de ser desguarnecidos de sus derechos. Por aquellas y tantas otras razones, el cóncilave supremo que planearía y dirigiría los destinos de la sociedad hacia un futuro mejor, revestía de singular importancia. El pueblo, de este evento, esperaba, como a uno de los acontecimientos políticos de extrema trascendencia y de largo alcance en el tiempo.

Henchidas de aquellas expectativas, el día citado para el cóncilave, se congregaron 895 asambleístas; ellos, representantes de las cuatro regiones, los forjadores de mejor vida y mensajeros de las aspiraciones y necesidades del pueblo se congregaron en *Qosqo Uaqta*, la sagrada

ciudad del Sol, para definir y fijar las bases de la transferencia del poder y, sobre todo, delinear las pautas que garanticen el afianzamiento de la sociedad en el nuevo sistema político. De modo que los assembleístas allí presentes, eran los portadores de la aspiración de los pueblos; encontrábase congregados en el amplio salón del palacio, prestos a dejar como legado a las futuras generaciones, un nuevo orden político, resultado de la creación y esfuerzo de ellos mismos.

El primer acto formal del cónclave, desde luego la inició el anciano Inka, éste, no sin antes dar paso a los protocolos de estilo, dejó por inaugurado. Acto seguido, vino el debate. El debate, duró exactamente siete días. De las discusiones, el cronista, por razones de espacio y tiempo, sólo pudo sintetizar los más trascendentales. Al respecto, narrar el detalle de cómo, quién, porqué, dónde y demás eventualidades del evento, resultaría extensa y redundante quizá; para obviar ese tedio, solo se relatará lo más importante. Así, el primer día en el discurso inaugural el Inka, sugirió como tema central del debate, abordar la cuestión de la transferencia del poder y manifestó que, luego de haber logrado con sacrificio la solidez económica de la sociedad, era necesidad histórica por decir lo menos, establecer un nuevo orden político. Trazó también pautas básicas para la sucesión del mando, y como preludio a lo que debiera suceder más adelante, precisó los requisitos que deberían observar las personalidades con derecho al mando máximo del Imperio. Aunque al respecto, el Código Imperial todavía vigente, tácitamente sugería o quizá señalaba ya a los candidatos; pero, el Inka invocó que si bien es cierto que el Código disponía puntos fijos sobre

las que había que conducir las conclusiones, tampoco dejaban de ser ciertas, que las normas fijas de un pueblo están destinadas a forjar nuevas y mejores condiciones de vida material y espiritual de las personas en la sociedad y, cuando estas normas ya cumplieron su objetivo y la sociedad alcanza otro nivel, aquellas normas históricamente se tornaban en dogmas que conducen a la humanidad hacia el remolino del estancamiento, tratando de encontrar su horizonte en las fantasías del inmovilismo social y además, recalcó el mandatario, que los ahijados presentes tenían las mismas o mayores potestades que el propio Código. Consecuentemente, si el juicio de ellos y los intereses del pueblo obligaban modificarlas, sin reparo alguno habría que hacerlas. Concluida la participación del soberano, con los protocolos de estilo, el anciano Director de debates, *Tayta Qhapaq Anka*, no sin antes de tomar nota las recomendaciones del Inka, hizo de conocimiento de los asistentes, el temario, la amplitud, los alcances y la dinámica a las que habrían de ceñirse los congresistas. Estas directrices, más las inquietudes de los participantes hechas planteamientos, unas discutidas y otras desechadas en el fragor del debate, fueron los matices que caracterizaron al Consejo de los siete días.

Dos, fueron las conclusiones de mayor trascendencia. La primera, aquella que cambiaría definitivamente el curso de la historia; la segunda, la que daría el primer paso de aquel gran salto. Ambas, se asumieron por consenso y unanimidad. Pero, para llegar a aquella unanimidad de criterios, los assembleístas trajinaron por situaciones tensas y difíciles. Al principio, como todo coloquio de eruditos, empezó en un ambiente tranquilo y sereno, era difícil

imaginar la opinión particular de los allí presentes; sin embargo, fue posible percibir que unos, los más preclaros, creían y estaban seguros que aquellos anticipos del Inka, preludiaban momentos iniciales de una profunda transformación en la humanidad. Otros, dueños de su propio pensamiento, creíanse, verdaderos testigos del inicio de una natural decadencia de mando; para opinar así, tenían sus razones, pues por regla general, todo en la vida nace, crece, resplandece, se mantiene y se extingue, ellos creían asistir al ocaso de *Wiraqocha Inka Yupanki*. Todo lo dicho hasta aquí, no pasaba de ser una hipótesis que tenía por escenario al Consejo Supremo de *Amawt'as*, pero, las hipótesis no habían estado tan distantes de la realidad, el planteamiento del *Willaq Uma mayor, Suntur Pawqar*, dejó por decir lo menos, atónitos y estupefactos a sus colegas congresistas. Este *Suntur Pawqar*, no olvidemos, fue quien recibió las instrucciones previas del Inka, a la vez, lideraba un amplio sector intelectual que en buena cuenta, habían gestado los más importantes movimientos socio-económicos y políticos que venían operándose en el imperio. Esta vez, acudiendo a sus bastos conocimientos de filosofía, ciencia política y, citando como ejemplo a la experiencia histórica de los pueblos, supo exponer sus puntos de vista y como conclusión de su intervención, propuso la modificación de la estructura del poder político, circunscrita al Inka. Esto es, todos los varones nacidos en lo extenso del territorio tawantinsuyano, tendrían derechos y posibilidades iguales para ocupar un cupo en los cargos de la superestructura política del Estado, exceptuando al del Inka, ya que esta máxima instancia, estaba asociada a la representación de la divinidad en la tierra. El Inka, es el Hijo del Sol; sin

embargo, para compensar el poder divino, con lo estrictamente humano, era necesario instituir en esta instancia, exigencias concretas que permitan una integración social real, tal que los futuros mandatarios desde sus primeras edades deban coexistir en el seno del pueblo en igualdad de condiciones espirituales, sociales y materiales. Esto implicaba además y sobre todo, igualdad de acceso al conocimiento, la cultura y goce de la vida material y espiritual. Esta proposición de tremenda connotación histórica, como es natural, en el momento mismo, no causó reacción alguna, salvo el silencio absoluto de los consejeros. Entendida la trascendencia del asunto, el propio Director de debates, vio por necesario recesar la sesión hasta el día siguiente, de modo que en este lapso, los asambleístas tuvieran la posibilidad suficiente para discernir y discutir el tema en cuestión, con más amplitud.

Al siguiente día, sin mayor protocolo que los cumplidos de oficio y una reseña de lo ya expuesto, *Chapaq Anka* y sus colegas prosiguieron su trabajo, precisando el orden de oradores, los temas que se abordarían y el tiempo que duraría cada exposición. Luego, confirmaron su participación como oradores, 124 *Amaw'tas* o consejeros y dieron inicio a la prolongada discusión, con las palabras del sabio *Waman Sonqo*. Este, empezó invocando plegarias a dios *Inti Tayta*, y augurando salud al Grande *Wiraqocha Inka Yupanki*, memorias para la extinta *Mama Chimpu Oqqllu*, conclusiones sabias al Consejo. Luego, como recurso propedéutico de sus puntos de vista, hizo una síntesis muy apretada de la exposición y planteamiento del *Amaw'ta Suntur Pauqqaq*, seguidamente sin más preámbulo que lo ya dicho, empezó indicando: "...Que la

sociedad durante el largo curso de su historia, para transitar por mejores rumbos en busca de fines supremos ha traspuesto vallas difíciles, que costaron mucho sacrificio y sucedieron grandes hecatombes que fatalmente concluyeron siempre en el aniquilamiento de la humanidad. (...) Descubrió además que el hombre, a pesar de ser el único hacedor de historia, constituyó siempre el juguete-víctima de las ironías de la naturaleza, que para seguir superviviendo, ineluctablemente, tenía que preservar no solo la vida suya, sino, la de su entorno, los recursos naturales y el medioambiente. (...) Así, vino la sociedad de humanos ordenando su pervivencia; primero un desorden natural exacerbó y debió afectar a los abundantes recursos naturales, entonces devino la calamidad o catástrofe y en este caso, hasta donde conocemos, sepultó a los Purun Runas, luego otro igual a los Piki Runas; en fin, después de cada episodio telúrico quedaban pocos hombres y bastante recurso, pero, de difícil acceso. Entonces, otra vez surgió el ingenio humano y, nace un orden económico, social y político, teniendo como aglomerante el trabajo y la necesidad de supervivir en forma solidaria y colectiva. Entre vuelco y revuelco, entre caída y recaída, nuestra sociedad vino avanzando hacia niveles superiores, como en el que hoy nos encontramos. (...) El discurso de nuestra sociedad es diametralmente distinto a la de aquellas sociedades del más allá de los mares. Allí, como ejemplo, informes fidedignos daban cuenta que la génesis y el desarrollo humano fueron desiguales. Probablemente allá, hubo un exceso de necesidades humanas, de modo que las sociedades rudimentarias y avanzadas al principio,

completieron por escasos recursos; la escases, no solía solucionarse con la razón del fin común y el trabajo solidario, sino, con la razón de la fuerza. Sociedades relativamente avanzadas, primero aniquilaron a las rudimentarias, para proveerse con sus despojos de pertrechos y alimentos; cuando vieron exterminadas las sociedades rudimentarias y no habiendo quien las produzca, vino la necesidad de sojuzgar a los más débiles de su clan, de su tribu o de su nación. Así, ellos vivieron y viven de la guerra destruyendo su familia o su nación; con la guerra, se proveen pertrechos, hombres, alimentos y territorios. La guerra, el asalto, el hurto para ellos se ha constituido en una actividad económica, que lógicamente generó un orden social, económico y político propio y particular. Allá, cada hombre es un guerrero, y, su vida transcurre codiciando el bien de su vecino y a la vez cuidándose de la codicia de aquel. En aquellas sociedades, cada nación, cada reino actúa como enemigo y amigo a la vez. Son enemigos, cuando tienen que saquear a otro tercero. (...) Los fuertes que no tienen amigos sino, intereses, idearon sus teorías, leyes y principio propios que institucionalizan los derechos del vencedor y las obligaciones del vencido. Son peores que los animales feroces. Hombres, eximios en coactar y apropiarse de los bienes ajenos, sean por medios sutiles, violentos o brutales. Se decreta, o se inventa la ley del más fuerte que deroga todo derecho. En este proceso de libre competencia, el temible, el astuto, el sanguinario y calculador se constituye héroe y conductor de la sociedad, émulo de las generaciones. Como el proceso social no se detiene y va en avance, estos hombres y sociedades avanzarán inexorablemente y, en el futuro probablemente,

el robo, el engaño, el ocio y sus actores, tendrán características más sofisticadas que las que hoy se practican por allá. Lamentablemente, con estas huestes retrógradas en un futuro no muy lejano se tendrá que contender y para ello habremos de estar preparados. (...). Probablemente muchos de los aquí presentes se preguntarán y afirmarán quizás: ¿Qué relación tiene nuestra realidad con las de aquellas sociedades de más allá de los mares?. En efecto, si bien no se admite una relación directa a corto plazo; pero, es necesario, -indicaba el sabio- tomar aquellos antecedentes como referencia de la conducta social de los pueblos que proceden de otro proceso histórico frente a situaciones imprevistas, por una parte, como bien supo manifestar el sabio *Suntur Pauqa*, si es que las decisiones políticas no avanzan al compás de los intereses y aspiraciones de los pueblos, es inevitable esperar desequilibrios al interior de la sociedad; pues ocurren acontecimientos que se sitúan más allá de las conductas humanas y son aquellas circunstancias, las que en alguna forma hacen brotar protagonismos utilitarios que conducen a la sociedad a su involución. El individualismo, germen del deterioro social, por una parte, encuentra en este estado, su campo apropiado para engendrar la codicia, el engaño, el robo, la mentira y el ocio; es decir, el desarrollo social colapsa y retrocede hasta la pre-historia. Para ser preciso, -dijo el expositor- llegaríamos exactamente a un desorden quizá tan iguales a lo que hoy prima en las sociedades que se ubican más allá de los mares y por otra parte, mientras esto pudiera ocurrir aquí, aquellas retrógradas sociedades, hambrientas de fácil vida no tardarán en traspasar los mares e invadir esta sagrada *pachamama*, lógicamente y como es de suponer.

con consecuencias difíciles de predecir. Por eso señores, -puntualizó *Waman Sonqo*- es preciso y oportuno un cambio en el orden político de nuestro pueblo, cambio que debe significar el afianzamiento de los valores supremos de solidaridad, honestidad, laboriosidad y veracidad. El afianzamiento de aquellos valores, sin duda significará la toma y aplicación de decisiones; decisiones que toman los hombres sobre las circunstancias en que viven, sobre los acontecimientos que constituyen la historia de esta y las próximas épocas y generaciones. Desde mi punto de vista, -decía el expositor- creo coincidir con los planteamientos del grande *Inka Wiraqocha*, en el sentido de que los cambios que requiere nuestra sociedad deben darse en dos grandes líneas de acción: Política e ideología. En el aspecto ideológico, -decía el señor- considero fundamental que el horizonte de nuestro desarrollo debe sustentarse como que se sustenta, en el amor irrestricto a la *Pachamama* o madre tierra, quien nos da vida o nos la quita, cuando ella estima lo preciso. En esta santa tierra, nació *Tayta Manco Qhapaq* y *Mama Oqlla*, descendemos de aquellos prohombres que hicieron pacto en las cimas del *Apu Wanakawri* con nuestro Señor *Inti Tayta* o padre Sol. Brotamos de una raza de conquistadores del mundo que emergieron de las entrañas de *Paqariq'tampu*¹⁹ y de las espumas del *Titiqaqa*²⁰; nuestros ancestros fueron forjados no del vil polvo o barro, sino de la roca, del diamante. Estamos forjados para conquistar a la naturaleza con trabajo y amor; gobernamos hombres cultos con derechos y obligaciones iguales, como resultado de un

19 Morada de vida: Cordillera de la que según la leyenda de los hermanos Ayar, surgió la vida del Imperio Inka

20 Lago Titicaca. Actual lago más alto del mundo ubicado entre Perú y Bolivia.

largo proceso de esfuerzo solidario. En nuestra sociedad, la cultura y el trabajo abolieron la pobreza, el ocio, la codicia, la mentira y el hurto. En síntesis, somos hombres que pertenecemos a una sociedad muy particular, y difiere en lo substancial de otras, nuestra meta es el bien. El carácter de los individuos que componemos esta sociedad, está formado por la misma sociedad y no podemos ser comprendidas sin ella; estamos definidos en términos de territorio común, costumbres, leyes, memorias, creencias, lenguaje, parentesco, somos un *Ayllu* que se hizo *Llaqta* o una familia que se hizo nación, imperio. Nuestras características físico-raciales, no nos permite confundirnos con miembros de otras sociedades. En suma, la unidad humana en el que, los hombres que forman nuestra sociedad y se realizan como tal, no es esa unidad individual que engendra el egoísmo utilitario y abandona a los hombres a su libre albedrío, destinados a sucumbir en el marasmo de sus propias ambiciones; no, nuestra esencia de hombres solidarios, nace en el *Ayllu* familia, *Llaqta* o nación, *Suyu* Región, se proyecta al futuro, generalizando esa particularidad con amor, justicia y equidad. Si en esta inexorable marcha, la satisfacción de las necesidades de nuestras sociedades, se vieran comprometidas con la satisfacción de las necesidades de otras sociedades, no tenemos más opción que compartir con ellos, de buenas maneras; si aún así aquello no se diera, nuestra sociedad está libre de remover los obstáculos que en su senda se presenta en forma pacífica y con mucha sapiencia, pues sus fines supremos, se orientan a lograr el bien por el bien. Estos son, los conceptos básicos que a juicio mio debemos incorporar en el gran cambio Señores Asambleístas.-
Expresó el Señor *Warman Sonqgo*.

Luego de aquella exposición, siguieron otras y otras. Muchos, coincidieron con el planteamiento de Inka; excepto un sector. El caso particular que merece resumir, fue la intervención del *Kuraka* de la Nación *Pògra*. *Wáman Willka*. Este señor, tácitamente no discrepaba con la idea principal, pero sí, asociaba problemas de largo aliento que según él, no se estaba tomando en cuenta y dijo: (...) Antes de incurrir en deslices históricos, es preciso dar a conocer los resultados de aquella misión encomendada al *Amawt'a Antarki*, quien dicho sea de paso, en un viaje sin precedentes, sea por el esfuerzo y el tiempo que duró aquel prolongado viaje hacia el más allá de los mares, debió haber logrado importantes conclusiones que obligadamente se tiene que conocer y, con cuyas referencias, si viniere al caso, se asumirían las grandes decisiones políticas que el momento y la posteridad reclamen. Además, por intermedio del anciano Director de debates, con mucha reverencia solicitó al Inka que posibilitara allanar los resultados de aquel viaje.

Al respecto, el propio Inka que probablemente por algún motivo especial habría visto por conveniente no difundir aún tales conclusiones, pero esta vez, sin dar mayor detalle, solicitó permiso al Director de debates y en forma muy, muy escueta dijo lo siguiente: Ilustres *Amawt'as*, es de vuestro conocimiento que en estricta observancia a las recomendaciones de nuestros sabios, se optó por emprender una misión de exploración, con destino hacia el más allá de los mares. Para comandar esta delicada misión, se vio por conveniente asignar la responsabilidad al *Amawt'a Antarki*, él y sus valientes acompañantes, luego de treinta y dos meses de travesía,

felizmente retornaron de aquel importantísimo periplo, con noticias preliminares que en cierta manera confirman nuestras precisiones en torno a lo que ocurre más allá de los confines de nuestra *Pachamama* o mundo. Al respecto, probado está, que más allá de los mares, existen y se desarrollan sociedades humanas al igual que las nuestras; pero, una diferencia sustancial nos aleja de aquellas. Son aún, formaciones sociales rudimentarias, humanamente atrasadas, formadas bajo un proceso histórico distintos y distantes a las de aquí, según las constataciones de *Antarki* y el equipo de investigadores, son sociedades infelices, con rasgos físicos raciales heterogéneos, orígenes, dioses, creencias, costumbres y lenguas disímiles; existen negros, blancos, amarillos, en fin, cada cual son mundos diferentes. Aún así, tienen rasgos comunes que les confunden entre ellos; la irracionalidad humana; es su forma de vida, en ello, no se diferencian en mucho de los seres inferiores. Muchos de ellos, como pueblos coexisten entre sus miembros en forma gregaria; el parasitismo de los más fuertes sobre los débiles, ordena la razón económica y modela el carácter de sus estamentos sociales y políticos. Pese a que la naturaleza ofrece espacios benignos y amplios, la racionalidad económica en ellos, descansa en los más fuertes; como bien supo manifestar el *Amawta Waman Sonqo* en su oportunidad. La guerra, es su principal actividad económica. El horizonte tecnológico de su desarrollo, es la sofisticación de los medios materiales para matar y destruir al hombre. En este aspecto, han avanzado en lo sumo, cada sociedad o pueblo, el mayor tiempo de su existencia, perviven asediadas y a la vez al asecho de otras; los que por ventura o por "derecho de guerra" mantienen territorios amplios, estos,

cotidianamente se preparan para defenderse de aquellos otros que poseen poco espacio y consecuentemente, no tienen más alternativa que subsistir en la asechanza. En cualesquiera de las circunstancias concretas señaladas, dichos pueblos, no tienen más destino que subyugar y ampliar su espacio vital o ser subyugados para concluir con su historia como pueblo esclavizado, sin mayor derecho que supervivir como propiedad del sojuzgador. Esto es, el proceso histórico en el que aquellos pueblos discurren, en tiempo de "paz", prepararse para la guerra y, en tiempos de guerra, hacer la guerra. En este estado permanente de guerra, la racionalidad económica concluye en un proceso improductivo, sustentada mayormente en actividades que lindan con el ocio. Un amplio sector de la sociedad se ocupa en preparar la guerra y una élite hólgazana y tirana especializada en sólo consumir aquello que no son capaces de producir, hacen del desarrollo de esas sociedades, una eviterna crisis. Crisis, que se debate entre excesivas necesidades y lógicamente, escasos recursos. El sector holgazán amparado en la fuerza del poder que ostenta, ocúpense a diario en crear necesidades cada vez más sofisticadas; en tanto el amplio y débil sector de la sociedad, no hacen sino, esforzarse más y más, para tratar de cubrir las exigencias oprobiosas de aquel segmento parásito de la sociedad. Como esto es así, al escasear los recursos en el segmento parásito, cual horda de seres irracionales, son arreados a invadir y saquear, devastar y sojuzgar pueblos vecinos pacíficos o belicosos, así, exterminan pueblos, allanan obstáculos, destruyen campos de cultivo, cruzan mares, ríos caudalosos y montañas elevadas. Con estos antecedentes, probablemente no tarden en aventarse al gran océano y

"la mar" arroje hacia nuestras playas, como suele arrojar el lastre y la podredumbre de sus entrañas. -Luego de una pausa en su exposición prosiguió el Inka-. Todo indica distinguidos consejeros, que aquella herrumbre social, tarde o temprano, hollarán nuestras playas; pues es éste, el detalle que me obliga invocar en ustedes la búsqueda de un cambio substancial en el modelo político y económico interno; pues es necesario, pautas de largo aliento para lograr que las naciones circunvecinas alcancen un nivel cultural e ideológico a la altura de nuestra sociedad. Como bien han entendido ustedes, no es difícil predecir lo que podría suceder después; imaginémonos nomás, un hipotético caso de expansión social de esas sociedades retrógradas. Si así ocurriera, será una marejada de seres atrasados históricamente, los que nos invadan y en busca de recursos para satisfacer necesidades de sus dominadores, trastocarán la misma esencia de nuestra sociedad; para ellos, aún no existe el ascenso cultural, menos entenderán los logros históricos de la humanidad. Como es de predecir, estas hordas más tarde, podrían incursionar ante nosotros y, en las condiciones ideológicas como las que se encuentran los pueblos hermanos vecinos a nosotros, significará su exterminio y sojuzgamiento y quién sabe también de los nuestros. Esto será así, con pueblos que no poseen potencialidades espirituales, ni materiales como para contender con los invasores; pero, si desde hoy emprendemos el cambio substancial y, las dotamos del arma más contundente cual es, el poder del conocimiento, la cultura y la sabiduría, estaremos resguardando y protegiendo los avances y logros de la humanidad. Hasta antes de las conclusiones de *Antarki*, a ciencia cierta no se sabía de aquel peligro y, el proceso

histórico moviase en su curso sostenido, activado lógicamente por hechos de nuestra sociedad; sin embargo, esta vez, el curso de la historia perfilada más o menos unos seiscientos años adelante, inexorablemente será truncada y, el destino de nuestro pueblo muy tortuoso e incierta. Por cuya razón Señores - enfatizó el hombre-emprender esa gran tarea de preparar la humanidad en sus diferentes generaciones para enfrentar con éxito aquel difícil y lejano futuro es, el objetivo que debemos de trazar hoy. Una sociedad dotada de un bagaje cultural y espiritual férreo, pervive por la eternidad; su naturaleza creadora y hacedora de mejor porvenir, le permite el control racional de la naturaleza y de la vida social e Individual. Por muy hostil y salvaje que fuera la Invasión externa, la racionalidad de los hombres cultos que soportan el avasallamiento, hace que en salvaguarda de los logros y avances de la sociedad, busquen y encuentren mecanismos de protección y refugio en el mismo fragor de la hostilidad, sin renunciar a su naturaleza e identidad. Así, en el peor de los casos, nuestra futura sociedad frente a posibles impactos como las que venimos previendo, resistirá y coexistirá por el siglo de los siglos, llegado el momento, recompondrá su identidad y enrumbará nuevamente hacia la senda de la solidaridad en la forja de su propia eternidad. Es este el objetivo fundamental que nos preocupa de sobre manera y que hoy, no mañana, debemos planear e iniciar su ejecución. Ya no estamos frente a un caso rutinario como el conflicto de una comarca o la simple transferencia de mando -aclará el Inka-; si no, precaver el futuro de la humanidad y dejar pautas precisas para quién o quiénes accedan al poder y no exista margen para divagar en la historia accionando decisiones políticas desacertadas e

intrascendentes. Ténganse presente - remarcó-, que cálculos aproximados hechas sobre el caso, sugieren que un ordenamiento como el que se iniciará pronto, requieren aproximadamente medio milenio de arduo trabajo de transculturización. -Luego de una pausa- Finalmente honorables consejeros, -dijo el hombre- en lo expuesto, creo haber sido lo suficientemente claro y explícito: tenis ya conocimiento, los antecedentes, la prognosis del problema que se avecina y sólo falta las pautas precisas que la humanidad espera. Al respeto, no cabe duda que vuestra sabia convicción concordará con los planteamientos que de nuestra parte hemos puesto a consideración vuestra y de esta confronta de ideas, surgirá la precisa, la que forjará la eternidad.- Concluyó el anciano Inka su discurso.

En tanto el Consejero Director de debates, levantándose de su asiento aplaudió y agradeció la exposición del monarca. Los consejeros assembleístas también hicieron lo propio, parándose todos. Luego de aquella precisa reflexión del Inka, el fragor del debate volvió nuevamente a su clímax, tomaron la palabra más de la mitad de los inscritos. El Director retomó su función, cediendo la palabra al *Amauta Waman Willka*, quien momentos antes había truncado su discurso por expresa solicitud del Inka; éste, prosiguió su intervención, resaltando en rigor los planteamientos del Inka y obvió abundar más proposiciones teórico-conceptuales, mas bien, centró su participación en sugerencias concretas que como es natural, el cronista no va ha reproducir en detalle la relación amplia que sobre el caso propuso el expositor. Casi al finalizar la participación de este *Waman Willka*,

vino en ocurrir un hecho inusitado que súbitamente impactó en la tensión de los conferenciantes. La noticia, fue transmitida por un emisario, acercándose muy discretamente y en oídos del Sumo Sacerdote, quien le susurró algo. Por la forma de cómo fue comunicada, el asunto debió tratarse de algún mensaje de extrema importancia, que el propio sacerdote o *Willaq Uma*, tubo que transmitírsela inmediatamente al Inka.

V

Luego de aquel intempestivo mensaje el Presidente del Consejo, anunció que la Asamblea había quedado recesada hasta nuevo aviso. Nadie quiso preguntar el porqué, probablemente confiados en que más tarde los hechos, por sí solos se encargarían de informar los detalles y como que en efecto los hechos, dieron cuenta del incidente de la siguiente manera. No bien los Asambleístas habían asomado sus miradas al portón del salón de debates que comunicaba a la calle y plaza principal, dieronse cuenta de algunos rasgos del hecho que no sólo obligó el receso repentino de la Asamblea, sino que al contorno de la explanada de *Waqaypata* o plaza mayor, los habitantes de la ciudad encaramados en muchedumbre movíanse convulsionados, por lo visto, buscando una razonable explicación a cerca de un espectáculo que en el mismo atrio del *Intiwatana* o adoratorio, venía produciéndose. Por lo visto, el gentío sobresaltado y con ira desenfrenada, parecían prepararse para una faena de vida o muerte; al extremo que los marchantes, trascibles y energúmenos avanzaban con destino a la plaza, tratando de localizar en algún lugar a un implacable enemigo. Observando el estado emocional de aquella multitud, cualquier intento de indagar sobre el asunto, era como

hurgar un avispero de hombres enfurecidos que no tenían más pensamiento que hallar a un enemigo. El cronista, no quiso correr aquel riesgo, al salir de la sala de debates, buscó la forma más rápida y veraz de desenmarañar esta aclaga noticia y en ese afán indagó en el mismo centro a donde fluían las informaciones y fue más o menos ésta lo que vino en ocurrir. El emisario y demás testigos presenciales, manifestaron haberse dado cuenta, cuando vieron de cómo las gentes desesperadas e iracundas marchaban casi a tropeles con rumbo a *Waqaypata*, haciendo correr a diestra y siniestra espantosos rumores sobre el inminente preludio del fin de la humanidad. Tras la tropelía inconsciente de aquella multitud, las gentes ecuanímes, lejos de arrimarse a un lado y dejar pasar la turba, corrieron y aunáronse también a la masa. Esta turbulenta marcha, supuestamente era para informarse de las causas que habían originado aquellos rumores; pero, cuando llegaron al atrio, encontráronse con un cuadro que nunca imaginaron ver. Para empezar, el panorama que allí veían era tan lacerante que la furiosa y movediza masa humana, como por encanto quedaron petrificadas, desactivadas y sin aliento ni fuerza para nada. Según ellos, eran testigos de una afrenta a la humanidad. En verdad no sólo era una idea como suele suceder en masas agitadas; ante sí, tenían al Cóndor mayor, el *Apuq Churin*, el divino vigía de la humanidad, parapetado y mal herido en el mismo filo del *Intiwatana* o adoratorio del Sol, donde el *Willaq Uma* o sacerdote, en ocasiones especiales suele ofrendar el pago al Dios Sol; allí, encontrábase el Cóndor refugiado con el rostro sangrante, alas caídas, los ojos vivases al asecho, con el pico afilado y jadeante. Y las personas, inmovilizadas y asustadas por una extraña

sensación de furia mezclada con dolor, contemplaban impotentes, sin poder hacer nada por cambiar la suerte del majestuoso. El cóndor, lastimado, casi exangüe ante el pavor de aquella inerte multitud y sin retirar la mirada hacia el cielo, seguía luchando a picotazos aparentemente con la nada. Dijose y se aseguró que el hijo de Dios, luego de algún execrable atentado por parte de las oscuras fuerzas del mal, estaría agonizando, que pronto devendría su éxtasis. Pensando así, las gentes dolidas por la impotencia de no poder hacer algo, esperaban el pronto ocaso de su deidad, el cóndor. Pero esa sensación de resignación, llegó a su fin, cuando de súbito del espacio a vista y paciencia de los presentes, presipitáronse sobre aquel cóndor, menudos pájaros rapaces para desplumar y finiquitar al caído. Aquellas rapiñas como verdaderas flechas vivas con las garras tensadas como para asestar certeros zarpazos y con filudos picos ávidos de sangre se lanzaban sobre el mal herido cóndor; este, por el atisbo de sus vivaces ojos y la precisión de sus picotazos indicaba que tenía controlado la situación. Así, unos tras otros, los agresores eran aniquilados; contundentes picotazos desplumaban a los infelices cernicalos. En ese fragor de cuando en cuando, tratando controlar la arremetida de sus menudos enemigos, el cóndor alzaba la cabeza y mostraba al mundo su furioso rostró y el afilado pico con rastros de sangre y pluma, como dando a entender, que así, de aniquilados concluyen los osados. Aún así los intrusos suicidas, a riesgo de sus propias vidas, seguían arremetiendo, tratando de aniquilar de una vez por todas al majestuoso cóndor; para ello, presipitábanse en forma intermitente uno tras otro y el agredido a su vez, ya más averiado que antes, despachaba y despachaba al abismo a sus agresores

heridos a muerte. La batalla, parecía de nunca terminar; estos pajarracos, cuánto más perdían huestes, tanto más combatientes y en bandadas inundaban el espacio. Recién la alelada multitud que allí contemplaba aquel espectáculo, parecía reaccionar; las proezas del cóndor, debió haber devuelto el ánimo a las personas, tal que, cuando las gentes volvieron en sí y miraron a su derredor, comprobaron que las rapiñas, enemigos del cóndor, no solo revoloteaban en el espacio, sino que, infinidad de cernícalos, posados en los techos de las casas, edificios, rocas, ramas y arbustos encontrábanse al asecho, afilando sus garras, prestos y atentos para emprender el ataque a su turno. Ante esta situación, los hombres rápidamente entendieron que mientras en ellos reine la impasibilidad, inexorablemente, el cóndor sería vilmente asesinado y desplumado como una vulgar carroña. Pensando así las gentes entumidas por aquel incidente, previendo un fatal desenlace, es decir, el ocaso de su deidad, empezaron a desesperarse y, como quienes tratan de justificar su descuido negligente, empezaron azuzarse los uno a los otros, para ahuyentar a los villanos cernícalos que por ahí óteaban al majestuoso; mientras la multitud procedía a una implacable persecución y casería de los cernícalos, los dignatarios encabezados por el Inka, se dirigieron con destino a *Waqaypata* de donde había salpicado la curiosa noticia. Para aquellos menudos bandidos carnívoros, la furia de los humanos, les era indiferente y desde luego risible, pues cuando constataban en sus cercanías a sus persecutores humanos, lo que hacían era alzar a desgano sus ágiles alas y emprender su tranquilo vuelo para refugiarse en el espacio o en el ápice de un árbol a donde

no llegaban los proyectiles, menos las maldiciones bulliciosas de las pobres gentes. Desde allí, en el rato menos pensado y cuando ellos así querían, volvían a contratacar y zaherir al majestuoso cóndor. Proyectiles, sonajas y demás artificios de caza utilizados para ahuyentarlos, resultaron vanos, lo más que pudieron lograr, era una pequeña tregua en la frecuencia e intensidad de las arremetidas y permitir así un pasajero alivio en la autodefensa del alicaído cóndor. En ese trájín de hombres que corrían de aquí para allá, o de ahí a más allá, fue cuando hizo su aparición el anciano *Wiragocha Inka Yupanki*, acompañado de su corte, entre los que se encontraban el sacerdote, el consejero mayor y otros. El Inka de primera intención, trató de acercarse hacia el cóndor; este, con la furia salvaje que aún le acompañaba asegurose bien en su parapeto y púsose en guardia como quien espera un súbito ataque de otro enemigo. En ese Interín, aprovechando el momento de descuido un veloz zarpazo cayó sobre la oreja del majestuoso cóndor; este, con una velocidad inimaginable logró atrapar a su agresor, un certero picotazo hizo añicos al infeliz animalejo. Este hecho, causó preocupación en el Inka, que sus propósitos de intervenir en esa cruenta lucha, las retractó y retrocedió para no perturbar la atención del cóndor e inmediatamente, dispuso que cesase toda acción humana que signifique casería de los impertérritos cernicalos: El hombre, nadie es, para atenuar o desviar las leyes del omnipotente, esperemos hasta el último y sabremos cuál es el final. No os desesperéis, Dios, nunca ordena las cosas para mal. Dispuso el anciano Monarca. Y la lucha a muerte entre el cóndor y los cernicalos, continuó; estos al verse abatidos dejaron de arrear y, desaparecieron del espacio. Por su

parte el cóndor ganador, sin descuidar la guardia, irguióse el cuerpo y mantúbose bien parado y de cuando en vez, afilaba su poderoso pico de ébano en la diorita sobre la que posaba. Pese a su indemne estado físico, algo importante debió estar ocurriendo con la salud del cóndor, que no pudo o no quería alzar vuelo y, quedóse más bien allí en la misma cima del adoratorio, como quien resguarda aquel sacrosanto lugar.

Bien se dijo atrás, que el majestuoso cóndor, aparentemente parecía estar santo; lo cual, agradó a las gentes, que de pronto, olvidaron aquellos momentos cuando se sentían como ebrios de amargura, poseídos por esa sed de venganza, castigo y muerte; esta vez, contentos, alegres y llenos de entusiasmo, elogiaban las proezas del majestuoso. Sobre todo, dieron pábulo a su admiración e interés de contemplar o mirar si ello es el término, de muy cerca y por primera vez quizá en la historia de los allí presentes, al *Gran Apuq Churin* o hijo de dios.

Mientras aquello ocurría en torno al triunfante cóndor, los atrevidos cernicalos; esta vez, desaparecieron en el espacio. Pero, como por artificio de la ironía, cuando la multitud recién se aprestaba a respirar hondo por el triunfo de su cóndor, presurosos muchachos corrieron hacia la comitiva imperial, portando en sus manos, especímenes de pajarillos y otras avecillas asesinadas con extrema saña y crueldad. Mostraron al Inka, las cabecitas arrancadas del cuerpo sangrando y las alitas desgarradas; dieron cuenta además, que allá en los breñales y bosques, infinidad de estas avecillas venían siendo diezmadas por alevosos cernicalos que en bandadas trasladabanse de un lugar a otro, atrapando a su paso, alondras, gorriones,

perdices, pericos, jilgueros, en fin, había llegado al campo una plaga asesina que ponía en riesgo la paz y la alegría de los prados y vergeles. El informe, fue escuchado con suma atención por el Inka y de inmediato dispuso una cacería implacable de las rapiñas.

Mientras tanto el cóndor, como que era un verdadero adalid de la humanidad, fue tratado con todos los honores del caso. Sólo sabe dios, con qué artilugios amansaron al majestuoso que luego de ofrendas y ceremonias, pudieron restañar las heridas, sobre todo entablillar las alas quebradas y someterla a cuidados intensivos y esmerados hasta su recuperación. Una vez recuperada sus potencialidades vitales, en su oportunidad sería conducida a la cúspide del *Saurikalla*²¹, para desde allí despedirla y dejar que retome su cetro en el espacio, como el justo vigía de la humanidad. Mientras esto ocurra, veámos qué pasará con la casería de los cernícalos. En efecto, la infinidad de gentes no sin antes de haber puesto en práctica una serie de artificios ingeniosos de caza, desde lo sutil hasta lo más sofisticado para tratar de atrapar a los *k'illinchos*, como así solían llamarlos a estos cernícalos; la población, movilizóse de modo tal que la persecución resultó un verdadero rastillaje humano. Campos descubiertos, áreas boscosas, cerros empinados, matorrales; en fin, lugares donde la bandada de *k'illinchos*, solía posarse, allí, encontrábase los hombres distribuidos en brigadas de niños; sobretodo jóvenes atisbando a las alevosas rapiñas. La tarea fue muy laboriosa y de mucha paciencia, pues, por la misma naturaleza de estos pájaros

21 Montaña elevada en el Departamento de Apurímaq, donde actualmente se realiza la fiesta de la despedida de los cóndores

rapaces, ágiles y grandes voladores, ante el bullicioso asecho y la persecución sin tregua de los hombres, iban escapando y escapando cada vez a lugares más inaccesibles para el hombre. Al inicio de la operación, la bandada huyó a la cúspide de las copas de los árboles grandes; la contundencia de la persecución hacia que la siguiente vez, huyeran hacia las quebradas abruptas, pero allí, los niños ya les tenían alguna trampa, en las que unos caían, la mayoría dejaba atrás a los caídos y seguían su vuelo; hasta que en ese trajín, habíanse refuglado en un inmenso precipicio, donde humanamente era difícil, por no decir imposible, el acceso de las personas. Las rapiñas una vez más, dejaban atrás a sus acosadores, parados y contemplando impotentes de no haber logrado lo que habían deseado hacer; es decir, las de exterminar. La sed de venganza de los hombres contra los infelices pájaros carnívoros quedaba allí, impregnado en la mente de la multitud, que sin poder resignarse, movíanse de aquí para allá, dirigiendo las miradas a lo alto del inmenso precipicio al que después lo llamaron *Killinchayqqa* o abismo de los carnícalos. Entre tanto, las rapiñas, ufanos y juguetones revoloteaban, casi en las propias narices de los hombres, como amos de sus moradas, cual si para ellos nada hubiera ocurrido. En suma, desde su aparición aquellos impertérritos carnívoros, no sólo habían atentado contra la sagrada vida del amo del espacio, como era el cóndor, al extremo de haberla colapsado su vuelo, fracturando sus poderosas alas, sino, se convirtieron en verdaderos látigos de la tranquila tertulia de los pajaritos y demás avecillas del campo. Al principio, la depredación había sido terrible, con fiados e inocentes en la tranquilidad de su paraíso

campestre, los pajarillos unas veces posados sobre una ramita o una piedrecilla con el piquito abierto hacia el cielo daban rienda suelta a su siringe para entonar melodiosos trinos y en ese instante, ¡jazá!, las filudas garras del cernicalo caía sobre el cantor y concluía con el pajarito. Así, habían espantado y sembrado el terror en los campos; pero, la sabia *Pachamama* o naturaleza, que suele tener leyes inexorables para proteger a sus reliquias, rápidamente debió entrar a tallar que en el consenso de los pajarillos, como si una orden divina entrara en acción, vino el acuerdo unánime para cuidarse los unos a los otros de la asechanza de los malvados. Eran sonidos o trinos convencionales los que anunciaban la incursión de enemigos del aire como estos osados cernicalos. Aquellas aves, cuyo hábitad ubicábase en lugares escarpados o en árboles más elevados, estaban obligados de emitir, sonoros trinos, cual potentes silbatos de alarma anunciando que se avecinaba peligro e, instantáneamente las avecillas encontrábase ya a buen recaudo; de igual, los menudos ruiseñores ante la asechanza de los depredadores, hacían razonar sus estridentes silbidos y todos estaban ya en sobre aviso. Estas alarmas, eran más o menos pactos solidarios que cuando aparecía la incursión de los enemigos, los campos y vergeles, de un paraíso butlanguero, se tomaba en un monte sepulcral y los enemigos, habidos de presa, no tenían más opción que contentarse con atrapar incautas culebras, ratones, lombrices o insectos.

De este modo, la naturaleza había ordenado la vida de sus ocupantes y, el equilibrio natural habría de perpetuarse para siempre; a tal punto que el cernicalo,

aquel abominable y sacrilego carnicero, decapitador de pajaritos, al no encontrar sustento en los campos, más tarde se arrimaría al hombre ya no como un bicho perjudicial, sino, como un verdadero vigía, amigo de la sociedad de humanos. Para sobrevivir, tubo que asociarse al hombre y encontrar en su férula, una ocupación simbiótica. La función que por sus propios trabajos y méritos vino en encontrar, fue precisamente en la producción agrícola y en los cuidados domésticos. Así por ejemplo en épocas de siembra, enseñoreábase allí en las sementeras recién removidas recolectando orugas, escarabajos, batracios y lógicamente, seguía siendo aún el azote de pajaritos y perdices. Esta vez, poniendo en orden a todo aquel que osase rasgar la tierra para desenterrar los granos de semilla que el labriego había enterrado. En tiempos de cosecha, la actividad de los cernicalos, se hacían más intensas como necesarias con los pajarillos granívoros que en bandadas incomensurables, solían devastar los campos de cultivo, trepándose a mazorcas, espigas, vainas, bayas y racimos. En estas circunstancias los *killinchos*, eran tan implacables, que rápidamente capturaban a sus presas y con esa fruición de rapaz, en la parte más visible de las ramas desplumaba una, tras otra a sus víctimas a vista y paciencia de todos. De modo que en los hogares campestres, se hizo tan útil y necesario que cada labriego aspiraba tener como compañía y guardián su par de cernicalos anidando en alguna rendija del techo de su edificio. Si criar cernicalos no era posible, ahí en el lugar más aparente de las sementeras, una horquilla plantada, en cuyo ápice encontrábase con las alitas extendidas un cernicalo disecado, ahuyentado a las plagas. Así, con el correr del

tiempo, el hombre había descubierto las diferentes habilidades del animalito, una de las muchas, era que en el hogar, posado en la parte más alta de la casa, hacía de un inexpugnable centinela que con su ensordecedor ¡Clic, clic, clic!. Anunciaba a su amo, el arribo de visitas o la presencia de alguna rareza en cercanías del hogar. Por esta y muchas otras bondades útiles, los osados cernícalos que no hace mucho tiempo atrás habían sido sentenciados a ser exterminados, lograron más bien convencer al hombre, hasta que finalmente fueron domesticados para bien de la humanidad.

Dicho esto sobre los *K'illinchus*, volvamos a lo que vino en acontecer con el triunfante cóndor y narrar en forma muy resumida, la actitud del emperador y el pueblo, frente a lo que después vendrá. Al respecto, como está dicho atrás, una parte de la población, encargose de los cuidados intensivos del cóndor, dijimos también que fueron reñadañadas las heridas y entabilladas las alas fracturadas a consecuencia del asalto de los *K'illinchos*. Cuando todo aquello anduvo bien, luego de treinta días de atenciones, el cóndor, sano y salvo fue conducido por la multitud a la cúspide de la cordillera *Apu Sawrikalla*, desde donde con ovaciones y la algaravía de los presentes, fue despedido. El cóndor, ya en la cima del nevado, no bien aflojaron y soltaron sus ataduras de seguridad, primero, paseóse en la planicie de la cordillera, luego, cual abanico gigante, abrió sus poderosas alas plateadas y arrancó su vuelo hacia el infinito, para desaparecer en el espacio cual un punto negro que se pierde en la lontananza de la cordillera, así se perdió entre los densos nubarrones del inmenso espacio. Más tarde, no bien el majestuoso habíase zambullido en el más allá del horizonte, las gentes

quedáronse atrapados en una nostalgia masiva, como si sobre ellos, la desaparición del cóndor, causara una tremenda compunción. Lógicamente, después de este adiós, impregnados de esa sensación, los hombres, empezaron a descender de la cordillera. Presidía a la multitud, *Wiraqocha Inka Yupanki*, él y sus acompañantes, bajaron a pie; tras la comitiva, la gente en multitud se desfilaba lenta y pausadamente. En ese momento, no habrían empezado a descender ni la cuarta legua de la bajada y fue cuando aquellos lentos y difusos nubarrones que instantes atrás se divisaban allá lejos en el horizonte, rápidamente se juntaron entre ellos y como sombra que se agiganta en la penumbra, así, las brumas se agigantaron y opacaron la claridad del día. El firmamento, cubrióse de una negra y densa masa gaseosa hinchado de tempestad; ráfagas incandescentes de rayos, seguidas de trueno y explosiones en pleno estío, conmocionaron el ambiente. Como si algo superior a las fuerzas del hombre, quisiera destrozarse y ver en pedacitos la faz de la tierra, así la tempestad empezó a retumbar y mover la tierra, luego, una descarga de lluvia helada con granizos del tamaño de una baya de tubérculos, precipitose furiosamente sobre la superficie. Unas bolas caían sobre rocas como proyectiles destinados a liquidar a los hombres y se desintegraban o rebotaban, otras, arremontábanse sobre pastos y yerbajos como ruma de boilitas de cristal. Felizmente, el chubasco de granizo fue fugaz; aún así, la multitud resultó afectada, pues, personas que no tuvieron tiempo o habilidad para guarecerse sea en matorrales, arbustos o en alguna caverna y covacha de la cordillera, debieron pasarla muy mal ya que tras la lluvia, aparecieron numerosas personas con magulladuras, moretones y desgarramientos de piel.

Más tarde, calmado el chaparrón, la multitud prosiguió su marcha, pues ya el firmamento, había descargado su mal humor, los rayos solares poco a poco se encargaron de difuminar en el espacio algunos rezagos de la nube gris que no hace mucho había oscurecido y enfriado el ambiente. Hasta que finalmente el astro Dios, hizose cargo del Universo y los hombres, aún empapados de agua y sobre todo perturbados con tristes pensamientos a raíz de este enojo del alto, bajaron ordenadamente de la cordillera.





VI

Ya en la ciudad *Wiraqocha Inka Yupanki*, dispuso que la multitud retomase a sus hogares y prosiguieran con las tareas que les correspondía realizar. En tanto los ancianos consejeros a sugerencia del sacerdote, acordaron reiniciar el gran debate que días antes suspendieron. La decisión, fue comunicada casi inmediatamente al Inka para que éste, pudiera proponer la fecha. Por su parte el monarca, luego que las gentes desaparecieron del lugar, dirigióse a su despacho. Allí, citó a una sesión de extrema confidencia que se llevaría a cabo a media noche de ese mismo día, ordenó también que asistirían a este compromiso, exclusivamente el *Willaq Umao* sacerdote mayor, el sabio *Atau Sinchi*, el Consejero mayor *Qapaq Anka* y por añadidura, el cronista que tomaría nota en sus nudos o *Kqipus* de los principales acuerdos que se asuman en dicha reunión.

Como que ya está comentado atrás, la súbita precipitación del cóndor, la voraz persecución de los furiosos cernicalos y éste premonitorio chaparrón, no sólo dejaban trasgredidas las leyes sagradas y, lastimadas la fe humana, sino también creaban zozobra social en esta multitud de personas, afectadas ya por circunstancias adversas anteriores, por así decir, difíciles de explicar y

sugería a los hombres del imperio, esbozar un futuro más sombrío que antes. Al respecto, unos, sobre todo aquellos que con mucho sacrificio, habían logrado transponer las difíciles coyunturas de la sequía, el hambre y la plaga, preguntábanse y opinaban más o menos como esto: ¿Con estos anuncios elocuentes, quizá esta vez, vuelva a ocurrir lo de antes?. ¿Entonces, cuánto con sacrificio vino forjándose hasta hoy, corre el riesgo de caer en las garras del ensañamiento de la madre naturaleza?. ¿Quién podrá saber que esta vez, sea mucho más ruda que la anterior ocasión?. ¡Si esto es así, sumergirá en sus entrañas a hombres y obras, será el fin de la humanidad!. Otros, hombres más cautos y sabios contestaban a su modo: ¡Ah, claro, todo puede suceder, pero, hay algo que no podrá ocurrir nunca, ese algo es, que la humanidad desaparezca y con ella los hombres como *Wiraqocha Inka*. ¡No!. ¡Ellos, suceda lo que ocurra, aún de los escombros de la tierra, siempre rebrotarán, conforme *Tayta Manco Qhapaq* se cobijó y emergió de las frías entrañas del lago *Till Qaqa* y nos trajo en la historia hasta estos días!. ¡Así es la vida, mientras en el universo el amor de Dios y sus rayos de vida no se extingan, la humanidad, nunca perecerá!.

De modo que la multitud, tras la despedida del cóndor y el arrebató de la tempestad, sumidas en cavilaciones como éstas, habíase diseminado y guardado en sus hogares. Cada persona, silenciosamente parecía consumirse en su propia letanía, esperando quizá que alguien, como el Inka les diga: Esto no es como ustedes piensan, Dios nunca olvida a sus hijos y sigamos adelante, que la vida continúa... o quien sabe también otras personas, aguardarían mejores reflexiones que pudieran

devolverlas la confianza en el presente y esperanza para el futuro. Precisamente preocupado en ello, *Wiraqocha Inka Yupanki*, había previsto aquella reunión y como qué, los tres dignatarios a la hora indicada, estuvieron presentes. Cuando esto ocurrió, al parecer, la noche aún no había llegado a su media; en la ciudad, las personas seguían haciendo tertulia, de sus alcobas, lucecitas mortecinas escapaban aún por entre las rendijas y conforme avanzaba la noche, cual chispas extenuadas, lentamente fueron apagándose, hasta que al fin, la ciudad disfrutaba su plácido sueño. La noche, no era oscura, más bien clara, como siempre suceden con las limpias noches de solsticio de invierno. El firmamento constelado de fugaces estrellas emitían sus lejanas y rutilantes luces iluminando con suave penumbra la faz de la Madre tierra que tranquila y silenciosa descansaba sobre su lecho. Aquella noche, sino fuera por el graznido de noctívagos pájaros, el ubicuo croar de los sapos, el cuchicheo monótono de grillos, y lejano alarido de algún zorro hambriento, se podría decir que era tranquila; pero no, siempre tenía algo de tétrico y lúgubre. Este ambiente nocturno, por lo particular que se mostró, parecía lo más propicio para algo supremo y fue precisamente en ese momento, cuando alguien comunicó e indicó que la ciudad descansaba. En aquel instante, fue el *Willaq Uma* o sacerdote mayor quien anunció al Inka, indicando que la hora precisa había llegado. Salieron del despacho los tres dignatarios para dirigirse con destino a un lugar indeterminado para el crónista. Ya en marcha y en la semisombra de la noche, la senda por donde iban transitando se distinguía claramente y podíase caminar sin dificultad, de modo que abriendo paso entre stipas,

guijarros, yerbajos y escarchas petrificadas por las bajas temperaturas, escalaron y llegaron a la cúspide de una desconocida cordillera. El pináculo de aquella imponente montaña que sobresalía y se proyectaba al cielo, concluía en un inmenso forado semiredondo en cuya base, habíase edificado una planicie, asemejando a una gigantesca pirámide truncada al final del ápice. En aquel pináculo, el cronista que vino tras los detalles de cuánto ocurría, tubo que distraer su tiempo, para ubicarse y saber exactamente en qué lugar del universo se encontraba. Pues bien, el sólo observar con detenimiento la planicie le hizo sentir entre sí, una sublime sensación de satisfacción que lindaba con el paroxismo. En sus adentros, el cronista, reflexionaba y concluía de cuán dichoso y honrado era él; pues sabe Dios, porqué razones y circunstancias pudo haber sido escogido precisamente él, para hoillar aquel aposento a donde les estaba permitido ascender sólo a cuatro mortales por cada generación. En fin, cuáles fueren las razones, él ya se encontraba allí, en ese imponente ventanal del universo del cual se podía atalayar la penumbra y el descanso del mundo.

Desde ese otero el cronista, pasó revista de cuanto había en el atilillo. En primer lugar, entendió que la horizontalidad de la planicie y la inmensa bóveda del ventanal que traspasaba la cordillera, no era trabajo de la naturaleza, sino, de hombres. No tuvo tiempo o quizá no quiso preguntar de quién o quiénes y cómo, pudieron haber tajado y forado la cúspide de esta inmensa montaña que en otrora debió haber sido tan macizo como tantas otras montañas de roca que desfilaban en el horizonte. En este caso, quién o quiénes pudieran haber sido los autores de

tan gigante proeza no interesaba, lo evidente era que con el material de corte de aquel ventanal, habíase acondicionado una serie de muros de piedra. La base horizontal de la bóveda o planicie encontrábase cercado y omado de ventanales trapezoidales de doble hasta triple jamba, como si se tratara de un torreón de fortaleza. En el centro mismo de la planicie, sobresalía una plataforma circular construida en alto relieve, era la terraza de las que, cuatro escalinatas coincidentes con los puntos cardinales de la cordillera, descendían hacia el precipicio de la montaña, para terminar al fondo en cuatro pórticos trapezoidales de triple jamba, construidas o labradas en roca maciza que hacían de ventanal y mirador. En la oscuridad y con el trasluz, estos ventanales parecían espejos que mostraban un pedazo de la lontananza del espacio lejano. En cambio la superficie de aquella terraza, mostraba dos elementos importantes. Un hontanar de donde fluía agua a borbotones y discurría a una fuente, cuyo espejo en la penumbra retrataba en miniatura al firmamento estrellado; esta fuente, era redonda, al contorno, el perfil de unos trazos de banquetas labradas en roca firme rodeabanla. El otro elemento del que hablaremos mas adelante, era más bien una estructura labrada y construida en alto relieve, también de piedra y de forma piramidal cortada en su parte alta. Una escalinata, ascendía hacia el altillo donde esperaban cuatro asientos labradas en piedra firme, orientadas en forma de cruz o chacana para visualizar, el Oriente, Occidente, Norte y Sur, respectivamente. Bajo el manto de la fría oscuridad y con mucho esfuerzo, fueron aquellos elementos, los que rápidamente el Cronista pudo apreciar. Luego, sin pérdida de tiempo, procedió a observar y tomar nota los detalles

de aquella enigmática excursión nocturna. Y fue esto lo que vio. Los visitantes, visiblemente honrados por encontrarse en esta morada de los Dioses, no sin antes de despojarse algunos de sus atuendos, dirijéronse primeramente, hacia donde la fuente en la penumbra mostrada su débil brillo. Allí, el sacerdote descolgó de sus espaldas, un abultado atavío envuelto en una manta. Las extendió sobre la banqueta que yacía al canto del hontanar. El atavío por lo visto, debió contener algo así como una remesa sagrada destinada al mismo Dios, que para descubrirla, previamente se prosternaron e invocaron permiso a la *Pachamama* o santa tierra para posicionarse. Estuvieron buen rato orando con la frente puesta en el suelo e invocando como quienes tratan de extraer energías de sus entrañas; luego, lentamente paráronse para extender, la manta o *Lliqlla* que envolvía aquel atavío. Al descubrir la manta, vino en mostrar un aríbato mediano y panzudo, un jarro de cerámica y un pequeño atadillo cubierto en tela fina al que se la conoce por *Unkuña*. Las vasijas a no dudar eran de oro, pues en la oscuridad se podía distinguir el brillo mortecino que se dispersaba de su lustrosa superficie. En cambio la *Unkuña*, al soltarse de sus amarres en el silencio casi absoluto de la noche, dejó escapar un frufú foliar, asociado con el sonido metálico de conchas y tiestos, era un manojo de hojas disecadas de coca que se extendió por sí sólo sobre la mantilla. Mientras que el sacerdote mayor, con extrema reverencia maniobraba la remesa, el Justiciero Inka y el consejero mayor que por lo visto era astrónomo, sentáronse frente a frente en la orilla del hontanar, con las piernas cruzadas; el uno, con la mirada puesta en el espejo de agua y el otro, al firmamento estrellado. Al parecer

finiquitado el trabajo de maniobrar mil cosas con los utensilios de la remesa, el *Willaq Uma*, cogió el aribalo y escanció un chorro de chicha sobre aquel casi gigante vaso; luego, acondicionó cuatro escudillas grandes conteniendo entre otras cosas, polvillo de oro, plata, resinas, hojas secas de coca, nácar y otras cosas más hasta el ras de las escudillas. Enseguida, se acercó al ojo del hontanar de donde bullía el agua y en cuya parte alta, entre Stipas, Fhalchas, Poas, Sotomas o Valerianas, yacía una pequeña plataforma de piedra sobre la que acondicionó una fuente de arcilla conteniendo finísima piramidal estructurado con bolillos diminutos multicolores de talluelos de *chenopodium*, intercaladas con hojas disecadas de coca y otros "condimentos". Concluido estas menudas operaciones, el Sumo Sacerdote, como quien logra la meta más ansiada, respirando hondo dijo: ¡Señor, todo está en orden para empezar!.

No bien escucharon este anuncio, los ancianos dejaron sus puestos de observación, para posesionarse otra vez al rededor de la gran manta extendida; allí, el *Willaq Uma* Sumo sacerdote, tomó entremanos y levantó el jarro gigante conteniendo Chicha para ofrecer al supremo creador. El Inka, cogió un foliolo disecado de Coca con los dos dedos de cada mano y, las alzó hacia arriba, por su parte el anciano astrónomo, hizo lo propio con el aribalo. Después de este acto de devoción, dirigiéronse como si se tratara de una procesión, hacia el occidente del ventanal, desde donde a lo lejos podía distinguirse la negra silueta del *Apu Rasuhuilca*. Bajaron lentamente la escalinata y posecionáronse en el mismo filo del inmenso ventanal del mundo. Fue en ese momento, cuando el

anciano Inka con esa voz bronca casi temblorosa, levantando en alto las hojitas de Coca pronunció esto: ¡*Pachamama*, Madre tierra, entraña de vida, perdona por tanto enojo que nuestra existencia te viene ocasionando. Tus hijos, sollozan de pena al ver que en las alturas zozobran los dioses ante la negra tempestad, en tus llanuras, los pájaros malagüeros pretenden devorar a los representantes de Dios y en los mares, las limpas y tranquilas aguas se enturbian y se enfurecen. ¡*Oh Pachamama* Santa Tierra, presientes acaso al fin de tus hijos!. ¿Te hemos ocasionado tanto enojo, que merecemos más castigo de los que ya hemos pasado?. ¡Madre tierra, calma tu ira y perdona por tanto daño que nuestra existencia pudo haberte causado...! En aquel momento, el foliolo seco de Coca que ofrecidaba las mojó con la espesa chicha y se puso a rociar hacia los cuatro puntos cardinales del abismo y prosiguió diciendo: ¡Madre nuestra, recibe pues este sagrado *Quinto*²² y esta Chicha que calme tu hambre y apague tu sed...! Diciendo esto, arrojó al abismo un manojo de hojas de Coca y desparramó una porción de chicha a los cuatro lados del abismo. Las hojas secas, con la ventisca que recorría en la cumbre, empezaron a flotar en el aire como pequeñas mariposas nocturnas que aletean en el espacio. Hecho aquello, arrodilláronse los tres hombres en el ventanal, luego, el *Willaq Urna*, colocó una de las bandejas que previamente se había acondicionado con incienso, mirra, polvillos de oro, plata, recinas, *Lamp'us* o nácares y sobre todo, hojas secas de Coca. Al rato, tomó un foliolo y extrajo de su bolso o *Chuspa* una porción de pedernal y una varillita de

22 Nombre ritual de la hoja seca de coca

bronce con los que atizó fuego. La hoja de Coca, hizo de yesca, ardió y mientras el fuego emprendía su tarea ignífera consumiendo poco a poco las hojitas de Coca; de la bandeja, una filiforme humareda acompañado de un vaho agradable y reconfortante empezó a crecer y expandirse sobre la terraza. El ambiente de lo misterioso, se transformó en algo así como que si uno se encontrara en un lugar, donde las sensaciones terrenas del hombre quedan atrás y, se asiste efectivamente al encuentro con Dios, el supremo hacedor del universo. En ese otro mundo sacrosanto, los tres hombres siempre prosternados, sorbiendo de cuando en vez, restos de chicha y mascarido hojitas de Coca que poco antes habían ofrendado, contemplaban atentos y con rostros inescrutables de cómo los folíolos disecado eran consumidos por la flama. Al principio, las hojuelas Incineradas mantuvieron su estructura foliar casi intactas, ningunas se corrugaban ni se resquebrajaban, así prolongóse la situación hasta más o menos las dos terceras partes del contenido de la bandeja; pero, la circunstancia cambió cuando aquella suave y aromática brisa que casi toda la sesión vino ventilando se turbó violentamente y de súbito vino en extinguirse. La humareda al igual que aquel, dejó de trepar a lo alto del ventanal, cual neblina preñada de rocío, terminó arrastrándose sobre la terraza y el perfume agradable, se transformó en algo así como en un gas raro de olor cáustico y metálico que al inhalar obligaba estornudar y lagrimear. Los ancianos ante este ventisco, mantuviéronse imperturbables sin retirar para nada la mirada de los rescoldos ennegrecidos y canizados de una que otra hoja de Coca a medio quemar en el tiesto. No bien la bandeja dejó de humear, el Sumo Sacerdote las

tomó en sus manos y, dejaron atrás el lugar de la ofrenda inicial, para dirigirse hacia el ojo del hontanar donde encontrábase acondicionado la otra gran fuente de arcilla, conteniendo la pequeña ruma de talluelos de *Chenopodium* del cual hemos hablado antes. Aquí, también se arrodillaron y volvieron a encender fuego; la candela, se activó rápidamente, las llamas reverberantes fueron brincando de hoja en hoja, dejando a su paso, pavesas intactas de hojuelas, adherida a los bovillos, hasta llegar más o menos a las dos terceras partes de la ruma; allí, el fuego se detuvo y la flama, cual hormiga extraviada que busca su panal, se entretuvo en el tallo tratando de detectar la médula seca del *Chenopodium* y, empezó a devorar los talluelos de la parte superior de la pirámide, consumiéndolas finalmente tallo y hoja, hasta dejar todo en cenizas. De la miniatura de pirámide, ya truncada en la punta quedaron sólo palillos ya negrecidos e intercalados con débiles pavesas de hojas de coca, de donde, montoncitos de ceniza deslizábase sobre las fuentes de arcilla. Visto este final, consumado el trance, el Sumo Sacerdote tomó la fuente y con él, los dos se retiraron del lugar, rumbo a la banqueta de piedra, donde poco antes habían dejado otra igual. Seguidamente, volvieron a la orilla del hontanar, donde la manta grande seguía extendida y sobre ella, el arbaño panzudo sostenida como cuña por la finísima *Unkuña* o mantilla. Después de acomodar los restos de aquel raro sahumero, otra vez, sentáronse al contorno de la manta extendida. En ese devocionario, donde el silencio entre cortado de cuando en cuando por el ulular de la brisa cordillerana, hasta el respiro y el jadeo de los hombres que trataban de trasmontar el infinito para buscar a Dios, parecía sobrenatural y divino; el esmero con las que accionaban,

hacia concluir que estos actos entrañaban ese profundo grado de devoción y acercamiento hacia Dios. El sumo Sacerdote, fue quien llenó el gran jarro con espumosa chicha, para inmediatamente ofrecerla al Inka; éste, previamente, levantóse y se postró ante el espejo del hontanar y, pronunciando estas palabras: ¡Madre de la humanidad, fuente de vida, calma tu ira recibe nuestro esfuerzo y perdónanos...! Hizo caer, un chorro del líquido espumoso sobre la limpia y tranquila fuente. Luego, las bebió sin descansar hasta finiquitar con el contenido. Al concluir de beber, el vaso que aún tenía entre manos, colocó con sumo cuidado cabizbajo sobre la *Unkuña* que contenía hojas de coca, menjunjes y nácares. Este vaso, ante la tensa mirada de los tres presentes, fue lentamente volteado por el Sumo Sacerdote, al voltear aquel *K'ero*²³, el borde húmedo por donde había sorbido el Inka, vino en mostrar una hilera de hojas de coca adheridas, una tras otra a la superficie interna de aquel vaso; los folíolos secos, curiosamente se habían impregnado y acondicionado de manera que, el primero, era un folíolo gigante lanceolado; los dos siguientes, de tamaño algo menor que el anterior, pero robustas e intactas; el tercero, era más o menos parecido al primero, solo que este, tenía una ligera magulladura en el ápice; finalmente tras de este gigante folíolo magullado, montón de hojuelas menudas y encrespadas se habían impregnado. El vaso conteniendo estos detalles, fue constatado por cada uno de los tres dignatarios; los tres folíolos grandes, fueron cuidadosamente separadas e introducidas por el Sumo sacerdote al hontanar; mientras las hojuelas menudas y

23 Jarro ceremonial.

encrespadas, que dicho sea de paso eran bastantes, se las incineró rápidamente. El fuego, tardó en consumirlo. Así fue como, bajo el manto claro de aquella constelada y pásible noche, los tres dignatarios y sacrificados conductores de los destinos de la humanidad maniobraban y hacían lo que buenamente, generación tras generación solían hacer para tratar de alcanzar en el infinito la bondad del gran hacedor e implorar, prosperidad y buenos tiempos para aquel esforzado pueblo. Si bien este pueblo, en su discurso había derrochado o sacrificado vidas de generaciones enteras y privaciones a lo sumo para lograr lo que hasta hoy eran, por lo menos, la gente común disfrutaba de sus logros y se proyectaban hacia el futuro sin dificultades; en cambio, sus conductores, aquellos que no conocían la fatiga, el cansancio, menos los años que pasaban, con los rostros arrugados, los cabellos canos y sus vidas a cuestas, no sólo habían hipotecado sus propias vidas e invertido fuerzas y sus años para mostrar a las nuevas generaciones un mañana mejor y próspero, sino que pagaban caro, los costos de ser los padres y conductores de la sociedad; ellos, convencidos que el trabajo de gobernar no solo significaba pensar y obrar en la prosperidad de esta generación que ya avejentaba, sino también en la otra y en las que después vendrían, con el añadido de que aquellas generaciones venideras, cada vez, serían algo mejores que sus antecesores y mucho peor, en mayores cantidades y necesidades, que quizá en algún momento, que podría ser ahora, mañana, o más tarde, la *Pachamama* o Santa tierra, se resintiera y concluiría definitivamente esta historia. Esta fue y será el pensamiento y la acción que desde *Tayta Manko Qhapaq Inka* hasta hoy, había raído los rostros, apagado el brillo

juvenil de las pupilas, encorvado las espaldas y bajado la cerviz de los conductores. Pensando no en un año o en cien, sino en miles de años adelante, es decir la eternidad, encontrábase allí, en ese ventanal del universo, tratando de conversar con la Madre Tierra o *Pachamama*, queriendo quizá escudriñar las entrañas del *Uqu Pacha*²⁴ y esperando encontrar respuesta del *Hanaq Pacha* o el alto, desde donde las estrellas del sur o el *Qoto Qoyllur* con sus extrañas lucecitas escribían el futuro de la humanidad. En suma, los tres ancianos, cargados de su modesta chicha a espaldas, sus hojitas de coca, sus *Llamp'us* o nácares y el *Unkuña*, hurgaban a su modo la faz de la tierra, pensando quizá ablandar el corazón petrificado de la naturaleza e, invocarle un granito de cereal, un tubérculo, una mazorca, en fin, mejor vida para sus futuras generaciones. Tránsito de pensamientos como éstos y postrados de rodillas, las miradas fijadas en el hontanar, parecían esperar la voz acariciante de alguien. No fue una voz la que respondió, sino, en el fondo del espejo del agua que frente a ellos yacía, una lucecita aurirroja empezó a reverberar; era que, tras el lejano horizonte, casi al austro de la bóveda celeste, una robusta estrella rojiza había emergido y desde el infinito proyectaba su tenue luz, el hontanar retrataba su presencia. Los ancianos inclináronse, enjugaron sus resechos labios con el líquido vital; reordenaron las aún dispersas ofrendas que yacían sobre la manta. Acondicionando el atavío, el Sumo Sacerdote no sin antes de pedir anuencia a las oscuras siluetas de las montañas, las aventó hacia el fondo del

24 Subsuelo. La Trinidad andina: Hanaq pacha, reino de los cielos; Kay pacha: reino de la tierra y Uku pacha; reino del subsuelo.

hontanar; ellos, quedaron casi mudos contemplando cómo el hontanar engullía la pequeña ofrenda. Cumplido este acto, por lo visto, parecían esperar otro protocolo más trascendente que el anterior. Rápidamente se reunieron llevando consigo aquel pequeño bulto, denominado *Unkuña*, esto, las tenía entre manos el Inka y transportó hacia la base de la gran plataforma donde estaba ubicado el *Paqarina* o fuente de vida. Previamente al llegar a este punto, Sacerdote y Astrónomo quedaron postrados en el lugar donde se encontraban; sólo, el anciano Inka fue quien trasladó la *unkuña* hasta la base del paramento de la terraza. Allí, sobre una banqueta acondicionó momentáneamente la remesa, para luego accionar, con las manos un descomunal bloque de piedra que al sólo percibir, hacía imaginar lo importante que debía aguardar aquella roca. No fue posible precisar, si era el esfuerzo sobrehumano del anciano Inka o quizá, un mecanismo de palancas las que tiraron e hicieron a un lado aquella inmensa moile de piedra; lo sorprendente de este instante, no estuvo quizá en la fortaleza física del Inka, sino, en la otra fuerza que emergió de las entrañas de la tierra, en sí, fue una ráfaga de vendaval que como un monstruo frío escapó de las entrañas pétreas de la madre tierra o *Pachamama*, que si no es la fortaleza del anciano Inka, el remolino pudo haber arrastrado al hombre hacia el fondo del *Paqarina*, pero, felizmente no fue así. El hombre se paró rápidamente, tomó entre manos su ofrenda y resistió el torbellino que empezó a violentarse en el pináculo hasta que las stipas, bromeliáceas y otros arbustos, desde los precipicios emitieron su ulular como si se tratara de rugidos y lamentos que la naturaleza evocaba ante los castigos de aquel vendaval. Aún así, el Inka, se mantuvo de pie,

plantado con la cabellera plateada tremolando ante el viento; al rato, el torbellino ya como brisa matutina, esta vez arrastrábase en la oscura cumbre en forma de frío áspero y punzante. Más al rato, de oscuro y frío, el ambiente retornó a su quietud y el soberano *Wiraqocha*, aproximóse al forado de donde había escapado el vendaval y, depositó en ella el atadillo sagrado. Al tiempo que hacía esto, inclinó el cuerpo y pronunció unas cuantas palabras que con el eco que reprodujo el túnel, pareció emerger una voz de gigante que desde las entrañas de la cordillera respondía con fuerza. Esta bronca voz, rápidamente discurrió por entre las cordilleras; aquello, fue sólo un instante, pues el anciano, maniobrando el mecanismo de mando de la roca dejó cerrado el socavón. Transcurrido esto, los tres ancianos otra vez se ubicaron frente a la ancha escalinata que ascendía hacia el altillo. El Inka y tras él, Sacerdote y Astrónomo, escalaron los peldaños hasta la misma plataforma circular del altillo. Este altillo, ofrecía ciertas complejidades constructivas; en el primer nivel, habíase construido una estructura pétreo en forma de cruz plana, potenziada o chacana; geoméricamente hablando, inscrita en una circunferencia y en el secante de sus cuatro costados, butacas labradas en piedra orientadas a los cuatro puntos cardinales del planeta aguardaban a sus ocupantes. En cambio el segundo nivel, un solo bloque cuadrado de piedra, acondicionado en el mismo centro de la cruz; allí, se ascendía por otra pequeña escalinata de peldaños más tendidos, hasta concluir en una impresionante butaca central labrado también en bloque de piedra. Esta butaca central, sea por la ubicación final como por la calidad de su forja, brindaba por sí, una posición espacial acorde a la categoría de su ocupante.

Con destino a este altílo, subió y se arrellanó el Soberano Inka; mientras que Sacerdote y Astrónomo, quedaron en el primer nivel; el primero ubicóse en la butaca de oriente y el segundo en la de occidente. Los tres dignatarios procedieron cada cual con la faena que exigía el arrancar los secretos del universo para con la humanidad. El Astrónomo, entre sus utensilios, extrajo una serie de aparatos visuales, con las que procedió sus observaciones, en cambio el Sacerdote, con voz que parecía concluir sólo en sus oídos, sumiose en un extraño y largo monólogo. El Inka, en acto de extrema pleitesía levantaba los brazos en alto, impetrando al Infinito algo que sólo de allí habría de venir; repitió esta evocación, hacia los cuatro puntos cardinales de la cumbre, luego, sin pronunciar palabra se posicionó en su butaca para después contraerse en un estado de profunda meditación. Visto así, cada momento que transcurría iba acompañado de nuevos trances, al extremo que hasta la propia oscuridad y con ella sus compañeros noctívagos, parecían entender la trascendencia de aquel instante, que de súbito dejaron de graznar las lechuzas y búhos; en tanto en el altílo donde los dignatarios meditaban, se observó una forma de convulsión simultánea en el cuerpo de los tres pensadores. La exaltación concluyó en un estado de éxtasis. Los estragos de los movimientos catárticos, rápidamente pudo percibirse en los rostros sudorosos de los ancianos que exudaban infinidad de gotitas de líquido. El éxtasis, debió mantenerse por buen rato en el cuerpo y alma de aquellos hombres, hasta que, en ese estado de arrobamiento, el anciano Inka que parecía reencarnar a un ser supremo, forzó sus pulmones y de él, emergió una voz gruesa y portentosa, no propio de seres humanos, con las que, dio

curso a un escueto diálogo. Textualmente he aquí la conversación: ¿*Saurikalla*²⁵, guardián de la humanidad qué observáis en el firmamento?. Preguntó una voz. ¡Señor! Empezó contestando otra descomunal voz, quien así respondía parecía ser el anciano astrónomo, en estado de seminconsciencia prosiguió con su respuesta: ¡*Hatun Qoyllur* ó la estrella gigante empieza a cubrirse de manto rojo, *Qoto Qoyllur* y *Pacha Qqoylluro* las estrellas del sur, pierden brillo en el septentrión!. ¡Cuándo lleguen al nadir, perderán su brillo las cuatro estrellas!. Nuevamente la bronca voz volvió a resonar, esta vez, preguntó a otro interlocutor: ¡*Waqoto*²⁶, mensajero de la Humanidad!. ¿Qué podéis decir de cuanto habéis escuchado?. ¡Gran Señor!. Respondió otra tercera voz, era la del anciano Sacerdote. Este prosiguió indicando: ¡Cómo bien sabéis, *Hatun Qoylluro* la estrella gigante gobierna a la humanidad y en su tránsito, cada mil años, alterna de brillo entre la luz roja y la blanca!. En el milenio de la luz blanca, reina la paz y la prosperidad del planeta y la sociedad avanza a niveles más supremos. ¡Hoy, vivimos aún el final de ese milenio!. Cuando la Estrella Gigante se cubra de luz roja, la humanidad enfrentará dificultades surgidas de sus propias contradicciones y se entrampará en sangre, advendrá el *pachakutiq*, la involución del mundo. Es evidente que a no muy lejos, cuatro a cinco generaciones en adelante, empiece este deterioro. ¿Y qué decís de las estrellas del sur o *Qoto Qqoyllur* y de la estrella del amanecer o *Pacha Qqoyllur*?. Retteró la primera voz.

25. Nombre de una cordillera ubicada en el Departamento de Apurímaq.

26. Nombre de una cordillera por cuya estructura traspasa un forado de una vertiente a otra, ubícase también en Apurímaq.

¡Señor!. Contestó la misma voz: ¡Estas estrellas, reflejan el principio y fin del *Tawantinsuyo*, *Pacha Qqoyllur*, la estrella del amanecer pronto se extinguirá y *Qoto Qqoyllur*; las cuatro estrellas, se opacan en el septentrión, pues en Chinchaysuyu o en el septentrión, empezarán los grandes males de la humanidad!.

¡Aproximadamente en el medio milenio, se derrumbará los cuatro *Suyos* o regiones del imperio; será el milenio de la luz roja de la estrella gigante o *Hatun Qqoyllur*. ¡Durante aquel milenio, las cuatro estrellas o *Qoto Qoyllur* perderán brillo y *Pacha Qqoyllur* desaparecerá del planeta!. ¡La humanidad, vivirá si a ello se llama vivir, en un oscuro letargo sin más horizonte que la supervivencia!. Luego de una pausa prosiguió: ¡Al final de aquel milenio rojo, las cuatro estrellas del sur o *Qqoto Qoyllur* y la estrella del amanecer o *Pacha Qqoyllur* volverán ha brillar, en esa futura ocasión por el aüstro!. ¡La humanidad de mucho padecer habrá encontrado su guía, ello, ocurriría allá en el sur o *Qqolla Suyu*!. ¡Este acontecimiento social será el retorno del milenio de la luz blanca de la estrella gigante o *Hatun Qoyllur* y la paz reinará en el mundo, en tanto la sociedad, habrá restañado las heridas y fisuras que durante aquel aciago milenio vino en soportar!. Después de un prudente silencio, el diálogo prosiguió con el mismo acento magistral y timbre de voz categórica y seca. En adelante, las preguntas y respuestas ya no hacían referencia a los mensajes astrales; mas bien centraron en escudriñar asuntos inherentes a la interpretación de los protocolos ignotos que en ese aütillo abovedado, oscuro, monótono y frío, se había maniobrado poco antes. A decir la verdad, el cronista luego de haber escuchado el contenido y analizado

el mensaje de aquel diálogo que más adelante reproduciremos, recién tubo una explicación racional de los actos de pleitesía que al principio parecía un enigma. En efecto, quienes allí con ritos y actos de devoción maniobraron los folíolos de la Coca, no hacían sino, interpretar los mensajes de la madre naturaleza, para estudiar y proyectarlas en sus efectos finales. Con este alcance, más o menos, ésta fue la conversación de aquellos hombres: ¿*Wichikalla* ²⁷, qué anuncios trae la madre *K'into* o Coca?. Pronunció en la bóveda, la voz del Inka en alusión directa a los folíolos de la sagrada hoja de Coca: ¡*Apu* Padre del pueblo!. Contestó la voz ronca: ¡Nuestra madre *K'into* presagia malos momentos!. ¡De aquí cuatro o más generaciones en adelante, el fuego del tiempo irá consumiendo las entrañas de la sociedad!. ¡Un mal viento venido del más allá de los mares, arrasará con la humanidad!. ¡Este mal viento, no es ira del Alto Dios, tampoco es resentimiento de la *Pachamama*!. Entonces, ¿qué es?. Insistió la voz del Inka. ¡El aborto de un mundo preñado de maldad se arrastrará por los mares hacia nuestro mundo!. Auguró la segunda voz: ¡Este mal viento que consigo trae a la zaforra de la humanidad, irrumpirá por el septentrión!. ¿Qué más anuncia nuestra madre?. Reiteró el Mandatario. ¡El mal viento, -según vaticinando el interlocutor- es muerte que corre y vuela, el linaje de los hijos del Sol, serán exterminados, pueblos arrasados y ríos de sangre esperan a la humanidad!. Concluyó la voz ronca. ¡De modo que tenemos mucho por hacer!. Dijo el Inka. Dicho esto, paróse de inmediato, alzó los brazos en

27 Nombre de una cordillera.

alto, giró la mirada por los cuatro costados del horizonte. Esta vez, un grito indiscreto y desafiante traspasó rápidamente los límites del firmamento. Por lo escuchado y el portento de aquella voz, parecía efectivamente desafiar a las fuerzas del mal que por ahí, más allá de la negra lontananza podrían estar anidando. Este fue textualmente el llamado: "¡Escuchen enemigos y fuerzas del mal!. ¿En qué forado del universo anidáis, en cuál de los abismos moráis?. ¿En esa morada de la maldad, estáis encubando llanto, pena, muerte, para la humanidad?. ¡Vengan, vuelen, aquí en este mundo de hombres, con las fuerzas del trabajo, la justicia, del amor y la solidaridad, les esperamos!.

¡No hay temor, las fuerzas del mal, como vientecillos del otoño son, sólo arremolnan hojarascas; las fuerzas de la humanidad, perdurarán en la eternidad, mientras la luz de nuestro padre Sol alumbre en el universo!." Fue el discurso escueto que el anciano Inka pronunció en la oscuridad. Mientras esto hacía el soberano, sus acompañantes, quedáronse postrados esperando el final del mensaje; no bien hubo concluido con su discurso, el horizonte poco a poco perfiló una tenue luz que al chocar con los nubarrones que en el firmamento deambulaban, parecían gigantescas masas negruzcas chispeadas de un blanquecino brillo que al traspasar el espacio iluminaban al altílo como aquel haz de luz que escapa por una rendija y se pierde en la oscuridad. Era, el preludio del amanecer. Pero, casi de inmediato, el altílo, cubriose de una penumbra donde el hombre y el objeto eran iguales, negras siluetas móvedizas, humildes sombras, criaturas oscuras de la Madre tierra. Momento en que el Inka, sin mediar conversación, bajó de su altar y tras él, sus acompañantes, incluyendo el cronista, dejaron atrás el altílo y, empezaron

a desandar lo andado, esta vez, tomando una ruta distinta a la senda por donde poco antes habían escalado. En ese preciso instante, muy particular por cierto, como si aquello obedeciera a un metraje preciso del tiempo o la casualidad que ordena que las cosas salgan así, no bien habían dado los primeros pasos, la penumbra que pacientemente viniera iluminando aquella faena nocturna, se tornó en una negra lóbrega.



VII

El retorno del oráculo, empezó bajo la lobreguez de la noche o quizá mañana. Casi intuitivamente iban movilizándose, sobre un sendero desconocido, si a ello podemos llamar senda. En la extraña oscuridad en las que nuestros transeúntes nocturnos retornaban, humanamente, eran imposibles distinguir obstáculos y peligros que lógicamente les aguardaba en el trajín. Entré guijarros menudos y filudos, piedras y espinas, iban caminando a tientas. Por los tropezones y porrazos que a menudo experimentaban, más el eco de un difuso ruido que desde una lejana profundidad resonaba, se podía sin lugar a dudas, afirmar que el resto del camino, era igualmente agreste y el peligro de dar un mal paso o desliz, arrastrarían hacia las profundidades de un ignoto risco donde probablemente aguardaba un inmenso río. De modo que, desafiando a las entrañas de aquellas tinieblas, sin más apoyo que el tacto o los pies, poco a poco se supone que se avanzaba. El anciano Inka que a la delantera marchaba, parecía estar dotado de una visión nocturna que en la oscuridad, marcaba el paso de sus acompañantes sin dificultad aparente. Tras él, sus confidentes caminaban a tientas, cual invidentes tras su lazarillo se mueven ante un peligro, así, arrastrábanse. A

un porrazo o tropiezo del primero, por ese instinto natural de conservar la vida, los siguientes arrimábanse al talud de la senda, tratando de encontrar protección por allí. Tomados de manos o de alguna prenda, con sumo cuidado, bajaban o deslizábanse lentamente. Pesé a las dificultades extremadamente difíciles, sandalias demolidas por tanto resbalar en el cascajo, los pies hechas llagas y sangrando, el tacto castigado por abrojos, espinas y lacerado a fuerza de tantear rugosos roquedos y espinosos matorrales, los caminantes, seguían avanzando en la oscuridad. En honor a la verdad de los hechos, este viaje, más que caminata de retorno, era un suplicio; algo así como un obstáculo inexorable de vencer o quedar allí para siempre. Solo así, podíase uno explicar la estoicidad con que vinieron afrontando los tres viejos y lógicamente tras ellos y a regañadientes el cronista. Circunstancias difíciles como estas, humanamente, son casi imposibles de narrar, pues el cronista o cualquiera que haga de testigo, primero, tiene que ocuparse en cuidar la vida de sus acompañantes y la suya; ambos, se dependían recíprocamente y recién podía uno acordarse de los detalles, si para ello hubo aliento. Como dijimos atrás, lograr un paso más en aquella oscuridad, era un verdadero triunfo, sinó fuera por el sonido de aquel lejano río, que difusa pero insistentemente llegaba a los oídos de los caminantes, se podía decir que la caminata, se había entrampado en el mismo lugar cascajoso, espinoso y al filo de un precipicio. Pero no, aún a tientas, avanzaban y encontrábanse ya en cercanías del raudo sonido, que desde su hondura abismal anunciaba su existencia. Para los tres caminantes, excepto el Inka, parecía que la meta, sólo existió al inicio del viaje y que su función de momento, era caminar y caminar. A medida de

cómo se iba tanteando en el oscuro ambiente, se percibía algunas muestras de claridés. En el cielo, los nubarrones dispersábanse poco a poco y por entre sus densos filamentos, la luz agonizante de una que otra estrella matutina, escapaba e iluminaba levemente la faz de aquel empinado precipicio. En la tierra, allí en la senda del suplicio, daba la sensación de acercarse más al cause de aquel bullicioso y aturdido río; río que lejos de alentar el ánimo, ensordecía y exaltaba a los caminantes, excepto al Inka. Este, por la forma y la rapidez de cómo caminaba y allanaba los obstáculos en la oscuridad, daba la sensación de estar cautivado por aquel murmullo insistente. Cuánto más cerca del Inka a la orilla, tanto más, energía y vigor parecía extraer del sonido; para él, en todo el trayecto, no hubo balla ni obstáculo a su paso. En tanto sus compañeros, orientados por la confusa claridad y el ruido de sus pisadas, seguían arrastrándose tras los pasos del Inka, pensando quizá en el final de este periplo nocturno. Finalmente, cuando ya la luz del alba, dispersaba poco a poco a la oscuridad, llegaron a una playa, mejor dicho riada. Allí el Inka, quien desde ese momento anduvo siempre a buena distancia de los otros, parado sobre una plataforma ancha y alta, contemplaba o escucharía el paso vertiginoso del osado río a cuya vera, alzábase el perfil oscuro de una hilera interminable de árboles grandes de ramas flacas y arbustos enanos que hacían guardia por ambos flancos. El río, bullicioso, presuroso y famélico, como tratando de devorar su cause, reptaba por la superficie boscosa aún casi negra de la tierra. En tanto los acompañantes del Inka, que extenuados y a duras penas caminaban, subieron y se posesionaron en la aludida plataforma y junto a él. En este lugar, cuando aún

la oscuridad no se había ido, hubo un momento de descanso. Aprovechando del instante de calma, hurgados por el instinto de haber logrado transponer las penurias de aquel ignoto camino, volvieron la mirada atrás; al tratar de percibir el camino andado, diéronse cuenta que de lo transitado, no se veía nada más que un inmenso abismo negro, puntiagudo en cuyas profundidades encontrábanse ellos, cansados y extenuados, observando absortos aquel abrupto risco imposible de escalar y descender. Entonces, ¿cómo explicar que instantes atrás habían escalado aquel abismo cuya cima alzabase en el espacio como una gigante cuchilla que atrevidamente desafiaba al espacio?. ¿Cómo entender, que precisamente en ese momento, entre penurias y sufrimiento, acababan de descender de sus tranquilas cimas?. ¿Cómo explicar también que en la cima de esa negra cuchilla, un descomunal forado atravesaba sus entrañas y desde donde podíase conversar con Dios y con la mismísima Madre Tierra?. En fin, al parecer la explicación quedaría sólo en la convicción de los allí presentes, imposibles de ser entendidas por ésta y las futuras generaciones. Ellas, - las futuras generaciones- las verán, siempre que las vean, como a un monstruo de montaña, un abismo que se yergue desde una profunda quebrada, con sus confines que parecen desafiar al infinito, lógicamente, difíciles de imaginar que cuatro hombres en algún momento de la historia, pudieron haber tenido la honra de escalar y conversar allí con el mismo Dios. Aún cual fuere la connotación posterior de este hecho, lo cierto es que ellos mismos, los protagonistas, de cuanto sucedió esa noche, eran víctimas de la mutación repentina de una sublime y a la vez cruda realidad. Si no hubiesen quedado evidencias de aquel periplo: moretones, cortes y

rasgaduras en el cuerpo a causa de las continuas caídas y porrazos en la oscuridad, llagas en los pies a consecuencia de mucho resbalar y caminar en el cascajo, habríanse convencido quizá de lo ocurrido como que aquello podría haber sido el efecto de un extraño y premonitorio sueño o más bien una pesadilla colapsada. Sí, colapsada, pues aún no había amanecido y bajo el manto de la noche qué cosas extrañas más todavía no ocurrirán. Pensando así, dejaron a un lado su asombro y retomaron el curso de la realidad, para ver al compañero mayor. Este, sentado sobre sus piernas cruzadas con la mirada en el cause del río encontrábase quieto y mudo. Los acompañantes, esta vez, acurrucados uno al lado del otro, sumiéronse en un estado difícil de precisar, bien pudo haber sido una extrema concentración para escuchar y entender, la voz del Supremo Hacedor que en ese bramido confuso, raudó y estremecedor del presuroso río expresábanles algún mensaje. Como también, pudo ser un momento de relajamiento y descanso para mitigar el esfuerzo físico derrochado y quién sabe, seguir otra larga y difícil caminata. Instigado en su fuero interno por estas inquietudes insolutas el Cronista, también acomodóse a un costado de ellos, presto a tomar nota de cuanto habría de ocurrir en adelante; empero, el agotamiento físico de su cuerpo, había diluido por completo sus facultades humanas que poco a poco sumergiose en un profundo sueño. El sueño, debió ser apenas un instante, cuando volvió en sí, dióse cuenta que su cuerpo, era como que si hubiere descansado plácidamente en una larga noche. Lúcido, ágil y presto a seguir adelante con la jornada, se incorporó; sin embargo, aún no había amanecido, sus acompañantes seguían allí mirando el cause del río. Por

las voces, parecía una tertulia cuyo rumor sólo transcendía en el atrio y el cronista, a medida de cómo iba entendiendo el contenido de la conversación, díose cuenta que no solamente él, había sido preso del sueño, también ellos habían descansado. En ese estado de somnolencia algo de extraordinario debió haber ocurrido que con especial énfasis el Inka empezó a relatar aquello que en sueños había visto. De principio a fin y sin añadir ni sustraer nada, esto fue lo que escuchó el Cronista: No bien cerré los ojos -empezó a narrar el Inka- vi que me encontraba en un lugar donde nunca antes estuve, muy joven de edad y por su puesto con mucho ímpetu. No sé si mi padre o alguien habíame comisionado a un largo viaje, transpor tando una remesa a un pueblo denominado *Pitig*²⁸. Por compañero, habíase me dado una fornida y blanquísim a *Vikuña* o cordero; pero, con la condición que ella, cargaría solamente mis perrechos personales y un fiambre, más no la remesa. Así, habíamos traspuesto primero, una inmensa llanura adornada de verdes pajonales, plántulas y plantas de flores multicolores. Caminábamos y caminábamos sin descansar y llegamos a un pequeño arroyo de aguas cristalinas y tranquilas que en la llanura, discurría lentamente por su cause fresco, como si a su paso acariciara rocas y pedrones caprichosas y fluidas para dejarlas redondas y enlucidas. Bebimos de sus aguas, rellené de agua el cántaro, cogí una piedrecilla pulida por las caricias de aquel manso arroyuelo y me la llevé como signo de retorno, dejamos atrás el riachuelo. En adelante, nuestra senda empezó a escalar una pendiente. Era una pequeña colina la que habíamos de transponer, subimos

28 Lugar donde termina.

sin dificultad y llegamos a un abra. Allí, encontré una gran *Saywa*²⁹ o apacheta, en cuya ruma, dejé mi piedrecilla y al divisar el camino que aún me esperaba; esta vez, la senda era mucho más larga que la anterior y al final del camino, ya no fue una colina la que a lo lejos nos aguardaba, sino, una cordillera. Imaginé que tras de esa lejana montaña estaría *Piliq*; sin mayor reparo, seguimos nuestra ruta, al voltear la vista para despedirme de la *saywa*, vi que la piedrecilla redonda que allí dejé, habíase desplomado de la ruma y me apené, porque sabía que nunca más volvería por esa senda. Dejé a un lado mis penas y seguimos caminando. Avanzamos cuanto estuvo a nuestro alcance, descansábamos cuando el cuerpo así exigía. Como nuestra partida fue antes del amanecer, a esa hora la sonrisa dorada de mi Padre, nos sorprendió precisamente en ese tramo del viaje, de modo que bajo el calor abrasador del supremo, nos sumergimos por el inmenso páramo que ante mí se extendía. En realidad, era una interminable y amplia meseta en cuya inmensidad, mi acompañante y yo, parecíamos una pareja insignificante desliziéndose en una larga cinta filiforme que a su extremo se perdía en un punto. Cargado de un pesado bulto y jalando a mi compañera sin parar ni distraer la vista en los encantos de aquella auri-verde alfombra natural, apuraba más y más los pasos de mi monótono andar. En este trajín de nunca acabar, cuánto más me alejaba de la *Saywa* y procuraba llegar a la meta, tanto más distante se nos hacía aquel punto y, los rayos sagrados de mi padre, más intensas, al extremo que, esa fresca senda perfumada de

29 Ruma de piedrecillas que los viajeros acomodan en las colinas más altas del camino, como señal de que por allí anduvieron y que algún día volverán.

exuberantes matorrales, a medida que iba avanzando vino tomándose poco a poco en un camino reseco y polvoriento, sin más adorno que solitarios arbusto espinosos y uno que otro cacto largucho y encienque. Ante aquel agobiante calor, deseábamos hacer un alto y refrescar nuestros cuerpos, buscábamos ansiosos una sombra y encontramos arbustos flacos con espinas que hacían de hojas y nunca daban sombra. A dios gracias, llevaba mi cantarito con agua, de ella, compartimos gota por gota mi compañera y yo. Hambre no teníamos, sólo era sed; sed de agua y de llegar a la meta. Fuerzas y salud de suficientes, que seguimos sin reparar aquellas dificultades. De tanto caminar en este desierto pálido y agobiante, con sus cascajos y pedregales, planas y brillosos, entramos por una pendiente a un farallón, hasta ese momento, inadvertido por mí. Este farallón, era como si en algún momento del tiempo, una fuerza poderosa de la tierra, quiso atraer hacia sus entrañas y las dejó allí; quedando como desierto con una hendidura ancha profunda y larga sobre su corteza. Cruzar esta falla de la naturaleza, nos costó un poco de sacrificio y tiempo; descendimos con mucha dificultad hasta la hondonada sinuosa, allí constaté que a lo largo de este valle árido, como si el propio arenal reseco pariera o expulsara de sus entrañas, monstruosas cogollos de roca erguíanse por sobre la faz del desierto. Estos brotes pétreos, casi todas de formas humanas se extendían por todo el cañón; sin distraer la mirada en estas moles, dejamos atrás el bosque de rocas y seguimos nuestro camino. El tiempo, no sé cuánto habría transcurrido, pero, cuando ví que los megalitos no daban sombra, supe que el Astro Dios, encontrábase en el cenit y aún no habíamos caminado la mitad de nuestra meta,

nos faltaba mucho. Apuramos más los pasos y felizmente logramos subir y salir de la otra pendiente sin dificultades. Una vez tomado el nivel del alto páramo, alcé la vista para divisar mi objetivo, pude distinguir en la lejanía el perfil azulino de la cordillera, la misma que al principio del viaje me pareció cercana, para mi sorpresa, era el mismo punto alejado a donde había que llegar en el mismo día. Con esta idea fija, mi compañera y yo, proseguimos con el trajín, el brillo y calor intensos de los rayos solares refractados por el arenal castigaban no sólo la vista, sino, la planta de los pies, quemaba y se me hacían ampollas. Mi acémila o compañera, si bien no tuvo problemas en sus extremidades, pero, la sed agobiaba, fatigaba su caminar, aún así, la pequeñísima porción de agua que todavía nos acompañaba, las consumíamos, ya no bebiendo gota a gota, sino, refrescando los labios resecaos y limpiando la visión obnubilada por las partículas de arena. Pese a todo percamos, seguimos avanzando, cuando parecía que habíamos alcanzado más de la mitad del camino; un hecho macabro llamó mi atención: A la vera del camino, nos dimos cuenta que dábamos pasos entre osamentas y restos humanos putrefactos, carcomidas, recientes y roídas por carroñas y diseminadas por doquier. Allí, vi cómo carroñeros hambrientos disputábanse a muerte, fémures, calaveras humanas y al constatar que cerca a ellos, transitábamos, estos famélicos felinos, unos oliscando, otros aullando y mostrando sus amarillentos colmillos, corrían tras nosotros en jauría; para ahuyentarlas, cogí mi honda y opté por aniquilarlos unos, tras otros. Así, fue como transmontamos, el desierto ardiente, la falla con su bosque de rocas y este hediondo panteón de muertos con su atmósfera impregnada de hedor a azufre y a carroña

putrefacta. Prácticamente, el ambiente insano no afectó nuestro avance, por el contrario, el inexorable declinar del supremo y la meta por alcanzar habíamos infundido mayor brio y fuerzas para seguir adelante, de modo que al volver la vista por el camino andando, el desierto, era ya cuestión del pasado. Habíamos llegado a una región aún árida, pero, crecían plantas grandes que más parecían fantasmas, eran Opuntias, Cactus, Huarangos y ágaves gigantes, creciendo dispersos y a la deriva. Allí, en esas peñoleras y cascajales que al declinar el sol y languidecer la tarde proyectaban sobre el suelo grandes sombras multiformes que refrescaban el ambiente. Desde allí, empezó el nuevo tramo de nuestra caminata, esta vez, había que atravesar una pequeña colina; hacia este eventual destino, escalamos por un camino zigzagueante, en este transcurso, no encontramos obstáculo, excepto el ineluctable ocaso del Astro Dios, que poco a poco se alejaba de nosotros. En mis adentros, pensaba que tras de esa loma hacia donde nos dirigíamos encontraríamos a *Pitig*, con esa inquietud subimos rápidamente la cuesta y llegamos. Al llegar, constaté que aquella loma, aún era el principio de otra larga caminata, un camino ancho y empedrado seguía su curso como una larga serpiente que reptaba sobre el verdoso matorral, así, esta senda se perdía en las faldas de una alta cordillera, esa que al principio me pareció lejano e inalcanzable, ahora, estaba casi cerca de mí; sin embargo, para llegar, no sabíamos cuánto más teníamos que caminar. Divisado ya el objetivo final, pese a que mi padre el sol, nos iba abandonando, descansamos en la loma, ingerimos nuestros alimentos y bebimos un poco de agua; luego, con las mismas emprendimos nuestra marcha, pero, vi que mi compañera parecía estar ya

agobiada por tanto caminar. Entonces, retiré su carga y las puse a mis espaldas, menguamos los pasos y el viaje se hacían más lento, si bien la ruta no era accidentada, pero la pendiente agotaba y, aún era larga la caminata, había que preservar fuerzas. Desde ese instante, el viaje se hizo muy pausado, descansábamos a tramos menudos, no porque me faltaban fuerzas, sino, por que mi compañera, rápidamente se agitaba, jadeaba y pedía descanso. Ofrecíale algo de comer y no aceptaba, sólo bebía un poco de agua. Recuperaba fuerzas y proseguíamos con la caminata. Entre tanto, el día se aprestaba a irse, el horizonte por las cimas de las montañas cubierta de luz broncea y los rayos pálidos, amarillentos ya sin calor, escapaban de la umbría noche. En los valles, llenos de bosque y matorrales donde estuvimos ubicados, también los animalitos, escapaban ante aquel anuncio, los insectos chirriaban a menudo, las aves flameando sus alitas sumerjíanse a pique en los bosques y los mamíferos, guardábanse en sus madrigueras, sólo los *Tukos* o lechuzas con sus vuelos fantasmales dejaban sus guaridas y posándose en la copa de los árboles contiguos a nuestro camino, desde donde con sus ojos redondos ambarinos e iridiscientes parecían hacernos guardia. Fue en este atardecer, cuando mi compañera ajobada por algún mal extremo que sin duda la afectaba, no pudo seguir más el viaje. Hice que descansara buen rato y a la vez, me puse a auscultar por si detectaba su mal, pero, todo fue inútil, sólo de sus ojillos negros caían gotitas cristalinas de lágrimas, por lo demás, ella seguía tan mal, que tuvo que doblar sus extremidades y acostarse. Al no contar en mis manos con la medicina que ella necesitaba y lamentar mi impotencia para devolver las fuerzas que en silencio y entre

lágrimas clamaba, me puse a rogar a mi padre y pedirle vida para ella y fuerzas para enfrentar aquello que después vendría. No bien concluí con mis rogativas, volví hacia ella; mi ser no pudo creer lo que mis ojos veían. Vi a la enferma parada, las paletillas con rezagos de sangre, acariciando y relamiendo con mucho esmero y cariño a un robusto neonato. El recién nacido accionando su delicado cuerpecillo empapado aún del gel, sin poder sostenerse en sus pequeñas extremidades, pateaba en el suelo. Rebosante de emoción y de alegría, olvidé del viaje me senté a un lado y observé cuánto hacía la parturienta con su vástago; ante mis ojos, a sólo caricias y lamidos de una masa gelatinosa y movediza, rápidamente se transformó en un fornido becerro. Este, lo primero que buscó, fue la ubre de la madre y ella, con esa paciencia materna, hacía los modos posibles, para que el crío capturara los pezones con su belfesillos. Amamantó y bebió del calostro, luego, dejó de lactar y de inmediato entró en acción; empezó a retozar, era como si entendiera la trascendencia de su advenimiento y a su modo, festejaba esa felicidad. Mientras este prodigio se producía el claro día trajinó tanto como nosotros; lentamente era subyugada por la noche. Como dije atrás, nada me amilanó ni importó; esperé paciente que mi compañera se repusiera de sus energías para seguir nuestro camino. Lógicamente, ella y el crío descansaron. Entre tanto, el ocaso del día llegó, y con él, vino la oscuridad. La noche, empezó silenciando casi todo, salvo, aquellos repentinos graznidos de Búhos y pájaros mañagüeros que nos hacían guardia, con cuyas compañías daba la sensación de asistir a una de esas sesiones fúnebres donde todo es silencio y tensión. En ese instante por sobre la cordillera, saltó una luz blanca y

gélida que nos sorprendió e iluminó; era, esa luz blanca o grisácea que se mezcla con la negra oscuridad y hacen de la noche, plateada, lúgubre y triste, donde es difícil distinguir el objeto de la sombra. Esa luz difusa y fría, cubría a los árboles y yerbajos con una blanca película; las ramas y hojas, lánguidas y quietas resistían indiferentes el reflejo de aquella luz. Esa luz que no da sombra ni calor, seguía creciendo; y cuando miré la cima de la cordillera, tras el horizonte como inmensa bola que lentamente se desliza en el firmamento poblado de estrellas, emergía la *mama Killa* o madre luna. La claridad nocturna, pareció inquietar a mi compañera, rápidamente levantose y acercóseme para recordarme que el camino aún no había concluido. Entendí que pese a la situación preocupante en la que nos encontrábamos, de todas maneras teníamos que llegar a nuestro destino. Destino del que solamente sabía el nombre y que probablemente, ubicábase allá lejos, tras de esa cordillera. Entonces, partimos nuevamente, esta vez, éramos ya tres los viajeros, me tocó caminar, ya no por la delantera sino, en la retaguardia. Así, deslizá bamonos por aquel camino empedrado; este que unas veces abriéndose en la noche, cual mancha semioscura que se prolongaba hasta la cima de la cordillera y en otras, sobre todo, cuando los nubarrones escapaban de la luna cual lecho de un intranquilo arroyuelo que se extendía en la oscuridad, como una serpe plateada con sus aguas estancadas reflejando un espejo tenue; en esta senda, es cómo veníamos caminando lentamente. Cruzamos el tramo extendido, luego encontramos una quebrada de poquisima pendiente, el cual también dejamos atrás. Entramos a una hondonada regular, por allí trajinamos hasta llegar a la misma falda de la cordillera, desde donde

empezó lo que para nosotros debería de ser última cuesta. El ascenso de aquella cuesta, empezó sin dificultades, íbamos despacio, tratando de no esforzar ni fatigar a mis compañeros que a estas alturas caminaban más de lo que podían. Aún así, a media cuesta vi nuevamente a mi compañera con signos aparentes de cansancio. Preocupado de su estado, dispuse un descanso y ella, comprendiendo que su vástago, no admitía descanso y se aferraba más a la caminata, pese a que físicamente, sus potencialidades habíanse extinguido y no daban para más, ella, seguía ascendiendo; aunque a cortos pasos, pero estuvo allí, con ese vigor que imprime las fuerzas internas y que en ciertos casos mueven montañas, así marchaba adelante. A mi vez, buscaba la forma más sutil de facilitar el avance; unas veces alzábale en vilo y hacía subir uno o dos peldaños, en otras, retiraba obstáculos para allanar su avance. Si aquello sucedía con mi compañera, con el becerro, era casi lo propio. En este caso, opté por cargar a mis espaldas, para ello, sobre mi bulto acondicioné una pequeña estructura en la que la criatura iba bien asegurada. Así, fue como vine avanzando lentamente, llevando a costas a dos seres a quienes la vida me había enlazado tan profundamente y que sin ellos, mi existir parecía no tener sentido. Precisamente quizá por ello, nos habíamos aferrado tanto a nuestra meta que en este caso era la misma vida; vida que venía tornándose en un trajín monótono y pesado, sobre todo cuando uno ve menguar poco a poco las fuerzas y sentir que el tiempo se hace una eternidad, la senda, infinitamente larga. No era para menos, los hechos que en este tránsito ocurrían, caían de frente sobre mis espaldas como galgas dirigidas a destrozarnos. Si la ironía vino coactando y haciendo lo

que ella quería con nosotros, pero, ésta no iba a quedarse con la suya. Tomé la determinación de cargar en peso a mis dos compañeros y apurar los pasos para llegar a la cima antes que la madre Luna ascendiera a mitad del firmamento. Así, primero caminaba buen tramo cargando el becerro y dejaba allí donde estimaba lo seguro. Luego descendía para proceder lo propio con la madre. De esta manera, avanzamos hasta más o menos las dos terceras partes de la cuesta. Cuando hube dado los primeros pasos del último tramo, parecióme languidecer mis fuerzas, las pisadas ya no tenían la misma fortaleza y, el peso que sobre mis espaldas descansaba daba la sensación de haber aumentado. Hubo momentos en que las extremidades empezaron a temblar y mi cuerpo a tambalear, aún así, seguía adelante, hasta que casi al final de la cordillera, humanamente fuerzas ni aliento tenía. Los continuos descansos para acumular fuerzas, transcurrían mucho más tiempo de lo que caminaba; entre tanto, cuando miré el firmamento, la madre Luna lenta e inexorable se acercaba también al nadir, entonces al constatar que mi meta estaba cerca, entendí que a pesar de todo, había avanzando y veía la cumbre, cerquísima a mí, pero, llegar allá se me hacía difícil por no decir imposible. Fue en ese instante cuando extenuado de fuerzas, trataba empujar mi carga vital, divisé por la cima de la cordillera, que una silueta gigante y fornida trasmontaba y bajaba hacia nosotros con pisadas recias y crujientes. No sé, si fue la idea fija de llegar a mi destino, o quizá el desaliento momentáneo que mi cuerpo sentía me obligó a no distraer atención en el eventual caminante, que seguí descansando; pero, para mi sorpresa, la silueta, se acercó de frente hacia nosotros, paróse delante de mí, y pude



distinguir de quién se trataba. En la penumbra de aquella noche, vi la recia figura de mi padre. El rostro, el porte y la musculatura mostraban la fortaleza de siempre, un hombre fornido y de fuerza descomunal. Mientras en mi descanso trataba de atar cabos y ubicar lo que vela en el marco de mi realidad; éste sin mayor preámbulo, tomó entre manos el cuerpo casi exánime de mi compañera, alzó en vilo y se las puso a espaldas, levantó también el cestillo donde descansaba la criatura y con la otra mano me ayudó a dejar mi descanso. Al tiempo que hacía esto, me decía: "Hijo mío, habéis caminado mucho, estás cansado, ya dista poco para llegar a *Pitig*, tu compañera irá conmigo, la criatura llevarás hasta el final de tu viaje, ahí está tu destino". Dicho esto, emprendió el ascenso por el pequeño tramo que aún me faltaba escalar; en tanto yo, seguí tras él, feliz y obediente. Aquél momento, sentí una profunda transformación espiritual y física que trasuntaban hasta la última fibra de mi cuerpo; prácticamente, era yo un hombre nuevo, con facultades que dejaban atrás las dificultades pasadas y presto a emprender nuevos retos. Luego de caminar lo que aún faltaba para llegar a la cima, levanté la vista casi instintivamente hacia el firmamento estrellado y fue entonces cuando vi a *Mama Killa* o Madre Luna como a un espectro plateado y redondo, flotando sobre una fuente límpida y ondulante. En el momento, me di cuenta que también yo había llegado a la meta. Padre e hijo, nos encontrábamos en la cima de aquella cordillera que al iniciar el periplo, me pareció un punto lejano en el infinito. En verdad, era un punto donde concluía la noche plateada y empezaban las tinieblas, el eterno abismo. El límite entre este mundo y el otro; aquel en donde nuestro padre Sol

ya no reina: Este es *Pitig* hijo mío -dijo mi padre, señalando el lado oscuro del universo-, aquí entran aquellos que no logran escalar esta cordillera; el camino tuyo, va por allá.- Volvió a señalar, esta vez ante mis ojos un paisaje exuberante y a lo lejos, divisé un panorama más o menos hostil, cubiertas de escasísimos vestigios de vida vegetal y animal, distintas al nuestro, las personas, algo parecidas a nosotros a la vez muy diferentes, aglomeradas y desordenadas, cual hervidero de hormigas raen la tierra, así horadaban los campos de cultivo. Este panorama, me indignó y obligó a identificarlos; pero, para mi pesar, aquello era un mundo macabro dónde sólo me era posible ver, más no ingresar. Mi pesar fue mucho más, al constatar que el panorama que veía a lo lejos era precisamente *Qosqo Llaqta*, la sagrada ciudad del Sol, madre de la humanidad. Vi que este centro sagrado, había caído presa en manos de aquellos bichos; estos, afanosos destrúan cuantas grandes obras encontraban a su paso. Divisé también que *Qorikancha* era profanada y desmantelada; la figura de mi padre El Sol forjada en oro, había sido fragmentado en pedacitos, los bultos de mis antepasados destruidos. Los bichos más fuertes, tomaban para sí gozosos los fragmentos más grandes, mientras los débiles, angurrientos malábense los unos a los otros por tener entre manos una partícula de oro. Vi también, cómo desmoronaban los paramentos del *Qorikancha*, *Qolqampata*, del *Akllaywasi*, del *Amaru Kancha* y de este aposento, cómo extraían los sagrados restos de *Tayta Manko Qhapaq Inka*, *Sinchi Roqa*, *Qpaq Yupanqui* y de los demás padres. En fin, aquello era una horrible hecatombe. Preciso momento, cuando aún en mi subconsciente, cegado por la ira y la impotencia de no

poder hacer nada contra aquello, mi padre hizome recordar, que aún la caminata no había llegado a su fin. Con las mismas, volví la mirada y mi senda, seguía con rumbo hacia la oscuridad. "Allí dónde empieza la luz - seguía aleccionándome- dejarás a la criatura, que también él tiene su rumbo. Para ti, trazado esta el camino, sigue adelante". Concluyó sus recomendaciones y quedáronse en la cima de la cordillera él y mi compañera. Yo, aún en compañía de la criatura sin murmurar seguí mi senda conforme habíaseme señalado. Fue en ese momento, cuando absorto y desesperado desperté. Concluyó el Inka su relato.

Los ancianos escucharon la narración, inmutables y atentos. El Inka, otra vez, sin más comentario, dirigiéndose al Sacerdote dijo: Habéis escuchado los pormenores de mis sueños, deseo saber si aquello trae algún mensaje. Usted Señor *Willaq Uma*, que tenis la facultad de interpretar estos anuncios decidme ¿Qué significación tiene todo esto?. Pregunta que el Sacerdote respondió casi al momento, con gesto aquiescente y frunciendo el entrecejo de su enjuto rostro, como si con ello concentrara en su mente todo el saber y empezó diciendo: Señor, escuché con extrema atención los detalles de sus sueños, trataré de inferir aquello que está al alcance de mis conocimientos. No olvidemos que los sueños premonitórios son el resultado del trabajo de una mente preocupada que proyecta los hechos presentes, creando una realidad futura distinta, que no viene a ser sino, la continuación de aquel presente donde los actores y los hechos aparentemente parecen irreales y fantasmagóricos; sin embargo, esto no es así, pues sometido a un análisis profundo de causa y

efecto, dan cuenta que los trances y escenas visionadas en un momento de sueño, indican realidades del futuro, donde más bien, el único ser desfasado es el soñador, quien observa y actúa bajo una concepción y percepción pasada. Pues bien, con este antecedente sus sueños - empezó a descifrar el enigmático sueño- indican el curso del gran ciclo de la humanidad. Esta, como todas empieza con generaciones tranquilas y de discurso sostenido; en la medida de cómo avanzan, para mantener su perpetua identidad y supervivencia, ingresan a la órbita del tiempo y, se someten a sus eternas leyes de movimiento y cambio, que los transportan de una realidad a otra cualitativa y cuantitativamente distintas a la anterior. Este proceso, cuanto más avanza su discurso, va enfrentando dificultades cada vez más complicadas, hasta que en algún momento, agobiado por sus propias contradicciones insolutas a causa de su incapacidad, es atrapado por la velocidad del tiempo, para finalmente concluir en su ocaso. Este ocaso, resulta ser algo así como un tributo que las generaciones precedentes ofrendan a la santa tierra, para su eterna pervivencia, en tanto el tránsito de las generaciones en el tiempo pertinente, constituyen nuevos procesos históricos particulares inscritas en una dinámica de nacer, crecer, reproducir y acaecer. De modo que el largo e infinito proceso histórico de la humanidad subyacen en un mundo distinto y en continuo movimiento. Bajo este razonamiento, el discurso de la humanidad visionado en sus sueños, toma como su paralelo al Inka, hijo del Sol, ataviado de vida humana, animal, vegetal y sus recursos, es decir un ser incluyente, en él todo y él en todo, que marcha con rumbo hacia la eternidad. Un largo viaje de jornadas infinitas y *Pitig* en este caso, es una de las metas; allí,

inexorablemente concluirá esta generación de *Wiraqocha Inka Yupanki* y advendrá de aquel que tras suyo viene. Este, figurado con el becerro en sus sueños, será *Wayna Yupanqui*, su hijo. La remesa que llevabais, únicos recursos que las futuras generaciones tienen para administrarlas y vivir de ella más allá de *Pitiq*. El hambre, el cántaro de agua y los pertrechos que cargasteis representa a los recursos con las que esta generación transpone su ciclo. El gran llano ubérrimo de donde partisteis fue el imperio de su juventud, en tanto la *Vikuña* que por compañera le asignaron, protagoniza en sus visiones oníricas a su extinta esposa *Mama Chimpu*. El largo desierto, el bosque de rocas y el valle de las calaveras, significan las dificultades que esta generación viene enfrentando. En síntesis el ascenso de la cuesta hacia la cordillera, el advenimiento del becerro, la aparición de su difunto padre y la llegada a *Pitiq* constituyen los logros finales que preludian el ocaso de la presente generación. Aquellos seres raros, aglomerados y desordenados que a lo lejos divisó usted destruyendo los campos de cultivo, profanado el sagrado templo de *Q'orikancha* y desmantelando la gran ciudad, son paisajes que probablemente el *pachakutiq* o la involución del mundo traiga consigo y que los futuros Inkas las verán con mayor claridad. -Concluyó el sacerdote con su vaticinio e indicó - Es esta, la interpretación que me he permitido deducir de cuanto pude escuchar Señor.

No bien el sacerdote concluía en exponer sus puntos de vista; el Inka, dio por terminado la sesión. Entre tanto pese a que el firmamento seguía aún estrellado, el tiempo pareció haber avanzado más de lo previsto, así indicaba el murmullo de aquel raudal río que a lo largo de la silenciosa oscuridad habíase enseñoreado como un

torrentoso bramido de tempestad; esta vez, poco a poco iba mutando en algo así como en un arpegio de suaves melodías que presagiaban la huida definitiva de la noche. En el horizonte, también las negras siluetas de arbustos y árboles que jugueteaban como fantasmas con la brisa nocturna, empezaron a mostrar sus encantos de vida, insinuando que tras de las montañas, el astro Dios pronto emergería con su sonrisa auroral para dar calor y vida. Los viajeros, al sentir los esbozos del nuevo día, como por impulso interno, levantáronse y emprendieron otra vez la marcha. En esta ocasión, la senda y la travesía fueron distintas a cuanto ocurrió con el ascenso y retorno de la cima. Un camino llano y ancho, sin obstáculos con árboles coposos y perfumados, plantíos en hileras y en ambas veras, conducían hasta el final; desde luego, por esa ruta caminaron, tal que después de recorrer un largo tramo al paso ligero y a ritmo constante, juntos con la algazara, arribaron a la gran ciudad. Al respecto, no sabríamos qué decir, sobre si fue una grata casualidad, quizá un cálculo cronométrico preciso o una ordenanza divina las que concertaron para que el retorno de este enigmático periplo se diera precisamente antes que las gentes dejaran sus alcobas. Aún cual pudo haber sido las razones de esta precisión, lo cierto es que los caminantes o penitentes, ingresaron a la gran ciudad, por la falda oriental de la cordillera denominada *Apu Wanakawri* y bajo el bullicio del amanecer.



VIII

Por muy doloroso, cruel y aterrador que parezca la muerte; tras ella, la vida, pujante, sonriente y apresurada continúa su rumbo. Su función, es reponer a quienes se marchan hacia el más allá, y, prepararse para reponer a aquellos otros que están prontos en partir. De modo que la vida, es todo el universo; los hombres, somos sólo partes de este todo, un alga, un árbol o un esboso de vida por muy diminuto o gigante sea, constituyen partes de ese todo y coexisten en la *Pachamama* o santa tierra, en eterna armonía. En la dimensión universal, la vida como la muerte, son acontecimientos naturales e imperceptibles; sin embargo, la extinción de un hombre, significa algo más que una célula de menos de ese tejido. Es energía pensante que se desgarró de la sociedad y deja un vacío sembrado de llanto, frustración, recuerdos, obras, proyectos y planes truncaos, que el tiempo en su devenir, se encarga de restañar y ordenar los hilos de esa historia. En nuestro caso, si aquella muerte truncó la vida de *Mama Chimpu Oqllu*, madre de aquel niño recién nacido al que antes de morir dejara nombrado como el *Pachakutiq*³⁰ y hoy, lleva el nombre de *Uña Yupanqui* o pequeño hijo de

30 Aquel que da la vuelta al mundo.

la dinastía de los *Yupanqui*. Este niño, incurso en esa inexorable ley, sin reparar de cuán doloroso podría estar ocurriendo en el mundo de los mayores, siguió también su propio rumbo. En su mundo de vida, sin pedir cuentas ni dar razones de su existir, empezó por así decir, accionando su propia historia. Y su historia como bien sabemos, empezó en los gérmenes de vida de un anciano y en las entrañas de una anciana, quien habíase marchado al más allá, dejando a su vástago bajo el regazo de muchísimas madres, amigas, amigos, compañeros, hermanos, hermanas, en suma, bajo el amparo de su pueblo o generación, tal y conforme pudo o no haber ocurrido con su padre y madre en su oportunidad. En este caso, las madres que cobijaronla no precisamente fueron nodrizas especializadas en amamantar criaturas aristócratas, quienes por preservar la silueta de la progenitora, se dedicaban a realizar funciones ajenas; no, ellas, las madres del pueblo, desde cuando la difunta *Chimpu* aún en vida anunciara su embarazo, previendo situaciones como éstas o simplemente, por tener un hijo coetáneo con el hombre que más tarde sería Inka, posibilitaron también su propio embarazo. Bajo este razonamiento muy femenino por cierto, sus hijos, tendrían la honra de servir al futuro gobernante. Así, las que buenamente tenían posibilidad de compartir el calostro materno con el futuro Inka y su bebé, las hacían con mucho cariño, como la que ocurrió con *Mama Qqori Qqoyllur*, hermana muy menor del poderoso *Wiraqocha Inka*, quien bajo este razonamiento, concibió y trajo al mundo una prodigiosa niña y ocupóse en hacer de madre sustituta al amamantar y criar al príncipe y a su niña. Otras, aquellas

que no poseían esa cualidad para generar vida, alternaban como institutrices, ayas, maestras o simplemente proveyendo de regalos y presentes, como aquella matrona que desde los contrafuertes del *Apurimaq Mayu* o río Apurímac, vino trasmontando tremenda distancia tan solo para hacerle presente a su futuro gobernante dos hermosísimos regalos, consistentes en una cuna de oro con incrustaciones de piedras preciosas y una *Unkuña* o mantilla tejida en fibra de *Vicuña*.

De modo que, en cuidados trascendentes o menudos, la nueva generación de madres del pueblo, encontrábase presurosas y obrando la suya por su pequeño gobernante. Bajo esmero y cuidado popular, el niño *Uña Yupanqui*, éste que a no muy lejos, sería el gobernante del gran Imperio, teniendo como amigos, compañeros, camaradas y *tocayos* a niños, niñas y jóvenes de las mismas entrañas del pueblo; creció y supo asumir los rigores y riesgos que la vida ofrece a los hombres en igualdad de condiciones. "El conductor de la sociedad, nace, crece y muere en ella y por ella"; principio moral que muchos años atrás, *Tayta Manko Qhapaq Inka*, por encargo de su padre Sol, había dejado instituido; es más, *Mama Chimpu* antes de morir había dejado también recomendada: " El Inka, para entender la justicia como un valor concreto que se asienta en los hombres, sin lugar a reparos, tiene que percatarse de la injusticia que deambula precisamente al interior del conglomerado de personas...". Más o menos así y bajo la direccionalidad de aquellas enseñanzas, fue cómo vino criándose el niño aquel.

Las personas eruditas encargadas de la férrea educación del niño, justificando la nueva modalidad que

se venía aplicando, cuantas veces era necesario se hacían estas interrogantes: ¿Quién sabe que parecidas o peores circunstancias, habríale ocurrido a *Tayta Manko Qhapaq Inka* para constituirse como el primer Inka?. ¿Podría alguien narrar los aciagos momentos, cuando las ironías de la naturaleza sumergieron vivos a *Mankó* y a su generación en las frías aguas del lago *Titiqaqa*³¹ y aventáronlas a la Intemperie por las ventanas del *Paqarina* o fuente de vida llamado *Tambu Toqqa*?³². ¿Sería posible revivir los pasajes esforzados y rigurosos de la niñez de su ancestro *Sinchi Roqa Inka*, quien naciera en los fragores de la contienda con los naturales de *Maukallaqta* o pueblo viejo por engaño de su tío *Ayar Kachi* en la gran caminata hacia tierra sagrada?³³. ¿Habría sido fácil y sencillo forjar una sociedad no se diga de la nada, sino de los escombros de aquella tempestad de luchas en las que su valeroso tío-tatar abuelo, *Ayar Awqa*, por defender su pueblo se transformara en el que hoy es el Apu *Awqanqateq*?³⁴. ¿Sin ir lejos, bastaría no más recordar la sequía y la hambruna que supo enfrentar, su hoy anciano padre *Wiraqocha Inka Yupanqui*, su difunta madre y con ellos una basta pléyade de niños?. Evidentemente, todas aquellas circunstancias fueron difíciles, cada momento histórico tuvo sus revacas y holguras. Aún así, los tiempos que pasaron, difícilmente podrían ser peores que los de hoy, siempre la historia por muy complicado que parezca en sus orígenes, con el

31 Está referida al lago Titicaca, el más alto del mundo, ubicado entre Perú y Bolivia.

32 Se hace referencia a la genesis del imperio Inka.

33 Se refiere a la leyenda de la fundación de la ciudad del Cuzco por Manko Qhapaq y sus hermanos Ayar.

34 Se refiere a la Cordillera denominada hoy, Ausangate.

devenir del tiempo, por sí solas se muestran sencillas y lógicas de entender, fácil, hasta quizá emocionante de narrar; pero, imposible de reconstruir; como esto es así, pese a las dificultades, por muy rudas que sean estas, todo presente es obra del ayer, cualitativamente diferente, algo superado y a la vez algo difícil que la situación precedente. Por ello mismo, el niño *Uña Yupanqui*, hijo único de Wiraqocha, si bien advino a este mundo en circunstancias inusuales e iba hacia el futuro ataviado de esperanzas para con la sociedad; tampoco éste, podía constituirse en la excepción de aquella regla y, tuvo que enfrentarse a los ásperos obstáculos que el destino aguarda siempre para aquellos predestinados a dirigir pueblos. Sólo que este niño, engendrado a fuerza de los clamores de la sociedad y la ordenanza divina, encontró en este mundo, no precisamente las vallas que su padre, abuelo, tatarabuelo o cualesquiera de sus ancestros pudieron haber enfrentado. No, para él, las vallas habían empezado desde las entrañas mismas de su anciana madre y su nacimiento, si bien significaba triunfo, de pronto sus primeras horas de vida eran ya un reto. En adelante, le aguardaba un duro revés, el perder a la autora de su vida. Como bien se dijo atrás, madre biológica no tuvo sino, un instante. Quiso el destino que los hechos se presentaran así, y la historia tuvo que seguir su inexorable curso.

Los primeros diez años de infancia, transcurrieron en *Qosqo Llaqta*, bajo el esmerado, paciente y cariñoso cuidado de su tía- madre: *Qori Qoyllur*, quien compartió el regaso con su hija *Anawarki*. Como todo niño de su tiempo, las vivencias iniciales las pasó retozando en los jardines

de *Qolqampata*, *Kijllus*³⁵, *Chinkanas*³⁶ y rodaderos de *Saqsaywaman*, *Rumiqolqqa* y *Tampumachay*. Aquellos encantadores parajes de verdes matorrales, refrescados con límpidos y cristalinos montanares de *Wawapuqya*, *Sipaspuqyo* y *Qenqo* cobijaron la dulce vivencia del niño aquel y su mundo. Ora en los pasadizos de los palacios, los *Iwayllus* o cataratas de *Tampumach'ayo* simplemente allá en las sementeras, ayudando a los mayores, contemplando de cómo las semillas enterradas germinaban y se hacían plántulas, quizá también armando acueductos, acequias y caminos en miniatura, conduciendo agüita a los sembríos, eliminando insectos inútiles y perjudiciales, preparando trampas para perdices y pajaritos granívoros; en fin, como es de suponer tareas, no faltarían para el niño Inka y su corte. Como en la vida, toda monotonía cansa, previendo que el tedio no se apodere de los niños, los *Amawi'tas* o tutores disponían que dejen atrás los pasatiempos campestres y, los infantes hábidos de vivencias ciudadinas, más bien nutridas y reconfortados de experiencias de vida natural, retornaban a los amplios salones del *Yachaywasi* o escuela, para sumergirse en el mundo de las matemáticas, las ciencias naturales, la astronomía, la agronomía, la estadística, la historia; en suma, cuánto conocimiento solía impartirse a ese nivel.

Amawi'tas especialistas dotados de los más apropiados métodos e instrumentos de enseñanza inculcaríanles no sólo de ciencia y técnica, sino, moral, artes, educación física, buen gobierno y sobre todo culto

35 Callejas.

36 Escondites.

al Astro Dios. Visitas a los observatorios y lugares sagrados, formaban parte de aquello que se denomina estructura pedagógica, a la que los sabios maestros se ceñían rigurosamente, para poder forjar o quizá acrisolar al futuro hombre de gobierno y justicia. Con ese bagaje de conocimientos, los futuros hombres de bien, al final de cada periodo educativo, llegaban como es natural, premunidos de cambios cualitativos en la personalidad y en la praxis social. Y así, a medida que transcurrían los años de academia, la voz y el paisaje de la madre naturaleza, parecíanles susurrar al oído de los infantes y recordarles que después del intenso trabajo de escuela, había que rendirle pleitesía a la madre tierra; entonces, aprestábanse volcar sus pensamientos hacia ella, e ir en busca de nuevas y fascinantes emociones en los campos. En esa dual vivencia, transcurrían los ciclos de academia y enseñanza. Tan pronto las labores teóricas llegaban a su fin, como merecido estímulo a esos largos ratos de estudio y disciplina, nuevas aventuras vacacionales aguardábanles a los niños. Llegado el momento, entraban en acción, cual bulliciosos dardos humanos, que se filtran entre la espesura de fraganciosos stipales y breñales. Escalar nevados para extasiarse allí de la nevisca, contemplar perplejos el difuminio de los halos multicolores que suelen flotar en el aire mañanero cuando los copos de nieve son atrapados por los rayos del astro y, tras la sublimación de la nieve recolectar zetas, musgos, flores, plantas medicinales, en fin, realizar cuánto por tarea recibieron de sus maestros y al declinar el día ante la amenaza de negros nubarrones hinchidas de tempestad, truenos y aguaceros, hacíanles retomar al hogar cual bandada de pichones espantados por el vuelo de algún

halcón. En días siguientes, nuevas emociones y aventuras con destino a tierras calientes, allí donde aún moran los *Chunchos*³⁷, animales salvajes y fieras. Pertrechados de sus provisiones, emprenderían nuevas caminatas, descendiendo quebradas, sorteando abismos, cruzando ríos, trepando árboles gigantes y ocupándose en cosechar allí, frutos, cortezas, resinas o capturar "fierecillas", animalitos o aves multicolores, en suma, era esa la rutina de los infantes. Luego de enfrentar momentos placenteros y también difíciles; sobre todo, haber derrochado fuerza, destreza, aguante y carácter, volvían otra vez a la vida ciudadana. Así, entre caricias y rudezas de la madre naturaleza, se forjaba el acucioso intelecto, la fortaleza física, el amor a la *Pachamama*, el espíritu solidario, laborioso y justiciero de los futuros hombres de gobierno y su entorno. En esos andares, entendían a lo sumo, el porqué un hombre tenía que amar a la naturaleza y también el porqué había que temerla. Zarandeadas por aquellas emociones y vivencias, al retomar los infantes a la vida ciudadana, eran portadores de recuerdos, convicciones y responsabilidades consubstanciadas en sus sentimientos: Un árbol, un hontanar, una flor, un ave o cualesquiera de los componentes de aquella sabia naturaleza, estaban identificadas con la misma esencia de vida de los niños. En el caso particular de nuestro menudo Inka, vuelto al mundo ciudadano, *Warma Inka*, *Warma Cóndor* o *Uña Yupanki* como solían llamarlo los del pueblo, veíase organizando a sus adherentes niños, en pequeños actos de bien común. Por citar como ejemplos, cuando el tropel

37 Hombres salvajes que viven en la selva.

de infantes comandados por el pequeño Inka, desplazábanse de un lugar a otro, las callejuelas o senderos de la gran ciudad por donde recorrería la caravana, quedaban exentas de piedrecillas o basurillas, pues los niños acompañantes de la comitiva, cual afanosas hormigas rápidamente retiraban los desechos que atentaba al ornato público o de aquellas otras acciones, cuando el mismo niño *Uña Yupanki* dejaba instituida que en sus salidas por los contornos de la ciudad, sus coetáneos tenían la obligación de distribuirse los campos de cultivo para retirar las malas yerbas de las sementeras o con el bullicio que les era propios espantar pajaritos. En suma el paso por un barrio, una humilde vivienda donde un niño o una niña adornaba el hogar, casi por seguro el niño o aquella niña engrosaba el gentío de infantes que acompañaban a la corte. Al tiempo que esto sucedía, los nuevos miembros de la comitiva tenían ya sus tareas precisadas y asignadas, no más que quedaba, era cumplir sus funciones en el lugar que les correspondían. Entre tanto, maestros y matronas, tras sus pupilos o pupilas, con la logística que el caso exigía, recorrían, asistiéndolos en lo uno o lo otro. Narrar todas y cada uno de los pasajes y hechos de la primera infancia del niño Príncipe, sería largo y complicado, pues aún falta mucho y de importancia por relatar, razón por la cual, no nos queda sino decir, que en estos diez años de vida, el niño, se constituyó merced a sus propios méritos en el líder de aquella pléyade de infantes que se proyectaban hacia el futuro. A su edad, cargó en carne propia los encantos y desencantos, los amores y rigores que la madre tierra depara a aquellos hombres quienes habrían de erigirse como sus futuros guardianes. Más o menos fue así, como transcurrió el primer estadio del niño

Inka, circunscrita a una dinámica infantil variada y sencilla; claro está, muy cerca pero diferente al mundo de los mayores.

Si aquello ocurría en el mundo de los niños, en el de los adultos, la preocupación central era la salud de *Wiraqocha Inka Yupanqui*, a quien las buenas gentes del Imperio, con justísima razón, las tenían cual si fuera un tesoro viviente máspreciado del mundo. Como esto era así, los pensamientos, augurios y premoniciones circundaban siempre en lo mismo, la salud del hombre. Cada cual se figuraba su propia idea acerca de lo que podría ocurrir; muchos, confiaban en la fortaleza física y creían del hombre casi inmortal, otros, pensaban como que es hijo de Dios, existiría hasta cuando sea oportuno. Pero más allá de estos pesimismo y optimismo, en algo parecían coincidir, una forma de melancolía masal, se iba apoderando de ellos. Ese sentimiento natural de las personas, no le era ajeno al Inka, él, pensando en el futuro de su vástago, entendió que pese a los cuidados esmerados que recibía el niño y su entorno, las gentes sumidas en aquellas melancolías, involuntariamente podrían transmitir al muchachito ese sentimiento de tristeza que fácilmente lacera el espíritu tierno de los niños, atosigándolas el alma con recuerdos tristes que podían trabar su desarrollo posterior. Es más, gracias a los dotes extraordinarios de inteligencia que mostraba el infante, si aún seguía compartiendo de ese entorno más tiempo, el mismo niño, sería quien perciba aquellos sentimientos nocivos que podrían hollar profundamente su conducta futura. De modo que como medida final, el anciano, luego de haber cavilado y consultado a sus asesores, estableció

una norma que ordenaba a que los niños del imperio, no bien cumplieran los quince años de edad, estarían obligados a emprender viajes de excursión, con destino a los diferentes y distantes centros poblados del vasto territorio. La disposición, tenía como objetivo, acercar más a los infantes, esta vez, no sólo con la realidad natural, sino, con el acontecer social y político en el que tarde o temprano tenían que actuar.

Poco tiempo después de la dación de aquel decreto, la norma entró en acción y no dio tregua a nadie. Tanto el hijo del soberano quien estaba por cumplir sus quince años, como aquel niño del *Liaqta runa* o del pueblo, encontráronse rápidamente entrampadas por la grata noticia de viajes y aventuras. Los comentarios, no tardaron en levantar alboroto, sobre todo, en el mundo de las damás, quienes al percibir tremenda innovación, no tradaron en proyectar sus pensamientos unas veces en circunstancias razonables y la mayoría en suposiciones fantásticas y extremistas. Como conclusión, daban pábulo a su sensiblería femenil para reprobar la decisión de los ancianos y próferirles calificativos de "indolentes" o "inhumanos". Pese a estos renuentes lloriqueos de las mamás y a regañadientes no tuvieron más opción que prepararse para lo que después vendría. Como la noticia transmitida por las mujeres crece siempre como alud de nieve; para cortar en seco los impactos de la bola pública sobre este asunto, el Maestro *Suni Alqqayhuamán* por expresa disposición del Inka fue quien convocó a una reunión de patriarcas de cada familia y expuso en la plaza pública, el plan y los itinerarios del viaje. En dicha exposición, se tomó conocimiento que en el viaje, los

expedicionarios visitarían pueblo por pueblo los cuatro *suyus* o regiones del Imperio. La travesía duraría tres años y se visitarían 1,235 localidades, entre centros poblados mayores y menores. Con tal fin, mostraron un minucioso plan de viaje con actividades precisas que cumplir. Una de las más trascendentes que merece comentario, fue ésta que disponía que en el viaje, todos los niños de la expedición, llevarían consigo como equipaje, una dotación razonable de semillas, brotes, estolones, animalitos o cualesquiera de los medios de propagación de plantas y animales útiles, cuidadosamente seleccionados y sugeridos por los especialistas, las que al paso, según la necesidad de los lugares visitados, dejarían instalados sean, sembríos, plantaciones o crianzas; a la vez también instruirían a los lugareños en el mantenimiento y cuidado correspondiente. Los expedicionarios en acción recíproca, estarían también obligados a recolectar otras tantas especies de interés público y hacer lo propio con este banco de germoplasma más adelante. Este plan y sus actividades, sin mayor objeción, habían sido aprobados por consenso en aquella concentración. Más tarde, vinieron los preparativos, las disposiciones y anuncios precisos de ruta, lugares por visitar, la organización de brigadas, logística de viaje y los detalles de día, hora y lugar de partida, fueron difundidos, tanto en ciudades como en aldeas y villorrios.

La tarea de disponer lo necesario y preciso para aquel viaje, cobró importancia en los quehaceres familiares. Los padres absortos en los detalles y funciones que sus hijos o pupillos realizarían en su viaje, encargábase de reforzar sandalias, preparar las herramientas, utensilios, cestas

donde transportarían su cupo de plantas, semillas y tantas otras cosas menudas que había que hacer. Por su puesto las mamás, ocupábanse también de la suya, como las de arreglar los objetos personales, ropas, fiambres, en fin, cuánto habíase exigido a los futuros expedicionarios, tal que en el momento oportuno del viaje, no falte lo mínimo.

Así, pasaron los días previos a la partida, en las conversaciones de mujeres y varones, niños y ancianos, el eje del comentario eran los infantes viajeros. Las dificultades que enfrentarían en tal o cual lugar, los días que tardarían, las montañas sagradas que visitarían, el clima, las características topográficas de cada zona, las vestimentas; en fin, toda entrevista y diálogo versaba siempre en lo mismo y así, sin que se dieran cuenta, aquella melancolía social en la que se habían entrampadas antes, con este anuncio, parecía haber fugado de la mente de las personas, mejor dicho, ya no disponían de tiempo para pensar en otras cosas que no sea en la larga excursión de sus hijos.



IX

Llegado el momento de la partida, las gentes al parecer despertaron más temprano de lo que normalmente solían hacer. En la ciudad como el campo, sendas humaredas blanquiazules, expulsadas de las viviendas, delataban que al interior de los hogares, las mamás afanosas y atosigadas por los que haceres guisaban fiambres para sus viajeros; los varones y los niños viajeros, conforme la mañana iba avanzando, después de haber ingerido sus alimentos y acomodado sus equipajes, presurosos y autoritarios, seguidas de sus llorosas mamás, dejando atrás a sus hogares y bien ataviados, se iban incorporando a la multitud y con destino al lugar de partida. Como es natural, en ese barullo, casi pintoresco de la movilización de personas, no faltaron también incidentes ocasionales, como niños que aún no contando con la edad precisa como para participar en este viaje, seducidos o quizá fascinados por el ánimo, la fantasía y la emoción que derrochaban en sus rostros los futuros viajeros, subvertían la quietud infantil y sugerían casi a todos los niños adherirse a los viajeros. En cada hogar, armaban verdaderos berrinches por aferrarse a la excursión y querer enrumbar también con sus hermanos mayores en la expedición.

Esenas de griterios y lloriqueos de niños, era común observar en las puertas de las casas, calles y callejuelas;

pero, el juicio maternal, los mimos o el rigor paterno, ponían en orden y dejaban atrás caprichos, majaderías y proseguían los viajeros con rumbo al punto de partida. Padres, madres, preceptores, abuelos, abuelas e infantes, ataviados ellos de sus objetos personales, cestas de semilla, plántulas, animalitos, ropas de remuda, en fin, premunidos de cuánto pertrecho habíaseles exigido, fluían con destino a *Waqanapata* o lugar de las lágrimas y despedida. Si bien los rostros de las personas mayores a la distancia, mostraban signos de preocupación y sobre todo llanto en el de las mujeres, en el rostro de los viajeros, la situación era distinta: Caritas rebosantes de alegría, orgullosos de sus atavíos y mochilas, habidos de nuevas aventuras y lugares, veíanse, retozando en las calles. Ellos, con los pensamientos puestos en el *Warachikuy* o ceremonia de cambio de estatus de niño a joven y en lo que habrán de esperarles más allá de aquel largo y novedoso periplo, olvidaron las preocupaciones de los padres y en el llanto de las madres. De modo que con estos matices, cuanto más se iba acercando la hora señalada, tanto más, la afluencia de personas crecía, hasta que en el momento fijado, *Waqanapata*, vendrá en concentrar a una abigarrada multitud de niños y adultos las que según a la familia o nación al que pertenecen, ocuparán sus respectivos emplazamientos.

Cuando emplazados ya los futuros viajeros esperaban el momento, una inspección, dió cuenta que la legión constaba de cuarenta y cinco brigadas, conformadas cada una por cincuenta jovencitos dirigidos, por una comisión de consejeros, entre los que figuraban supervisores, madres y padres de familia. Para el transporte de la vitualla,

hablantes provisto una recua de veinte acémilas por brigada. En total la expedición, estuvo conformada por 3,150 personas en acción. Si esta era la magnitud de la expedición: ¿La organización, suministro de alimentos, abrigo, pernoctada, salud y otras exigencias humanas ineludibles, estarían tan bien previstas?. Para informarse de estas interrogantes, el cronista quien detalla estos pormenores; pudo constatar en la comisión central de viaje y percatóse que efectivamente, los eventos de este peregrinaje se encontraban tan bien previsto y calculado con precisión matemática. Hasta los itinerarios, rumbos, ritmos de caminata, estaciones de descanso e interdescanso, regímenes y dieta alimentaria, tiempos de estadía en las diferentes jornadas. En suma, cuanto debiera estar previsto para un largo viaje, estaban ceñidos a un riguroso plan. Del mismo modo, para narrar los detalles de aquella prolongada expedición, las habían responsabilizado a un equipo de expertos, quienes a diario, registrarían las ocurrencias del viaje y, evacuarlos al Inka, mediante sendos informes, conteniendo registros sobre la salud de los Itinerantes, eventualidades meteorológicas y climáticas, indicios astronómicos, dificultades en los caminos, problemas logísticos, en fin, cuanto incidente pudiera ocurrir en el transcurso del viaje serían narradas e informados. Aquí el cronista, desea dejar aclarado que cuanto próximamente se narre, sobre todo de los incidentes que acaecerán más allá de la despedida de los jóvenes legionarios; no será una testificación presencial del cronista, sino, una transcripción resumida de aquellos informes que en su oportunidad llegaron a conocimiento del Inka y que el cronista, valiéndose por sus propios

medios accedió a tales informaciones. Con esta aclaración, antes del viaje previsto, entremos a relatar de cuánto le cupo observar al cronista en la explanada de *Waqanapata* o explanada del llanto, aquella ceremonia denominada *Warachikuy*.

En efecto, 3,150 expedicionarios, más unos 15,000 acompañantes, esperan en sus respectivos emplazamientos la llegada del Inka y cuando aquello ocurrió, fue el sonido metálico de un clarín al que denominan *pututu*³⁸, el que anunció que en efecto el emperador venía con destino a la explanada central. No bien se escuchó este anuncio, el murmullo sordo y confuso de los allí presentes, cesó casi automáticamente y en reemplazo, la emanación agradable de los sahumerios asociados con la fragancia de la lluvia de pétalos arrojados por la muchedumbre sobre el andas del Inka y de aquel jovencito que a pie venía caminando tras los anderos, confirmaban que la corte imperial ingresó al anfiteatro de *waqanapata*. Ya en el círculo ceremonial de este anfiteatro, donde más tarde habrá de realizarse los rituales, los personajes de mayor atención, sin duda, son el padre Inka y el niño *Uña Yupanqui*. En tanto en las galerías o terrazas, los niños viajeros, aún ataviados de sus vestimentas infantiles aguardan quietos el momento central de la ceremonia. Dado que la ceremonia denominada *warachikuy*, está relacionada con el cambio de la vestimenta de los infantes, hemos de decir que aquellos niños, llevan puestas prendas comunes; prácticamente, están uniformados y vale en este caso, hacer una pequeña

38 Instrumento musical adaptado de concha de spondylus.

referencia sobre estos atuendos. Así, los niños viajeros llevan puesta en la parte superior del cuerpo una gruesa chamarra negra asociada con rojo oscuro, tejidas en hilos gordos; las prendas inferiores, son unas largas bayetas de colores variados que envuelven desde la cadera hasta casi los tobillos en forma de cartucho, al que nombraban *Wara* o falda. Los colores predominantes, como está dicho, son el negro, rojo oscuro, granate, azul oscuro, verde oscuro y esporádicamente el blanco. Una gorra tejida en hilo de la misma tonalidad que el de la *wara*, llamado *Ch'ullu*, cubren las cabezas de los infantiles. La vestimenta del Joven heredero del Inka, en cuanto a estilo se refiere, es muy parecido al de sus coetáneos, diferenciándose de estos últimos, sólo en el color y la calidad de las labores. Así la chamarra, es un tejido finísimo en sepia claro, matizado con rojo oscuro y añil, tejidas en fibra de *vicuña*; la *wara*, una bayeta blanquísima de ribetes urdidas con filigrana de oro, en tanto la gorra, es un birrete tejido a croché de color guinda orlada con una cinta finísima incrustada con lentejas de oro y pequeñísimas perlas multicolores. El joven además, calza una ligera sandalia de cuero, aseguradas con correas por encima del empeine. Finalmente un manto de color carmesí, adornados con labores sobrias, en cuyo fondo, bordada o tejida con incrustaciones de jaspe, muestra una cruz potenziada o *tukapu*³⁹ y cubre al cuerpo, desde la altura del cuello hasta casi los tobillos, lo llaman *llaqolla* o capa. Dicho esto, volvamos a nuestros viajeros: Ellos, encuentranse emplazados en las diferentes graderías del anfiteatro y como que acabamos de perfilar rápidamente la

39 Símbolo Inka de poderío.



indumentaria de los jóvenes; esbozemos también una somera referencia sobre las características constructivas y diseño de aquel anfiteatro tantas veces mencionado. Pero antes, téngase presente que los cálculos que más adelante se consignan, son aproximaciones del cronista, sin duda, abaladas con alguna que otra información, más no, especificaciones técnicas asumidas por los arquitectos que los diseñaron e ingenieros que la construyeron. Aún así, lo que aquí se exponga, probablemente no diste mucho de la realidad. Con esta aclaración, empezaremos afirmando que dicho anfiteatro, es una construcción monumental mandada construir por el poderoso *Wiraqocha Inka Yupanki* y su finada esposa *Mama Chimpu*, poco tiempo después de la hambruna. Ellos, ordenaron se edificara, una construcción cuya concepción asociara dos funciones importantes del estado Inka: lo agrícola y lo ceremonial. Como esto es así, en tiempo de estiaje y en ocasión del culto a la *Pachamama* o Madre tierra, debiera cobijar en sus instalaciones o andenerías a la mayor concentración de fieles y en épocas de lluvias, desde los peldaños de niveles bajo tierra hasta por encima de ella, se establecieran plantaciones experimentales de cuanto cultivos útiles eran necesaria para la agricultura del Imperio. En otras palabras, era un centro experimental donde cada peldaño del anfiteatro, representaba a un determinado piso ecológico existente en el espacio tawantinsuyano. De modo que este anfiteatro en la práctica, era algo así como una réplica en condiciones naturales de los 89 pisos ecológicos que según los científicos existía en el territorio Inka. En cuanto al proceso constructivo, está confirmado que su edificación costó mucho esfuerzo; por ejemplo, sólo en el movimiento de

tierras, se utilizaron más o menos que 28,500 braceros diarios, durante 540 días que tardó la excavación, otros 30,000 hombres en la fábrica de los bancales o andenes en 560 días. Desde luego, como en toda obra monumental, en su factura había perecido mucha gente; los entendidos afirman que se perdió en un promedio de 85 braceros por mes. Con estas ligeras referencias, el complejo, está ubicado en la parte nor-occidental de la metrópoli *Qosqo*, meridional de *Waqanapata* y al oriente, casi a faldas de la cordillera denominada *Apu Salqqantay*⁴⁰. La obra, vista desde el nivel de tierra hacia el fondo, es un inmenso forado circular, cuyo diámetro mayor a ras de tierra, bordea las 450 brazadas y una longitud de circunferencia aproximada de 1,414 brazadas. Desde nivel a ras de tierra en línea recta hasta el centro de la circunferencia menor, aproximadamente existe un desnivel 450 brazadas. En el nivel bajo del forado, está acondicionado en este caso, eventualmente el atrio ceremonial, que no es otra cosa que, una plataforma circular en bajorrelieve, de una longitud de circunferencia de más o menos 471 brazadas. Un muro circular de piedras labradas con juntas de alta precisión de más o menos dos a tres brazadas de altura bordean al atrio. Sobre este muro de piedra, subyace el primer andén o bancale rellena éste, con material agrícola importado que a manera de un anillo plano de aproximadamente ocho brazadas de ancho, estrangula al atrio ceremonial. Teniendo como base a este primer andén o plataforma, en posición centrífuga y ascendente, está erigido otro muro de contención circular con las mismas características constructivas que la anterior, pero,

40 Nombre de una de las cordilleras más altas del Perú.

de una altura algo menor, también relleno con material arable importado y sostiene al segundo peldaño o andén. Así, va en ascenso muros de contención y peldaños concéntricos hasta el andén número 21 que es el último y está ubicado casi sobre el nivel de tierra. El acceso al anfiteatro es uno, desciende por el lado occidental y desde el más alto nivel del terreno, va directamente al círculo menor o atrio ceremonial, mediante un impresionante sistema de graderías pétreas. Pasos, contrapasos y descansos maestramente construidas con piedras labradas, caracterizan a esta gradería. Para la comunicación de peldaño a peldaño, un sistema de piedras voladizas incrustadas a los muros pétreos de contención de cada andén, las unen unas, con otras. Ahora bien, con esta resumida descripción del anfiteatro, en cuyos peldaños viene cobijando a los futuros viajeros, vayamos a la ceremonia central que el soberano Inka las presidirá. Esta, por expresa disposición de su majestad, deberá realizarse de lo mejor que sea posible; es más, la solemnidad conocida como *Warachikuy*, aquella que normalmente en otros tiempos se solía celebrar en otra fecha, esta vez, gracias al mandato ya conocido por nosotros, se celebrará precisamente hoy, y en este anfiteatro. Con este propósito en el círculo central, del nivel de fondo, está acondicionado aquello cuanto se necesita para cumplir con las exigencias ceremoniales y protocolares de esta solemnidad. Pero antes, diremos algo sobre este *Warachikuy*. En efecto, ésta es una efeméride en el que se rememora el día en que los infantes dejan de ser niños e ingresan en la sociedad a la pléyade de adultos a cumplir funciones ciudadanas de responsabilidad mayor. En esta fecha, se recuerda al heroísmo del joven príncipe

Llanqe Yupanqui, hoy *Wiraqocha Inka Yupanqui*, quien cuando aún no había cumplido los quince años de edad, al percibir el avance peligroso de los rebeldes *Chankas* sobre la sagrada ciudad del *Qosqo* y, constatar cierto pesimismo, muchos dicen cobardía, en la conducta de su padre y la del hermano mayor *Urqo Yupanqui*, llamado a ser Inka; vió la necesidad de demostrar a los combatientes su arrojo y por encargo de su padre El sol, dejó atrás su condición de niño y, despojándose de sus atuendos infantiles, había tomado los atavíos de guerrero, para combatir, ganar la guerra y someter a aquellos rebeldes en la batalla de *Ankawasi*, al que después la llamaron "*Llakiqawana*", que significa mirador de tristeza, en alusión a la muerte y desolación que había dejado aquella guerra. Desde entonces, quedó instituido esta efeméride. Cada año, los niños no bien cumplen los 15 años de edad, en ceremonia especial y previo sometimiento a competencias deportivas rigurosas ingresan formalmente a la mayoría de edad. En el caso que venimos narrando, los 3,150 niños viajeros que aguardan la bendición del Inka, en los peldaños del anfiteatro, fueron ya rigurosamente seleccionados; desde luego ellos, tienen la convicción precisa de las funciones que habrán de desempeñar en la vida. Sin embargo, les falta aún la formalidad cualitativa, aquel distintivo de presentación ante la sociedad. Precisamente con este fin, ataviados aún con sus atuendos de infantes, emplazados en las galerías del anfiteatro, esperan ese instante trascendental de cambio total en su personalidad y lógicamente, proseguir con la expedición.

Aquel momento esperado por los aún niños expedicionarios y su entorno, llegó. El soberano Inka ya en su emplazamiento del atrio ceremonial, recibe del

funcionario correspondiente los reportes del caso y levantándose de su asiento, ordena al militar que por lo visto es el de mayor rango, para que inmediatamente, pasara revista a los infantes emplazados en los peldaños. El militar, procedió con su misión, primeramente inspeccionando la comitiva de niños que acompañarían al heredero del Inka, quienes están emplazados a la diestra y en el mismo nivel donde se encuentra el Emperador; seguidamente, ascendió al primer nivel del anfiteatro, allí, auscultó sin ningún reparo a los presentes, enseguida, sube al segundo nivel, tercero, cuarto y sucesivamente hasta el emplazamiento del peldaño 21. Concluido su trabajo el militar aquel, retornó rápidamente ante el Inka y éste, por lo visto, debió haber encontrado conforme. No dio ningún reparo al informe. Mientras aquello ocurría en el anfiteatro, la muchedumbre de acompañantes que sobrepasarían los treinta millares de personas, entre varones y mujeres, niños y ancianos, emplazadas en la explanada mayor contigua al anfiteatro, siguen atentos y en orden el desarrollo de los incidentes de la singular ceremonia, que de cuando en cuando, es amenizado por diferentes y armoniosas tonalidades de música emitidas por músicos ubicados en lugares estratégicamente dispersos. Este sobrio ambiente y las reconfortantes emisiones musicales, pararon en seco y el cotorreo natural de algunas personas que siempre no faltan, también cesaron. Fue éste el instante preciso en que el soberano Inka, deja su escaño para dirigir a la multitud el discurso de orden. El mensaje, llegó a su destino con una voz férrea y bronca, tal que al instante, el juego de ecos que se produjo al interior del anfiteatro, cual remolino sonoro, amplificó la voz gruesa del Inka. Aquello, era como que

una descomunal caja de resonancia disparara al espacio una voz portentosa que sobrepasaba los límites de la explanada y al rebotar en los precipicios de las cordilleras colindantes, la voz y el mensaje llegaba con claridad a los oídos de los fieles, hasta sólo sabe Dios, qué distancias a la redonda. Pero, cual fuere el alcance de aquel portento de voz, lo cierto es que el Inka, premunido de un lenguaje muy preciso para el momento, pronunció entre otros el siguiente discurso: Queridos hijos míos, hoy, desde ya constituye una fecha trascendental para nuestra sociedad. Son más de diez mil niños quienes ingresan a la vida activa del imperio y 3,150, más tarde jóvenes, empezarán su trabajo con un encargo extremadamente importante. Recorrerán palmo a palmo lo basto de nuestro territorio. Como bien informado estáis, tres años de viaje ininterrumpido os espera- dirigiéndose a los niños viajeros- durante ese lapso y en los lugares donde así se las destine, tenéis la sagrada obligación de enseñar a las personas que aún no tienen cultura y aprender de quienes las tienen. Dispuesto está que cada uno de vosotros- siempre dirigiéndose a los niños del anfiteatro- acompañareis al hijo del Inka. En adelante, el destino de él, es vuestro destino. Con mucha honra y esfuerzo, iréis por el mundo enarbolando en vuestras mentes y hechos, la justicia, el trabajo, la verdad y la honradez. En ese tránsito, comprenderéis la responsabilidad que sobre las espaldas de los hombres que gobiernan hombres, pesan el presente y el futuro de millones de personas que avanzan en la vida henchidas de fe y esperanza por un mejor destino. Precisamente el objetivo de vuestro sacrificio es y será el encontrar y asegurar más allá de nuestros confines, un lugar donde cobijar a aquellos millones de personas que

generación tras generación y a diario se nos avecinan inexorablemente. En este largo y de seguro, esforzado viaje, tenéis como arma contundente de transformación del hombre, el trabajo, la cultura de justicia y la paz, el conocimiento y la prudencia, con las que a vuestro paso, ampliarán las fronteras del buen vivir. De modo que, inculcando aquellos valores e intercambiando conocimientos, técnicas, destrezas y costumbres, demostrarán que el hombre, es capaz de transformar la naturaleza para bien y perpetuidad de la humanidad. Entendido en estos términos, vuestro paso por un pequeño o gran poblado humano, sea pues una bendición de mi Padre El Sol, más no una molestia. En este periplo que pronto emprenderéis, os acompañan distinguidos Consejeros y personalidades de vasto conocimiento, provistos de cuánto sea necesario; instruidos además, para asumir determinaciones precisas en cualesquiera de las circunstancias. Por otra parte, no está de más reiterarles, que este largo y sacrificado viaje con destino a las regiones pobladas y dispersas, cercanas y alejadas del *Tawantinsuyu*, no es otra excursión más de los que solían realizar en sus períodos vacacionales. Este, es trabajo de excesiva responsabilidad: Reconocimiento, acercamiento y auscultación de la realidad natural y social, por quienes en un futuro cercano, tomarán en sus manos la conducción del timón de este gran Imperio. Este trabajo, es forjar la eternidad. Ustedes- señalando con la mano derecha a su hijo y a los emplazados en las galerías del anfiteatro- retengan en vuestras mentes que después de nuestro padre El Sol y nuestra Madre Tierra, quien gobierna el planeta, es el hombre. Para gobernar, es preciso conocer a los hombres, como partes consustanciales y miembros

de una gran familia que se llama naturaleza. Precisamente, es esa la misión de vuestro viaje y el objetivo, es difundir y afianzar nuestra cultura, sembrando semillas, estableciendo bosques, criando animales, conduciendo agua a donde no las hay, enseñando a los que aún no saben del buen gobierno, aprendiendo de los que saben más. Es también vuestra función, percibir las dificultades y la injusticia social en lugares remotos donde la presencia del Inka aún no está afianzada. De modo que hijos míos, la responsabilidad que hoy os encargo, requiere de mucho esfuerzo e inteligencia, no dudó que esto se hará conforme está dispuesto; sin embargo, este mismo día de aquí tres años en adelante, estaremos evaluando el logro de vuestras acciones, a la vez aquel aún no lejano día, presiento que será, testigo de la satisfacción más grande de mis últimos días, pues los niños a quienes hoy despido y brindo mis bendiciones, en esa oportunidad serán hombres de convicción cabal, capaces de conducir y forjar la eternidad de este gran imperio.- Dicho esto el anciano mandatario, que al parecer aún no había concluido su mensaje, dirigió la mirada hacia el *Willaq Uma* o sacerdote; éste, utilizando el mismo medlo, distribuyó ordenes a sus asistentes, tal que en el instante, seis matronas sobriamente ataviadas hicieronse presentes en el recinto ceremonial. Las dos primeras damas entraron, portando un aríbalo casi gigante de superficie dorada, al parecer, conteniendo chicha ceremonial; ellas, dejáronla acondicionada en el centro mismo del recinto. Las siguientes dos, extendieron contiguo al recipiente una mantá grande con cuatro atadillos envueltos en servilletas tejidas en color *vicuña*, al que ya conocemos con el nombre de *unkuña*. Las siguientes dos últimas, ingresaron la una

portando un vaso grande forjado en oro con incrustaciones de pedrerías y la otra, un juego de cuarenta y cinco jarros medianos, las que fueron colocadas sobre una manta negra con listas y labores multicolores. Siguiendo las pautas del rito, el asistente del sacerdote, se asomó al atrio portando entre sus brazos dos bandejas doradas; la una, conteniendo un bucle de cabello negro que por lo visto correspondía al heredero del Inka y, la otra con un pequeño manojito de 3,150 rizos de cabellos pertenecientes a los niños emplazados en las galerías. En ese instante, el militar aquel que pasó revista a los infantes, hizo su aparición esta vez, portando sobre una bandeja un conjunto de atuendos del príncipe, acondicionándolas sobre una pequeña mesita. Seguidamente, cuando todos estos artefactos quedaron ubicadas cada uno en el lugar que le correspondía, el asistente del sacerdote, tomó en sus manos el arybalo gigante para escanciar y distribuir su contenido entre el vaso grande en oro con incrustaciones y los cuarenta y cinco jarros medianos; luego, con una venia de reverencia dio cuenta al sacerdote mayor o *Willaq Uma*. Este, pasó revista su entorno, pero antes, se arrodilló y con los brazos extendidos, bajó la cerviz y puso la cabeza sobre tierra en cuatro oportunidades y en dirección de los cuatro puntos cardinales. Hecho esto, volvió a posición normal, tomó con sus manos el vaso grande y ofrendó al padre Sol, al tiempo, alzó el bucle del hijo del Inka de la bandeja correspondiente e introdujo al líquido que contenía el vaso, con el que, cual un pequeño hisopo, pronunciando palabras alusivas al Dios Sol y a la Madre Tierra, procedió a dispersar el líquido pulverizado a los cuatro puntos cardinales del espacio; luego, hizo la misma operación, esta vez en dirección de los niños emplazados en las

galerías del anfiteatro. Este ritual, era la culminación de la ceremonia, algo así como la bendición celestial que los asistentes esperaban con extrema devoción.

Mientras aquello discurría en el centro del ritual, las galerías del anfiteatro y sus espacios colaterales repletas de fieles, se transformó en un recinto de silencio total y las personas, prosternadas con los brazos extendidas y la frente a ras del suelo rendían pleitesía a la Santa tierra. Por su parte el sacerdote, prosiguió con su trabajo, esta vez, el líquido que aún contendría en el vaso de oro, fue servido al soberano Inka, quien luego de dispersar con el hisopo aquel con dirección al Sol, a los cuatro puntos cardinales y todo lugar donde estuvieron emplazados los fieles, procedió a beber el contenido, al cabo de este ritual, ordenó el ingreso de cuarenta y cinco personalidades; ellos, aparecieron en el atrio ataviados con trajes de campaña, cuyas edades frisarían entre los 50 a 60 años de edad, eran los consejeros que comandarían las brigadas del viaje. Estos señores, antes de beber el contenido de los cuarenta y cinco jarros, hicieron los mismos actos de ofrenda, pero, no rociaron su contenido a los cuatro costados, sino con destino al lugar de emplazamiento de sus respectivas brigadas, para concluir su participación arrodillaronse y procedieron a beber para después retirarse lentamente a su emplazamiento. De aquí en adelante, los rituales correspondieron realizarlas exclusivamente al Inka, el sacerdote y al asistente de éste. La sucesión de actos que relataremos aquí, entraña suprema devoción, tal que mientras el trío de dignatarios laboraban arduamente en el atrio del recinto, los fieles, ante el anuncio de un clarín,

casi automáticamente diéronse una media vuelta en sus emplazamientos para postrarse con los brazos extendidos y la cabeza puesta a flor de suelo. Era ley que ningún mortal que estuviere presente en el anfiteatro y rededores, podía ver y saber el trabajo que realizaban los tres hombres. Aún así, gracias a una casual imprudencia, casi sacrilega del cronista, lógicamente no percibida por hombre alguno, pudo este observar todo el trabajo de aquellos ancianos, que por lo visto, eran actos sobrehumanos las que realizaban. En honor a la verdad, difíciles de creer, razón esta y la convicción de no consumir este sacrilegio, obliga al cronista, no relatar cuánto tuvo a bien de observar; sólo se hará referencia de aquello que corresponde a los detalles finales de los rituales y estas, se dieron cuando el toque del clarín ordenó a que los fieles volvieran a retomar su posición normal, es decir, levantarse de su postración y voltear la mirada al atrio ceremonial. Al volver ellos la mirada, percibieron en los rostros de los personajes oficiantes, una sensación de éxtasis y cansancio. A la distancia, notábase que aquellos señores, debieron haber realizado trabajos de esfuerzo sobrehumano; aún así, la faena de la despedida y el *Warachikuy* todavía no llegaba a su fase final, esta vez, la voz portentosa del militar aquel que en otro momento pasara revista a los niños y trajera también la vestimenta del niño heredero, vino en ordenar a los asistentes a una posición de atención. No bien éste dio aquella orden, los asistentes encontrábase ya de pie, fue entonces, cuando el soberano Inka, dispuso que el heredero se presentara delante de él y en el instante, el príncipe ataviado de su vestimenta infantil ya conocido por nosotros se hizo presente. Circunstancia ésta, cuando de pronto un sonoro estruendo de clarines anunció que la

ceremonia había llegado a su momento culminante. Como es de imaginar el clarinazo este, cambió el silencio y la tensión del entorno; la alegría y la emoción, rápidamente se dibujaron en los rostros de los 3.150 niños y de los miles más de sus acompañantes. Para ellos, era el acto más trascendente y concreto de la ceremonia; acontecimiento único en el ciclo de vida del hombre, en síntesis, era el salto cualitativo de niño a adulto.

Mientras alegría y emoción cundían en las galerías del anfiteatro y alrededores, en el recinto ceremonial, el niño *Uña Yupanqui*, a pie firme con la mirada puesta al rostro del soberano, seguía el curso de la ceremonia y el emperador, dejó por un rato su butaca para retomar el discurso que poco antes las había dejado trunca. Esta vez, se dirigió a los aún niños, pronunciando las siguientes palabras: Hijos míos, ya os di las pautas que ordenarán en adelante la dirección de vuestras acciones y convicciones, desde este instante con la anuencia de nuestro padre El Sol, al amparo de nuestra Madre Tierra y la bendición mía, dejarán de ser niños y se incorporarán a la vida adulta. De hoy en adelante, sois servidores del *Tawantinsuyu*⁴¹, con plenos derechos y deberes que exige la sociedad y en testimonio de este acto, os entrego vuestras prendas ciudadanas para que las lleven bien puestas y hagan honor a vuestra condición. Dicho esto el Inka, tomó entre manos las prendas de vestir que sobre una mesita habíase acondicionado, procediendo de inmediato a descubrir todo el atuendo puesto del príncipe dejando un instante completamente desnudo, luego las cubrió con las nuevas prendas de adulto, es decir, la ropa

41 Cuatro regiones del Imperio Inka.

de interior, el *Unku*⁴², la *Llagqolla*⁴³, el *Llawt'a*⁴⁴ amarillo, el *Choqechampi* o el cetro de plata, los pectorales, las sandalias, pendientes y otros complementos. Allá en los 21 peldaños del anfiteatro, también consejeros encargados de estos menesteres, hacían lo propio con los más de tres mil jóvenes; previa las formalidades consabidas, despojaban unos tras otros, las prendas infantiles y las volvían a cubrir con los atuendos de adulto. Esta transmutación humana se operó en un instante, nunca el cronista tubo a bien de constatar un cambio tan repentino en los exteriores de los hombres. El propio hijo del soberano en un cerrar y abrir de ojos, habíase transformado en un apuesto joven, físicamente distinto al niño aquel que instantes atrás, encartuchado en su *wara* parecía no distinguirse de una mujercita, ahora sin duda, era un hombre muy parecido a su padre, fornido y más distinguido que sus coetáneos. La misma impresión, habría de causarles a quienes allí acompañaban a sus hijos. No se dude que en este cambio cualitativo de los antes niños, la emoción era más sentida y notoria en las mamás; ellas, obrubiladas por ese sentimiento indefinible de alegría y llanto, miraban y remiraban incrédulas la transfiguración de sus hijos. No podía ser para menos, embebidas por ese cariño maternal, nunca las habían percibido o simplemente no querían percibir los cambios físicos, biológicos y emocionales que al abrigo de sus propios mimos y halagos iba produciéndose en sus hijos; según ellas, sus niños seguían siendo aquellos pequeñines

42 Vestimenta a manera de bata que cubre desde el cuello hasta casi la rodilla.

43 Manto de tejido fino que cubre desde el cuello por el dorso hasta casi el suelo.

44 Bata imperial, distintivo de príncipe que se sife en la cabeza.

indefensos a quienes habla que cuidarlos del frío o el calor, incapaces de estructurar convicciones y decisiones, en fin, ¿cómo podían ellas creer, que si instantes atrás, las tenían delante suyas, aún enfajadas en esa larga bayeta o falda, sin poder distinguirse de una niña?. Ahora, contemplaban a sus vástagos hechos hombres apuestos y fornidos, hasta muy parecidos a sus esposos allá cuando en esos tiempos mozos enamoraban. La vida es así, para un padre y mucho más para una madre, aún cuando el hijo ya esté peinando canas, este seguirá siendo un niño. En el Cronista, la emoción no pudo escapar de aquella realidad sentimental, nunca como se dijo atrás, tubo a bien de constatar una instantánea metamorfosis humana como ésta. Desde aquel momento, el príncipe *Uña Yupanki* transmutó en *Wayna Yupanqui*, de niño poderoso a joven poderoso, trajeado con la indumentaria y los distintivos de un fornido príncipe adulto. En tanto aquello ocurría, *Wayna Yupanki*, como los jóvenes de la galería, mantubleronse de pie, esperando la primera orden superior que habría de venir. No fue una orden la que llegó, sino, el mismísimo *Inka Wiraqocha*, quien procedió en auscultarlos: primero a su hijo, luego a cuánto joven emplazado en las galerías. Más allá de sentimentalismos y cuál pudo haber sido la impresión que causara estos cambios, lo evidente era que en adelante, encontrábase frente a una nueva pléyade de ciudadanos al servicio de la sociedad y ello, brindaba felicidad, tanto al gran Señor como al último *Hatun Runa* u hombre común del pueblo y para completar esta felicidad, el redoble sonoro de tambores y bombos que marcaban el compás de una agradable sinfonía de zampoñas, antaras, queñas y *tarqas*⁴⁵ reconfortó el

45 Instrumento musical parecido a la flauta.



ambiente. Esta música, después de aquellos largos y extenuantes rituales, anunciaba por una parte, el feliz corolario de esta magna ceremonia y por otra, la fiesta, si a ello podemos llamar fiesta, pues no sólo se trataba de ese salto súbito de niño a adulto, sino también, el *kacharpari* o la despedida de más de tres mil jóvenes quienes por primera o quizá única en la historia, emprenderían la proeza de dar la vuelta al mundo.

Como en todo festejo, los músicos fueron quienes animaron el ambiente, soltando agradables notas que rápidamente trajo la alegría a la multitud y al son de aquellas notas, la comitiva imperial dejó atrás el atrio ceremonial y tras ellos poco a poco sus ocupantes, iban dejando también las graderías del Inmenso anfiteatro. El Inka, los condujo con rumbo a *Waqanapata* o explanada de llanto. Ésta, era una anchurosa planicie contigua al anfiteatro y en extramuros de palacio; allí desde épocas pretéritas, mucho antes a su edificación, solían realizarse las concentraciones humanas más importantes del imperio, sobre todo las paradas militares y deportivas. Denominóse como explanada del llanto, a raíz de un accidente social como fue la guerra con los rebeldes *Chankas*, en el que el actual *Wiraqocha* Inka, cuando aún era niño fue su protagonista. En aquella ocasión; ante la zozobra del reino Inka y la falta de guerreros, hubo la necesidad de concentrar a más de 100,000 combatientes, entre gentes que en condiciones normales no podían haber ido a la guerra; pero, ante tan grave apremio, el niño príncipe de entonces, tuvo que reunir niños desde los quince años de edad y hasta quizá personas lisiadas que de alguna forma podían colaborar en la aniquilación del

enemigo. Este contingente antes de entrar en combate - estamos hablando de la guerra contra los *Chankas*- concentraronse en esta explanada y fue una multitud de abuelas, madres, hermanas, esposas, tías, sobrinas, en fin, cuanta mujer allegada a los movilizables fueron a despedirlos, sobrentendiendo que de aquella cruenta guerra, sus seres queridos, quizá ya nunca más volverían a sus hogares, presas de esa tristeza sumergieronse en dolor y llanto colectivo, al extremo que las lágrimas derramadas por las dolidas mujeres humedecieron los extensos páramos de la planicie, quedando desde aquel entonces con la denominación de la explanada del llanto o *Waqanapata*. Con destino a este lugar las condujo el Inka a los 3,150 miembros de la expedición, de donde también, pronto partirían de viaje.

Esta explanada, por su propia naturaleza era un paradero muy eventual, como tal, ya no hubo formalidad alguna, sino más bien, precisiones operativas que impartían los comandantes en sus respectivas brigadas de forma que, a la hora precisada emprendieran la partida ordenadamente y de acuerdo a lo establecido. Para esto, cada brigada ubicó su emplazamiento en función al orden de salida. En tanto la multitud de allegados a los expedicionarios que acompañaron desde el amanecer, colocaronse cada cual frente o en cercanías a la brigada de sus vástagos. Cuánto más cerca a los suyos, mejor y más placenteramente podían compartir los últimos momentos de su estadía, sobre todo, recomendarlos y encargarse de los cuidados y precauciones que debieran observar en su largo viaje. Como siempre las señoras, preocupadísimas ellas, veíanse en apuros inesperados,

moviéndose cual obreras de panal, sin dejar de exaltar o exagerar las virtudes de sus adorados hijos, hasta hartarles de mimos y sensiblerías propias del sexo femenino. Es fácil imaginar que una movilización como esta abigarrada multitud de personas que prácticamente estrangulaban al emplazamiento de los viajeros, era un cotorreo generalizado y un revoltijo de personas: Unas que lloraban, otras que recomendaban, aquellas otras que caminaban, corrían y cruzaban las callejas humanas y las agobiadas por el calor, el cansancio o la bulla descansaban momentáneamente para mitigar sus apremios personales; en fin, parecía que en la explanada, sólo existía el presente y ese presente, eran los hijos allí, ataviados con sus indumentarias de campaña, prestos a levantar el vuelo y remontarse por la lontananza, tras esas azulinas y desafiantes cordilleras.

Como suelen decir, no hay tiempo bueno ni malo que dure mucho, el cotorreo y los movimientos ociosos llegaron a su fin, en precisa circunstancia cuando del fondo de un pequeño altozano, los músicos entonaron al unísono la sinfonía del *Kacharpari* o de la despedida. Melodía esta, por lo particular de sus notas y el mensaje muy preciso de su contenido, parecía haberlas susurrado en los oídos de aquella multitud que vivía el presente, recordándolas que después de todo, la despedida había llegado. El cotorreo mutó en griterío, mezclada de llanto, mujeres desesperadas que lloraban a raudales, unas que desgarrábanse las vestiduras, otras que querían arrancar a sus hijos de sus emplazamientos, cosa distinta no pudo ser para *Qqori Qqoyllury Anawarki*, prácticamente madre y hermana de *Wayna Yupanqui*, quienes al igual que todas,

lloraban también. Aquello, parecían plañidos fúnebres en el preciso instante del entierro. Como sabido es, las lágrimas ni los lloriqueos nunca detuvieron al tiempo, aquí, no tenía por que ser distinto, las primeras diez brigadas partieron. Al paso de estas, púdose constatar que los caminantes marchaban en columnas de dos filas, tras ellos, una recua de fornidas *Llamas*⁴⁶ transportando la vitualla correspondiente. Después de un pequeño intervalo, la comitiva central de *Wayna Yupanki*, sin mayor protocolo que la venía de su padre Inka y el adiós de la tía y madre *Qori Qoyllur* y hermana *Anawarki* más la multitud, emprendieron también su caminata por el anchuroso camino. Seguidamente, desplazaronse las 35 brigadas restantes. Los brigadistas fila tras fila avanzaban rápidamente, tratando en lo posible de no apurar a los caminantes que antecedían, menos retrazarse y dificultar el avance de los siguientes. Entre tanto en *Waqanapata*, desde el Inka hasta el último común del pueblo, quedaron sumidas en aparente tristeza; en sus semblantes, sobre todo en el de las damas, veíanse dibujadas lágrimas y preocupación. Las largas ausencias de los seres más queridos, sobre todo por lugares desconocidos e inciertos, nunca pueden suponer una lógica sentimental distinta a la nostalgia y aflicción, eso, sentían las millares de personas que con las miradas fijas sobre el largo y anchurosos camino quedaron. Si hay algo que nos corresponda decir acerca de esta despedida, es concluir que esta multitud, olvidando que también a ellos les aguardaba su propia senda por andar, quedaron atrapadas en la nostalgia y tristeza, mirando el horizonte y esperando

46 Camélido sudamericano.

que la silueta del último viajero trasmontara las empinadas colinas del *Chinkarina* o el horizonte donde se pierden los seres vivientes.

X

Desde cuando el joven *Wayna Yupanqui* y sus coetáneos, emprendieran su largo viaje, al interior de los pueblos, habiáanse producido cambios substanciales a no dudar, más intensos que en tiempos pasados. Cambios que resultaron evidentes en dos campos: en la dinámica social y en la función administrativa de gobierno. En ambos casos, los propulsores de dichas mutaciones socio-administrativas, sin mayor objeción eran los más de tres mil jóvenes que comandados por el heredero del Inka, venían desplazándose por el imperio de aldea en aldea. Este revuelco social, era lógico esperar, jamás en la historia, una proeza como ésta habiáse realizado. Era verdad que en cualquier tiempo el Inka y sus huestes, periódicamente solían llegar y en ocasiones especiales en mayores cantidades a las comarcas y aldeas de su dominio, pero, nunca una expedición de personas muy jóvenes con objetivos muy precisos ya conocidas por nosotros. Para empezar, según informes que los consejeros de la expedición evacuaban al soberano, se pudo saber por ejemplo, que en la primera *paskana* o lugar donde se suele descansar, desde el ingreso de los itinerantes a la comarca, la población anfitriona había mostrado un júbilo aparente para con su príncipe.

Esperaron con arcos triunfales de bienvenida, ornadas de exóticas ramas y vistosas flores; el *Kuraka* o autoridad mayor del pueblo, ofreció una pomposa fiesta de buena llegada. Al día siguiente, muy de mañana y sin mayor dilación, luego de los desayunos de rigor, cada jovencito de las cuarenta y cinco brigadas, tomaron entre manos, los plántones de *Polylepis* de las que cuidadosamente habían transportado durante el trayecto y, dirigieron a los campos preparados, para dejar establecida el futuro bosque de más de 6,000 árboles. Como es natural, este acto, estuvo acompañado de protocolos obvios, en los que la multitud de lugareños, recibieron con beneplácito dicha plantación y no sólo por agradecimiento sino como un deber moral habíanse obligado a mantener y cuidar de los plántones hasta que los arbolitos pudieran defenderse por sí solos. Además en acto de reciprocidad, los viajeros recibieron también lo suyo y consistía en ciertas muestras de semillas de Amarantáceas y Quenopodiáceas, para que llegado al lugar apropiado de sus largos caminares, dejaran también establecidas su cultivo.

Se supo también que la jornada del siguiente día, se caracterizó por una intensa caminata por lugares extremadamente secos; bajo el acoso agobiante del intenso calor y los insectos, extenuados y cansados, habían acampado en una aldea calurosa casi a orillas de un caudaloso río, al que denominaban *Apurimaq mayu*⁴⁷. Allí, conforme a lo previsto, luego de pasar la noche, ocuparon en una siembra masiva de *Phaseolus* o *Purutos*⁴⁸ y *Amaranthus* o *Kiwicha* y para complementar,

47 Río Dios hablador.

48 Leguminosa llamada también frejol

habían procedido en capacitar a los naturales en aquello cuánto era necesario transmitir sobre las nuevas especies que dejaban incorporadas en esa zona. De modo similar que en anteriores centros poblados, los expedicionarios recibieron los aportes que aquella aldea producía y estas habían consistido en una colección de semillas de especies y hasta variedades de cucurbitáceas, malváceas, leguminosas, gramíneas, etc, las que serían sembradas y establecidas en otros lugares con parecidas características climáticas, donde aún no se habían introducido estas plantas. Además, según manifestaba el mismo informe, los comandantes y consejeros de la expedición, al descubrir que la zona acampada mostraba prodigios ecológicos muy particulares y quizá exclusivos, en un taller de trabajo, optaron por que la expedición, permaneciera tres días más en dicho lugar. Conforme se nos cuenta, los tres días fueron de intenso trabajo y de hallazgos importantísimos, como el descubrimiento de un hontanar geotérmico que bullía del subsuelo a tal temperatura que en el ojo del manantial, un tubérculo de papa podía cocerse rápidamente. A la fuente, por la alta temperatura de sus aguas, llamaronla *Qañiq pukio* manantial térmico; nombre que desde luego sugiere a recordar un episodio acaecido hace tiempo y está relacionado con el nacimiento del príncipe. Dieron cuenta también de otra ocurrencia trascendental, acaecida entre el joven *Wayna Yupanki* y una misteriosa matrona. Al respecto, esta ocurrencia habíase dado en la siguiente forma. No bien los consejeros y el hijo del monarca, concluidas sus tareas exploratorias de rutina, recojíanse al descanso del medio día, una carismática matrona elegantemente trajeada, el rostro cubierta con una manta carmesí de cenefas doradas,

derrochando reverencia y cordialidad muy maternal, habíasele acercado al joven *Wayna Yupanqui*. Ella, sin descubrirse completamente el rostro, apenas sí, para mostrar unas pupilas negras y relucientes, habíase postrado ante el hijo del Inka y con voz tierna, mezclada de llanto y mucha emoción, sin que el príncipe pusiera resistencia, atrajolo a sus suaves, casi envejecidos brazos maternos y *Wayna Yupanqui*, cual niño encuentra a la añorada madre, así se había prosternado en los brazos de la matrona y escuchó estas palabras: ¡Hijo de mi vida, crío de dios, brote de la madre tierra, ésta es tu cuna de oro!. Al tiempo que pronunciaba estas palabras, la buena mujer, suavemente hizo que el joven tomara entre manos un pequeño y curioso presente. Luego de un suspiro profundo, la dama, había desaparecido en el ambiente y el príncipe, anonadado, con la emoción y la sensación de seguir disfrutando aún del calor de aquellas caricias y palabras que nunca en su vida las había sentido, abrió los ojos y vióse sólo, postrado de rodillas, con los brazos extendidos y portando en la mano derecha el regalo que habíale dejado aquella misteriosa matrona. Es más, cuando el joven escrutó su rededor, constató que sus acompañantes, extrañamente con el calor agobiante del medio día, habíanse sumido en una siesta de la que aún no despertaban. Ante esta inesperada situación, absorto de lo que venía ocurriéndole, optó por no perturbar el sueño de sus circundantes y dirigióse más bien a su recámara, para allí reflexionar e indagar el contenido del enigmático regalo. Al descubrir el regalo, comprobó que una mantilla tejida en finísimas hebras de vicuña cubría a un pequeño artefacto en oro macizo. Cuando con mucha atención observó el objeto, en el instante, quedó estupefacto, se

trataba de la réplica perfecta en miniatura de la camilla que durante su infancia la había aposentado. Este asunto, pudo haber quedado escondida en la férrea convicción del príncipe, si en el preciso instante cuando descubría el regalo, no hubiera aparecido el sacerdote de la expedición; quien en seco hábale soltado la siguiente referencia: Esa *unkuña* que tenéis en las manos- refiriéndose a la mantilla- fue tejida por su finada madre, aún cuando recién contrajeron matrimonio y ese *Choqekirau* o Cuna de oro, que allí brilla- señalando a la diminuta camilla en oro- es la réplica de aquella cuna que os le cobijó en su primera infancia. Los dos recuerdos, exclusivamente los tuvo *Mama Chimpu* y no se supo a quién los había dejado: ¿cómo es que ahora los tiene entre sus manos?. Dicho esto el sacerdote, intuyó rápidamente que al príncipe, algo paranormal debió estar ocurriendo y muy sutilmente trató de averiguar, desde cuándo y cómo es que había llegado la prenda y el objeto a sus manos. Al respecto, el joven decidió por referir lo que instantes atrás vino en ocurrirle. Luego de haber escuchado los pormenores del encuentro, el sacerdote, sin inmutarse frunció el ceño e interpretó el hecho en los siguientes términos: Señor, - dijo el sacerdote- por los rasgos que me describís de la matrona y los objetos que tiene usted entremanos, sin duda concluyo que se trata de su finada madre *Mama Chimpu Oqllu*. En honor a los dictados de los oráculos y los anuncios astrales, el momento y el lugar son oportunos para la primera aparición reencarnada de la finada. Con cargo a dar cuenta a mi gran Señor *Wiraqocha Inka Yupanqui*, es mi deber informarle de aquel secreto que se me ordenó callar de cuanto ocurrió, antes y después del nacimiento suyo, hasta que en algún momento ocurriera

esta aparición que acaba de suceder. Cumplida hoy esta profecía, ya no existe razón para guardar y por lo mismo, debo resumirle lo que aconteció en la forma siguiente: Hasta cuando el Gran Señor y *Mama Chimpu* su madre, frisaban ya los setenta años de edad, aún no había esperanzas para el advenimiento suyo; fue que nuestra Madre Tierra, ante las plegarias de las buenas gentes del *Tawantinsuyu*, mandó decir que para concebir al heredero, la pareja debiera ser bendecida en las sagradas aguas de *Qoñiq Pukio*, hontanar al que hasta aquel momento no sabíamos dónde se ubicaba; pero felizmente, el mandato de la Madre tierra vino acompañado de un acertijo que decía: "Mira la cima del *Apu Salqantay*, baja la vista hacia la izquierda, allí encontrarás al gran río, sigue su curso, aguas abajo hasta un remanso; sus aguas al amanecer te mostrarán dónde se ubica *Qoñiq pukio*." Con este derrotero más la ayuda de *Qoto Qoyllur*⁴⁹, la misma noche del mandato tuvimos que desplazarlo a la pareja y localizar el lugar de la fuente. Recién desde esa ocasión pudo la Santa *Mama Chimpu* concebir y anunciar al mundo el advenimiento del que hoy es Usted mi joven *Wayna Yupanki*. De modo que, la presencia transmutada de la madre, de las madres, significa que el hijo del Inka, tiene una relación consustancial con esta comarca. Visto así mi príncipe, no es nada casual la pernoctada de la expedición en este lugar, ni el descubrimiento del hontanar térmico de *Qoñiq pukio*, sino que están ordenados y regidas por nuestra santa madre. Mientras esto decía el sacerdote, *Wayna Yupanqui*, había escuchado con atención, para luego reflexionar y expresar: ¡*Willaq Uma*, dé cuenta al

49 Constelación Cruz del sur.

gran Señor de cuánto vino en ocurrir; es más, comunique que como reconocimiento y pago a la Madre tierra, es preciso y oportuno fundar en este paraje una gran ciudad, aposento de la fertilidad a la que en adelante se llamaremos *CHOQQEKIRAU*. Como Conclusión de aquel diálogo, el informe oral conteniendo los pormenores de la primera aparición de *Mama Chimpuy* y la petición de fundar en aquel lugar la ciudad sagrada de la fertilidad llamada *ChoqeKirau*, habíase comunicado inmediatamente al monarca en *Qosqo Llaqta*⁵⁰, de cuya fuente, fue extractado este relato.

Mientras la noticia recorría con rumbo a su destino, el programa de viaje de los expedicionarios, siguió el curso trazado. Es más, cuando aquel incidente ocurrió, era el segundo día ampliado de campamento; en el tercero y cuarto días, los peregrinos habíanse ocupado unos, en señalar y explorar los espacios de lo que vendría a ser la futura ciudad, realizar visitas cortas guiadas con destino a algunos atractivos de la zona, otros en cambio, quedaron en el campamento arreglando lo necesario para la caminata del día siguiente, que por lo visto, desde el lugar de acampada hasta la cima de la cordillera de enfrente por donde transitarían al día siguiente, se mostraba como una interminable cuesta difícil de ascender. Desde luego este último día, transcurrió sin contratiempos, cada cual hizo lo que debió hacer, vino la noche, descansaron y antes del amanecer del cuarto día, dejaron atrás sus precarias alcobas y con ellas, aquella

50 Cuzco, capital histórica del Perú: hoy, patrimonio de la humanidad.

encantadora *pasakana* de bosques exuberantes, aires frescos y un atrevido como turbulento río denominado *Apurimaq mayu*. La caminata con destino a la próxima jornada, conforme detallan los informes, fue una de las pocas que exigió mucho sacrificio de los itinerantes. La travesía de aquella cuesta, empezaba desde las orillas del turbulento río y al nivel de *Yunka* o ceja de selva. Para escalar, tuvieron que ascender un sendero pedregoso y xerofítico donde los mayores problemas que agobiaba a los caminantes fue el intenso calor, el cascajo para las sandalias, ausencia de agua para mitigar la sed y la infinidad de mosquitos que picaban; aún así, no habían logrado con la jornada trazada, por lo que a duras penas tuvieron que acampar en media cuesta y en un lugar poco apropiado para una multitud cansada y angustiada por descanso. Pernoctaron, inmersos en los rigores del frío, la sed y sujetas a bichos e insectos. Como es de suponer, la estadía en tan mezquinas condiciones, duró muy poco, que para escapar de aquel lugar inhóspito, no bien llegó la media noche, la expedición siguió su curso ascendiente hasta que a media mañana habían llegado a un lugar de clima más templado y benigno.

Grandes campos de cultivo e infinidad de plantíos con robustas plantaciones menudas, medianas y altas, las acogieron. Este lugar de extensos plantíos, era una aldea donde funcionaba un centro de experimentación agrícola, denominado *Saywit*⁵¹; aquí, acamparon. Luego de la bienvenida y otras manifestaciones de algarabía ofrecidas por los lugareños anfitriones, acondicionaronse en sendos

51 Ciudadela Inka que aún pervive, está ubicada en el distrito de Huanipaca del Departamento de Apurímac.

campamentos que para este caso habíanles previsto. El primer día, ocuparonse en recibir instrucciones de parte de los científicos encargados de las investigaciones en materia de agricultura, mejoramiento de plantas, ampliación de la frontera agrícola y otros temas propios de la función. El Director de este Centro Experimental, para disertar con precisión y hacer más didáctica sus exposiciones, utilizó una curiosa mega-maqueta esculpida en monolito de grano diorita en el que, bajo escala apropiada, encontrabase en detalle todas las previsiones del Plan de desarrollo del *Tawantinsuyu*; aquella que en su oportunidad el anciano monarca *Wiracocha Inka*, dispusiera se petrograficara. En las exposiciones, según manifiesta el informe aquel, se transfirieron conocimientos sobre adelantos técnicos y científicos generados por ese centro de investigación; pero, los dos días de cursillo, para la importancia de los temas, resultaron muy escasos. De modo que, entendiendo la utilidad del evento, optaron por ampliar la estadía durante diez días más. *Wayna Yupanqui*, ordenó que el Director de aquel Centro Experimental, prosiguiera con las acciones necesarias para transferir más conocimientos; esta vez, sobre los adelantos logrados en materia de mejoramiento de plantas.

Al respecto el Director éste, por disposición del príncipe, asumió la autoridad técnica sobre los comandantes y los expedicionarios durante los diez días ampliados. Consecuentemente, éste fue quien programó las tareas que debieran realizar los expedicionarios en aquel lapso. El científico aquel, no tardó en distribuir funciones a los 3,150 brigadistas, quienes en adelante cumplirían labores específicas en las diversas

especialidades del Centro Experimental. Así, unos en la estación de tubérculos mayores, recolectando germoplasma, realizando cruzamientos, verificando niveles de abonamiento, auscultando plagas, etc. Otros, en la preparación de suelos, manejos de agua y riego, cuidados culturales, mejoramiento genético, Ingeniería de andenes y recuperación de suelos, hidráulica, observaciones y pronósticos astronómicos, meteorológicos y climatológicos. De todas las tareas específicas que les cupo realizar en este lapso, no abordaremos, su narración resultaría muy extensa; solamente como muestra, referiremos el resumen de las acciones desarrolladas por la brigada destinada a la Estación experimental de Tubérculos mayores. En efecto, con el contingente seleccionado por el Director del Centro Experimental, habían organizado caravanas de estudio con destino a los nevados de la cordillera del *Ampay*⁵²; el objetivo, demostrar de cómo del cruce de un tubérculo silvestre cordillerano con otro clon domesticado de clima templado habían generado un nuevo clon de tubérculos resistentes a las bajas temperaturas, al impacto de plagas y enfermedades derivadas de las excesivas lluvias y humedad concentrada en el ambiente y con rendimientos económicos óptimos. Vale decir, tubérculos que en cordillera como en pisos menores a ella, mostraban características óptimas de producción y productividad. Para demostrar objetivamente el proceso de la investigación a sus eventuales alumnos, el Director, los había conducido hasta la misma cordillera; allí, procedieron a recolectar especímenes de unas plántulas rudimentarias y diminutas, morfológicamente muy parecidas a las plantas de Papa o

52 Nevado elevado ubicado en la provincia de Abancay.

Solanum andigenum. Con aquellos especímenes diminutas en las manos, el Director, ofreció una conferencia magistral y explicó en ella, las razones y el porqué este logro genético era tan importantísimo para la humanidad. Es más, había recalcado indicando que el más grande logro de la ciencia agronómica, era el haber domesticado y mutado el actual tubérculo desde una planta silvestre similar a esos rudimentos de tubérculo cordillerano, hasta convertirlas en el principal alimento de la humanidad, con más de 1,200 clones, preparadas para adaptarse a los más variados suelos, climas, pisos ecológicos del espacio tawantinsuyano y mucho más, agradables para los diversos gustos del consumidor. Aún así, seguían teniendo algunos limitantes, primero, estaban relacionadas al clima excesivamente frígido, con cargas intermitentes de lluvias y granizos, alta concentración de humedad, bajas temperaturas y el ciclo variado de días de sol, las que en conjunto no permitían que las plantas de aquel tubérculo, cumplieran con su período vegetativo; y segundo, en los valles y costa, donde los largos meses con días de sombra, no permitían a la planta tuberizar y cumplir con su función económica. Estas dificultades de fondo, había recalcado el sabio, obligaron a los científicos buscar nuevas alternativas que permitan que este tubérculo de mucha importancia en la dieta humana, ampliara su hábitad tanto a los pisos ecológicos de valle y Costa, como en cordillera respectivamente. Para saldar esta preocupación tiempos atrás, habíanse dispuesto dos misiones de estudio encargadas de indagar, registrar y acopiar, especies o variedades de tubérculos que se desarrollaban con toda normalidad en zonas de cordillera y en tierras australes. De modo que fueron dos los frentes de investigación que

habían abordado estos temas: una que se ocupó de investigar en las cordilleras altas y la otra, en la zona austral, vale decir, en Tierras de fuego. Tras mucho esfuerzo y bastante tiempo, las misiones habían logrado su objetivo. La Comisión que investigó en alta cordillera, había conseguido resultados halagüeños, al detectar unas plántulas pequeñísimas que cual réplica disminuida de la Papa doméstica, crecía y fructificaba sin dificultad al interior de la nieve perpetua; sus tubérculos, conforme los expedicionarios las vieron al inicio de esta exposición, eran diminutos y redondos del tamaño de los ojos de un pajarillo. Aquellas plántulas, fueron recogidas y sistematizadas de acuerdo al lugar del hallazgo y de las respectivas floracillas, las habían extraído el polen o material genético necesario. Por su parte la misión que viajó rumbo al sur, en una isla casi al norte y adyacente a tierras del fuego, habían encontrado otros tantos tubérculos que cumplían su ciclo vegetativo en los poquísimos meses de sol que le caracteriza a esa zona. Esta misión como es obvio, recolectó polen, germoplasma e importó plántulas vivas. Concluidas ambas misiones de estudio, todo el acervo genético recolectado y las muestras de plantas vivas importadas confluyeron al Centro Experimental, procediéndose con las investigaciones genéticas tendientes a lograr dos variedades de tubérculos que puedan alianar aquellas limitantes estructurales ya indicadas.

En el campo técnico, las Investigaciones habíanse separado en dos líneas de trabajo. La primera, cruzando tubérculos cordilleranos con las diferentes variedades previamente domesticadas, para transferir a la nueva

variedad resultante, sólo y exclusivamente los genes que ordenan la resistencia a las bajas temperaturas, a enfermedades, alta humedad y la resistencia a las continuas granizadas y plagas que las especies cordilleranas poseían. En síntesis el objetivo, era lograr una nueva variedad de tubérculo que de su predecesor cordillerano sólo mantenga las bondades de resistencia a las bajas temperaturas, impacto de las granizadas, de la excesiva humedad y la repelencia a las plagas; en cambio de la papa domesticada, todas sus cualidades alimentarias y productivas. Sin duda, este objetivo se había logrado, la variedad idealizada y lograda la denominaron *Waña* y el nombre perenniza al científico llamado *Uña Wañaq*, quien logró esta proeza.

En la segunda línea de investigación, el objetivo, era lograr una variedad que pudiera tuberizar a la vez, en tierras de cultivo de valle y de Costa, donde los días de sol eran cortos, como también, tener el mismo comportamiento en pisos ecológicos de sierra y cordillera. Para conseguir este propósito, el germoplasma importado de aquella Isla del sur, las habían cruzado con los tubérculos domésticos del Centro Experimental, y así segregaron el gene ordenador que permita a la planta tuberizar en zonas tanto a nivel del mar como en altura. Esta investigación, había logrado también su objetivo, una nueva variedad de tubérculo, cuya característica fundamental era que cumplía su período vegetativo normalmente tanto al nivel del mar como en pisos superiores, manteniendo sus propiedades productivas de rendimiento y calidad. En este caso, conforme había indicado el conferencista, la consecución de los resultados

no fueron tan complicados, ya que al cabo de diez años de trabajo continuo consiguieron lo que buscaban. Como muestra, ya se tenía en almacenes volúmenes considerables de semillas de más de ocho variedades expeditas a ser difundidas en todo el septentrión del *Tawantinsuyu*, pero, este logro científico, traía consigo un problema vital para la racionalidad económica del imperio. Se constató que las nuevas variedades trabajadas en laboratorio al ser incorporadas en los campos de cultivos de la Costa y valle perturbaría inexorablemente el ordenamiento económico del imperio. Las características pródicas de las variedades incorporadas y la existencia de suelos sumamente fértiles, originarían una preferencia hegemónica por este cultivo y lógicamente, una sustitución incontrolable en detrimento de los otros cultivos de pan llevar. Es más, el efecto agravado de esta incorporación era que en el corto plazo, las relaciones de intercambio alimentario puna -valle-costa y viceversa se trastocaban totalmente. En conclusión, la innovación e incorporación de la nueva variedad de tubérculos en la costa y valle, distorsionaba la racionalidad económica del imperio y lógicamente acarrearía grandes problemas sociales por sustitución de cultivos. Razones por las que el sabio *Wiraqocha Inka Yupanqui* a sugerencia del Consejo Supremo de Ancianos dejó ordenado la liquidación total de esta investigación, contrariamente, se dispuso brindar el mayor apoyo posible a la difusión y propagación de la variedad *Waña*, por considerar como la más apropiada en la solución de los problemas alimentarios. Finalmente, éste y muchos asuntos más fueron tratados por los brigadistas en los diez días de prórroga. Unos como en este caso, en el campamento de la misma cordillera, otros, en las

Estaciones Experimentales o en los campos de cultivo donde les cupo la oportunidad trabajar. Pero, como todo itinerante es un huésped precario y tiene por delante un largo camino que transitar, los trece días de estadía había llegado a su fin. Para el amanecer del catorce día, científicos y trabajadores del Centro Experimental como testimonio de reconocimiento de la tan grata visita y una estadía provechosa, antes que los respectivos brigadistas tomaran el curso de su caminata, ofrecieronles un sencillo pero significativo ágape de despedida; donde obviamente, con sendos ágapes y discursos desearonles un feliz y exitoso viaje como un pronto retorno. Por su parte los viajeros, aleccionados con esta sincera manifestación de afecto y cariño, emprendieron el curso de su viaje, dejando atrás aquella acogedora como pintoresca aldea de *Saywill*.

La numerosa caravana de expedicionarios caminaron lenta y sostenidamente, con rumbo a la cima de otra cordillera, desde donde también, volverán a descender por caminos escabrosos con destino ésta vez, a territorio de los *Qhechwas*⁵³, para luego acampar en otra nueva comarca y allí, gracias al tiempo y las circunstancias benévolas, ayudar en las cosechas, establecer plantaciones, labrar tierras, en fin, cumplir con lo previsto en sus planes y al siguiente día, volver a reemprender el curso del viaje, escalando decéuticos escarpados, exenta de agua y de aires frescos y así, deprimidos por el cansancio, el calor y el frío, avanzarán cada día hacia una meta distinta. Como en esta, en las anteriores y las que

53 Hoy, Departamento de Apurímac.

próximamente vendrán, agobiados por las dificultades propias de la naturaleza y por qué no decir, la imprevisión humana también; durante días, semanas y meses, habían trasmontado aldeas, naciones y pueblos, ubérrimos valles, resecas y pedregosas quebradas, páramos desérticos. En suma, nunca puede ser sencillo una travesía de territorios extremadamente irregulares y de contrastes sorprendentes; aún así, en ese largo e interminable itinerario, si bien les cupo la suerte de enfrentar dificultades mil, también era evidente que al hollar en territorio de una comarca, aldea u otro centro poblado, los expedicionarios, solían ser acogidos por multitudes henchidas de alegría y satisfacción popular, quienes brindabanles en las formas más elocuentes la bienvenida y feliz estadía. De modo similar, las despedidas casi siempre concluían en actos festivos; cada pueblo a su modo y costumbre, rendíanles pleitesía: exquisitos potajes de flambre para los viajeros, presentes y regalos, actuaciones culturales, competencias deportivas, en resúmen, muestras evidentes de efusión popular, tributabanles al príncipe y sus co-expedicionarios por la grata visita y el intenso trabajo desplegado en su estadía. Si en verdad suplicio era escalar cuestas, cruzar cordilleras, trajinar páramos, desiertos, vadear ríos y acampar allá donde la noche sorprendía desafiando al tiempo, el clima e ironías de la naturaleza; también aquellas asperezas de estos largos viajes, rápidamente se restañaban con el calor de la terapia espiritual que los habitantes de cada aldea a corazón abierto las extendían. Estas muestras de cariño en los cuerpos demacrados de los jóvenes viajeros, actuaban como potentes reconfortantes espirituales para emprender con mayor brío las siguientes y subsiguientes jornadas.

Después de todo, una mirada de cuánto se había peregrinado, hacía concluir que el tiempo y los expedicionarios habían seguido casi el mismo curso y ritmo; el tiempo, calladamente había hecho su trabajo. A esas alturas, habían transcurrido 368 días desde cuando en *waganápatá* se despidieron, en ese lapso los viajeros, tenían recorrido también 524 centros poblados y 23 naciones. Entre las más importantes que en los Informes están citados, se encuentran: *Qolaneras, Qheswas, Poqras, Waris, Winchus, Wankawllikas, Willkaswamari, Wankas, Wayllas, Paukarbamba, Wanakopampa, Sachaphuyus, Qiqaqmarka, Pampamarca*, hasta llegar en cabecera de costa a los *Wamanchukus*, comarca donde precisamente habíase cumplido los 368 días de viaje ininterrumpido.

Indicar el detalle de cuántos lugares llegaron y cuánto trabajo les cupo realizar hasta este momento del viaje, resultaría ampuloso, por lo que en adelante, sólo resumiremos de los Informes emitidos al Inka, los logros más trascendentes alcanzados en forma muy referencial. Así, se supo que en el trayecto, dejaron establecidas 800 manchones de bosques de *Polylepis* o *Qeuña* con aproximadamente 4'900,000 plantones; 1'450,000 plantones de *Alisos*, 1,800 parcelas de *Chenopodium*; 1,200 parcelas de *Amaranthus*; 4,950 parcelas de cucurbitáceas; 1'500,000 plantones de *Anonas*, 114,550 parcelas de *Papas*, 76,500 parcelas de tubérculos menores entre *Ollukus, Ocas e Izañus*; 22,200 parcelas de *Phaseolus*, 547,500 parcelas de *Maíz* en sus diferentes variedades y líneas. Además, cantidades enormes e indeterminadas de especies de plantas aromáticas,

graníferas, medicinales, frutíferos, ornamentales, ceremoniales entre otros. Este, fue más o menos, el balance del trabajo realizado por los expedicionarios durante este primer año de viaje. Para el siguiente año, habíanse programado una meta que duplicaría a lo ya ejecutado.

Aleccionados con estos logros a la vista, al momento del informe, se aprestaban trasmontar la cordillera noroccidental con destino a la costa septentrional y el gran mar, donde también nosotros hemos de dejarlos, para narrar los acontecimientos que venían ocurriendo allá lejos, en el sur, en *Qosqo Llaqta*, la sagrada ciudad del Sol.



XI

Si refrescamos la memoria y nos remitimos al momento en que los expedicionarios dejaron atrás la explanada del llanto, desde ya recordaremos que el anciano *Wiraqocha*, luego que los fieles se retiraran de la explanada, se dirigió con destino a un centro poblado denominado *Yukay*⁵⁴, lugar de temperamento agradable y benigno, donde tomó vacaciones si a ello podemos llamar vacaciones. Desde esa ubérrima campiña, el anciano Inka, vino despachando los asuntos de gobierno y sobre todo, recibiendo los reportes que a diario llegaban sobre los expedicionarios.

La estadía en *Yukay*, transcurrió más o menos cuatro meses, lo prodigioso del clima y otras consideraciones obvias de entender como el viaje de su hijo, debieron tener efectos tonificantes en la salud del monarca, que el espíritu y la fortaleza física fueron reestablecidos, que de pronto la lozanía se dibujó en el rostro y en sus acciones y decisiones, mayor dinamismo. En este aparente rejuvenecimiento, el periplo de *Wayna Yupanqui*, al parecer, vino en resultar como aquella pesada carga que a costas se lleva y de pronto llega el momento de dejarla

54 Campiña capital del distrito del mismo nombre en el Valle Sagrado de los Inkas.

a buen recaudo y descansar plácenteramente. De modo que para el Inka, el viaje de su hijo, no sólo significaba el cumplimiento de una disposición gubernativa, sino, algo más sagrado, el cumplimiento de una profecía anunciada por una santa mujer llamada ella, *Mama Chimpu Oqllu* y, exigida por vaticinios, mensajes astrales, anuncios de los oráculos y acuerdos tácitos pero truncados del Consejo Supremo que obligaron a cumplir inexorablemente aquella orden.

Cumplida con la profecía y repuesto del vigor emocional y físico, como dicho está antes, el estadista, retomó sus acciones de gobierno con más ahínco. La primera decisión que se propuso, fue ordenar la continuación de aquella accidentada sesión del Consejo Supremo de *Amawt'as*, que como es de nuestro conocimiento, fue suspendida a consecuencia de la abrupta caída del Cóndor averiado y maltrecho sobre el adoratorio de la plaza mayor de la ciudad del Sol. Desde luego, la convocatoria había circulado rápidamente por las cuatro regiones del Imperio, citando que se llevaría a cabo antes del día de la siembra grande y los temas a tratar, serían dos: concluir y aprobar los acuerdos anteriores que por razones de fuerza mayor habían quedado trancos y, planificar las acciones de gobierno para los próximos 50 años.

Más adelante, *Wiraqocha Inka Yupanqui*, cerciorado de los efectos de la convocatoria, en el mismo *Yukay*, mandó venir a su Despacho a los miembros del Consejo Menor de Gobierno, máxima instancia ejecutiva del poder Imperial, conformada por el Comandante General del Ejército General *Qapaq Saño*, el Presidente del Consejo

Supremo de *Amawt'a Qapaq Anka*, el sacerdote mayor *Suntur Pauqar* y el consejero de gobierno y producción *Amawt'a Auki Amaru Tupa*. Los indicados dignatarios bajo la presidencia del soberano Inka, reunieron a la hora fijada y optaron en concentrarse en un retiro de tres días, tiempo que les permitiría abordar sin interrupción los tópicos más importantes que serían tratados por el Consejo Supremo en su oportunidad; sobre todo, analizar aquellos hechos paranormales que se produjeron en circunstancias en las que se esperaban tomar decisiones de especial trascendencia para el futuro de la humanidad. Con estas referencias y sin mayor contratiempos, la reunión había empezado analizando aquella sucesión de hechos que vino ocurriendo uno tras otro. Por ejemplo, respecto a la intempestiva interrupción de la Asamblea ante la inesperada aparición del cóndor mal herido, se interpretó como que este incidente, era el mensaje del astro *Dios Pachakamaq*, quien mediante este inusual hecho advertía a los hombres que el gran imperio del Sol, representado en este caso por el Cóndor, en algún momento de su historia sería acosado, quizá sojuzgado por hombres malos de mundos lejanos; en este mensaje, estarían representados por los osados cernicalos. De las observaciones astrales, se concluyó que, el milenio de la luz blanca de la gran estrella o *Jantun Qoyllur*⁵⁵, ésta que ordena la paz y prosperidad del planeta, estaría entrando a su ocaso y en reemplazo, devendría la luz roja de la dicha estrella y con ella, la turbulencia social, política y económica arrastraría inexorablemente al *Tawantinsuyu* a un milenio de aflicción, hasta quizá el exterminio de sus

55 Estrella marte.

ocupantes. De modo análogo, la lectura de los folios de la Coca en las orillas del hontanar de aquella cumbre desconocida, indicaba que aproximadamente cuatro a cinco generaciones en adelante, el imperio entraría en una decadencia interna, concluyendo en un desgobierno total por discrepancias y ambiciones por el poder en la esfera del mando, hecho que sería aprovechado por fuerzas externas para destruir la organización política, religiosa, social y económica del imperio. Con relación a los mensajes orínicos, los sabios ratificaron las interpretaciones que en su oportunidad el *Willaq Uma* o sacerdote, infiriera. En suma, la voz del Dios Sol creador o *Apu Ticsi Pachakamaq*, a través de sus diversas formas de comunicación con los hombres, anunciaba que en un período no más de quinientos a seicientos años en adelante, el gran imperio del *Tawantinsuyu*, entraría en una larga crisis, mejor dicho a un deterioro total de sus estructuras como consecuencia de la invasión de hombres procedentes del más allá de los mares. Según la conclusión unánime de los cuatro sabios, esta hecatombe anticipada por Dios, no se debería de entender como una anatema del alto, más bien, como que el creador del universo en salvaguarda de su obra, anticipaba al hombre a fin de que éste, prevea las condiciones para que como autores de la gran cultura, pudieran refugiar sus logros y posibilitar el retorno del gran imperio cuando nuevamente la luz blanca de *Jatun Qoyllur* irradie el mundo. Estas eran las conclusiones que difícilmente hombres comunes y corrientes, por muy doctos que sean sus conocimientos pudieran entender; pues ellos, simplemente estaban ubicados lejos de los conocimientos sobrenaturales. Sabiduría reservada sólo para escogidos.

Si bien es cierto que estos cuatro dignatarios convencidos estaban de lo que vendría en acaecer de aquí más o menos quinientos años; también era cierto que los 895 assembleístas que próximamente se reunirían sólo entendían y obraban consecuente con sus convicciones y a las conclusiones lógicas surgidas de la causalidad o de la razón humana, hechos susceptibles a ser demostrados y comprobados. A esta pléyade de hombres, en el próximo Consejo había que hacerles entender de la magnitud del problema con evidencias puramente lógicas y humanas; es decir, la respuesta para prever las consecuencias de aquellas profecías tenía que ser, obra de hombres y como tales, eran los 895 consejeros quienes por consenso tenían que aprobar o desaprobar la gran revolución destinada a forjar la eternidad, primero, transformando la estructura del Estado, la misma que ya estaba en curso con *Wayna Yupanqui* la cabeza y segundo, ejecutando obras que desafien al tiempo y a las generaciones futuras.

Cuando aquella era la situación para los cuatro dignatarios, al amanecer del día tercero de la reunión, el soberano Inka, luego de las tareas personales de rutina, mandó a comparecer en el Despacho al sacerdote principal *Suntur Pauqar*. Este, sin mayor demora que el tiempo necesario para llegar ante su Magestad se hizo presente. Luego, en el Despacho a puerta cerrada y en secreto, el anciano, después de expresar las razones de su invitación y la necesidad de compartir asuntos muy íntimos que hurgaban su preocupación, expuso a su confidente el siguiente discurso: Distinguido *Willaq Uma*, el motivo de esta confidencia, es transmitir a su alta sabiduría a cerca de ciertos pensamientos y visiones que invaden

mi mente y perturban la tranquilidad de mi ser; mi escaso juicio en verdad, no alcanza entender. Para empezar, he aquí lo que vino en ocurrir cuando la noche anterior no bien hubé dado el primer pestañeo, vi en mis sueños que encontrábame en un largo viaje. En mis espaldas cargaba un pesado bulto de cuyo contenido no estuve facultado en indagar, sólo me estaba permitido y ese era mi destino, transportaría hasta la cima de una altísima cordillera. En dirección hacia ese horizonte avanzaba y el peso de la voluminosa carga puesta sobre mis espaldas, más lo agreste de la cuesta que lentamente ascendía, poco a poco iba menguando mis fuerzas, tal que, aquella agilidad que al principio y casi hasta el medio día me había acompañado, parecía envanecerse, al extremo que apenas daba unos cuantos pasos, se consumían mis fuerzas y tenía que descansar un momento para recuperarlas y seguir escalando la empinada cuesta que me aguardaba. En ese trance de caminar un rato y descansar otro tanto, llegué a un lugar denominado *Paqgarina*⁵⁶. Este *paqgarina*, era una terraza muy singular, parecía haberse construido exprofesamente para hospedar extenuados forasteros y avivar el cansancio con aire fresco y vegetación exuberante y una fuente de agua límpida y cristalina que bullía de las entrañas de la tierra y se dirigía con mucha prisa hacia un inmenso precipicio; su curso, concluía en una catarata de extraño alarido que se perdía en las profundidades de un cause mayor aguas abajo. Las aguas de esta fuente, calmaron mi sed y mitigaron mi cansancio; luego de contemplar su paisaje y refrescar mi

56 Fuente de vida; generalmente se designa como que el primer hombre emergió de un fontaner, un lago, un río, una laguna o una cueva.

ser, habíame quedado dormido. También fue éste el preciso momento cuando desperté. Pero mi querido *Willaq Uma*, si estas visiones de la noche anterior, hubieran quedado como quedan los sueños, su presencia no tendría mucha razón; resulta que en la noche siguiente, vale decir la noche que pasó, cuando después de nuestra reunión retorno a mi alcoba y no bien cierro los ojos, nuevamente me siento atraído por el bramido de aquella catarata y ubícame inmediatamente en la terraza a orillas de la fuente del *Paqarina* y embriagado por el perfume de los heliotropos visionadas aquella anterior noche de sueño. Esta vez, veóme repuesto de mi vigor físico, con el ánimo de siempre, preparando el reinicio de mi largo caminar, restaurando las sandalias averiadas en el viaje del día anterior, acondicionando el pesado bulto, calculando las metas de la caminata, preparando el fiambre. En fin, aquella encantadora terraza, parecíame el hogar de siempre y, al volver la vista sobre lo andado, los días pasados de fatiga y cuesta agreste, parecían no existir. En mi mente, una idea fija daba vueltas y vueltas, llegar a la cima, dejar la encomienda y ver qué había más allá de aquella empinada cordillera. Con esa idea fija, reconfortado por el temperamento y el embrujo de aquella *paqarina*, aprestábame a levantar el pesado bulto para acomodar sobre mis espaldas y así reemprender ese largo caminar y fue en ese momento, cuando de repente el palmazo de una recia y conocida mano cayó sobre mis espaldas, al volver la cabeza para ver de quién se trataba, encontré la figura querendona de mi finado padre, quien derrochando ese cariño paterno, sepultado por el destino durante largos años de ausencia díjome: Hijo mío, deja ese bulto en su lugar y siéntate aquí, -me ofreció un asiento a su diestra, -

que deseo conversar. Turbado de emoción y alegría; no pronuncié palabra alguna, asentí y dejé mi carga para acondicionar el asiento que me ofreciera. Cuando sentado me encontraba al lado suyo, envolviéme con el brazo derecho sobre mi cuello para decirme: Has caminado demasiado, tus fuerzas están agotadas, la meta que te corresponde concluye aquí. En adelante, será otro quien se encargue de transportar la encomienda en el tramo que queda. Pero padre- emplacó- la meta que se me señaló es la cima de la cordillera y para ello aún falta. Hijo- me replicó- sin duda la meta del equipaje que habéis transportado hasta este lugar es la cima de la cordillera; más no de tu persona. Te aclaro que el destino a donde se dirige esta remesa, no es tan cerca como te imaginas, aproximadamente son seis jornadas de viaje ininterrumpido. Un mortal, sólo puede transportar una jornada sin poner en riesgo el contenido de la encomienda y que por cierto es lo más importante de este encargo. De modo que hijo mío, debes sentirte satisfecho que cumpliste a plenitud la tarea que se te encomendó. Yo en particular, estoy agradecido por tu inmenso sacrificio. Padre, ¿debo entonces retornar?-pregunté [inmediatamente. ¡No, - me dijo moviendo la cabeza- este viaje no tiene retorno!. En las faldas de esa cordillera del fondo- recalco señalando con el índice derecho hacia el septentrión, donde una cordillera que me era familiar aguardaba en el fondo del horizonte- aguarda tu esposa, es ya oportuno que la dediques todo el tiempo necesario a ella.- En efecto, al centrar mi atención y fijar la mirada en dirección de la cordillera que próximamente sería mi meta; poco a poco, se recompuso mi memoria y pude reconocer que aquella cordillera era precisamente, *Pitusiray*, en cuyas faldas,

divisé algo así como un paraíso ornado de heliotropos y begonias multicolores. Al interior de este vergel, atisé el perfil de una mujer, ella, era mi amada *Chimpu*, quien delicadamente recolectaba ramos de aquellas encantadoras flores y al recoger, de cuando en cuando parecía dirigir la mirada hacia el lugar donde me encontraba. Todo daba entender que efectivamente aguardaba mi presencia. Fue entonces cuando aquel acogedor *Paqarina*, fugó de mi interés, en cambio, un desenfrenado sentimiento de cariño, amor, más la inquietud de compartir gratos momentos con mi amada ausente, hice perder creo, hasta el respeto de hijo a padre y lo más que pude es decir: ¡Padre, debo ir pronto hacia ella, me espera!. El arranque de la emoción y la idea fija de ganar tiempo al tiempo acortar la distancia para llegar pronto al lugar donde mi amada esposa aguardárame, debió haber perturbado el sensato juicio de mi padre que en forma tajante supo decirme: ¡Calma hijo, no seas vehemente!. ¿Os olvidó que para llegar allá se debe conocer el camino y se requiere de un tiempo?. Esta reprimenda, hice razonar y reconocer la actitud irreflexiva que la emoción me había obligado asumir, pero, rápidamente rectifiqué mi comportamiento y, obediente escuché cuanto mi padre recomendaba: ¡Hijo mío, - decía mi padre- la distancia para llegar al lugar donde tu esposa espera, no es tan larga, pero, el sendero que te hace conducir, es mucho más complicado y escabroso de cuanto trajinaste en toda tu vida!. Observa aquella pradera que se extiende desde las faldas de *Pitusiray* hacia aquí. Por sus llanuras, pronto has de caminar.- Así lo hice, miré con detenimiento y al observar, vi que la inmensa pradera desde sus lejanos orígenes, había sido diseccionado en

dos frentes por medio de una grieta profunda y negra que según la posición del observador parecía una delgadísima mancha negra que se iba agrandando hasta concluir en un abismo profundo, en cuyas oscuras entrañas, sólo era posible escuchar el bramido de un inmenso torrente que con el juego de ecos que producía la encañada, sugería que estas profundidades eran la eterna fuente de la tempestad. Mi atención seguía imperturbable y al centrar la mirada más en la llanura, encontré un detalle que me preocupó, el terreno del enfrente, era un prodigio de pradera, ancho, tendido y exuberante; en tanto el frente donde encontrábame, un terreno excesivamente accidentado, con abismos profundos, peñascos, montículos de vegetación espinosa y tupida, al interior de estas dificultades, un sendero muy escabroso, reptaba por la superficie irregular de pequeñas colinas, mojones, bosques resecos y plagadas de muchas otras dificultades, hasta llegar a la misma fisura negra. Cosa extraña, en la confluencia de este sendero con la grieta negra, no existía puente alguno que la conectaba con el otro camino que empezaba en la otra banda extensa, suave y anchurosa. Con destino a este paso ineludible se dirigían Innumero de personas y al llegar a la fisura, para seguir con la ruta procedían a brincar la grieta, de muchísimas personas que vi brincar solo unos cuantos lograban transponer con éxito y seguían su camino por el inmenso llano, mientras que la mayoría parecían quedar allí. Cuando todo esto hubé visto, nuevamente mi padre, reanudó sus recomendaciones: ¡Fíjate bien en aquella fisura negra que viene desde los bajos de *Pitusiray* y se acerca hacia esta quebrada para perderse en las profundidades de su cause.- Sí padre, ya las vi, respondí, mientras él seguía comentando: ¡Es el

lecho profundo de un río que se llama *Chinkarina*, allí concluirá tu esforzado viaje; traspuesto ese cause!, encontrarás un camino llano y soségado que te conducirá a la compañía de tu esposa.! Pero padre, aquel lecho profundo, cómo podré cruzar si no veo puente alguno. Pregunté. Efectivamente- contestó mi padre- esa brecha es ancha y profunda, deberás cruzar de un solo brinco. Cabe la posibilidad que un hombre, pueda no cruzar y precipitarse a las profundidades de la oscuridad, sobre ello, no os preocupéis, el tuyo no es el caso. Ahora que ya conocéis tu camino hijo mío, construye tu morada aquí, en este *paqarina*, deja arreglado el equipaje, para que aquel quien viene tras tuyo, la transporte hasta donde a él le corresponde. No hay más que hablar, tengo muchos quehaceres, te dejo y anunciaré a *Mama Chimpu* que pronto estarás con ella. Dejándome esta orden, mi padre tomó la senda, aquella que poco antes habíame mostrado y por donde también más tarde iría yo. Rápidamente él, escató esas filiformes caminitos aún bajo mi vista, llegó allí donde concluía el sendero y de un ágil brinco cruzó la grieta negra, para adentrarse entre la pradera y desaparecer en las honduras de *Sawasiray*. Entre tanto yo, conforme a lo ordenado y sin apremio por quien viniera tras mí, arreglé, construí un pequeño aposento y acondicioné el equipaje en un lugar fresco, tal que la persona que me sustituya no encuentre dificultades. Acto seguido, después de dejar expedito aquel equipaje, hice lo mío para emprender la caminata hacia el encuentro con mi esposa. Fue momento preciso, cuando de un sobresalto abandono el sueño y, me di cuenta que había ya amanecido. He aquí pues, mi querido y respetado *Willaq Urta*, los detalles de mis sueños en dos noches consecutivas. Lógicamente, desde mi punto

de vista, deben contener algún mensaje que como supondrá usted, no dejan de preocuparme, por lo mismo, no queda otra alternativa que confiar a sus sabios conocimientos para desentrañar los misterios que puedan contener estas visiones.

Dicho aquello el anciano Inka, antes de ceder la palabra a su interlocutor e interprete de sueños, Sacerdote *Suntur Pauqqa*, ordenó suspender toda reunión de trabajo programado para ese día. Seguidamente, el sacerdote éste, quien a lo largo del relato, había escuchado con suma concentración las vivencias oníricas del Inka, recibió la venia del anciano para expresar las conclusiones que sus conocimientos habían desenmarañado e interpretado. Al respecto en honor a la verdad, esto fue lo expresado por el consejero *Willaq Uma*. Gran Señor, os consta que con minuciosa atención he seguido el curso de su narración de lo que vino en acontecer en las dos noches continuas de trabajo de su mente. Al respecto, las representaciones visionadas por usted, confirman que el todo poderoso, tomando como medio la mente suya nos muestra una realidad figurada de lo que en adelante vendrá en ocurrir. Precisamente él, en salvaguarda de su creación nos la presenta en esta forma onírica y nosotros, sus creaturas debemos concluir de ella, una lectura correcta, precisa y oportuna de aquello que en unos casos, nos anticipa y en otros, obliga cambiar rumbos y precaver situaciones futuras concretas. Con este preámbulo Señor- dijo el sacerdote- permítame empezar indicando, que todo sueño que anuncie la realización de hechos concretos en la vida real, para considerársele como tal; es decir, transmisor de los mensajes del omnipotente, tiene que necesariamente estar

sometida al rigor de los siguientes principios: interlocutor confiable de la divinidad, continuidad del tiempo y el espacio en los hechos soñados, racionalidad en la interrelación de actores, objetos, espacios y hechos. En este caso mi Señor, sus vivencias oníricas, reúnen los requisitos preestablecidos, como tal, son mensajeros de nuestro padre El Sol o *Apu Ticsi Inti Tayta Pachakamaq* y la interpretación las asumo en los siguiente términos. El largo viaje ataviado de una pesada carga a sus espaldas, es la representación del Inka en la conducción sacrificada de su pueblo desde aquel momento en que le cupo acceder al poder hasta cuando se dé la transferencia del mando. El bulto o equipaje pesado que vino transportando con destino a la cima de una cordillera, representa al pueblo, que como gobernante se conduce cada vez hacia mejores y superados destinos. Aquel agradable lugar denominado *Paqarina*, es la meta donde concluye su gobierno o ciclo y empieza de aquel otro que sucederá su mandato y el lugar, coincide con uno de estos valles donde hoy viene vacacionando. La presencia de su difunto padre como coprotagonista de sus visiones, representa al Todopoderoso transmutado en él, quién en el dialogo que sostuvo con usted, dejó establecido los hitos de lo que queda del gobernante actual y su pueblo. El hecho de haberse empeinado usted en transportar aquella carga pesada hasta la cima de la cordillera, pese a que su padre dejara establecido que la tal remesa sería transportado por aquel otro que vendría tras suyo, significa que es preciso pensar en la sucesión del mando y dejar todo cuánto hasta aquí se tenía pensado realizar, para que las haga aquel otro que tomará el poder. Con relación al

paisaje que vino en divisar entre el *Paqarina* y las praderas del *Sawasiray*, divididas éstas en dos frentes por un negro lecho del *Chinkarina*, esa, es la fatal paradoja de la humanidad. El de aquí, accidentado y tortuoso, corresponde al espacio real de vida donde la humanidad se desenvuelve desde su concepción hasta la muerte y aquella del más allá, llano, anchuroso, tranquilo y benigno, esa, es el dominio de la otra vida que empieza después de la muerte. A esa grieta negra, delgada de curso irregular que se aproxima hacia el *Paqarina* como un inmenso abismo profundo y oscuro, es la muerte. La distancia corta entre el *Paqarina* y la grieta negra; ese sendero accidentado y agreste por donde su padre anduvo y se alejó dejando dicho que también usted iría por esa ruta; ello, significa el tiempo que le queda por vivir y también indica las dificultades de la vejez hasta el instante en que su majestad deje este mundo. Finalmente gran Señor, es preciso tener presente que, cuando su padre al despedirse dejó dicho que anunciaría a *Mama Chimpu* su pronto reencuentro y que preparara su morada final, nos está anunciando que la vida suya se aproxima a su ocaso terrenal. Como esto es así, es oportuno que sus actos personales y de gobierno se ordenen en función a estos mandatos de la providencia, por lo pronto pensar en construir su morada final. Para concluir mi gran Señor, debo agradecer su complacencia en haber escuchado de cuánto mis modestos conocimientos alcanzan en interpretar de lo anunciado en sus sueños de estas noches que antecedieron a la reunión del Consejo Supremo y si su majestad así lo dispone, será como siempre un honor tener que responder las inquietudes que sobre este asunto tiene pendiente mi Señor.- Con estas palabras y la

reverencia de rigor, el Sumo sacerdote concluyó su exposición. Por su parte el anciano gobernante, quien desde luego, agradeció al intérprete de aquellas premoniciones y, manteniendo la sobriedad que la caracterizó siempre, esta vez, ya con las armas en las manos para enfrentar a lo que vendría después, como si un brío repentino abrumara su ser, irrumpió indicando lo siguiente: Pues bien *Suntur Pawqar*, ordeno no al Sacerdote sino al hombre de gobierno, no es descanso la que nos espera, por el contrario más trabajo. El gran cambio y las grandes obras que requiere la humanidad para forjar la eternidad, ya están en curso y quienes vienen tras nuestros pasos, las hagan cada uno a su tiempo y lo que les corresponde hacer. Esto es mandato de mi padre, que se cumpla conforme ordena él. En lo que a nosotros corresponde, obligación es, dejar en orden y facilitar cuanto sea necesario para quienes tomen el mando en su oportunidad. Alístese, de cuánto signifique recambio en la conducción del imperio. Viejos ya somos, nuestros pasos son lentos y están ya cansados; nos aferramos a la vida como implorando dádivas para morir de viejos, la humanidad no puede avanzar al ritmo de los que están llamados por la muerte. Manténgame informado de cuánto se avance de lo dispuesto. Se suspende el Consejo Supremo.

Breve sentencia del hijo del Sol *Wiraqocha Inka Yupanqui*, en tanto el *Willaq Uma Suntur Páucar*, con obediencia absoluta y solícito de cumplir con la orden, prosternóse ante el Inka y lacónicamente dijo: Así se hará Señor. Concluyó la sesión de trabajo entre el Inka y el Sacerdote. Medio día después, con todo lo que vino en

ocurrir, bajo una directriz de cambio substancial, el Consejo Menor de Gobierno, esta vez, seguiría dirigida ya no por el Inka sino, por el delegado de éste, Sacerdote *Suntur Pauqar*. Este hombre, sería quien ponga en practica, la orden suprema de preparar las bases para el cambio en la conducción política del Estado; por cierto, tarea de extrema importancia y muy delicada.

Una estructura social, política, económica y cultural del Estado Inka, con más de 18 millones de habitantes, organizados en cuatro *suyus* o regiones, asentados en más 29,500 pueblos o *llaqtas*, administrados y supervisados por millares de *Kurakas* y *Kamayoc*⁵⁷, regentados por centurias de *Tukuy Rikuq*⁵⁸ y protegidos por un ejército de más de un millón de soldados distribuidas en todo la basto del gran imperio serían renovadas. Es decir, todo un macro sistema administrativo imperial, con motivo del ascenso de un nuevo gobernante serían remocionados de sus cargos y funciones. En otras palabras, desde el último funcionario público hasta el más alto y cercano colaborador del Inka, sería sometido a recambio. Aquellos hombres que desde su lejana juventud y siempre al lado de su justiciero Inka, lograron levantar de las puertas de la ruina al *Tawantinsuyu* y, condujeron a mejores destinos, esta vez, pasarían a la pléyade de la generación inflexionada. Hombres que según la dialéctica divina, con los años sobre las espaldas, viejos, encanecidos y entumecidos por el intenso trabajo y la marcha del tiempo, quizá dificultando el avance de la

57 Jerarquía Inka que administraba una población de 10,000 habitantes.

58 Supervisor Inka, aquel que todo lo ve.

humanidad conforme había sugerido el propio Inka, se retirarían a un recodo de la historia, para dar paso a la siguiente generación. Generación que no era otra que, la continuación superada de los que hoy se harían a un lado, obra y forja de ellos mismos y como preludio a todo esto; ellos hoy, encontrabanse recorriendo palmo a palmo el mundo del *Tawantinsuyuy* quizá más allá. Esa, era la gran revolución aspirada por *Wiraqocha Inkay* la finada *Mama Chimpu*.

De modo que, esta generación decadente de *Wiraqocha* Inka, como consecuencia de las manobras de la propia providencia, no serían quienes ejecuten los grandes cambios y obras que las profecías reclamaban para preservar el lejano futuro de la humanidad y que ellos, en previsión ya las habían empezado, a la vez y sobre todo, los cuatro grandes hombres encabezados por el propio soberano, quedarían con las profecías guardadas hasta transmitirías antes de la muerte. ¿Qué ironía, verdad?. Morir a sabiendas que en un futuro lejano, la gran civilización se derrumbaría por causa de la maledicencia de los propios hombres. Pero, la fuerza suprema del universo, el Astro dios o el *Pachakamaq*, había dispuesto que esto sea así y como tal, sabía él, en qué momento y cómo transmitiría, estas profecías al futuro o futuros gobernantes. Entre tanto, pendía una orden que cumplir.

Al respecto, dijimos que el *Willaq Uma Suntur Pauqar*, recibió el encargo de dar cumplimiento las ordenes del Inka. Este, incordiado con pensamientos como lo antes expresado, reunióse con los tres miembros del Consejo Menor. En este intercambio, sin disimular la preocupación que la afligía informó a sus coparticipes de cuánto venía

ocurriendo en el entorno del Inka, es más, dio cuenta que el monarca, se encontraba indispuesto para asistir personalmente a esta y otras reuniones posteriores y que más bien, con carácter urgente se preparara las bases para el recambio de la conducción política del Estado y que aquello de proseguir con el Consejo Supremo y la ejecución de las grandes obras previstas, se dejarían para las futuras administraciones. En tanto los tres consejeros, arquetipos de la prudencia y el buen entendimiento, tomaron nota de las indicaciones del *Wuillaq Uma* y con obediencia absoluta, ocuparonse en delinear las directrices maestras para el recambio en el mando político del imperio. La primera disposición que emitió el Consejo Menor de Gobierno, la misma que rápidamente se dio a conocer en todo el imperio, fue que el Consejo Supremo de *Amawt'as* se reuniría no precisamente en el plazo de los cuarenta y cinco días como hablase citado poco antes, sino, el día en que los expedicionarios, después de haber logrado las metas trazadas para este viaje, retornaran a la ciudad del Sol o *Qosqo Llaqta*. El objetivo central de este conclave, sólo y exclusivamente sería la transferencia de mando y los compromisos colaterales, para lo cual, ordenaron concentrar en esta capital a todos los miembros del Consejo Supremo ampliado. Por tratarse de un acto de singular trascendencia, la convocatoria incluía pautas precisas acerca del contenido y formas de cómo cada consejero presentaría su informe. Dispusieron también que para este acto, se optaría por una movilización social grande, la más grande de todos los tiempos; como tal, cada consejero en la jurisdicción que le correspondía, se encargaría en tomar las medidas pertinentes y garantizar que el festejo, tenga la magnitud y brillo que debe merecer

el relevo del más grande gobernante después de *Tayta Manko Qhapaq Inka*, por aquel otro, cuyo advenimiento había sido clamor multánimo de los pueblos y su ascenso, el cumplimiento de una profecía.



XII

Mientras aquello ocurría en las cumbres del poder imperial; en el seno del *Jatun runa* o pueblo, la ausencia del joven príncipe y sus coetáneos, también había ocasionado sus propios efectos. Una creciente preocupación, sobre todo en las mujeres, ellas, presionadas por ese acendrado sentimiento materno y la angustia de saber por lo menos alguna noticia sobre sus añorados hijos, trataban de buscar la forma de informarse, acudiendo directamente a fuentes muy cercanas y allegadas al monarca. Estas inquietudes, debieron haber sido tan elocuentes que rápidamente repercutió en una afluencia continua y creciente de madres preocupadas por saber noticias de sus hijos en puertas de palacio. Preocupaciones, también entendidas por el soberano Inka, quien de inmediato había dispuesto que desde el día siguiente a la orden impartida y cuando aún la oscuridad y el alba no se diferenciaban entre ellas, un heraldo especialmente instruido anunciaría cada mañana y en todos los lugares del imperio, noticias frescas y veraces que a diario los *Chaskis* o postillones transmitían al Inka, acerca de los detalles del viaje de los expedicionarios. El pregón desde aquel amanecer, comunicaba una sucinta descripción del o los lugares visitados por los viajeros, la

calidad de las gentes con quienes se topaban, sus costumbres, el número de días de campamento, una síntesis de las labores realizadas en los cinco últimos días y, ocurrencias importantes de interés colectivo que merecían ser informados. De modo que conforme iban transcurriendo los días, semanas, y meses, estos anuncios matutinos, se tomaron en algo así como una terapia emocional de impacto colectivo a las que las gentes interesadas o no del asunto, acostumbraron a escuchar. Desde luego en esta rutina, las noticias de cada nuevo día que pasaba, traían acontecimientos de los más disímiles, tanto en ocurrencias, paisajes y emociones; los interesados, en su mayoría mujeres, más fascinadas que preocupadas, parecían haberse familiarizado con los lugares que día tras día los pregones las ponían al corriente. Así, no era raro sorprender, aquí en la ciudad o allá en la aguada, una conversación como esta: *¿Mama*, cuánta alegría percibo en tu rostro, quieres decirme a qué se debe tanta dicha?. *¿Cuál es ese acontecimiento que bendijo tu hogar?*. Efusivas interrogantes que una agraciada jovencita dirigía a una gozosa matrona entrada en años y carnes; también, respondidas con desprendimiento y sin disimulo de la aparente alegría: ¡*Ususy*-hija mía-, cierto es que estoy embebida de alegría!. ¡Cómo no estar feliz, si esta misma mañana me he informado que mi *Wayna*⁵⁹, nuestro *wayna* y sus compañeros, acaban de pernoctar en *Wamachu'kus*⁶⁰ y probablemente tarden en aquella ciudad, cinco o seis días, enseñando el buen vivir a las gentes de por allá, luego se

59 Mi joven.

60 Hoy, ciudad de Huamachuco en el Departamento de La Libertad, Perú.

dirigirán con destino a *Chan Chan*⁶¹. Más o menos, así era el sentir de las gentes, sobre el viaje de *Wayna Yupanki* y sus expedicionarios. Cuando aquella tranquilidad y la paz, refrescada de vez en vez, con gratas noticias de los viajeros, se habían hecho casi una monotonía; en la ciudad imperial, una mañana muy temprano, los heraldos encargados, anunciaron a la población un informe más o menos como este: "Pueblos del Tawantinsuyu, escuchéis bien, nuestro padre gran Inka, ordena comunicarles, que para el amanecer del día de ayer, los salvajes *Kañaris*⁶², habíanse comportado reacios y, resistido en dar posada a la visita de nuestro gran Príncipe *Wayna Yupanki* y sus compañeros. Por esa osadía, más de diez mil efectivos del ejército *Chinchaysuyu* acantonados en *Chan Chan*, rápidamente impusieron orden y razón. Hoy, aquellos revoltosos *Kañaris*, están siendo transportados con destino a la ciudad del *Qosqo* en número de 600 familias con un total de 3,000 individuos, distribuidas en 30 brigadas cada una. Llegarán de aquí noventa días. Bajo nuestro amparo y las reglas del buen vivir, trabajarán y se transformarán en buenos extranjeros. Por nuestra parte les daremos posada, parcelas de tierras de cultivo y eriazas, en altura y valle, vestimenta, comida, bebida, animales, semillas y otros requerimientos para que de acuerdo a nuestras leyes y costumbres puedan trabajar...".

Este anuncio intempestivo en una población habituada a un discurso pacífico, resultó en algo así como un baldazo

61 Hoy, Gran ciudadela precolombina de Chan Chan en el Departamento de la Libertad, Perú.

62 Tribu de salvajes que habitaban casi al norte del que hoy es el actual Estado de Ecuador; fue sometido en primera incursión por *Wayna Yupanki* y por segunda y tercera vez por los Inkas: *Tupaq Inka Yupanki* y *Wayna Qqapaq Inka*.

de agua fría que repentinamente dejó inactiva y perpleja a toda la población. Es más, probablemente para atenuar la exacerbación de las inquietudes emocionales de las personas allegadas a los expedicionarios, el anuncio, estaba tan bien estructurado que no permitía formar juicios exagerados sobre el caso; es decir, informaba hechos ya ocurridos; a la vez, impartía órdenes que cumplir. De modo que el impacto psicológico en la población prácticamente duró como tal, sólo el día en que se emitió el mensaje. Al día siguiente y a la hora de siempre, el heraldo volvió con su anuncio de rutina; pero esta vez, sin mayor referencia de lo ya informado, anunció que el Príncipe y sus expedicionarios ya se encontraban en viaje de retorno de los que fueran territorios *Kañaris*, allá en el septentrión con destino a *Chan-Chan*, aclarando que para abreviar el tiempo y, dar un poco de sosiego a los viajeros, habíase optado la ruta marítima para este retorno. Con este fin, según confirman los informes, fue necesario movilizar más de 325 piraguas de totora, en cuyas naves tardarían quince días en arribar hasta los embarcaderos de *Wanchako*. Finalmente, el heraldo por expresa disposición del *Inka Wiraqocha*, dejó indicado que en tanto el Príncipe y su comitiva no llegasen hasta *Chan-Chan*, no habría anuncio alguno.

Ahora bien, el Cronista en adelante cree necesario relatar los detalles de aquella noticia que conmovió rápidamente a la población y que el soberano Inka por razones obvias, mandó informar muy escuetamente. Para cubrir las particularidades de los acontecimientos, este informante tuvo que acceder a la misma fuente a donde los emisarios del Comandante General del Ejército

acantonado en *Chan-Chan* hicieron llegar sus informes; es decir, al mismo Despacho del Inka. La información acopiada y sistematizada sobre aquel incidente bélico con los *Kañaris*, sin que esta sea una transcripción textual, había ocurrido más o menos en la siguiente forma. Cuando el Príncipe y coexpedicionarios llegaron a la Base de *Chan-Chan*, señorío del Insigne o jefe de la región norte *Unu Kamyoq Qhapaq Chimor*, éste, como encargado de la seguridad del Príncipe, hizo un informe militar minucioso acerca de las comarcas fronterizas del Tawantinsuyu, refiriendo desde luego, cuáles y a qué distancias se encontraban los amigos y aquellos reacios al poder Inka y por qué razones estos últimos aún no se adscribían al imperio. Especial hincapié había hecho sobre la presencia de tres tribus nómadas y salvajes, denominados *Kañaris*, *Jhawarunas* y *Jibaros*. En particular el primero de los *Ch'unchus* o salvajes citados, eran una horda retrógrada y antropófaga, habitaban al norte de la zona boscosa, en tanto el segundo y tercero, más al oriente también en lo enmarañado de la floresta. Sin embargo estas últimas tribus, afirmaba *Chimor*, eran formaciones sociales marginales, destinadas a desaparecer en su autoconfinamiento y por eso mismo, se denominaban *Jhawarunas*⁶³ o seres marginales, sin importancia para incorporarlos a la férula del *Tawantinsuyu*, lo que sí preocupaba- según el expositor- eran los *Kañaris*. Estos, mentados por sus costumbres antropófagas, mantenían en constante zozobra a las naciones amigas como los: *Kitus*, *Puruwesy Mantas*, quienes habíanse incorporado pacífica y voluntariamente

63 Hoy, subsisten como una étnia denominada Aguarunas

al poder Inka. Este constante asecho, había obligado a *Qhapaq Chimor*, encargarse de la seguridad de estas naciones amigas e invertir tiempo y recursos en poner en raya a aquellos antropófagos; aún así, era preocupante ya que a un descuido, Incursionaban con ferocidad, asesinando comunidades enteras, llevabanse a los niños para cebarlos y devorarlos en sus guaridas. Esta horda, sin duda, resultaba una constante y peligrosa amenaza para la pervivencia humana. La crudeza del informe, rebasaría al entendimiento del joven Príncipe, quien inmediatamente dejó dispuesto que *Qhapaq Chimor*, organizara una expedición preliminar de paz con destino a territorio *Kañari*, conformado por eximios diplomáticos y a la vez luchadores, conocedores de las costumbres, idioma y territorio de dicha tribu, para que lograsen entrevistarse con el jefe de la tribu, ofreciere de buenas maneras, apoyo y colaboración en el vivir, a cambio de que renunciase a sus hábitos antropófagos y, para complementar estos ofrecimientos, los comisionados llevarían consigo regalos y presentes. La orden que acabamos de comentar, las habían cumplido inmediatamente; noventa expertos en armas y diplomacia al mando del Comandante *Kiska Nawi*⁶⁴, viajaron con destino a la jungla a parlamentar con el jefe de los *Kañaris*. Al cabo de cuarenta y cinco días de viaje y estadía, la comitiva, retornó a la Base de *Chan-Chan*, sin más respuesta elocuente que una deplorable situación de salud de sus miembros. Al respecto, el Comandante *Kiska Nawi*, quien pese a sus condiciones precarias de salud a causa del desastroso retorno, tuvo que informar en forma

64 Ojo de espina.

pormenorizada de cuanto les ocurrió allá en territorio *Kañari*. De este relato, se pudo conocer que los comisionados en llegar a su destino, habían tardado no más de quince días. Ya en territorio *Kañari*, para informarse del escenario donde se asentaban estas tribus, en forma inadvertida habían procedido en hacer un examen minucioso del terreno, luego, en previsión de una eventual emboscada, seguros de las circunstancias que manejaban, trazaron una estratagema de combate. El Plan, preveía que al campamento de los *Kañaris*, sólo entrarían el Comandante, más cuarenta y cinco soldados, en tanto los otros combatientes, esperarían ocultos en lugares estratégicos y vulnerables del asentamiento, listos para entrar en acción cuando las circunstancias así dispongan. Con estas precauciones, los cuarenta y cinco hombres más su Comandante, ataviados de regalos, aparentemente desarmados y simulando signos evidentes de cansancio, anunciaron al jefe de los salvajes su presencia pacífica. Aquella presencia poco usual, inmediatamente había causado alboroto en el gentío del lugar; pero, los que controlaban el ingreso al asiento, que más parecía madriguera, al comprobar que los transeúntes no portaban armas, sino, equipajes, en el acto, pasaron revista a los equipajes por si encontraban armas, al no encontrar lo que buscaban, se detuvieron en escudriñar los artefactos y utensilios, quedando cautivados de los prodigios y la hermosura de cada elemento, al punto que los guardianes que en corro habían rodeado a los bultos, no tuvieron reparo en querer apropiarse para sí. Fue entonces, cuando *Kiska Nawi*, enérgicamente intervino indicando: ¡Un momento señores, todo esto es para vuestro jefe, es el obsequio del Gran Señor *Apu Wiraqrocha Inka Yupanqui*,

debo entregar personalmente. No bien hubo dicho esto, la codicia irreflexiva de los centinelas, cesó en el acto. El sólo haber escuchado el nombre del Inka y, percatarse que se encontraban ante seres cualitativamente distintos y superiores a ellos, parecían haberles infundido terror, tal que los centinelas, corrieron con destino a donde parecía ser morada de su jefe e informar de la situación. Al parecer el jefe aquel, habría ordenado que los recién llegados ingresaran, rápidamente, el Comandante y sus cuarenta y cinco cargadores, cada uno con su equipaje y custodia respectiva, fueron autorizados para presentarse ante el jerarca *Kañari*. Ya en el lugar de destino, los comisionados a primera vista, identificaron a un hombre alto, fornido de mirada y carácter rúico, sin modal alguno, cuerpo desnudo, el sexo viril a la vista, protegido por un canuto de bambú algo así como estuche asegurado con un cordón a la cintura y en el cuello, llevaba colgado un rosario de colmillos, dientes y huesos de humanos y animales. Prácticamente, un ser repugnante, verdadero cabecilla de canibales, rodeado de mujeres aparentemente jóvenes; ellas, desnudas, con las ubres y el sexo sin cubrir. El Comandante *Kiska Nawi*, quien dominaba perfectamente el dialecto de su interlocutor y, convencido que ante sí, se encontraba el mismo jefe, solicitó conversar en privado. El cabecilla este, no había accedido a tal petición, más bien ordenó que rápidamente hablara en voz alta, sobre quiénes eran, de dónde venían y qué querían. Ante esta categórica disposición, *Kiska*, no tardó en identificarse, como comisionado del Príncipe *Wayna Yupanqui*, hijo único del Gran *Apu Wiraqocha Inka Yupanqui* y que la presencia de ellos, obedecía a una misión de paz y amistad, prueba de ello, entregaron en manos de este, los

regalos que el justiciero Inka les había enviado como cortesía. Todo aquello, a cambio que en adelante, se sometiesen a la autoridad del Inka, Hijo del Sol; viviesen en paz y concordia con los pueblos vecinos, quienes eran hijos del Inka, como tales tenían el amparo y protección del soberano. Si así comprendieran los *Kañaris*, el justiciero *Wiragocha*, haría los esfuerzos necesarios para apoyarlos y enrumbarlos en el buen vivir; caso contrario, el enojo del soberano, sería muy doloroso y lamentable para ellos. No bien había concluido el Comandante con este ofrecimiento, el jefe *Kañari*, sin disimular su extrema iracundia y en tono desafiante, no sólo rechazaría el acercamiento, sino, ordenó a que inmediatamente retornasen por donde nunca debieron venir y, recoméndoles con énfasis decir al Inka o a quién haga de su representante, que por bien suya, ni que intente pisar estas tierras que de él no lo era, si por alguna ligereza suya, se atreviera venir por aquí, no dudaría en despellejarla y que de sus cueros, tambores mandaría confeccionar. Ante tamaña ofensa, el Comandante y sus compañeros, luego de haber compulsado perfectamente la situación y constatar que se encontraban acorralados por una multitud de combatientes canibales, donde las posibilidades de éxito militar con sus cuarenta y cinco efectivos y otros tantos francotiradores eran remotas. *Kiska* y sus cargadores, aparentando cumplir las órdenes del jefe aquel, tomaron sus efectos personales y, reemprendieron la retirada hasta el tramo del camino andado, donde en algún lugar aguardabanles discretamente los otros cuarenta y cinco luchadores. Más tarde, reunidos el Comandante y sus noventa luchadores, utilizando un atajo habilitado previamente por ellos, habían emprendido la huida de retorno. El atajo, les resultó tan

útil como necesario que caminaron por entre la espesura de la jungla, sin ser molestados durante cinco días. Aún así, mientras ellos escapaban, los canibales *Kañaris*, convencidos que sus enemigos, retomarían por la misma ruta por donde vinieron, habíanse acondicionado en lugares de tránsito forzoso, esperando el paso oportuno para emboscarlos y liquidarlos finalmente. Pero, al constatar que tales propósitos no se produjeron conforme habían previsto, los canibales, volvieron con destino al asiento para informar lo ocurrido a su jefe. Este, herido en su amor propio, dejó ordenado a sus huestes que bajo pena de muerte, en el lugar donde se les encontrara las ejecutaran a los comisionados y como prueba de la misión cumplida, le entregaran la cabeza de su comandante. En efecto, cumpliendo aquella orden, los salvajes, habían procedido a una pesquisa minuciosa y furibunda, hasta que de tanto fisgar el camino andado por los comisionados, encontraron al atajo aquel por donde habían logrado fugar. El descubrimiento del atajo como es natural, dio lugar a una encamizada persecución, hasta que el día cinco de la huida, más de 500 salvajes armados hasta los dientes, dieronles alcance. Felizmente los comisionados, gracias a los aparentes alaridos que hacían las hordas en su avalancha, percibieron a gran distancia la presencia de sus perseguidores, que les dio tiempo para buscar un escenario apropiado y poner en práctica la estratagema preconcebida. Con tal recurso, esperaron en el lugar y momento preciso para entrar en acción. El indicador más contundente y cómplice que comunicaba la cercanía de las hordas a los francotiradores del Inka, eran los alaridos energúmenos que en crescendo se iban aproximando, hasta que finalmente, constataron que los salvajes, se



acercaban en carrera desenfrenada de a cinco grupos, cada uno de 100 soldados, separados más o menos a 50 pasos de un grupo a otro. El primer grupo de *Kañaris* que llegó al escenario, fueron exclusivamente lanceros; estos, quedaron parados y estupefactos cuando de repente, de la espesura del bosque, irrumpió un sonido raro, ubicuo y fantasmagórico que rápidamente inactivó los impulsos de defensa y ataque de los aguerridos canibales y fue también este momento, cuando de súbito de lo enmarañado del bosque, una lluvia de saetas envenenadas segaron con las vidas de aquellos infelices. Este sorpresivo ataque, resultó en algo así como una carnicería a mansalva. A pesar de lo desolador que resultó el ambiente de sangre, griterío, alboroto, arrojó y muerte; el siguiente grupo de canibales, aleccionado más por la valentía obcecada que por la razón, incursionaron nuevamente al escenario, disparando desesperadamente flechas y lanzas a diestra y siniestra sin objetivo concreto. Presos de la desesperación, los atacantes, no podían ser sino, víctimas inexorables de enemigos ocultos que desde lo enmarañado del bosque, exterminaban sin compasión a los incautos salvajes. En cuestión de instantes, más de la mitad de los *Kañaris* habían sido aniquilados. Algunos sobrevivientes convencidos de su pésima situación, no tuvieron más camino que emprender la retirada y a su paso, trataban también de impedir la arremetida de aquellos otros atacantes, que con ira desenfrenada se dirigían a la espesura, tratando de encontrar allí a los osados enemigos. Pero, aquel sonido ubicuo y lúgubre que emitían los francotiradores Inkas, seguía desconcertando a los pocos que aún quedaban en la retaguardia, quienes replegados a una distancia prudente donde una saeta o lanza Inka

no podía impactar blanco alguno, contemplaban atónitos y sin poder hacer nada para acudir a sus compañeros heridos, que luchaban prácticamente contra el vacío. Momento éste, cuando de lo enmarañado, de un brinco endemoniado apareció en el escenario un guerrero Inka, con traje que más parecía un hombre felino, quien de un zarpazo, tomó del cogote a un guerrero *Kañari* que parecía ser jefe. La víctima, puso resistencia férrea, pero, todo evidenciaba que sus fuerzas no eran tan potentes como para competir con aquel descomunal hombre-puma y tuvo que someterse cual un indefenso pelele. Entre tanto, el sonido y el revuelo de saetas y lanzas pararon al instante, para contemplar más bien, una escena espeluznante. El guerrero Inka, con una cuchilla de un rápido tajo abrió el abdomen jefe del *kañari* aquel y, desgarró el corazón sangrante de su enemigo, para supuestamente devorarlos a vista y espanto de los circundantes. Hecho esto, siguió la faena de sangre, de un salto pasó a otro guerrero y a otro e hizo lo propio con cuanto herido encontraba a su paso, hasta que en el escenario aparecieron otros cuatro guerreros Inkas más, quienes en furibunda persecución arrancaban también el corazón de cuanto salvaje vivo encontraban a su paso, mostrando de rato en rato a sus enemigos el corazón sangrante, tratando sin lugar a dudas, causar escarmiento y espanto. En tanto los *kañaris*, muy a pesar de sus hábitos canibalescos, observaban estupefactos aquel acto sanguinario; pero, al constatar de cómo poco a poco, los feroces guerreros-puma, finiquitaban a sus agónicos compañeros, armáronse de valor y arremetieron contra los cinco guerreros-felino, a quienes, en condiciones lógicas y aparentes era sencillo aniquilarlos, lamentablemente, como todo aquello había

estado planeado, los protagonistas del ardid en un cerrar y abrir de ojos, desaparecieron de la falídica escena y se adentraron a la espesura del bosque y los atacantes incautos, nuevamente quedaron cercados por el ubicuo sonido de los *Manchaypuytus*, como así se llaman a ciertas flautas bélicas de sonido ubicuo y, la lluvia de zaetas que volaban desde la jungla. Frente a esa calamitosa situación y sin posibilidad de éxito, los antropófagos que aún quedaban, huyeron en estampida y tras ellos, sus compañeros heridos, con las flechas aún incrustadas en alguna parte del cuerpo, olvidando el dolor que pudiera estar causando las heridas, unos rengueando, otras a rastras, en fin, la huida había sido total. En tanto los guerreros Inkas, para asegurarse de la retirada final de sus enemigos, entonando sus lúgubres flautas, por entre la espesura de la floresta, siguieron atormentando hasta cierto tramo. Más al rato, convencidos que la derrota de sus enemigos era inminente, retomaron al escenario, para allí evaluar los resultados y emprender el regreso con destino a *Chan-Chan*. La evaluación, había concluido con un saldo de trece combatientes abatidos, quedando setenta y siete personas incluyendo al Comandante. Ellos, tras penosa travesía por zonas excesivamente insanas y calurosas; abatidos por los males tropicales y otras circunstancias, felizmente llegaron al destino final, donde preocupados esperaban el Príncipe y *Qhapaq Chimor*. Ya en *Chan-Chan*, pese al deplorable estado de salud, el Comandante *Kiska Nawi*, tuvo que comparecer al Estado mayor y exponer al detalle de cuánto había ocurrido con la comisión allá en territorio *kañari*.

El Príncipe *Wayna Yupanki* y *Qhapaq Chimor*, después de tomar conocimiento de cuánto habían

escuchado, con cargo a dar cuenta al soberano en *Qosgo*, ordenaron dos acciones básicas a tomarse: la primera, el sometimiento militar rápido a los *Kañari*s y la segunda, desaparición total de la etnia como nación. Debiendo en este caso, transportarse a sus pobladores que quedasen de la operación, a lugares muy lejanos y dispersos del imperio, serían *yanakunas* o expatriados de especial cuidado. Después de estas determinaciones, el guerrero *Qhapaq Chimor*, comunicó al Príncipe que por razones estrictamente militares el operativo se realizaría en un plazo de tres meses. Mientras este plazo transcurría, el Príncipe y sus co-expedicionarios, ocuparon su trabajo central, es decir, visitar los diferentes pueblos del *Chinchaysuyu* o región norte, que aún quedaban pendientes.

Cumplido el plazo, conforme había planeado, el operativo se produjo y la acción militar, había empezado. Desde la Base de *Chan-Chan*, partieron con destino a territorio *Kañari*, algo más 10,500 soldados sin contar los expedicionarios del Príncipe, todos ellos, pertrechados de armamentos, logística de alimentos e indumentaria. La cantidad de efectivos en el avance hacia el norte, se duplicó por incorporación de los *Kitus*, *Puruwaes* y *Mantas*.

Probablemente la operación *Kañari*, fue una de las acciones militares más importantes que en el período de *Wiraqocha Inka* se realizó; sin embargo, los pormenores tanto de la movilización de la tropa hasta territorio *Kañari*, como la misma acción militar en combate, no nos será posible abundar, porque la narración, resultaría muy extensa. En adelante entraremos de lleno al relato de la toma de aquella nación salvaje, que dicho sea de paso, duró cuarenta y cinco días ininterrumpidos. Según los

informes, hubo al principio acercamiento diplomático, pero, sin resultados, hasta que finalmente devino en un desenlace fatal, se había derramado mucha sangre, más de los *kañaris* que del ejército Inka. En los primeros, el impacto de los más de 22 mil soldados en acción, al parecer hizo primar la razón y se produjo un desbande; la población indefensa, habían tenido que dejar sus armas y abandonar a sus jefes para someterse al poder Inka. No ocurrió lo propio con los jefes, estos tratando de mantener indemne a su jefe supremo, *Kilkis*, como así se llamaba, lucharon hasta el último, en el desbande de sus huestes, empezaron por aniquilarlos a sus propias gentes. Aún así, fueron muertos cerca de mil y capturados vivos 150 guerreros incluyendo a *Kilkis*.

Concluida la operación militar y, ocupado el territorio *Kañari*, censaron a la población sobreviviente y, ordenaron el recojo de los muertos y heridos. Los heridos a los que podíanse rehabilitar, se las entregó en manos de sus compatriotas sobrevivientes, quienes se encargaron de curar las heridas y reponer fuerzas. Luego, la jerarquía Inka, inmediatamente había dispuesto la ejecución de los prisioneros. "Para estos no hay perdón; lucharon por sus intereses, más no por la causa de la pobre gente, merecen morir..."; había sentenciado el Príncipe. En el acto y en presencia de la población *kañari* ya rendida, cortaronles las cabezas a los prisioneros, sus despojos los aventaron a sendas piras en las que el fuego al igual que a sus compatriotas muertos en acción, las consumió. En el caso de *Kilkis*, jefe máximo, el tratamiento fue distinto. Este, atrincado en una picota central de la explanada observó todas las ejecuciones. Llegado su turno, un fornido

guerrero-puma, conocido por nosotros en la primera acción como el "devorador de corazones de los *kañaris*", tiró a rastras al prisionero y las condujo delante del Príncipe. Éste, dirigiéndose a la población civil y a *kañaris* rendidos y sometidos, pronunció la siguiente sentencia: Este hombre, hace tiempo dictó su propia sentencia. Morirá, como él quiso morir.

Al respecto, no olvidemos que este *Kilkis*, cuando el comandante *Kiska Nawi* transmitió los deseos del Inka, se permitió desafiar a su Majestad. Aquella sentencia que había deseado para el Inka, le fue aplicada. A quien le cupo ejecutar, fue al Comandante *Kiska Nawi*. El guerrero felino, previamente pidió licencia al Príncipe para que soltaran de sus ataduras al prisionero y que le dieran la oportunidad de morir como guerrero en lucha. La petición fue concedida y la lucha en igualdad de condiciones se produjo. Al principio, golpes contundentes de ambas partes parecían mostrar equilibrio de fuerzas; pero un golpe de zurda en el mentón de *Kilkis*, hizo que éste, cayera al suelo sin sentido, instante en que el comandante, ante la mirada aterrorizada de la muchedumbre, tomó una cuchilla en media luna que para el ganador de la contienda habíase previsto y de un rápido tajo en el pecho, arrancó el corazón sangrante de su enemigo y al tiempo, un mordisco feroz separó un trozo de aquel órgano e hizo ademán de masticar, para después escupirla como una bazofia íntima. Luego, seccionó la cabeza del cuerpo, seguidamente, con la misma rapidez procedió a desollar el cuerpo mutilado y sangrante separándola el pellejo de las carnes. Del pellejo, un experto que aguardaba este acto, en el instante las acondicionó en un mediano tambor; la carcasa, vísceras

y la cabeza, como excremento hedlondo aventaronlas a un matorral cercano, donde rápidamente los buitres dieron fin a los despojos del jefe aquel. Para concluir con la ejecución, inmediatamente soldados provistos de tinajas conteniendo agua en ebullición desinfectaron el lugar con restos de sangre y detritus. Finalizado el acto de escarmiento, el Príncipe, se había dirigido a los naturales sometidos, con un discurso expresado en los siguientes términos: ¡Hombres y mujeres de lo que antes fue la nación *kañari*, hoy día, concluye vuestra historia en este lugar, lo que aquí habeis visto y vivido, es la justicia del Inka *Wiraqocha*, hijo del Sol. El que os habla es sólo el hijo, más no el Inka; aún así, autorizado está para tomar estas decisiones!. ¡En adelante, se entiende que en vuestra mente y obra, no debe existir la mala forma de vida que llevaron antes!. ¡Estas malas costumbres concluyeron con la muerte de vuestros jefes, al igual que este lugar donde habeis cultivado el mal!. ¡Desde hoy, sois hijos de *Wiraqocha Inka Yupanqui*, tienen un Dios que es el Padre Sol, una madre la Santa tierra, un idioma el *Qheswa simfi*⁶⁵, una moral: el trabajo, la verdad y la honradez. Si faltáis al orden establecido, no hay más destino que la muerte. Finalmente como nueva vida, significa: nueva patria, nuevas relaciones políticas, sociales y económicas. Desde hoy, como familias Inkas, partirán en forma ordenada y solidaria con destino a la sagrada ciudad del *Qosqo*, rendir pleitesía y agradecimiento al Justiciero Padre *Wiraqocha Inka*, donde sin lugar a dudas, empezarán con vuestra nueva vida. Allá, el soberano Inka, a cada familia asignará

65 El idioma oficial del imperio Inka, el Quechua.

tierras de cultivo, herramientas de labranza, semillas, insumos, enseñanza y otros menesteres para que como seres humanos trabajáis y seáis solidarios, participativos y útiles para la sociedad. Con lo dicho, emprenderemos este viaje largo en forma ordenada y correcta, que es la única forma de llegar a la tan sagrada tierra del Sol.

No bien hubo concluido el príncipe con su discurso, los tres mil *kañaris*, rigurosamente ordenados en brigadas de familias e integradas a la Comitiva real, emprendieron con la emigración. Por su parte el príncipe *Wayna Yupanki*, había dispuesto una comisión de vanguardia para que anunciara al gran Inka, las decisiones que su hijo había tomado al respecto. Mensaje que a su vez el Inka, mandara informar a la colectividad del que atrás y en su momento, tenemos comentado. Para finalizar este tema, conviene hacer referencia aquello que sucedió con el precario asentamiento *kañari*, conformado por rústicas covachas, entretejidas con bambúes, palos, charamuscas y unas cuantas cuevas oradadas en las fisuras de los abismos. Estas, quedaron abandonadas y desérticas, pero antes de partir, una comisión, prendió fuego y no quedó nada de la morada de los caníbales, sino, cenizas y humareda negra que en el espacio se esfumó. Después de esta desolación, seguros estaban las jerarquías del ejército Inka, que desde un punto de vista histórico, era el fin de un estadio retrógrado de la especie humana, que jamás volvería a repetirse. Podría ser cierto, que en sus adentros estos *Kañaris*, estén pensando en volver y recomponer su nación, esto, podría ser; pero, lo que nunca más ocurrirá en la humanidad, es que nuevamente aparezcan *kañaris* caníbales, "come gentes". Estos, murieron para siempre en ese día de la partida hacia *Qosqo Llaqta*.

Si aquello ocurría con los expedicionarios allá en el septentrión; en la sagrada ciudad del sol, fueron dos las noticias que en cierta forma hicieron bullir de alegría la vida sencilla y laboriosa de sus habitantes. ¿Alegría?. En verdad, fue esa la emoción que sintió el pueblo, al saber que aquella tribu salvaje de sanguinarios y "come gentes" habían sido sometidos y extirpados de sus guaridas por el poder Inka. Al respecto, la gente, urdía y tejía un sin número de proezas fantásticas del Príncipe y sus acompañantes, tal que estas noticias, no sólo quedaban allá en los remotos lugares del septentrión, sino que llegaban hasta la ciudad del Qosqo; como si poderosas y raudas alas las transportaran presurosas así, habíase difundido por todo el imperio. Aún cual fuere la naturaleza de la urdimbre social sobre este caso; el cronista, pudo percibir una relación lógica de causa-efecto, entendida más o menos en esta forma. Por donde anduvo el Príncipe y sus co-expedicionarios, habían calado hondo en el sentimiento del pueblo, no hubo, comarca o nación donde no se haya comentado tan bien de su naturaleza humana, de su templanza como luchador, de su magnanimidad, trabajo como hombre de gobierno, ni qué decir de su sapiencia como hombre de buen juicio. Hechos concretos y reales que asociados a sus misteriosos orígenes, quedaron impregnados y cautivados quizá para siempre en los sentimientos de las gentes de su pueblo. Precisamente en ese paisaje de adhesión absoluta a su príncipe, como si ésta estuviere, hilvanado por el omnipotente que maneja todo y dispone esto o lo otro de acuerdo a sus intereses; un buen día, a la hora en que los heraldos solían declamar sus anuncios de rutina, el Soberano Inka, había ordenado informar y como que en efecto se informó al pueblo, que

en ocasión de la próxima fiesta del Sol o *Qhapaq raymi*⁶⁵, cuando el Príncipe *Wayna Yupanki* y sus co-expedicionarios retornasen de su peregrinaje, se formalizaría la dimisión del actual gobernante del *Tawantinsuyu* Gran *Wiraqocha Inka Yupanqui* y en su reemplazo, se elegiría al sucesor *Wayna Yupanqui*. Con este fin, se venía en convocar al Consejo Supremo Ampliado de *Amawt'as* y a una movilización social de los habitantes del imperio para esa fecha y en *Qosqo Llaqta* o ciudad del Sol.

Esta novedad de excepcional connotación en todos los estamentos de la sociedad Inka, sin duda, era portadora de dos formas de sentir popular. La primera, una eclosión de júbilo y esperanza en la juventud, al avizorar ellos en este recambio político, un nuevo destino para la sociedad tawantinsuyana. La segunda, mensajera de tristeza y resignación de una generación de personas cuya historia de forjadores de grandes realizaciones, veíanse inexorablemente entrampados en el horizonte del ocaso generacional. Por lo mismo, una reflexión sobre la esencia y trascendencia de esta noticia que vino en infundir júbilo y a la vez tristeza, sugiere por decir lo menos, hacer un ejercicio de retrospectiva de aquello que aconteció en la no muy lejana historia de la pareja de gobernantes: *Wiraqocha Inka Yupanqui* y *Mama Chimpu Oqqllu*. Ellos, como bien relatamos en su oportunidad, desde sus juveniles veinte años, habíanse ocupado en la tarea de gobernar; y gobernar, significó, levantar a su pueblo del marasmo en las que las fuerzas de la naturaleza las había sumido.

65 Gran fiesta en honor al Sol.

En esa tarea de trabajar y perseverar, normalmente no habían tenido la ocasión de disfrutar de aquello que se llama sosiego, júbilo o alegría; particularmente para *Mama Chimpu*, el júbilo nunca existió, en tanto para el Gran Inka, la alegría costó la vida de su amada, aún así, sin pensar en la dicha personal siguió éste trabajando en acrisolar la personalidad del nuevo forjador de la eternidad, de aquel que a su temprana juventud en aras de una gran revolución, venía recorriendo el mundo. En cambio, *Wiraqocha Inka* a sus noventa y tantos años, entendía que finalmente se avecinaba el momento de retirar de sus sienes y espaldas aquella pesadísima carga de conducir los destinos de millones de seres humanos y recién quizá encuentre el sosiego que no las tuvo nunca. En otras palabras, la tristeza en el sector generacional de la población en declive, era comprender, cuán rápidamente los años había consumido sus vidas; aún así, lo más importante era que en esa ardua tarea, habían ganado tiempo al tiempo y el Imperio que dejaban, era definitivamente distinto al que los cupo recibir de la generación anterior. Esta pléyade en inflección, pese a los grandes cambios en la esencia del Estado y al inmenso cariño de su pueblo, eran ya una generación en ocaso y en muy poco tiempo, darían paso a otros hombres que tras suyo, marchaban presurosos para tomar la posta y continuar con la gran obra emprendida; esta vez, direccionado por un conductor escogido por Dios y, al mando de hombres de nueva visión y de una acción más dinámica que los antecesores. Esa, era la dialéctica de la vida.

Con lo dicho, hemos tratado de perfilar esa natural polarización de sentimientos del pueblo, frente a un hecho de singular trascendencia como fue el anuncio del recambio político. Ahora, hemos de ocuparnos de aquello que le viene aconteciendo al exponente de esta generación y a sus co-expedicionarios, quienes luego de la acción militar con los *Kañaris* y, transportando a los más de tres mil habitantes expatriados, se acercan por el litoral, con rumbo a la ciudad del Sol. Desde ya en este tránsito, han recorrido las diferentes administraciones de la región occidental o *Qontisuyu*, donde también en compañía del jefe de región *Unku Qoropuna*, visitaron las comarcas de esa jurisdicción, dejando instrucciones y recomendaciones, sobre la necesidad de mejorar la producción y productividad agrícola y otras innovaciones que incidirían en el mejoramiento de la calidad de vida de sus pobladores. Especialmente en un lugar denominado *Qolqa*, emprendieron un sin número de actividades agrícolas y culturales, dejaron además, instrucciones para que las extensas, exuberantes y fértiles tierras de aquella zona se destinasen al servicio del Inka y para ampliar la frontera agrícola, fabricasen sistemas apropiados de provisión de agua y control de la erosión de los suelos e instalasen centros de mejoramiento de plantas, almacenes de acopio y reserva. Concluida con la visita inspectiva de territorio *Qontisuyu*, prosiguieron el viaje con destino a la región sur o más propiamente a *Qolla suyu*. La travesía con destino a esta región, ocupóles treinta días de intensa caminata y resultó una de las más accidentadas de todo el peregrinaje; en el trayecto, a consecuencia del impacto de las bajas temperaturas y el cambio brusco en el hábitat, más de 350 indígenas *Kañaris* habían perecido. Pese a

estas bajas, al hollar en tierras de *Collasuyu*, fueron, acogidos con muchísima pompa y júbilo por el cabeza de región, llamado él *Tupaq Qatari* y su multitudinaria población. Luego de las fiestas de recibimiento, este *Tupaq Qatari*, informó que fuentes dignas de todo crédito, provenientes de los leales *Diaguitas*⁶⁷ de la zona austral, daban cuenta de ciertos indicios de sublevación en comarcas que correspondían a las naciones de los *Pikunchis, Araukanos, Huillichis y Chankos*⁶⁸. De modo que con el propósito de sofocar aquellos levantamientos, al mando de 12.000 combatientes debidamente pertrechados, habían emprendido el viaje hacia el sur. La operación militar, había durado noventa días contados desde la partida en *Jatun Qqilla*. En los lugares visitados, la única acción militar de trascendencia, fue con los *Chankos* y ésta, habíase dado en la siguiente forma. Unos diez a doce días previos a la llegada del Príncipe a este territorio, el Jefe de aquella nación, cuyo nombre correspondía al de *Chakori*, secundado por su pueblo, habían asesinado a la población Inka establecida en dicha nación, que ascendía a 450 personas y sus restos, los habían enterrado en cuarenta y cinco cárcavas. Para asegurar que la noticia no trascienda hacia *Qosqo*, obligaron a sus súbditos, bajo pena de muerte no comentar nada y con nadie sobre este asunto. Ese crimen, pudo haber pasado inadvertido, pero, para mala suerte de aquellos salvajes, el Príncipe y sus huestes llegaron, cuando de aquel nefasto hecho habían transcurrido sólo

67 Antiguos pueblos de la región de Chilo, agricultores y fundidores de cobre y expertos alfareros.

68 Antiguos pobladores de la parte central y continental de Chile, vivían de la pesca.

unos diez días. Cuentan que cuando ingresaron a territorio Chanko, el Jefe aquel y sus connaturales las recibieron de buenas maneras. Es más al indagar sobre el paradero del *Kuraka* o autoridad mayor y el destacamento del poder Inka, dijeron que no tenían conocimiento del paradero de tales personajes, puesto que aproximadamente unos noventa días atrás, habíanse retirado con destino a *Gosqo Llaqta* y que también desde aquella fecha, ellos vivían bajo sus propias leyes y que más bien, gracias a la llegada del Príncipe, volverían a caminar por la senda correcta. Esta explicación fue tomada como cierta por el Príncipe y *Tupaq Qatari*. Pero, dado que el objetivo de aquel viaje era una acción militar, cuando estas formalidades ocurrían en la parte céntrica del poblado, sorpresivamente todo el asentamiento de los *Chankos*, encontrábase ya sitiada, sin posibilidad de reacción militar; es más, destacamentos especializados, se habían encargado de inactivar las fortalezas o *Pukaras* de estos insurrectos. De modo que bajo control y sitio habíanse llevado a cabo aquellas conversaciones entre el Príncipe, *Tupaq Qatariy Chakori*, es más, el Príncipe al constatar la inexistencia de la autoridad constituida, había ordenado la nominación de un nuevo gobernador, nuevos instructores y dejar otro contingente para las tareas culturales. Al tercer día de estancia, cuando se estaba por formalizar los nombramientos indicados, el Comandante de la legión de vanguardia *Unku Waraka*, habíase hecho presente al Estado Mayor solicitando hablar en privado con el Príncipe y su lugarteniente. En esta audiencia, el Comandante dio cuenta de un hallazgo espeluznante que se había hecho evidente, gracias a que los sabuesos de la expedición, casi por casualidad aparecieron portando en los hocicos

sendas presas humanas; unos con bocados de brazos, otros de fémures y hasta cueros cabelludos todos ellos putrefactos y con retazos de vestimentas Inkas. Al hacer el seguimiento a los inquietos cánidos, descubrieron cuarenta y cinco fosas comunes, más o menos a una legua y media de distancia del poblado. Allí, constataron los cadáveres de las autoridades y pueblo Inka, horrendamente asesinadas casi intactos y en inicio de descomposición. Tomado conocimiento de este macabro hecho, la operación había sido muy rápida. Se dieron disposiciones de ejecución inmediata, aprehendieron al jefe *Chakor* y a más 45 allegados a éste y extremaron la vigilancia para que ningún habitante lograra escapar. Seguidamente, sin mayor comentario, ordenaron que los jefes y la población prisionera marcharan delante de la comitiva con destino a donde habían localizado las fosas comunes. En el lugar de la tragedia, el Príncipe, no tuvo otra decisión que ordenar a que toda la población de salvajes conforme habían enterrado las desenterrasen y que cada habitante mayor, tomara los cadáveres en proceso de putrefacción entre sus brazos y las condujeran con destino al centro poblado. Allí, en sus respectivas viviendas, cavaron ellos mismos hoyos en las que sepultaron los restos de los 450 hombres degollados. Cuando hubo concluido esta embarazosa tarea de desenterrar y volver a enterrar cadáveres putrefactos; el Príncipe, dispuso la realización de un sumarisimo juicio a toda los pobladores de la nación *Chanko*, cuya cantidad censada de habitantes al momento, ascendía a 4,348 personas. Esta población, exceptuándose sólo a niños habíase sometido a juicio por delito de genocidio. De las averiguaciones realizadas de aquel acto, se llegó a

determinar que el asesinato masivo, se había perpetrado de noche y al amanecer del día siguiente, antes de la salida del sol, el Jefe *Chakori* obligó a sus súbditos a enterrarlos; probaron también que quien ideó este acto genocida era precisamente el jefe de la nación y 530 soldados. Con estos antecedentes, se juzgaron y sentenciaron a los quinientos treinta genocidas a muerte pública; en tanto a los pobladores que actuaron a presión de sus jefes, por el delito de mentira y encubrimiento, destierro definitivo y su consecuente evacuación con destino a la sagrada ciudad del *Qosqa*. Finalmente, según los informes emitidos al respecto, la sentencia a los criminales, se había ejecutado en el momento y en observancia al código Inka, los homicidas y felones, eran ahorcados y abandonados a disposición de las rapiñas; esto fue lo que hicieron con *Chakori* y sus 530 allegados.

Después de aquella operación, para el retorno, el batallón expedicionario, habíase dividido en dos frentes; una columna de 3,000 soldados al mando del comandante *Unku Waraka* se dirigía con destino a *Jatun Qolla* conduciendo a los desterrados, donde esperarían al Príncipe; y, el batallón principal al mando de *Wayna Yupanki y Tupaq Qatari*, se dirigieron con destino a territorio *Araukano, Huillich y Pikunchi*. De modo que el Príncipe y su batallón central, recorrieron inspeccionando palmo a palmo todos los pueblos y comarcas del sur, felizmente sin mayor percance, salvo alguna que otra escaramuza intrascendente con pequeñas naciones que sus habitantes por holgazanes habíanse mostrado reacios y renuentes al poder Inka, a los que, sin contemplaciones, tuvieron que trasladarlos, tal que al arribar de retorno a *Jatun Qolla*,

llegaron con más de 4.000 naturales. En total la cantidad de población transportada de territorios sureños ascendía a 9.444 personas, las que en algún momento seguirían su marcha con destino a la ciudad del Sol. Ya en *Jatun Qolla*, luego de concluir con la operación sur, el Príncipe *Wayna Yupanki* y *Tupaq Qatari* optaron por enviar un emisario ante su Señor *Wiraqocha*, anunciando que después de haber cumplido en dar la vuelta al mundo, encontrabase en la ciudad de *Jatun Qolla* al mando de más de 25.000 personas entre soldados y población expatriada, para quienes solicitaba autorización de ingreso a la sagrada ciudad del Sol; peticionaba además, hospedaje y manutención. Después de diez días de la orden dada, el emisario retornaba con la autorización solicitada, más la disposición expresa del Inka, ordenando la inmediata presencia del Príncipe en no más de quince días. De modo que, sin mayor retraso, *Wayna Yupanqui*, sus expedicionarios y todo el contingente de transportados más el ejército de *Tupaq Qatari*, emprendieron el retomo con destino a la sagrada ciudad del Sol.



XIII

Qqachuna y *Choqo*, son dos poblaciones casi contiguas, establecida en las faldas de la cordillera conocido como *Apu Wanakawri* o deidad que protege a la sagrada ciudad del Sol y están localizadas en la parte sur oriental, entre los límites finales de *Qollasuyu* o región sur. Históricamente hablando, son contemporáneas con la misma sociedad Inka. ¿Y, cómo es esto?. Se preguntarán quienes no conocen la historia del *Tawantinsuyu*. Al respecto, vale la pena hacer una somera relación de lo que vino en suceder cientos o quizá miles de años atrás. Y esto, había ocurrido más o menos así. Cuando después de una de las catástrofes más aterradoras que la humanidad pudo haber conocido en su historia, ocasión en que las aguas del mar o *Mama Qocha*, presionado por algún efecto telúrico, rebalsara e inundara la tierra, casi todos los seres humanos habían perecido, pero felizmente, protegidos por nuestro Padre el Sol, quedaron en las profundas cavernas del *Titi Qaqa* o lago Titi Caca, *Tayta Manko Qhapaq Inka* y sus tres hermanos: *Ayar Awqa*, *Ayar Kachi* y *Ayar Uchu*, cada uno con sus respectivas esposas: *Mama Qqllu*, *Mama Waku*, *Mama Ipakura* y *Mama Rawa*. Después de mucho tiempo de vida bajo tierra, quiso Dios nuestro padre El Sol, que aquella

caverna se comunicara con otra similar ubicada lejos del lago y, aprovechando de aquellas grutas, caminaron bastante tiempo hasta llegar a esta que se llamaba *Paqarigtampu* o el hogar donde emerge la vida, en el que también vivieron, soterrados y apremiados por las dificultades de aprovisionamiento. Cuando esto era así, una noche, *Manko Qhapaq* o *Ayar Manko*, hermano mayor, recibe en sueños, la revelación de su padre El Sol, quien habíale hablado en estos términos: ¡Hijo mío, la tierra ha dejado de temblar, las aguas han buscado sus causes para dirigirse a los mares y los campos creados están!. ¡Es momento preciso que salgas de aquí, conduzcas a tus hermanos y busques la tierra sagrada, allí, donde forjarás la eternidad!. ¡Dejo en tus manos esta *Taqlla* o arado, con ayuda de este instrumento, irás probando tierra firme!. ¡En el lugar donde el arado se introduzca y desaparezca en el suelo, sin esfuerzo alguno, encontrarás la tierra sagrada, *Qosqo*, ombligo del mundo, allí, habrás de establecer mi aposento y al sitio donde el arado debe introducirse, la llamarás *Wanakawri* y será este lugar el representante mío en la tierra!. Luego de estos anuncios, cuando *Tayta Manko* despertó de aquel sueño, efectivamente al lado de su alcoba, encontrabase un hermoso arado de oro o *Taqlla*. *Manko*, ante esta evidencia, inmediatamente llamó a consejo de familia y en ella, socializó entre sus hermanos la revelación. Hermanos y sus proles, incentivados por esta revelación divina, pertrechados ellos, de sus escasas vestimentas, alimentos, semillas, insumos, aperos de labranza y sus animales, optaron por dejar el *Paqarina* de *Tampu T'ogo* donde eventualmente hacían su hogar, para buscar el lugar ofrecido por Dios. Desde luego, empezaron con la búsqueda de la tierra sagrada. Anduvieron días,

semanas y meses, probando por sí en algún lugar podría introducirse el arado o *Taqlla*; pero, pese a que en ese trajín, habían ubicado campos espaciosos como para establecer una ciudad con grandes plantaciones y pastos para los animales, el arado no se introducía. Caminaron probando casi todos los lugares del entorno donde creían que pudiera ser el escógido, al no lograr con el objetivo, dejaron atrás la cuenca del *Paqariqtampu* y se remontaron hacia lejanas cordilleras, cuyas aguas vertían a otras cuencas. En particular, llamóles la atención una montaña, desde donde aparentemente podíase orientar mejor y sobre todo, atalayar nuevos horizontes. Con este propósito, los itinerantes tuvieron que dirigirse y escalar tal montaña, al llegar a la cima, *Manko Qhapaq*, probó con la *Taqlla* y ésta, para sorpresa y alegría de los errabundos, se introdujo en tierra sin dificultad hasta desaparecer. Henchidos de alegría y devoción por la revelación cumplida, conforme a las recomendaciones del alto, rindieron culto a Dios y al levantar la mirada para contemplar el hallazgo prometido, delante de ellos, una inconmensurable planicie poblada de nutrida vegetación les aguardaba y desde el fondo de la floresta, por entre la filamentosos neblina que perezosamente circulaba, irguióse un arco multicolor refulgiendo intensamente, como quien llama y dice aquí estoy, ven poseeme. Y en efecto *Tayta Manko Qhapaq*, sólo pudo pronunciar: Sí, allá es. Desde aquel día, la montaña ésta donde se introdujo la *taqlla*, se llamó *Wanakawri*, *Apu* y patrón de la sagrada tierra y su distintivo, el arco iris. Como quiera que la zona recién descubierta era inculta y virgen; para posesionarse inmediatamente y hacer lo que dios había ordenado, requerían un tiempo prudencial y recursos que no las

tenían. Entonces, en esta cima, poniendo como testigo al Sol padre todo poderoso, sellaron con sus sangres el pacto de solidaridad, laboriosidad, honestidad, veracidad y hermandad como única forma de supervivencia y lograr lo que Dios había ordenado. Optaron además, por establecer su asentamiento primigenio en las faldas del *Wanakawri*; para ello, ubicaron un paraje acogedor con vista al *Qosqo*, a los que denominaron como *Qachuna* y *Choqo*. Aquí, la vida de los conquistadores transcurrió entre mucho trabajo y también inquinas familiares. La posesión de la exuberante pradera sagrada, desde el primer momento que las divisaron, había generado ambiciones entre sus hermanos. El más interesado en derrocar el patriarcado de *Tayta Manko Qhapaq* había sido *Ayar Kachi*, pero, la providencia conocedor de los pensamientos humanos, quiso que éste, olvidara en las cavernas de *Tampu l'óqo*, una de sus armas más contundentes, que con tal motivo, tuvo que volver a la caverna para recuperarla; pero felizmente, ya no volvió a ver la luz; pues las puertas del *Paqarina* habíanse cerrado para siempre; quedando *Mama Ipakura* viuda. Después de aquel castigo, la pugna por el poder y el quebrantamiento del pacto sagrado debió seguir manifestándose, que ante la renuencia insistente de *Ayar Uchu* a trabajar los campos en forma solidaria, en las alturas de *Qachuna*, una ráfaga de los rayos del astro Dios, la transformó en un solitario árbol de roca que perdura hasta hoy, como testimonio del pacto no cumplido. Quedando también viuda *Mama Awa*. La historia de *Ayar Awqa* cuarto hermano, fue distinta; éste, era un hombre de bien, por cuya razón *Manko Qhapaq* o *Ayar Manko*, habíale confiado la tarea de marchar a la vanguardia y explorar por sí, más allá de las montañas, existían algunas

formaciones humanas ajenas al Clan que podían hacer peligrar la misión encomendada por Dios. Efectivamente, luego de varios días de intensa caminata por cumplir aquella misión, encontró infinidad de seres humanos en estado retrógrado y en asecho hacia los recién llegados; su aguda inteligencia, fortaleza y destreza en las armas, hizo que exterminara a gran parte de aquellos salvajes, pero, concluida sus continuas refregas, compulsando la realidad y convencido que su hermano *Manko* sólo, ante las asechanzas de aquellos cavernícolas, estaría imposibilitado de concluir con la tarea encomendada, impetró al Dios Sol, rogando que mientras ellos puedan defenderse por sí solos, le diera la oportunidad de ser el guardián y vigía de *Manko Qhapaq* y su futuro pueblo. No bien había escuchado su pedido, el Padre Sol, de pronto aparecieron en el horizonte una infinidad de hombres salvajes quienes atacaron sin contemplaciones al héroe, tal que humanamente le era imposible sobrevivir de aquella emboscada; pero, la templanza de guerrero y las fuerzas de su indomabilidad se apoderaron de él, que rápidamente escaló y se posesionó en una colina, donde a vista y asombro de miles de sus atacantes, se transfiguró en un gigante y ubicuo guerrero que con grandes estragos y estruendos telúricos exterminó a sus enemigos, para finalmente, transformarse en la cordillera más alta del imperio al que después, la denominaron *Awqanqall* o el expurgador del enemigo. Quedando también viuda *Mama Waku*.

De modo que después de estos incidentes, *Manko Qhapaq*, quedó ungido como el primer Inka, fundador de la dinastía de los hijos del Sol, patriarca, hermano y esposo

de sus cuatro hermanas; quedando establecida la *Panaka*⁶⁹ real perentoriamente en las parcialidades de *Choqo* y *Qachuna*. En *Choqo*, nació el primer hijo de *Manko* en *Mama Ogtlu*, al que le llamaron *Sinchil Roqqa*, quien después, se casaría con *Mama Qoltama I*, princesa de otro poderío y, a la muerte del grande *Manko Qhpaq Inka* fue ungido como el segundo Inka. En *Qachuna*, nació la primera *Nust'a* o princesa *Ch'añan Qori Kuka*, hija de *Manko* en la aguerrida *Mama Waku*. En resumen, en estas dos comarcas, procrearon las primeras *Panakas* y dieron origen a los diez grandes *ayllus* o familias reales. Con ellas y ellos, fundaron la sagrada ciudad del *Qosqo*, estableciendo dos grandes dinastías los de *Hanan Qosqo* o la dinastía de los de arriba y *Hurin Qosqo* o los de abajo, conformado por diez familias o *Ayllus*: *Chawin Ayllu*, *Arayraka Ayllu*, *Tarpuntay Ayllu*, *Waqqaytaki Ayllu*, *Sañuq Ayllu*, *Sut'iq Ayllu*, *Maras Ayllu*, *Kuykuyisa Ayllu*, *Maska Ayllu* y *Uru Ayllu*. De tal forma que en *Choqo* y *Qachuna*, nacieron los ancestros del príncipe *Wayna Yupanki* y también, las más hermosas como aguerridas mujeres del imperio Inka. En particular *Choqo*, fue cuna de una bella niña llamada ella *Anawarki*, nació del matrimonio de *Kilaku Inka Yupanqui*, hermano muy menor del emperador con doña *Qqori Qqoyllur*, hermana también del Inka. *Anawarki*, hablando cronológicamente, era contemporánea con *Wayna Yupanqi*, es más, allá dieciocho años atrás, *Qqori Qqoyllur*⁷⁰, al tomar conocimiento del embarazo de *Mama Chimpu*, como tantas otras señoras en edad de procrear

69 Dinastía de los hijos de un padre en sus cuatro hermanas.

70 Estrella de oro.

habíale anticipado a la hoy finada, diciéndola: ¡*Mama*, sea para compañero o servidora de nuestro futuro Inka, también estoy gestando y vengo pidiendo en cada instante a los *Apus* que nuestros bebés nazcan sanitos, fuertes y el mismo día!. Y en efecto nueve meses después, trabajo de la providencia o mera coincidencia, se supo que el nacimiento de *Anawarki* y el del príncipe *Uña Yupanki*, fueron casi a la misma hora de aquel día, con la diferencia de que la niña, nació en *Choqgo* y el niño como perfectamente informado está el lector, en palacio de *Tampukancha* de la sagrada ciudad imperial. Ocurrido lo que ya conocemos con *Mama Chimpu*, como primera medida después del deceso, mandaron transportar de *Choqgo* a la parturienta *Qqori Qoyllury* su niña con destino a Palacio. Desde entonces, hasta casi los tres años de edad, compartió la leche materna con su hija y el príncipe.

Anawarki y *Uña Yupanki*, crecieron y compartieron el mismo regazo en su primera infancia; hasta los diez años, prácticamente recibieron la misma enseñanza, salvo aquellas muy propias y reservadas para la naturaleza de cada género, en las que tanto la niña como el Príncipe, no podían tener acceso. A los quince años, como era de esperar, vino la primera desintegración de la vida infantil. *Wayna Yupanki* como bien nos consta, dejó la *Wara* y emprendió su peregrinaje por los confines del mundo Inka, en cambio *Anawarki*, no bien lo cambiaron la *Wara* por la *kikuchi*⁷¹ o ropa de mujer joven, fue ingresada al palacio de las hijas escogidas del Sol o *Aqllay Wasí de Karmenqqa*, como *Aqlla* o escogida. La vida desde aquel día, para

71 Ropa de mujer que se cambiaba a la doncella no bien venía el primer flujo menstrual, a la acción, llamaban *kikuchikuy*.

Anawarki como para tantas otras doncellas, discurrió en una rutina de culto al padre Sol, a las deidades y las enseñanzas propias para una mujer escogida; vale decir, hilado, tejido, prácticas de cocina, modales y administración del hogar.

Gracias a su aguda inteligencia y a otros dotes especiales, *Anawarki*, descolló como la mejor de las doncellas administradoras de hogar; en las artes, ni qué decir, resultó una eximia en hilados, tejidos y trenzados.

Si bien el destino de las escogidas en retiro casi perpetuo, eran conocidas; podían ellas ser destinadas al servicio del Sol y entonces, esperaban vírgenes su final, podían también ser esposa del Inka, siempre y cuando sean de la sangre real o, ser recluidas como matronas para realizar tareas especiales de culto y apoyo a la esposa del Inka y morir de viejas. Estos predestinios a *Anawarki*, no le había importado casi para nada; desde el primer día de su retiro, habíase propuesto manufacturar en el menor tiempo posible el hilado más fino, el matiz más sobrio y tejer las labores más complicadas que mujer alguna del Imperio pudiera hacer. Ese propósito por lo visto, rápidamente las había cumplido, en solo el primer mes de su reclusión: hiló, matizó, urdió y tejió dos hermosas fajas o chumpis gemelas de sobrios y atractivos colores con labores alusivas al amor lejano; las labores graficadas en el tejido, mostraba un Cóndor en pleno vuelo y una torcaza enjaulada. Esta obra maestra, le fue entregada como regalo al anciano *Wiraqocha Inka Yupanki* por la Matrona mayor de la Casa de las escogidas. Al respecto, cuentan que el Inka, cautivado por el prodigio aparente del arte, había ordenado que se presentara la autora de tales

alhajas. La sorpresa para el Justiciero Inka, debió ser reconfortante, al ver que quien se acercaba a pie puntillas como autora de aquellas joyas textiles, era su hermosísima sobrina, cuasi hija, *Anawarki*. Previa a la entrevista con su Majestad, ella, en estricta observancia a los protocolos, no sin antes de postrarse ante su Señor, habíale dicho: A su orden mi gran Señor *Wiraqocha Inka Yupanki*. Al respecto el soberano, sin disimular su paternal asombro, también habíale preguntado: ¿Oh, *Anawarki*, estos dos *Chumpis* -mostrando las dos hermosas fajas- son obra suya?. Sí mi señor, son gemelas- habría dicho la jovencita- Las hilé, maticé y tejí la una, para su Majestad Gran Inka y la otra, para mi Señor *Wayna Yupanki*. ¿Podría tener el honor de que esa prenda llegue a manos del Príncipe?. ¡Cómo no!. Habíale contestado solícito el Inka. ¡Te prometo que ésta y las otras que presumo se harán, llegarán a su destino; pero antes,- había recalcado el Inka-, te suplico ya no os ocupéis en mí, en su oportunidad ya las hubo alguien!. Seguidamente, el Inka, sin escatimar su alegría paternal, puso esa mano acariciadora sobre la negra cabellera de la joven y dijo: ¡Me alegro que esto sea así, vuelve a tu centro y siga trabajando!.

Los días y meses, pasaron uno tras otro, *Anawarki*, siguió trabajando en sus artes. Concluía una y empezaba otra, enviaba las prendas que creía necesarias a su príncipe y el saldo de su tiempo, las pasaba en sus quehaceres de rutina. Por su parte *Wayna Yupanki*, desde lugar donde se encontraba, retornaba también con los mensajeros, regalos y recuerdos que significaban aprecio y cariño. Si bien aquellos presentes intercambiados desde la lejanía con mucho amor, eran portadores de los

sentimientos concretos más puros de ambos jóvenes, lo más trascendente para *Anawarki*, era saber con exactitud y de primera boca sobre la salud, el estado de ánimo y demás dificultades que pudieran estar enfrentando su Príncipe y sus coetáneos en el lugar donde estuvieren. Como estos detalles, se podían citar muchos; ella, fue quien convenció a la Inspectora del palacio de las escogidas, para que también las demás doncellas escogidas, pudieran participar en la fabricación de la vestimenta militar. Iniciativa que por cierto, previa congratulación del Inka, la hicieron ley. Desde aquella ocasión, vestimentas manufacturadas en el palacio de las escogidas de todo el imperio, eran remitidas con destino al lugar donde se encontraba el ejército. *Anawarki*, desde la realización de aquella oportuna iniciativa, prácticamente en Palacio de las Virgenes del Sol, se constituyó en lugarteniente de la Inspectora General, encargada en dirigir y supervisar las tareas cotidianas de sus colegas doncellas. Visto así, si el príncipe, sus expedicionarios y los guerreros acompañantes, en los tres años que vino en durar la expedición, visitaban, adiestraban e incorporaban a pueblos pacíficos o sometían a los renuentes y revoltosos; en la capital del Imperio, la princesa *Anawarki* y sus asistentes, tampoco quedaron en la zaga, fabricaban: mitones, gorras, camisones, bolsos, mantos, en fin, cuanto desde lejos requerían los expedicionarios y luchadores. De modo que, la industria de la guerra, no sólo significaba valentía, muerte, sacrificio y heroicidad de los combatientes en los campos de batalla; también era el esfuerzo de aquellas finas manos y exquisitos gustos de las miles y miles de damas trabajadoras, como también de aquel agricultor que con sus vigorosos músculos y callosas

manos arañaba la tierra y lograba los más nutritivos frutos o, de aquel otro artesano, que con su acucioso ingenio forjaba los más sutiles artefactos de guerra.

Estando así las cosas, la convocatoria al recambio en el mando del imperio y el anuncio del próximo retorno del Príncipe *Wayna Yupanki*, había cambiado substancialmente la dinámica cotidiana tanto de la princesa *Anawarki*, como en el entorno de toda la sociedad Tawantinsuyana. *Anawarki*, por imperativo de las leyes a las que están sujetas todo ser humano y a este otro imperativo, que norma sólo sus sentimientos, sabía que, cuanto más se acercaba el recambio y el retorno de su príncipe, tanto más se aproximaba también cambios determinantes e irreversibles en su vida personal. Esta convicción, en el plano concreto, definía que pronto se haría Reina o *Goya*, esposa del nuevo Inka; como tal, ella no podía esperar ese momento con los brazos cruzados, por el contrario, tubo que doblegar esfuerzos y realizar lo que a juicio de ella debiera de hacerse. Por ejemplo, en una reunión entre los familiares y dignatarios de la elite imperial, al tratar de los asuntos relacionados a la vestimenta y alimentación del futuro Inka, *Anawarki* les había manifestado y recalcado indicando que: Quiso Dios nuestro padre El Sol y la Madre Tierra, que sea yo la esposa del Hijo del Sol; entonces mi Inka, mi Señor, mi esposo, mientras manos tenga yo, no se alimentará ni vestirá con manufactura que no sea la mía, la de su esposa. De modo que ocúpense ustedes, en preparar los menesteres que corresponde a vuestro género y yo a lo que por derecho

me corresponde. Decisión ésta de la princesa, preocupó y perturbó a quienes en las cortes tenían la ocupación exclusiva de preparar los alimentos y vestir al nuevo Inka. Esta determinación, trastocaba lo establecido, pues las costumbres y rituales obligaban que el Hijo del Sol, no podía vestir sino, con telas y trajes, trabajadas por eximias hilanderas, tejedoras y modistas del imperio. Es decir, de aquellas doncellas viejas, quienes prácticamente toda su vida, las habían pasado hilando, urdiendo, tejiendo y fabricando ropas de lo extremadamente finas para vestir a su Señor. Del mismo modo tampoco podía alimentarse sino, de los potajes y dietas exclusivamente preparadas por cocineras que durante años, habiéndose ocupado en la alimentación del Inka. Esta vez *Anawarki*, desafiaba a estas eruditas de la calidad. ¿Presumía o estaba segura de ser mejor que aquellas expertas?. Cual fuere la situación, dejando atrás las "presuntuosas pretensiones" de la princesa, los encargados siguieron realizando sus funciones, sea seleccionando los mejores hilados y tejidos para ser utilizados en las prendas del Inka, como probando y catando los más sabrosos potajes y vinos que gustaría al soberano. Pero, cuando los encargados de estos asuntos, en sus afanes de seleccionar las prendas más apropiadas, procedieron a elegir los mejores trabajos que las doncellas habían preparado para su Señor; la sorpresa fue grande, todos aquellos trabajos seleccionados friamente correspondían a la manufactura de *Anawarki*. Este hecho, sin mayor comentario, hizo concluir que efectivamente *Anawarki*, era la mejor hilandera, tejedora y confeccionista de todo el Imperio; ella, por su propio mérito, había logrado el derecho exclusivo de vestir y alimentar a su futuro esposo. Aún así, las funciones de

una futura reina, no sólo se circunscribían a alimentar y vestir al Inka, sino también, poseer capacidad para procrear y criar hijos, administrar el hogar, la beneficencia y demás menesteres que obligan a ser madre ejemplar de todo un imperio y esposa del hijo del Sol. Sin duda estas facultades, la princesa, en su continuo contacto con su pueblo, las había demostrado con hechos palpables y en todas ellas, fulguró como la mejor mujer. Es más, después de aquella selección de las mejores vestimentas para su Señor, se concluyó que la mayoría de los trajes e insumos, no correspondían a la factura de las expertas de siempre, sino, a doncellas coetáneas y seguidoras de la joven *Anawarki*. Estas conclusiones, por muy simples que parecieran, habían generado prácticamente una revolución en los círculos de la corte imperial, era el avance generacional. Aquellas doncellas, secularmente esforzadas y eximias en estos asuntos, por el propio peso de sus habilidades y destrezas que declinaban, se hacían a un lado ante el paso inexorable de las siguientes generaciones. Se preludiaba el ascenso de una nueva y joven Reina esposa de aquel otro que a su paso, también revolucionaba su entorno; era lógico que la sociedad humana, para seguir su curso, tenía que reciclar sus actores y en ese reciclaje, las generaciones en declive caían como hojas secas del otoño. Era el trabajo silencioso de la dialéctica.

Después de salir de aquellos atavíos de la costumbre, la Princesa *Anawarki*, estructuró su propio entorno de doncellas, con quienes desde su momento, bajo dirección y supervisión suya, se dedicarían a exclusividad no sólo en brindar un entorno de amor y tranquilidad de hogar a

su Señor Inka, sino también, en ofrecer las condiciones materiales, sociales, espirituales y emocionales apropiadas, que permitan al futuro emperador dedicarse con todas las fuerzas físicas, emocionales y sapiencia a gobernar su basto pueblo.

Para emprender esta ardua tarea, las doncellas seleccionadas tenían definidas y precisadas sus funciones; unas, que se dedicarían a preparar y adobar alimentos para agradar los más delicados gustos de su Gran Señor; otras, en vestir a su Inka con las prendas, exquisitamente hiladas, matizadas y tejidas en armonía a las más rigurosas y sofisticadas exigencias de la ritualidad y preferencias de sus Señor. Aquellas otras talentosas en administrar despensas, criar niños, promover el deporte, la danza y la música, mantener el orden y la limpieza, atender enfermos, minusválidos y ancianos. En suma, todo aquello que a una Reina le correspondía hacer, para dar felicidad al Inka y su pueblo, *Anawarki*, las había previsto.

Cuando el príncipe *Wayna Yupanki* al mando de sus huestes, anunciara su llegada desde *Wanakawri*, como más adelante se dirá, la princesa, en previsión de lo que vendría en ocurrir con el recambio político, las tenía perfectamente organizadas y coordinadas. Así, la delegación de escogidas encargadas de dar el brillo y majestuosidad al recibimiento, preparar las alfombras de flores, guirnales y la lluvia de pétalos, el coro de jovencitas exquisitamente trajeadas que entonarían cánticos de bienvenida y prever otras eventualidades como el acto culminante de bienvenida, encontrabanse rigurosamente organizadas y sincronizadas por ella.

XIV

Aquella vez cuando *Wiragocha Inka Yupankien Yukay*, tratara confidencialmente con *Suntur Pawqar*, sobre sus reveladores sueños; no sólo había dejado dispuesto las pautas para la transferencia del mando en el imperio, sino también, ordenó que lo que quedaba de su periodo gubernativo, las pasaría en un lugar al que él, denominó como *Jhuch'uy Qosqo* o réplica en tamaño menor de la ciudad del Sol. Como tal, el anciano, había exigido que inmediatamente, procedieran a ubicar el lugar y se construyera allí, su última morada, claro está en cumplimiento a las revelaciones de su padre. Al respecto, por la forma súbita como fue impartida el encargo, entre las personas encargadas de cumplir aquella orden, prácticamente causó desconcierto y preocupación; pues lo menos que pudieron hacer, fue preguntarse entre sí: ¿Dónde y cómo se ubicará el lugar indicado?. ¿*Jhuch'uy Qosqo*? ¡Réplica en escala menor de la sagrada ciudad del Sol!. Era la expresión ofuscada de asesores y técnicos que se encargarían de construir la ciudadela. Si la orden había emanado del Inka, averiguar la ubicación, características espaciales, climáticas, visuales, urbanas y constructivas que habría de tener el paraje escogido, era acudiendo al mismo gobernante y en efecto, eso hicieron.

Fue el propio Inka, quien escuetamente y sin mayor preámbulo, esbozó la ruta de cómo se ubicaría el lugar en el que más adelante se edificaría la réplica de la ciudad del *Qosqo*. Al respecto, había dicho: Para empezar, viajando de *Yukay* con destino al sur-este, haréis primero, una caminata larga y tendida por las orillas del río *Willkamayu*, luego, ascenderéis una cuesta empinada, al concluir ésta cuesta, encuéntrase una pequeña terraza de aire fresco, ornada de exuberante vegetación muy propia para dar cobijo a cansados y extenuados. Contiguo a esta terraza, encontraréis también una fuente de agua limpiada y cristalina que bulle del subsuelo y se dirige aguas abajo para terminar en una catarata bulliciosa. Desde esa alegre terraza -aclará el anciano- se divisa todo el valle sagrado; es más, casi en el enfrente, veréis una larga e interminable cordillera, en las que imponentes sobresalen las matronas de la productividad *Sawasiray Mama* y *Pitusiray Mama*. Allí, os encontraréis *Jhuch'uy Qosqo*. Había dejado, establecida la ruta y con cuyas pautas, los comisionados, habíanse diseminado en lo ancho y largo del valle sagrado para ubicar e identificar el lugar. El propósito era edificar allí, la ciudadela réplica de la sagrada ciudad.

Pasados treinta días de intensas caminatas y búsqueda en la zona sugerida, comisiones tras comisiones, presentaronse ante el Inka, cada cual, asegurando haber ubicado el paraje. Para verificar si en verdad se trataba del lugar precisado, el propio anciano, tuvo que desplazarse a los supuestos sitios detectados; lamentablemente, ninguna de las comisiones pudo dar, pese a que todo el valle, habíase peinado paraje por paraje.

Aún así, alguna razón poderosa tendría el Inka para seguir insistiendo en su búsqueda, nuevamente ordenó que otras tantas, hicieran el rastreo final. Los resultados, igualmente fueron infructuosos, nadie pudo ubicar. Hurgado por estas ingratas noticias, el Inka, dio por finalizada la búsqueda de *Jhuch'uy Qosqo* y en su lugar, establecería su residencia final en otro sitio paradisíaco llamado *Chincheru Tampu*. Cuando así marchaban las cosas, un buen día, hizose presente en el Despacho, un extraño hombre entrado en años, alto y fornido, procedente de los *Qosqo Ayllus*⁷². Personaje éste, aprovechando la afinidad aparente con el linaje Inka, pudo ingresar libremente a Palacio y entrevistarse con el anciano monarca. En la entrevista, el extraño hombre, habíale abordado a su majestad el tema de *Jhuch'uy Qosqo*, asegurando que él, conocía exactamente el lugar señalado para la ubicación de la nueva ciudadela y si su excelencia así lo permitiera, en el instante, la conduciría por el camino correcto hasta el lugar preciso. El Inka, al escuchar esta propuesta, escrutó minuciosamente la personalidad de su eventual interlocutor y, eximio conocedor de la calidad de las personas por las facciones externas, sin mayor comentario que lo dicho, tomó la palabra del extraño hombre e inmediatamente emprendieron el viaje rumbo al supuesto *Jhuch'uy Qosqo*. La caminata al principio, resultó llana y tendida, trajinaron casi a orillas del *Willkamayu* o río vilcanota. Conforme había perfilado el derrotero con sus propias palabras, una cuesta muy empinada les esperaba y ascendía hacia una pequeña meseta o terraza.

72: Antiguos pobladores de la actual ciudad del Cusco, sobre los que se fusionaron el linaje de los Inkas.

Empezaron con el ascenso de la cuesta y a medida de cómo iban avanzando, el anciano monarca, a la par que caminaba, en su mente, iba aunando cabos sobre la aparición de este extraño hombre, que delante suyo caminaba de guía. En este trayecto, tres hechos muy singulares y raros venían perturbando su pensamiento, es más, se le vino a la cabeza, un torbellino de dudas, sobre si esto que experimentaba, era realidad o un sueño premonitorio más. No bien esta sensación parecía apoderarse de él, el guía aquel, cual si desde la delantera controlara sus pensamientos, volteaba y mostraba el rostro de leal compañero, como quien hace recordar a su Señor, que ésta, era realidad más no un sueño y como que en efecto, el anciano caminante, para reafirmar la certeza de la situación, miraba su entorno y constataba que en verdad, allá atrás se encontraba su Palacio en *Yukay* con los fieles de carne y hueso cada uno haciendo lo suyo y más aquí, en *Suntur Wasi* o la casa sagrada, las vírgenes del Sol venían trabajando y en las sementeras contiguas al camino, recios labriegos armados de sendas *Chakitakllas* o arados de pie, luchaban con malas hierbas, guljarros y pedrones.

Ahora bien, como el cronista líneas atrás, hizo referencia a tres situaciones que perturbaban el pensamiento de nuestro monarca, es prudente referir y resumir aquellos hechos perturbadores. La primera sensación que hizo cavilar al anciano *Wlraqocha Inka Yupanki*, fue la facilidad con que el extraño hombre llegó a su encuentro y la confianza casi absoluta que él había depositado en las palabras de aquel que ahora, hacía de guía; jamás el Inka, estilaba escuchar una noticia y de

inmediato embargarse de emoción e ir en busca de ella. La segunda, estaba relacionado con el camino por donde iban avanzando; la senda ésta, larga y zigzajeante le era muy familiar, las curvas, obstáculos, arbustos y matorros que circundaban la vía, absolutamente conocidos por él, al extremo que podía llegar a *Jhuch'uy Qosqo* sin el apoyo del guía aquel. Haciendo memoria de su vida real, nunca antes, había caminado por estas rutas; pero entonces, se preguntaba él: ¿Cómo es que recuerda hasta el último de los detalles de esta senda?. La tercera cuestión que vino hurgando su pensamiento, estaba relacionada con el mismo guía; éste, que sin mediar palabra alguna con el Inka, ni mirar atrás desde que partieron del palacio en *Yukay*, salvo para recordarle al soberano, que este viaje no era un sueño, avanzaba a pasos firmes y tras él, el Inka, cual un adolescente a brincos seguía a su acompañante, pero, a medida que el hombre avanzaba, en momentos, veía que el guía, no era el extraño hombre aquel con quien había entablado conversación y a cuyo ruego se encontraba en este viaje, sino, su finado padre el *Inka Yawar Waqqaq* en sus años aurorales haciendo de guía. Cuando el anciano Inka pretendía o estaba a punto de llegar a estas conclusiones, el guía, como adivinando aquellos pensamientos, volvía la cara y la realidad se mostraba en forma normal. Pese a lo dicho, el *Inka Wiraqocha*, al parecer en estado de subconciencia acompañado de su "guía", siguió escalando la cuesta con destino a la terraza. Esta vez, la cuesta debió ser muy empinada que casi a duras penas y excesivamente fatigados, habían llegado a la meta. Al llegar, extenuados por el cansancio, antes de descansar el Inka Rey, escuchó en la voz gruesa de su guía o padre, decir: ¡Oh, gran Señor

Wiraqocha Inka Yupanki, he aquí *Jhuch'uy Qosqa*, su morada final. ¡En este lugar, concluye su viaje!. Dicho y escuchado, los dos acercáronse al fondo de la planicie donde un manantial de chorro grueso y cristalino, delataba su presencia. Las aguas frescas de este manante, aplacó su sed. El cuerpo sediento y cansado, no resistió más, habíase quedado dormido. Al despertar el Inka de aquel reparador sueño, que debió ser solo un instante o quizá más, dióse cuenta que efectivamente se encontraba sólo y de bruces a orillas de un hontanar, cuyas bulliciosas y cristalinas aguas vertían hacia una inmensa catarata. La intensidad de los bramidos de esta catarata, devolvió al hombre a su realidad. Repuesto de sus fuerzas físicas y emocionales extenuadas por aquella empinada cuesta y las alucinaciones conocidas por nosotros, lo primero que buscó en la terraza, fue al extraño hombre para agradecerle por tan noble apoyo, pero el extraño hombre no se encontraba. Al no ubicar en la planicie, buscó entre los matorrales y allí localizó. Al localizarlo bien, esta vez precisó que aquella persona, no era el extraño hombre aquel con quien había logrado escalar a *Jhuch'uy Qosqa*, sino, su finado padre, quien sentado y sonriente en el trasluz del filo de una tomada, tremolando su larga cabellera con el viento, hacía señas para que se acercara. Convicto de su sano juicio, sereno y obediente, sin perder de vista ni un instante al perfil de su padre en la loma, fue al encuentro. El anciano, al percatarse que a la distancia esperábele su padre, una emoción muy propia de niños, debió haberle invadido a sus sentimientos, que de sus orbitas rugosas, casi secas, empezaron a resumirle lágrimas y, seguro de ser estrechado en los brazos de su progenitor, corrió a bríncos con destino a la loma. Al llegar,

la realidad era otra, aquel risueño y querendón perfil, no era otra cosa que el voluminoso racimo de una bromeliácea, que en el perfil de la loma, cual un péndulo en su eterno vaivén jugaba con el viento. Cuando hubo ocurrido esto, el hombre, desilusionado quizá impregnada de esa emoción filial frustrada, corrió de aquí para allá, tratando de encontrar por allí a su padre, pero, nada de nada. Entonces, se detuvo un momento y sentóse en el mismo filo de aquella loma donde instantes atrás, creyó haber visto a su difunto padre. Hacía esto probablemente, para hilvanar sus pensamientos y asociar o disociar hechos normales y paranormales que venían ocurriéndole en estos últimos días.

Por lo visto, sus cavilaciones habrían extractado conclusiones firmes sobre la situación, que al poco rato, levantó la cabeza y miró a su redor para dejar su asiento, sí a ello podemos llamar asiento. Caminó con destino a la terraza, allí, inspeccionó el hontanar cristalino y bullicioso, los helechos, heliotropos y de más vegetación que ornaban a la fuente. Recorrió también paso a paso los contornos de la terraza, observó la atrevida catarata con sus aguas blanquísimas y pulverizadas en el precipicio. Caminó un poco más adelante hacia un mojón, este, era una suerte de mirador. Desde este mojón, pudo contemplar allá en la banda la ronda sagrada de blancas montañas que desfilaban en la lontananza, en las que casi al enfrente, imponentes y majestuosas sobresalían *Sawasiray Mama* y *Pitusiray Mama*, cubiertas ambas de nieve perpetua, en cuyas entrañas también, *Mama Chimpu*, su esposa como recordará el lector descansaba en paz. Bajó la vista y divisó

hacia el sur, allí en el fondo, constató cómo los *Kuyus*⁷³ labraban las tierras en los andenes de *Pisag*, obra ésta, que mandara fabricar en tiempos de hambruna; es más, desde aquel mojón, pudo percibir todos y cada uno de los centros poblados y tierras agrícolas del Sol, localizadas a lo largo y ancho del Valle Sagrado. Es decir, desde *Kuyu* hasta *Tampu*. Con estas evidencias reales y concretas, vividas personalmente, el anciano monarca, por sobre todas las consideraciones científicas que se tenga respecto a estos temas, comprobó que los hechos visionados hace noches en sus sueños y que el cronista ya relató en su oportunidad, se hacían realidad.

En verdad, se encontraba en el *Paqarina* o donde nace la vida, denominada por él, *Jhuch'uy Qosqá*, allí, como alguien dejó dicho, se acondicionaría la última morada en vida, del Gran *Wiraqocha Inka Yupanqui*. "La fábrica de esta ciudadela, no se hará en largo plazo, sino, tan presto como se pueda". Concluía el Inka en sus adentros. En efecto, no bien hubo terminado en ordenar y relacionar sus vivencias oníricas pasadas con los hechos concretos mostrados por la realidad. Aún sentado en aquel mojón o mirador, como si su mente tuviera la capacidad de movillar personas y objetos a distancia, de pronto, vio que por la senda, poco antes transitado por él y su guía, un batallón de personas comandadas por el sacerdote *Suntur Pawqar*, provistas de sendas y diversas herramientas de ingeniería y construcción, escalaban hacia la terraza. Ellos, traían consigo de cuanto era necesario para establecer un asentamiento humano. Quien guiaba esta comitiva de

73 Nación Inka asentada en una microcuenca tributaria al río Vilcanota, es conformante del Valle Sagrado de los Inkas.

obreros, era precisamente el mismo extraño hombre aquel, que anduvo con él hasta pocas horas atrás. En verdad la presencia ubicua y enigmática de aquel personaje en el escenario, llamó la atención del anciano Inka, ya que a pesar de sus sobrias conclusiones, este asunto quedaba aún sin explicación racional. Al respecto, el propio Inka intuyó una explicación racional y dedujo que al llegar a la terraza casi en estado de subconciencia y antes de su placentero sueño, debió haber ordenado que el guía, bajara a *Yukay* y comunicara del hallazgo de *Jhuch'uy Qqosqqa* a *Suntur Pawqqaq*, para que a su vez éste, ordenara a venir con todo lo necesario para empezar la construcción de la obra. Cuál pudo haber sido la situación de aquel guía, que en ratos hacía de extraño hombre y en otras de padre del Inka, lo cierto es que, este personaje se mantuvo siempre presente y casi con suprema autoridad en todos los actos importantes del proceso constructivo hasta su conclusión y porque no decir también después. El propio Inka, ni otra jerarquía, tuvieron la curiosidad o el valor de preguntar e indagar con precisión, quién y de dónde era. Pero este asunto dejemos para más adelante, ahora, volvamos a nuestro Inka quien se encuentra parado en el mirador, esperando que el batallón llegue a su encuentro. El batallón de personas, llegó, el primer hombre en postrarse y reverenciar al monarca fue precisamente el extraño hombre-guía, quien con la sumisión de un cabal ciervo dejó dicho: Orden cumplida mi Gran Señor. Luego, *Suntur Pawqqaq* hizo lo suyo y al mismo tiempo, dio cuenta que para la fábrica de la ciudadela había movilizadó cuatro

mil braceros entre *Mitmas*⁷⁴, *Yanakunas*⁷⁵ y *Llaqta runas*⁷⁶, además, dos mil picapedreros, sesenta supervisorés o *Tukuy Rikuqs*, veinte agrimensores, diez Ingenieros constructores, doce Ingenieros hidráulicos, cuatro Arquitectos, trece Litoingenieros y finalmente, setecientas matronas para la preparación y atención alimenticia de los trabajadores.

Después de este informe, más de siete mil personas entraron en acción; pero antes, fue necesario organizar y distribuir en brigadas de trabajo, quienes como primera tarea, procedieron en acondicionar sus campamentos en lugares aledaños a la terraza donde se establecería la ciudadela. Al atardecer de aquel día, más de setecientas precarias viviendas -chozas o ramadas- adheridas a los escarpados, faldas y laderas de los cerros contiguos a la terraza fueron concluidas. La jerarquía Inka, incluyendo exepertos en todas las ramas, tampoco quedaron en la zaga; ellos, en un taller de trabajo dirigidas por el propio *Wiraqocha Inka Yupanki* reunidos en el mojón o mirador que nos es ya familiar, habían concebido y diseñado la ciudad. El propio Inka, tomó en sus manos el asunto y esbozó los trazos correspondientes. Ubicó el lugar de su morada, la toma de agua, los espacios abiertos de encuentro donde edificarían el adoratorio o *Inti Watana*, los salones de culto y retiro, viviendas del Inka y de los miembros cercanos al Inka, la casa de las escojidas, campamentos para el ejército, el torreón de control o *Pukara* que fue ubicado en el mismo mojón donde las

74: Extranjeros o gentes transportadas de otros territorios.

75: Extranjeros sometidos como siervos.

76: Hombres del pueblo o la nación Inka.

tenemos planificando y sobre todo, campos de cultivo y andenerías para la agricultura, lo suficientes como para sostener a la familia real.

Cuanto hasta aquí se relata, se produjo en sólo un día, tal que al declinar el sol por el horizonte, las tareas programadas para aquel día, estuvieron ya concluidas. Al día siguiente, comenzó el flujo abigarrado e inusitado de trabajadores. Pero antes de acampar, las más de siete mil personas, se congregaron en la terraza, para rendir culto y ofrenda a la Tierra por haber hollado y asentarse próximamente en su sagrado recinto. Desde el mojón aquel, el anciano Inka, secundado por el sacerdote *Willaq Uma Suntut Pawqar*, procedieron con el ritual de adoración a la madre tierra y ordenaron a los fieles se postraran a ras del suelo; mientras ellos, con extrema devoción, pronunciando estas palabras: ¡*Pachamama* Santa tierra, perdona a tu hijo por hollar y mancillar tu santa superficie!. ¡Ruego a tus entrañas paz y buenos frutos para tu hijo que en sus últimos días se asentará sobre tu sagrado recinto!. Madre mía - con un ósculo sobre la tierra removida, el sacerdote, dejó caer una remesa al profundo hoyo- recibe esta humilde ofrenda que contiene la propia existencia de tu hijo aquí presente, como prueba de fidelidad, respeto, cuidado y cariño a cuánta creatura cobijas!. Dicho aquello, el Inka y *Suntut Pawqar*, levantaronse de la posición ritual y ordenaron a los fieles que hagan lo propio. Cuando hubo concluido esta ceremonia, eran ya de noche, la madre luna posada en la bóveda por encima del perfil de las cordilleras, proyectaba su luz fría, segmentando la noche en dos; ésta de aquí, donde sus hijos rendían pleitesía a la tierra, tenue y

plateada; la otra, la del enfrente, negra y umbría. Bajo esa penumbra plateada, como corolario de la tarea de aquel día, el anciano *Inka Wiraqocha Yupanki*, dejó establecidas las pautas que desde el siguiente amanecer, todos los días, trabajarán cada uno en las tareas de su especialidad. Claro está que tomada las notas necesarias de lo dicho, cada uno de los fieles incluidos el Inka y su séquito, se dirigieron a pernoctar en sus respectivos campamentos.

Al siguiente amanecer, aún casi a oscuras, el Inka levantóse muy temprano e hizo una inspección para verificar de cómo las tareas ordenadas se estaban cumpliendo. Subió a una pequeña lomada y desde allí, pudo comprobar que más de dos mil picapedreros provistos de sendas herramientas, hacían añicos a un descomunal roquedo de granito: unos, disgregando y segmentando inmensas moles de roca firme y otros, fabricando allí, adoquines, kinkones y demás piedras de construcción de las más diversas volúmenes y formas geométricas que sus respectivos Litoingenieros las habían especificado. Pasó a otra brigada de trabajo, allí pudo constatar que aquella terraza de pequeña planicie, casi rugosa, donde había concebido y diseñado una ciudadela; ahora, vio y entendió cómo rápidamente el esbozo conceptual que noche antes expusiera, las habían copiado, trazado y diseñado a la perfección y sobre este trazo, más de cuatro mil braceros ocupabanse en nivelar los espacios irregulares y abruptos escarpados circundantes a la expansión de la ciudadela. Comprobó también que cierta cantidad de braceros, para transportar inmensas moles de roca con destino a las cimentaciones y muros de las construcciones, accionaban unas máquinas o

aparejos a manera de cuadrípodos gigantes. Estos aparejos gigantes, eran estructuras armadas con gruesos y largos listones de madera, atrincados en la parte superior a un tronco central con amarres de cordones gruesos de cuero y fibras de Agaves retorcidas, a las que también estaban acondicionadas un sistema de tres ejes de madera *Willka*⁷⁷ ubicadas a tres niveles. El eje central giraba al interior de dos anillos gruesos, labradas aparentemente en piedra dura, estos a su vez, asegurados con infinidad de amarres a la estructura de aquel tronco extremadamente grueso. Del eje este, a manera de un cordón de plomada de albañil, descendía o ascendía según al interés de los operadores, cuatro gruesísimas sogas o cables, cuyos terminales estaban unidas a los cuatro vértices de una plataforma cuadrada de durmientes de maderas donde descansaban las rocas. Estos cables, aparentemente suspendidos en el aire. Los cuatro cordones gruesos que unían las cuatro puntas de la plataforma, convergían en manojo al eje aquel, haciendo un largo cordón central de manipuleo masivo. Accionando este cordón, se suspendía o bajaba la carga pétreo según al interés de los operadores. El segundo y tercer ejes del aparejo aquel, eran prácticamente troncos largos de secciones circulares de maderas duras de longitudes exactamente iguales y direcciones cruzadas, siguiendo al sentido de las dos diagonales que cruzan la plataforma cuadrada. Casi al final de cada eje, un anillo de piedra extremadamente dura actuaba como carril de gruesos cables que tensaba los vértices de la plataforma y su función era la de una polea,

77 Denominación de especie árbol leguminosa, maderable, la más dura y compacta de la escala de dureza

para suspender el peso de la carga distribuida en cada vértice. Vistas de arriba, tenían forma de aspa y al mecanismo éste la denominaban *Chakana*⁷⁸. Para aclarar este asunto, los *Chakanas*, se fabricaban en función a los requerimientos y características de las obras a construirse; vale decir, para obras en espacios planos, en pendientes abruptos, hasta en precipicios donde humanamente parecían imposibles, se instalaban y funcionaban estos dispositivos. Existían las *chakanas* pequeñas, medianas, grandes y gigantes, según las exigencias de las obras en ejecución y a los volúmenes, tamaños y formas de roca a transportar. En el funcionamiento, no eran tan complicados, eso sí, los resultados, extremadamente sorprendentes. Para empezar, el material lítico cual fuere el tamaño, forma y peso de las rocas a transportar, eran acondicionados por un determinado número de braceros, sobre la superficie de la plataforma; luego, de acuerdo al peso de la carga, otro tanto de braceros, tomaban entre manos el conjunto de cordones acondicionados al anillo y eje central y poco a poco, iban jalando e izando la carga hasta la altura deseada; cuando la plataforma tomaba una posición pendular, entraban en acción los tensores de los vértices para coadyuvar a la fuerza central y direccionar el volteo de las rocas. Si se trataba de transportar la carga de un lugar a otro, un descomunal gancho adosado a los cordones centrales de otra *chakana* instalada en ubicación contigua y a distancia calculada con precisión, jalaba hacia sí la carga en cuestión, para descargar y acomodar en su propia plataforma. Si la carga o material era de utilización estacionaria, en el momento cuando la carga tomaba

78. Aparajo Inka en forma de aspa.

posición pendular y se encontraba en la altura deseada, entraban en acción los cordones secundarios o tensores de los vértices, las que accionadas por los braceros correspondientes, hacían de la plataforma un plano inclinado y por gravedad el material se desplazaba en el lugar esperado. En esta forma, cantidades de materiales líticos de tamaños, pesos y formas más disímiles, eran trasladadas desde las canteras hasta los lugares distantes de la edificación.

Dado que en esta digresión descriptiva de los aparejos o chakanas, nos hemos alejado un poco de nuestro Inka; ahora, volvamos hacia él. En efecto, después de haber visitado aquellos frentes de trabajo, el monarca habíase detenido en la parte alta de la terraza para verificar de cómo en este frente también, los Ingenieros, Supervisores y braceros en trabajo solidario y casi festivo, fabricaban las viviendas, construían captaciones de agua, acequias y acueductos para proveer del líquido elemento, trazaban los lugares de encuentro abierto, calles y sobre todo acondicionaban el camino real o *Jhatun Nan* que comunicaría con la ciudad del Sol o *Qosqo*. Finalmente al verificar el campamento de las matronas, encontró a ellas en sus afanes de adobar comidas y preparar bebidas para servirles a la hora precisa, quizás más activas que los propios varones. Centenares de señoras sudorientas y agitadas ellas, proveían de leña a las que atizaban el fuego, otras tantas, mondaban tubérculos, estrujaban verduras, racionaban las tronchas de carne, removían las ollas hirviendo su contenido, proveían agua, aseaban las vajillas, en fin, imagínese lo que se debe hacer para alimentar a miles de trabajadores y eso, era lo que hacían las mujeres.

Qué decir de la provisión de alimentos para cada día, centenas de señoras fluían al campamento, trayendo consigo el aporte que ellas creían necesarias, eran tubérculos, granos, raíces, menestras, verduras, carnes, y otros condimentos. Aportes meticulosamente recibidas, registradas y almacenadas por otras tantas despenseras. Aquello, era movimiento y acción, cosa diferente, no podía ser, había que alimentar infaliblemente a más de siete mil estómagos hambrientos y sedientos por día, extenuados ellos, por las rudas tareas que exigen el forjar una obra grande como ésta.

Más o menos así fue la dinámica cotidiana que durante treinta ininterrumpidos días, hombres y mujeres; jóvenes y viejos, derrocharon, talento, fuerza, vigor, cariño y arte, unidos ellos por el solo propósito de hacer realidad, quién sabe, uno de los últimos deseos del más grande gobernante del Tawantinsuyu. Finalmente, la obra acabada estaba allí, muy distinta a aquella planicie inculta que hace treinta días las habían encontrado. Esta vez, aquella pequenísima terraza acogedora de matorrales y agrestes contornos, gracias a la mente planificadora y acción transformadora de hombres solidarios, era una ciudadela réplica de la muy sagrada ciudad del Sol o *Jatún Qosqo*⁷⁹. Sobresalían del novísimo complejo urbano, tres edificios centrales gigantes de plantas rectangulares idénticas, cada una de tres pisos; los dos primeros, de paramentos en granodioritas labradas en forma de poliedros casi regulares con tendencia a paralelepípedos líticos; cada piedra labrada ensamblando a su contigua con admirable

79 Ciudad mayor, hoy ciudad del Cusco.

precisión. El piso tercero, con bloques de mortero de barro y techumbre de paja sobre tijerales de madera. Sobresalía también un edificio en el primer nivel del complejo constructivo, un monumento dedicado al culto del Padre Sol, en cuyo frontis abrazaba una majestuosa terraza divinamente explanada y nivelada. La vivienda misma del Gran *Wiraqocha Inka Yupanki*, era un hermoso complejo de recintos rectangulares con aposentos de portales, ventanales y ventanucos trapezoidales también de doble hasta triple jamba, orientadas a la dirección del paso del astro Dios; todas, divinamente fabricadas de piedras labradas polédricas, rematadas en la parte alta con mortero de barro y la techumbre, con reticulados de madera de diversos grosores, sobre las que cubren lonas gruesas tejidas o trenzadas de *Stipa ichu* o correas de ganado. Además, el complejo urbano de la ciudadela, contaba con un palacio para las hijas del Sol o *Aqllas*, sobre sale también un torreón principal o puesto de vigilancia que sirve de atalaya, edificado precisamente en el mojón donde días atrás el Inka esbozó la ciudadela. Desde este torreón se observa todo el valle sagrado. Un sistema de calzadas urbanas que interconectan los conjuntos habitacionales con los espacios abiertos, enlucidas con adoquines de granodiorita que se prolonga hasta la sagrada ciudad del *Qosqo*, mediante un majestuoso Camino real o *Jatun Nan*, también empedradas con adoquines de piedra, pasos y contrapasos en las pendientes, puentes y alcantarillas para sortear dificultades, muros, muretes y cunetas para proteger el impacto del agua y la gravedad, retiros y descansos en tramos precisos de la vera del gran camino. En la parte alta, un complejo de obras hidráulicas consistentes en una bocatoma con su respectivo

desarenador, canales rectangulares, partidores de agua, rápidas, disipadores de energía, pasarelas, saltos y otros mecanismos para conducir el agua potable a la ciudadela y el de riego a las andenerías que circundaban la ciudadela, todas ellas fabricadas con piedra esculpida. En fin, al cronista, le faltan palabras para transcribir al detalle ésta gran proeza arquitectónica y constructiva; por ello mismo, esta síntesis sería más bien, una aproximación hasta cierto punto grosera de las características urbanas de aquel prodigio de ciudadela, donde nuestro emperador pasará sus últimos días.



XV

Vista la fabrica de aquella ciudadela el cronista, afirma que la pronta terminación de la obra, fue prácticamente una retribución concreta, sincera y cariñosa que el pueblo ofrendaba a su conductor y patriarca por su invaluable aporte a la humanidad. Así lo entendía el pueblo y una muestra evidente de aquel sentimiento, fue la alegría múltiple mostrada en todos los rincones del imperio, cuando se anunció que la novísima residencia de *Wiraqocha Inka Yupanki*, denominada *Jhuch'uy Qosqo* o *Qaqya*, próximamente sería inaugurada. Si en la construcción de la gran obra, participaron todos los pobladores cercanos a la ciudad del Sol, en la inauguración, no tenía porqué ser distinta. La gente, más tardaría en escuchar el anuncio del heraldo, que en movilizarse y trasladarse en grandes caravanas con destino a la inauguración. Precisamente cuando en la sagrada ciudad, aprestabanse en partir rumbo a *Jhuch'uy Qosqo*, por la parte sur-oriental de la sagrada ciudad, más o menos desde las alturas del *Apu Wanakawiri* o cordillera deidad, habíase escuchado el estruendo de sendos clarines. Eran las señales que tanto el monarca, como su pueblo, habían esperado para emprender aquel viaje multitudinario. Quien con estos sonoros clarines anunciaba

su llegada, era precisamente el mismísimo Príncipe *Wayna Yupanqui*, después de 1095 días de esforzado viaje por los confines del mundo, retornaba a su muy sagrada ciudad del Qosqo. En esta ocasión, al mando no sólo de sus co-expedicionarios, sino de un contingente que excedían a 25.000 personas, entre soldados y familias transportadas desde diversas y lejanas naciones. Varones y mujeres, niños y adultos, quienes desde lugares remotos del septentrión como los *Kañaris* o los *Araukanos*, *Willichis*, *Chankos* y *Pikunchis* del lejano austro, estaban siendo trasladados y se desplazaban con destino a la ciudad del Sol.

Desde luego, ante aquel anuncio del príncipe, la población y el soberano, pospusieron la inauguración, para que en muchedumbre se volcaran al recibimiento de sus vástagos viajeros, quienes después de haber cumplido con la misión encomendada por su Inka, retornaban a su tierra natal. Narrar la alegría de aquellas personas que con ansiedad y preocupaciones mil, esperaban la llegada, sería muy sentimental y hasta quizá complicado, sólo diremos que *Wayna Yupanqui*, esta vez, ya no era aquel adolescente que en *Waqanapata* habíase despedido, sino, un gigante y musculoso guerrero. Según parecer de los hombres entrados en edad, era retrato de su tatarabuelo *Lloqqa Yupanqui Inka*, también hubo personas, sobre todo las mujeres, quienes afirmaban que más bien se parecía a su madre a *Mama Chimpu Oqllu*. Al margen de estas opiniones difíciles de conciliar, el joven príncipe, ataviado de su indumentaria de guerra, comandaba a millares de hombres y mujeres, quienes tras él, avanzaban con destino a la explanada de *Kusipata* o explanada de la alegría en

Qosqo y al encuentro con el padre del imperio, Wiraqocha Inka Yupanqui.

El recibimiento fue extremadamente apoteósico. Los honores preparados para la buena llegada, preveían protocolos de reconocimiento, actos de regocijo popular y lógicamente, previsiones operativas que permitían acondicionar la estada del contingente transportado desde naciones lejanas. Al respecto por economía de espacio y tiempo, solo mencionaremos de cómo fue el encuentro de *Wayna Yupanqui* y su contingente con su padre el Inka. El ingreso triunfal se hizo en medio de clarines, hurras, lluvia de pétalos y por su puesto, gritos estridentes, henchidas de emoción y llanto de féminas que podían ser abuelas, madres, hermanas, tías, hasta quizá novias que brindaban el cálido recibimiento a sus héroes. En la explanada del regocijo, donde *Wiraqocha Inka* esperaba, la recepción, fue más solemne que emotivo; pero en el entorno popular, apenas la multitud percibió la presencia del Príncipe, los clarines reales, amenizaron el ambiente en lo sumo. Ya en el atrio y delante de su padre, el príncipe se arrodilló y besó los pies de su majestad; éste por lo visto, ocultando para sus adentros la alegría y emoción que como a padre le embargaba, con el rostro inmutable, procedió a ejecutar los protocolos y ritos de bienvenida. Luego el hijo al parecer, cumplió en informar al detalle de cuánto en los 1095 días de viaje por los confines del *Tawantinsuyu* habían realizado y lógicamente, refirió también los logros conseguidos y las dificultades sorteadas. Al final del informe, textualmente esto fue lo que dijo: ¡Oh Gran Señor, *Wiraqocha Inka Yupanqui*, en estos instantes, acantonados allá en extramuros de la

ciudad, 25,000 personas entre soldados y habitantes transportados de otras naciones, esperan su venia para presentarse ante su majestad y ungrirse como fieles servidores del Inka y su Estado!. ¡A ellos Señor, dejo en sus justicieras manos, como prueba de la orden cumplida, solicito además, disponer un espacio para sus moradas, alimentos, vestimentas, tierras de cultivo, semillas e insumos, ganado, herramientas y trabajo!. ¡Con lo dicho Señor, convencido estoy que el que os habla y los 3,150 expedicionarios, con quienes dimos la vuelta al mundo, hemos cumplido con creces la misión que nos habéis encomendado!. ¡Es verdad que en el transcurso de esta expedición se ha enfrentado serias dificultades, las que en su oportunidad se puso a conocimiento del Inka, pero, cuando por encima de aquellos agrios momentos, está la pervivencia de nuestra gran cultura, las dificultades se sintetizan en sabias enseñanzas que permitirán forjar de mejor manera la eternidad!. ¡Finalmente gran Señor, cumplida la misión encomendada, dispuesto está su servidor a emprender otras tantas tareas que su majestad así ordenel.

Dicho aquello el príncipe, inclinóse ante su majestad, quien a su vez, como justo tributo a la proeza cumplida por su hijo, expresó en voz gruesa y alta el siguiente discurso: ¡*Wayna Yupanki*, hijo del Inka, soldado defensor del *Tawantinsuyu*, en nombre de nuestro padre El Sol, del mio propio y de los millones de hombres y mujeres que conforman nuestra sociedad, os trasmito el sentimiento de alegría que causa en el pueblo vuestro sano y triunfal retorno! ¡Del mismo modo, esta sociedad forjadora de la eternidad -mostrando a la muchedumbre que gozosas



observaban el protocolo- agradecían por los logros y las enseñanzas que con mucho esfuerzo consiguieron!. ¡Mi querido príncipe, para Usted y su generación, las misiones aún no empiezan, cuando llegue aquél el momento, las ordenes no las recibirás del Inka, sino de la sociedad!. ¡Entre tanto y luego de este acto, os invito que me acompañéis en visitar a *Jhuch'uy Qosqo* ciudad que acabamos en construir!... Expresado estas palabras el anciano Inka, ovacionó a su hijo con un efusivo abrazo y una venia de respeto. Seguidamente, dirigiéndose a sus colaboradores aun postrados a la distancia, ordenó se levantaran y procedieran en trasladar a presencia suya, al contingente de naciones transportadas que aguardaban este momento en algún lugar. Acto seguido, el júbilo de la población, hizo suyo y al unisono, emergió de entre la multitud, voces que vitoreaban al Inka y a su Príncipe. Más al rato, este júbilo fue perturbado por el estruendo de sendos clarines, y al tiempo el lugarteniente de *Wayna Yupanki*, abrióse paso por entre la multitud y postrado de rodillas, solicitó autorización para el protocolo de pleitesía y nacionalización del contingente expatriado. La solicitud, fue asentida y ordenaron que se proceda conforme a lo establecido. Quienes primero se hicieron presente, fueron los co-expedicionarios del Príncipe, a ellos, como justa retribución al sacrificio de tres largos años, en medio de hurras, el soberano, ordenó que gozaran de sus vacaciones y se retiraron de la explanada. Seguidamente, el contingente transportado o expatriado, como prueba de lealtad, en absoluta sumisión, ataviados con sus mejores atuendos nativos, caminando de rodillas y portando algún regalo que según ellos era el más significativo, presentaronse ante la autoridad del justiciero *Wiragocha*

Inka Yupanqui en retribución, el monarca, pronunciando estas palabras: ¡No seáis ladrónes!. ¡No seáis mentirosos!. ¡No seáis ociosos!. ¡Hijos míos!. Reconocía como a sus hijos. Mientras esto decía el Inka, sacerdotes, ungíanles a los extranjeros con el líquido ceremonial que las consagraban como súbditos del Inka y sujeción absoluta a sus leyes. Además, en estricta observancia al número de hogares establecidos, cantidad de hijos menores, hijos en edad de procrear y el número de ancianos y discapacitados que pudiera haber en cada una de las poblaciones transportadas, asignábanles una extensión de suelos agrícolas, en altura, valle y en costa; semillas e insumos, herramientas y aperos de labranza, animales productoras y reproductores para que con mucho cuidado y observando el modo de producción ordenada por Dios Sol todo poderoso, trabajaran, en *Ayni* o ayuda recíproca, en *Mink'a* o ayuda mutua colectiva y en *Mit'a* o trabajo en turno para un bien social. Obviamente el monarca, después de haber hecho este tratamiento de nacionalización casi personalizada a los extranjeros o *mitmas*, se dirigió a la masa con un discurso sincero de bienvenida y sana incorporación en el seno de la sociedad Inka. Desde aquel momento, decíales el Inka a los nuevos fieles, tendrían los mismos derechos y obligaciones que el pueblo del *Tawantinsuyu*, la única condición obligatoria que exigía la sociedad Inka, eran la solidaridad, la laboriosidad, la honestidad, la veracidad y el cumplimiento de sus leyes. Y sobre todo, advertíales a los nuevos connacionales, que si al Estado Inka el incorporar en la senda del buen vivir a las sociedades aún retrógradas, le costaba grandes sacrificios y las asumían como una necesidad compensatoria de la especie humana para su pervivencia;

éstas a su vez, tenían su contrapartida, sus leyes, eran inquebrantables. Si estas normas sagradas se vieran resquebrajadas o incumplidas, no cabían lamentaciones; la pena para quienes incumplían o posibilitaban esta infracción, era capital. La vida. De modo que, con estas reflexiones más una invitación a la inauguración de la nueva ciudadela, concluyó con la venia consabida del Inka y la multitud lugareña, con la mente puesta en *Jhuch'uy Qosqo*, rápidamente se desperdigó de la explanada del regocijo, en tanto la población que hace muy poco había cambiado de nacionalidad, dirigíanse con destino a los parajes dónde habíanles asignado su nueva patria.

Al siguiente día, todavía a oscuras, Qosqo o ciudad del Sol, quedó sin más movimiento que las esporádicas caminatas de nostálgicos transeúntes con dificultades físicas para transportarse más allá de extramuros y de aquellas otras personas encargadas de la vigilia. La muchedumbre a esa hora, ya se encontraba allá en las faldas del macizo *Saqsaywaman*⁸⁰ esperando partir con destino a *Hjuch'uy Qosqo*. No hubo *pututus*, o clarines, ni heraldos que anunciaran el desplazamiento, el objetivo era llegar a la meta antes que el astro Dios irradie sus rayos sobre la faz de la tierra. Y en efecto, después de una larga caminata, llegaron al destino muy de mañana. Al tomar contacto con la novísima ciudadela, el complejo se encontraba en condiciones constructivas y de acabados

80. Montaña de elevación maciza denominado Saqsaywaman, que en español significa Halcón pardo.

impecables, expeditas como para una inauguración y ocupación inmediata. La multitud que tras de su Inka llegó, se organizaron en sendas agrupaciones de: mujeres entradas en años, casadas, jóvenes casaderas, niñas y lógicamente también los varones, todos ellos, para distribuirse tareas precisas que cumplir en un tiempo determinado. Siguiendo el curso del día, cuando el astro Dios, por entre las cordilleras del oriente proyectaba sus ráfagas áureas sobre la terraza, las excelsas construcciones de la ciudadela encontrabanse ya, omadas de arreglos florales, guirlandas, tejidos multicolores, trenzados sobrios, mazorcas de maíz y otros frutos entrecruzados con cantaritos y arybalos colgadas en los mojinetes de las viviendas. En suma, la ciudadela se encontraba sobriamente trajeada y vestida de gala para su fiesta. Era de esperar que esto sea así, en honor a ella, a la ciudadela, habiase organizado esta manifestación. Si bien la *Pachamama* o Madre Tierra, deidad máxima del hombre, había recibido el homenaje que por derecho le correspondía; la ciudadela, ésta que se edificara gracias a la influencia de mandatos sobrenaturales y al pulso cariñoso de miles de fieles, a pesar de ser factura humana, llevaba también en sus entrañas una esencia divina, sería morada del más grande hombre, hijo del sol, eso era suficiente; con este fin, desde nuestro Inka hasta el último de las gentes del pueblo, cada cual en el lugar a donde le fue designado, encontrabanse habidos de rendir pleitesía a *Jhuch'uy Qosqa*. La ceremonia, fue iniciada con un ritual accionado por el sacerdote *Suntur Pawqqar*, quien al compás de un coro entónada por mujeres entradas en años, recorrió todos los ambientes del conjunto habitacional e instalaciones, dejando en cada caso, una

ofrenda muy particular y tras él, comisiones especialmente designadas, equipaban inmediatamente los ambientes con los elementos necesarios. Finalmente, sacerdote y asistentes, volvieron al centro de la terraza, donde la multitud postrada esperaba el fin de los actos y este final, llegó con las palabras que el anciano Inka dirigió a su pueblo, agradeciendo por el invalorable sacrificio que hombres y mujeres realizaron en la fábrica de esta obra significativa y como testimonio de esta gratitud, autorizó el inicio del festejo. La fiesta entró en acción.

No bien el Inka hubo terminado su escueto discurso y alzara la vista para mirar hacia el torreón principal, ubicó allí, al extraño hombre, sentado en uno de sus oteros, observando como quien disfruta el deleite espiritual que causa el logro del esfuerzo colectivo, vale decir, la obra acabada. Aquella sensación percibida a lo lejos, obligó al monarca, abrirse paso por entre la algazara de la multitud e ir a su encuentro. En el encuentro, esa misma sensación de hijo ante su padre que sintiera aquella vez cuando recién llegaron a *Jhuch'uy Qosqa*, invadió su mente; pero, contuvo sus emociones y sobriamente recibió los honores que el extraño hombre le ofreció. Sin que mediara barrera protocolar alguna, Inka y extraño hombre, sentáronse frente a frente y entablaron una sobria conversación: ¡Oh, gran Señor *Wiraqocha Inka Yupanqui*. Saludó previamente el extraño hombre y señalando con sus robustas manos la ciudadela dijo: ¡He aquí *Jhuch'uy Qosqa*, designio de Dios y forja de hombres, he cumplido con lo que debí hacer y dejo en sus manos su aposento final!. Cuando hubo dicho esto, el Inka, sin inmutarse observó de frente el rostro de su interlocutor y pudo concluir sin lugar a dudas, que ese

rostro de extraño hombre, a medida de cómo avanzaba la conversación, iba transfigurándose: Primero, en un rostro vedadamente conocido en sus sueños, luego, vio el mismo rostro de aquel que desde la lomada días atrás le había hecho señas, finalmente, díose cuenta que esta vez, venía conversando con la persona de su finado padre. Este proceso de transfiguración, no afectó de modo alguno el estado emotivo del Inka, que la conversación siguió su curso y *Wiraqocha* a su vez le dijo: ¡Muy Señor mío, antes de todo, permítame agradecerle por su invaluable aporte en la forja de esta obra, como bien conoce Usted, sin su participación, nada habría sido posible. ¡No diga eso, - cortó el interlocutor- el mandato de Dios se cumple inexorablemente, si no era yo, alguien tenía que ser!. ¡Y por qué tiene ser así, -preguntó *Wiraqocha Inka Yupanqui*, cual si fuera un Ingenuo hijo de familia!. ¿Olvidas acaso que eres el único hombre que sabe de los designios fatales de su pueblo?. - Increpó el interlocutor- ¡Esta obra, es el inicio de otras tantas que el hoy aún *Wayna Yupanki*, debe ejecutar para perpetuar a tu pueblo en la eternidad!. ¡De modo que *Jhuch'uy Qosqo*, tiene sentido no sólo por su ubicación estratégica, su armonía arquitectónica y la calidad de su forja, no, a ella, hay que entender como que es el trabajo de un Inka, que no cree en las limitaciones de la edad, ni en la premura del tiempo, menos en las adversidades de la naturaleza para forjar la eternidad de un pueblo vigoroso, solidario, participativo, capaz de premiar a su conductor con las más grandes obras que pueda concebir un hombre, es decir, como émulo para las generaciones venideras!. ¿Luego de *Jhuch'uy Qosqo* mi Señor qué debo emprender?.- preguntó *Wiraqocha Inka*

Yupanqui: ¡La obra suya, -contestó su interlocutor, - concluye aquí!. ¡Pero sí, esta ciudadela y las otras obras que realizasteis, constituyen el jalón de cuanto se hará después, por ahora, tu pueblo festeja éste logro, esperan tu presencia ve y participa con ellos de esa alegría!. ¡En lo referente a mí, hice lo que debí hacer, el tiempo es corto y largo mi camino, debo marchar, pero antes, dejo este encargo para *Wayna Yupanqui*. - Soltó de la cintura una manta o *unkuña*, conteniendo una remesa y la entregó al Inka, recomendándole que el día de la coronación se abra y se tome conocimiento de su contenido. Dicho esto, le estrechó un fuerte abrazo y emprendió la partida rápidamente, que el Inka, no pudo ver qué ruta tomó. Pero, no bien hubo desaparecido del torreón, en el espacio, un majestuoso Cóndor en rauda vuelo cruzó el Valle sagrado para posarse en la cordillera del enfrente, donde se presume que era su morada. En tanto *Wiraqocha Inka Yupanki*, teniendo entre manos aquella remesa para su hijo, quedóse pensativo, mirando la cordillera, aquella donde el cóndor se detuvo y, entre sí dijo: Es mi padre. Luego de este incidente, el Inka retornó a donde la muchedumbre festejaba la inauguración de la ciudadela y compartió la alegría de su pueblo. Empezó con *Wayna Yupanki*, su hijo, hasta terminar con el último *Llaqta runa*. Al declinar el sol por sobre las cimas del Salqantay, el príncipe y los fieles, retornaron a la ciudad del Sol, en tanto el Inka y su séquito quedaron en su nueva morada de *Jhuch'uy Qosqo*.

Si en un hipotético caso personificáramos al tiempo, cual si éste fuera un egregio atleta y sometiéramos por decir así, a una confronta con el Gran *Inka Wiraqcocha*, sin duda aquel, no tendría la autoridad suficiente como para ufanarse ante el Inka y decir que aquella o ésta vez te gané. Nunca el monarca había sido ganado por el tiempo, sólo así, pudo lograr lo que hasta aquí conocemos. Lo más que pudo hacer el tiempo a cuenta suya, fue lo inexorable, consumir poco a poco el vigor físico de nuestro monarca. Aún así, como bien nos consta, tiene noventa y siete años de edad, casi un siglo de vida y setenta y siete años de gobierno; sin embargo, se encontraba aún en capacidad de seguir llevando la delantera. Como prueba, ayer nomás, había inaugurado *Jhuch'uy Qosqo*, réplica de la ciudad sagrada, obra de gigantes, aquella que en condiciones normales se edificaría en tres o cuatro años, esta vez, fue construida en sólo treinta días. El tiempo, podría en el peor de los casos, solía decir el anciano, pisamos los talones, pero, llevar la delantera, nunca; si esto ocurriera, sería como dar paso al ocio y constituirse en cómplice de la agresión a la ley divina y esa, no es la función de los Hijos del Sol. Nunca dejar las cosas que hoy deben hacerse para que mañana se haga, era la conclusión que habían heredado él y su pueblo, generación tras generación. Esa férrea disciplina, obligaba a que todas sus acciones personales, consecuentemente las de su pueblo, estén sujetas a un minucioso plan de trabajo para ser medidas oportunamente y a precisión, tal que su implacable perseguidor, el tiempo, dentro de los alcances de lo humano, no la sorprenda desprevenido y deje lo más valioso del hombre, su esfuerzo, inconcluso. Como hijo de Dios sabía él, que nada más indigno y execrable del

ser humano, era dejar las cosas a medias. Según la ley, dejar las cosas inconclusas, era hipotecar el esfuerzo de las futuras generaciones, quienes en sus funciones de perpetuar la eternidad, tenían metas más superadas que alcanzar y distraer el tiempo en concluir lo que otros por ocio, negligencia o por otras circunstancias dejaron de hacer, era una carga más o tiempo desperdiciado.

Todo ser humano, tenía un ciclo vital, en el cual, cada uno es artífice de la realización de sus propias aspiraciones materiales y espirituales. Las obras materiales de beneficio personal, desde un imponente edificio hasta la más valiosa prenda, concluía allí donde su forjador o constructor dejaba este mundo terrenal; quedaba, como testimonio del trabajo y la historia concluida de una generación. Herencia material del ancestro, como propiedad, nunca las hubo en el imperio Inka, las obras quedan como santuarios y los bienes personales fungibles se "iban" con su artífice para reiniciar su historia en la otra vida. Pero, la herencia cultural, esa, era inquebrantable y ascendente en el tiempo, las generaciones venideras estaban obligadas en superarlas. Cada ser humano, conforme el soberano y próhombre de bien padre *Manko Qhapaq Inka*, a su muerte, dejara una ciudad fundada, un pueblo culto, moralmente justo, socialmente solidario, económicamente en bonanza, administrativamente organizado y las grandes obras como su palacio de *Qqolqampata*⁸¹ o el *Aqllaywasl* de *Toqqokachi*⁸² quedaron como reliquias, testimonios de:

81 Palácio Imperial del primer Inka Manko Qqapaq, ubicada en el hoy barrio de San Blas de la ciudad del Cuzco.

82 Palácio de las escogitias

su sapiencia y esfuerzo, para ejemplo de los futuros hombres que tras él seguirían forjando la eternidad de un mundo de bien cada vez más acicalada y superada. En esa dinámica histórica, los grandes edificios, como los andenes de *Pisaqy Ollantayatampu*, el anfiteatro de *Moray*, *Qqorikancha*, este último *Jhuch'uy Qosqo*, como tantas otras, esfuerzo y manufactura de *Wiraqocha Inka*, están allí presentes esperando que el sucesor, haga mejor obra que la suya. Precisamente con este propósito y consecuente con esta lógica, el poderoso *Inka Wiraqocha*, un día después de la inauguración de aquella ciudadela, ya en su palacio de *Sank'a* ubicada en la sagrada ciudad del Sol, presidía la sesión del Consejo Menor de Gobierno, se reunieron para tomar acuerdos trascendentales como es la transferencia del mando y afinar detalles que permitan un recambio con brillo y majestuosidad, nunca vistas desde el ascenso de *Tayta Manko Qhapaq*. Aquí el Inka, sin mayor protocolo que lo estilado, dejó abierta la sesión con estas palabras: ¡Señores, os saludo y doy la bienvenida por vuestra presencia en esta sesión; de los motivos de esta reunión, informados estáis ya que en su oportunidad, se ha ordenado lo que cada uno de vosotros debís haber hecho!. Hoy, nuestro objetivo es evaluar los avances, para lo cual, invoco a que se me exponga, con precisión, el estado situacional de las cosas en el área que corresponde a cada uno de vosotros. ¡De vuestra exposición y de acuerdo a cómo van las cosas, reajustaremos y definiremos las tareas finales!. Dicho esto, escuchó las palabras de cada uno de los circunstantes, quienes de acuerdo a su competencia, uno tras otro, iban informando en detalle y precisión el estado de las tareas encargadas oportunamente. Transcribir lo que cada

conferenciante alcanzaba al Inka, sería muy extenso, por lo que a continuación, se tratará de resumir lo manifestado por los dignatarios. Así, *Qhapaq Anka*, Presidente del Consejo Supremo de *Amiawlas*, confirmó que los 2.250 miembros del Consejo Ampliado asistirían al recambio, portando cada uno el Informe situacional del ámbito de su gestión, los que serían expuestos en el pleno ante el nuevo gobernante. A su turno el Sumo sacerdote *Suntur Pawqar*, como principal responsable de prever los actos sagrados de casamiento y coronación del nuevo hijo del Sol, hizo un pormenorizado informe sobre la situación en que se encontraban los preparativos que exigían tales ceremonias y rituales. Informaron también los Jefes de región, quienes coincidieron en manifestar que sin excepción, los habitantes de su ámbito tenían conocimiento de este trascendental acontecimiento y, había mucho interés de los fieles en emprender la marcha con destino a esta sagrada ciudad y ser partícipes de la coronación de su amado príncipe *Wayna Yupanqui*. El anciano Inka, concluyó la sesión con la siguiente disposición final: Distinguidos Señores, -dijo el Inka- os agradezco vuestra valiosa información, ello, me permite entender que el desarrollo de las acciones dispuestas, discurren por causas correctas y precisas; en adelante, hemos de tomar las siguientes determinaciones: Los festejos tendrán una duración de tres meses y se dará luego del arribo de las delegaciones venidas de las cuatro regiones y marcará el inicio, la práctica de caza o *Chaqu*, luego vendrán las competencias deportivas de jóvenes o *Warachikuy* de los adolescentes varones y más adelante, en el mes central o

*Sitwa*⁸³, el mismo día de solsticio de invierno, día de mi padre El Sol, se realizarán, tanto el casamiento como la coronación del nuevo Inka. Este programa de festejos y la solemnidad que se realizará en la sagrada ciudad del Qosqo en honor al nuevo Inka, debe cumplirse en cada una de las circunscripciones del imperio por muy pequeña sea ésta. Finalmente Señores,- concluyó el Inka- es mi deseo y orden que al día siguiente de la coronación, el que os habla y los que conmigo han bragado, desde los dignísimos sacerdotes y generales, hasta el último de los servidores, nos retiraremos a nuestro descanso final en *Jhuch'uy Qosqo*. En el caso de los jefes de región y sus subalternos, diseminados en las cuatro regiones del imperio, dejen sus puestos según la ley a sus hijos mayores y si no las tuvieran, al que por derecho le corresponde: en tanto los dimitentes, automáticamente presidirán los consejos de asesoramiento, mientras vida tengan. Igual tratamiento se dará a las esposas y matronas que acompañaron al actual Inka y a todas las jerarquías que dejarán el poder. Estas, son las disposiciones que mi padre El Sol, ordena; no olvidéis que nosotros ya cumplimos nuestro rol ante la historia. Es ley dar paso a la nueva generación y es derecho de ellos, aligerar el paso en la forja de la eternidad. Señores, cúmplase conforme a lo mandado y os agradezco vuestra presencia, podéis retornar a vuestras actividades cotidianas y proceder conforme está dispuesto.

No bien aquel día dejaron los dignatarios el Palacio del Inka, las directivas que emanaron, se diseminaron rápidamente. La noticia voló y cruzó cordilleras, montañas

83 Entre Junio y Julio; meses de la gran fiesta del Sol.

y ríos, no hubo centro poblado que no festejara tal novedad. Desde aquel día, quienes ostentaban o acompañaban al justiciero Inka *Wiraqocha* en el gobierno actual del Tawantinsuyu, redoblaron sus esfuerzos en atender dos acciones de extrema importancia: Organizar y garantizar la prestancia y majestuosidad que tendrían los actos de celebración del recambio y, en prepararse para dejar el poder a sus sucesores en la jurisdicción o puesto en el que el Inka les confiara en su oportunidad. A este respecto, la pragmática del Inka era muy clara, el día en que *Wayna Yupanki* optara el *Maskaypacha* o boria Imperial, ese día, se produciría el cambio de todas las autoridades del *Tawantinsuyu*.

El príncipe, sabía perfectamente que en esta historia, los principales protagonistas eran él y su padre. Sin embargo, lo que no entendía era el ¿porqué, su padre aún teniendo la vitalidad necesarias para seguir gobernando se aprestaba en dimitir al mando?. Sobre este asunto, dicen que le fue comunicada en una plática reservada que sostuvieron los dos, la misma noche después de aquella sesión que mantuvo con los miembros del Consejo Menor de Gobierno. En esa plática entre padre e hijo, no se sabe exactamente de qué asuntos trataron, aún así, tomando como referencia las decisiones que al día siguiente el príncipe y su padre asumieron, se pudo inferir algo. Así, se supo que esa noche el Monarca, habría transmitido todas las revelaciones que en sueños su padre El Sol, habíale anticipado sobre el ocaso del gran Imperio y la necesidad de continuar y emprender grandes obras que perpetúen en la eternidad a este sagrado pueblo del Sol. Se cree también que en esa reunión el Inka padre, hizo entender que según aquellas revelaciones y los

hechos muy particulares que caracterizaron su propia existencia- la del príncipe- todo indicaba que el escogido para proseguir con esta tarea, era él. Igualmente, en esa oportunidad habríale transmitido, el encargo especial de *Mama Chimpu Ocllu*, quien dejara recomendada que su hijo después de su coronación, llevaría el nombre de *Pachakutiq Inka Yupanki*.

De modo que desde el día siguiente a esta reunión, se percibió cambios notables en la dinámica cotidiana del príncipe. Cambio que no sólo quedó en él, trascendió rápidamente en la conducta colectiva de la juventud. El futuro monarca y sus co-expedicionarios, jóvenes conocedores de la realidad geográfica, física, social, política y económica del territorio tawantinsuyano, empezaron a moverse dentro de un contexto diametralmente distinto a la que durante los tres años de periplo habían accionado. Esta vez, fueron citados a un taller de trabajo, semejante a las muchas que solían realizar en aquel periplo. En esa concentración, *Wayna Yupanki*, había expuesto las razones por las que con carácter urgente se les vino en citar y también informó que el Gran Señor Hijo del Sol *Wiraqocha Inka*, había anunciado a los habitantes la decisión de anticipar la transferencia del mando y la transferencia, ya no sería como solía estilarse antes; esta vez, se harían cambios en la estructura administrativa del poder. Desde una autoridad menor hasta el mismísimo *Willaq Uma* o sacerdote mayor, serían cambiados. Quienes suplirían los puestos dejados tanto en la ciudad como en los pueblos del interior, serían los que con él dieron la vuelta al mundo. Consecuentemente, los expedicionarios, convictos del

papel que en adelante les esperaba, habíanse puesto a disposición de su príncipe en las tareas que de acuerdo a sus conocimientos y profesión podían ser útiles a la sociedad. En cambio *Wayria Yupanki*, asistido por eruditos, como primera medida, procedió a conformar el futuro Consejo de Gobierno, con quienes en su oportunidad entrarían en acción. De los 3,150 jóvenes coetáneos, tras una rigurosa evaluación, seleccionaron a los más idóneos y capaces jóvenes para cubrir puestos públicos importantes. Además, instituyeron sendas comisiones de trabajo que llegado el momento, se encargarían de conducir los destinos del gran imperio para proseguir el camino trazado por sus forjadores.

Por otro lado, la pléyade de los que dejarían el gobierno y su entorno con *Wiraqocha Inka* a la cabeza, tampoco quedaban atrás, activados ellos, por sus quehaceres y responsabilidades, sin reparar horarios y dejando atrás la abulia propia de la edad, saneaban sus asuntos para que en su oportunidad la nueva generación los reciba sin problemas. Como que había un plazo fijado para este recambio y estaba sujeto y condicionada a la finalización de las labores de la campaña agrícola y sus resultados. Al respecto aquel año agrícola, como si el Astro Dios y la Madre Tierra, se aunaran en un deseo común de beneplácito y alegría para expresar su adhesión al ascenso del joven príncipe, devino en lo basto del territorio Inka, una opulenta producción agropecuaria, nunca vistas en todos los tiempos. Desde luego los habitantes del basto Imperio, activadas por esas fundadas razones, rápidamente, levantaron, seleccionaron, distribuyeron y almacenaron sus abundantes cosechas.



XVI

Aquella mañana de invierno la ciudad del Sol, aún permanecía oscura, fría, muda y quieta, sus habitantes, desde luego, sumidos o atrapados quizá por la modorra invernal, aún descansaban placenteramente en la calidés de sus alcobas, pero ese descanso fue colapsado por el estrépito de sendos *pututus* o clarines que resonaron desde las colinas que rodean a la dicha ciudad. Sin duda este alboroto, era señal que venía en anunciar el inicio de la fiesta del Sol o *Qhapaq Raymi*, el casamiento y coronación del nuevo Inka y la despedida del hasta hoy Gran y poderoso *Wiragocha Inka Yupanqui*. A la misma hora y en todas las comarcas y poblados del Imperio, estaría también ocurriendo los mismos actos que las que se iniciaba en esta capital. Así, habíase ordenado y así se hacía. Esta señal, indicaba además, que en adelante, la población sin distinción, sería protagonista de la más grande manifestación de fe y alegría y autorizaba también, el ingreso a la ciudad de una muchedumbre de 500 mil fieles, quienes desde lejanos lugares de las cuatro regiones, venían a venerar a su padre el Sol y al Inka y, esperando esta señal, encontrabanse acantonadas aún atrás de las cuatro cordilleras que custodian la metrópli.

En verdad, al poco rato de los clarinazos y cuando los pobladores citadinos como buenos anfitriones, dejando atrás sus quehacera domésticos aprestabanse inusitadamente en movilizarse para ofrecer la bienvenida a los millares de visitantes; de las cuatro colinas, inmensas y abigarradas masas humanas, jamás vistas en la historia, empezaron a fluir lentamente por los cuatro grandes caminos con destino a *Qosqo*. Mientras los anfitriones se movilizaban en sus mil obligaciones, el Cronista, anonadado de cuanto veía, no pudo sino, admirar el orden, la sincronía y la hermosura en que esta abigarrada multitud se desplazaba con destino a *Rimacqampa* o la explanada de los anuncios, donde habrán de concentrarse. Allí, se pudo constatar que aquella masa humana, aparentemente inextricable en el que parecía imposible distinguir los unos de los otros; gracias al distintivo, color o el estilo de sus vistosos atuendos, a la distancia, podíase diferenciar entre los que procedían de una u otra región.

Así, los procedentes del sur o *Qolla Suyu*, vestían trajes negros y cubrían la cabeza con sendas gorras o monteras de formas y tonalidades diversas, bajaban alegres, cargando sus atavíos y entonando sus canciones e himnos, por lo visto, el color o los adornos en las gorras o *Chullus*, los diferenciaba e identificaba con el pueblo o la familia de donde procedían; a la vanguardia, venían las frágiles y hermosas damas, ataviadas ellas de polleras o camisones negros y largas adornadas con cenefas multicolores y las cabezas, cubiertas con mantas tejidas en fondo negro y adornadas con labores y matices primorosos incrustadas a la tupida y larga cabellera. En cambio los visitantes del *Chinchay Suyu* o región norte,

lucían ropas cuyas tonalidades asociaban el blanco con el rojo tendiente a negro; el distintivo diferencial en este caso, ya no eran gorras, sino, una forma muy particular de cascos con penachos incrustados de plumas y panojas de gramíneas multicolores; en las mujeres, la pollera o el camisón largo, del mismo modelo a las que usaban sus semejantes de otras regiones, la diferencia radicaba en las monteras, éstas, tenían la forma de bandejas invertidas manufacturadas en tejido finísimo de algodón blanco, con matices de rojo oscuro y unos flecos que a manera de finas persianas colgaban y protegían el rostro, estas prendas, se sostenían en las cabezas por medio de cintillos labrados con incrustaciones de pequeñísimas perlas marinas a las que llaman *pirri*, fijadas éstas entre la cabeza y la quijada como un collarín, tal que el contraste del cintillo con el rostro, franqueaba más la hermosura de la dama.

Las delegaciones del *Antisuyu* o región oriental, arribaron a la ciudad, trajeados de vestimentas negras asociadas con el blanco; blancas eran las prendas que cubrían la parte superior del cuerpo, en tanto las extremidades inferiores de negro, las gorras, de colores vistosos según el distintivo de la nación o familia a los que pertenecían; las damas, que afanosas y vistosamente vestidas, avanzaban a la vanguardia de las delegaciones, vestían ellas, polleras bajas y chaquetas cortas ambas de color rojo oscuro tendientes a negro, ornadas, con ribetes multicolores e incrustaciones de perlas menudas, las monteras, parecían unas cajitas piramidales, truncadas a media altura y tejidas a crochet de color negro con adornos, ribetes y cintillos multicolores.

Finalmente, los huéspedes del *Qqonti Suyu* o región occidental, caracterizabanse los varones, por vestir trajes o *unkus* de bayeta blanca estampadas con figuras geométricas negras, además, una manta larga y gruesa de color rojo oscuro a manera de capeta, cubría las espaldas, las gorras, prácticamente eran unos tongos forrados con tejidos de colores diversos, incrustadas en la parte frontal con una pequeña plumilla, cuyo color variaba según el distintivo del pueblo o familia al que pertenecían los visitantes; el atuendo de las damas, era muy singular, un vestido entero, tejidas en fondo blanco con ribetes y dibujos verticales de colores rojo, verde, negro y amarillo en forma de bata que cubría el cuerpo desde el cuello hasta los tobillos y, ceñidas en la cadera con fajas o cinturones anchos tejidas con colores y dibujos primorosos, ellas, no llevaban montera, sino, una manta verde oscura cuyo vértice estaba asida con sendos prendedores a la cabellera de la dama y el resto de la manta, abrigaba por la espalda el cuerpo hasta más o menos los tobillos.

Esta multitud de seres humanos, hollaron los sagrados suelos de la casa del Sol, luciendo ellos, como ya está dicho, vistosos atuendos, derrochando vigor físico y alegría sin límites; recibidas también por la población anfitriona, con muestras de cariño efusivo, hermandad y solidaridad. Si participar en los eventos de los festejos en honor al Dios Sol y del Inka rey, era la motivación fundamental que activaba la energía de esta multitud para llegar hasta aquí. En esta sagrada ciudad del *Qosqo*, centro de la fe humana y asiento del padre Inka, no podía ser distinto. Para prever de los servicios básicos, hospedaje y la alimentación que más de 500,000 personas exigían, sendas comisiones

conformadas por dinámicas y eficientes personalidades, realizaban enormes esfuerzos para cubrir satisfactoriamente aquellos requerimientos. Por nuestra parte, tampoco podíamos quedar atrás, preocupado de cuanto acabamos indicar, este cronista, tuvo que desplazarse con destino a los lugares señalados y, percatarse de cómo se estaban abordando estos asuntos. Al respecto, esto fue lo que vio. Para empezar, habíanse acondicionado como lugares de campamento, cuatro grandes explanadas adyacentes y en extramuros de la ciudad, llamada *Arimaqpampa*, ubicadas a la vera del gran camino que conducía con destino a la región de donde procedían. En dichas explanadas, cuidadosamente trazadas y señalizadas, encontrabanse grandes espacios de terrenos para: Habilitación de viviendas, ambientes para cocinas, instalaciones de agua y silos para evacuación de excretas, áreas de encuentro, callejuelas y otras exigencias mínimas que permitían cubrir las necesidades de cuantas personas conformaban cada delegación. Por su parte los visitantes, una vez tomado posesión de aquellos terrenos, que más tarde serían sus eventuales asientos, inmediatamente ocuparonse en habilitarlos; para ello y por lo visto, en previsión de lo que les esperaba, desde algún cercano lugar del viaje, habíanse provisto de lo necesario para construir y mantener su eventual morada. Con los dichos insumos, el primer día aún estupefactos de tanta maravilla como que era *Qosqo*, rápidamente: unos, se dedicaron en edificar las ramadas para viviendas, ambientes para cocinas, comedores, servicios higiénicos y otros, en instalar el suministro de agua, silos, calles, avenidas, caminillos, puentes y demás necesidades urgentes. Las damas, no se quedaban atrás, hicieron

también la suya, como preparar la alimentación y servirías a sus compañeros, asear los servicios y socorrer en tareas menores a sus varones. En suma, la acción solidaria y concurrente de hombres y mujeres, lograron levantar rápidamente cuatro grandes asentamientos, cada uno, para aproximadamente 125,000 personas peregrinas; obras que desde una perspectiva individual, habrían sido difíciles de concebir e imposibles de ejecutar.

Ahora que a nuestros huéspedes las tenemos asentados en las barracas recién construidas por ellos mismos, volvamos al centro de la ciudad donde la muchedumbre citadina, además, se prepara para participar en la realización de la primera actividad festiva del calendario. Al respecto, el lector no olvidará aquella pragmática ordenada por *Wiraqocha Inka*, quien tiempo atrás dejó establecido que los festejos se iniciarían con la *cacería colectiva o Chaqu*⁸⁴. En efecto, éste acto masivo, es el primer ritual colectivo que preludia al cambio de mando. Quien debe comandarla, es precisamente el futuro Inka *Wayna Yupanqui*. Esta vez, al mando de 50,000 personas, viaja con destino a la selva baja de la región oriental o *Anti Suyu*, desde donde empezarán a acordonar a la fauna silvestre para concluir en las praderas de las cordilleras del *Salqantay*. Narrar de cómo se realizó esta competencia, sin antes dar una breve explicación que permita a nuestros lectores conocer de qué trata este *Chaqu*, sería como hablar sobre la nada. Por dicha razón, permítenme hacer una pequeña digresión y explicar muy brevemente la filosofía, el objetivo y la forma de cómo se

84 Sistema de caza colectiva en la sociedad Inka, cuyo propósito era regular el desarrollo de la fauna silvestre.

realiza este sagrado deporte. Al respecto, a lo largo de este relato, el lector tuvo a bien de familiarizarse, sobre cómo el mundo tawantinsuyano conceptúa del universo, entendió además, que el hacedor del universo es el padre Sol o *Inti Yaya*, *Apu Ticsi Pachakamaq*, quien engendra vida en su compañera la *Pachamama* o madre tierra y, la naturaleza conformada por todos los recursos que sobre ellas subyacen como una gran familia que coexiste en armonía plena, por así decir. En pocas palabras, seres supremos absolutamente incluyentes, en la naturaleza todo, sin ella, nada. Desde el rudimento minúsculo de vida, hasta el ser humano, expresión más avanzada de la creación, coexisten, hermanados y en equilibrio. La primacía o hegemonía de unos, no sólo deviene en la extinción de los otros, sino que atenta contra la misma vida y perturba la pervivencia del universo. El ser humano, como el más perfecto, superior e inteligente, no sólo tiene derechos sobre su entorno, sino también, obligaciones ineludibles proporcionales a su perfección e inteligencia, el cumplir y hacer cumplir los mandatos divinos de la creación. Consecuentes con estos principios, en el presente caso, a lo largo y ancho de la tierra, donde los seres vivos sean de vida silvestre o doméstica se desarrollan, cumplen sus funciones vitales a su libre albedrío y, la intervención humana, es la de regular el crecimiento desmesurado de una o más especies que atentan contra el equilibrio natural. De modo que, la regulación de esta primacía, es una de las obligaciones vitales del ser humano, como tal, la intervención sobre la vida silvestre, se encuentra minuciosamente reglamentada y, sujeta a leyes, rituales y protocolos análogos al culto del Sol o a la tierra. La cacería o la pesca de animales

silvestres como actividad económica principal o secundaria a la vida del hombre, está prohibida bajo pena de muerte. Un ser viviente inferior en tanto no afecte la supervivencia de otro similar, no es artefacto del ser humano. La justificación es sencilla, el hombre criatura suprema de Dios, dotada de inteligencia para preservar el equilibrio de vida existente en el planeta, no puede aprovechar de esa superioridad, y servirse de la inferioridad de los seres a quienes protege. Es más, la captura individual de animales indefensos con fines alimenticios o recreativos, es sinónimo de ociosidad y crueldad, propia de sociedades retrógradas, quienes por su naturaleza atrasada, tienen como fuente de supervivencia, la inferioridad de la vida silvestre o, de aquellas sociedades holgazanas que con el mínimo esfuerzo se proveen de alimentos del día, sin poder desplegar sus potencialidades supremas que Dios les asignó para perpetuar su especie en un entorno de trabajo permanente. Por estas consideraciones, quienes se atreven matar un animal sin razón ni autorización, han de ser liquidados Ineluctablemente, ésta es la ley y las leyes, están hechas para cumplirlas y se cumplen sin mayor comentario.

Ahora que el lector tiene cabal conocimiento del control y protección de la vida silvestre y doméstica, entenderemos que el *Chaqui*, es precisamente la regulación colectiva que la sociedad inca, cada seis a siete años ejerce sobre la vida silvestre que vive a su libre albedrío. En otras palabras, bajo cálculos y mediciones técnicas precisas, se tiene conocimiento que en este lapso, la hegemonía de unas especies sobre las otras, llega a su umbral y hace zozobrar el equilibrio existente en el sistema biológico del ambiente. Precisamente para regular esta hegemonía, allí

donde se está convencido que el equilibrio es perturbado; las leyes obligan la intervención humana masiva. Consiste en que, una vez precisada el área de intervención que puede ser grandes extensiones de bosques, collados, sotobosques, páramos, mesetas, en fin, espacios donde efectivamente coexisten una biodiversidad amplia, se movilizan una cantidad de personas cuyo número, depende de la extensión del área objetivo. En este caso, hemos dicho que el Príncipe al mando de 50,000 fieles han intervenido la ceja de selva del *Anti Suyu*. Este contingente, provistas de bombos, tambores, matracas, cencerros, clarines, sonajas, pitos, en fin, cuanto elemento que pudiera tener efecto sonoro de espanto para los animales, entran en acción. Tal que a manera de una gigante ronda o manga humana, emitiendo gritos, silbidos y otras manifestaciones estridentes, bordean los espacios intervenidos y avanzan hacia un punto medio, arreando delante suyos a la fauna mayor, intermedia y menor, perturbada y espantada, hasta que en un momento dado, la gigante y bulliciosa manga humana va estrangulando el espacio intervenido en un lugar estratégico. En este caso, en las praderas del *Salqantay* a donde fluirán infinidad de animales y animalejos de todas las especies, sin posibilidad de huir o escabullirse del acecho humano. Allí, en esa trampa humana, los animales caen de igual, hurraños como los más dóciles, víctimas y victimarios, herbívoros y predadores, cuadrúpedos y reptiles, ágiles y pesados, machos y hembras, tiernos y viejos; en fin, asidos sobre algún refugio aparente, todos espantados y derrotados por la acción humana. En esta trampa, pese al pánico en el que están sumidas, es evidente notar entre los animales, esa diferenciación gregal inter específica que les permite

rápida­mente nuclearse en manadas de especies afines y de coexistencia pacífica. Así las indefensas como las *Vikuñas*, *Wuanakus*, *Venados*, *Vizkachas*, *Chinchillas*, etc., rápida­mente congregan­se en lugares alejados a sus seculares enemigos; en tanto los predadores como los *Pumas*, *Zorros*, *Gatos monteses*, *Osos*, *Zarigüeyas*, *Zorrinos*, *Tigrillos* y otros, como si estuvieren convictos de sus fechorías, con las garras tensadas y los colmillos amenazantes, prestos a morir atacando en jauría, arrimanse también entre ellos, esperando la decisión que los hombres tomaran sobre ellos. Cuando todo está acorralado para la regulación pro­piamente dicha, los hombres entran en acción aplicando la misma técnica, pero esta vez, en corros menores de personas, rodeanles a las manadas y, expertos en estos menesteres, provistos de sus instrumentos de trabajo, proceden primero a contabilizar el número de animales por especie, la cantidad de machos y hembras, tiernos y adultos, sanos y lisiados y, de acuerdo a las proporciones y cualidades preestablecidas, determinan el número de animales a sacrificarse. Por regla general, tratándose de rumiantes o roedores la demasia de machos adultos, hembras viejas, hembras lisiadas son sacrificadas y sus carcasas en grandes volúmenes se distribuyen entre la población como más adelante veremos. En el caso de animales de fibra y pelo, se aprovecha esta ocasión para esquilan­las. Tratamiento especial reciben los predadores, sobre todo las multiparas, éstas, por su naturaleza prolífica y el peligro que entraña su rápida multiplicación, machos y hembras son eliminados y sólo quedarán lo necesario como para preservar la especie. Esto es así, con las *Pumas*, *Tigrillos*, *Otorongos*, *Zorras*, *Zarigüeyas*, *Gatos monteses*, *Zorrillos*

y otras especies que no tienen mayor beneficio que su propia existencia. Concluida la faena del *Chaqu*, como que en nuestro caso terminó con una singular ceremonia de pago, ofrecida por el propio Príncipe *Wayna Yupanqui*, como acto de gracias al Astro Dios y a la Madre tierra en retribución a la prolífica ganadería que a manos llenas hoy, las disfrutarán. Detalle de esta ceremonia, sería largo enumerar, sólo referiremos que mientras el príncipe trabaja en sus ofrendas, la multitud aviva el ambiente con cánticos, hurras y baile de agradecimiento y alegría. Luego de terminar con sus ritos el príncipe, ordena que los mejores especímenes machos de cada animal útil al hombre, sean conducidas o transportadas en un ható, hasta una colina, por donde normalmente el astro Dios suele salir; allí, los reguladores sujetando entre sus musculosas manos a cada uno de los especímenes reproductores, cual si se tratara de personas, recomendandoles que como buenos machos, procreasen y cuidasen a su manada con firmeza y empeño que de ello dependería la supervivencia de sus especies y así, unos tras otros las iban soltando a su libre albedrío. Concluido este acto, recién el grueso de las manadas con animales: unas trasquiladas, otras señalizadas con cintillos en las orejas, rabos o teñidas en algún lugar del cuerpo, se soltarán en estampida a las praderas donde usualmente suelen pasar. Hechas la despedida de las manadas, vino la distribución entre la población participante, de los resultados de la saca para ser saladas, secadas y transportadas a la ciudad del *Cosqo*. En lo referente a las fibras y pelos esquiladas, como los cueros desollados, se ordenaron que sean trasladadas con destino a los almacenes correspondientes para ser utilizados con fines públicos.

Este proceso de intervención, si bien es una forma solidaria muy simple de lograr objetivos delicados, como es el preservar el equilibrio de las especies en el planeta; también, tiene sus propios rigores. Y estas, lindan fundamentalmente con la paciencia y el esfuerzo humano frente a la intemperie y lo agreste de los lugares por donde al grupo o grupos les cabe la suerte de trajinar. Son treinta largos días de bulla y avance lento, caminar tramos y tramos emitiendo gritos estridentes y en otros, sonando sus instrumentos de espanto, correr en praderas tendidas, reptar y escalar empinados abismos, cruzar caudalosos ríos, acampar, prender fogata, cocer alguna mazorca o un tubérculo, merendar y dormir allí donde cae la noche a sobre saltos sin descuidar de gritar o emitir las sonajas y al siguiente y subsiguientes días, con la misma rutina, sean éstas en lluvia o sin ella. En suma, son los rigores que exige el *Chaqu* que por lo mismo, se considera como una de las competencias más integrales que asocia los esfuerzos físicos, emocionales y los goces espirituales que la madre naturaleza brinda a la juventud.

Sorteadas de cuanto hasta aquí hemos relatado, el príncipe *Wayna Yupanki* y sus 50.000 acompañantes, volvieron a la gran ciudad, transportando los resultados de aquella caza masiva. Sobre si cuántas *Vicuñas*, *Guanacos*, *Ciervos*, *Venados*, *Suris*, *Vizkachas*, *Siwayrus* o ronzones, *Chinchillas*, etc., se registraron y cuántos de estos se sacrificaron o se trasquilaron ya no detallaremos, tampoco precisaremos la cantidad de: *Pumas*, *Zorras*, *Zarigüeyas*, *Tigrillos* y otros predadores contabilizados y eliminados. De estas tareas, se ocuparon técnicos cuyas funciones precisamente son llevar al detalle el acervo de

la vida silvestre en todo el imperio. Con esta aclaración, sólo referiremos que cuando la expedición de cazadores llegó y entró en la plaza central de la sagrada ciudad, una muchedumbre de habitantes presididas por el anciano Inka *Wiraqocha* esperaban este arribo y en efecto al llegar el príncipe, presentó sus saludos, informó de la misión que habíale encargado y, como resultado de ese trabajo, entregó simbólicamente en manos del Inka un atado grande, conteniendo un animal recién degollado que a la vista, mostraba una majestuosa cabeza de ciervo viejo vistosamente cornamentada y desde allí, ordenó a sus lugartenientes de faena, que hicieran lo que les correspondía hacer. Al momento, los 50 mil acompañantes en estricto orden, depositaron sobre una plataforma fabricada con este fin, las porciones de carcasa seca-salada que allá en los campos de cacería se las entregaron para transportar. Al concluir la entrega de las porciones, una inmensa ruma o conjunto de rumas de carne seca-salada yacía al costado de la plataforma ceremonial o *uznu* de la ciudad. Fue entonces, cuando resonaron los tambores, bombos y clarines anunciando que algo trascendental iba a ocurrir y en efecto, el anciano Inka *Wiraqocha* dejando atrás su butaca, se dirigió a su multitudinario pueblo, para agradecer previamente la asistencia multánime y solidaria de quienes desde los más remotos lugares y con mucho sacrificio habían llegado a esta sagrada ciudad del Sol y que el sacrificio, valló la pena, ya que en ese preciso instante, se daba inicio a la conmemoración de dos grandes acontecimientos importantes para los destinos del imperio Inka. Dejó indicado también, que él, el Inka, había ordenado que estas festividades se iniciaran precisamente con la

realización de una de las más grandes cacerías de la historia y que el futuro gobernante, como muestra de cariño paterno, debiera de presentarse ante su futuro pueblo con algo concreto, producto de su esfuerzo y la de sus coetáneos. Como que en efecto esto fue así, la gigante ruma de carne seca-salada que al lado suyo yacía, eran los resultados de aquel esfuerzo y que llegado el momento, todo el pueblo las disfrutaría de este presente. Para finalizar su intervención el Inka, dio a conocer el programa general de festejos y que al día siguiente, entrarían en acción los jóvenes con las competencias deportivas, luego, actividades culturales y los días centrales del culto al Sol, el casamiento y la coronación. Finalizada su intervención, el Inka aún en el atrio, tomó en sus manos una gran bandeja conteniendo esta vez el degollado de ciervo aquel, seccionado en partes iguales y las distribuyó entre los dignatarios de su entorno. Luego, acompañado de su hijo, bajaron por la escalinata del *Uznuy* se dirigieron rumbo a las rumas de carcasa. Allí, *Wayna Yupanki*, con singular reverencia, entregó a su padre Inka en una bandeja de oro una porción de carne seca-salada de la ruma. Seguidamente, multitud de jóvenes *Aqllas* o escogidas, comandadas por la *Nusta* o princesa *Anawarki*, distribuyeron la dotación de carne seca-salada entre todos los asistentes a la ciudad del Sol, que sumarían más de medio millón de personas, quienes sin distinción de edad, ni sexo, recibieron su ración y a la vez, fueron también los mismos, quienes cual si tuvieran en la mano una remesa preciada, dieron pábulo al efluvio de gozo y satisfacción multitudinaria que caracterizó al inicio de la fiesta. Esta efusión, era natural y justa, el rédito del esfuerzo solidario de toda la sociedad, como que resultaba la cacería

colectiva, se compartía entre todos los asistentes del pueblo; es más, esa porción de carne de caza, por muy pequeña que ésta fuera, era un regalo que la madre tierra extendía a sus hijos, como tal, una bendición que haría agradable y nutritiva a los alimentos y a la vez, saboreadas con esa satisfacción hasta por el último miembro de la familia.

Finalmente, por lo narrado hasta aquí, este día, prácticamente fue un día dedicado a la familia y el mayor trabajo, le cupo realizar a la princesa *Anawarkí* y las damas escogidas para esta tarea, quienes por la enorme cantidad de personas a las que había que repartir su ración correspondiente, laboraron hasta casi al anochecer. A esa hora también, concluyeron las actividades del día.





XVII

Las competencias deportivas anunciadas, entraron en acción, no sólo movilizando a los deportistas que arribaron desde remotas y lejanas regiones, sino también, a toda la gente del imperio. Aquella mañana, agitada como todos los días festivos, la ciudad amaneció con escuadrones de deportistas que en forma ordenada, sincronizada y bien uniformados ellos, presididas por sendas escoltas, enarbolando multicolores pendones y seguidas por músicos, directores técnicos, equipos médicos, en fin, con toda la logística necesaria se dirigían a sus respectivos emplazamientos.

El punto de concentración se denomina *Fimaqqampa* y será allí, donde los miles de atletas, derrochen sus potencialidades deportivas; es un lato complejo acondicionado para actividades deportivas y productivas en competencia. Está ubicada al nor-este de la ciudad del Sol, en ella, yace una sobria infraestructura deportiva que a la distancia, muestra sus galanas instalaciones fabricadas, medidas y señalizadas con precisión para cada rama deportiva o actividad en competencia. Allí están, los de gimnasia, con sus taburetes, barras, paralelas, caballetes, cuerdas tensadas sobre postes de madera plantadas y otros artefactos más. De igual modo los de

resistencia, dotadas de infinidad de vallas y obstáculos, simulando puentes colgantes averiados, escaleras de sogas, cuerdas gruesas suspendidas a gigantes paramentos para ser escalados, pasamanos untados con grasas y estércoo, argollas de madera recubiertas con sustancias inflamables suspendidas en gigantes parantes, piras de leña prestas a ser encendidas y sorteadas; bloques de piedra o de plomo para ser levantadas, troncos de madera caprichosamente colocados en desorden; pistas de carrera, caminos escabrosos con destino a cordilleras elevadas, en fin, cuanto deporte se practicaba en el imperio, tenía en *Aimaqpampa*, un espacio apropiadamente equipada y esperaban expeditas el accionar de los deportistas.

De modo similar, más allá de aquel complejo deportivo y en extramuros de la ciudad, existe otra infraestructura, destinada a las competencias productivas; allí, previamente están preparadas y señalizadas las instalaciones para las tareas en concurso, tales como: canteras de rocas con diferentes usos, terrenos con pendientes abruptas, aptas a ser transformadas en terrazas o andenes de diversa función, ojos de manantes para captar y conducir el agua mediante canales e irrigar espacios incultos, terrenos pedregosos, cultivos en crecimiento sobre suelos en pendientes y planos para ser regadas y medidas la eficiencia del riego, grandes extensiones de cultivos en estado de cosecha con áreas que cegar, trillar, escarbar tubérculos, seleccionar. En suma, cuanta actividad agrícola entraba en competencia para mejorar la tecnología y hacer más eficiente la producción y productividad encontrabase allí prevista.

En la dicha infraestructura deportiva, la competencia más grande del imperio Inka, se iniciará hoy; más de quinientas mil personas entre deportistas, acompañantes y observadores, a su modo, harán vibrar la explanada de emoción, llanto y alegría. Nuestro interés es narrar al detalle el desarrollo de dichas competencias; pero, humanamente resultará imposible relatar todos los hechos como se quisiera y esto, por la sencilla razón de que el cronista, no tiene el don de ubicuidad para captar al instante todas y cada una de las actividades de los eventos, tampoco cuenta con los recursos narrativos como para expresar el discurso de muchos hechos que ocurren al mismo tiempo. Con esta salvedad, en adelante, resumiremos lo más notable de lo que vino en ocurrir durante estos 20 días de competencias deportivas y agrícolas realizadas en *Hirnaqpampa* y alrededores.

Con esta aclaración, el primer día, antes que el soberano Inka *Wiraqocha* y su corte se hicieran presentes en el campo de las competencias, los deportistas, luciendo sus vistosos trajes ya conocidos por nosotros y, formados en columnas e hileras, preestablecidas, aguardan en sus emplazamientos la inauguración. Este emplazamiento, visto desde arriba y en conjunto, es prácticamente una inmensa alfombra humana en el que las columnas e hileras de deportistas trajeados con los colores característicos de cada delegación o región, configuran un tejido humano, donde claramente se podía distinguir tramada la figura de un gigante *tukapu* o cruz con las puntas orientadas hacia las cuatro regiones del imperio. En las cuatro puntas de la figura, estaban emplazadas las delegaciones correspondientes a cada región y en el centro geométrico,

habíase edificado en alto relieve un atrio o *uznu* de forma circular, sobre las que yacían dos grandes butacas sobriamente adornadas con oro macizo y pedrerías. De esta plataforma, descendía o ascendía de acuerdo al lugar de ubicación del observador, cuatro escalinatas anchas que coinciden con las cuatro puntas del gigante *tukapu* humano. Al contorno de la parte baja de este atrio o plataforma, una pléyade de deportistas debidamente uniformados con trajes de sobrios matices, procedentes del entorno imperial presididas por el príncipe, encontrabanse emplazados y esperando la presencia de su Majestad. La presencia del Inka en *Rimaqpampa*, no se hizo esperar y fue el estrépito de los instrumentos entonados por músicos de las diferentes delegaciones, las que anunciaron que el soberano Inka y su corte, ingresaban por entre una de las callejas de aquella formación humana y se dirigían al atrio ya descrito. Tomada posesión de la butaca, su conocida bronca voz de saludo y beneplácito, retumbó sobre la explanada. Hurras y vivas de la muchedumbre para el soberano Inka *Wiraqocha*, fue momento también, para que de lo enmarañado de esa multitud, un apuesto, como fornido atleta se hiciera presente ante su majestad, pidiendo permiso para dar inicio a la fiesta deportiva. La solicitud, fue resuelta en el acto; que desde el mismo atrio, el joven atleta con una voz más portentosa que la del Inka, ordenó el inicio de las competiciones. Quien así se dirigía a los deportistas, era el príncipe *Wayna Yupanqui*. Luego, tomó asiento en una de las butacas acondicionadas con este fin, desde donde presidirán el desarrollo subsecuente de estas actividades. Desde aquel momento, las competencias deportivas y productivas, se desarrollaron cada una bajo sus propias

p Particularidades y reglamentos; sin embargo aquí, este cronista cree necesario hacer una aclaración de principio y lógicamente deviene en una pequeña digresión a nuestro relato y está relacionado, al carácter que tiene el deporte en la sociedad tawantinsuyana. Al respecto, pese a las especificidades en el que cada rama deportiva se desenvuelve, un marco general de conducta humana acorde a la naturaleza de la sociedad, rigen a todas las competencias que se realizan a su interior. El deporte, se entiende como una actividad humana supeditada a la propia naturaleza solidaria, participativa y productiva del hombre en un entorno de coexistencia armónica y pacífica de la sociedad. Todo ser humano en su vida cotidiana, practica el deporte y derrócha energías para lograr objetivos concretos de supervivencia; como creatura de nuestro Dios El Sol, *Apu Ticsi Pachakamaq*, es miembro de un universo incluyente y como tal, por creación, es trabajador, honesto, saludable, solidario y participativo. Como el deporte es una de las variantes del trabajo vital, la competitividad, se mide en función a objetivos sociales más no, individuales. Por ello, el lector habríase dado cuenta que cuando se hizo referencia al complejo de *Rimaqpampa*, se diferenció la infraestructura deportiva en dos espacios de competencia: las deportivas y las productivas. La primera, practicada por todos los habitantes del Imperio y entran en competencias cada año, desde los 15 hasta cumplidos los 20 años de edad; la segunda, vale decir las competencias agrícolas, entran en acción, los mismos jóvenes, más los adultos, incluyendo expertos y directores, pero, de acuerdo al grado de especialización en la producción agrícola de la región a la que representan.

Las competencias deportivas tienen como objetivo, lograr el desarrollo integral del hombre como el protagonista central de la vida en un universo incluyente. Los triunfos y lauros conseguidos en estas competencias, corresponden al conglomerado social al que representan, más no a la individualidad. Los logros de la individualidad en una competencia, por muy espectaculares y fenomenales fueran estos, no tienen sentido sin la correspondencia en el conglomerado social del que forman parte, pues se consideran como hitos casuales no válidos para medir el desarrollo integral de la sociedad; pero sí, como métodos de emulación para el desempeño, avance y desarrollo del conglomerado social. Los campeones individuales en cada rama deportiva, tienen sentido cuando están entrelazados a la comunidad al que representan y desde luego, serán sujetos de emulación y líderes de la comunidad de donde proceden.

Aclarado esta cuestión de fondo, volvamos a *Rimaqpampa* donde nuestro padre Inka *Wiraqocha* y el futuro sucesor, acaban de autorizar el inicio de las actividades deportivas y vienen observando con detenimiento el desempeño de cada una de las delegaciones en competencia. Pues bien, las competencias abrieron su telón, con el desarrollo de prácticas deportivas comunes. Se inició con la modalidad de carrera en velocidad, participando en esta lid, multitud de atletas representantes de los cuatro *suyus* o regiones. Concluida aquella primera meta, esta siguiente, permite medir destrezas y aguante, como tal, son obstáculos y vallas los que cada atleta tiene que sortear; serpenteando mojonos, zanjas, honduras y otros obstáculos, cruzan

supuestos ríos caudalosos sobre precarias sogas o maderas, escalan empinados abismos tensados con ligeros cables o en escaleras de sogas, brincan sobre piras de leña ardiendo, luchando contra centellas incandescentes y flameantes. En suma, los atletas en este trañín, pasan estas vallas y aparecen otras tantas, más rudas como el transportar en grupos o individualmente pesados troncos, piedras, pedrones, en fin, en esta dinámica, los deportistas de acuerdo a su rendimiento poco a poco, van autoeliminándose o seleccionando de acuerdo a estas circunstancias objetivas.

En este fragor, es usual también ver a enfermeras o enfermeros asistiendo a atletas heridos, desmayados, fracturados y extenuados; aún así, pesaba más el honor de su familia, pueblo, nación o región que su deprimente salud, sin importar aquellos magullones y heridas, creyéndose aun con fuerzas y vigor, seguían el curso de la competencia con la misma velocidad y empeño. Y así, inmersos en aquellos rigores, las competencias, duraron exactamente cinco días. Sin embargo, al interior de estos "cinco largos días", cada día que transcurría, se desarrollaba una o dos nuevas ramas deportivas y en ese lapso, aún no se podía percibir ganadores ni perdedores, pues los que ayer ganaron una meta, podían hoy mostrar un pésimo performance, mañana recuperar y pasado volver a retrasarse, de modo que hasta el final no se podía inferir de antemano ganadores. Es más, el día cinco, era la fecha clave, porque en ésta, concluían los eventos del deporte común; ganaba la gran competencia, aquella delegación que este día, llegaba primero a la meta y al punto de partida. Con lo dicho, veamos lo que

precisamente vino en suceder ese día de la gran definición. El deporte dirimente, fue la carrera de fondo con destino a las cumbres de cuatro cordilleras equidistantes al centro de *Rimaqpampa*. Con dirección a esas metas, largaron los atletas de las delegaciones que aún no habían defenestrado en las lides anteriores, que más o menos quedaban en competencia mil deportistas por región. Los deportistas de la delegación *Anli*, se dirigieron con rumbo a la cordillera del este, los *Oqollas* hacia la cordillera del sur, los *Chinchas* con destino al norte y finalmente los *Qqontis* a la cordillera del oeste. Las cumbres de cada cordillera, eran las metas parciales y la meta final, el punto de partida. En cada meta, esperaban sendos clarineros prestos en anunciar la llegada y como señal de llegada a la cumbre, dejarían izadas el pendón de la región al que representaban, para luego volver con las mismas al punto de partida o meta final. Así, cerca de cuatro mil atletas, arañaban los escarpados y pedregosos caminos hacia las cumbres. Entre tanto en *Rimaqpampa*, la muchedumbre desde el Inka, el Príncipe y todo los fieles, turbados ellos de emoción y atenuados por sobrias melodías de queñas, tarqqas, antaras, sikuris, bombos, tambores y sonajas, asociadas con prodigiosas voces femeninas y masculinas, acrobáticas y vistosas danzas, divisaban o miraban cada cordillera, tratando de reconocer en las faldas de las cuatro cumbres, la difusa mancha humana que lenta o raudamente ascendían hacia sus metas y no conformes quizás con sus lejanas visiones, esperaban la sorpresiva clarinada que daría finalmente pábulo a la alegría de sus adherentes como también, desilusión de los otros. La emoción cundía esperando por cuál de las cumbres de la gran ciudad, llegaría la primera clarinada. Prácticamente

este anuncio, era la antesala del gran triunfo, salvo algún percance extremo en el retorno, aún así, tenían asegurado el primer puesto, pero, compartido con la delegación que llegaría primero al punto de partida. Esta vez, para alegría de unos y desilusión de otros, la clarinada llegó desde el occidente. Eran los *Oqontis*, quienes desde las cumbres de la cordillera: *Apu Sawrikalla*, emitían la voz del triunfo. Ellos, habían llegado y dejaron izada su pendón. Instantes después, los *Antis*, *Chinchas* y *Oqollas* casi al mismo tiempo, hicieron resonar también sus clarines desde las otras tres cumbres, señales que indicaban que una parte de la meta había sido cumplida. Consecuentemente los fondistas, se encontraban en retorno rumbo al punto de partida. Pese a la justa y natural alegría de los *Oqontis*, según los reglamentos, la competencia aún no tenía ganadores absolutos; se esperaba el arribo de los atletas en el punto inicial de largada, ésta, era la meta final del evento. Los primeros atletas que sorteando los obstáculos ya conocidos por nosotros, logren presentarse ante del Inka y Príncipe, serían los campeones del evento y como corolario a la nación que resultare ganador, en el mismo acto, el futuro Inka distinguiría con un premio que sólo él, podía saber de qué se trataba. Como en toda competencia, no puede obviarse la presencia de muchísimas agraciadas damas cargadas ellas de sendas tinajas de refrescos para los agobiados atletas y a otras tantas jovencitas, portando guirnalda y presentes para distinguirlos y homenajear a sus campeones.

En una competencia que movilizaba a más de quinientas mil personas, era difícil que el arribo a la meta final, sea tan sorpresiva como esperaba la emocionada

multitud. Como es natural, las gentes, sobre todo los muchachitos, inquietos de saber de cuanto ocurría a los fondistas allá en la ruta, no reparaban esfuerzo ni recursos para posesionarse en lugares más espectaculares desde donde sea a gritos, señas o enarbolando pequeños banderines comunicaban intermitentemente a la muchedumbre anticipando a los espectadores, que eran los tales o cuales, quiénes se aproximaban a la meta. Cuanto más pertinaces eran los anuncios de los ocasionales "vigías", tanto más crecía la emoción colectiva de la población, hasta que finalmente llegó la primera delegación de atletas y resonó el clarín anunciador, se confirmó lo que la población desde ya venía festejando. Los *Qqontiso* atletas del *Qontisuyu*, demostrando el vigor físico con los que habían logrado alcanzar la meta tan preciada y sin ocultar aquella inmensa algazara de triunfo y alegría, entre hurras, vivas, aplausos y lluvia de pétalos ingresaron como campeones o *Qollanas* a la meta.

Sin duda, habían ganado la gran competencia, tras ellos como era de esperar, llegaron también casi juntos, los *Qollas*, *Antis* y *Chinchas*. Los jueces, inmediatamente dieron cuenta de los resultados al Gran *Wiragocha Inka Yupanki* y a su hijo *Wayna Yupanki*, quienes desde el estrado central en el que se encontraban, cumpliendo con las rituales que el caso merecía, confirmaron a los ganadores y distinguieronles como los campeones del imperio o *Qollanas*. El príncipe, en estricta sujeción a los rigores del protocolo, cumplió en otorgar la mayor distinción prevista para quienes resultaron campeones de este evento. Declaró a los de *Antamarca*, por ser estos quienes encabezaron a la delegación ganadora, como los anderos

titulares de su majestad, función que empezaría desde el mismo día en que el hijo del Inka, tomara posesión del imperio y concluiría en los últimos días de existencia de éste. Era el premio mayor por el que miles de jóvenes atletas, habían derrochado energías y emociones; a los atletas de las otras regiones que por pocos no llegaron, igualmente las asimilaron como soldados del ejército imperial.

Después de esta ceremonia, la alegría de quienes esperaban impacientes en *Rimaqpampa*, hizo explotar el ánimo popular en vivas y clarinadas: ¡Hurra y viva para el más grande *Wiraqocha Inka*! ¡Hurra y viva para el Príncipe!. ¡Viva el pueblo *Antisuyu*!. ¡Viva para el gran pueblo del *Tawantinsuyu*!. Era el grito unísono que retumbaba en la gran explanada y no sólo allí, sino también en todas las comarcas hasta donde irradiaba la clarinada de los *Qqontis*. Finalmente al atardecer del día quinto, lapso en el que se produjo aquella fiesta deportiva, concluida la ceremonia y con anuencia del Inka: *Qqontis, Qqollas, Antis* y *Chinchas*, unidos todos por la satisfacción de haber brindado lo mejor de su juventud al servicio de la sociedad, volcáronse a festejar los resultados de esta primera parte de la competencia y *Rimaqpampa* o la explanada bulliciosa, esa tarde, hizo honor al nombre que llevaba, con frenesí y derroche de música, canto y danza. Quedando por lo tanto suspendidas las competencias productivas para el octavo día.



XVIII

A diferencia de las competencias deportivas comunes, cuyas secuencias tuvimos a bien de narrar atrás; esta otra a las que en adelante asistiremos y trataremos de resumir su desenvolvimiento, será una competencia distinta. Aquí, se evaluarán además, la economía del tiempo y recursos, el grado de utilización de la ciencia, la técnica, el arte, el talento, la destreza, la habilidad y la participación solidaria de hombres y mujeres al servicio de tareas productivas de las que depende el estancamiento o avance de la sociedad tawantinsuyana. La actividad agrícola.

A este respecto, en su oportunidad comentamos sobre la infraestructura productiva acondicionada para esta competencia; esta vez, añadiremos que en lo basto de aquel gran espacio de *Rimaqqampa* y extramuros de la ciudad, habíanse señalado cuatro sectores de terrenos con características topográficas y agroecológicas más o menos parecidas y contiguas, donde cada delegación, desarrollaría las tareas señaladas para la competencia. Estos sectores, estaban ubicados en un lugar denominado *Tipón*, el que se caracterizaba por mostrar lugares extremadamente escarpados, de pendientes abruptos y carentes de agua cercana. Por lo visto, más allá del objetivo

central de esta competencia, el propósito también era incorporar a la agricultura, aquellas tierras incultas en sólo quince días que duraría la competencia. Como esto era así, la primera prioridad de la competencia, se refería a la ampliación de la frontera agrícola. Dicho en otras palabras, no sólo era habilitar una captación de agua, trazar y construir un canal o canales y sus acueductos, para dejarlo allí funcionando, aunque estas tareas por su propia naturaleza eran desde ya titánicas, sino, lo más trascendental y sacrificado, era hacerlas cultas aquellas nuevas y accidentadas tierras, vía construcción de grandes terrazas de plataformas anchas y angostas, muros de contención en las partes bajas y, recuperar tierras sobre lechos de ríos y panatanos, aplicando para cada caso, prácticas constructivas, hidráulicas y agronómicas apropiadas. Precisamente en ello, consistía esta competencia; vale decir, quién o quiénes, hacen lo mejor de lo mejor con lo mínimo de los recursos y en el menor tiempo. De modo que en sólo quince días, las cuatro delegaciones participantes, cada cual en el sector previamente asignado y con sus propios recursos, transformarían aquellas agrestes colinas en paraísos de fértiles tierras acondicionadas sobre grandes y sinuosas plataformas edificadas con rigor científico, técnico y artístico, donde el líquido elemento y la fértil tierra, serían cultivadas y administradas con amor y respeto para bien de la humanidad.

Para hacer realidad de cuanto hasta aquí se dijo sobre este asunto, al amanecer del día ocho de las competencias, en cada uno de los cuatro sectores de aquellos terrenos irregulares señalados en *Tipón*, habíanse subdividido en

siete sistemas de trabajo que entrarían en competencia: 1) captación de agua para riego, 2) trazo y construcción del canal principal, 3) trazo y construcción de canales de distribución y obras de arte, 4) canteras y suministro de piedras labradas, 5) edificación de terrazas o andenes, 6) habilitación de tierras en lechos y pantanos y 7) manejo del agua y prácticas de cultivo. Las seis primeras actividades, eran de ejecución paralela, como tal, contándose con los diseños correspondientes, cada grupo de trabajo haría lo suyo independientemente como tarea específica; en cambio, la actividad siete entraba en acción, cuando todo el sistema agrícola esté perfectamente interconectado, como prueba de funcionamiento y control de calidad.

A diferencia de la anterior competencia, esta vez, la concentración de los participantes, no precisamente fue en *Rimaqpampa*, sino, en un lugar denominado *Wasaw*, allí, desde muy de mañana las delegaciones de los cuatro *Suyus* o regiones, con sus siete grupos de trabajo de a dos mil jóvenes cada uno, monitoreados por sus *Qqollapas* o campeones, entre mujeres y varones, esperaron el inicio de las actividades. Por lo visto los concursantes, no sólo estaban informados al detalle de las tareas que se les tenía asignado en la competencia, sino también, provistos de cuantas herramientas eran necesarias para cumplir con la meta en los días señalados. El inicio de la competencia, no tuvo más formalidad que la ofrenda al Sol, celebradas por el propio *Inka Wiraqocha*, secundadas por el príncipe, sacerdote, asistente de éste y las ritualizaron en el preciso instante cuando el astro Dios, esparcía sus primeros rayos sobre las cimas del *Apu*



Awqanqats, es decir, muy de mañana. Un pago a la Madre tierra o *Pachamama* y después una arenga del anciano soberano dirigida a la muchedumbre trabajadora, fueron las únicas intervenciones. Esta vez la arenga, a diferencia de sus elocuentes discursos de siempre, consistió en directrices y precisas recomendaciones técnicas sobre la aplicación correcta de sus conocimientos en mejorar la producción y productividad agrícola, el empeño que deberán depositar en lograr la mejor calidad en obras, economía del tiempo y recursos, cuyos resultados de manera inequívoca constituirían los nuevos paradigmas sobre las que en adelante el nuevo Inka, emprendería. Seguidamente, antes de concluir el soberano con su intervención, recalcó una solidaria, dinámica, equitativa y alegre participación en los trabajos que a cada cual le correspondía realizar, pues la madre tierra, eso esperaba de sus hijos. Si ésta en verdad es una competencia, enfatizaba el Inka, pero sus resultados, no serán para galardonar una, dos, tres o más personas, sino, para lograr de la tierra, los más vigorosos frutos que alimentarán y darán vida a miles de personas. Dicho este discurso *Wiraqocha Inkay Wayna Yupanki*, tomaron cada uno sus herramientas con las que, personalmente procedieron a abrir una zanja, como señal de inicio de la competencia. No bien se produjo este acto ejemplificador, las delegaciones de las cuatro regiones en competencia, organizados en veintiocho grupos de trabajo, cada uno conformado por dos mil braceros, veinte *Oqollanasy* dos sabios, enarbolando sus pendones y distintivos característicos, emprendieron a posesionarse del sector señalado y empezar con la tarea asignada. Desde aquel instante, en los sinuosos y abruptos espacios de *Tipón*,

cuatro espectaculares escenarios de trabajo y competencia se mostraron en el ambiente; allí, el trabajo de más de cincuenta y cuatro mil personas, en forma ordenada, dinámica, sincronizada, mancomunada y sostenida acción, procederán en cambiar esa áspera e irregular fisonomía de una montaña que hasta aquel momento era aún un erial caprichoso de la naturaleza. Sin duda, observar y narrar de cuanto ocurrirá en el transcurso de los quince días que habrá de durar esta impresionante competencia, obligaría desde ya, escribir un tratado especial tal que permita al cronista, exponer todos los detalles científicos, técnicos, artísticos y sociales que cada delegación o región concursante, venía utilizando en la construcción de los sistemas productivos que como meta les cupo accionar; pero, si esto se entendiera así, este trabajo como tal, dejaría de ser un relato para convertirse en un compendio de sistemas geodésicos, constructivos, arquitectónicos, hidráulicos, agronómicos y quizá artísticos que cada delegación concursante impondría a sus trabajos con el afán de constituirse en los mejores y destacados hombres del *Tawariltinsuyu*. Como éste no es el propósito, dejemos más bien a los especialistas, quienes con suficiente autoridad científica y técnica explicitarán en su oportunidad aquel bagaje de conocimientos y prácticas. Más bien, sigamos con nuestro relato indicando, una vez que el Inka y su hijo, ejecutaran aquel primer trabajo de honor, cuatro *Qqollanas* de las cuatro delegaciones en competencia, cada cual con sus catorce mil braceros en el espacio que les correspondía, emprendieron con los trabajos. Con este fin, distribuyeron su contingente según la experiencia y especialidad que poseían en sendas brigadas de a dos mil cada una.

El primer día como los subsiguientes, fue impresionante observar el intenso movimiento y esfuerzo de las diferentes brigadas en sus frentes de trabajo. El día uno, se dedicaron exclusivamente a realizar tareas preliminares como: trazos, habilitación de trochas y caminos a los puntos centrales de las obras; en los siguientes días, ocuparonse en la construcción de captaciones de agua, canales y obras de arte, de extracción y esculpido de piedras de acuerdo a los requerimientos de las brigadas conexas, movimiento de tierras, edificación y habilitación de plataformas o andenes según sea el caso. En suma, observado desde el enfrente, como que era la función del cronista, aquello era pues, nada menos ni nada más que un enjambre de hormigas donde todo era movimiento y acción. Hombres que según a la especialidad asignada, unos en las canteras, provistos de sus herramientas, cortaban rocas, las esculpían y distribuían a quienes rápidamente transportaban las piedras moldeadas con destino a las obras que las requerían, otros, en las captaciones de agua, canales, terrazas o camellones, cavaban zanjas, cortaban elevaciones sobre tierra suelta y rocosa, para que dichos materiales de desmonte las trasladasen sobre sendas parihuelas hacia lugares precisados por sus superiores. O aquellos otros, en las que próximamente serían los canales, obras de arte y terrazas, accionaban inmensas moles de rocas para asentarlas como cimientos y construir sobre dichas bases, los muros de contención, rellenarlas con material orgánico y fabricar sobre esas estructuras los andenes. Las damas para atender a sus hombres, con un sentido práctico, preciso y solidario, muy propia de ellas, ordenadas según a las exigencias de la fatiga, el hambre

y la sed de sus varones, cada cierto tiempo, grupos de mujeres ataviadas ellas en sus espaldas de raciones calculadas de desayuno, almuerzo, cena, chicha u otros refrescos, fluían al canto de las obras y allí, los varones trabajadores mitigaban su sed y el hambre, para luego con las mismas, volver a sus tareas en curso. Mientras los varones descansaban y refrigeraban, las mujeres, sustituían a sus hombres en accionar tareas ligeras y ceñidas a su género. Aunque hubo naciones como las de *Machaqmarka* de los *Qqollas* y *Pakapausa* de los *Qqontis*, quienes, percibiendo indicios de algún retraso en las metas, ellas, entraban en acción; acomodabanse sus largas cabelleras, arremangaban las polleras y tan igual que los varones a trabajar se dijo. No está de más indicar, la presencia de supervisores o *Tukuy Rikuq*, quienes provistos de sus instrumentos de mensura o prueba a medida de cómo avanzaban las obras, seguían con esmero y talento técnico, verificando medidas y especificaciones técnicas, detectando fallas y corrigiendo errores en cada uno de los procesos constructivos. En este obraje total, la presencia inopinada del anciano *Inka Wiragocha* o el Hijo, tenían prácticamente, efectos tonificantes que avivaba la pujanza de los hombres y su consecuente reflejo en los avances concretos de las obras; significaba también, inquietud y preocupación por algunas omisiones involuntarias o negligencias en sus obras. Así, durante "quince largos días", casi sesenta mil personas distribuidas en cuatro frentes de competencia, trabajaron denodadamente con la idea fija de poner en alto el nombre de su nación y región; a la vez, con la aspiración de ser declarados por el nuevo Inka, como los *Qqollanas* o campeones de la producción y productividad.

Evidentemente, quienes percibían con bastante emoción y claridad los avances físicos de las obras como los cambios substanciales que se manifestaban en la fisonomía de *Tipón*, eran las mujeres. Ellas, en sus afanes continuos de asistir a sus hombres, veían libre y fríamente, cuál de las regiones avanzaba más y cualitativamente qué obras eran las que mejores apariencias mostraban, ciertamente estas apreciaciones, no quedaban en los adentros de las damas, sino, rápidamente llegaban a las orillas de las obras y allí, al tiempo que saciaban su sed o hambre de sus hombres, transmitíanles con minuciosidad las debilidades y avances de sus compañeros adversarios y sin duda impelíanles a seguir adelante.

El cronista, obligado por la función y naturaleza de su trabajo, tuvo que elegir una atalaya aparente de donde podía ver al detalle, de cuanto ocurría en los cuatro frentes. Así podíase distinguir con claridad, cómo los *Antis*, desde lejanas faldas de una cordillera denominada *Pachatusán*, extenuados, afanosos y siempre henchidos de alegría, construían sus canales pétreos que conducirían el líquido elemento hasta unos bancales, donde paralelamente otros hombres, fabricaban las terrazas correspondientes. También a la distancia, se podía ver, a los *Qqollas* y *Chinchas*, quienes habían elegido como fuente de captación, un mismo río denominado *Saqramayu* o río del demonio; los primeros, para incorporar mayores extensiones al riego, habían ubicado la captación en la parte más alta y los segundos, aguas más abajo. Desde allí, cada delegación concursante avanzaba con sus obras de conducción hacia *Tipón*. Llamaba la atención también, la imaginación y el inmenso trabajo derrochado por los

Chinchas; quienes, para plasmar su planteamiento hidráulico e irrigar mayores superficies, habían previsto que el canal principal cruzara desde las faldas de una cordillera a la del enfrente; para sortear la hendidura, que prácticamente era un valle, miles de braceros venían fabricando un monstruoso puente pétreo por cuya plataforma, discurriría a faudales el líquido elemento. Del mismo modo, podíase también observar el trabajo de los *Oqontis*, quienes en su planteamiento hidráulico, habían elegido otra alternativa de captación; transvasar las aguas de una microcuenca a otra, para ello, desviaron el río *Wanka* en la altura cordillerana de las faldas orientales del ya conocido por nosotros *Pachatusari*, desde allí, derrochando altos conocimientos de geodesia, hidráulica, construcción y desafiando empinados y vertiginosos abismos, lenta y sostenidamente venían construyendo sus canales, puentes, acueductos, disipadores de energía, rápidas, en fin, cuanta obra era necesaria para hacer llegar agua hasta los resecos páramos del *Tipón*. Finalmente, conforme a las disposiciones del reglamento, al atardecer del día quince, cuando precisamente los trabajadores de las cuatro delegaciones; unos que en el tiempo previsto habían logrado sus metas y otros, quizá faltando algunos detalles mínimos que arreglar, trabajaban presurosos para mostrarlos como obra acabada.

El resonar de aquellos clarines ya conocidos por el lector, comunicaba que la competencia había concluido y que todo el mundo dejara sus trabajos en el estado en que se encontraban. Y en efecto, eso fue lo que hicieron. Al rato, una comisión calificadora presidida por *Wirraqqocha Inka* y *Wayna Yupanki*, conformadas por cuarenta y dos

expertos o *Amaw'tas* y veintiocho representantes de los concursantes, siete por región, procedieron a evaluar los sistemas productivos resultantes de los trabajos de la competencia. Ello, significaba que esta comisión, hicieran un recorrido y como que recorrieron cada uno de los complejos agrícolas recientemente fabricados. En las cuatro obras concluidas, la comisión hacía un alto y calificaba la calidad constructiva y la eficiencia de sus resultados. Mientras aquello va ocurriendo con los evaluadores, la multitud emocionada y a la vez preocupada por saber los resultados que arrojaría la evaluación de esta competencia, festejaban sus logros cada cual a su modo y a orillas de su obra. Las mujeres, entonando *Wankas*⁶⁵ y los varones, unos danzando y otros exclamando: ¡*Waju, wajuuli...*!, o, ¡Viva!

Al finalizar aquel quinceavo día, cuando el astro Dios encontrabase próximo a extinguirse los comisionados, concluyeron con la tarea de evaluar a las mejores obras. Para anunciar los resultados finales de este gran evento, previamente el soberano, mandó reunir en *Wasawa* los sesenta mil participantes de la competencia, más toda la población de la ciudad del Sol. El propósito, compartir de cerca este momento con su población y quien sabe también, despedirse con estas obras monumentales de quienes por más de noventa años de larga y ardua lucha, habíanle acompañado cada uno en su tiempo y lugar. Aún cuáles fueren sus intenciones, lo cierto es que, legaría estas grandes obras a las futuras generaciones, como testimonio del trabajo colectivo de hombres y mujeres, para

65 Género musical que entonan las damas en coro, cada vez que se concluye una obra, danado gracias a la Madre tierra.

quienes cuando la razón humana se impone, no existen obstáculos. Precisamente, para allanar estos asuntos, desde un estrado y mostrando a la luz su radiante rostro emocionado se dirigió, ante una muchedumbre bulliciosa, henchida de alegría, quienes olvidando de momento los resultados que esperaban, clamaban más, por la salud y felicidad del anciano Inka y la prosperidad de quien más adelante sería el futuro mandatario, *Wayna Yupanki*. Al dirigirse el soberano a su pueblo, extendió los brazos en dirección de la multitud como tratando de calmar la alegría y emoción popular reinante. Al percibir este gesto, en la población, el bullicio de algarabía terminó y *Wasaw*, tomóse en silencio. Las gentes brindaban sus cariñosos saludos no con palabras, sino, postrados. Al rato, el súbito sonido de un clarín, ordenó que la situación volviera a lo normal y la gente, nuevamente se puso de pie. Fue entonces, cuando la voz gruesa y cansina del Inka se escuchó en la explanada pronunciando este escueto discurso: Hijas e hijos míos, comprendan mi alegría y emoción, como yo comprendo vuestra felicidad. Cómo no he de estar contento, si acabo de recibir el premio más preclado de mis últimos días, el producto de vuestra sabia inteligencia y el esfuerzo de vuestros vigorosos brazos. Estas cuatro grandes obras que acabamos de verificar e inaugurar, constituyen y constituirán los hitos centrales que regirán el progreso técnico de nuestra sociedad. Desde mañana habéis de tener otro gobernante,- dirigiendo la mirada al príncipe *Wayna Yupanki*-quien dotado de estos conocimientos y obras, conducirá su pueblo a mejores destinos. En presencia vuestra, dejó a la posteridad estas obras, como aquellas otras que ya conocéis, testimonio que en este Imperio, la ciencia, la técnica y el arte

accionado por el trabajo solidario de hombres justos y participativos, están al servicio de la producción y productividad agrícola, principal soporte de la pervivencia humana. Ahora bien, percibo a la distancia vuestra preocupación, habéis venido con mucho sacrificio desde los cuatro lejanos *suyus* para demostrar ante el hijo del Sol, padre vuestro, sus valías como hombres de trabajo. En cada una de las piedras o pedrones del canal, acueducto, terraza, sobre abismos o en tierra suelta, están impregnadas como sello indeleble vuestros conocimientos, esfuerzos, habilidades y destrezas. Siendo esto así, hombre injusto sería vuestro padre Inka, escoger lo mejor y desdeñar lo mejor, puesto que las cuatro grandes obras que habéis construido durante esta competencia son las mejores. Como esto es así, a juicio de vuestro padre quien os habla, cuatro son los *Qqollanas* o campeones de la producción y productividad del *Tawantinsuyu* y, elegir al *Qqollana* Mayor de cada región no corresponde al Inka, sino a vosotros; quienes conocen mejor al hombre con quien habéis trabajado y logrado lo mejor de las obras, como tal, es preciso que la elección las hagan ustedes y se me haga conocer tal decisión en este momento.

Circunstancia ésta, cuando nuestro Inka cortó su discurso esperando que la abigarrada multitud, proceda en elegir al campeón o *Qqollana* de cada delegación y las presenten ante su majestad para que reciba la condecoración correspondiente. La multitud comandada por sus respectivos *Kamayqs* o autoridades mayores, no se dejaron esperar, rápidamente en los cuatro emplazamientos, entre vitores y aplausos, aclamaron a sus eximios constructores y estrategas de la producción y

productividad. Los cuatro elegidos fueron: por la región *Anti* u oriente el *Amaw'ta Wallpa Rimachi*, en tanto la región *Qqolla* o sur eligió al constructor *Akawana*, los de la región *Qqonti* u occidente escogieron al alarife *Marikanchi* y finalmente los de la región Chíncha o norte, al maestro *Qqalla Qunchuy*.

En verdad, la nominación de estas personalidades, era un justo homenaje al conocimiento y a la técnica; gracias a la sapiencia y destreza de ellos, habían logrado aquellas monumentales obras con las que el Inka, no sólo se sentía satisfecho, sino orgulloso. Por otro lado, dado que aquellas obras, yacían allí en *Tipón*, desafiando al tiempo, el cronista, ya no las describirá; si persona alguna se interesare de sus prodigios, sin mucho esfuerzo podrá acercarse a *Tipón* y hacer su propia descripción. Finalmente aquel día, cuando el astro Dios declinaba tras el lejano y pálido perfil de las cordilleras del *Salqantay*, con ovaciones y algarabía multitudinarias, fueron presentados en el estrado ante su Majestad los sabios: *Wallpa Rimachi*, *Akawana*, *Marikanchi* y *Qqalla Qunchuy*, quienes en muestra de reconocimiento, fueron distinguidos por el *Inka Wiraqqocha*, como los cuatro *Qqollanas* de la producción y productividad del Imperio y, asimilados como miembros de la familia real, a la vez, responsables de las futuras construcciones que el nuevo Inka emprendería pronto. Con este acto, concluyó la ceremonia.

El Inka, el Príncipe y su corte, dejaron su estrado y despidieronse de su pueblo hasta el día siguiente; mientras las delegaciones, cada una en su emplazamiento y a usanza suya, festejaron este acontecimiento, con música, canto, danza y alegría popular.



XIX

Hasta ayer, el recambio político habíase desarrollado en todo el imperio, bajo el mismo patrón de festejos previamente establecidos. Este otro día del que en adelante nos ocuparemos, será distinto y se llevará a cabo con la mayor fastuosidad, recogimiento y solemnidad, en *Qosqo Llaqta*, ombligo del mundo. Es de entender que esto sea así, pues, es el día del Sol, *Pachakamaq* o creador del universo, solsticio de invierno, día en que el planeta se aleja de los alcances del creador y se ubica en el punto más crítico y alejado de su órbita. Es el día también en que sus hijos, los hombres, le rinden culto con extrema devoción y sacrificio, tratando de alcanzar con sus plegarias el aliento y la fuerza que quizá requiera el todopoderoso, para atraer a la *Pachamama* hacia su órbita y pueda franquear sin dificultades de aquel mal paso. Es también, el día en que uno de los más grandes gobernantes del Imperio del *Tawantinsuyu*, *Wiraqqocha Inka Yupanki*, dejará el poder en manos de otro fenómeno de hombre, engendrado y direccionado por mandato divino y a ruego de una multitud creyente, *Wayna Inka Yupanki*, quien además, contraerá nupcias con la princesa *Anawarki*. Como corolario de cuanto ocurrirá este día y los siguientes, serán el inicio del macro ciclo de la luz roja que alumbra al

planeta, denominado por los sabios como *Pachakutiq* y que por ventura o designio del Astro Dios, coincide con el advenimiento del nuevo hijo del Sol, *Wayna Inka Yupanqui*.

Una gran fiesta celebrando el triunfo de los forjadores de la eternidad, se iniciará esta mañana y se llama: *Qhapaq Raymi* o la fiesta del Sol.

Este día de fiesta, desde la media noche en adelante, no hubo clarinazos, *pututus*, pregones, desfile de delegaciones, ni emisarios que perturben la quietud o el mutis de la sagrada ciudad. Las mujeres, esta mañana, aquí, allá o en cualesquiera de los lugares de la ciudad y de todo el imperio, no encenderán sus fogones ni se preocuparán en adobar los alimentos. Los varones, lo propio, dejaron atrás sus preocupaciones y quehaceres rutinarios. Los niños, obedientes y sumisos, olvidaron sus berrinches y sumaronse a la dinámica de sus padres. Los enfermos, tullidos, parturientas, convalecientes y desahuciados, dejarán también atrás sus fatales y atávicos pensamientos como deprimentes alcobas, para entregar a dios sus cuerpos y almas. En fin, este día en todos los confines del *Tawantinsuyu*, y mucho más aquí en *Qosqo*, los seres humanos, sin probar alimento alguno rendirán culto al astro Dios en las explanadas del *Qorikancha* o el templo del Sol.

El Cronista, pensando en lo dificultoso que sería movilizarse al interior de una muchedumbre que más tarde se concentrará en la explanada de la gran ciudad, optó por madrugar y ubicar su emplazamiento en un lugar desde donde podía atalayar y narrar de cuanto ocurriría este día; pero, cuando aún a oscuras salió de su morada, grande fue la sorpresa al constatar que a esa hora, ya la población

en muchedumbre, fluía silenciosamente con destino a la dicha explanada mayor. Con mucha sorpresa vió que ancianos y ancianas, enfermos y sanos, sin reparar sus dolencias y achaques de la vejez o la enfermedad, familias enteras arrastrando cada uno a sus numerosas niños y niñas, asistiéndose los unos a los otros, avanzaban en la penumbra del amanecer en forma ordenada, lenta y silenciosamente con destino a la explanada del culto. Se dirigían allá donde más tarde, cerca de seiscientos mil o quizá más fieles, rendirán pleitesía al Padre Sol, *Apu Ticsi Pachakamaq*. Desde luego, llegó el cronista al lugar de su ubicación, constató que cada fiel, conocía perfectamente su sitio y ocupaba su respectivo emplazamiento, sin perturbar el recogimiento de las personas allí presentes.

Esta explanada donde todo fiel tiene un lugar para el recogimiento, es el centro ceremonial más importante y la más espaciosa del imperio, prevista como para concentrar al mayor número de peregrinos y visitantes. Está ubicada en la prolongación sur-oriental de la ciudad del Sol. Prácticamente, es un amplio patio de otra infraestructura o complejo ceremonial de factura humana en material lítico, excelsa e inigualable en la humanidad, tanto por su concepción arquitectónica, constructiva como funcional y decorativa, al que se le denomina como palacio del Sol o *Qorikancha*⁸⁶. Este *Qorikancha*, obviando sus prodigios arquitectónicos y constructivos, que requeriría mucho tiempo y basto conocimiento para describirla, como dijimos atrás, es un complejo religioso conformado por dos grandes

86 En su connotación idiomática Quechua, significa Recinto de oro; más, en lo concreto y religioso es el Templo del Sol.

sistemas ceremoniales. Lo uno, es el *Uznu* o plataforma circular espaciosa, construida en alto relieve y en piedra granodiorita, tiene dos niveles. El primero, prácticamente es un pasadizo en forma de anillo, de uso exclusivo del Sumo sacerdote o *Willaq Uma* y sus asistentes, sirve también como depósito de los instrumentos necesarios para las rituales y ofrendas que pueden ser necesarias para el culto. El segundo nivel, es más alto y trascendente que el anterior, prácticamente es un atrio circular espacioso, apropiadamente localizado como para recibir a plenitud el impacto matutino, medio día y ocaso del Sol. Como elemento central del recinto, sobresale un monolito gigante, denominado *Intiwatana*⁶⁷, adoratorio o dispositivo de medición solar, que muestra ingeniosos mecanismos de formas y volúmenes caprichosos que solo los sabios *Amawt'as* entienden de sus funciones y las han esculpido, bajo una racionalidad astronómica que permite captar y determinar con precisión, la hora de la irradiación solar en el momento más lejano de la tierra con respecto al Astro Dios en la bóveda celeste. Además de este *Intiwatana*, yacen otros elementos complementarios al culto, como los asientos del Inka, de la *Qoya* o reina, del Príncipe, la princesa, aras sagradas y demás artefactos ceremoniales, que se requieren para el culto masivo, como que es la función de este *Uznu*. Lo otro, es el Templo del Sol, *Qorikancha* o recinto de oro, éste, es un conjunto arquitectónico y constructivo, de factura inigualable, superior a cuanto obra pudo y puede hacer la imaginación y mano del hombre, describir al detalle, por lo profano que

67 Lugar donde se amarra al Sol. Figurativamente se le conoce como el reloj solar.

es el Cronista en esta materia, no será posible, sólo como referencia tangencial se dirá de sus funciones ceremoniales. Con esta salvedad, este sacrosanto lugar está conformado por tres salones altos, espaciosos, como rectangulares de paramentos, manufacturados con excelsa maestría en material pétreo, basalto y cuarzo gris con estrias de onix importadas de lejanísimas canteras; puertas, ventanas y homacinas trapezoidales de doble y triple jamba, caracterizan a los dichos salones. La cobertura de los paramentos externos e internos, revestidas con láminas forjadas en oro macizo. El primer salón, exclusivamente reservado para el culto al Sol, en el fondo de este ambiente, sobre una plataforma alta descansa el ara sagrada, que es una plancha pétreo de cuarzo gris con estrias de ónice de más o menos una brazada y media de ancho, cinco de largo y media de grosor, pulida hasta lo sumo. Este ara además, sostiene a manera de pedestal, a un disco gigante fabricado en oro macizo martillado, emulando al Astro Dios, de más o menos cinco brazadas de diámetro y medio de grosor, que descansa en su tangente sobre el antedicho ara. El segundo salón, es el destinado al culto a la Luna; allí, igual que al anterior, está edificado otra plataforma acondicionada en alto relieve, esta vez, sustituyendo al ara en el fondo derecho del ambiente, a manera de una escudilla gigante labrado en sola pieza de cuarzo gris y estrias de onix de dos brazadas y media de diámetro y una profundidad aproximada de una brazada y media, yace un depósito circular de agua cristalina. A este depósito, desde el nivel de tierra en forma inadvertida se conduce el líquido elemento, mediante sofisticados acueductos hidráulicos que aprovechan los vasos comunicantes y fluye el agua sobre la gigante

escudilla; aquí, el agua cae desde una altura aproximada de dos a tres brazadas, dispersándose el chorro, cual cortina transparente a través de un vertedero pétreo sobresaliente de dos partidores o boquillas. Para completar el sistema, en la base de la escudilla pétreo, canalículos colectores taladrados internamente drenan, regulan y reciclan el agua. El tercer salón, es mucho más espacioso y está destinada al culto de las divinidades que en otros tiempos vivieron, vale decir, los restos de todos los Inkas que gobernaron el Imperio en otros tiempos. En este ambiente, empotradas a la cara interna del paramento pétreo y, acondicionadas en una simetría admirable se encuentran un número considerable de hornacinas trapecoidales de doble jamba, ocupadas unas, con el bulto de los restos embalsamadas- cual si estuvieren presentes- de los que en vida fueron Gobernantes Inkas, desde el *Gran Inka Marko Qhapaq* y *Mama Oqllu*, hasta *Yawar Waqay Inka* y su esposa. En la parte delantera de cada hornacina, pequeños adoratorios o aras, labradas también en cuarzo gris con estrías de ónice completan las instalaciones de este salón.

En general la ubicación de este Templo, es contigua al *Uznuy* la función, exclusivamente de adoración, retiro, meditación y reflexión. Los salones del Sol y el de la Luna, reservado sólo para el ingreso de hombres destinados a gobernar el *Tawantinsuyu* o aquellos enfermos o tullidos en grado sumo de vida que vienen para recibir los rayos del astro Dios. Al tercer salón, acceden en estado de ayuno y limpieza externa pulcra, personalidades cercanas al entorno imperial, las jerarquías peregrinas y el pueblo en general que vienen a rendir culto a sus antepasados.

Respecto a la presencia de personas en los salones del Sol y la Luna, el lector que tenga la oportunidad de leer esta crónica, podrá imaginarse, siempre que su imaginación alcance, ubicar a un ser humano común y corriente, en el centro mismo de este complejo sacrosanto, sometido a los efectos emocionales, físico-luminicos y energéticos que la factura del hombre creó. Dicho en otras palabras, la presencia de un profano en las interioridades del templo, significa inexorablemente muerte, no por que se crea que existan verdugos o celadores, no, los efectos ópticos, volumétricos y energéticos causados por el impacto directo de los rayos del Astro Dios, en fusión y fisión con la plancha de oro macizo del disco solar gigante, refractados a la cobertura de los paramentos y de éstas, a la fuente de agua cristalina que yace en el salón de la Luna, hacen del ser humano, un triste juguete de los poderes del Astro Dios. Su función principal es la de templar y acrisolar la naturaleza de los hombres de bien, forjadores de la eternidad en unos casos o contrariamente, eliminar a quienes no tienen la fortaleza espiritual ni templanza física para conducir a la humanidad por el camino del bien.

Esbozadas las características más notables del *Uznu* y el Templo de *Qorikancha*, nos será sencillo explicar de cómo en adelante, los fieles rendirán el culto al supremo hacedor *Inti Yaya* o padre Sol, el casamiento de *Wayná Yupanki* con la *ñusta Anawarki* y la transmisión de mandó del actual *Gran Wiraqocha Inka Yupanki*. Dicho esto, volvamos a nuestra ubicación en el adoratorio, aún nos encontramos bajo el manto de la penumbra de la noche, todavía no ha amanecido; sin embargo, la familia real conformado por el Inka, el Príncipe y su entorno se



encuentran ya emplazados en el atrio del *Uznu*, como lo está también la muchedumbre de fieles entre ellas las vírgenes del Sol o *Aqllas*, *Panaqas*, *lñaqas* y el ejército. Como también están presentes allí, las gentes comunes y corrientes de la misma ciudad y aquellos que desde las cuatro regiones llegaron con este fin. Ellos, teniendo como balcón sagrado al *Uznu* y el Templo de *Qorikancha*, con las cabezas gachas y arrodilladas en la inmensa explanada, aguardan los acontecimientos. A esta hora, el culto al Sol padre todo poderoso, está en curso, la familia real como la multitud, con excepción del Inka, el príncipe, el *Willaq Umay* y sus cuatro asistentes, se encuentran con los rostros sobre tierra y en dirección a las cimas de la cordillera *Apu Awqanqate* por donde se supone que el Sol emergerá. Ellos, sin poder levantar la mirada hacia el alto, acompañan el ritual con rogativas, cánticos y sacrificios. El cronista, siguiendo el curso de las rituales y a la vez, observando y tomando nota de cuanto va ocurriendo en *Qorikancha*, se encuentra posesionado en una de las almenas trapezoidales del *Uznu*, desde esta atalaya, de modo muy resumido, relata lo que en el transcurso de este día le cupo ver. Al respecto, hace poco se dijo que aún era muy de mañana y todos a esta hora, pese a lo gélido del clima invernal, están postrados casi a oscuras. A esto, añadiremos que tanto en la explanada, el Templo, como en toda la ciudad del Sol y sus alrededores, el silencio es absoluto, sólo en el atrio central, se escuchan pasos y contrapasos de los ceremoniantes y lógicamente alguno que otro sonido de los utensillos que ellos vienen manobrando en las rituales del culto. Quien dirige la preparación de la ceremonia, las ofrendas y sacrificios al Dios Sol, es el propio anciano Inka, asistido por su hijo y,

ejecutadas por el Sacerdote *Suntur Pawqqa* y sus cuatro ayudantes. A medida de cómo el alba va clareando más, los dignatarios oferentes, apuran sus actos, de manera que las ofrendas y sacrificios que en este recinto se brinde al Sol, se hagan con la precisión astronómica que las circunstancias exigen; es decir, antes de que el Sol llegue. Por lo visto, este afán de preparar la ofrenda a Dios, pareció haber llegado a su fin. De pronto en el recinto central del *Uznu* se pudo distinguir el ara sagrada, sobre puesta con una pira de seridas rajadas de leña, prestas a ser encendidas y, contiguo a esta pira yacen: una tinaja de oro de gollete delgadísimo conteniendo bebida ceremonial, acompañado de su respectivo vaso o *Akilla* gigante, trabajada en oro, una finísima manta o *Lliqlla* que contiene entre otros; buena porción de hojas disecadas de la planta sagrada denominada coca o *K'intu*, mezcladas con pequeñas artefactos de manufactura excelsa en oro, plata y aleaciones. Además, perlas, caracolas y otros menjunjes y dos animales machos vivos atrinchados, denominado *Paco*, de pelajes completamente blanco y negro, adornado en las orejas con cintillos de color rojo intenso, descansan como ofrendas. Finalmente, otra manta extendida conteniendo esta vez, los especímenes más espectaculares de la producción agrícola del año, como mazorcas gigantes de *Maíz*, pañojas densas y gruesas de *Chenopodium*, *Amaranthus*, tubérculos inmensos de *solanáceas*, *oxalis*, en fin, lo mejor de la cosecha agrícola, encuéntrase como obsequio al astro Dios. Dirigiendo aquellos trabajos que con excesiva devoción y atención maniobran, se distinguen, a las impresionantes figuras atléticas del Inka y su hijo. El anciano Inka, acorde a su eminencia, viste una indumentaria ceremonial consistente

en una polera gruesa o *Unku*, que va desde el cuello hasta más o menos por debajo de la rodilla; esta túnica, muestra una bellísima decoración, tejida con labores que distinguen dos campos. El superior, a la altura del pecho, resalta una réplica del sol estilizado en hebras de oro, ¿bordadas, tejidas o incrustadas?. No lo sé, lo cierto es que el sol, sobresale en un fondo de tejido afelpado donde el rojo intenso tendiente a negro en forma de pequeños hexágonos sobrepuestos en degradé cubre toda la parte abdominal del Inka, el campo inferior, desde la cintura hasta la rodilla, tiene la misma tonalidad que la parte alta, pero, aquí, el degradé se muestra en figuras geométricas o *tokapus* sucesivos sobre fondo de tejido blanco. Otra prenda que caracteriza al Inka, es aquella que cubre desde el cuello por el dorso hasta casi el tobillo de los pies, que no es sino, una finísima manta tejida en hilos de color añil, con ribetes dorados y rojos denominada *Llaqqolla*, lleva sobre el cuerpo a manera de una capota. Luce además en la cabeza, el distintivo real denominado *Llawt'o* o borla imperial de color rojo escarlata, esta prenda, según los entendidos transfiere sagrados poderes a su poseedor y es de uso exclusivo del Inka hasta más allá de la muerte, no se hereda. En otras palabras, es una corona en forma de montera, manufacturada con materiales y especificaciones muy particulares y exclusivos, así, la parte interna de la copa donde calza la cabeza, están tejidas en hebras hiladas con pelo de *Chinchilla* y la estructura, hechas de cordones trenzados y tejidos con hilos de *Vikuña* asociadas con filigrana. En la parte frontal o cúspide de esta borla, como signo de poderío, están erguidas e incrustadas tres plumas de un ave rara denominada

Qoriqenqe. Este *Llawt'o* de *Wiraqocha Inka Yupanki*, como de los Inkas anteriores a él, son siempre de color rojo escarlata. Las razones por qué siempre es así, no lo sé. Para completar el atuendo de nuestro Inka, diremos que su majestad, lleva colgada en cada oreja un disco de oro macizo, como si se tratara de un par de pendientes gigantes y en la mano izquierda, sostiene como cetro, una herramienta de trabajo o *Choqechampi*, fundida en oro macizo. Seguidamente, brazaletes de oro tanto en los antebrazos como en las muñecas y en los tobillos de los pies. En armonía a la fortaleza de sus miembros, calza unas robustas sandallas con correajes aseguradas hasta la rodilla. Respecto al atuendo del príncipe, cabe resaltar que es exactamente igual al de su progenitor, tanto en los colores como en la confección, la diferencia radica en que éste, lleva puesta en la cabeza una borla o *Llawt'o* de color amarillo; ésta, en comparación con la anterior a pesar de tener una alta distinción, aún es considerada como profana.

Dado que venimos hablando de la borla imperial y, estamos a pocas horas de la coronación del nuevo Inka, viene al caso anticipar que la borla escarlata del futuro gobernante, como mandan los rituales, a este instante y presumiblemente desde muchos días antes, está depositado en el ara sagrada de *Qorikancha* o Templo del Sol, esperando que en el momento preciso y con las rituales que el acto merece sea ceñida a su poseedor. Posiguiendo con nuestra narración, diremos que a esta hora, el día es más clara y el silencio aún absoluto, pareciera que hasta los bullangueros pajarillos e insectillos entendieran que hoy, es el día del creador, que también

ellos, rinden pleitesía a Dios. En la cima del *Uzru*, a nuestro Inka y sus acompañantes, esta vez, las encontramos postrados y dirigiendo la mirada insistentemente hacia el *Intiwatana*, presumiblemente tratando de encontrar allí, en la proyección de sus sombras, el anuncio del Astro Dios. Y como que en efecto, uno de los expertos, lee en las sombras del *Intiwatana* y anuncia a su majestad que la hora se va aproximando. Inmediatamente después otro experto, enciende fuego sobre la pira que ya conocemos. El humo, se extiende y baja sobre la pradera donde la muchedumbre de fieles postradas en el suelo oran y rezan a Dios. No bien la humareda dejó de esparcirse por la brisa matutina en la explanada donde los fieles esperan postrados la llegada del Dios Sol, del emplazamiento de las Vírgenes del sol, suavemente y en crescendo se deja escuchar las melodías de un coro maravillosamente entonadas por millares de doncellas o *Aqllas*. Ellas, acompasadas por sendas quenas, antaras, zampoñas y bombos, empezaron a entonar las sagradas notas del Himno al Sol o *Inti Taki*. Quienes así cantan, ruegan en sus cantos a su Dios Sol, expresando:

Sol padre de la humanidad, que das luz a la vida
Tus pobres hijos te imploran,
con los ojos llenas de lágrimas,
te ruegan que no nos abandones.
Vuelve padre mío, con tus rayos de luz,
has que la tierra brote vida.
Ven padre mío, con tus rayos de luz,
has que los capullos florezcan.

No te vayas padre mío, con tus rayos de
luz,
has que las plantas crezcan,
y el ganado se reproduzca.
Padre mío, con tus rayos de luz,
Extiende el buen vivir para tu pueblo.
(...).

Estos cánticos y plegarias ofrendadas al creador del universo, continúan con intensidad creciente a medida de cómo el día avanza en sus horas. Los expertos asentados en la plataforma del *Uznu*, siguen atentos a los indicios que el *Intiwatana* va brindando sobre el ascenso del Astro. Mientras esto ocurre allá, en el horizonte que rodea a la gran ciudad, la sombra que aún acaricia el perfil de las cordilleras, parece no desprenderse; pero, esto es una apariencia, el tiempo va discurrendo poco a poco, pronto los rayos vivificantes del astro Dios, diluirán a los rezagos de la oscuridad y el padre Sol, Inti Tayta, en el momento menos pensado, reinará sobre el planeta para el gozo y felicidad de sus hijos. En efecto, ese esperado momento llegó, fue un rayo o un haz de luz matutino el que impactó a la plancha gigante de oro del *Qorikancha* y ésta a su vez, con la misma velocidad proyectó sus rayos sobre el *Intiwatana*, produciendo rápidamente sobre esta estructura los efectos ópticos que tanto venían esperando. En tal situación, el Inka y sus ceremoniantes del *Uznu* que aún impetraban de rodillas, esta vez, plegaron sus cuerpos a la superficie y así por tiempo indeterminado, esperaron la bendición. Mientras en la explanada el coro de Aquilas que hasta ese momento en sus cánticos invocaban la

venida del creador, casi automáticamente dejó de entonar el himno y nuevamente todo el entorno era silencio absoluto. Este aparente silencio en los fieles allí postrados, significaba el triunfo de la humanidad. El creador, finalmente había traspasado aquella difícil valla de su lejana orbita y nuevamente hoy, alumbraba, daba calor y vida a sus hijos compungidos.

Vuelto el creador, corresponde al hijo del Sol, *Wiraqocha Inka Yupanki*, cumplir con los rituales que su padre exige para solazarse con las ofrendas que las brinden sus hijos. Precisamente con este fin, mientras la muchedumbre seguía aún postradas, el Inka, el príncipe, el sumo sacerdote y sus asistentes, después de haber recibido la bendición, dejaron sus plegarias y se levantaron de sus emplazamientos para dirigirse con destino al ara sagrada, donde la pira y las sendas ofrendas aguardaban ser trabajadas. Cuando esto ocurría, el Astro dios ya había dejado atrás las cimas del *Apu Awqanqqaty* y proyectaba sus rayos desde un arco de la bóveda celeste de donde no había lugar de la naturaleza que no gozara de su luz y calor. El sumo sacerdote *Suntur Pawqar*, asistido por sus acólitos, sin levantar aún la mirada hacia el Sol, tomó entre manos la tinaja de gollite estrangulado para escanciar la bebida ceremonial a los vasos o *Akillas* que yacían al lado. Estos vasos con su respectivo contenido, fueron servidos tanto al Inka Señor, como a su hijo el Príncipe; ellos, tomaron entre manos los robustos vasos para elevarlos al alto, como si alcanzarán la ofrenda a las invisibles manos del Sol. Cuando con los brazos en alto pronunciaba el Inka su discurso de ofrenda, desde la explanada otra vez las sagradas notas de aquel himno se

hicieron escuchar. En adelante, con este fondo musical, elevó sus plegarias, derramando la bebida sagrada al espacio y en dirección a oriente desde donde el astro, alegre y reluciente disparaba sus ignitos rayos. Concluida con el ritual de la bebida sagrada, procedieron con las ofrendas contenidas en la finisima manta o *Liqlla*. Al respecto, el sumo sacerdote y sus asistentes todos de rodillas, con los brazos extendidos acondicionaron una forma de mesita alta, para sostener en ella, la manta conteniendo los elementos de las que ya conocemos, al mismo tiempo el soberano, como titular de la ofrenda, tomaba a manos llenas las hojas disecadas de la sagrada planta, para luego ofracerla a su Señor, cual si se tratara de un alimento delicioso para Dios. Al tiempo que hacía esto, oraba o recitaba en *Aru*⁸⁸, idioma exclusivo del Inka y su entorno. Concluida con la ofrenda, el doble puñado de las hojas disecadas de Coca, las depositó sobre la pirá ardiente y como complemento, adicionó a la hoguera los pequeñísimos artefactos en oro, plata, perlas, *liamp'u*⁸⁹ y resinas las que en contacto con el fuego, rápidamente se transformaron en un efflujo fragancioso y reconfortante para quienes allí, rendían culto: Gobernantes y pueblo en general. Por su parte el astro Dios que nunca se detiene, parecía contemplar gozoso a sus criaturas con sus ojos relucientes de chispa y calor; desde un lugar límpido y cálido cercano al cenit, observa de cómo de aquí, de este mundo terrenal su hijo *Wiraqocha Inka*, en nombre del gran pueblo y a través del fuego sagrado, siempre

88 Idioma ancestro del Aymara y probablemente también del protoquechua.

89 Nácar.

sumiso con la frente hacia él, le alcanzaba, una tras otra los mejores frutos de la mejor cosecha, los mejores animales de la ganadería, la mejor sinfonía, las mejores obras de arte, en fin, cuanta mejor obra resultaba de la imaginación y acción humana, era suya, del Sol. El creador, en el instante de esta narración, se encuentra precisamente en el cenit, desde allí, constata que la tarea del oferente aún no ha concluido. Esta vez al anciano soberano se le ve parado y muy cerca al fuego sagrado, delante de él, dos animales atrincados de pelajes blanco y negro aguardan para el sacrificio. Quien procede con el sacrificio es *Suntur Pawqar*, éste, provista de una cuchilla de plancha y filo en media luna, de dos certeros tajos en el abdomen, finiquitó a los animales y al tiempo, arranca de las entrañas uno tras otro los corazones las que rápidamente fueron acondicionadas en una fuente de oro y la sangre que fluía a chorros, la recogió en una jarrilla de oro y las entregó en manos del monarca. Este, con la misma sumisión que la caracterizó en las anteriores ofrendas; primero, la tuvo entre manos a la jarrilla de oro y esparció la sangre por el espacio en dirección al cenit donde el Sol pareció haberse detenido, luego al oriente, austro, septentrión y finalmente occidente. Seguidamente, hizo lo propio con la bandeja de oro contentiendo los corazones, en este caso, la detuvo en alto por muchísimo rato pronunciando en *Aru* una plegaria con un vozarrón que retumbó en toda la meseta de la sagrada ciudad, que sin duda, debió haber llegado hasta los mismos oídos del astro Dios. Concluido este discurso, los corazones en ofrenda, fueron depositadas a la flameante hoguera que rápidamente las consumió; los restos de los animales en el estado en que se encontraban, también fueron

depositadas en la pira del fuego sagrado, los que ardieron y consumieron poco a poco.

Concluida estas rituales tanto el Inka, su hijo, el sacerdote y sus asistentes, con signos aparentes de cansancio, volvieron a sus butacas instaladas en el atrio del *Uznu* para contemplar de cómo la hoguera hacía suya todas las ofrendas dedicadas al Astro Dios en su Día. No bien la pira del fuego sagrado consumiera cuanta remesa depositaron sobre ella, los asistentes del sacerdote *Suntur Pawqar*, cogieron el arbalzo de cuello estrangulado y, rociándolas con la bebida ceremonial, apagaron los rescoldos, pavesas humeantes del fuego y sus cenizas, barridas y recogidas con singular esmero para acondicionarlas en una manta de tejido finísimo, la que inmediatamente fue depositada y recubierta en una cavidad soterrada preestablecida del *Uznu*; una pequeña porción de aquellos residuos fue esparcida por el anciano Inka en dirección de los cuatro puntos cardinales, es decir a los cuatro Suyus o regiones de su imperio. Estas rituales de adoración al Sol, prácticamente concluyeron, cuando éste, se encontraba en el cenit. Durante ese tiempo, la muchedumbre de fieles se mantuvo postrada en el suelo.

Cuando aún la ceremonia no había terminado, luego que el sacerdote y sus asistentes dejaran limpia el atrio ceremonial del *Uznu*, el Inka y su entorno, incluido el *Willaq Uma* arribaron sus asientos al fondo del atrio donde parecían esperar algo trascendente. Como que en efecto, del emplazamiento de las vírgenes del Sol, las notas de una hermosa melodía, entonadas por voces femeninas acompañados con instrumental variado, anunciaron al parecer el inicio de otra estación ceremonial. Del tono y

letras de las canciones, se podía deducir que esta nueva ceremonia preludiaba ser más alegre, quizá romántica que aquella anterior. Esta mutación circunstancial del entorno, motivó en el cronista, la inquietud de averiguar rápidamente el origen de todo esto y divisó desde su emplazamiento la inmensa pradera donde más de medio millón de fieles postrados siguieron hasta este instante los incidentes del culto. Aquello, era una escena por lo más grandioso y fastuoso nunca vistas por él. Reproducir o narrar es sinceramente difícil, aún así, ésta, será una relación muy referencial de cuanto fue posible observar. Con esta salvedad, aquellas agradables y alegres melodías que llamara la atención tanto a los dignatarios en el atrio del *Uznu*, como a la multitud de la pradera, venía precisamente preludiando a una impresionante comitiva de damas que desde el fondo de *Aqllaywasio* palacio de las escogidas, caminando sobre una hermosa alfombra de flores extendidas hasta el primer peldaño del *Uznu*, se dirigían al encuentro con el anciano *Wiraqocha Inka Yupankiy* su hijo el príncipe *Wayna Yupanqui*. Cuanto más ésta comitiva se aproximaba hacia su destino, tanto más evidente era constatar que se trataba de una legión conformada exclusivamente por doncellas esplendorosamente bellas. Ellas, iban ataviadas con los más hermosos, sobrios y primorosos atuendos como preciosos adornos y exquisitas fragancias. Presidía esta delegación, una matrona más o menos entrada en años y de talla alta, vestía ella, una prenda a manera de túnica o bata que caía desde el cuello hasta casi los tobillos, más conocida como *Aqsu*⁹⁰, tejida

90 Vestido largo de mujer confeccionada en una sola pieza de uso exclusivo de reinas y princesas.

en fondo negro, ornadas con labores y colores sobrios, acordes a su edad y alcurnia, sobre este traje, una manta negra con las mismas decoraciones y tonalidades que la anterior, cubría desde la cabeza toda la parte dorsal hasta los tobillos. Esta señora además de presidir, era quien entre sus manos, cual si se tratara de una remesa sagrada, portaba una bandeja forrada con finísimo tejido de color castaño tendiente a amarillo. Sobre esta bandeja, desde la distancia, podíase distinguir un pequeño tocado femenino manufacturada en láminas de oro, un prendedor de oro macizo o *Tupu* con alegorías alusivas a la luna, una rueca y su respectivo huso ambos en oro. Tras esta matrona, multitud de hermosas doncellas representantes de las bellezas de los cuatro *suyus*, primorosamente vestidas con trajes en las que primaban el naranja, verde, rojo con labores y ribetes matizados de negro y azul oscuros, acercábanse hacia el *uznu*. Parecían acompañar a una personalidad de especial trascendencia en la élite imperial y en ese tránsito, podíase claramente notar a laboriosas doncellas, unas, las de adelante, protegiendo a la dicha personalidad de los impactos solares con sendas sombrillas o *Achiwas* y, refrescando a la vez el delicado semblante de su protegida con plumones multicolores; en fin, cada una hacía lo que le correspondía hacer y así, avanzaban al compás de alegres melodías dedicadas al amor entonadas por aquellas otras beldades que desde atrás cantando avanzaban tras ellas. A medida de cómo la multitud femenina más se aproximaban al *uznu*, se pudo constatar que al centro de la cohorte de doncellas, una beldad radiante de hermosura y alegría, majestuosamente trajeada y ornada de joyas y flores primorosas, caminaba lentamente por sobre aquella

aifombra de pétalos. Quien así, se aproximaba hacia el *uznu* derrochando juventud, beldad, simpatía y autoridad, era sin duda, la bella y grácil *Anawarki*. A no dudar, la presencia de la bella princesa en aquella comitiva, recordó al cronista, el inicio de otro estado en la ceremonia general. La coronación de *Wayna Yupanqui* y el matrimonio de éste. Las escenas poco antes descritas, eran partes de este ritual y el curso, siguió hasta que la princesa y su corte llegaron a la terraza, donde el Inka, el príncipe y su entomo imperial aguardaban. Fue la matrona entrada en años, quien holló el primer peldaño de la escalinata que ascendía hacia el atrio del *uznu*, ella, antes de ascender postróse sobre la alfombra floral, rindió pleitesía a su Señor y pidió permiso para subir, el cual, fue aséntido en el acto y la matrona, extendiendo la mano derecha tomó a la de la princesa, separandola de su séquito, subieron las dos lentamente los catorce peldaños de la terraza. Ya en el atrio, el cronista pudo con certeza identificar que aquella distinguida matrona era precisamente *Mama Qqori Qqoyllur*, madre de *Anawarki*, hermana del soberano y tía de *Wayna Yupanqui*. Ahora, madre e hija en el resinto sagrado del *Uznu*, nuevamente se postraron ante el soberano y al ponerse de pie *Qori Qqoyllur*, presentó ante su Señor a la princesa y al tiempo que hacía esto, entregó en sus manos la bandeja que llevaba conteniendo las prendas ya conocidas por nosotros. Por su parte el anciano Inka, con las reverencias que el ritual prevé, tomó a *Anawarki* de sus delicados brazos, la condujo a su izquierda y a *Qori Qqoyllur* a su derecha, tal que *Wayna Yupanqui* posaba al lado izquierdo de esta última. Mientras esto ocurría en lo alto de la terraza, las doncellas acompañantes de la bella princesa, cual mejores,

entonaban canciones melodiosas como esta que dice: "...Querendona Torcaza de corazón amante, llévame en tus alas doradas a la tibieza de tu nidial, en tu bondadoso corazón florezca el amor... Y desde la pradera, la muchedumbre henchidas de alegría emitía voces unisonas que decían: ¡*Jaylli Tayta Wiraqocha Inka, Jaylli Wayna Yupanqui Inka, Jaylli Mama Anawarki Qoya*!. En otras palabras, daban vivas y hurras para el Inka, el príncipe como para la princesa.

En ese preciso instante de la narración, siempre teniendo como cortina musical, las voces de las doncellas y de aquellas otras que entonan desde el fondo del emplazamiento de la muchedumbre, la familia imperial se encuentra aún en el atrio, realizando al parecer algún ritual mancomunado para dejar el lugar. Luego de estos sagrados cumplidos, los dignatarios sin excepción se descalzaron de sus sandalias, dejan el *uznu* y parten en pareja con destino a la escalinata que va de frente a *Qorikancha*. Van por la delantera, el anciano Inka *Wiraqocha* y su hijo, le siguen *Gori Qoyllur, Anawarki* y el *Willaq Uma Suntut Pawqar*, quien mantiene entre manos aquella bandeja que ya conocemos. Tras ellos, van también algunas jerarquías allegadas a la corte imperial, cada uno lleva consigo sahumerios y otros aderezos propios de aquella procesión. Los miembros de la procesión, después de haber caminado descalzos un tramo de cincuenta brazadas más o menos, se detienen en la puerta del más sagrado templo del imperio. Cuando esto va sucediendo, el astro Dios, sigue emitiendo sus rayos incandescentes que reverberan al chocar con la superficie de su réplica gigante en oro, dispersando en el entorno una gama de luces que hace difícil por no decir imposible, que ojos de

hombres profanos pudieran resistir sus impactos. Precisamente esta, es una de las razones, por las que los fieles se mantienen aún sin levantar la mirada hacia Dios, pues hacerlo, por descuido o desobediencia significaría la pérdida inmediata y por siempre de la visión del incauto o intruso.

Decíamos que la cómitiva se detuvo en la puerta; en efecto, esto fue así. Sólo cinco personas ingresaron al recinto del *Qorikancha*: *Wiraqocha Inka Yupanki*, *Wayna Yupanki*, *Qori Qoyllur*, *Anawarki* y el Sumo sacerdote *Suntur Pawqar*. Este último, portando aquella bandeja que ya nos es familiar, los demás, quedaron en la puerta del adoratorio, no postrados, sino extendidos sobre flor de tierra. Al entrar en el templo sagrado, lo hicieron de rodillas. Primero ingresaron directo al salón principal donde se encontraba la réplica del Astro Dios, el Inka, *Qori Qoyllury Suntur Pawqar*, después de un rato, lo hicieron *Wayna Yupanki* y *Anawarki* pero al salón de la Luna. Aquí vale recordar que nuestro príncipe, lleva puesta en la cabeza, una boria o *Llaw'to* amarillo-dorado y la princesa, como tocado, una sencilla manta finamente tejida y adornada con labores preciosas. Los primeros dignatarios ya en el salón del Sol, tomaron contacto con la réplica, que dicho sea de paso, en aquel salón, como efectos del cúmulo de la luz solar y el refracto de las mismas sobre sus paredes doradas, hacían que el interior de aquel ambiente sea una fuente concentradora de energía, temperatura y efectos visuales, en las que difícil por no decir imposible, que un profano pudiera resistir a sus impactos, como está dicho atrás. Sin embargo, el Inka como sus dos acompañantes se desarrollaron con absoluta

normalidad, salvo la aparente mutación momentánea de sus facciones externas, que vistas desde un resquicio inadvertible, parecían creaturas retiradas de una inmersión áurica, extendidas en posición ventral delante de aquel disco gigante, réplica de Dios. Quien primero y a duras penas se levantó de tal posición, fue *Suntur Pawqar*, éste, siempre con la mirada hacia el suelo, levantó la bandeja que en sus manos llevaba y se dirigió rumbo al ara donde descansaba la base del disco sagrado. Allí, sin que se sepa desde cuándo, una borla o *Llawt'u*⁹¹ de color rojo escarlata, un *Choqqa Champi*⁹², un pectoral, un par de pendientes, un jarro grande, todos en oro refulgentes y una mantilla conteniendo hojas disecadas de la planta denominada *Coca* o *K'intu*, yacían en un costado del ara sagrada. El sacerdote, colocó aquella bandeja que le cupo llevar, tal que el tocado, el *t'upu*, la rueda y el huso, refulgieron también como aquellos otros. Hecho esto el sumo sacerdote, se retiró con destino al tercer salón o recinto de los que gobernaron antes. En cambio *Wiraqocha Inka* y *Qori Qoyllur Qoya*, se levantaron también para dirigirse al salón de la Luna, donde esperan al príncipe y la princesa. De modo que cuando a su turno los futuros gobernantes hicieron su ingreso al salón dedicado a la Luna o *Mama Killa*, al anciano monarca y a *Qori Qoyllur*, encontraronlos postrados y orando delante de la fuente de agua que flujó a doble chorro sobre la posa circular.

91 Corona o borla imperial de uso exclusivo del Inka, pues transfiriera poder supremo de justicia, sapiencia y bondad a quién las usa, está bendecido por Dios en el Ara Sagrada de Qorikancha.

92 Arma punzó cortante, fabricada en oro macizo, transfiriera autoridad militar, de uso exclusivo del Inka; bendecido por Dios en el Ara Sagrada de Qorikancha.

Ellos, el príncipe y la princesa, hicieron lo propio, postraronse, el uno contiguo a su padre y la otra a la de su madre, manteniéndose en este estado por largo rato, hasta que a iniciativa del Inka, levantáronse los cuatro. Al levantarse, tanto el Inka como *Qori Qoyllur*, condujeron a sus hijos, cada uno a un vestidor acondicionado en el mismo salón. Luego de un lapso prudencial, tanto el príncipe como la princesa, salieron de su vestidor cubiertas con una manta larga afelpada, al parecer, completamente desnudos. En ese estado, siempre acompañados de sus padres, volvieron nuevamente a donde la fuente de agua les esperaba. Esta vez, sólo los jóvenes se postraron en el mismo filo de la poza y procedieron a beber de sus aguas los dos del mismo posillo o *raki*. No bien *Wayna Yupanki* y *Ariwarki Nusta* terminaron de beber, los padres, retiraron al mismo tiempo la manta que las cubría, quedando ambos jóvenes, completamente desnudos y sin Inmutarse ingresaron los dos a la poza. El príncipe al chorro derecho y la princesa al de la izquierda. En ese momento, no se sabe si fue el cálculo preciso de los actos y tiempos manejadas desde lejos por alguien u otra fuerza sobrenatural las que hicieron que cuando la pareja se posesionó para recibir las sagradas aguas de la Luna, el caudal del vertedero aumentó súbitamente, que el suave chorro se transformó en una forma de catarata cuyo bramido retumbó el templo y en la fuente, seguramente por el choque de los rayos solares proyectados del disco gigante con la eventual catarata, un halo multicolor se irguió en la poza azulina. Aún así, circunscritas al dicho halo, los contrayentes continuaron con el ritual, recibiendo la energía hídrica y prometiendo ambos a la madre luna, fidelidad, fertilidad, trabajo y amor en las buenas y en las

malas. Cumplida esta ceremonia, salieron empapados de agua de aquella poza sagrada y sus padres, cubriéndolas con sus respectivas mantas, nuevamente las condujeron a los Vestidores, para arroparlas rápidamente con indumentaria de Inka o rey el uno y de *Qoya* o reina la otra. Finalmente, en este salón de la Madre Luna, insuflada con la energía de sus sagradas aguas y, bendecidas por el astro Dios con la aureola de la felicidad, en aquel instante, se vino en consumar el matrimonio de *Wayna Yupanqui* y *Anawarki Nusta*.

Luego de los ritos en el salón de la Luna, tanto *Wayna Yupanqui* como *Anawarki*, espléndidamente arropadas y en compañía de *Mama Qori Qoyllur* se dirigen con la cabeza gacha hacia el salón del Sol. Al entrar y postrarse, delante del disco gigante, un hombre de figura descomunal con el cuerpo y el ropaje que parecían ser esculpidas en oro, los aguardaba. Fue *Anawarki* la que de rodillas y sumisa acercóse ante este personaje y él, extendió sus dos manos sobre la cabeza de la doncella y al hacer esto decía: Hija mía, una de las manos y parte de la voluntad de Dios descansan sobre tu cabeza; tu corazón palpita bondad y tus entrañas, son la fuente de los forjadores de la eternidad. Desde hoy, eres mujer del Hijo del Sol y Madre de hombres y mujeres de todo el *Tawantinsuyu*; como tal, tus hijos esperan, buenos pensamientos, juicios sanos, trabajo incansable, obra bondadosa y administración mesurada, exímios hijos y vida recogida. Como testimonio de este compromiso con mi padre El Sol, os ciño en sus sienes este tocado, símbolo de razón; el *Tupu* o prendedor en el pecho, como signo de fidelidad, bondad y fertilidad y la rueda en sus brazos, que representa al trabajo incansable que en adelante te espera. Dicho

esto, tomó el tocado que contenía en aquella bandeja que se transportó desde *Aqllaywasí* y se las ciñó en la cabeza de la novísima reina o *Qoya*, luego, el prendedor de oro le fue incrustado en su manta o *Lliqlla* y finalmente, dejó en sus manos la rueda con su respectivo huso, concluyendo así esta trascendental ceremonia con *Aniawarki*. Después de esta unción, *Mama Qori Qoyllur* tomóle de sus brazos a la nueva *Qoya*, lentamente la condujo con destino al patio central del templo, donde esperará a su esposo.

Ahora *Wayna Yupanqui*, está de rodillas delante del oficiante, entre manos lleva el *Llaw'oo* borda amarilla, un pectoral de plata con la figura del Sol y los pendientes de ambas orejas y demás prendas que hasta instantes atrás el príncipe vino usando; callado, cabizbajo y sumiso espera el desarrollo del supremo ritual. El oficiante, esta vez, como preludio a los actos del ritual que habrá de venir, con los ojos cerrados delante del disco gigante de oro, parece conversar con algún personaje invisible, hay momentos en que éste, se tiende de bruceas en el piso, se arrodilla y se pone de pie ante la réplica del Sol. Esta conversación, plegaria o monólogo que se entabla, es en *Aru*, idioma inentendible para este cronista, por lo que no es posible transcribirla. Transcurrido cierto tiempo, el diálogo o monólogo ha concluido y el oficiante, retoma la posición anterior y se pone frente al futuro Inká. La persona que oficia este supremo rito de coronación del nuevo emperador y escruta el pensamiento del príncipe, es precisamente *Wiraqocha-Inka Yupanqui*. Él, al centro de cuatro grandes candelabros de lumbrera ardientes con sus llamas próximos a extinguirse y otros cuatro aún sin

encender, inicia el oficio y ordena a su hijo que dejara sus plegarias y se acercara hacia él. *Wayna Yupanki*, sumiso y obediente se aproximó ante el egregio oficiante, quien irrumpiendo ese ambiente de silencio absoluto de fraganciosos sahumerios e impactos energéticos y visuales; con esa voz que le es propia del Inka, pronunció este discurso: ¡*Wayna Yupanki*, habéis sido llamado por Dios, nuestro Señor, *Pachakamaq Inti Tayta* a su aposento, para recibir el encargo que su divinidad, solo brinda a quien cree que es su hijo escogido!. ¡Para transmitirle este encargo, se ha elegido el momento en que la luz blanca de la estrella que ilumina la oscuridad del planeta, empieza a declinar, es el ocaso del milenio de la paz y cordura entre los hombres!. ¡Esto significa que de aquí más o menos cuatrocientos años en adelante, empezará a gobernar la estrella de la luz roja!. ¡Este, será un largo y aciago ciclo de conflictos para la pervivencia de nuestra raza!. ¡Pues el padre me manda decir, que en aquel ciclo rojo del planeta, hollarán sobre tierra sagrada, hombres de otras latitudes del planeta que aún desconocemos y serán ellos, quienes se ocupen en destruir todo!. ¡Como esto será así, los hijos del Sol no puedan permanecer indiferentes esperando el fatal designio!. ¡Es ésta, la razón para que hoy, os deje el poder en sus manos, pues es orden divina, dejar afianzada a nuestra cultura con grandes obras que perduren en la eternidad y será ésta, la única forma de proteger la superioridad de unos hombres sobre aquellos atrasados que habrán de venir!. ¡En tanto nuestras obras se mantengan en los tiempos postreros como insuperables, la cultura y sus hombres, aún de sus escombros recompondrán su identidad y sólo ellos, podrán superar nuestras realizaciones!. ¡De modo que, poderoso

Wayna Yupanki, tenéis suficiente juicio y tino para cumplir, cuanto aquí, se te deja transmitido!. ¡Dios nuestro padre El Sol, tendrá sus medios para reiterar estos designios, si es que las hace, el que os habla, como su humilde hijo cumple con este encargo y vos, hará lo propio cuando sus fuerzas empiecen a declinar a quien tras suyo venga!. ¡Veís allí esos cuatro candelabros- mostró los candelabros flameantes- es el lumen que marca el poder del Inka en las cuatro regiones!. ¡En la intensidad de sus llamas, podréis leer sus fortalezas y debilidades, las mías, como se ve se extinguen y se apagarán inexorablemente, cuando se enciendan las tuyas!. ¡De hoy en adelante, asumes la paternidad de más de dieciocho millones de fieles asentados en lo basto del imperio!. ¡Sobre tus sienés y espaldas, pesan la historia pasada, la vida presente y la pervivencia de las futuras generaciones!. ¡Del mismo modo, es oportuno comunicarte que tu finada madre *Mama Chimpu Uqllu Qoya*, en estado de agonía, dejó encargada que en el momento de la coronación tu nombre de gobernante sería el de *Pachakutiq Inka Yupanqui*!. ¡Hoy, con mucha satisfacción, cumplo en transmitirte este feliz encargo!. ¡Igualmente en este supremo acto, os entregó esta remesa que mi padre dejó para tí.-Entregó en sus manos, aquel pequeño atadillo que el extraño hombre dejara en *Uch'uy Qosqo* y siguió con su discurso- Finalmente, yo, *Llanqqe Yupanqui* hijo tercero de *Yawar Waqqaq Inka Yupanqui* y de *Mama Qori kuka Qoya*, hoy *Wiraqocha Inka Yupanqui*, coronado por incapacidad de mi difunto hermano Urqo, en nombre de mi padre El Sol, de *Manko Qhapaq Inka*, *Mama Uqllu Qoya* y *Mama Chimpu Uqllu Qoya* pongo en las sienés de *Pachakutiq Inka Yupanqui* el *Llaut'o* Imperial como signo de poder y

mando sobre las personas asentadas en las cuatro regiones y dé los recursos que en este territorio existen!. ¡Al hacer esto, las hago en cumplimiento de las ordenes de mi padre El Sol y, renuncio desde este instante y delante de mi padre, a todos los derechos y deberes que como Inka, ostenté hasta este momento, salvo el derecho natural que como Inka que fui, me corresponde tanto en honores espirituales como en bienes materiales hasta el día de mi muerte!.

Dicho aquello, *Wiraqocha Inka*, retiró la bandeja de las manos de *Pachakutiq Inka Yupanki* y en retribución, tomó del ara sagrada la borla roja escarlata o *Llawt'o Imperial* para ceñirlas, luego, las pesadas pendientes de oro fueron incrustadas en las recias orejas del nuevo Inka, seguidamente, el disco pectoral de oro macizo con la figura estilizada del sol, el *mascapaycha* y finalmente el cetro o *Choq'echampi*.

Concluida con la ceremonia, el anciano ex -monarca, postróse delante del disco gigante y fue esto lo que dijo: ¡Padre Sol todo poderoso, creador del universo de la luz y la oscuridad, heme aquí su hijo después de haber cumplido con su mandato!. ¡He aquí también su nuevo hijo, derrame para él sus bendiciones como en su oportunidad las hizo para mí, de modo que conduzca y administre a tu pueblo con sabiduría, amor, trabajo y mucha justicia, elevando así a mejores destinos que los de hoy!. Escuchado esto, el nuevo Inka arrodillóse ante su anciano padre, besó sus manos y se dirigió de frente al ara sagrada y allí postrado, escuetamente dijo esto: ¡Padre mío, con todas las fuerzas de mi ser os acepto el caro encargo que dejéis sobre mí, sólo os pido a su sagrado poder, sabiduría para obrar

bien en los momentos más difíciles y fuerzas para lograr aquello que los hombres pueden realizar en circunstancias adversas!. ¡Haré lo imposible para lograr lo que hoy se me encargó!. Dicho esto, aún cuando las llamas de los candelabros que correspondían a *Wiraqocha Inka* no habiéndose extinguido, *Pachakutiq Inka Yupanki* encendió los lúmenes de los cuatro candelabros suyos e inmediatamente sin que mediara acción humana, las llamas de los candelabros que correspondían al monarca cesante, se apagaron de por sí. Con lo que concluyó la ceremonia de la coronación en el Salón del Sol. Ambos, extremadamente sumisos, se despidieron de aquella gigante réplica del Sol y salieron. En la salida del templo, se invirtieron las cosas; *Pachakutiq Inka Yupanki* delante y tras él, el anciano *Wiraqocha*, agarrado de los flecos dorados de su *Llaqolla* o capa imperial. Se dirigen, a la antesala del templo, allí aguardan la novísima reina o *Qoya Anawarki* y su madre. El encuentro de *Pachakutiq Inka Yupanki*, su esposa *Qoya Anawarki* y sus padres en la antesala, mostró cambios cualitativos substanciales en cada uno de los personajes. Por lo menos para la visión del cronista, el acto de la coronación, significó una aparente transmutación de los nuevos monarcas. Aquella juvenil pareja que momentos atrás, entre ovaciones y cánticos compartiera con la muchedumbre el culto al Sol, esta vez, son ya dos personajes substancialmente diferentes, de figuras imponentes, excesivamente centradas y de facciones maduras, pareciera que aquellos aires de juventud, quedaron atrapados para siempre en las puertas del Templo del Sol. Esto fue la impresión del cronista, no se dude que la misma impresión tendrá los fieles que aún esperan en la explanada. Enseguida, el

nuevo Inka y su esposa, tomados de las manos y tras ellos sus padres, dejan el gran palacio para dirigirse al *Uznu*, desde cuyo atrio, se presentarán ante la muchedumbre que aún postrados esperan. Pero antes, conviene mencionar que sendos y sonoros caracolas o clarines, retumbaron en el ambiente, anunciando al mundo, que a partir de aquel instante, el imperio del *Tawantinsuyu* tenía un nuevo Inka. Estos clarinazos, debieron haberse escuchado casi al mismo tiempo en los cuatro *Suyus* o regiones del imperio, pues el sonido emitido en el patio del *Qorikancha*, eran escuchados y transmitidos a la vez en cadena, por otros tantos clarineros estratégicamente ubicados en las cimas más altas de las cordilleras circundantes a la sagrada ciudad y de éstas a las otras tantas contiguas hasta llegar al último poblado de su reino.

Si bien aquellos clarinazos eran mensajeros de alegría en la nueva generación, muy cierto también es que esta coronación, significaba el adiós de uno de los hombres más grandes de la historia. *Wiraqocha Inka Yupanqui*. Por ello, estos mensajes, llevaban también su dosis de nostalgia, sobre todo en la pléyade de hombres con quienes enfrentó aquellos descomunales desafíos que el lector bastante conoce y que hoy, esperan en la Inmensa explanada como en otros rincones del imperio, no solo para dar la bienvenida a su nuevo monarca, sino también, convencidos del inexorable paso de la historia. La despedida.

Bueno, cuáles fueren las consideraciones que al respecto se tenga, nuestro *Pachakutiq Inka Yupanki* y *Anawarki Qoya*, seguidas por el ex -gobernante, *Qqori Qoyllur* y el sumo sacerdote *Suntur Pawqar*, entre

estruendos de clarines, cánticos de las vírgenes del Sol y ovaciones mil, han dejado el patio del Templo de *Qorikancha* y se dirigen nuevamente al atrio central, desde donde se dirigirán a su pueblo que aún postrados esperan su bendición. En efecto, luego de una corta caminata, la comitiva se ha posesionado ya en la terraza. Son los clarines y el sonido de diversos e indefinidos instrumentos musicales los que insistentemente van anunciando y marcando el paso de los diferentes momentos de la presentación del nuevo Inka ante su pueblo.

Pachakutiq Inka Yupanki tomado de brazos con su esposa *Anawarki Qoya*, se encuentran de pie y contemplando a la multitud de hombres y mujeres, que esperan unas palabras de su nuevo gobernante. El sonido de un clarín agudo, hizo que la muchedumbre casi automáticamente dejara su postración, al hacerlo, encontraron al astro dios, ya muy cerca al horizonte y ante ellos, nada menos que a su nuevo Inka con el *Llawt'o* o borla escarlata ceñida a la cabeza, el manto imperial jugueteando con la brisa vespéral, los brazos extendidas y al lado suyo, una majestuosa matrona luciendo sobre su cabeza un tocado dorado que cubría toda la cabellera y una primorosa lliqlla que abrigaba desde el cuello hasta casi los tobillos; además, portando en una de las manos la rueca y en la otra el huso. Fue el Justiciero *Wiraqocha*, ex-Inka, quien inclinándose ante su hijo como muestra de reconocimiento a su autoridad y con un semblante más risueño que adusto presentó ante su pueblo, al sucesor que tanto habían clamado. Este hecho sin duda, significaba irrestricta alegría en la población; sin embargo, los ritos y la lógica del acontecimiento, ordenaban que después de

esta presentación, recién al día siguiente podíanse iniciar con la gran fiesta del *Qhapaq Raymi*. Hoy, *Wiraqocha*, había ordenado que esto fuera así. De modo que, la presentación del nuevo Inka y la *Qoya*, justo cuando el *Inli Tayta* preludiando su ocaso se despedía con sus tenues y casi fríos rayos desde las cimas del *Salqqantay*, significaba también que el último culto al Sol del milenio y el gobierno del más grande y justiciero hombre, llamado él, *Wiraqocha Inka Yupanki* había concluido este día. Mañana, será otro día, diametralmente distinta a la anterior. Empezará el periodo de *Pachakutiq Inka Yupanki y Anawarki Qoya*, consiguientemente la alegría y el jolgorio en honor a esta efeméride, conforme a los rituales y el cronograma establecido, serán dirigidas y presenciadas por los nuevos gobernantes durante los treinta siguientes días de la fiesta del Sol.



XX

La ciudad del Sol, aquel primer día de gobierno de *Pachakutiq Inka Yupanki*, advino con novedades distintas a los que usualmente solían ocurrir en días precedentes. Una que llamó la atención se produjo antes que el alba rayara sobre la ciudad y el protagonista, fue nada menos que el anciano ex -gobernante. Este, imponiendo un protocolo inédito, se hizo presente ante su majestad para comunicarle que conforme a lo programado, se trasladaría con los suyos, a su heredad en *Uch'uy Qasqa*. La petición fue autorizada y ordenada en el acto, es más, quienes con su padre irían con destino a aquella ciudadela, serían las mismas personas que desde siempre, prestabanle atención en los diferentes servicios.

Aún así *Pachakutiq Inka Yupanki*, rogó a su padre que difiriera el viaje y se quedara en la ciudad del Sol ocupando normalmente su palacio en *Qasana*, hasta cuando él estimase el momento oportuno para retirarse, pero la respuesta de *Wiraqocha* fue tajante y dijo: ¡Magnánimo y justiciero *Pachakutiq Inka Yupanki*, ésta sagrada ciudad del Sol, factura de *Tayta Manko Qhapaq* y de nuestros ancestros posteriores a él, jamás ha cobijado ni cobijará a dos Inkas!. ¡Es más, aún poseo fuerzas como para sostenerme por mí mismo, dejad que los viejos

carguen su vejez y vos ocupéis en lo que corresponde a su Majestad. ¡Si a partir de hoy, existe en *Qosqo Itaqta*, un sitio para este vasallo, ese sitio está allá en una de las hornacinas de *Qorikancha*. ¡Llegará el momento para que me tengáis cerca, mientras tanto, es aún largo mi camino debo apurar el viaje!. Dicho esto, *Wiraqochá* arrodillóse, besó el canto de la capota o *Llaqolla* de su Majestad, recibió la bendición y volvió hasta el que fue, es y será siempre su palacio en *Qasana*, donde su séquito de ancianos y ancianas coetáneos a él aguardabanle prestos para emprender el viaje a *Uch'uy Qosqo*. Al respecto, en palacio, esperaban toda la pléyade del antiguo monarca, hombres y mujeres, ataviados ellos de sus enseres y efectos personales prestos en partir a su destino y concluir allí, lo poco o mucho de vida que aún les quedaba. Si esto sucedía con los muy cercanos al ex gobernante en palacio, otro estamento de la sociedad Inka en muchedumbre, preparabanse también para acompañar en su retiro voluntario. No sabemos por qué consideraciones, *Wiraqochá*, aún en el poder, no había tomado en cuenta los pormenores de su propia despedida; sin embargo, esta vez, la emoción social de su pueblo, pudo improvisar en *Kusipata* o la explanada del regocijo, una despedida en vida. Al respecto, *Pachakutiq Inka Yupanqui*, preveyendo circunstancias como ésta, había ordenado que los más de un millón de personas presentes en la ciudad se concentraran en la citada explanada para despedir al más grande hombre de los tiempos. En verdad el *kacharpari* o la despedida, no fue un mar de llanto, sino, alegría total. Allí, la multitud en acto especial y de difícil relato tributóle su reconocimiento como muestra de cariño hicieronle llegar a su anciano Inka, presentes por doquier, desde muy

modestos, hasta valiosísimos que a juicio de ellos, podía ser útil en vida de su Señor. Por su parte el magnánimo *Wiraqocha*, que entendía aquella efusión popular, recibía gozoso y con sincera satisfacción. Si por las limitaciones de sus años, beber o comer no podía cuanto le brindaban sus fieles, pues a ellos mismos las delegaba y a nombre de su Señor, las libaban o disfrutaban a satisfacción. En cambio, aquellos dones que no se podían beber ni comer en el momento, las recibía él o sus representantes y ordenaba que de inmediato preparasen una forma de guiraldas de regalos y las colocaban a los morrales de sus huéspedes para que los obsequios, unos, sean transportadas hasta *Uch'uy Qosqo*, donde habrían de ser bien utilizadas y otros compartidos con su pueblo. Si así eran las muestras de aprecio y cariño de su pueblo, el del anciano Inka no podía ser menos; él, a vista y paciencia de sus fieles, ordenó que le cortasen un manojo de su larga y canosa cabellera y hagan lo propio con sus prendas preciadas, las que en el momento, fueron segmentadas en infinidad de partes y distribuidas entre toda la multitud como muestra de cariño eterno entre él y su pueblo. Luego de este adiós multitudinario, la comitiva del anciano y sus huéspedes, partieron rumbo a *Uch'uy Qosqo*. Cuando después de haber caminado casi un día, llegaron a la ciudadela, para sorpresa de los acompañantes, en la explanada central, otra comitiva de 28 distinguidos personajes entrados en años, pulcramente vestidos con atavíos lujosos y muy parecidos a las que sus majestades lucen en rituales fúnebres, esperaban a *Wiraqocha*. Quien comandaba esta comitiva receptora, era el mismo extraño personaje, aquel que tiempo atrás, condujera al anciano a localizar el lugar donde edificarían esta ciudadela y que

luego de la inauguración, desapareciera en la lontananza del *Pitusiray*. Las delegaciones acompañantes y con ellos el cronista, luego de dejarlos instalados, retornaron rápidamente con destino a la ciudad del Sol.

Ya en la ciudad del *Qosqo*, el encargado de acompañar al anciano, dio cuenta a su Majestad *Pachacutiq Inka* de los pormenores del viaje y de lo que allí acaeció cuando les cupo llegar, de modo muy particular el Inka, se interesó en saber los pormenores de aquella misteriosa comitiva de venerables que habían aguardado a su padre. En el acto, dejó ordenado que al amanecer del día siguiente, un emisario volviera con destino a la ciudadela, para cerciorarse de la salud de su padre.

Mientras tanto en la muy sagrada ciudad del Sol la fiesta siguió su curso. Era el inicio del *Qhapaq Raymi* o la fiesta del Sol y el primer día de gobierno de *Pachacutiq Inka Yupanki*, como tal, no había lugar para inhibiciones; sin embargo, el nuevo monarca en este primer día, quiso que en las cumbres del Estado, no se estancaran las acciones propias de gobierno. Sin perturbar aquella alegría de su pueblo, convocó a una reunión de trabajo con sus principales colaboradores: *Qollana Waqoto*, *Willka Choqewamani*, *Wallpa Rimachi*, *Akawana Sonqo*, *Qalla K'unchuy*, *Atau Marikanchi*, *Atqqa Willkak'irau*, *Phuyu Apumayta* y *Kachi Urqowarariqa*, con quienes el nuevo monarca, conformó su Consejo de gobierno. En tal sesión, se ratificó como el responsable de los asuntos productivos al *Amawt'a Qollana Waqoto*, en cambio el sabio *Willka Choqewamani* fue nominado como el consejero mayor y, Presidente del Consejo Supremo de Ancianos; por su parte,

Wallpa Rimachi, Akawana Sonqo, Qalla K'unchuy y Atau Marikanchi, fueron nombrados como los responsables de la ejecución de las obras públicas en todo el Imperio y como *Willaq Uma* o sumo sacerdote en reemplazo de *Suntur Pawqar*, fue nominado *Phuyu Apumayta* y *Alqa Willkak'irau* nombrado como el Supervisor General del Imperio o *Tukuyrikuq*, finalmente como Comandante General del Ejército el soldado *Kachi Urqowaranga*. Además en esta reunión *Pachakutiq Inka Yupanki* como primera medida, nombró a los cuatro nuevos jefes de región. Dejó dispuesto también, la pronta realización de otra reunión ampliada entre el Consejo de Gobierno y los miembros del Consejo Supremo de *Amaw'tas* con la finalidad de Informar y analizar la situación en el que se encontraba el Imperio y por su puesto, las obras, acciones y tareas que próximamente deberán emprenderse. Como disposición final, encargó el cumplimiento de estas ordenes a los *Amaw'tas Qollana Waqoto y Willka Choqewamani*. Con estas indicaciones, las tareas de la élite gubernativa concluyeron aquel día y la muchedumbre, siguió con su festejo.

Al amanecer del siguiente día, *Pachakutiq Inka Yupanki* en su palacio de *Amaru Wasi*, dejó su alcoba muy temprano y al hacerlo, lo primero que hizo, fue repasar en su memoria los pasajes oníricos de aquella noche. Recordó haber soñado que su padre *Wiraqocha* y él, caminaban en un largo y sacrificado viaje. Era una cuesta extremadamente empinada y reseca la que escalaban. El anciano, cargaba sobre sus espaldas un pesado atavío que en todo el trayecto del viaje, no quiso compartir la carga con su hijo. Anduvieron tanto que finalmente llegaron

a una explanada bulliciosa y de aires templados; al llegar, los dos se solazaron y dieronse cuenta que el lugar donde se encontraban era *Uch'uy Qosqo*. Aquí, después de un placentero descanso, con esa energía viril que solía tener el anciano, habíale ordenado al hijo indicando: Bueno hijo, hasta aquí os he acompañado, me corresponde descansar. Así, había concluido aquel corto sueño.

Luego de una reflexión sobre las probables connotaciones que habría de tener esta premonición en la vida real, *Pachakutiq Inka Yupanqui*, concluyó en sus adentros, que algo fatal podría estar ocurriendo con su Señor padre, allá en *Uch'uy Qosqo*, Inquieto y pensando en esto, esperó la venida de los comisionados con el informe.

Cuales fueran las noticias que al respecto se informarle, es momento para referir algo sobre el gran Wiraqocha. Si escrutamos la racionalidad de los acontecimientos narrados en esta crónica, habremos concluido que el discurso de estas dos generaciones, están regentadas por una razón divina que marca los hitos, la visión y el rumbo de la sociedad en una dimensión de largo alcance. Sobre esta línea maestra, si ésto es el término, actúa la racionalidad humana, planeando y ejecutando en el corto, mediano y largo plazo. Esto se concluye, al revisar los anales de la historia Inka desde *Manko Qhapaq* hasta *Wiraqocha*, el cronista, no duda que lo mismo ocurrirá con quienes tras él vengan. En caso de éste último, cuanto hasta ahora se ha visto y se dijo, desde una óptica humana, no tendría nada de extraño, pues el Inka, Hijo del Sol, representante de los hombres ante Dios, con el poder y los recursos a sus manos podía

cumplir y hacer cumplir cuanto mandato pueda devenir; pero, donde rebasa a la racionalidad humana y linda con lo divino y el misterio, es cuando constatamos que los eventos manipulados por este hombre, *Wiraqocha*, han preludiado siempre hechos trascendentales, difíciles de explicar por lo racional. Pareciera que sus atributos cognoscitivos, armara sin dificultad los intrincados misterios de ese inmenso rompecabezas que es la vida y extrajera de ella, conclusiones contundentes que la obligaran hacer esto hoy, por que mañana habrá de suceder aquello. Precisamente por estas consideraciones tan evidentes, *Wiraqocha Inka Yupanki*, conquistó un espacio y un tiempo imperecederos en la historia de los forjadores de la eternidad. En otras palabras, fue y será por siempre, un ser superior distinto a lo normal. Dicho esto, a estas alturas del relato, nótese que estamos hablando en pasado, una afirmación póstuma de la semblanza de aquel gran hombre, pues una noticia extremadamente deprimente, coincidentes con las conclusiones que *Pachakutiq Inka Yupanqui* había intendo de sus sueños, vino en sucumbir la alegría reinante en todo el Imperio. Aquella noticia que conmocionó a la sociedad tawantinsuyana, vino desde la ciudadela de *Uch'uy Qosqo*, gracias a las versiones de los comisionados encargados por el joven monarca, dieron cuenta que para este amanecer, había dejado de existir *Wiraqocha Inka Yupanki*, hijo del Sol y amador de pobres.

Sobre esta muerte, fue el sumo sacerdote *Suntur Pawqar*, quien por encargo expreso del extinto aún en vida, vino con los comisionados e informó a *Pachakutiq Inka Yupanqui* lo siguiente: ¡Mi Señor, cuando ayer llegamos a *Uch'uy Qosqo*, el padre Sol habíase ya despedido de

sus hijos!. ¡La sombra, cubría a toda la ciudadela y bajo su manto, conforme ya le habrían anticipado, una comitiva de 28 personalidades ataviados ellos con indumentarias fúnebres, esperaban a *Wiraqocha* Inka en la explanada de la ciudadela con aparentes propósitos de brindarle la bienvenida!. ¡Este hecho inusual, obligóme a anticipar y sugerir a mi Señor, indicándole que nuestro padre El Sol habiase ya sumido en su descanso, por lo tanto hoy, no sería posible ninguna ceremonia, en todo caso, habría que diferirlo para mañana!. ¡Ante mi ruego, ésta fue, la determinación racional que se asumió cuando llegamos, pero, después que instalamos a cada cual en su aposento y despedimos el retorno de las delegaciones que nos acompañaron hasta allá, la situación cambió!. ¡Cambió cuando mi Señor a insistencia de quien hacía de jefe de aquella comitiva, fue al encuentro con ellos y prohibió terminantemente que alguno de nosotros, fuera con él y que más bien nos guardáramos en nuestros aposentos!. ¡De modo que sin compañía alguna el Señor, fue hasta el mismo centro donde esperaban los de la extraña comitiva, entre tanto, el que os habla más tres Consejeros, lo más que podíamos hacer fue observar en forma inadvertida los pormenores de la ceremonia desde el ventanal del templo!. ¡Esta observación, tuvo sus limitaciones ya que los rituales se llevaron a cabo casi a oscuras con sola la iluminación tenue de la lumbre que flameaba en el candelabro central del adoratorio!. ¡En esa penumbra, vi cómo mi Señor era desvestido de sus prendas hasta dejarla completamente desnudo, luego casi de inmediato recubierta con una manta negra y, conducido con destino a un hontanar denominado *Yanapuqyu* o fuente negra, presumo que fue para algún baño ceremonial!. ¡Desde mi

ubicación, no fue posible constatar este acto!. ¡Luego, sin que haya transcurrido mucho rato, retomaron hacia el adoratorio, en ese recinto, una matrona fue quien la condujo a mi Señor delante del candelabro ardiente; allí, haciendo corro con sus compañeros, suministraronle calor y nuevamente, retiraron de su cuerpo la manita negra y vistieronla con prendas especiales que por lo visto, tenían listas para esta remuda!. ¡Una vez que mi Señor vistióse con su nuevo traje, que dicho sea de paso, era muy distinta a la que solía usar!. ¡Los 28 oficiantes de la ceremonia, postraronse ante su Majestad y al hacerlo, cada uno rindió pletresía!. ¡Aquel señor que hacía de jefe de la comitiva, entregó en manos de *Wiraqocha Inka Yupanki*, dos atavíos, el más pequeño, previo las rituales del caso, fue depositado por el propio anciano en el candelabro ardiente, consumiéndose rápidamente en la hoguera!. ¡El otro atado, quedó en manos de mi Señor y en eso, no bien el candelabro dejó de arder, que serían aproximadamente la hora media de la noche, el escenario quedó en la penumbra y los oficiantes, uno de ellos, tomó la vasija del candelabro con los restos y cenizas de la hoguera y entre todos, condujeron cual si se tratara de una ofrenda sagrada hasta el filo del torreón, desde donde, pronunciando palabras no inteligibles en *Aru*, esparcieron las cenizas a los cuatro costados del torreón y la vasija, arrojada al precipicio!. ¡Cuando hubo sucedido todo esto, los miembros de aquella comitiva, quedaronse al pie del adoratorio y *Wiraqocha Inka*, retornó rumbo a su palacio trayendo consigo el atado aquel que poco antes le entregaran!. ¡Al llegar, ingresó de frente a su aposento, desde donde hizome llamar con urgencia!. ¡Acudí en el momento y la encontré echado sobre su lecho con el rostro, completamente livido, surcado

de miles de arrugas e irreconocible!. ¡Aquello que en sus cien años de vida ruda las había conservado casi intactas, esta vez, en ese pequeño lapso oscuro de ritual, las vino en consumir rápidamente!. ¡Había envejecido más de lo que uno pudiera imaginar, aún así, su voz arrogante y sus pupilas escrutadoras eran las de siempre!. ¡Arropado de un traje negro sobre interiores blancas y, emanando de su cuerpo un vaho a yerbas raras yacia en su alcoba, desde allí me dijo: *Suntur Pawqqaq*, amigo y confidente mío, acercaos y escucha lo que debo deciros. ¡Pues bien, mi padre ordena que me debo alejar en este momento, ve a la sagrada ciudad del *Qosqo* e informa al Hijo del Sol *Pachakutiq Inka Yupanki* que su padre está de viaje con destino a *Samanqaya*⁹³. Hágale recordar que siguiendo el rito de *Tayta Manko Qhapaq Inka*, mientras la población aún goce de la algazara de la fiesta de mi padre El Sol y en el momento que su juicio ordene, ascienda a las cimas del *Apu Wanakawri*, que mi padre le aguardará. Vosotros, -dirigiéndose a todos nosotros sus fieles, - que me acompañáis, quedaos aquí, hasta el próximo encuentro que pronto será. Me olvidaba- cogió el atavío que trajo consigo y me la dio- toma esta remesa, lleva con cuidado y entrega a tu Señor. Dicho esto, se sumió en su eterno sueño y fue momento también en que un fulminante rayo resplandeciendo y retumbando en todo el valle sagrado cayó sobre el adoratorio y al rato todo era silencio y nuevamente su rostro, recuperó el aire risueño y la lozanía, con el que hasta ahora yace. ¡Esto fue lo que sucedió su excelencia *Pachakutiq Inka Yupanki* allí en *Uch'uy Qosqo*.

93 Cordillera elevada, volcán apagado; ubicada en la jurisdicción del que hoy es el Departamento de Arequipa, se le conoce como *Samanqaya*.

¡El encargo, ya os transmití y aquí tiene usted la remesa de mi Señor!. *Suntur Pawqqar*, entregó el fardo, concluyó su informe y sin pérdida de tiempo, dejó palacio y retornó a donde su Señor *Wiraqocha Inka Yupanqui*, descansaba en paz.

Por su parte *Pachakutiq Inka Yupanqui*, quien atentamente había escuchado los encargos de su finado padre, agradeció lo del informe y ordenó venir al nuevo sacerdote, *Willaq Uma Phuyu Apumayta*. Este, rápidamente se presentó ante su majestad y previó un ritual de extrema devoción, como si el atado aquel portara a la misma persona del extinto Inka, procedieron a manobrar con la remesa y al develarlo, un cesto cuadrangular tejidas en hebras más o menos gruesas de oro, mostró que contenían todas las prendas y atuendos, aquellos que en vida solía vestir *Wiraqocha Inka*. Este hecho, en la liturgia de los hijos del Sol, significaba que en condiciones normales, el Inka padre o titular, previendo su muerte como testamento oral, días antes, ordenaba que la despojara de toda sus prendas de Inka y las acondicionaran en un cesto, en este caso, trajo *Suntur Pawqary* entregó al sucesor para los efectos posteriores, con el cual, el Inka saliente en agonía, se despojaba completamente de todo el poder que Dios El Sol le había conferido. Consecuentemente el sucesor, recién sería coronado en *Qorikancha* y podía ejercer a plenitud de su poder. Volviendo a *Pachakutiq Inka Yupanqui*, éste, tal como dijéramos atrás, ordenó a su confidente que sin pérdida de tiempo, preparara los funerales y como que en efecto, la primera acción fue el clarinazo fúnebre que se emitió desde *Qasana* e irradiada rápidamente por los

mensajeros, anunciando al mundo, la muerte del muy amado y respetado *Wiraqocha Inka Yupanki* y ordenando el duelo en todos los pueblos del imperio.

Luego, el séquito imperial presidido por el Inka, *Anawarki*, el sumo sacerdote *Willaq Urta Phyu Apumayta* acompañadas de una corte numerosa de fieles, partieron con destino a *Uch'uy Qosqo* transportando además, aquel fardo fúnebre del difunto Inka. El viaje, no tardó mucho y al llegar, encontraron a los ancianos y ancianas coetáneas y acompañantes del finado Inka, sumidos en dolor y llanto, velando los restos de su Señor *Wiraqocha Inka Yupanki*, quien yacía en una hornacina acondicionado con motivos fúnebres y ambientado con sahumerios aromáticos y guiraldas de flores. *Pachakuti Inka Yupanki*, arrodillóse ante los restos de su padre, declamó un Jarawi o poema fúnebre, prestó juramento de compromiso para realizar aquello que en vida dejó ordenado o truncado, rindió honores y transmitió el sentir y dolor de su pueblo. Luego, fue *Anawarki* quien comandando a todas las *Aqllas* viejas y jóvenes rindieronla homenaje; ellas, en sendos turnos acompañaron a su majestad día y noche, coreando las tristes notas del *Ayarachi* o canción fúnebre, danzando *sikuris* y otras manifestaciones de dolor más.

Por su parte los sacerdotes dirigidas por *Sunitur Pawqar* y *Phuyu Apumayta*, ocuparonse en officiar rituales y preparar ofrendas, las que fueron distribuidas en lugares estratégicos de las cuatro regiones del Imperio. Hubo una ofrenda de especial importancia y fueron trabajadas por el propio Inka y los dos sacerdotes, el antiguo y el nuevo. Concluida el oficio, la ofrenda fue destinada a la lejana deidad llamada *Samanqaya*, donde su Majestad

Wiraqocha Inka, descansaba en paz y esperaba esta remesa, para completar su eterna tranquilidad. Esta ofrenda, se remitió a su destino y quien condujo, fue precisamente el antiguo Sumo sacerdote *Suntur Pawqar*, confidente y amigo del difunto. Del contenido de esta remesa, por consideraciones obvias del culto, el cronista, está obligado a no comentar en esta o en cualquier otra crónica. Con esta aclaración, volvamos a *Suntur Pawqar*, quien partió a su destino justo a media noche, cuando todo era lóbrego y silencio, provisto de un ligero atadillo sobre sus espaldas y conduciendo a dos compañeros; el uno, una gigante acémila llamada *Wakaya*⁹⁴ de pelaje completamente negra, a cuyo lomo, iba la sagrada ofrenda y el otro, un robusto can, también de pelaje negro.

En tanto el cuerpo físico de nuestro *Wiraqocha Inka* que yace en el adoratorio, todo es sahumero, fragancia, aroma de resinas, flores, canto y llanto de las damas. Pero, hay quienes dejando a un lado el dolor y llanto, trabajan incansablemente en tareas propias que exigen las exequias. Ellos, convencidos que en *Uch'uy Qosqa*, el cuerpo físico del extinto emperador solo podía permanecer siete días, lapso en el que el enviado principal, *Suntur Pawqar* habría ya llegado a *Samanqaya* y el espíritu de su majestad recién descansaría en paz y a plenitud.

Los rituales fúnebres, obligaban que inexorablemente el octavo día, los cuerpos físicos de *Wiraqocha Inka* y su esposa *Mama Chimpu Oqllu*, deben retornar a su sagrada ciudad natal a descansar en las hornacinas del *Qorikancha*,

94 Camélido sudamericano, utilizado en tiempos del Tawantinsuyu con fines exclusivos de culto.

pero, como sabido es, *Mama Chimpu Oqllu*, no descansa en *Uch'uy Qosqo*, sino, en las cimas del *Pitusiray*.

Precisamente a transportarlo a *Mama Chimpu*, el Inka *Pachakutiq*, su esposa y el sumo Sacerdote, viajaron con aquel rumbo. Mientras se realizaba aquel viaje, en *Uch'uy Qosqo*, los médicos y cirujanos, sometían el cuerpo físico del extinto a complicados y sofisticados tratamientos de cirugía post-muerte y embalsamamiento para mantenerlo por siempre íntegro e intacto.

Poco tiempo después, el bulto de *Mama Chimpu Oqllu*, fue traído por *Pachakutiq Inka Yupanqui* y acondicionada frente al de su esposo. Como es natural, desde cuando retornó *Mama Chimpu*, los ánimos de dolor y de alegría anidadas en los adentros de las personas, habíanse fusionado, uno al otro para formar un nuevo estado emocional. Pareciera que hasta los restos recientemente embalsamados de *Wiraqocha Inka*, desde que la posicionaran frente a él, tomara en sus facciones un aire de felicidad y satisfacción. Esto era la conclusión de las gentes dolidas.

Antes de enrumbar con destino a la sagrada ciudad del Sol, en *Uch'uy Qosqo*, se oficiaron dos rituales fúnebres más, de las que ya no daremos cuenta y diremos más bien que al amanecer del día siete, la inmensa caravana, partió con destino a la ciudad del Sol trasladando los restos fúnebres tanto de *Wiraqocha Inka Yupanqui* como de *Mama Chimpu Oqllu*. Desde luego, la comitiva fúnebre, estuvo presidida por el Sumo sacerdote, quien, portando cual un estandarte, el *P'unchau* o la custodia donde iba el corazón de *Wiraqocha Inka*, caminó a la vanguardia de la multitud. Tras él, el Inka, su esposa y la gente dolida en

multitud, todos ellos vestidos de negro con interiores blancos, transportando en andas los despojos de *Wiraqocha Inka Yupanku* y *Mama Chimpu Oqllu* y al compás de los lúgubres *Ayarachis*, entonadas por infinidad de fantasmagóricos músicos *Sikuris Qqollas* avanzaban lentamente a su destino, la ciudad del Sol. Los fleles tras la comitiva fúnebre, avanzaban lentamente su camino y al caminar, cantando y llorando recordaban cada una de las proezas y hazañas realizadas por *Wiraqocha Inka Yupanki*, en pos de la humanidad. Hasta que por fin, la masa humana llegó a la muy sagrada ciudad, cargando a cuestras en procesión los restos de sus seres más queridos, de aquellos que ayer nomás eran los soportes de esa generación que levantó el Tawantinsuyu del colapso y hoy, como anatema inexorable de la vida, empezaba a desmoronarse al compás del llanto y dolor de los suyos que aún quedaban.

La llegada, ocurrió al atardecer del día siete, cuando también el astro dios, luego de cumplir su eterna tarea de procurar vida en el universo, se aprestaba en descansar allá en su lejano ocaso y a esa hora, la multitud que acompañaba a sus extintos monarcas, que sobrepasarían el millón de personas, seguían su marcha fúnebre. La procesión seguida por este mar humano, se dirigió rumbo al adoratorio de *Corikancha*, lugar aquel desde donde días antes *Wiraqocha Inka Yupanki*, aún en vida dejó presentado a su pueblo al nuevo hijo del Sol. Dado que la parada en el adoratorio era un alto fugaz, la comitiva fúnebre continuó su marcha con destino al Templo mayor. Esta vez, las ánimas de *Wiraqocha Inka Yupanki* y *Mama Chimpu Oqllu*, fueron trasladadas sólo en hombros del

sumo sacerdote y sus asistentes, quienes en estricta observancia a los protocolos que mandan los rituales, las condujeron directamente al salón del Sol. Allí, aquella réplica gigante del Sol en oro, pareció extender su bendición de calor y energía sobre las momias e inmediatamente fueron depositadas en la octava hornacina del salón de los gobernantes del Imperio del Sol, donde finalmente los forjadores de la eternidad, descansan en paz.

Todo esto ocurrió al anochecer del día siete, lo que significaba que los plazos exigidos por los rituales se habían cumplido estrictamente. Es más, según los mensajeros, informaron que el Sumo sacerdote *Suntur Pawqar*, aquel que la misma noche del deceso en *Uch'uy Qosqo*, marchara transportando la remesa sagrada con destino a *Samaqaya*, también había logrado su cara meta, al depositar la remesa dirigida a su Señor en el lugar y el tiempo oportuno. Esta coincidencia, tiene una connotación trascendental en la percepción humana, puesto que si bien *Qqorkancha*, el templo del Sol, es la morada final del cuerpo físico de los gobernantes; *Samaqaya*, lo es el recinto donde descansan en paz los espíritus de los hombres de bien como *Wiraqocha Inka Yupanki* y *Mama Chimpu Oqllu*. Para que exista equilibrio en las decisiones humanas de este mundo, después de la muerte, es preciso, que el espíritu y el cuerpo físico, ocupen sus espacios correspondientes en un tiempo oportuno. Como esto fue así, después de dejar a los difuntos soberanos en sus respectivas moradas, *Pachakutiq Inka Yupanqui*, *Willaq Uma Phuyu Apumaytay* los expertos *Amaw'as*, volvieron al *uznu* o adoratorio, desde donde el Inka, recomendó a

la muchedumbre dolida que no había razón ni motivo para seguir cautivando el dolor ya que las ánimas del padre *Wiraqocha* y *Mama Chimpu Oqllu*, descansaban en paz en *Qorikancha* y en *Samanqaya*. Estando así las cosas, más bien, esperaban ellos, la alegría de sus hijos.



XXI

Como bien consta al lector, *Pachacuti Inka Yupanki*, mucho antes de acceder al trono ya había logrado recorrer el *Tawantinsuyu* y en ese periplo, comprendió que sus congénitos, habían crecido; las familias se hacían rápidamente pueblos y hasta naciones, las tierras agrícolas y pastos se angostaban y los alimentos, a no muy largo plazo, escasearían. El diagnóstico era el mismo, aquel que en vida, su padre expusiera en el Consejo Supremo; por cuya razón también, había propuesto en su oportunidad el gran cambio. Pero, por causas que ya conocemos, las habían diferido, para que, quien se encargara de esta tarea sea precisamente el novísimo Inka. Para revertir en el largo plazo aquella situación que sombríamente se perfilaba, necesitaban forjar grandes obras y crecer territorialmente. Con esa convicción, el Monarca, sintió la necesidad de cumplir el deseo de su padre, quien en agonía habíale dejado dicho: "Ascender a las cimas del *Wanakawri*, al oráculo, que su padre El Sol, el Supremo hacedor le esperaba". De modo que, en cumplimiento de aquel encargo, sin pérdida de tiempo, no sin antes de plegarias y ofrendas, escaló a la dicha cima. Allí, en el oráculo, postrado de rodillas con los brazos abiertos y en alto, la mirada suplicante hacia el padre Sol, con voz temblorosa,

pero, fuerte, expuso sus ideas. Rogó, consentimiento para que le permitiera ejecutar las grandes obras, aquellas que su finado padre *Wiraqocha*, dejara encargado en el templo del Sol: *"Conquistar el mundo, acondicionar allí a su descendencia y dejar perennizada los logros de su cultura"*. Solicitó además a su omnipotencia, emprender ésta tarea de la manera más pacífica que sea posible, no importaría cuán larga y sacrificada sea esta, su designio si así ordenara la cumpliría. En ese trance de devoción y rogativa, no bien había terminado sus plegarias, el cielo que hasta ese entonces estuvo cubierto de negros nubarrones, se tornó rápidamente en límpido y una voz omnipotente, retumbó en la cima de la cordillera. El Supremo, había escuchado sus plegarias y sería él, quien dispondría lo que en adelante habría de realizar el hijo de sol. El sabio y joven monarca, escuchó la portentosa y ubicua voz del alto que decía: *"Hijo mío, en tus manos y en tu sabiduría descansa el devenir de tu descendencia. Es preciso que con amor y justicia conquistes al mundo y distribuyas a tu pueblo en las cuatro regiones de este territorio. Uno es su Dios, el Sol que les alumbra y les da vida, a él le deben respeto y obediencia. Os di una lengua, el Quechua; es el idioma del mundo. Un gobernante sobre la tierra que haga lo que el pueblo ordene, ese es el hijo del Sol, el Inka. El trabajo solidario, la verdad y la honradez, sostendrán el devenir de tu pueblo. Id pues por todo el imperio y cumple con mi mandato, dispuesto está que de cuatro generaciones después, devendrá de otros mundos una horrible pestilencia de maldad, que pondrá en prueba la templanza de tu pueblo. Construye edificios sobre roca firme, grandes y admirables, de manera tal que sea imposible que hombres de ayer ni los de mañana puedan*

superar. Tan grandes y fuertes deberán ser estos edificios, que durarán mientras mundo sea mundo. Difunde en las cuatro regiones, la justicia y el buen gobierno; la pestilencia que háde venir, destruirá a tu pueblo, sólo quedarán su Dios, sus grandes obras y su lengua como testimonio de su grandeza. Tu pueblo, por un milenio, sufrirá exterminio y penalidades, tu Dios blasfemado, su monarca derribado, sus mujeres violadas, sus ciencias y creencias perseguidas, sus niños degollados, sus templos y divinidades profanadas, sus riquezas expoliadas y sus gentes sobrevivirán haciendo las veces de bestias. Aún así, no es el final, sino el principio de un mundo mejor. Preludiando el ocaso de la pestilencia, las mujeres violadas parirán nuevas gentes de bien, los niños degollados resucitarán y de sus osamentas descuartizados rebrotarán en las cuatro regiones nuevos hombres y los que hacían de bestias se armarán de la razón, valor y si es posible de fuego y arrancarán la reconstrucción del nuevo imperio, arrasando y limpiando la mala hierba que durante mil años se enraizará en la tierra sagrada. No, os alarmáis, el alumbramiento del nuevo imperio de paz, amor y justicia como todo advenimiento de vida, será dolorosa y sacrificada, sobre todo, sangre se derramará a raudales. Hoy, que tenéis ya presente la senda del futuro, haced lo que debéis hacer e instruye para que las generaciones observen mi mandato". Pronunciadas aquellas ordenanzas, cual eco que se aleja en los acantilados, la voz divina, habiase perdido en el espacio infinito del *Wanakawri* y de pronto, en el azulino cielo cordillerano, rompiendo el silencio y la compunción que gobernaba aquel ambiente, en el horizonte y en las cimas de las cordilleras, el astro Dios, anunciaba su retorno con una

sonrisa dorada. Sus cálidos rayos otra vez traían vida y el Inka, el hijo del Sol, padre de millones de seres humanos en la tierra, quedó transido e impotente ante aquellos Inescrutables designios de Dios. Designios que su padre *Wiraqocha Inka* prácticamente había anticipado, pero hoy, como para hacerle recordar, el propio hacedor del universo, dejábalé este encargo.

Profundamente turbado en sus pensamientos y resignado a ejecutar lo que estaba ordenado, levantó la mirada hacia el cielo y su padre el Sol, le contemplaba con ese aire de satisfacción de ver al fiel cumplidor de sus órdenes. Cuando *Pachakutiq Inka Yupanki*, repuesto ya de sus tribulaciones bajó de la cima y vio que su pueblo se jalgoreaba, no pudo a menos que aceptar esta natural alegría popular. En el plano concreto, para los aciagos días de la pestilencia, aún faltaban cientos de años por decir algo; hoy, sin lugar a dudas, había prosperidad. Esa prosperidad que si bien era producto del esfuerzo del finado Inka y su pueblo, los logros correspondían netamente al trabajo del hombre, ellos, tenían derecho a disfrutar de sus propias realizaciones. Lo injusto sería, cavilaba él, transmitir a un basto pueblo inocente las duras profecías anunciadas por su padre y condenarles a un largo período de sufrimiento y ostracismo. Ello no era lo que quería su padre, mas bien optó en callar y no decir nada a nadie al respecto, hasta cumplir con lo que a él le correspondía realizar y recién cuando ya sus fuerzas prelujarian su ocaso, comunicaría de todas maneras a quien sería el sucesor. Con esta determinación final, el hijo del Sol, salió de su mansión para comenetrarse y compartir con su pueblo de la alegría. La fiesta duró siete

días y algo más; sin duda, fue derroche de prosperidad. Al octavo día, cuando cada cual había tomado sus puestos de trabajo; ora en los campos de cultivo, ora en la milicia, en los talleres, caminos, templos, escuelas o en los hogares, es decir, cuando el imperio había vuelto a su normalidad labril, el Inka conforme tenía previsto convocó al Consejo Supremo de Amautas.

El día de la asamblea llegó. A la hora citada, en los amplios salones de palacio, los ancianos, con la solemnidad y majestad que les es propio, aguardaron con puntualidad la llegada del Inka. Por su parte el soberano y su séquito, llegaron también y tomaron posición en los sendos asientos de la mesa Directiva. La sobriedad y el silencio en el recinto, hacia suponer del ambiente, un entorno aparentemente quieto, parecía que allí, el tiempo y las acciones se encontraban paralizados.

Cuando los asambleístas allí presentes, aprovechando del silencio reinante, quién sabe pasando o repasando mentalmente sus conceptos o quizá también, sin pensar en nada, solo esperando el anuncio que habría de hacer el monarca; desde el fondo, de la mesa directiva, brotó un vozarrón metálico que decía: "¡No seamos ociosos, ladrones, menos mentirosos, ni traidores, respetables dignatarios!". Era la voz de saludo del Inka. En respuesta, casi inmediatamente, un coro unísono de voces retumbó. "¡De igual manera su majestad Padre Inka, hijo del Sol!". Contestaron al saludo los asambleístas. Luego de este intercambio, el Inka, hizo extensivo su venia e invitó a que tomaran sus respectivos asientos y sin mayor protocolo, entró al grano, exponiendo entre otros, lo siguiente: Señores, en nombre de mi padre El Sol, el del

finado *Wiraqocha Inka* y el del mío propio, os doy la bienvenida. He citado a este cónclave por un asunto de suma importancia para el futuro del Imperio. La situación que vengo a exponeros es sumamente apremiante, que desde ya, impone tomar decisiones trascendentales, rápidas, precisas y oportunas. En aras del tiempo y la magnitud del problema, invócoles señores, dispensar por no abundar en preludeos de rigor y abordar más bien directamente el tema.

Con aquella salvedad, el *Inka Pachakutiq* prosiguió su exposición: Señores, es ley de mi padre el Sol, que nuestra descendencia debe multiplicarse y como qué, se va multiplicando en proporciones geométricas; es más, somos el producto de ese crecimiento vegetativo de generaciones anteriores y, para cobijar esta prole en continuo crecimiento, el astro Dios, *Inti Tayta*, nos lo ha cedido la *Pachamama*, Santa Tierra. Del mismo modo, para vivir en ella y cuidarla por siglo de los siglos, nos fue concedida la inteligencia. Conocedores de estas leyes, hemos desarrollado nuestra sabiduría y hemos alcanzado logros sin precedentes en todas las ramas del saber. Ello, ha permitido hasta ahora, que el pueblo viva en bonanza y en bienestar. Estos avances que han costado años de vida, trabajo, dedicación y sacrificio se encuentra en peligro. Como habíales anticipado, nuestra descendencia ha crecido y la tierra, la *Pachamama*, permanece inalterable y constante. Con sacrificio, dolor y privaciones de generaciones y en especial la que cupo a nuestro padre *Wiraqocha Inka* y *Mama Chimpu Oqllu*, se han ganado tierras al desierto, en las pendientes abruptas hemos logrado cosechas, en las frías cordilleras logramos también

hacer que florezcan y fructifiquen granos y tubérculos. En fin, ¿Qué no hemos hecho para mantener fuerte y vigoroso a nuestro pueblo?.- Se preguntaba y preguntó al auditorio - Sin embargo Señores, el suelo agrícola en la práctica se va angostando. Cuando la población crece, aún con el avance de la técnica y no incrementa la tierra agrícola, inexorablemente disminuye la producción de alimentos. Es allí, donde invade el hambre, la pobreza y engendra la codicia, la injusticia y se rompe el equilibrio de la paz social. Como entenderán respetables consejeros -En tono enfático puntualizó- conforme al mandato de nuestro padre el Sol, si aspiramos garantizar el futuro de nuestro pueblo, mantener y desarrollar nuestros logros y avances, en una palabra, forjar la eternidad, es necesidad vital del Estado, ejecutar grandes obras que respondan a las exigencias de aquella población en continuo crecimiento y, expandir la dimensión territorial del Imperio por todo lo vasto del mundo. Es ese el objetivo nuestro. Bien sabéis que el que os habla, en su viaje por los confines del *Tawantinsuyu*, hizo un registro minucioso de cuanto territorio existe. En esa ocasión pude constatar la existencia de espacios apropiados para la vida humana civilizada, pero que por falta de juicios justos y brazos trabajadores aún esas tierras, están incultas. Es necesario pues que en aquellos lugares, el trabajo, la justicia y el saber se impongan. Sabios consejeros -Prosiguió diciendo- no escapa a vuestro alto entendimiento que el amor, la justicia y el saber, son valores que El Sol nuestro Señor, nos alcanzó no como privilegio sólo para nuestro Imperio, sino, como mandato divino para difundir entre los pueblos hermanos que aún no entran en razón. Si este mandato no se cumple o no hacemos cumplir, primero, incumplimos con la ley de Dios

y segundo, aquellos valores justos, sólo practicadas en nuestra sociedad, están destinados a perecer en el tiempo. Entonces, la existencia de este poderoso imperio no tendría razón, ni espacio en la historia y no se diferenciaría en nada de un rebaño que nace, crece, se reproduce y muere o de una tribu de salvajes y nómades cuya función social se circunscribe a supervivir y no hacer historia. Por ello mismo, Señores -Invocó- es una necesidad vital nuestra expansión; expansión, entendida no como una incursión o un asalto de guerra, de exterminio, de latrocinio, de explotación, de violación o de humillación; sino, como trasplante de cultura, de amor, de trabajo, de saber y de la justicia. El trabajo, el amor y la justicia son las principales armas de nuestra conquista. Nuestras conquistas, jamás mansillan la cultura y la sabiduría en los pueblos conquistados. Hemos asimilado lo mejor de nuestros adversarios y transferido a ellos, los nuestros. Enseñamos a sus gentes a labrar la tierra y cultivar las plantas. Los instruimos en preservar y utilizar los recursos Naturales y cuidar el medio ambiente. Las posibilitamos un orden socio-económico y político de justicia y de buen gobierno. Nuestro pueblo nunca avasalló al vencido con la exacción, el saqueo, la vejación, el ultraje, ni con el exterminio. Nuestros guerreros hacen uso de sus armas, no para liquidar al hombre, sino, para reformarla y hacer entrar en razón. En nuestro pueblo, gobernados y gobernantes, rigen sus actos humanos con los tres mandamientos de nuestro padre El Sol: No ser ociosos, no ser mentirosos y no ser ladrones. Nuestra sociedad nunca fue, ni nunca será una colectividad de pícaros y haraganes; sus gobernantes, el Ynka y los que con él dirigen los destinos del pueblo, jamás han sido ni serán una élite de parásitos y villanos que holgan y

despíllarran el sacrificio de sus grandes mayorías. El progreso de nuestro pueblo es el resultado del trabajo de sus gobernados y gobernantes, más no el producto del hambre y pobreza de pueblos conquistados. El hijo del Sol, jamás aprovechó su poder para movilizar a su pueblo para sojuzgar con pueblos vecinos y con cuyos despojos, mantener la codicia y la holgazanería de una nobleza ostentosa, gastadora y corrupta. Nuestras conquistas, son el nacimiento de pueblos que surgen de la fusión de los entendimientos mutuos de amor y justicia, más no de la violación y el atropello. Un sólo Dios que gobierne el universo, "*Inti Tayta Pachacamac*"⁹⁵ o el creador del universo; un código de valores de equidad y trabajo para el entendimiento mutuo, un sólo monarca para el buen gobierno, un idioma para la comunicación y la enseñanza de la ciencia y la técnica que garantice el progreso sostenido de la sociedad, son los pilares fundamentales de nuestras conquistas. ¡Señores!. Ampliar nuestro espacio territorial y cultural, es el único horizonte de este imperio, para lograr aquello cuanto propongo, os vengo a pedir vuestra anuencia. Estoy seguro que la experiencia y sabiduría que les caracterizan reforzará más, mi resumido planteamiento. De vuestra sabia determinación, depende el futuro y la pervivencia del Imperio del Sol. Aguardaré el debate, al término del cual, sus conclusiones, cuáles fueran, serán puestas en acción. Por ahora, no me queda sino, invocar prudencia y sapiencia en vuestra decisión. Concluyo, agradeciendo vuestra gentil atención.

Dicho esto, el monarca tomó asiento y arrellanóse en su butaca. Los consejeros del auditorio, casi en acto

95 Dios Sol todo poderoso, creador del universo.

automático se pusieron de pie y con una venia de pleitesía, aplaudieron la exposición del Gobernante. Este a su vez, devolvió el cumplido y sentáronse cada uno en sus respectivos escaños.

En adelante, la secuencia de lo hechos se encaminó en su rutina formal con la participación del consejero Presidente, quien luego de solicitar la venia al hijo del Sol para proseguir con el debate de los temas contenidos en su disertación, ordenó que por el momento, se entraba en un corto intermedio o receso.

Aprovechando este espacio libre, en el atrio del salón de debates: músicos, danzantes, *Jarawicos* o poetas y declamadores, interpretaron canciones, danzas, poesía y teatro, es decir, aquello que mejor solían hacer. Entre ellos, se pudo observar a un joven poeta sureño o *Qolla*, quien al compás de una fluida y melodiosa quena recitaba la canción del creador o *Pachakamaq*, más al rato, escenificaron "*La soberbia de Waraq*", un tema que emulaba la insensatez de un joven llamado *Waraq*, que presumiendo ser escogido por Dios, creyó haberse reencarnado en *Wamani* o halcón sagrado, pero, los vericuetos de su arrogancia hicieron concluir su vida en un suicidio. Cuando ya, las tensiones prácticamente habían sido paliadas, un joven del séquito imperial, hizo sonar un prolongado clarín. Señal, que anunciaba la finalización del intermedio.

El ambiente quieto y tenso que hasta poco antes había reinado en el amplio salón de debates del Consejo, esta vez, ofrecía un paisaje más dinámico y afable. Si algo en común tenía este con el anterior, era la majestuosidad y el orden imperantes. Por lo demás, los consejeros, parecían

haber abandonado en el recreo el pesimismo y las limitaciones propias de su situación personal; tal que presurosos, transitaban de un escañón a otro, charlaban y consultaban entre ellos sus informes. Una apreciación de ese ambiente intelectual, sugería por lo menos, la existencia de dos posiciones encontradas, cada una con su propio contingente. Por lo visto, a quienes defendían los planteamientos del monarca, las tipificaban como expansionistas y estaban conformados principalmente por *Amaw'tas*; coparticipes de la gran expedición, ex-Militares y muchos otros más, para estos pensadores, la posición del *Inka Pachakutiq* serían las más correctas, consecuentemente, digna de defenderla: en tanto los opositores, que tampoco dejaban de tener razón, planteaban que por principio, el expansionismo implicaba acciones militares sin precedentes con irreparables costos sociales, estancamiento de la producción, de la ciencia y la técnica, pruebas al canto, decían ellos: ¿Acaso no es cierto la pérdida de miles y miles de vidas humanas en la conquista de los *Araukus*, de los *Chinchas*, de los *Wariy* en el confinamiento de los *Chankas*? ¿Por qué tanto apuro?. Opinaban ellos. Mirar muy lejos sin saber dónde se pisa, pese a la sapiencia, disciplina, preparación y valentía de los guerreros: ¿Quién garantiza total éxito?. ¿Cuidado?. Decían ellos, si bien la historia no se repite con los mismos actores y espacios; tampoco es un hecho aislado ni fortuito de la sociedad, sino que es el producto del trabajo colectivo de los hombres en el que los logros y fracasos, mucho dependen de la dirección correcta de sus líderes en una dinámica de causa- efecto. No vaya suceder, como ocurrió con los *Chankas*. Esta vez, no precisamente podrían ser los mismos de ayer. En resumidas cuentas,

esto era más o menos el panorama conceptual circundante en el ambiente de los ancianos que avalarían o desecharían los planteamientos del Monarca. Estas opiniones, ambas fríamente meditadas y calculadas, tanto en sus costos como beneficios, tenían que ser zarandeadas y recemidas en sus propias discusiones; sus conclusiones, eran decisiones exentas de subjetividades y trivialidades, humanamente aceptadas y sin miramientos por quién fuere. Esto era la ley, por ello mismo, se reúnan sólo en casos excepcionales como éste. De esta realidad, el hijo del Sol no era ajeno; pero, sabía también que un mandato divino, con consejeros o sin ellos, Ineluctablemente se tenía que cumplir. En suma, era la lucha entre las razones profanas y divinas. Por ello mismo, en esa pausa, donde todo aquello ocurría, el Soberano parecía haber leído con su fugaz mirada el pensamiento de cada uno de los consejeros y, entendió de sus conflictos e inquietudes conceptuales de ambos bandos. Como bien se adelantó atrás, unos, se circunscribían a los planteamientos del monarca, otros, abiertamente se autodenominaban como "los conservadores" y defendían el Inmovilismo social y político, esta corriente de consejeros, empujados por el pesimismo, pintaban el futuro con tintes sombríos y se contentaban con la holgura del momento. La dinámica del cambio social, económico y político, parecían asustarlos.

Con lo dicho, para el debate que pronto iniciaría, todo estuvo preparado, presidía el congreso en esta oportunidad, un consejero más o menos de sesenta años de edad. Tenía él, una voz ronca y fuerte, tal que sin mucho esfuerzo, con claridad y acento puntual abarcaba todo el

recintó. Este, fue quien con la venia del Inka y su acento de patriarca se dirigió a los allí presentes, expresando las siguientes palabras: Por la gloria del omnipotente creador ó *Pachakamaq*, la memoria del grande hombre *Wiraqocha* Inka y de todos nuestros ancestros, más la anuencia de *Pachakutiq Inka Yupanqui*, me dirijo a Ustedes ilustres Consejeros del Imperio del Sol, para reiniciar esta magna asamblea. Asamblea que gracias a vuestros sabios consejos y meditados juicios, debe absolver cuestiones de vital importancia y connotación para nuestra historia. Sobre cuyo asunto, instantes atrás, han escuchado con atención y detalle los sabios planteamientos de nuestro soberano Inka; consecuentemente, es ya de dominio vuestro los pormenores de la propuesta central que motiva este Supremo Consejo; sin embargo, como ejercicio propedéutico haré una síntesis de aquellos planteamientos. Recapituló el hombre y siguió hablando: ¡Para garantizar la pervivencia etérea de nuestra cultura, forjada en el tiempo con mucho esfuerzo, el justiciero Inka, plantea como cuestión principal, la expansión geopolítica, la prosecución en la construcción de grandes obras y la conquista cultural del mundo!. ¡Ilustres Consejeros, sobre estos puntos se hace necesario que discutamos y analicemos con serena convicción y fría consistencia!. Con lo dicho y con la venia del soberano, doy por iniciada la discusión, para lo cual, cada orador expondrá en forma clara y concisa sus conceptos, tratando en lo posible no repetir los ya planteados ni redundar en generalidades!. ¡Señores, está abierta la sesión!. Concluyó el hombre con su preámbulo.

El primer orador que inició con su participación, fue el delegado de los "Hjnan Qosq"™, su nombre *Qhapaq Saño*, hombre de gran estatura y contextura gruesa, tendría unos ochenta años de edad, aún así, parecía tener sólo cincuenta. Este consejero, guerrero y estratega, actuó en su oportunidad como tutor en aspectos militares del joven *Pachakutiq*, ahora, era quien tomaba la palabra pronunciando el siguiente planteamiento: Venerable *Pachakutiq Inka Yupanki*, Ilustre Consejero Presidente, sabios colegas. He escuchado con detenimiento y vine compulsando friamente los planteamientos del soberano, de cuyo análisis, se desprende algunas conclusiones que estimo deben tomarse en consideración. Primero -dijo el hombre- coincido con el soberano en el sentido que la expansión del imperio es una necesidad vital para la pervivencia de nuestra cultura. Segundo, el problema anterior, implica de todas maneras una cuestión militar; es decir, la guerra como complemento a la política. La conquista de un pueblo, por muy contemplativo sea el conquistador, siempre significa la toma del poder y esto, sólo se conquista con la guerra: en la guerra, el objetivo es conservar las fuerzas propias y destruir las del enemigo. Consecuentemente se va a ganar e implícitamente también a perder. A ganar cuando el contingente está debidamente preparado tanto ideológica, física, logística y técnicamente más que el enemigo y a perder, cuando es lo contrario. Nuestro contingente, reúne las exigencias de un ejército vencedor; sin embargo, cabe las siguientes interrogantes: ¿Cuántas vidas costarán esta necesaria expansión?. Y, finalmente ¿Cuánto tiempo tardará esta conquista?. Estas,

96 Familia real de patrilineaje de Manko Qosqo y matrilineaje de Mama' Oqño.

son mis dos preguntas Señor. Concluyó y volvió a sentarse.

La inquietud del Consejero que acababa de sentarse, fue respondida por el propio monarca, quien previa anuencia del Presidente, expuso: Distinguidos Señores, con el respeto que merece vuestra alteza- dirigiendo la mirada al Consejero Presidente y al que planteó las preguntas -debo responder a las interrogantes en cuestión, de la forma siguiente: Primero, os agradezco su coincidencia con el planteamiento global, pues ello refleja la comprensión del problema en su cabal dimensión y real importancia. En segundo lugar, en aspectos conceptuales, os debo responder, indicando que como principio entre seres humanos, la guerra no significa aniquilar y destruir físicamente a las personas que eventualmente aparece como enemiga. la guerra para nosotros, es la solución de un conflicto de intereses por la vía pacífica. Cuando la razón y las buenas maneras no logran su objetivo, como última medida se procede a la guerra convencional y ésta, consiste en desarmar a los contrincantes y privarles de su capacidad de resistencia, si viene al caso; concepto éste, que diferencia substancialmente, la naturaleza de nuestra sociedad con otras retrógradas, que entienden en la guerra, como un medio de vida, el exterminio físico, el saqueo y el usufructo violento de las riquezas del vencido como sus mecanismos de supervivencia. Nuestras conquistas, tienen su basamento y razón en la extensión de la amistad, del saber, y de las buenas costumbres. Nuestras conquistas no reportan la guerra; ésta, es solo un medio para hacer entrar en razón a quienes no las tienen. Entonces, ¿Qué sentido tendría una gran cultura de justicia y equidad, de

bienestar y bonanza, cuando no lejos de ella, subsisten pueblos como animales, sumidos en la pobreza, miseria y el oprobio por acción deliberada de sus propios pícaros monarcas?. El concepto pacífico de guerra y la conquista como medio de coexistencia, nos caracteriza como un pueblo superado en el desarrollo humano y, en el futuro la historia y las generaciones venideras, no tendrán derecho de mancillar nuestra dignidad cultural comparándonos con pueblos avasalladores y parásitos. En tercer lugar Señor, respecto a ¿Cuántas vidas habrá de costar este proceso de expansión y conquista?. Es evidente e inexorable que un pueblo de cultura con valores elevados como la nuestra, para mantenerse como tal en la historia, por siglos de los siglos, tiene que realizar grandes sacrificios. Estos aportes a la pervivencia, son las vidas que en ellas se pierden y quedan sus grandes realizaciones. Una conquista como la nuestra, es una de ellas. Un nuevo orden religioso, socio-económico y político, implica necesariamente sacrificio de las generaciones protagonistas que pugnan ese cambio. En lo referente al tiempo que durará, debo manifestar que en la dimensión histórica, el que hoy os gobierna, es, el dirigente coyuntural y la continuación de un proceso iniciado por nuestros ancestros hacen miles de años; su fin, es conducir a la humanidad hacia mejores destinos y a la vez, preservarla de su extinción. El Inka, dedica su existencia a aquella tarea, lo propio hará mi sucesor y los que tras él vengan, hasta que tiempos después nuestra cultura, también será conquistada por otra de mayor nivel o quizá, exterminada, avasallada y aniquilada por otra retrógrada, entonces, de nuestra gran cultura quedarán sólo sus grandes obras, como testimonio de un pasado sabio, digno y justo; a la vez, constituirá

también en acicate contundente para que nuestra futura descendencia de aquellos escombros reconstruya una nueva y superada sociedad. Lamentablemente Señores, la historia no cuenta vidas, sino, las realizaciones que de ellas perduran en el tiempo: si hoy, no hacemos grandes obras, estaremos seguros que de nuestra gran cultura, quedarán quizá el nombre como testimonio de la nada. La historia es como la hoguera que calcina la pradera de las vidas y quedan como testigos de ese proceso, sólo aquellos que derrotan al fuego y esas, son las grandes obras. Por ello Señores, es deber impostergable y sagrado forjar estas grandes realizaciones, no importa cuánto sea el costo social, ni el tiempo que ella demande. Una vez más, es preciso, que bajo estos términos conceptuales se entienda el objetivo de esta convocatoria... Con aire circunspecto, el monarca concluyó su aclaración. Prácticamente con estos conceptos, dio la direccionalidad precisa a las futuras intervenciones; en otras palabras, deberían de superar o poner en tela de juicio a lo vertido por el gobernante.

Más adelante, surgió otra voz, el ponente, era un hombre de estatura mediana, contextura gruesa, entrado en años y cuerpo atlético. Frisaría aproximadamente los ochenta y cinco años de edad y, representaba a la dinastía de los *Hurin Qosqo* o los de abajo, pariente muy cercano del monarca, para ser precisos, primo hermano de su padre, el nombre, *Sinchi Uma Yupanki*. Si de corriente de pensamiento se trata, éste era el vocero de la dinastía Imperial, lideraba a los conservadores. En opinión de sus adherentes y oponentes, era el más severo crítico del expansionismo. Asiduo defensor del Estado fuerte y pertinaz preocupado por la tranquilidad y el orden interno.

Desde su mocedad, había descollado como una de los buenos teóricos de su pléyade y quizá de todo el imperio. Esta vez, con su voz ronca y potente arrancó de entre los asambleístas, pronunciando más o menos el siguiente discurso: Señor, venerable y gran *PachaKutiq Inka Yupanki*, hijo del Sol, Ilustre Presidente del Consejo y co-asambleístas todos. Con vuestro consentimiento y el derecho que asiste a mi delegatura me permito exponer ante ustedes, conceptos y juicios, en torno a las propuestas de nuestro monarca. Al respecto, debo manifestarles que el apremio y la forma de cómo fue convocado este Supremo Consejo, de por sí avizoraba que nuestro Jefe de Estado, tendría entre manos un problema de excepcional importancia para el Imperio. Y en efecto, hoy asistimos y venimos constatando de la trascendencia y magnitud que tiene tal propuesta. Así, entendamos nosotros y así presumo que deben entender todos -Señaló con los brazos al auditorio- sin embargo Señor, -prosiguió el anciano- los grandes problemas como el que venimos tratando, exige también un análisis profundo y concienzudo, ello permitirá a que las decisiones que se tomen tengan consistencia, viabilidad y permanencia ante los duros embates de la historia. Por cuya razón Señor, me permito observar y poner en tela de discusión, algunas cuestiones de fondo que a juicio nuestro, los doctos planteamientos de nuestro Soberano no han tomado en cuenta. A propósito o quizá una omisión involuntaria, aún cuáles fueren las causales de este olvido, a nosotros nos compete -Con la sobriedad y seguridad que caracteriza a los hombres que conocen el problema planteado, enfatizó indicando- plantearlas en los siguientes términos. Primero, la experiencia es el más duro acicate de la historia para

rectificar rumbos, por que ella, en este caso, encarna precisamente miles y miles de vidas segadas y ríos de sangre derramados. Nuestra gran cultura como bien manifestó el soberano, para ser lo que es hoy, tiene acumulado en su historial, vallosa y mucha experiencia. Esta sabia e infalible compañera de nuestra cultura, nos mostraria si preguntásemos a ella, de manera inequívoca quién o quiénes, fueron los artifices de los logros y fracasos del imperio. Con este concepto Señor -Aclaró el anciano- estoy buscando protagonistas de los logros y fracasos de nuestra historia; nada de ello, solamente llamo a reflexión, con el sano propósito de invocar que en las grandes decisiones en aras de mejores destinos, no se subestimen las enseñanzas de la experiencia. Pues, ella representa la síntesis de nuestra existencia. Al mismo tiempo Señor, teniendo como antecedente este planteamiento, invito a vuestra sabia convicción a sopesar sobre si la expansión centro-cultural y territorial planteada por nuestro soberano o el fortalecimiento cultural y político del actual imperio son los más urgentes?. La diferenciación diáfana de estos dos conceptos medulares, determinará cuál es la decisión más correcta que en adelante guiará a nuestro pueblo. Al respecto, excelentísimos e ilustres Consejeros, el que los habla y los que conmigo coinciden, estamos convencidos que mirando el pasado, sopesando el presente y previendo el futuro, más importante es, el fortalecimiento económico, cultural y político interno del imperio -Resaltó el orador-. Mi planteamiento Señores, no se sustenta en un inactivismo social que pretende encasillar al pueblo en el espacio y el tiempo tal como está, ¡no! -Puntualizó- solamente, propone consolidar el paso de la historia para fortificar la estabilidad económica,

social, política, cultural y el progreso técnico de nuestro pueblo, como preludeo hacia la gran conquista del mundo. Por otra parte Señores, no escapará a vuestra verás memoria que ayer nomás, estuvo en zozobra, no sólo la estabilidad del imperio sino su propia existencia. ¿Acaso tan prontamente os olvidáis la tragedia del *Llakiqawana*?⁹⁷ -Preguntó a los assembleístas-. ¿Acaso, esta experiencia no nos está explicando que el orden político-militar interno aún está débil?. La expansión territorial Señores, básicamente, se sustenta en la presión alimentaria como consecuencia de la explosión demográfica. Al respecto, también creemos que es discutible ésta razón, pues nuestros campos de cultivo y nuestras despensas según los informes veraces y fidedignos ilustran que pueden subsidiar por lo menos cincuenta a cien años más de hambruna y sequía, hecho que lógicamente es improbable que pueda suceder. Aún en el peor de los casos hipotéticos, corresponde pues a la ciencia y a la técnica, responder a estos retos. La ciencia y la técnica, Señor -sentenció el orador- para desarrollar y traer el progreso, encuentran su terreno fértil en una sociedad de bonanza económica y tranquilidad social y política. En un Estado de guerra como muy bien entienden Ilustres consejeros, sólo el tiempo, el hambre, la pobreza y la muerte avanzan a pasos agigantados. En tanto el conocimiento humano y sus logros, se detienen o se pierden, deviene el atraso y la regresión cultural. ¿Es aquello lo que buscamos señores? -Incrimino al auditorio- Evidentemente no. Si esto es así: ¿Por qué enrumbar la sociedad hacia destinos inciertos?.

97 Se refiere a la matanza de la guerra con los Chankas.

En el supuesto caso que sea aprobado el planteamiento del soberano, ¿cómo garantizar el éxito de este trascendental hecho? ¿Acaso el pueblo no tiene derecho a disfrutar de los logros de su propia creación? La estabilidad económica, la paz social y la tranquilidad política son derechos de los pueblos para desarrollar y progresar. Este derecho, en un Estado de guerra es conculcado. Finalmente señores, creo prudente sugerir la necesidad de ahondar más el análisis en torno a esta decisión. Sólo así, cual fuere la opción final a tomarse, justificará ante el peso inexorable de la historia. Téngase presente que cuanto hoy se viene discutiendo, es algo así como destinar a nuestra gran cultura a la incertidumbre. Algo mejor, no puede suponerse, si es que las acciones militares no tienen los resultados, qué podemos esperar. El éxito, sólo sería posible bajo una certeza absoluta de dominio militar. Entonces señores -sentenció el teórico- si se aspira la aprobación unánime de este planteamiento, primero se tendrá que demostrar fehacientemente, ese dominio militar absoluto del imperio sobre las fuerzas armadas de las naciones por conquistar. Del mismo modo, será preciso garantizar el orden interno y la estabilidad económica y política de este Imperio en tanto dure la gran conquista del mundo, si ésta se lograra aprobar. Para concluir Señores -acotó el sabio anciano con el rostro que denotaba desahogo y la expresión segura de haber cumplido su rol, se dirigió al monarca y al Consejero presidente indicando: Debo agradecer por intermedio de vuestra excelencia a todos y a cada uno de los miembros del Consejo y al mismo tiempo, reiterarles que felizmente hoy, venimos en analizar la primacía de dos grandes razones. Que triunfe la correcta y ella, será la que se

ejecute. Con una venia a la mesa Directiva y otra igual hacia los asambleístas, concluyó su exposición el Consejero aquel. Desde luego, directivos y delegados tributaron un sonado aplauso. Después, participaron algo de diez expositores más y los planteamientos, prácticamente eran compartidos entre los que adherían al Inka y, aquellos seguidores de *Sinchi Uma*. Aún así, había una tercera posición que parecía estar de acuerdo con ambos y se ocupaban en aplaudir y callar, al parecer era una mayoría. Al respecto, *Pachakutiq Inka Yupanqui*, se preguntaba entre sí: ¿Cuán injusta es la vida?. Mientras, hombres como *Qapaq Saño* o *Sinchi Uma*, habían discurrido su vivir pensando y accionado por el presente y futuro de la humanidad y hoy, no como un premio a ese sacrificio, sino, como la continuación de esa difícil tarea de orientar a la sociedad hacia mejores rumbos, seguían luchando en el seno del Consejo cada uno defendiendo su punto de vista. Por contraste, existían otros cuyo mejor trabajo era el medir cada paso que ellos daban para asirse al probable ganador. En fin, concluía: Los primeros, trazan el camino y los segundos, abren ese camino.

Cuando aquellos pensamientos circundaban en la mente del Inka, de un rincón del auditorio en el que normalmente se ubicaban, los delegados consejeros recién asimilados al consejo, surgió, una voz gruesa y pausada, solicitando permiso para hacer extensivo sus planteamientos. Este hecho, inusual por cierto, causó en los consejeros asambleístas, aparente sorpresa, de súbito giraron la cabeza hacia el lugar de donde casi nunca se solía escuchar intervención alguna. Unos clavaron la vista para identificar de quién se trataba y otros, contemplaban

al novísimo orador preocupados por la posición a la que defendería. Se trataba de un hombre alto y robusto, delegado nuevo en el Consejo. Por las arrugas que surcaban su rostro cobrizo y las canas que sobresalían de su cabellera azabache, se podía estimar que el hombre cargaba no más de sesenta años de edad. Este, pese a las miradas acuciantes de los allí presentes, sin dar importancia a lo que podía estar sucediendo en torno a él, muy seguro de sí mismo, empezó a hablar entre otros el siguiente discurso: Señor Magnánimo hijo del Sol, *Pachakutiq Inka Yupanki*, distinguido e ilustre Presidente de este Supremo Consejo y, respetables dignatarios del gran imperio. El que hoy eventualmente se permite dirigirles estas escuetas palabras y modestos conceptos, corresponde al nombre *Amaru Wayna* descendiente de *Harian Oosgo*, actual jefe de la región oriental.- Se identificó, hecho que pareciera haber satisfecho las expectativas de los baquianos asambleístas y prosiguió su intervención, indicando:- Señores, en aras del tiempo sería ocioso recapitular los conceptos ya enfocados por los ilustres expositores que me antecedieron en torno al planteamiento global del soberano. Al respecto, cada uno de vosotros tiene conocimiento de lo ya expuesto. En lo que a mis juicios se refiere, trataré de precisar algunos conceptos vertidas en el curso de este debate ya que, éstas, sometidas a los rigores de la razón, unas veces no se ciñen a ella y en otras, son generalizaciones que contrastadas con los fines concretos de la sociedad se pierden en la ambigüedad. En tal sentido Señor, primeramente creo constatar que existe consenso en el propósito medular de enrumbar nuestra gran cultura hacia niveles superiores. Esto es, la aspiración del Gran

Pachakuti Inka Yupanqui y los que con él patrocinan esta ardua empresa; también lo es, del sabio *Sinchi Umay* y de sus adherentes. Todos aspiramos mejor destino para nuestra sociedad; sin embargo señores, los logros de la sociedad humana, el salto de un nivel a otro superior, no son productos del azar, sino, trabajo del hombre en su doble afán de supervivir en este cada vez más difícil mundo y en ser superior a sí mismo en los instantes siguientes de su vida, en las que, los triunfos y fracasos son únicos e inevitables alternativas que al hacedor de la historia le esperan en su devenir. Las leyes del todo poderoso, son tan precisas e inflexibles que no permiten contemplaciones; el precio de la ignorancia, la imprevisión, la irresponsabilidad, la negligencia y demás manifestaciones irreflexivas del hombre, son el fracaso. El fracaso en la humanidad, es pues como la horca o la cárcel para el delincuente en nuestro código; en tanto el triunfo, es el precio de la sabiduría, del entendimiento, de la bondad, de la cautela, de la verdad, honradez, del trabajo, en suma, es la expresión del buen pensar y obrar. Por tanto Señores, la historia de la sociedad en su conjunto, es un proceso de triunfos y fracasos. Cuanto más fracasos se cieme sobre un pueblo, tiende a desaparecer en el escenario de la vida; por el contrario, cuanto más triunfos tiene, se renueva y marcha hacia la perennización cambiante. Los logros y fracasos de una sociedad, son imputables exclusivamente a sus conductores. En este caso, los costos de la sabiduría o de la ignorancia de sus gobernantes pagan sus pueblos. A las enseñanzas que surgen de este proceso, se llama experiencia; la experiencia, ésta sabia, como alguien dijera no es producto del azar ni mucho menos, castigo de Dios, sino, producto del acierto o desacierto del hombre, en este

caso de sus gobernantes. Entonces ilustres dignatarios del consejo, la experiencia no se puede tomar como instrumento neutralizador del avance de la sociedad que va hacia mejores destinos. Lo que sucedió ayer bajo pasadas circunstancias no tiene por qué repetirse hoy, los fines, actores y escenarios son distintos. De modo que, el que os habla, está plenamente identificado con los sabios planteamientos de nuestro emperador; es más, está convencido que la única alternativa de las sociedades como la nuestra, para progresar y garantizar su pervivencia sobre el universo, es haciendo uso de ese derecho reconocido por Dios, el de transponer su cultura sobre otras que aún se encuentran en estado retrógrado. Ilustres *Amautas*, desde mi punto de vista, mezquinar el avance de la sociedad por temor al fracaso, es un sentimiento de cobardía e incapacidad que preludia al peor fracaso. El temor al fracaso, hace pensar a los hombres que no creen en su propia fortaleza humana en las fatalidades y obliga a decir: "Consolidar el paso de la historia para fortificar la estabilidad interna". Este concepto señores -Puntualizó el hombre con voz alta y seguro de sí mismo- es la expresión ambigua de quienes cumplieron su rol histórico gracias al sacrificio y triunfo ajenos, como nada cuesta es preferible adherirse a la tranquilidad y mantener la sociedad estancada. Vale más para ellos, preservar elites sociales, ideas, conceptos e instituciones caducas. Ellos, no entienden o no quieren entender que "consolidar el paso de la historia" significa castrar la capacidad de avance cualitativo de la sociedad. De aceptar señores este planteamiento, - en clara alusión a los planteamientos del Consejero *Sinchi Uma*- implacablemente devendría la decadencia de la especie humana. El avance, en esa lucha

de lo nuevo con lo viejo, es ley de nuestro padre El Sol, sino, no hubiera un nuevo amanecer ni un nuevo atardecer, todo sería viejo y la vejez, busca la muerte. Por más que el ilustre *Sinchi Uma*, haga los sacrificios indecibles por "consolidar el paso de la historia", el universo seguirá en movimiento... El cuestionamiento directo hacia los conceptos del representante de los conservadores, había ciertamente llamado la atención de los asambleístas, quienes con mucho recato y disimulo, dirigen sus miradas hacia Sinchi Uma; éste, con acento inveterado seguía la filación del discurso de su oponente, parecía no dar importancia a lo que sucedía al rededor suyo. En tanto el monarca que desde su asiento con atención imperturbable escuchaba la secuencia de las exposiciones, entendió que en ese instante, si algo importante estaba sucediendo, eso era precisamente el opacamiento de un líder y con ello, el desvanecimiento de una corriente de pensamiento conservador. Sin embargo, con esa frialdad de sabio, no dió muestras de su satisfacción interna y prefirió seguir palabra por palabra, al orador, quien después de una pequeña digresión en su discurso, proseguía indicando: Decía pues Señores, que si algo hay en la vida, que el hombre no puede realizar eso es, quebrantar o modificar la ley de Dios y, "consolidar el paso de la historia", es como intentar detener al paso de nuestro padre El Sol, hacedor del mundo; por ello, distinguidos *Amaw'tas*, -Invocó el hombre- pensadores, cabezas, ojos y oídos de la sociedad, si el propósito final de nuestra cultura, es el de sembrar sobre la faz de la *Pachamama* o mundo el bien y el saber, es oportuno e impostergable aprobar el Plan presentado por el Soberano Inka. Aprobar este plan, no como portador de negros vaticinios, como pretende mostrarnos el Ilustre

Sinchi Uma; no, más bien como un mecanismo racional y efectivo de desconcentrar y perennizar nuestro acervo demográfico, cultural y científico sobre aquellos pueblos que aún se mantienen en niveles inferiores de cultura. Ahora bien, -decía el expositor- "¿Cómo garantizar el éxito de este trascendental hecho?". Al respecto sí, creo que es necesario detenerse y compulsar toda nuestra sapiencia a fin de que la concretización de nuestros objetivos, concluya con la menor distorsión posible; para ello, los científicos, técnicos e ideólogos en cada materia de la vida, porigan en práctica sus avanzados conocimientos, de manera que la conquista del mundo, sea una fusión no solo de personas sino, de conocimientos, cultura, economía, política, religión e ideología en unos casos, en otros, un trasplante pacífico mas no, una invasión brutal o un exterminio de las sociedades. Por eso mismo Señores, solicito a vuestra excelencia, -dirigiéndose al Presidente- que el magnánimo soberano posibilite un informe referido fundamentalmente a la consistencia económica, cultural, técnica y militar del imperio. Ello permitirá que las conclusiones sobre el problema de fondo, sea la más precisa y contundente, alejada de cargas subjetivas que puedan torcer el rumbo ascendente de la historia. Esto es tan necesario señor, más importante que las elucubraciones teóricas filosóficas, que al final de cuentas no son sino, ideas, conceptos o conjunto de ellas, que reflejan planteamientos indubitablemente mensajeras de patentes, sellos y matices de intereses de personas, grupos o clases. En tanto un informe técnico por lo específico y preciso que es, constituye una imagen de las cosas y hechos más aproximadas a la realidad. Y para concluir Señor, pido a su Ilustrísima y por intermedio suyo

al soberano y a los dignos representantes del imperio disculpar el impacto de mis modestos conceptos sobre todo a las personalidades con quienes tengo la amarga suerte de discrepar. Y por todo aquello, independientemente, a quién o quienes tengan razón, invoco pues que al final de este encuentro, se extraigan sabias conclusiones y certeras enseñanzas para el futuro. De estas, dependerá la pervivencia de las generaciones venideras ya que finalmente, ellas, serán las que disfruten los logros o carguen los errores de los que hoy protagonizamos éste debate. Finalmente, agradezco vuestra gentil atención. Concluyó el hombre y sin dar importancia a lo que ocurría en torno a su persona, se posó en su asiento; pero, cuando alzó la vista y miró a su alrededor, constató con sorpresa que sus adherentes con los rostros sonrientes y la mirada puestas sobre él, se encontraban de pie. Después de este incidente poco usual, el debate volvió a su cause normal. Los conservadores, seguían coordinando sus planteamientos. Lo propio hacían los expansionistas.

Cuando ya las posiciones conceptuales parecían haber marcado diferencias substanciales y las convicciones de ambas corrientes no daban visos de concordar, el mensajero hizo sonar un estruendoso clarín, el Consejo, suspendía el debate hasta el siguiente día.

Aquel día, *Amawt'as*, filósofos y pensadores de las diferentes materias del conocimiento, nuevamente encontrabanse allí presentes, tratando de lograr consenso. En busca de ello, el consejero Presidente, anunció el reinicio del debate. El sabio dirigente, en cumplimiento a

los reglamentos, determinó que en adelante, se procedería abordando temas exclusivamente técnicos. Quienes tendrían la tarea de Informar al detalle la situación económica, cultural, tecnológica y científica actual del imperio, esta vez, serían los *Amawt'as* especialistas encargados de administrar la vida imperial; en tanto los asambleístas, aguardarían y tomarían nota de aquellos Informes, para luego analizar, compulsar y cuando llegue la ocasión, decidir, bien por el planteamiento del Monarca o de aquel otro propuesto por el sabio *Sinchi Uma*. En ambos casos, requerían precisiones sino exactas, por lo menos aproximadas. Decidir el destino de un gran imperio sólo con planteamientos filosóficos e Ideológicos por más convincentes sean estas, resultaba, desde todo punto de vista, aventurado y sus consecuencias podrían ser riesgosas para la pervivencia de la sociedad. Por ello, fueron muy rigurosos y exigieron un examen detallado de los especialistas. Como esto se ordenó que sea así, previo un programa establecido entre la máxima autoridad, el Presidente del Consejo y *Amawt'as* asesores, en el estrado de exposiciones, hizo su aparición el sabio llamado *Qollana Waqata*. Hombre versado en Agronomía, Astronomía, Ingeniería Hidráulica y Economía; máxima autoridad técnica, encargado de dirigir y administrar los Recursos Naturales, el Medio Ambiente, la Agricultura, la Ganadería y la Economía en general. En otras palabras; daría a conocer no juicios y teorías surgidas de largas y sacrificadas horas de meditación y discusión, sino, los resultados concretos de una realidad producto del trabajo de más de dieciocho millones de habitantes. Los resultados que éste hombre habría de exponer, era el logro, tanto del experto y laborioso labrador de la tierra, como de aquel

investigador, quien después de muchos años de pesquisa, llevaban a este evento, aquellos resultados. *Qollana Waqoto*, en honor a su nombre, que dicho sea de paso significa: el mejor de los expertos. Sin mucho rodeo y un preámbulo simple de cortesía, inició su exposición mostrando cifras y en cada caso el detalle. Demostró que en términos generales, el crecimiento de la población y la producción de alimentos, después de la gran depresión causada por la sequía y enfrentadas con éxito por el que fue justiciero *Wiraqocha Inka Yupanki*, en los últimos cincuenta años, mostraba una relación aceptable; es decir, desde aquella revolución, estas variables vinieron recuperándose paulatinamente hasta que devendría en una inexorable superproducción alimentaria. Para enfrentar aquello, habían ideado métodos y formas de conservación y mantenimiento de alimentos con las que la sobreproducción se preservarían por largos años. En suma, se habían impartido precisas políticas de producción y seguridad alimentaria en previsión de futuros impactos demográficos. Esta vez, ya en el periodo de *Pachakutiq Inka Yupanki*, según informaba *Qollana Waqoto*, no se haría otra cosa que seguir desarrollando y logrando mejores resultados a lo planeado por el padre del Gobernante actual; sin embargo esta estabilidad, era una tendencia que más temprano que tarde podría declinar. Es decir, esta aparente armonía entre el crecimiento de la población y el de la producción, asociadas con los fenómenos atmosféricos en el largo plazo, tenderían a desequilibrarse. La gente, podría morir de hambre. Entonces, nuevamente se cumpliría el ciclo depresivo de los años anteriores y el hombre, no habría aprendido de las enseñanzas de *Wiraqocha Inka* ni de los escarnientos

de la naturaleza, la experiencia. Por ello esta vez, se venía cultivando donde efectivamente plantas podían crecer y conducir el agua de riego, hasta donde humanamente se lograban conducir. En otras palabras, la ampliación horizontal de la frontera agrícola había llegado a su límite; ahora, se venía librando la otra revolución agraria, la ampliación vertical, el cual implicaba, aumentar los niveles de productividad, mediante métodos y prácticas agronómicas, como el abonamiento, fertilización, control biológico de plagas y enfermedades, el mejoramiento genético de especies y variedades, con los cuales se venían incrementando las cosechas cada vez mejores. Pese a estos esfuerzos técnicos, aclaraba el expositor, existían evidencias científicas que sugerían que el equilibrio producción-consumo, se vería afectadas en aproximadamente cien o más años adelante. Cuando aquello suceda, sus efectos serían muchísimo más catastróficos que los que enfrentó *Wiraqocha Inka*. Esta vez, el territorio y sus recursos naturales del imperio ya no responderían al tratamiento técnico; muy a pesar de la laboriosidad, la imaginación y la perseverancia humana que se inyectaba al trabajo, ya no serían los hombres, su ciencia y su técnica las que no respondían, sino, los Recursos Naturales. La *Pachamama* o Santa tierra, efectivamente se haría angosto, por la creciente multiplicación de sus hijos. "Era un problema vital". Opinaban los expertos. *Qollana Waqoto*, prosiguió demostrando a los asambleístas otras evidencias más de aquella realidad. En resumen, el problema fundamental del imperio, siempre convergía en el desequilibrio de los recursos naturales frente a la creciente explosión demográfica en el futuro. En estas condiciones se

preguntaba y preguntaba a los assembleístas: ¿Podremos nosotros heredar paz, justicia, solidaridad, bonanza y prosperidad a las futuras generaciones, sino se ordena la utilización y el manejo de los recursos naturales que Dios nos lo ha legado como único bien?. Evidentemente, esta interrogante surgida del análisis de una realidad concreta, sugería profunda reflexión. Para concluir, dijo: El que hoy os habla Señores, transmite realidades comprobadas, no aquellas noticias, que surgen de un informe lejano y deformado; menos aún de una fantástica narración.

Dicho aquello, agradeció al Inka, al Presidente del Consejo Supremo y, a los ancianos consejeros, retirándose de la palestra.

La contundencia de las estadísticas, pronósticos surgidas de cálculos matemáticos, así como de evidencias empíricas que sin mucho esfuerzo, podían ser entendidas hasta por el común de las gentes; sin duda, debió haber cambiado el paisaje conceptual de los Consejeros que poco antes estuvieron atrapados en una discusión teórica y filosófica furibunda y a la vez, quiérase o no, una posición se fortificaba y otra se opacaba. Con lo expuesto hasta aquí, la cruda realidad, forzaba tomar una determinación final. Era como forjar el único puente posible, entre hoy y la eternidad y que mañana, lamentablemente, sería tarde. Bajo este razonamiento, recién los conservadores liderados por el anciano *Sinchi Uma* tomarían el hilo o el derrotero del pensamiento del soberano *Pachakiutiq Inka Yupanki*. El propio *Sinchi Uma*, luego de haber tomado conocimiento de aquella realidad, se había reunido con todos sus adherentes, en cuyo círculo, sin reparo alguno les supo recomendar y decirles:

¡Esta vez, existen razones poderosas para apoyar al Inka!. ¡Las buenas razones no se discuten, se aceptan y se ejecutan; como tal, es nuestro deber hacer causa con el Soberano!. Con esta recomendación, prácticamente, el consenso entre los consejeros sería unánime; sin embargo, recalcaba *Sinchi Uma*. En lo que sí, tenemos que ser pertinaces e incisivos es, en la forma de cómo se llevará a cabo la gran conquista!. ¡El pueblo debe saber con precisión, hasta cuándo y hasta dónde abarcará esta conquista!. En tanto los expansionistas, entre ellos, intercambiaban ideas y directivas, como ésta: El informe de *Qollana Waqoto* fue muy contundente, opinaba *Amaru Wayna*, no creo que los conservadores sean tan inconsecuentes, esperamos consenso.

Pachakutiq Inka Yupanqui, quien imperturbable había seguido paso a paso el desarrollo del conclave, al parecer, tenía una imagen de lo que más adelante podría suceder. Esta sensación percibió desde cuando el líder *Sinchi Uma* iniciara su exposición y mostrara su cerrada defensa del inmovilismo imperial, hasta la apabullante aparición de *Amaru*, quien prácticamente desarmó los alegatos teóricos del otro. En tanto el Anciano Presidente del Consejo, hombre cabal impoluto en sus decisiones y acciones, hasta ese momento no había hecho otra que dirigir y ordenar imparcialmente el debate. El viejo, pacientemente observaba, escuchaba y en momentos difíciles de apremio, cuando la vehemencia de los intelectuales en debate tendía a agudizarse y exacerbar los ánimos, nomás que hacía era, recorrer la vista como una ráfaga penetrante y soltaba su vozarrón metálico, en seco y automáticamente se controlaba la situación de apremio. En ese escenario y

circunstancias, nadie en absoluto, podía irrogarse el derecho de hacer primar "su razón", desde el poderoso Inka, hasta el consejero representante de un pequeño poblado, tenían los mismos derechos y obligaciones, estaban sujetos sólo y exclusivamente a los reglamentos y a la razón que emanaría de aquel Soberano Consejo. Esta razón, no era aquella que surge de la improvisación de fugaces ideas, patrocinadas por líderes simplistas que por incapacidad o pereza de hacer lo suyo propio y plantearlas, elegían el camino de adherirse a la idea peregrina del otro; tampoco podía ser la encarnación de intereses proteros de una elite que desearían la primacía de sus planteamientos y por preservar privilegios e intereses, podrían sorprender las conciencias incautas. Estas razones, no tenían cabida en este Supremo Consejo.

Willka Chaq'ewamáni, es el nombre de aquel consejero, quien tuvo la honra de presidir este Supremo Consejo. De sus logros y méritos personales, sería largo enumerar, los biógrafos e historiadores, sin duda, lo estarían haciendo. Lo menos que de él se afirmaba era esta impresión: "Por algo presidirá a grandes pensadores, filósofos, políticos, estrategas y militares". Con respeto y mucho cariño, desde el poblador común y corriente hasta el monarca, lo llaman: "El Viejo". En esta ocasión, después de haber conducido días de intenso debate, para bien o mal, espera el momento de las definiciones. Ese momento, marcaría el hito indeleble de la historia. El salto o el estancamiento de la cultura Inka, dependía de un "¡Sí!" o un "¡No!", de estos eximios pensadores. Si bien es cierto que la aprobación o desautorización de la propuesta del soberano, no estaba aún definida, la experiencia y la

capacidad de síntesis de este último, le inducían a pensar que esta cuestión, estaría definida conforme había solicitado él. Desde el momento en que se aprobara, ¿si se aprobará?. Se iniciaría un nuevo proceso histórico: empezaba a reinar un joven gobernante, un pueblo más numeroso y culto que antes, nuevas necesidades y aspiraciones, obligaban a esgrimir nuevos conceptos y nuevos líderes, fines y objetivos más superiores. Con estas y otras aspiraciones sociales, expectativas, inquietudes y planteamientos, los consejeros assembleístas, aguardaban el acto formal del sonoro ¡Sí! o el ¡No!. Al respecto, el Director de debates, con el propósito de liberarlos de cargas abúlicas que pudieran mediatizar sus decisiones, previamente, había dado un receso muy corto, por lo que los consejeros dejaron sus butacas para dirigirse unos a los pasillos, otros, a los jardines o simplemente hacían corro entre ellos para ultimar sus posiciones. Al rato, cuando casi todos los assembleístas habían retomado sus respectivos asientos, se anunció el reinicio del congreso. *Wilka Choq'ewamani*, pasó revista a los asistentes y al cerciorarse que todos se encontraban en el lugar que les correspondía; alzó la cabeza, mostrando su arrugado rostro cobrizo y, respirando profundo; hizo sonar su vozarrón anunciando: Gran *Pachakutiq Inka Yupanki*, Ilustres consejeros -dirigiendo la mirada a los allí presentes- suficientemente habéis tomado conocimiento de la dimensión y la importancia del asunto que motivó este debate. No dudó que a estas alturas del tiempo, en vuestras sabias mentes deben estar ya, diáfananamente determinadas la alternativa que más conviene al interés de nuestro pueblo. Más allá de este recinto, en las cuatro regiones, pueblos y familias; aguardan con fe y esperanza

este puente hacia la eternidad. Esperan este salto hacia un futuro mejor o tal vez; un placentero estancamiento, consumiendo en el presente la sabla de un pasado grande. ¡No lo sé!. Lo evidente es que la historia, es trabajo de los hombres, concretización de sus grandes ideas, decisiones y realizaciones hechas obras. Como tal, quiso nuestro padre el Sol, todo poderoso, que seamos nosotros, los arquitectos de esa decisión. Por esta y muchas otras razones, dejo pues a vuestra ilustre ecuanimidad, la de elegir uno de los dos caminos, que lamentablemente tienen rumbos distintos. Por ello señores, demás ya está abordar este tema -invocó a los consejeros- ha llegado el momento de la determinación final. Vuestra, es la decisión señores...” Concluyó el consejero mayor. Luego de este llamado, el ambiente dinámico de consejeros se sumió en un silencio sugerente; se tornaron inmutables unos y otros, inermes de sus ideas, sea para decidir ésta o aquella determinación. La actitud de los conservadores, como de los expansionistas, parecían haberse entrampado en una de esas encrucijadas en la que aparentemente es más cómodo quedarse en el lugar donde se está, que dar un paso adelante o retroceder. Cuando en ese fugaz instante de actuar y no actuar; una voz conocida se apoderó del ambiente. Era precisamente aquella voz que durante muchos Consejos anteriores y aún en ésta, se había enseñoreado; era también, algo así, como oír el anuncio de un pájaro malagüero, pero, ironías del destino o ley de la vida, *Sirichi Uma*, hoy como antes, se dirigía a la mesa Directiva, siempre con la misma confianza en sí y en los planteamientos que venía esgrimiendo. Esta vez, había decidido dejar constancia de un hecho trascendental que a juicio suyo merecía. Por ello, no le interesó en lo mínimo

lo que al rededor suyo, pudo o no estar ocurriendo, sobre todo la opinión de sus adversarios. Estos, presionados por sus convicciones, creían que efectivamente las palabras del sabio conservador, eran como los anuncios de pájaros malagüeros que traían negros vaticinios para desactivar la razón imperial; creyendo así, la mayoría de los expansionistas acogieron con desgano y por un cumplido protocolar no pudieron protestar. Sin embargo, los que rápidamente parecían haber leído el pensamiento de aquel sabio, fueron sin duda el Inka y *Willka Choqewamani*, sobre todo éste último, presintiendo un planteamiento trascendental, sin reparo alguno, concedió la palabra a *Sinchi Uma*. Este, sin abundar en preámbulos ante la expectativa renuente de sus coetáneos arrancó pronunciando esto: ¡Señor, Ilustre Consejero Mayor, Gran *Pachakutiq Inka Yupanki* y respetables consejeros, os ruego dispensar mi intervención. La voz del entendimiento y la prudencia me obliga a no soslayar una misión digna que me fue encargada y por ese mismo hecho, hago saber a vuestra excelencia y por intermedio suyo a todos los consejeros; que, las personalidades con quienes tengo la honra y suerte de compartir y coincidir en conceptos y planteamientos, frente a la meridiana demostración de la real situación demográfica, económica, geo-política y cultural del Imperio, en acto de supremo patriotismo, retiramos de la mesa de debates nuestras objeciones al planteamiento del Inka Pachakutiq. Cuando aún el sabio no había concluido su intervención, los consejeros, como premio el desprendimiento casi automáticamente se levantaron de sus asientos. Este mismo gesto, hicieron los de la mesa Directiva; prácticamente, la clásica consulta del ¡sí!, o del ¡no!, fue resuelta con aquella manifestación.

Pero, *Sinchi Uma*, aún seguía con la palabra, esperó unos instantes más, y volvió nuevamente con el rumbo de su discurso, indicando: Retiramos Señor, no como una estratagema de una corriente que ve pérdida sus posibilidades de desarrollo y, con la pretensión de seguir aún en la palestra con los mismos conceptos se refugian en estas ardidés ¡No!, Así no se debe entender, Retiramos Señor, porque entendemos que nuestros conceptos, conforme nos vino demostrando el tiempo y sus realizaciones ya cumplieron su ciclo vital. Hace más o menos diez años atrás, nuestros planteamientos tenían vitalidad. Pues el por todos, llorado y que hoy en paz descansa *Gran Wiraqocha Inka Yupanki*, nos había trazado objetivos precisos que alcanzar y metas concretas que realizar. Realizamos y logramos tales objetivos y la vida continuó; el pueblo crece, sus necesidades aumentan, sus ideas y conceptos también se renuevan. El nuestro, no puede ir al margen de aquello, menos puede actuar como escollo de la historia de nuestro pueblo que aspira mejores destinos. Por ello señores, hemos concluido haciendo nuestro, el planteamiento de *Pachakutiq Inka Yupanki*, nuestro monarca. La razón de las razones se impone por sí misma, no necesitan discusiones, en este caso, el devenir de la sociedad no puede regatearse, sino más bien, exige el trabajo solidario de sus hijos y una conducción correcta, sabia y justa de sus dirigentes. Estas características, reúne la actual dirigencia del Imperio y no nos queda otra cosa que, aunar ideas y esfuerzos en aras de la Gran Conquista del mundo propuesta por el venerable *Inka*. Para concluir señor, solicito por intermedio suyo a nuestro emperador que en adelante, nos detalle con precisión los pormenores del plan de las grandes obras y

la conquista del mundo, que a estas alturas las debe tener precisadas. Finalmente, os agradeció Señor vuestra gentileza por la atención que habéis prestado a estas modestas palabras.

Con esas expresiones, concluyó el hombre su intervención. Por su parte, la directiva agradeció y el Pleno en conjunto, hizo lo propio; luego, en estricto cumplimiento a los reglamentos, el consejero Director de debates, invitó a los asambleístas a ratificar lo propuesto por el sabio *Sinchi Uma*. El acto fue inmediato, casi automáticamente los asistentes se hicieron de pie y de pronto retumbó en el ambiente un unánime y sonoro ¡Ar!! o lo que es lo mismo decir, ¡Sí!. Finalmente, el presidente del consejo, aprobada la propuesta del Inka y a sugerencia del pleno, anunció que al subsiguiente día, se proseguiría con la exposición del Plan para la ejecución de las grandes obras y la conquista del mundo, mientras tanto, el congreso entraba en receso hasta ese día.



XXII

Aquel día, la sesión de Consejo, se inició a hora exacta y con la concurrencia de todos sus miembros. Quién dirige, es el mismo *Willka Choqgewamani* y comparte la Directiva con el joven *Pachakutiq Inka Yupanki*. El objetivo de esta reunión es ya sabido por todos, se trata de tomar conocimiento de cómo y cuándo se ejecutarán las grandes obras y cómo la conquista de las naciones que circundan al Estado Inka. El carácter de la asamblea es más expositivo que deliberativo y la disertación sobre los lineamientos maestros de este Plan, las hace personalmente el *Inka Pachakutiq*. Aún así, los asambleístas tendrán derecho a que el expositor pueda ampliar y aclarar asuntos omitidos. Por su parte el Inka, podrá enmendar y acoger recomendaciones surgidas del fragor de este intercambio. Con esta aclaración, vayamos a la exposición del gobernante, indicando que éste, luego de expresar a los asistentes los honores previos y resaltar el interés unánime de los consejeros por informarse de los alcances de aquel plan general aprobado hace dos días, dio curso a la exposición central de este otro plan, al que los especialistas la denominan como Plan estratégico.

Al respecto nuestro monarca, a manera de introducción, indicó que se sentía satisfecho por los resultados de cuanto hasta aquí se había avanzado, pues lo que aún quedaba por exponer, eran cuestiones operativas, muy importantes que los allí presentes, tenían la obligación de conocer; es decir, de cómo y cuándo, aquellos planteamientos, se concretarían en obra tangible y acción realizable: Si ayer en la discusión del Plan general, - empezó a exponer el soberano Inka- habían proyectado vuestros pensamientos en una dimensión histórica de largo alcance, de cuya realización como es natural, presumo que estarán interesados en saber. En esta ocasión, asisten, a informarse y a entender de cómo la imaginación y acción humana, harán posibles en el corto, mediano y largo plazo, la factura de grandes obras y acciones que trascenderán en el tiempo. Uno de los objetivos de esta asamblea, es demostrar a los consejeros y regentes supremos de la política imperial, que la viabilidad y consistencia de cuánto se proponen en este plan, son tan contundentes que no darán resquicios para la duda... Dicho esto y muchos otros asuntos más, *Pachakutiq Inka Yupanki*, entró al segundo estadio de su exposición que por lo expresado, eran precisiones conceptuales que sustentarian a las grandes decisiones que más adelante anunciaría. A este respecto, dijo: Aunque les parezca reiterativo Señores Consejeros, el panorama que se avecina para nuestra sociedad, es preocupante y sombrío: existen evidencias que indican que de más allá de los mares, aparecerán en esta tierra sagrada, hombres malos cargados de ponzoña en sus pensamientos, voracidad en sus pasiones y maldad en sus acciones. Precisamente, para enfrentar o atenuar aquella cruda realidad que aguarda nuestra sociedad, hemos de

prepararnos Señores Consejeros.(...)Seguidamente, tratando de diferenciar este próximo estadio de su exposición, centró sus expresiones en temas eminentemente operativas y prosiguió su exposición: No tenemos tiempo suficiente para elucubraciones teóricas, en adelante debo exponeros de cómo el trabajo solidario de nuestro pueblo forjará la eternidad del imperio del Sol. Dos son las líneas maestras de entendimiento y acción a las que tanto el Inka como el último poblador del *Tawantinsuyu* deberán ceñirse. La primera, es la forja de obras gigantes nunca vistas en la humanidad ni superables en el tiempo, cuyas funciones serán las de proteger y cobijar a su pueblo tanto de los embates de la naturaleza, como de las pérfidas fuerzas del enemigo y que llegado el caso en que las fuerzas de nuestro pueblo sean derrotadas, sometidas y quizás exterminadas, estas obras nunca superadas queden como testimonio concreto para quienes vengan después y tengan ellos el referente histórico para recomponer el imperio de los hijos del Sol. Al respecto, edificaremos grandes obras de defensa, seguridad y producción agropecuaria en los lugares y espacios que sean necesarios; protegeremos la sagrada ciudad del *Qosqo* y el Templo del Sol, *Qorikancha*, construiremos el templo en honor de mi padre *Wiraqocha*, fundaremos y construiremos nuevas ciudades y asentamientos- refugio en espacios inaccesibles y estratégicos para la defensa humana; construiremos templos y protejeremos a nuestras deidades, trazaremos y construiremos el gran camino o *Qhapaq Ñari*, el mismo que unirá y comunicará la ciudad del Sol con todo los pueblos del *Tawantinsuyu* y a la vera de estos caminos, se edificarán grandes depósitos o tambos; donde se almacenaran alimentos en cantidades

suficientes como para sostener a nuestros pueblos por muchos años de crisis. En suma, cuanta obra grande y benéfica sean necesarias, las haremos. Precisamente pensando en este propósito, el grande *Wiraqoché Inka Yupanki*, pocos días antes de su descanso, dejó ya seleccionado a cuatro grandes constructores del Tawantinsuyu, quienes con su sapiencia y destreza se encargarán en dirigir la forja de estas obras, a quienes también tengo la grata satisfacción de presentarlos(...) En el acto, presentó a cuatro fornidos y casi gigantes hombres ya entrados en años y también conocidos por nosotros, quienes uno tras otro, se iban presentando ante los ilustres consejeros: *Wallpa Rimachi, Akawana, Marikanchi y Qalla Kunchuy*. ...Bajo la dirección técnica de estos expertos hombres, se hará realidad las grandes obras aquí esbozadas. Como quiera que las obras, no se construyen sólo con la dirección técnica, se vienen disponiendo que seiscientos mil personas procedentes de las cuatro regiones, sean distribuidas en cada una de las obras a empezarse... La segunda línea maestra que en adelante hemos de emprender, es la Gran Conquista del mundo. ¿En qué consiste?. Preguntarán los ilustres consejeros. Al respecto señores, en las discusiones pasadas concluimos que el desarrollo cultural de los pueblos se medía por la calidad humana de los miembros de su sociedad, vale decir, hombres sanos y vigorosos, solidarios y participativos, tolerantes y comprensivos, cultos y justos. En suma, amantes de la paz y el buen vivir. Estas premisas que exige el desarrollo humano, en el tejido social de nuestro Imperio, han sido alcanzadas; sin embargo, miremos nuestro entorno, quiero decir, más allá de nuestras fronteras. Allí, encontraremos que nuestra gran

cultura se desarrolla al medio de sociedades humanamente heterogéneas. Existen sociedades atrasadas en estado salvaje, con hábitos antropófagos, como también hay sociedades relativamente avanzadas, pero, con vocaciones excesivamente bélicas, ningunas al nivel nuestro. De modo que con este entorno, la sostenibilidad del grado cultural alcanzado por nuestros pueblos, resultan asombrosamente relativos y peligrosamente reversibles. Si hoy esto es así, proyectemos el caso a una dimensión de seiscientos años adelante y compulsemos con aquello que se nos avecina; aquí la respuesta es obvia, la gran perdedora sin lugar a equivocaciones, será nuestra cultura, las sociedades circunvecinas, nada perderán, ya que nada tienen, hablo del patrimonio cultural. - aclaró el Inka- Dicho estos necesarios antecedentes, centraré mi exposición en las acciones que más adelante hemos de ejecutar para atenuar en el largo alcance, aquello que hoy y siempre nos tendrá preocupados. La primera decisión que se ha tomado como referencia es que la expansión territorial abarcará, desde *Ninallaqta* o tierra del fuego, en el austro, hasta territorio de los *Kariwis*⁹⁸ en el septentrión. Esto indica que, toda población asentada tanto sobre orillas del litoral, contrafuertes cordilleranos como en las praderas de la floresta, a lo largo y ancho del espacio antes citados, serán intervenidas. El plan de operaciones, prevé la intervención de 191 naciones nucleados en 1,862 centros poblados. Estas cifras Señores, intuyo que algo sugerirá a vuestros sabios juicios acerca de la tremenda responsabilidad que pesa sobre nosotros, no es para menos, la conquista significará movilizar, equipar, alimentar

98 Nombre de una nación que habitaba al norte de la actual Colombia: Caribe.



y asentarios a más de un millón de soldados y cerca de dos millones de familias de un promedio de cuatro miembros cada una. Caracterizarán a estas conquistas, la intervención amistosa, buena voluntad y la coexistencia pacíficas con los intervenidos; en nuestro contingente, predominará la población civil sobre la militar. La población civil toma parte de la conquista, organizadas en familias completas y pertrechadas de la logística alimentaria y cultural necesarias. Este contingente, estará bajo el mando de un representante supremo del Inka, quien conducirá y ordenará sobre la población conquistadora e intervenida, denominado *Kuraka*⁹⁹, a su vez, tendrá según el número de habitantes de la población intervenida, sus lugartenientes o personas que le asistirán en la administración y buen gobierno de las familias asignadas bajo su jerarquía. Nuestros conquistadores, serán portadores de todos los elementos culturales, religiosos, morales, científicos y técnicos que nos caracterizan como sociedades de avanzada; para ello, estarán provistos desde los mínimos utensilios de cocina, hilado, tejido, aperos de labranza, semillas, insumos, en fin cuánto sean necesarias para hacer patria en el lugar asignado. Una vez tomado contacto en forma pacífica o compulsiva con la población intervenida, los conquistadores ocuparán espacios diferentes, relativamente distantes y respetando los asentamientos donde consuetudinariamente hacen patria los originarios, nunca entreverados ni continuos. Fundarán además su propia estructura urbana, ciñéndose estrictamente al patrón establecido en esta sagrada ciudad

99 Denominase con este término, a la autoridad civil-militar mayor de una circunscripción.

del *Qosqo*, lo que significa que en los lugares cabeza de nación, se edificarán, palacios destinados al padre Sol, al Inka, a las escogidas y construirán viviendas, escuelas, almacenes, dotándola a cada uno, los servicios básicos correspondientes, sobre todo el agua para consumo y el de riego, deberán ser captadas de fuentes distintas de las que normalmente se sirven los naturales. Del mismo modo, es obligación de los conquistadores, con participación de los aborígenes, abrir y mantener los caminos, senderos, puentes y otros servicios comunes. Las escuelas entrarán en funcionamiento, no bien la población civil conquistadora háyase asentado en su nueva patria, instruyéndose a los infantes el culto al padre El Sol y todas nuestras costumbres, tanto a los hijos suyos como a los de los conquistados en el idioma oficial del imperio Inka, el *Quechua*. Respecto a la agricultura que es nuestra actividad fundamental, si la intervención se realizó por medios pacíficos, los conquistadores se posesionarán en nombre del Sol y del Inka, terrenos marginales, incultos u ociosos en los que aplicando nuestras técnicas de riego, habilitación de tierras, sistemas de labranza, diversidad de cultivos y modo de producción, las trabajarán con mucho ahínco y demostrarán a la población conquistada, que nuestra organización social y los sistemas productivos, además de las buenas cosechas, ofrecen también grandes resultados para el bienestar general y mejoramiento de la calidad de vida de todos sus habitantes. En otras palabras, es mostrar con evidencias concretas que nuestra religión, idioma, conocimientos, técnicas, destrezas, habilidades y forma de vivir son mejores que las de ellos. En casos de intervención compulsiva, las reglas de juego las impone el conquistador, de cuyos pormenores detallaré más

adelante, cuando se trate de la forma y los modos de intervención militar. Con los parámetros ya señalados, la organización y vida social en las poblaciones intervenidas pacíficamente, en la práctica, estarán regidas por la interacción natural de valores y actitudes culturales mutuas. Los nuestros, como la población intervenida, harán vida independiente, cada uno manteniendo su idioma y demás patrones sociales y culturales propios. Los nuestros, respetando sus usos y costumbres de los naturales, inculcarán nuestras creencias, obediencia absoluta a la autoridad del Inka, la estricta observancia de la tributación y de las leyes que prohíben el ocio, el hurto y la mentira, en cuyos casos, la autoridad actúa implacablemente en el momento cuando estas son transgredidas. En este proceso de coexistencia pacífica, se recomienda que la interacción biológica y sentimental, se proceda como mandan las leyes nuestras, tanto la mujer como el varón son libres de contraer matrimonio con la persona afín a sus sentimientos, aún tratándose de la población intervenida; pero, se exige que las nuevas familias que se adscriban a la férula del hogar Inka, tienen que someterse a las costumbres y leyes nuestras. Por lo demás, el proceso social será quien ordene la primacía de nuestra gran cultura sobre las demás...

Dicho aquello el Inka, se dio una corta pausa y fijó la mirada a todos y cada uno de los consejeros assembleístas quienes escuchaban con suma atención la exposición; luego reanudó el discurso, esta vez, para abordar el modo y la forma de cómo se había reglamentado para situaciones extremas de beligerancia. Al respecto, éstas fueron sus indicaciones: El aparato militar garantiza el éxito de la intervención y da sostenibilidad en el tiempo a la conquista

Inka; como tal, su presencia y contundencia son vitales. Sin embargo en situaciones normales, la participación en el escenario de la intervención inicial de la conquista, se encuentra en la retaguardia, esa, es su función. Entra en acción, cuando los pueblos intervenidos bajo ninguna circunstancia aceptan la presencia pacífica de nuestro contingente y reaccionan brutalmente. Cuando así se presentan los hechos, está dispuesto que antes de emprender la acción bélica final, el ejército del Inka, acudirá previamente a todos los medios pacíficos que a su alcance cuenta para disuadir a la población reacia. Estas medidas de acuerdo a las circunstancias, podrían ser el cercamiento vivo de las fronteras de la nación o asentamiento humano belicoso, de modo que se asegure el corte de todo vínculo o comunicación con los medios de subsistencia y relaciones humanas con el exterior, el tiempo que durará esta operación, será hasta que el apremio de las necesidades humanas de la población sitiada haga reaccionar positiva o negativamente a sus habitantes. No existen apuros para el conquistador, durante ese lapso, nuestra población civil resguardada por el ejército, instalará sus campamentos en extramuros de la población sitiada, de acuerdo al tiempo que dure, realizando tareas propias de mantenimiento y reparación de los equipos y si las circunstancias así lo exigen, hasta sembrando cultivos para su manutención. Si frente a esta presión la reacción de la población sitiada es positiva, el ejército Inka ingresa al centro poblado y negocia la rendición total del pueblo o nación belicosa. Lo que en otras palabras significa básicamente, obediencia absoluta a la autoridad del Inka, sujeción a las autoridades, culto al creador nuestro padre El Sol y la madre Tierra, normas y reglas que se dejarán

establecidos a partir de ese momento. Pese a estas normas rígidas, según sean las condiciones, se dejarán establecidas también, como prebenda especial y por razones prácticas de administración, cierto grado de respeto a sus creencias, a sus propiedades, la organización política y social interna de los pueblos rendidos, en tanto estas no se opongan a las normas rígidas y con sujeción a la autoridad Inka establecida en dicho lugar. En tales circunstancias, quien responderá por los actos y responsabilidades de los habitantes conquistados ante la autoridad del Inka o *Kuraka*, serán sus autoridades gerárquicas internas. Una vez las negociaciones militares lleguen a su fin y se hayan pactado las condiciones de coexistencia, recién nuestra población civil ordenadamente ingresará en son de paz y amistad a posesionarse y fundar su asiento en los espacios o lugares determinados en la negociación, para inmediatamente emprender con la forja de la patria Inka, claro está, respetando en lo sumo a las pautas establecidas a este respecto. Dicho esto, Ilustres Consejeros- aclaró el soberano expositor- veamos cómo es que hemos de proceder con aquellos pueblos rebeldes, con quienes sin lugar a dudas, se tendrá que contender; en este caso, si pese a los reiterados intentos de acercamiento pacífico, insisten en guerra, entonces guerra habrá y como es lógico, nuestro ejército toma la vanguardia y entra en acción. Sarán los Generales, Comandantes o Capitanes según la magnitud de las huestes enemigas, quienes dirijan la operación y tras ellos, la población civil con la logística correspondiente. A este respecto Señores, creo necesario resaltar que, además de la precisa información acopiada por el suscrito en los tres años de recorrido, -haciendo referencia a su anterior expedición

dijo- tenemos conocimiento actualizado sobre los detalles mínimos de cada uno de los pueblos o naciones importantes que se encuentran en nuestros planes de intervención; es más, las tenemos estudiadas sus vulnerabilidades y fortalezas con cuyo manejo racional y certero de parte nuestra, nos es posible el éxito absoluto de las operaciones militares que hemos de emprender. Dentro de este marco general y dada la superioridad absoluta de nuestro ejército, obligan recomendar a nuestros combatientes a fin de que tanto en combate como después, las huestes enemigas sean tratadas con mesura; preferentemente el aparato militar del enemigo deberá ser desactivado completamente. Ello significa que tanto los sobrevivientes heridos, reestablecidos y sanados de sus males por nuestros expertos médicos, como los prisioneros indemnes, procederán a enterrar a sus muertos: en cambio sus mandos militares, ejecutados públicamente. Tanto la población civil como los soldados rendidos, luego de ser contabilizados, serán expatriadas inmediatamente con destino a esta sagrada ciudad, donde se les asignará un espacio y medios de vida para integrarse a la sociedad Inka. En reemplazo y en el lugar intervenido, quedará una porción equivalente de nuestra población civil haciendo patria y observando los patrones de poblamiento establecidos que a estas alturas ya es de vuestro conocimiento. Así mismo, está ordenado que el Jefe Supremo del Ejército conquistador, antes de emprender la siguiente conquista, en cada uno de los lugares intervenidos dejará instalado, además del *Kuraka* o autoridad, una guarnición militar cuyas funciones principales serán la seguridad, apoyo a las actividades productivas y resguardo de los nuevos habitantes y,



mantener informado al Inka de todas las eventualidades que puedan producirse en ese territorio ocupado. Ahora bien, la conquista del mundo, no concluye en dejar establecido a nuestra población sobre territorios pacífica o compulsivamente intervenidas y dejarlos a la deriva, no, ellos allá donde se encuentren, desarrollarán una intensa actividad religiosa, política, militar, cultural y socio-económica similar a la que se está emprendiendo ahora, pero, en menor dimensión; como tal, a estos nuestros forjadores de la cultura Inka, desde esta capital del Imperio, tenemos que dotarles de los necesarios recursos y mecanismos de supervisión y evaluación que permitan controlar y medir, logros y alcances de la gran tarea. A este respecto venerables Consejeros, lo expresado hasta aquí, -reiteró el Inka- resume a más de un ciento de normas precisas que reglamentan las acciones civiles y militares que cada uno de nuestros conquistadores las habrán de llevar en la mente y tendrán la obligación de cumplir y hacer cumplir en el lugar donde estuvieren. Con las consideraciones ya expuestas, prácticamente, la forja de la eternidad está en los dos millones de familias y más de un millón de soldados que muy pronto habrán de emprender la conquista del mundo. Como esto es así, la responsabilidad no sólo recae en los conquistadores, sino, en toda la población del *tawantinsuyu*, desde mañana, se amplía la base tributaria del Estado Inka. Los habitantes del Imperio, aportarán obligatoriamente para la gran conquista, sea en alimentos, semillas, insumos agrícolas, herramientas y aperos de labranza, vestimentas tanto de mujeres como de varones, armamentos y equipos de lucha, según a la especialidad y recursos de las familias, naciones y regiones. Del mismo modo, se ha ordenado que en los

palacios de las escogidas o *Aqllaywasis*, se ocupen en manufacturar además de sus tareas ya instituidas, vestimentas de guerra ligeras y gruesas. Del mismo modo, se está mandando y ordenando que todos los pueblos del imperio, en función a la cantidad de habitantes, en acuerdo unánime y en forma voluntaria, designen a un determinado número de familias jóvenes, sólidamente constituidas y conformadas preferentemente de cuatro a cinco miembros, quienes pertrechados de los recursos necesarios que la comunidad les proporcionará, formarán parte de la población civil conquistadora y partirán al lugar donde la superioridad las llenen asignadas. Bajo este sistema, por el tiempo que dure, que será muy largo, se estarán manteniendo recicladamente la fortaleza y contundencia de nuestras expediciones conquistadoras. Finalmente, si la contundencia y el éxito de nuestras expediciones están respaldadas por el alto grado cultural, moral y religioso, el orden socio-económico justo, como la férrea organización millitar y administrativa de los conquistadores y como consecuencia lógica de esta superioridad cualitativa, nuestras conquistas tienen como objetivo final la introducción de formas superadas de vida a pueblos que aún no las tienen, es lógico e indispensable también que la conducta y disciplina de nuestros conquistadores, civiles o militares, en circunstancias buenas o malas tengan que ser las más transparentes, justas y correctas. Señores consejeros,... Dirigiendo la mirada al auditorio, como tratando recordarles algo que nunca se debe olvidar, el Inka dijo: Precisamente El hijo del Sol está frente a su pueblo y con ustedes, para preservar y perpetuar la justicia, la honestidad, la laboriosidad, la veracidad, la solidaridad y la equidad que deben reinar entre los hombres; valores

propios de una sociedad superior, por las que hoy, previendo que estos logros, esfuerzo milenario de hombres de bien, no se extingan en el tiempo, estamos haciendo esto que acabo de exponeros. Como esto es el objetivo, se ha ordenado aplicar la pena de muerte en acción sumaria y pública a quienes derrochen el tiempo sin motivo, falten a la verdad; tomen posesión de los bienes que no les corresponden bajo cualquier circunstancia; del mismo modo, se aplicarán las mismas penas a los que maltraten sin razón al anemigo rendido, posean por la fuerza a las mujeres, exijan a trabajos forzados a los desválidos, ancianos, mujeres y niños, actúen en forma individual y no solidaria, no sean participativos ni justos y atenten contra la acción conquistadora. Finalmente distinguidos consejeros, para concluir y dejar izados los hitos que jalonarán nuestro devenir, es necesario ubicar en el tiempo el conjunto de acciones expuestas hasta aquí. Ello, permitirá que cada uno de vosotros y en general todos los habitantes del *Tawantinsuyu*, los de hoy y los de mañana, tengan el rumbo trazado y pleno conocimiento del rol que les corresponde desempeñar en esta tarea de forjar la eternidad. Además, posibilitará también, medir, evaluar y corregir el ritmo del avance de nuestras acciones y la calidad de sus resultados. Dicho esto, cuanto hasta hoy nos aprestamos emprender, tiene una dimensión histórica; lograr el objetivo central trazado, requiere de una sostenibilidad de largo aliento y trasciende los periodos gubernativos de un Inka, si personalizamos en el Inka a una generación, quien os habla, hará lo suyo y quienes después de él accedan al *Llaw'yo* o borla imperial, cada uno a su debido tiempo, harán también lo que a ellos les corresponde hacer. Ahora, centrémonos a lo que en

adelante esta generación debe realizar, es decir, aquello que mañana habremos de empazar. Al respecto, la construcción de las grandes obras se iniciarán con una que está relacionada con la seguridad humana y se refiere a la protección y remodelación de esta Sagrada ciudad del Sol y el Templo de *Qorikancha*, cuya conducción técnica estará a cargo del *Amawí'a* y constructor *Wallpa Rimachi*, para lograr la meta, se le está proveyendo un contingente de 30,000 braceros procedentes del oriente. Paralelamente, se afianzará la construcción de la ciudad de *Ollantaytambo*¹⁰⁰ haciendo que esta sea el más grande depósito del *Tawantinsuyu* y quien está encargado de su ejecución es el constructor *Marikanchi* con 20,000 braceros procedentes del sur. Igualmente, se construirá el templo de *Wiraqocha* con 10,000 brazos, también del sur, responsabilizándose de la dirección técnica al constructor *Akawana*. Otra de las obras de extrema importancia que permitirá articular los pueblos conquistados al centro del desarrollo religioso, socio-económico y la cultural, es la construcción del gran Camino o *Qhapaq Nan*. Esta gran vía, debe seguir la misma direccionalidad de nuestras conquistas, siendo el punto central de convergencia y divergencia la sagrada ciudad del *Qosqo*. El trazo y ejecución de este Camino, estará a cargo de *Qalla Kunchuy* y los trabajos se iniciarán con 60,000 braceros procedentes de las regiones del norte y occidente, cada región aportará 30,000 brazos permanentes. Seguidamente ilustres Consejeros, debo informaros que como medidas precautorias que permitan refugiar nuestro acervo humano y cultural de probables

100 Se refiere a la actual ciudadela Inka denominada Ollantaytambo.

adversidades y eventualidades inesperadas, se ha decidido edificar ciudades-refugio y establecer allí, asentamientos humanos dotados de la infraestructura, los servicios y el equipamiento necesarios acordes a las exigencias para los que están concebidos y estarán localizadas en lugares exclusivos, inexpugnables y estratégicos que garanticen la seguridad y protección del patrimonio humano y cultural. En otras palabras, se trata de ubicar espacios donde concilian en forma concreta, conceptos de visibilidad cósmica, seguridad humana, habitabilidad y estabilidad telúrica. En la fábrica de estos complejos arquitectónicos, sin duda tendremos que movilizar el concurso de todas nuestras potencialidades técnicas, mano de obra y los recursos necesarios que permitan concluir en un tiempo prudencial las metas trazadas. En cuanto a las expediciones conquistadoras, solamente hemos de referir que para esta primera etapa, se tiene preparada un contingente de 50 mil soldados y 100,000 familias, quienes al mando del General *Kachi Urqowaranqa* esperan la orden mía para emprender su viaje con destino a la región nor-occidental o *Qontisuyu*. Así mismo, partirán con destino a la región oriental o *Antisuyu* en posición de retaguardia al mando del General Achachi Inka, un contingente de 50,000 soldados y 100,000 familias, seguidamente al oriente, se destinarán 100 mil soldados y 200 mil familias y al norte, 200 mil soldados y 500 mil familias. Para concluir mi participación en esta magna asamblea Señores Consejeros, -anuncié el Inka la finalización de su exposición Indicando:- Permítanme expresar mi agradecimiento por vuestra gentil atención y espero que mi exposición haya satisfecho vuestras expectativas. Es más, las acciones y alcances

aquí indicadas y prestas a ser emprendidas, responderán con precisión a las exigencias que el devenir de nuestra cultura requiere para perdurar en el tiempo. Con este alcance, no dudo que habéis entendido de sobremanera que a partir de mañana, desde la persona quien les habla, hasta el último hombre del más alejado pueblo, asistiremos al inicio de una nueva etapa de afianzamiento cultural del *Tawantinsuyu*. Hombres pujantes solidariamente unidas, trabajando en la forja de la eternidad, es la síntesis de nuestro devenir y por ello mismo, concluyo mi participación invocando que si en el discurso de mi conversación, habéis encontrado alguna dificultad, trasmitando que inmediatamente dejaré aclarado el caso, o si tenéis recomendaciones trascendentes que han sido omitidos o necesitan incorporar dentro de las normas, con mucha satisfacción acogeremos y pondremos en práctica vuestras valiosas opiniones.- Dicho esto el Inka, dejó concluido su exposición e hizo de manifiesto su agradecimiento con una venia al Director de debates y todos los Consejeros asistentes. La asamblea, siguió su curso, el consejero Director de debates, agradeció al soberano Inka la sobria y didáctica exposición e instó a los asambleístas, que si tenían recomendaciones e interrogantes al respecto, expresaran en forma clara y precisa para que en el acto, el Joven monarca pudiera absolverlas o acogerlas si se trataba de recomendaciones incuestionables. Como es natural, no faltaron preguntas que según ellos, requerían aclaración y el Inka, tuvo que aclararlas una tras otra. Luego, el Presidente del Consejo indicando que a partir de aquel momento, no quedaba sino un camino, cumplir y hacer cumplir las disposiciones aprobadas, dió por finalizada en todos sus efectos la magna asamblea.



XXIII

Cual si una poderosa e invisible fuerza se encargara en diseminar la noticia de la gran conquista y la ejecución de las obras, no bien hubo concluido aquella asamblea, los acuerdos, mandatos y órdenes impartidas por el Inka, cruzaron: ríos, valles, quebradas y cordilleras, tal que hombres y mujeres, adultos y niños de las cuatro regiones del imperio, informaronse rápidamente de los grandes cambios que habría de producirse en adelante.

Gracias a los mensajeros y heraldos, si dijéramos en una semana, sería exagerado, en sólo dos días, no habría habitante del Imperio que desconociera las tareas y responsabilidades que a partir de aquellos mandatos, debieran realizar en pos de los anuncios del Inka. Una visita por los centros poblados lejanos y cercanos del vasto imperio después del llamamiento, prácticamente mostraba un paisaje social sorprendente. Sus habitantes, reunidos al contorno de sus respectivos *Kamayqs* o autoridades y en sendas asambleas populares abordaban el modo y la forma de cómo participarían en la gran conquista del mundo y en la ejecución de las obras que nuestro venerado padre *Pachakuti Inka Yupanqui* había anunciado. Narrar de cuanto observó el cronista en estas visitas, sería muy lato, pues en cada centro poblado, ciñéndose a las

pragmáticas establecidas, la autoridad central del poblado, cuidando mantener la pervivencia de la familia troncal en los lugares de origen, planteaba a los pobladores: los requerimientos, requisitos, los probables lugares a donde irían o quisieran ir a asentarse o a trabajar, así como las condiciones que habrían de tener las familias participantes, tanto en la expedición conquistadora como en la ejecución de las grandes obras. Por citar un ejemplo, se instruyó que las familias escogidas como conquistadores, preferentemente deberían de tener la condición de recién casados o casados con hijos mayores de cinco años y nunca ancianos ni personas con dificultades físicas, todos, aptos en forjar su hogar en el lugar donde estuvieren, sin atavíos emocionales ni reminiscencias familiares. En tanto los escogidos para la ejecución de las obras, tenían que necesariamente ser jóvenes: solteros, casados y aún algunos viejos expertos todos en buen estado de salud. Eran los propios miembros de la familia o *Ayllu*, quienes con aquellas pautas y recomendaciones, designaban en forma voluntaria y autónoma a las familias que formarían parte de la expedición como a los que irían a trabajar en las obras. Sin duda, los requisitos exigidos, eran estrictos y se cumplían conforme estaban ordenadas. Una de las ineludibles, estaba relacionada con la densidad poblacional, es decir, centros poblados, aldeas, comarcas o aldehuelas donde el número de habitantes asentados sobrepasaban a la extensión de tierras agrícolas permisibles, inexorablemente tenían que aportar más número de familias, incluso hubo lugares en las que dejando a un lado los parámetros establecidos, tuvieron que seccionar poblaciones para dos o tres destinos, hasta dejar regulada a la población madre. Contrariamente, en

los asentamientos humanos donde la relación hombre/ tierra eran bajas, la participación de las familias en la conquista, estaban exceptuadas; en cambio, estaban obligadas a recibir en su territorio a un número determinado de familias transportadas de otras latitudes hasta equilibrar la densidad que exigían las tierras y coexistir pacíficamente con ellos el resto de la historia. Así fue más o menos, de cómo las autoridades nominadas por el Inka, seleccionaban y ordenaba tanto al conjunto de familias que participarían en la conquista, como en la construcción de las grandes obras. Lógicamente, conocidas con exactitud el número de familias, personas, más el probable lugar donde habrían de ser destinadas, instructores expertos en intervención militar y civil, en sendos talleres de discusión, los sometían a un riguroso proceso de capacitación, instruyéndolas en temas que iban desde las actitudes que habrían de tomar en circunstancias violentas de pre y post-combate, hasta los mínimos detalles de intervención pacífica y lógicamente, posesionado y tomado el territorio en cuestión, la conducta y laboriosa acción conquistadora que emprenderían para culturizar e incorporar a la férula del poderío Inka a los habitantes conquistados o sometidos.

Mientras así se capacitaban los futuros conquistadores, los demás miembros de la comunidad madre, en acción solidaria, preparaban también cuánto insumos y materiales eran necesarios para hacer patria y transferir cultura allá en los lugares donde próximamente se asentarían y harían posible la translocación concreta de una ciudad, un villorrio, una comarca o una aldea Inka. Es decir, forjar en aquellos ignotos y lejanos lugares,

poblaciones gemelas a las de su origen. Así, si *Wayllabamba* se denominaba el poblado de origen de los familiares conquistadores, pues allá en el septentrión donde se asentarian, las fundarían con la denominación de *Wayllabamba*. De modo que al concluir los plazos establecidos para estos eventos, cada familia conquistadora poseía ya sus pertrechos de conquista, que dicho sea de paso, estaban constituidos desde los más insignificantes instrumentos, como podía ser una aguja, hasta los más sofisticados aperos, herramientas y maquinaria agrícola, de cirugía, de astronomía, de ingeniería, de alfarería, de hilandería, de textilera, de tintorería, de cocina, de litoesultura, de orfebrería; en fin, de cuánto conocimiento y su insumo técnico poseía la cultura Inka, para constituirse y erguirse como la más avanzada de la especie humana, ese vagaje, encontraba en los equipajes de los conquistadores.

Comentario aparte requiere la provisión de material genético para la conquista, vale decir: tubérculos, rizomas, estolones, plántulas y semillas, así como de la diversidad de especies animales para la difusión de la agricultura y ganadería, fuentes de la seguridad alimentaria. Al respecto, eran *Amawt'as* expertos en cada materia, quienes de acuerdo a los informes recibidos acerca de las características climáticas, agrológicas, altitudinales y extensión de las tierras en los lugares planeados a conquistar, seleccionaban y definían las especies vegetales y animales, volúmenes y cantidades que se destinarían con este propósito y finalmente como conclusión de las tareas preparatorias, tanto los equipajes de insumos culturales, como los del material genético eran depositados

en almacenes públicos, desde dónde en su oportunidad, personas especializadas en el carguío, independientemente a la responsabilidad de las familias conquistadoras se encargarían en transportarlos hasta su destino.

Mientras en los pueblos del interior, sus habitantes preocupados en la gran conquista, preparaban su participación accionando los detalles ya señalados por el cronista; en la sagrada ciudad del Sol, de los preparativos, habían ya pasado a la acción. Al siguiente día después de aquella exposición, *Pachakuti Inka Yupanki* y un equipo de *Amawt'as* conformado por los sabios: *Wallparimachi*, *Akawana*, *Qalla Kunchuy* y *Marikanchi*, habían madrugado con destino a una de las colinas, la más alta de la ciudad del *Qosqo* al que ellos la denominan como *Saqsaywaman* o la colina del Halcón moteado. Allí, muy de mañana, ubicados en el mojón más elevado del cerro aquel, el Inka, cual si se tratara de un maestro que expone ante sus discípulos temas de connotación técnico-práctico, los reunió a eruditos en arquitectura, geotecnia, hidráulica, agrimensura, planeamiento urbano, construcción civil, astronomía y cuanto profesional se hacía necesario en la reestructuración de una ciudad. A ellos, manifestóles que el propósito de esta jornada matutina, no era un paseo, sino, el inicio del gran cambio anunciado al mundo por él. Para que el cambio sea evidente y racional, era preciso que ésta transformación empiece del propio hogar de quien las ordena y, la ciudad del Sol o *Qosqo Llaqta*, era la cuna de los hijos del Sol, como tal, dijo él: Será aquí el inicio de las grandes obras. Con este prelude expositivo, el Inka invitó a sus interlocutores posesionarse en la cima misma del mojón, desde donde con amplitud y precisión, podíanse

percibir los mínimos detalles de espacio y evaluar prácticamente la concepción, diseño, equipamiento y expansión urbana de la sagrada ciudad del Sol. Cuando ya los interlocutores del Inka estuvieron ubicados en la posición visual deseada, les recomendó que contemplaran bien la ciudad y detectaran con precisión las vulnerabilidades físico-espaciales, constructivas y las incongruencias de seguridad, que muchas deben haber, puesto que pese al crecimiento vegetativo de la población, prácticamente desde cuando el Gran *Manko Qhapaq Inka* fundara esta ciudad, poco se se habían abordado estos asuntos. Precisamente para solucionar aquellas debilidades, habíales invitado a venir con él hasta este lugar; como tal, al final de esta observación, cada cual socializaría sus puntos de vista y con dichos aportes, conjugarían los patrones conceptuales de diseños y construcción de las grandes obras que se les responsabilizaría y en particular, de esta primera gran obra en la sagrada ciudad del Sol. Es decir, la remodelación urbana y la construcción del complejo *Saqsaywaman*.

Después que cada uno de los sabios observara la ciudad bajo sus propios puntos de vista, hubo una reunión para cruzar opiniones y planteamientos técnicos que permitieran lograr una definición concreta sobre las obras que próximamente habrían de ejecutarse. Comentar en esta crónica, la diversidad de opiniones que al respecto se propusieron en aquel mojón, desde luego, sería importante; pero, la ocasión obliga pasar por alto aquello, para conducirnos directamente a la conclusión final que sobre este asunto sintetizó el propio soberano *Pachakutiq Inka Yupanqui*. Textualmente esto fue lo que dijo: ¡Ilustres

Amawt'as, eh allí nuestro sagrado aposento, fábrica iniciada por el más grandé hombre, padre *Manko Qhapaq* Inka, ella cobija la esencia espiritual y maternal de nuestra cultura, sin embargo, como paradoja de su existencia, muestra una gran debilidad!. ¡Como podéis constatar, está desprotegida tanto de los embates de la madre naturaleza, como de la acechanza humana!. ¡En el primer caso, la ciudad está suroada por tres riachuelos, los que en tiempos de estío, aparentemente parecen inofensivos, sin embargo como consta a todos, en épocas de avenida resultan extremadamente peligrosos, tanto por el volumen del material que acarrearán sus aguas, como por la pendiente abrupta y abierta de sus cauces!. ¡Todos conocemos que como resultado de lo agresivo que son estos ríachos, cada cierto tiempo a lo largo de su recorrido, van cambiando de cause por donde les place y en ese secular trajín, no sólo vienen erosionando y liquidando la santa tierra, sino, en el momento menos pensado, la propia morada del Sol y con él, sus hijos podrían ser soterradas y arrasadas como vino en ocurrir hace varios cientos de años atrás con el poblado de *Turupampa*¹⁰¹!. ¡En el segundo caso, observéis bien la ubicación de la sagrada ciudad del Sol, germen de la cultura humana, hablando militarmente, entrampada en una amplia hondura, franqueable por los cuatro costados!. ¡En una hipotética invasión militar, como que en el futuro se dará, la ciudad caería sin mayor resistencia en manos del enemigo!. ¡En actuales condiciones, la ciudad, no es que estuvo mal concebida,

101. Está referida a la actual ciudad de Urubambá, en cuyo historial se registra el desplazamiento de una morrena glacial del nevado Pumawanka, cuyo alud enterró a toda una población.



resulta que desde cuando se fundara, el desarrollo social del Imperio discurreó bajo condiciones benévolas, en aquellos tiempos, los constructores de esta y muchas otras ciudades, no percibían aún lo que hoy nosotros y los que después vengan percibimos y percibirán!. ¡Ellos, conceptuaron el desarrollo de la sociedad en función a una visión segmentada y absolutamente autónoma del planeta y el discurso de la humanidad, como un largo, uniforme y sostenido proceso de mejora en su calidad. ¡Lamenta bienente, no estaban informados que más allá de los mares, se anidaba la asechanza y su secuela!. ¡Los conceptos de recinto humano, ciudad o cualesquiera de los asentos humanos, eran francos, abiertas y transparentes y hasta hoy cumplen funciones humanas sublimes!. ¡Ahora, la concepción sobre asentamiento y poblamiento humanos, deben ser substancialmente distintas, en adelante, nuestro objetivo fundamental es concebir ciudades que preserven y brinden seguridad a la esencia genésica y patrimonio cultural, tanto de los embates de la madre naturaleza, como de la acechanza humana!. ¡Inmersos en estos términos de referencia, las acciones a emprenderse, referidas a la seguridad, serán: ¡La fortificación de la sagrada ciudad del Sol y la construcción de nuevas ciudades-refugio en lugares compatibles a nuestros objetivos!. ¡Al respecto, cada uno de los cuatro sabios constructores, sabe dónde estarán ubicadas y cuándo las construirán!. ¡Por ahora, la primera acción, contempla la ejecución de dos obras: La remodelación urbana de la ciudad, que comprende además, la reacondicionamiento del Templo de *Qorikancha* y la construcción de uno de los complejos militares más grandes de la humanidad!. Señalando la cordillera donde

se encontraban dialogando, explicó sus intenciones a quienes allí rodeabanle: ¡Ambas obras, estarán dirigidas por el constructor *Wallparimachi* a quien independientemente a la acción solidaria masiva, se le proveerá 30,000 braceros diarios debidamente pertrechados y los conducirá conforme a las pautas y trazos establecidas y señalada estrictamente a lo esbozado en esta maqueta que prácticamente, refleja cuánto vosotros habeis conceptualizado aquí.

En suma el Inka, mostró un inmenso megalito de roca en cuya estructura, bajo escala y a proporciones precisas, se veían esculpidas los detalles mínimos de las dos obras a ejecutarse. En la parte baja del megalito, encontrábase la ciudad con las modificaciones que habría de hacerse y en la parte alta, aquella montaña, transformada en un complejo arquitectónico, que yacía en las alturas de la ciudad. De modo que con ayuda de esa mega-maqueta, recomienda a quienes en adelante se encargarían de la conducción técnica de las dichas obras, en los términos siguientes: La sagrada ciudad, será reacondicionada en sus extremos importantes, los tres riachuelos cuyos cursos cortan la ciudad en tres sectores y descargan sus aguas en esa extensa ciénaga, serán canalizadas y colectadas hacia el río grande. De modo análogo, éste río colector y cuantos arroyuelos tributarios vierten sus aguas a su cause, serán también canalizadas hasta el final de su confluencia en el *Willkamayu*¹⁰². Esta obra, permitirá recuperar importantes extensiones de tierras hasta hoy, erosionadas y anegadas; sobre las que también en la parte

102 Nombre autóctono del actual río denominado Vilcanota

contigua, se acondicionará la expansión urbana de la ciudad y en las partes bajas, se habilitarán tierras de cultivo destinadas al padre Sol. En cuanto a la edificación del complejo *Saqsaywaman*, tenéis como patrón la dirección técnica de *Wallparimachi* y como referencia, la maqueta que está a la vista; que dicho sea de paso, existen tres ejemplares, uno que estará allí en el palacio de *Qqasana* con fines de supervisión y control, otra en *Waqaypata* cerca de las obras de la parte baja y finalmente ésta que quedará aquí. Al finalizar la obra, se destruirán las tres maquetas. El plazo máximo previsto para concluir estas obras, es de diez años. (...) Del mismo modo, para proveer de la logística necesaria y garantizar la manutención diaria de los que en obra trabajarán, se han ubicado y construido en lugares estratégicos 15 grandes almacenes, las que en este momento, ya se encuentran lo suficientemente aprovisionados de alimentos, vestimentas, medicinas, herramientas, equipos, leña y otros insumos imprescindibles. (...) Por lo demás dignísimos *Amaw'tas*, no dudo que habéis tomado nota de las orientaciones generales que os he impartido y seguro también estoy que estas pautas, en el fragor del proceso constructivo, serán enriquecidas y logradas con vuestros sabios conocimientos. ¡Finalmente señores, invoco a que cada uno de vosotros, tomen las acciones que sean necesarias para que el día de mañana muy temprano, se den inicio a los trabajos!

Dicho esto, *Pachakutiq Inka Yupanki*, en compañía de la pléyade de sabios con quienes al día siguiente emprenderían la ejecución de las respectivas obras, dejaron atrás la colina de *Saqsaywaman* y bajaron con

destino al palacio de *Qasana*, en la sagrada ciudad del Sol.

Aquel día siguiente, previo al inicio de las obras, serían más o menos la medianoche; a esa hora, *Pachakuti Inka Yupanki*, acompañados por el Sumo sacerdote o *Willaq Uma Phuyu Apumayta*, más cuatro comandantes encargadas de la conquista, los cuatro sabios responsables de la ejecución de las obras y por añadidura el cronista, encontrabanse ésta vez, en la cima de otra cordillera que resguarda a la sagrada ciudad ya conocida por nosotros, denominada *Wanakawri* o santuario mayor del imperio. Allí, en ese oráculo, premunidos de las reliquias sagradas y los rituales ceremoniales del culto, ofrendan y a la vez, invocan permiso a la divinidad o *Pachamama*, para emprender las grandes obras y la conquista del mundo. Cumplido con los ritos que el culto exige, de cuyos permoneores el cronista, obligado por sus convicciones religiosas, obvias y dignas de entender, se exime en comentar y concluye indicando que ya todo está arreglado para dar inicio con las obras:

Si aquello hacían en el estamento más alto del Estado Inka, en el pueblo, las tareas que desde aquel amanecer les correspondía realizar, eran conocidas. Ellos, antes que el astro Dios asomara sus tibios rayos por encima del *Awqanqate*, conforme a la convocatoria de su Señor, provistos de sus herramientas, aperos y fiambres esperaban en muchedumbre el inicio de la gran obra. Unos, en la plaza principal de *Waqaypata*, otros, en las faldas del macizo *Saqsaywaman*, prestos a recibir la orden de

su Inka o de las personas que hicieran sus veces. El inicio de toda obra pública era así, más aún tratándose de estas gigantes obras que perdurarían para siempre; la movilización social fue multánime. Hombres y mujeres desde los siete años de edad, hasta los ancianos que aún podían accionar, concurrían a sus puestos de trabajo. Aquel día de inicio, asistieron más de cien mil personas entre mujeres y varones, niños y adultos. Con la concurrencia de aquella multitud, el acto real de inicio de las tantas veces referidas obras, se produjo en la plaza mayor de la sagrada ciudad del Sol, denominada *Waqaypata*. Allí, prácticamente empezaba la remodelación de la ciudad, como tal, aún cuando el día no había clareado bien, el pueblo, rigurosamente organizados en: reglones, naciones, pueblos, aldeas y hasta familias esperaban a su Inka, para emprender masivamente con los trabajos.

Pachakutiq Inka Yupanqui, no se dejó esperar, esta vez, sin mayor protocolo que la venía al pueblo trabajador, tomó su herramienta y fue directamente a la vera del riachuelo denominado *Ch'unchullmayu*, donde una ruma de gigantes rocas rodadas por el agua en el cause, esperaba como tarea. Empezó su trabajo, retirándolas una tras otra, hasta dejarlas totalmente despejadas; luego, acompañado de un nutrido número de técnicos y asistentes, procedieron con los trazos, replanteos y señalización, seguidamente, se dirigió a su pueblo ya no con mensajes ni discursos, sino, para ordenar la función que cada cual debiera cumplir a partir de aquel día. Desde ya el lector se imaginará que las órdenes del Inka, no eran vozarrones lacerantes de mando que podían imprimir en el subalterno una sumisión animal y un falso dinamismo.

de sus subordinados; no, el Inka ordenaba con sólo una venía y los suyos, convencidos de lo correcto que son las ordenes de su Señor, las cumplían a plenitud y con sincera satisfacción. Así, los trabajos por muy recias que fueran, se desarrollaban en un franco ambiente de alegría y solidaridad; prácticamente, era el esfuerzo físico matizado de cánticos de las matronas y doncellas, silbidos y lisonjas de los labriegos. Una tertulla de 100 mil personas henchidas de alegría, organizadas en sendas brigadas de trabajo, provistas de lo necesario y distribuidas en las diversas tareas que exigían las obras, entraba en movimiento y al entrar, poco a poco los trazos y diseños que al inicio parecía existir sólo en la mente del Inka, se hacían obra real.

Sin duda, constatar el desarrollo y los resultados de aquella multitudinaria acción humana, hacía concluir sin ambages ni reticencias que la inteligencia y fuerza del hombre, son capaces de transformar rápidamente la faz de la naturaleza por muy ásperas e imponentes sean éstas. A esta conclusión se ha llegado, al observar de cómo la muchedumbre en sólo un día de trabajo que duró esta faena o *Mink'a*, transformó aquellos deprimentes lechos atiborrados de gigantes rocas rodados por el agua y los erosionados causes que serpenteaban sobre extensas playas a capricho de las continuas riadas, en lechos escrupulosamente canalizados, dotadas de innumerables como hermosísimas obras de arte, acondicionados con plantas ornamentales y arbustos aromáticos apropiados. Puentes y pontones sobre gigantes cantos y rocas labradas que además de solucionar la defensa natural de la ciudad, armonizaba con la preciosura constructiva de ésta; tal que

aquellos atrevidos riachos que a su libre albedrío, antes reptaban por los campos, esta vez, se constituyeron en vistosos acueductos y áreas de esparcimiento.

Impresionante fue ver en extramuros de la ciudad, las extensas playas y terrenos, antes erosionadas y anegadas de lógamo y canto rodado, ahora, recuperadas e incorporadas a la agricultura, mediante sistemas constructivos que acomodaban las anfractuosidades del suelo en terrazas agrícolas, circuladas por una red de canales de riego y sus respectivos drenes, donde más tarde, sendos y diversos cultivos desarrollarán y fructificarán para el sostenimiento de la sociedad. De modo similar, podíase observar también con la misma o quizá mayor estupefacción de cómo aquellas multitudes lograron habilitar rápidamente: caminos, puentes, pontones, canteras y cuanta tarea habíantes encargado culminar y dejarlas expeditas para el día siguiente en que empezaría la construcción del grán complejo de *Saqsaywaman* o la cordillera del Halcón moteado.

Con lo brevemente resumido de cuanto se constató en este día de trabajo masivo, nos cabe afirmar que en una obra como ésta, el mayor esfuerzo humano y su éxito, radican en la concurrencia precisa y oportuna de la multitudinaria mano de obra y la precisa dirección técnica. Armonizar el enorme trabajo desplegado por millares de personas, es realmente trascendente; por lo multitudinario que resulta la participación de las personas, el esfuerzo unitario es mínimo y marginal, en cambio esta fuerza humana en acción conjunta, se multiplica geométrica mente, tal que no puede haber obra por muy gigante sea ésta, que resista al impacto del esfuerzo solidario del

hombre y la efectividad de este trabajo, depende exclusivamente de la dirección técnica de eruditos que conocen en lo sumo las leyes, principios y reglas que rigen estas especialidades. Sólo así se puede entender que aquellas obras de remodelación, construcción de las defensas ribereñas y la limpieza de la montaña donde al día siguiente se empezaría a construir el complejo *Saqsaywaman*, se hicieran exactamente en un día.

Dado que el lector está ya anticipado que las obras ejecutadas el día de ayer, han sido sólo preludios de otras que más adelante habrán de venir. Para empezar, hoy asistiremos al inicio de esa obra, la construcción del gran complejo cívico-militar y ceremonial de *Saqsaywaman*, para ello, como está dicho atrás, son 30,000 braceros los que a diario trabajarán bajo la dirección técnica del *Amawta Wallparimachi*. Aquí, el cronista desea aclarar que por lo extenso que resulta narrar el desenvolvimiento minucioso de las actividades y tareas que conllevó la ejecución de esta monumental obra, en adelante, sólo se sintetizarán aquellos hechos que a juicio del cronista, son necesarias relatar y, empezaremos recordándoles que el día de ayer, como acción previa, el Inka y más de 100 mil personas en forma solidaria, dejaron concluidas las obras preliminares del complejo *Saqsaywaman*. De modo que fueron los 30,000 braceros quienes sin mayor protocolo que las disposiciones técnicas de sus *Qollanas* o maestros y supervisores, entraron en acción, distribuidos en tres grandes bloques de trabajo: 20 mil trabajadores destinados a las 10 canteras alledañas y lejanas a la obra y 10 mil, en movimiento de tierras y explanaciones. El primer día de trabajo, *Wallparimachi* con la ayuda de la mega-maqueta

al lado suyo, se ocupó en impartir a los responsables, directrices e instrucciones precisas acerca de la construcción del complejo *Saqsaywaman*.

Precisadas las funciones y tareas de partida, la maquinaria humana empezó con la construcción de la obra. Sin duda, el reto de bajar la cerviz a una áspera como imponente cordillera, no era poca cosa, al principio, todo esto parecía una acción ilusa, imposible de lograr aquello que estaba concebido y replicado en la megamaqueta de marras, pero, los hombres del *Tawantinsuyu*, los forjadores de la eternidad, con la mente puesta en lograr aquel objetivo, sin pensar en el esfuerzo que demandaba ni en el tiempo que transcurría, cual incansable enjambre de hormigas en su carga vital, así, iban hurgando poco a poco las partes más vulnerables por donde había que atacar. Brigadas que rompían rocas, excavaban tierras, explanaban mojones, acarreaban tierra, rellenaban las hendiduras, peñaban taludes, palanqueaban y arremetían roquedos, en fin, luego de veinticuatro meses de arduo trabajo, recién de alguna manera pudo verse algún cambio en la faz de la agreste montaña. El esfuerzo de los 30 mil brazos diarios, poco a poco vino en mostrar sus pequeños resultados, el cerro *Saqsaywaman* o la colina del Halcón moteado, demacrado con sus protuberancias y mamelones cortadas. Aún así, seguía siendo el principio de la obra; el Inka, solía decir: No es siquiera el principio.

Como supondrá el lector, una obra de magnitud como ésta, no solo requería oradar, tajar o romper el rostro de la sola cordillera, sino que allá lejos, otras tantas cordilleras accionadas por miles de braceros eran desfiguradas como canteras; tal que en dos largos años, monstruosos batólitos

y filones de rocas aparecieron con sus entrañas todas tajadas y sus partes esculpidas y amontonadas, esperando ser transportadas a la gran obra. Pese a esos dos años de intenso trabajo e importantes avances, la cordillera seguía mostrando casi el mismo perfil, sólo que esta vez, se la veía más averiado, que antes y sin parecerse en nada al prodigio constructivo que se mostraba en la maqueta. Luego de aquellos años de intenso trabajo, vino la subsiguiente etapa, por decir lo menos, la más sacrificada y a la vez complicada; ¿sacrificada y complicada?. Sí, si se la ve desde una perspectiva solidaria, pero, imposible, desde el punto de vista unitario. A este respecto, probablemente el lector, aquel que no tuvo la oportunidad de ver y palpar lo gigantesco que son los megalitos preparados para esta obra, imaginará del cronista como un maximalista empedernido, pero, no, ahí están y seguirán por los siglos de los siglos, como si esperaran a quienes duden de esta afirmación. Dicho esto, volvamos al acarreo de aquellos megalitos escrupulosamente labrados, seleccionados por tamaños, pesos y formas que esperan arrumados en canteras lejanas a la obra, desde donde sorteando cuestras, bajadas y llanuras había que accionar hasta su destino.

El acarreo, había empezado con el traslado de los megalitos procedentes de la cantera denominada *Pumi Qoïqa*, a cinco leguas al Este de la sagrada ciudad del Sol; luego, procedieron con materiales localizados en canteras aledañas a la obra. Los 30 mil hombres provistos de herramientas, aparejos -ya conocidos por nosotros en la construcción de *Hjuchuy Qosqa*-, palancas de tensión y cuñas, combos, maderámenes para planos inclinados,

maromas gruesas de cueros y fibras, corrajes y sogas para trepar escarpados, yugos de tracción, centenares de cubos de cebo congelado para lubricar cuerdas, etc. Médicos y enfermeras, premunidas de medicamentos, insumos e instrumentales listos para asistir oportunamente a los accidentados; más de 6,000 matronas encargadas de brindar con oportunidad los alimentos y bebidas. En suma, la multitud de braceros distribuidos en sendas brigadas que variaban desde 100 hasta 10,000 de acuerdo a la magnitud y peso de los megalitos por transportar, procedieron con la faena del acarreo. El traslado de aquellas monstruosas moles de roca labrada, no fue tarea sencilla ni de un rato, por citar como ejemplo, el solo movilizar una roca promedio de 5 a 6 brazadas de altura, 2 a 3 brazadas de ancho y un largo de 8, exigía el esfuerzo de una brigada de 250 personas, tal que 125 accionaban cierto tramo mientras que los otros tantos descansaban y así, alternando entre ellos durante el día y en terreno plano, sólo podían avanzar 20 pasos normales. En pendientes y cuestas, la marca disminuía de 5 hasta 10 pasos por día y el esfuerzo, sin duda se multiplicaba. Con este indicador, imagínese el esfuerzo y el tiempo desplegado para transportar más de 25 mil megalitos. En el transcurso de este acarreo, a diario se produjeron un sin número de hechos: anécdotas, averías, accidentes y muertes. El más doloroso y el que por mucho tiempo, será de triste recordación, fue aquel que faltando poca distancia para llegar a la meta, en plena faena multitudinaria uno de los megalitos más voluminoso que debiera de servir de base para la entrada del complejo, repentinamente se desprendió pendiente abajo, arrastrando y atropellando consigo a cuanto operador tenía delante de él. Aquel

accidente, fue horripilante y macabro, más de quinientos obreros perdieron la vida triturados por el Impacto. De los cuerpos, no quedó casi nada, sólo la sangre cual río que fluye a raudales, recorrió camino abajo hasta llegar a una explanada ubicada a un costado de la plaza principal. Pese a todo, después de limpiar la costra de sangre coagulada en la pendiente y arreglar los protocolos y funerales simbólicos, a los subsiguientes días, tomando las previsiones del caso y aumentando mayor número de operadores, procedieron en levantarla y hacer llegar finalmente a su destino. Otro hecho que también quedará impregnada en la historia de esta obra, como queda la Inmensa roca clavada en cercanías de *Saqsaywaman*, es lo ocurrido con aquel otro megalito gigante, tajada, esculpida y transportada desde lejos con enormes sacrificios para cimiento de la muralla base en el flanco occidental del complejo. Esta mole, faltando apenas cincuenta pasos en llegar a su destino, como si estuviera dotada de razón y quisiera aprovechar la fuerza humana para acomodarse en un lugar que le pareció conveniente, se detuvo fijada en el suelo. Los hombres para moverla de su sitio, hicieron lo que debieron hacer, duplicaron, triplicaron hasta cuadruplicaron la fuerza humana, pero la roca, seguía fija sin que hubiere fuerza que la moviera. Tubo que intervenir el Inka y éste, sin más comentario dijo: Señores, esta piedra está cansada, dejémosla allí donde está. Y la piedra, quedó fijada por siempre, allí donde se detuvo. Quien desee cerciorarse de cuanto se dice aquí, hoy o después, la encontrará apuesta y erguida con el nombre de *Sayk'usqgarumi* o la piedra cansada.

Así fue más o menos cómo, salpicada de aquellos y muchos otros percances; en vilo, halados, arreados y empujados por 30 mil incansables brazos, los más de 25 mil megallitos, todas fabricadas bajo dimensiones, formas y volúmenes establecidas con precisión matemática y a petición de arquitectos y constructores, llegaron a *Saqsaywaman* exactamente en 746 días. Ya en obra ese material, se ordenaba y sistematizaba escrupulosamente en sendas runas que parecían montañas artificiales. Como la obra no puede detenerse, la multitudinaria faena humana, seguía también su curso; ellos, con el ahínco de siempre, como si recién empezaran con la obra, acometían la fase constructiva. Y así, se empezaba en transformar la estructura de aquella cordillera que hasta meses y semanas atrás manteníase, si bien, con sus faldas y protuberancias lastimadas de tajos, cortes y rellenos, pero, sin aún parecerse en nada a la forma concebida en la mega-maqueta. Si transportar desde lejanas canteras aquellas inmensas moles de roca había costado muchas vidas y enorme esfuerzo; esta otra fase, a pesar de las diferencias cualitativas, una asociación del esfuerzo, la ciencia, la técnica y el arte, no podía estar exenta de riesgos. Cada estadio de la obra, tenía su cupo de sacrificio. Por decir algo, aquellos megallitos ahí asentados, transportados desde sólo sabe Dios y sus actores de dónde, tenían que calzarse con precisión matemática en las profundas, largas e interminables zanjas de cimentación de los bancales, andenes, murallas, torreones, soportes y anfiteatros. En ese proceso, si de costo de vidas hablara este relato; en primer lugar, sería largo enumerar; como promedio, se produjeron 12 muertos por semana. En las 144 semanas que duró la fase constructiva de los

paramentos de la obra, murieron algo más de 1.700 trabajadores. Desde luego, describir aquellas muertes, resultaría patético y deprimente, pues cada deceso en accidente de obra, son muy particulares y espeluznantes, el aplastamiento de un megalito por ejemplo, no deja nada del hombre, salvo una pequeña mancha o costra roja algo negruzca y pegajosa en la base de la roca. La mordida de un aparejo unas veces amputa la pierna o las piernas y en otras, tritura los brazos o la cabeza. Una galga significa muerte instantánea por destrozo de cráneos y demás órganos del cuerpo. En resumen, todos estos infelices incidentes eran los costosos tributos sociales que la sociedad estaba obligada a pagar por atreverse en forjar una obra que perdurará en la eternidad.

Como toda obra, ésta, tiene su curso y plazo, dejando atrás aquellos peligros que en cada instante del trabajo asechó a sus fabricantes; ellos, los hombres, atentos a las instrucciones de sus maestros de obra, concentrados en las maniobras que había que hacer, sudorrientos, deprimidos quizá por la fatiga y a la vez, animados y revitalizados por los oportunos refrescos que las matronas solían servirles de tiempo en tiempo, seguían adelante haciendo derroche del preciosísimo constructivo en sus trabajos. Así, transcurrían los días, maniobrando los ya conocidos gigantescos aparejos, para levantar y mover megalitos en el aire y en otros, forzando a pulso las descomunales piedras para acondicionar en las zanjas de los cimientos y unir piedra tras piedra, hilada sobre hilada, hasta lograr elevadísimas alturas, como maravillosos muros pétreos. Hasta que finalmente, la fábrica de esta primera obra que nuestro joven soberano *Pachakuti Inka*

Yupanki, ordenara su ejecución, fue edificada conforme habiase concebido y replicado en la mega-maqueta en cerca de diez años, exactamente, en 3,380 días. La obra concluida es un complejo de murallas y andenes que desde la cabecera de la ciudad, flanquean y ascienden de trecho en trecho hasta la cima del picacho y en los flancos posteriores de la misma, en sustitución a los gigantesco mamelones de rocas, muestran explanadas y anfiteatros dotadas de tribunas, graderías, socavones laberínticos y resbaladeros infantiles, en fin, describir, la belleza, funciones y roles de los componentes de este complejo maravilloso, escapan a la capacidad perceptiva y técnica del cronista para trasladar tamaña realidad a esta crónica, por cuya razón, se deja más bien a que la acuciosidad del lector, si se da el caso de que éste tenga la oportunidad de visitar, sea quien describa, pues la obra, aún cuando sobre ella caiga las más funestas fuerzas del mal para destruirla, como que para eso está vaticinada, se mantendrá incólume hoy, como siempre. La construcción de esta monumental obra, desde una perspectiva humana unitaria y aislada, simplemente resultaría una concepción maravillosa, imposible de realizar por hombres de carne y hueso; pero, los forjadores de la eternidad, no pensaban así, para ellos, cuanto el hombre se proponía hacer, era posible, sobre todo cuando por en medio se encontraba la pervivencia armoniosa de la vida en el universo. No por que sí, eran los hijos del Sol, seres superiores y supremos en el planeta, dotados de inteligencia y fuerzas para cuidar la vida de su entorno y la suya propia. Por ello mismo, esta obra, es un verdadero monumento a la eternidad, donde los seres humanos, aquella pestilencia que en algún momento postrero osara hollar suelo sagrado, apenas

serán insignificantes criaturas corroidas y desmedradas por el ocio y el fácil vivir, Incapaces de entender que esta maravilla, pudiera ser factura de hombres cultos, trabajadores, participativos, solidarios, honestos y amantes de la paz entre los hombres y la naturaleza.

La terminación de la obra física del complejo cívico-militar y ceremonial de *Saqsaywaman*, fue sin duda, el acontecimiento más trascendental de la historia del *Tawantinsuyu*. No sólo por su magnitud y portento constructivo al haber transformado aquella agreste montaña en un prodigio humano, ni por que en esta obra se había derrochado lo más sofisticado del conocimiento y la técnica, tampoco por que en su fábrica se utilizaron más 74 millones de brazos acumulados y se sacrificaron muchas vidas en los cerca de 10 años que duró su ejecución; no, la trascendencia radicaba en la satisfacción espiritual que embargaba a los hombres y mujeres del *Tawantinsuyu*, empezando del Inka hasta el último *llaqtaruna* u hombre de pueblo, por haber cumplido a plenitud con uno de los encargos que Dios todopoderoso padre El Sol dejara ordenadas su realización. Precisamente este *Saqsaywaman*, era ese encargo divino cumplido; como tal, los actos inaugurales mostraron un alto contenido religioso y una movilización social multitudinaria y colorida, similar a aquella otra a la que se realizó en ocasión de la coronación de *Pachakutiq Inka Yupanki*, hace 10 años atrás. Esta vez, la gente fluyó a *Qosqo Llaqta* en peregrinaje a contemplar de cómo el conocimiento y el trabajo solidario del hombre, eran capaces de transformar la hosca naturaleza y en ese

Los Forjadores de la Eternidad

paciente proceso, cada uno de los allí presentes eran copartícipes activos de esa factura.



XXIV

Relatar de cuanto aconteció en la construcción del complejo *Saqsaywaman*, distrajo de alguna forma nuestra atención y obligónos a que involuntariamente soslayáramos en referir la trascendencia de otros hechos paralelos que vinieron ocurriendo en aquellos casi diez años que tardó la ejecución de la obra en mención. Dejarlo como está, significaría afirmar que *Pachakutik Inka Yupanki* y su pueblo en ese lapso, solo y exclusivamente se ocuparon en edificar aquella gigante obra. Esto, no fue así. Como en toda sociedad y con mayor razón en ésta, la dinámica social, política y económica del Imperio, siguió el curso trazado en el Plan de conquista, de modo que mientras *Wallparimachi* y sus 30 mil braceros construían el complejo *Saqsaywaman*, el *Inka Pachakutiq*, acompañada de su esposa *Anawarki* y al mando de 50 mil guerreros y 150 mil familias emprendieron el viaje de conquista con rumbo a *Qollasuyu*, específicamente se dirigieron con destino a *Qopayapo* y a tierra de los *Araukus*, donde se supo que aquellos pueblos habíanse sublevado. A su paso, en territorio *Qanchi*, dejó diseñado y colocada la primera piedra para la construcción del Templo de *Wiraqocha*, templo, que se edificaría por recomendación expresa de su extinto padre en la parcialidad de *Qacha* al

sur de la sagrada ciudad del Sol. Dejando aquellos encargos, prosiguió su viaje, en cuyo transcurso, se produjo novedades importantes; una de ellas, después de seis meses de larga y pesada travección, en pleno desierto de *Atankaria*, se produjo el nacimiento de su primer hijo al que llamó *Tupaq Yupanqui*, pese a este grato advenimiento conforme a lo planeado, la expedición siguió su curso. Al llegar a *Qopayapu*, donde 14 pueblos aledaños a éste, habíanse sublevado, sometió sin contemplaciones a los Insurrectos y como castigo ejemplarizador, tubo que trasladar a la totalidad de sus habitantes con destino a la ciudad del Sol y en reemplazo, dejó establecidas a las 150 mil familias conquistadoras procedentes de *Qosqa*. Después de aquellas y otras acciones militares, retornaron triunfantes a la capital imperial y a su paso, al llegar en *Qacha*, conforme dejó ordenado, encontró la obra del templo concluida, las habían construido bajo la dirección técnica del *Collana Akawana* en los doce meses que duró la expedición. Fue inaugurada por el propio Inka y festejada con la fastuosidad y colorido que el caso requería, instituyéndose desde aquel momento, como el santuario más importante del imperio, por su puesto, después del templo del Sol o *Qoprikancha*. De la magnitud y prodigios arquitectónico-constructivos de esta obra, ya no hemos de abundar, solo diremos que es una maravillosa obra de arte. Luego de la inauguración, *Pachakuti Inka Yupanki*, no bien llegó de la misión sur, transportando más de 80 mil familias revoltosas, encontró que en la ciudad del Sol, el complejo *Saqsaywaman* aún se encontraba en pleno acarreo de materiales. Por otra parte, poco antes que el monarca partiera rumbo a *Collasuyu*, viaje del que ya retornó, otra expedición

conquistadora presidida por el General Kachi *Urgowaranga* al mando de 50 mil soldados y 100 mil familias marchó con destino a *Qontisuyu*. Este contingente, por informes fidedignos de los encargados, vino cumpliendo a satisfacción la misión de someter y conquistar pueblos limítrofes de aquella región y, aportando cada vez que sea necesaria, con la mano de obra para la ejecución de las obras en curso. Igualmente, poco tiempo después de aquella expedición, el General *Achachi Yupanki* al mando de otros 50 mil soldados y 100 mil familias, zarpó con destino a las fronteras del *Antisuyu*, donde después de algunas escaramuzas intrascendentes con los *Ch'unch'os* o salvajes de la floresta, cumplió con la misión encomendada. Hacia *Chinchaysuyu* o región norte, por consideraciones especiales y estratégicas sólo se envió una expedición de supervisión que permitiera evaluar minuciosamente la situación de los pueblos belicosos de la frontera o más allá de ella.

Luego que las expediciones partieran con destino a las cuatro regiones del Imperio, el constructor y *Amawi'a Qqalla Kunchuy* por disposición del Inka, al mando de 60 mil braceros, emprendió con los trazos y la construcción del Gran Camino o *Qapaq Ñan*. 300 brigadas de 200 trabajadores cada una; distribuidas en tramos de a 300 pasos de meta, acometieron con la construcción. El proceso constructivo, tuvo sus propias características y rápidamente fue arremetida por aquella multitud de trabajadores. Ellos entraron en acción, unos, talando árboles, limpiando senderos, acondicionando, plataformas y graderías para escalar y bajar cordilleras, montañas,

cóllinas y cerros; otros, edificando y tendiendo puentes sobre quebradas, ríos, riachuelos, arroyos y abismo, explanando mojonos, rellorando plataformas y pantanos, empedrando superficies de andadura, en suma, cuánto obstáculo se oponía en la línea de trazo del camino, eran allanadas y así, poco a poco se iba haciendo realidad la antes imaginaria vía, en un anchuroso como imponente camino.

Si transformar la fisonomía de grandes cordilleras, tajando inmensos batolitos, transportando enésimas cantidades de megalitos y levantar altísimos muros y murallas, para el esfuerzo solidario de miles de hombres empeñados en perpetuar sus logros había sido cosa fácil; ésta otra obra de construir el gran camino, pese a la magnitud y complejidad, como desde ya supone imaginar la fábrica de una larga y anchurosa vía de aproximadamente siete mil leguas de longitud, resultó por decir lo menos, una tarea más sencilla, donde las personas derrochaban su esfuerzo diario, cuál si trabajaran en un afanoso y ruidoso recreo, donde además, cabía ocupación para mujeres y ancianos en tareas apropiadas sin que la fatiga afectase en lo mínimo a las personas en acción y decimos que esta monumental obra, era sencilla, por la siguiente razón. Rápidamente brigadas de técnicos trazadores cartaboneaban los trescientos pasos de tarea y, dejabanles señalizados y especificadas las obras que debieran ejecutar los trabajadores; ellos, los 200 hombres, inmediatamente después, entraban en acción a cumplir con la tarea señalada, en un tiempo que podía ser uno, dos ó tres días de acuerdo a la complejidad constructiva del tramo. Si a una de las brigadas por azahares del

sorteo le correspondió construir un tramo con dificultades fisiográficas como: quebradas, ríos o riachuelos donde obligatoriamente había que edificar zapatas para tender puentes, pasarelas y pontones, o abismos en las que necesariamente se tenía que desplegar mucho esfuerzo humano, entonces, las duplicaban, triplicaban o cuadruplicaban el número de trabajadores en función a cuán compleja era la obra a la que debieran acometer. Esta era más o menos, la síntesis de cómo rápidamente fabricaron aquella larga y admirable vía longitudinal que unía las fronteras del imperio Inka, de sur a norte. Al respecto, cuando *Pachakutiq Inka Yupanki* retornó de *Qollasuyu*, constató que las obras del gran camino, encontrabanse en plena ejecución. Por lo visto, el Inka, debió percibir cierto grado de atraso que para acelerar el ritmo de los avances, optó por incrementar el número de trabajadores con el contingente transportado desde zonas sureñas. Activado con aquellos refuerzos, la obra siguió su curso y el camino se abría paso entre la maraña de la floresta o entre los escarpados de las serranías, alargándose cada día más y más. El calendario de obra indicaba que inmediatamente después de la culminación de un tramo mayor, vendría la construcción de las vías menores o *Jhuch'uy Ñan*¹⁰³, convergentes a la matriz longitudinal. En este caso, dado que estos caminos secundarios son de beneficio regional, fueron los jefes de cada región o *Suyu*, quienes para intercomunicar los pueblos, optaron el mismo sistema de trabajo que lo empleado en el gran camino. Primero, construyeron las vías convergentes, luego, los caminos vecinales

103 Camino pequeño o secundario.

concurrentes a la cabeza de región, de pueblo o de aldea, de modo que al ritmo de cómo avanzaba la construcción del Gran Camino, desde el río *Mawli* en el sur, hasta *Tumiparipa* en el norte, los pueblos del Interior encontrabanse ya articuladas en su trama interna e intercómunicadas con la sagrada ciudad del Sol.

Resumiendo de cuanto hasta aquí *Pachakutiq Inka Yupanqui*, vino en ejecutar de su plan, diremos que, ampliar la frontera cultural, estableciendo y reacondicionando a más de un millón de familias conquistadoras y; reubicando en espacios contiguos a pueblos del interior renuentes, para asimilartas a plenitud a la férula del *Tawantinsuyu*, le había insumido cerca de 30 largos años. A la sazón, *Pachakutiq Inka* como *Mama Anawarki Qoya*, frisaban los 50 años de edad; en ese lapso, habían procreado dos hijas y cuatro hijos. El primogénito nacido en el desierto de *Atankama* llamado él, *Tupaq Yupanqui*, el segundo *Llanqqa Yupanqui*, ambos apuestos soldados, unglidos como tales en la ceremonia inaugural del complejo de *Saqsaywaman*; luego, con un intervalo de dos años advinieron *Tupaq Amaru*, *Mama Oglu*, *Kisi Yupanqui* y la última *Suni Llypily*. Los 50 años de edad de nuestro padre y soberano, constituye uno de los hitos más trascendentales de la historia del Estado Inka, no sólo porque a esta edad, prácticamente las metas trazadas en el Plan de conquista y los encargos de su padre, las había cumplido ya en su mayoría. No. Resulta que aquel día de su onomástico, vino en ocurrir un hecho jamás visto por la humanidad y el que quedará también, como la última profecía de inexorable cumplimiento en el *Tawantinsuyu*.

Y este hecho, ocurrió así: Aquel día, cuando en la sagrada ciudad del Sol y en los pueblos del interior, se festejaban el día del Sol o *Qhapaq Raymi* y los onomásticos del Inka y la reina, como de costumbre, los actos ceremoniales se cumplieron con estricta normalidad y de acuerdo a los rituales establecidos. Como es natural el astro Dios, luego de las plegarias y ofrendas, declinaba en el horizonte; la noche, poco a poco se iba empoderando del ambiente y los fieles, henchidos de alegría, provistos de sendas antorchas para iluminar la explanada del regocijo, se aprestaban a gozar del jolgorio que irradiaba las fiestas de aniversario de sus gobernantes y cuando todo era alegría, tertulia y bullicio, la bóveda oscura y estrellada del firmamento, repentinamente se vio iluminada por una impresionante luz blanca, acompañado de un monstruoso estruendo. Aquella súbita iluminación, dejó a la gente por decir lo menos, exhausta y enceguecida por el impacto de la luminosidad y ensordecida por el sonido. Esto era como si de súbito y en plena oscuridad, el astro Dios se colocara en el cenit y desde allí, irradiara toda su potencia lumínica. Quizá pensando en ello, la gente no pudo hacer otra cosa que mirar al cielo tratando encontrar allí al causante de esta inusual luminosidad, pero, no fue al Sol a las que ubicaron, sino que allá cerca de la majestuosa cordillera *Awqanqateya* conocido por nosotros, un inmenso bólido incandescente se precipitaba desde el espacio con destino a la gélida cima de la blanca cordillera y al chocar con la nieve perpetua, una descomunal explosión retumbó y remeció toda la faz de la tierra y el bólido, desintegrado en añicos tal que las esquirlas incandescentes se desparramaron por lo menos 100 a 400 leguas a la redonda. Ante tamaña hecatombe, esa noche,

fueron suspendidos los actos festivos programados y la población, citada para el día siguiente a una masiva concentración en el complejo de *Sagsaywaman*. Entre tanto, esa misma noche *Pachakutiq Inka Yupanki, el Willaq Uma Phuyu Apumayta* y tras ellos el cronista, partieron rumbo al oráculo de *Wanakawri*. Al llegar a la cima de esta montaña, ¿casualidad o designio del alfo?. La cordillera a donde poco antes el bólido cayera y se desintegrara, estaba ubicada en el enfrente del oráculo. Desde allí, podíase ver aún los rezagos de los rescoldos incandescentes del bólido sublimándose lentamente en el espacio cordillerano. Esta vez, nuestras eminencias, se prosternaron en un lugar del oráculo desde donde veíase la cima del percance. Acto seguido, procedieron con los sagrados oficios, cuyos detalles no me es permitido narrar. Finalmente, cuando serían más o menos la media noche, concluyeron con la misión. Al concluir, por lo visto ambos personajes en un estado de éxtasis y con voces extrañamente potentes y gruesas, distintas a las de siempre, intercambiaron el siguiente diálogo:

-¿ *Willaq Uma*, vos que tiene la facultad de entender los designios de nuestro padre El Sol, decidme cómo se debe interpretar este anuncio?.- Preguntó el Inka.

-¡Padre mío, padre de los humildes y poderosos, hijo del Sol, forjador de la eternidad!. ¿Ves en el firmamento esa constelación de estrellas?. - Mostró el cúmulo de estrellas en el límpido cielo.

-¡Sí, las veo!. -Dijo el Inka

-Pues bien- empezó su exposición el sacerdote- todos los pueblos del planeta, allá en el mundo celeste, tienen su equivalente en una de las tantas estrellas que pueblan

en el espacio y éstas, constituyen el medio más objetivo que nuestro padre El Sol tiene a la mano para anunciar lo que más adelante habrá de ocurrir en este mundo terrenal.

-¿Y qué relación guarda esta definición con la caída del bólido?.- Preguntó el Inka.

-Tiene mucho que ver su Majestad-contestó el sacerdote- el bólido que acaba de precipitarse y desintegrarse, es precisamente la estrella que en el espacio celeste representa al *Tawantinsuyu*. Nuestro padre El sol, anticipa que su imperio, enfrentará a una inexorable hecatombe; sus pueblos y su cultura tan igual que su estrella tutelar, serán destruidos por fuerzas extrañas y malignas. Sus pueblos por largo tiempo, subsistirán con la dignidad mancillada, desintegradas y diseminadas por lugares indeterminados del mundo, al igual que las esquirlas de aquel bólido.

-¿Inkari?. Y, ¿ el Inka?.- Preguntó el soberano.

-El Inka mi Señor, -contestó el sacerdote- dejará también este mundo y volverá cuando aquellas esquirlas diseminadas, retornen allá donde los restos de la estrella fulgurán sobre la nieve, - señaló al lugar donde se precipitó el bólido- y se recomponga la integridad de la estrella, alma de los pueblos del *Tawantinsuyu*. Entonces, ese momento será que la estrella o *Pacha Qqoyllur*⁶⁴ allá en el firmamento, habrá recompuesto su existencia y recuperado también el espacio que antes le cupo cumplir en la constelación. Aquí en la tierra, volverá la luz blanca de *Jhatun Qqoyllur* y el Inka, el Hijo del Sol, buscará a su pueblo de entre los escombros diseminados y sumergidos

1134 Estrella que regenta los destinos de la tierra.

en una larga agonía por la iniquidad y el tiempo. Recién así, podrá recomponer el *Tawantinsuyu* y el mundo, habrá desterrado también para siempre la maldad y la pestilencia. Será el imperio del Sol. En esta larga y ardua tarea de buscar y calzar esquirra por esquirra, fragmento por fragmento aquel meteorito, el tiempo no se cuenta, podrían ser lustros, decenios, siglos, en ningún caso excederá el milenio, contados desde este día. Mientras tanto, mucho trabajo y sufrimiento aguarda a su pueblo mi Señor. Gran hombre *Pachakutiq Inka Yupanqui*, es usted el escogido para preservar el patrimonio de la creación de nuestro Señor. Con este mensaje, nuestro padre El Sol confía en su sabiduría y fuerzas cuidar la pervivencia de su imperio. Es más, mi Justiciero Señor, este mensaje es el último de nuestro padre El Sol. Él, volverá a conversar con su hijo, aquel día en que nuevamente retorne el *Pachakutiq* y la estrella *Pacha Qqoyllur* en la constelación. Mientras tanto, el destino de los hombres, dependerá mal o bien de la sabiduría humana. Esto es todo mi Gran Señor.

Concluyó el hombre su interpretación, como finalizó también el diálogo y el ritual, dejando soterrado en una de las plataformas del adoratorio la sagrada remesa. Lo dicho, ocurre aún, bajo el manto umbrío y gélido de la noche. Seguidamente, dejaron atrás la cordillera y retornaron con destino a palacio en la ciudad del Sol.

La trascendencia del fenómeno cósmico acaecido aquella noche, no solo había sorprendido a los habitantes concentradas en la ciudad del *Qosqo*, sino que, fueron vistas y sentidas en casi todos los lugares del Imperio. Al siguiente día, desde los más remotos lugares del dominio Inka, fluyeron con este destino y al llegar, encontraron que

los habitantes de la capital, exhaustos y preocupados, esperaban el retorno de *Pachakuti Inka Yupanqui* y al esperar, llorosos y temerosos por algún otro episodio celeste más, veían a lo lejos rescoldos del bólido, cual una masa bermeja en proceso de ignición, volatilizándose aún en una blanquísima y densa niebla que como fumarolas, rodeaban el pico de la cordillera. En ese paisaje de zozobra emocional, es cuando el Inka, llegó del oráculo e hizo su aparición en el estrado imperial. Desde allí, sin más protocolo que los usuales, dio un mensaje sucinto. Prácticamente, resumió de cuánto habíase interpretado en el oráculo. Textualmente, éste fue su escueto discurso pronunciado: Hijos míos, - empezó diciendo- os he reunido en esta concentración improvisada, para dirigirlos este mensaje cuyo contenido, tiene mucha trascendencia para la pervivencia de la cultura de los hijos del Sol, como tal, espero que de aquí en adelante, cada uno de vosotros, tomen especial nota y trasmitáis el contenido de este mensaje de padres a hijos y de hijos a los hijos. Lo que la noche anterior habéis presenciado y les preocupa, no es otra cosa que el desprendimiento y la desintegración de *Pacha Qoyllur*, la estrella que regenta los destinos del *Tawantinsuyu*. Con este percance cósmico, el alto Dios nos anuncia que de aquí no muy lejos- refiriéndose al tiempo-tan igual que aquella estrella, el imperio, por impacto de fuerzas extrañas se precipitará en una crisis total, tal que sus pueblos, sus gentes, igual que las esquirlas de aquella estrella, serán diseminados por lugares indeterminados del mundo, donde subsistirán pasando grandes penalidades. -Dicho esto, hizo una pausa en su discurso y en ese ínterin, la multitud compungida y desesperada, cortó la llación del discurso, preguntando a

viva voz y al unísono, la misma pregunta que él hiciera al sacerdote en el oráculo:

-¿Inkarí? ¿Y el Inka?.

¡El Inka, hijos míos volverá!. -Contestó en seco el monarca y prosiguió con su discurso.- Volverá a recomponer a su pueblo, cuando desde hoy, sus hijos generación tras generación, recompongan la estrella destrozada, recolectando fragmento por fragmento, partícula por partícula sus escombros diseminados; hasta que en la cima de aquel nevado otra vez fulgure la estrella¹⁰⁵ del *Tawantinsuyu*. En ese momento, retornará vuestro Inka y con él, el Imperio de nuestro padre El Sol, nuevamente florecerá en este mundo, será el Imperio de la paz y la justicia. Mientras tanto pueblo mío, - como conclusión de su discurso, dejó dicho- todos y cada uno vosotros, de esta, la siguiente y las subsiguientes generaciones, cada solsticio de invierno peregrinaréis al nevado, llevando con vosotros los fragmentos o partículas

105 Qqoyllur n'ipi k'anchanankama: Esta sentencia en español significa: " Hasta que la estrella fulgure en aquel nevado" Con el tiempo, en honor a la sentencia de Pachakutiq Inka, la cordillera donde quedó incrustada el melonco vino en denominarse Qqoyllur'iti. En la actualidad, es un santuario símbolo del sincretismo Inka-español. Al llegar los Españoles al Cusco en 1535, encontraron que en cumplimiento a las órdenes del otrora Pachakutiq Inka Yupanqui, los habitantes del baeto Tawantinsuyu, cada solsticio de invierno en muchedumbre soñan peregrinar con destino a aquel nevado, cada uno portando una astilla de piedra que supuestamente eran fragmentos del meteorito aquel. Tanto era el fervor de la población Inka que molestó a los invasores españoles; para erradicar la creencia del retorno del Inka y para cristianizar a los naturales, tubieron que suplantar un milagro cristiano, la aparición de la imagen del Señor Jesús cristo, precisamente empotrada por la nieve perpetua en una de las tajos donde yacen los restos del meteorito. Hoy, mañana y después, siguen y seguirán peregrinando fieles en muchedumbre hacia Qqoyllur'iti, llevando consigo su piedrecita e invocando a su Dios Sol o a Jesús cristo el retorno de su Inka y el advenimiento de Un mundo mejor

que encontráis, hasta recomponer nuestra estrella. Es mucho trabajo que nos espera, pero hay que hacerla. Finalmente hijos míos, volved a vuestros hogares y trasmitid este encargo a quienes correspondan y como respuesta a este presagio, hemos de doblégar nuestros esfuerzos y el ahínco, en la ejecución de las grandes obras que nos hemos trazado, que pensando en eventualidades como las que acaban de escuchar se han empezado. Finalizada *Pachakutiq Inka Yupanki* con su arenga, la multitudinaria concentración se deshizo. Cada cual, volvió a sus respectivos pueblos y con ellos, iba también la consigna de trabajar doble para conjurar aquel inexorable anuncio.

Mientras en palacio, ese mismo día, reunidos: asesores, directores, expertos, supervisores, en suma toda la jerarquía de gobierno, reajustaron los programas de trabajo. Se redujeron plazos, adelantaron entregas e inauguraciones de obras, redoblaron metas, ampliaron fronteras de conquista y lógicamente, incrementaron también la participación de soldados en el ejército y obreros en las obras. Como corolario final, la producción global obligadamente tenía que crecer y para lograr aquello, el Inka en su arenga, dejó ordenado: ¡Doblegar esfuerzo!. Y eso fue lo que hicieron.



XXV

Un recuento y balance de lo avanzado a los 60 años de gobierno de Pachakuti Inka Yupanki, dan cuenta que las grandes obras planificadas, están terminadas y en funcionamiento. En la conquista de pueblos y la ampliación de la frontera del territorio, los logros que se exhiben, demuestran éxitos trascendentes, son: 1,501 pueblos conquistados. El logro mayor sin duda, fue en el desarrollo humano, transformó la estructura ideológica, el pensamiento y la acción de millones de personas que poco o mucho antes, vivían enfangadas en el ceno del atraso y la ignominia, propias de sociedades retrógradas, nos estamos refiriendo a las poblaciones conquistadas y sometidas. ¿Quién podría imaginar por citar un ejemplo, cuánto tiempo y recursos habría demandado a los hombres, transformar a un errante y aguerrido, como salvaje Kañari o Arauku en un hombre trabajador, participativo, solidario y defensor incondicional de su Estado Inka?. En suma, aquel objetivo de cambiar la calidad humana de un basto y heterogéneo mundo de hombres, estaban logradas o en marcha. Aún así, a pesar de este halagüeño balance, después de la caída del astro aquel, *Pachakuti Inka Yupanki*, reforzó sus acciones en áreas vulnerables e imprimió mayor dinamismos en la

construcción de las grandes ciudadelas que llegado una catástrofe bélica, podían refugiar a los hombres y la cultura de un eventual acecho. Una de las primeras, fue Instruir a los Ingenieros *Wallparimahi, Akawana y Marikanchi*, a proseguir rápidamente, esta vez, con la construcción de aquella red de ciudades-refugio, las que según criterios maestros de edificación, garantizarían en el futuro, aún en condiciones de extrema dificultad y aislamiento absoluto, el desarrollo ulterior sostenido y autárquico de sus ocupantes por un largo período. Los lugares que ofrecían los prerrequisitos establecidos por el propio Inka para estas funciones, fueron identificados como: *Choqkek'iraw, Paykiki*¹⁰⁶ y *Patallaqta* este último del valle de *Wiñay Tiana*¹⁰⁷ o el lugar del eterno vivir. Con tales propósitos el Inka, no sólo ordenó sino, entregó en manos de los constructores, los diseños y las especificaciones técnicas de las nuevas ciudadelas y asignó a la vez, algo más de 70 mil braceros con la correspondiente logística. Estas futuras ciudades-refugio, por lo general, estarían asentadas sobre unos batolitos de roca eruptiva y, abrigado por ecosistemas de exuberante vegetación y pródiga fauna; climas incomparables, donde todo el tiempo, prácticamente sea verano, además, protegidas por caudalosos como profundos ríos, cortado en sus flancos por inconmensurables precipicios y tupida floresta. Para

106 En español se interpreta como: idéntica a ella. Una ciudad Inka "perdida" en la montaña de la floresta sur peruana, muy buscada desde los españoles hasta hoy, por creer que allí estaría almacenados todos los tesoros de los Inkas; felizmente aún no les han ubicado. Por la connotación del nombre, se presume que aquel asentamiento, es idéntica a la actual ciudad del Cusco.

107 Eterno vivir.

edificarlas, según los conceptos y diseños del Inka, aquellas montañas del conglomerado, previamente serían cortadas y explanadas, de modo que los materiales de corte, las rocas volcánicas, servirían como base de los cimientos y paramentos de las nuevas ciudades. Dicho este anticipo, mejor dejemos que el *Amawi'a Wallparimachi* y sus colegas, prosigan con la construcción y volvamos cuando ya estén concluidas; mientras tanto, hemos de dar un vistazo de las otras ocupaciones del Inka.

Si la construcción de aquellas ciudadelas, dirigía el soberano Inka desde la ciudad del Sol; allá en el lejano norte, otro de los grandes constructores llamado él, *Qalla Kunchuy*, como ya es de nuestro conocimiento, está aún ocupado en la construcción del gran camino. Según mensaje emitido por éste desde allá, se sabe que el constructor y sus 60 mil hombres, luego de haber cumplido con la meta señalada, se encuentran atrapados en *Qaqamarka*¹⁰⁸. No puede seguir más adelante, porque en los pueblos del norte, se perciben dificultades que afectan a la seguridad del Estado y el jefe de la región norte *Qapaq Chimor* hijo, coexiste con el conflicto. Aquel mensaje, tal como iban las cosas en la ciudad del Sol, vino a resultar en algo así como una justificación precisa, para una intervención militar inmediata y contundente de la región norte o *Chinchaysuyu*. Al respecto, recordemos que en el momento de la distribución de las expediciones conquistadoras, no se dispuso el envío de expedición alguna con destino a la región norte; el Inka, en aquella oportunidad, por razones estratégicas obvias de entender

108. Nombre verdadero y original de la actual ciudad de Cajamarca. Traducido al español, significa ciudad sobre rocas.

y, previendo hipotéticos, pero probables conflictos simultáneos en las cuatro regiones, cuyos desenlaces podrían perturbar la seguridad del Estado, dejó diferido esta expedición para una ocasión precisa y cómo que en efecto, la ocasión más propicia se presentó con aquel mensaje. Inmediatamente, ordenó que se preparara una expedición, la más numerosa de la historia, conformada por 200 mil soldados y 500 mil familias. Tal que para reunir esta enorme cantidad de contingente, los comandantes de las otras misiones en acción, tuvieron que trasladar poblaciones íntegras desde los más remotos lugares de sus ámbitos. El mando de la expedición, estuvo a cargo del mismo soberano *Pachakuti Inka Yupanki* y quien secundó como asistente de campo, fue el príncipe *Tupaq Yupanqui*, acompañaron también casi toda la familia imperial. El mando temporal del imperio en la ciudad del Sol, quedó en manos de su segundo menor hijo, el príncipe *Llanqe Yupanqui*. Al mando de este enorme contingente, *Pachakuti Inka*, esta vez largó por el Gran camino con destino a la región septentrional, allá donde muchas naciones habían entrado en conflictos internos. Relatar los detalles de lo acontecido en esta expedición, nutrida de hechos, pasajes y circunstancias de los más disímiles, nos ocuparía mucho tiempo y espacio, sería de nunca acabar; razón por el que, solamente diremos que esta expedición, conforme el propio Inka antes de su partida vaticinara: ¡Por el norte hade venir la tormenta, allí hemos de ir!; ¡hoy, empieza la gran conquista y ésta, no debe terminar!. Efectivamente, duró y durará mucho tiempo. Primeramente, fueron 10 años de lucha, conquista y sometimiento de pueblos, en ese lapso y sobre una hermosísima campaña, fundó la nueva ciudad denominada

Qaqamarka, casó a su hijo *Tupaq Yupanki* con su hija la *Ñusta Mama Oqllu*¹⁰⁹. Después de este hecho, dejó el mando de la expedición conquistadora del Chinchaysuyu en manos del joven *Tupaq Yupanqui*, para luego retornar a la ciudad del Sol. Este ya ungido como jefe supremo de la región norte, fue prácticamente quien afianzó la conquista de los pueblos del septentrión. Llegó por el nor-orientista hasta las calurosas y boscosas tierras de los valientes *Sach'aphuyus*¹¹⁰; allí, bajo el castigo incondicional de los lugareños, permaneció cuatro años, fundó pueblos hizo obras y dejó establecida en forma pacífica algo de 10 mil familias *Quechuas*. Luego de esta larga estadia, retornó de la ceja de selva a *Qaqamarka* de donde se dirigió con destino al norte para afianzar el dominio sobre los *Mantas*, *Kitus*, *Puruwais*, *Karas* y algunos rezagos de los *Kañaris*. En este avance, llegó hasta un lugar denominado *Tumipampa*, donde fundó la ciudad que lleva este nombre y estableció su asiento durante cuatro años. En su permanencia, fortaleció los pueblos conquistados; además, en esta ciudad nació su primogénito, llamaronle al niño con el nombre original de su padre Inka, *Uña Yupanqui*. La permanencia de *Tupaq Yupanki* en el norte, después que dejara *Pachakuti Inka*, prácticamente duró 10 años y durante ese lapso, teniendo al lado suyo al eximio constructor *Qqalla kunchuy*, no sólo que prolongó el gran camino hasta *Tumipampa*, sino que hizo construir diversas obras, como el trazo y la edificación de las estructuras urbanas de la ciudad de *Qaqamarka*, la irrigación de

109 La princesa Mama-Oqllu.

110 Nación asentada en la selva nor-oriental del imperio; hoy, lleva el nombre de Chachapoyas.

Kumbemayu en la serranía septentrional y en la costa, emprendió la construcción de gigantes obras de irrigación, para ello, tubo que obligar a los *Mochikas* y *Chimus* a utilizar la mano de obra suya como de las poblaciones revoltosas de su propio entorno para derivar las aguas de una cuenca a otra e irrigar extensísimas tierras ociosas del *Chauw*¹¹¹ y otras más del litoral. Todo esto, significó un incremento sustantivo de la producción alimentaria que fluía con destino a la ciudad del Sol y a los almacenes o Tampos del Imperio. En suma, la conquista del norte, mejoró substancialmente la economía del Estado Inka y alivió la cantidad del flujo de mano de obra a las grandes construcciones en curso de la sagrada ciudad del Sol.

Luego que el soberano Pachakuti Inka Yupanqui, después de su largo periplo por territorios del norte, llegara a la sagrada ciudad del Sol al mando de algo más de 300 mil familias trasladadas. En la ciudad del *Qosqo*, este retorno significó algarabía para el pueblo, tal que en la explanada del jolgorio o *Kusipata*, multitud de delegaciones venidas desde lejanos pueblos, rindieronle pleitesía, como muestra de cariño y gratitud; en este recibimiento, comandado por el Inka accesorio su hijo *Llanqe Yupanqui*, festejaron la buena llegada, prolongándose la algarabía por el espacio de siete días. Concluida la festividad y recibida los informes de gobierno; el Inka, como si para él los días pasados no existieran y las tareas dejadas ayer esperaban pendientes, inmediatamente emprendió un nuevo periplo con destino a *Paykiki*, *Wiñay Tiana* y *Chaqgek'iraw*. El objetivo, verificar los avances de las

111 Nombre de una antigua nación norteña, conquistada por Tupeq Yupanqui en su primera expedición.

obras en las ciudades-refugio, que hace diez años dejara ordenado su ejecución. La primera obra visitada fue *Paykiki*, ubicada esta en el mismo corazón de la selva sur-oriental del imperio, límite extremo entre *Antisuyu* y *Qqollasuyu*, denominado *AntiQolla*¹¹², dejó en esta obra, 30 mil braceros traídos del norte. Luego, prosiguió con destino a *Wiñay Tiana*, allí dejó 50 mil braceros y finalmente llegó a *Choqqek'iraw* con 10 mil trabajadores. En cada uno de estos lugares, constató que los trabajos se encontraban con avances significativos y ceñidas a los conceptos y diseños dejadas por él. Aún así, decidió permanecer más o menos cuatro meses en cada obra, supervisando e impartiendo precisiones técnicas. Estando en *Choqqek'iraw*, luego de haber constado que las ciudades-refugio, se encontraban en su fase final, reunió a los tres constructores encargados de la fábrica; ésta vez, para dar pautas sobre el trazo y las especificaciones constructivas de los caminos que comunicarían *Paykiki*, *Wiñay Tiana* y *Choqqek'iraw* con la sagrada ciudad del Sol y, las unas con las otras. Las precisiones que sobre este tema impartió, estaban relacionadas con las características viales y seguridades que deberían de contar estas vías. Al respecto, ésta fue textualmente la orden impartida: Ilustres *Qollanas*, dado que cada ciudad cuenta con sólo un acceso posible, trácese y se construya el camino, por espacios de ingreso difícil para quienes conozcan e imposibles, para aquellos extraños que osasen

112 En la actualidad, esta zona es aún desconocida por su marcada inaccesibilidad; sin embargo, en las cartas aerofotográficas está consignada como área no estudiada con la denominación de Pantiacolla, que en otras palabras no es sino, la adaptación deformada de la palabra quechua "AntiQolla" al español.

hollar estas sagradas ciudades- refugio. No importará si el trazo converja a caudalosos como profundos ríos, empinadas cordilleras o abruptas fallas y abismos. sobre ellas, deberán construirse estructuras firmes en las que yacerán plataformas anchas dotadas de las obras de arte que sean necesarias. A lo largo de este camino, en 28 lugares estratégicos, se preverán estructuras de rápido desmontaje o destrucción, imposibles de rehabilitación; precediendo a estos tramos de seguridad, bifurcarán de la vía principal, atajos engañosos con las mismas o mejores características constructivas que el principal, pero que conducirán inexorablemente hacia abismos, fallas, causes de ríos, pantanos o lugares insanos, de donde sean imposibles que personas extrañas puedan salir con vida. Las obras, se empezarán a construir desde el centro de las ciudades con destino la ciudad del Sol; para ello, el contingente que tenís allá, se organizará en brigadas de a 1000 trabajadores y a cada brigada asignareis una meta, trabajarán el tramo que les corresponde, independientemente una de la otra. Concluida aquella meta, los trabajadores serán evacuados fuera de la zona por senderos distintos a los accesos y al trazo del camino imperial. El objetivo de esta medida es que ninguno de los trabajadores que participaron en la construcción, tome conocimiento de las particularidades constructivas finales de la vía acabada, ni conozcan la vía en toda su extensión. Esto es todo Señores, volváis a su centro de trabajo que la obra os espera.- Dicho esto, el soberano concluyó con la supervisión y sin pérdida tiempo, volvió a la ciudad del Sol a retomar las tareas cotidianas de gobierno.

Tres años después, casi simultáneamente informaron la culminación de aquellas ciudades-refugio de: *Paykiki*, *Wiñay Tiana* y *Choqqa K'iraw*. La noticia obligó a que el justo y laborioso *Pachakuti Inka Yupanki*, personalmente optara en viajar con destino a estas novísimas ciudades, con el fin de verificar lo informado. Esta vez, viajó acompañado de 7 personas cercanas a él, entre las cuales iban el *Willaq Uma* o sacerdote, el príncipe *Llanqqa Yupanqui*, el Consejero mayor, el *Tukuy Alkuqa* inspector general del imperio, más los tres constructores. De primera intención, se dirigieron con rumbo a *Paykiki*. Cumplida la misión allá, retornaron nuevamente al palacio, para proseguir con destino a *Wiñay Tiana* y finalmente a *Choqqa K'iraw*. La Inspección en cada caso, empezó verificando los novísimos caminos, fue el Inka quién no solo puso el primer paso, sino que caminó a la delantera de los acompañantes; desde el *Qosqa*, que dicho sea de paso, está ubicada en la serranía cordillerana y distan un mínimo de dos semanas de caminata; ellos para llegar caminaron solamente tres, cinco y siete días para cada caso y en ese tránsito, encontraron un camino geoméricamente trazada a la perfección y construida divinamente con materiales pétreos, que vistas en perspectiva, parecían unas inmensas avenidas que reptando por la agreste superficie terráquea cruzaban planicies, cordilleras, quebradas, ríos y abismos para sumergirse en lo enmarañado de la jungla. En cada caso, el constructor responsable a lo largo de la vía, iba explicando y demostrando a su majestad, todos los detalles constructivos ordenadas por él en su oportunidad. Así, se pudo constatar los 28 tramos de seguridad, estas que llegado su momento, serían desmontadas y destruidas;

estaban construidas a la perfección, tal que en condiciones normales eran humanamente difíciles de diferenciar, salvo, unas señas constructivas conocidas sólo por el constructor y transmitidas secretamente al Inka. Del mismo modo, constataron los alajos engañosos que prácticamente parecían la continuación de la vía troncal, que si no se conocían aquellas señas secretas que diferenciaban de ésta, fácilmente los caminantes se dirigirían a los intrincados parajes a donde conducían estos alajos, de donde también serían imposibles de salir con vida.

Referencias sobre las tres ciudades-refugio a donde se dirigían aquellos caminos y caminantes, basten decir que eran prodigios de ciudades, réplicas en menor espacio de la sagrada ciudad del Sol, todas ellas fabricadas con inmensos bloques de rocas extruivas. Describir el diseño, trazos, ordenamiento urbano y la lógica constructiva, técnica y funcional de aquellos asientos humanos, necesitaría de un tratado especial largo para cada caso, que pese a su gran importancia, lamentablemente no entran en la lógica narrativa de esta crónica, por lo que el Cronista pasará por alto este aspecto, sugiriendo al lector, que si tuviera interés y posibilidad de visitar aquellas obras, los haga, ya que aquellas maravillas, hoy como siempre, estará esperando incólume y apuesto a su visitante. Dicho esto y pidiendo disculpas por el atrevimiento, retornemos al curso de nuestro relato, diciendo que *Pachakutiq Inka Yupanki* y sus siete acompañantes después de la inspección, retornaron a la sagrada ciudad del Sol. Llegado a la ciudad, la misma noche del retorno, apremiado por algún imperativo interno, el Inka ingresó a *Qorikancha* o Templo del Sol, que a estas alturas del relato, el lector ya

debe estar familiarizado. Allí, delante del gigante disco en oro, réplica del astro Dios, cumpliendo con los rituales de rigor, dio cuenta de cuanto hasta aquel momento había logrado de los encargos que hábiale conferido. Hizo lo propio ante el ánima de su padre *Wiraqocha Inka Yupanki*, quien yaclá cóntiguó a la de su madre en una de las hornacinas del templo. Por lo visto con esta acción, *Pachakuti Inka Yupanki*, lindaba su responsabilidad ante el supremo hacedor y entregaba en sus manos el complejo militar-ceremonial de *Saqsaywaman* funcionando, el gran Templo de *Wiraqocha* construida, la sagrada ciudad del Sol y este su Templo *Qorikancha* remodeladas, el *Tampu de Ollanta* afianzada, concluidas y verificadas las obras de las nuevas ciudades-refugio y sus respectivos accesos, así como terminada la construcción del Gran Camino o *Jhatun Ñan*, cuya punta encontrábase allá en el lejano norte, en *Tumipampa* y, convencido que gracias a la difícil tarea de conquistar el mundo, los pueblos desde un humilde asiento hasta una ciudad, estaban sembradas de cultura Inka. En resumen, cuanto habíale ordenado, estaba cumplido y aún le restaban fuerzas para seguir adelante, esta vez, en afianzar y ordenar el desarrollo sostenible de la conducta humana en el tiempo.

Es verdad que en términos concretos, la ejecución de aquellas grandes obras y la conquista del mundo, ordenadas o reclamadas por dios y la humanidad, había consumido casi toda la existencia de una generación; y, cuando aquello de la entrega simbólica en *Qorikancha* ocurría, él y *Anawarkis* su esposa, frisaban cerca de ochenta años de edad, eran ya viejos. Sus hijos, príncipes apuestos, vigorosos y valientes luchadores, con la experiencia

acumulada en esa sacrificada y agitada vida transcurrida a lado de su padre, habían acumulado condiciones y las capacidades suficientes con las que venían prosiguiendo la ejecución de las grandes obras y la conquista. En tanto sus hijas, *Mama Qyllu* casada con su hermano mayor, el valeroso *Tupaq Yupanqui*, quien cuando esto sucedía en la sagrada ciudad, ocupábase de la delicada tarea de conquistar el norte y la menor, *Suni Uylli*, casada con su hermano *Tupaq Amaru*. Con lo dicho, las condiciones para ocuparse en legislar y ordenar el desarrollo interno de la sociedad, estaban dadas.

En adelante, haría precisamente aquello que en su largo caminar, había preocupado y quizá también desatendido, el orden interno. Es más, al relacionar el devenir de su pueblo con lo manifestado en el oráculo en el que habíante anunciado que Dios, el padre Sol, se ausentaría de este mundo; concluía él, que si esto era verdad, el único que quedaba era el hijo del Sol para poner en orden la conducta humana. Como que en efecto, después de aquella noche del meteorito, la vida para él, discurrió en una dinámica casi monótona, ya no hubo más anuncios oníricos, las observaciones cósmicas, telúricas y los augurios terrenales cada vez se hicieron más difusos de entender y mucho peor de tomar como términos de referencia para dirigir los destinos de su pueblo y fue entonces, cuando recién entendió que efectivamente la caída del meteorito, preludiaba el advenimiento del *Pachakutiq*, la involución del mundo, el alejamiento de Dios Sol o *Inti Tayta*. En adelante, hasta que en el universo nuevamente fulgure *Pacha Qoylluro* la estrella que regenta los destinos del *Tawantinsuyu* que más o menos a su

entender sería de aquí a mil años, sólo las decisiones y acciones que emanen de su autoridad y de las que hagan sus veces, serían las que enrumben los destinos de su pueblo. Sin embargo, una noche después de aquellos rituales en el Templo del Sol, cuando al término de la agitada tarea del día, el Inka habíase acostado en su alcoba, soñó que una persona de apariencia extraña y superior a él, difusamente reconocible, hablábale en los siguientes términos: Hijo mío, los tiempos malos avizorados para nuestros pueblos ya se avecinan; tu vida, también es ya corta, desde ahora ocúpate en ordenar aquello que más adelante debe relizar tu pueblo y en preparar a aquel quien sucederá a tu hijo, que con éste, empezará el *Pachakutiq*. Fue el padre *Manko Qapaq* quien inició el imperio del bien para la humanidad y con aquel nieto tuyo que viene, concluirá el gran ciclo de los forjadores de la eternidad. La continuación de las grandes obras y la conquista que aún falta hasta que llegue aquel aciago momento, deja a tu hijo y al nieto, serán ellos quienes prosigan con lo planeado. Deja también ordenada los asuntos de gobierno y precisa bien las rituales que después de tu muerte deben observar las personas del Imperio.- Dicho esto el espectro, abandonó a su interlocutor y éste, despertó sobresaltado. Al despertar, no llamó al sacerdote ni a los consejeros, esa noche, meditó y optó más bien en seguir estrictamente las indicaciones de su consejero indeterminado.

Al día siguiente, cuando precisamente de aquellos menesteres se ocupaba en su despacho, un emisario venido desde el norte informó que su hijo *Tupaq Yupanqui*, en su afán de conquistar pueblos encontrabáse en

Tumipampa e informaronle también que en dicho pueblo, había nacido uno de los hijos de aquel, a quien le habían llamado precisamente con el nombre de *Uña Yupanqui*; nombre suyo de nacimiento. La noticia, debió impactar tanto que *Pachakuti Inka Yupanki*, inmediatamente ordenó que el conquistador del norte, en el término de la distancia se hiciera presente con su familia ante el Inka. Después de un tiempo, lo suficiente entre recibir el mensaje y viajar desde allá, el victorioso conquistador *Tupaq Yupanqui* acompañado de su esposa *Mama Oqllu* y su hijo entre ellos el recién nacido *Uña Yupanqui*, más la población trasladada, llegaron a la ciudad del Sol. Pero antes, el soberano había ordenado que el recibimiento al conquistador tenga el brillo y la trascendencia que merecía la ocasión, al respecto dejó dicho: No sólo llega el conquistador ataviado de triunfos, llegan dos Inkas; éste que pronto recibirá la borla y el que más adelante sucederá a él. De modo que cuando *Tupaq Yupanqui* y su familia, seguidos de su séquito hicieron su ingreso en la sagrada ciudad del Sol; el propio *Inka Pachkutiq*, acompañado de una multitud innumera de hombres y mujeres, fue quien dio la buena llegada. El encuentro, se realizó en la explanada de *Kusipata*. Hubo fiesta, se cumplieron con los protocolos de bienvenida, se oficiaron las ceremonias que el advenimiento del príncipe menor exigía, la misma que en su oportunidad no se había festejado porque el hecho se produjo en *Tumipampa* lejos de palacio. Aún más, en esta misma ocasión, el propio Inka dada las circunstancias muy particulares en las que naciera su nieto, ungiólo gozoso con los rituales de oficio y le cambió el nombre original de *Uña Yupanqui* con el de *Wayna*

Qapaq el magnánimo joven, en honor a la memoria de *Manko Qapaq Inka*, el grande y primer Inka del Imperio. Desde aquel día también, en el entendido que *Tupaq Yupanki*, obligado por sus funciones delegadas de gobierno, continuamente estaría ausente de la sagrada ciudad del Sol, lo cual significaba descuidar la educación del príncipe *Wayna Qapaq*, el niño, fue prolijado por *Pachakutiq Inka Yupanki*, consecuentemente, pasó a la tutela y cuidado de éste. A partir de aquel momento, el anciano Inka, además de su labor legislativa, ocupóse exclusivamente de la educación y formación del niño.

Pasado aquellas formalidades y transcurrido reconfortantes vacaciones al lado de su familia, el conquistador *Tupaq Yupanki*, por orden del Inka *Pachakutiq*, dejó la ciudad del Sol y al mando de 50 mil hombres, emprendió su viaje de conquista con destino a la frontera de la región *Anti* donde el General *Achachi* venía enfrentando ciertas dificultades. En ese tránsito por la jungla, luego de dos años de haber lidiado con las inclemencias de la hostil naturaleza, retorno con algunos hallazgos de oro, la plata, plantas medicinales, alimenticias y abundante fauna silvestre, útiles a la humanidad y cierto número de hombres salvajes o *Ch'unchus*¹³ de diversas étnias sin mayor importancia cultural, ni económica. En conclusión, razones como las señaladas, indicaban que forjar un asentamiento en aquellas ubérrimas tierras, al principio, serían muy sacrificadas y costaría mucho tiempo establecerlas, sobre todo en hacer cultas aquellos inmensos bosques poblados de gigantes árboles, cruzar

los ríos y quebradas, mantener permanentemente cultas las tierras y habilitar los caminos y puentes, en fin tarea dura que a su juicio, aún no sería el momento para ocuparse de aquello.

Después de la misión *Anti*, *Tupaq Yupanqui* apenas permaneció tres años en la sagrada ciudad del Sol, fueron las noticias llegadas del sur o *Qolla Suyu*, dando cuenta de conflictos que perturbaban la paz social en el extremo sur protagonizados entre las etnias *Charkas*, *Killakas* y *Karanqas* de aquella zona, las que motivaron el desplazamiento rápido del príncipe con destino a estas regiones. La expedición la realizó al mando de un ejército de 100 mil soldados y cerca de 150 mil familias *Kanchis* y *K'anas*. *Tupaq Yupanqui*, llegó a la zona de conflicto y estableció su campamento en la nación *Charka*, desde allí, no sólo dejó pacificada esta zona, sino que dejó establecidas las 150 mil familias como mitmas o conquistadoras llevadas desde el *Qosqo*. Esta expedición, duró más de tres años y en ese lapso, no sólo hizo lo que acabamos referir, sino que recorrió palmo a palmo los confines meridionales comprendidos entre *Chago*, *Tucumán*, *Atankama*, hasta tierra de fuego, en los que dejó afianzadas la organización política, social y económica del Estado Inka.

Mientras allá en el sur *Tupaq Yupanqui*, se ocupaba de aquello, el justiciero *Pachakutiq Inka Yupanqui*, en la sagrada ciudad del Sol, ocupó su tiempo en dictar leyes y reglamentos, que permitirían afianzar el desarrollo cultural de los pueblos de su extenso Imperio. Entre las decisiones más trascendentales que le cupo tomar fue: ampliar el

funcionamiento de los centros de saber o *Yachaywasis*¹¹⁴. Incrementar el número de maestros o *Amawtas*, universalizar el uso de la lengua *Quechua* como idioma oficial. Previendo la extinción de especies y demás recursos naturales: diseminó el cultivo de especies alimenticias y medicinales en todo el imperio, incrementó la crianza de animales; prohibió la utilización desmedida de los metales como el oro y la plata, piedras preciosas, plumas de aves de colores y el uso indiscriminado de la libra de *vicuña*¹¹⁵. Incorporó reformas substanciales en las normas sumarias para juzgar a los holgazanes, mentirosos y ladrones; instituyó que los minusválidos, como los ciegos, cojos, sordos y mudos de acuerdo a sus potencialidades, podían trabajar en tareas compatibles al órgano hábil. Del mismo modo, los viejos y viejas, ocuparíanse también en ejercer tareas simples como ahuyentar plagas en los sembrados, en las cosechas, en los tendales y en la éras. Mandó y ordenó también que los niños-varón o mujer- desde los cinco años, en períodos vacacionales, bajo responsabilidad de sus padres, entrarían en acción social acorde a sus edad en servir de lazarillos de ancianos y ancianas, cuidar y alimentar animales menores. Así mismo, dispuso como obligatorio, los trabajos de bien público en turno o *Mita* para los minusválidos, huérfanos, viudas, madres solteras, ancianos sin parientes y otros seres agravados por fuerzas externas, para los que en cada pueblo y en su oportunidad, programarían en los calendarios del año agrícola la prelación de actividades a realizar en el siguiente orden:

114 Escuelas

115 Vicuña vicuña.

trabajos en tierras del Sol, trabajos en tierras del Inka, trabajos en tierras de los desprotegidos y finalmente trabajos suyos mediante la ayuda mutua. Igualmente, para mitigar el esfuerzo desplegado por las personas, estableció tres días de feriado en el mes con un intervalo de nueve días cada uno. Dispuso también, que en las ciudades y centros poblados de mayor flujo de habitantes, dichos días, se realicen las transacciones de intercambio de bienes y servicios denominados *Qqatu*¹¹⁸ o negocios, los mismos que para tener realce se acompañaren con fiestas y actividades culturales. Estableció también jurisdicciones y dominios de las regiones, naciones, centros poblados, comarcas, aldeas, familias y personas, mediante hitos y linderos imperecederos. Hitos que bajo pena de muerte del *Quraqa* o gobernador que mandase en el lugar, no podían ser disminuidas ni aumentadas. Así mismo, reestableció la antigua norma de ejecutar en los precipicios de *Waqll* a los ociosos, ladrones, mentirosos y péfidos. Esta vez, el sabio *Pachakutiq Inka*, hizo extensivo esta pena a los parricidas, fratricidas, homosexuales, blasfemos, adúlteros y adulteras; violadores de doncellas, incendiarios, envidiosos, etc. Aprobó y ordenó también las relaciones y las normas de conducta que las personas debieran observar desde el nacimiento hasta su muerte, tanto al interior de la familia, poblado, nación, región, como en todo el Imperio. Del mismo modo, estableció los alcances, limitaciones y derechos de la familia, del niño, de la mujer, de los ancianos y minusválidos, del matrimonio. En suma éste prohombre, afianzó también la

118 Fena de intercambio de bienes y servicios o trueque

legislación tributaria, precisando la obligatoriedad de pago y liberando de estas obligaciones a todas las personas varones mayores de 50 años, a las mujeres sin distinción de edad, a los enfermos hasta que recobraran su plena salud, a los inútiles incapacitados de obrar en trabajos productivos; excepto los sordos y los mudos, quienes tenían ocupación en tareas donde no había necesidad de oír ni de hablar. Ordenó también que por ninguna causa ni motivo, el contribuyente del imperio podía pagar tributos con herramientas o instrumentos propios del trabajo, hogar o de la familia, sino, sólo y exclusivamente con su trabajo o bienes materiales y servicios productos de su oficio y con los trabajos para la patria. Dispuso además que en las obligaciones tributarias, todos eran iguales y que previa comprobación, nadie podía pagar tributos con aquello que su heredad u oficio no producía, más si una familia pese al arduo trabajo no lograba cosechas o bienes suficientes, el contribuyente no pagaba, no estaba permitido pedir prestado al vecino o pueblo aledaño para pagar impuestos. En suma, el sabio y justiciero *Pachakuti Inka Yupankien* concordancia con su consejo de ancianos, aprobó, derogó normas y costumbres que a juicio de ellos resultaban obsoletas.



XXVI

¡Ay tiempo, tiempo!. Constante e inexorable. Tiempo que viene, tiempo que llegó, tiempo que pasa y seguirá pasando. Tiempo que devora días, noches, meses, años, siglos, milenios, en fin; en esa perpetuo espiral, lo preocupante del tiempo, no precisamente está en que éste a su paso, destruye, corroe, orada, erosiona, reseca, pudre; éstruja o hace añicos y en polvo a cuanto se le anteponga, no, lo peor está en que a los seres vivientes, además, los hace viejos. De esta verdad, *Pachakutik Inka Yupanqui* como uno de los egregios forjadores de la eternidad, sabe y tiene presente en qué momento el tiempo aquel, le va pisando los talones. Por ello mismo, a su paso por esta efímera vida, que ya son noventa y ochos años las que lleva encima, como bien consta al lector, ha cumplido con creces el plan y las metas que tiene trazado para con su pueblo. Son grandes obras las que quedan, a las que el tiempo, si quisiera convertir las en polvo, tendrá que tardar una eternidad. Precisamente aquel amanecer de primavera, pensando en las sorpresas que aquel tiempo suele acarrear para los hombres, el anciano *Pachakutik Inka Yupanki*, acompañado de su menor nieto el príncipe *Wayna Qhapaq*, habían madrugado con destino a las extensas parcelas roturadas y sembradas de *qolqampata*.

Allí, sentado en uno de los torreones de la sementera, solía reflexionar, sobre aquellas cosas de la vida y a la vez, disfrutaba si esto es el término, de la fragancia que exhala la tierra húmeda al ser entibiada por los incandescentes rayos de su padre el astro Dios. Esa grata y sublime sensación, para él, era el tónico y porqué no decir también, su terapia natural que cada día que pasaba iba revitalizando su ser. Aún así, ya percibiendo el ocaso de su vida y viendo cerca a este tiempo que convierte en polvo a todo; esa mañana, en una forma muy elocuente, hizo entender a su nieto, que todo ser viviente en la vida, nace, crece, se reproduce y muere. El hombre de hoy, ya no era el mismo de ayer, ni el de hoy, sería igual al del mañana; cada día que transcurre, se hacen más viejos. Entonces, explicaba a su acompañante, que éste forjador de la eternidad, refiriéndose a él, no es ni podrá ser la excepción de esa regla impuesta por el padre el Sol, también estaba siendo atrapada por la dialéctica del tiempo, por esa espiral que ha todo hacia polvo; sin embargo, como hijo del Sol, él, sus descendientes, su pueblo, ni sus obras, jamás serán convertidas en polvo, porque ellos, no habían sido creados o manipulados del vil polvo, sino, esculpidas y forjadas de las rocas más duras que existen en el universo. Del mismo modo a su paso por el canto de los labrantíos, el anclano a la par que caminaba, iba explicando también a su pequeño acompañante, que mientras los viejos van muriendo, la humanidad va reponiendo con creces sus pérdidas, nacen otros hombres pero en mayores cantidades y estos para perpetuar la especie, seguirán el camino trazado por sus ancestros y si no quieren ser atrapados por el tiempo, tendrán que superar lo que sus padres hicieron y para

lograr aquello, sólo había un camino, nutrirse de los prodigios que la madre naturaleza, trabajándolas con cariño y respecto. Así, cogiendo con sus manos un puñado de suelo húmedo conteniendo una semilla en germinación, decía que la vida, nacía de la tierra y le demostraba de cómo, una pertinaz lluvia de gotas menudas, además de mullir la fértil tierra, hinchaba aquella semilla y el calor del astro Dios, activaba la germinación y todas juntas perpetuaban el desarrollo eterno de la vida. Decía también que una repentina falla del agua, la tierra o el calor del astro Dios, atentaba contra la vida misma; pero el hombre previsor, jamás debe permitir aquello y la forma de hacerlo, era trabajando con devoción y cuidando la armonía de la madre naturaleza. Así, solía suceder más o menos todos los días entre el anciano Inka y su nieto *Wayna Qhapaq*, desde cuando éste llegó de *Turnipampa*.

Esa mañana en particular, debió haber tomado determinaciones contundentes que inmediatamente y en inusual acto, ordenó retornar rápidamente a palacio; allí, mandó venir a sus hijos de sangre, al *Willaq Uma*, Consejeros Supremos y a todos los notables del imperio a una reunión en *Jatun Kancha*¹¹⁷ del palacio. La reunión se realizó conforme las había convocado; sin que faltara una persona de los que debieran estar presentes, se concentraron en el salón. Cuando lo dispuesto anduvo en orden, el padre y justiciero *Pachakutiq Inka Yupanqui* acompañado de su esposa *Anawarki*, derrochando fortaleza física y magnanimidad propia de su alta investidura, cual si su inexpugnable mente previera

117 El gran salón

situaciones futuras que merecieran ser compartidas con los suyos, se dirigió a sus circunstantes pronunciando estas palabras: Hijos míos, os he citado a esta sesión, para comunicaros que la vida de los hombres es pasajera y la vida de vuestro Inka, no tiene por que ser distinta. Soy viejo, los años me pesan y mis fuerzas declinan, no digo que me he cansado, por que cansado no estoy, sino, las circunstancias que se nos vienen por adelante, exigen que el paso de los hombres que regentan los destinos del imperio de los hijos del Sol, tenga que sobrepasar la velocidad del tiempo y en eso, mis pasos son ya lentos. Precisamente, por esa consideración les he convocado y antes de entrar en detalles puntuales, debo deciros que desde cuando mi padre confiara en mis manos los destinos de su pueblo, hice lo que debí hacer, no es necesario saber de cuánto y qué se deja, cumplimos con las metas que en su oportunidad nos hemos trazado. La vejez y la muerte, generalmente caminan juntas, lo malo es que ésta, es traicionera, sólo ella sabe cuándo acaba con su compañero; pero, en previsión a ello, considero que el momento es oportuno para que escuchéis bien y cumplán con lo que hoy debo dejar recomendado. Primeramente, no bien mi padre El sol me llame a su lado, será *Tupaq Yupanqui* quien acceda a la borla escarlata del Inka y la coronará el *Willaq Uma*, sin embargo, como tendrá ardua tarea en la conquista de pueblos nuevos y en poner en orden a aquellos revoltoso que siempre habrán, el cual significará ausencia del Inka por tiempos largos de esta sagrada ciudad, en ese caso, mi hijo *Llanqqe Yupanqui* siempre con la borla dorada, será quien ayude a gobernar a su hermano y hacerse responsable de la educación y formación del Príncipe *Wayna Qapaq*, quien aún niño ya

está bien encaminado. Así mismo, es mi derecho y deseo dejar ordenado que quien suceda a *Tupaq Inka Yupanqui*, si antes no ocurre nada malo con él, será *Wayna Qhapaq Inka*. Aquí, os dejo la borla roja para que en su oportunidad quien corresponda hacer, las corone en *Qorikancha*. Dejo dicho también para vuestro entero conocimiento, que en tiempo de *Wayna Qhapaq Inka*, se producirá el *Pachakutiq*, en ese futuro, el mundo se habrá de poner de cabeza, aparecerán por el norte, hombres malos llenos de porzoña en la sangre y en sus actos maldad; con aquellos, habrá guerra y que al fin, ganarán ellos y se terminará el imperio de los hijos del Sol, de los forjadores de la eternidad, hasta el nuevo *Pachakutiq*. Mientras aquello ocurra, habéis de observar y actuar ceñidas estrictamente a la fe de nuestro padre El Sol, nuestras deidades, ánimas de los ancestros Inkas y mucho amor a vuestro Señor padre *Tupaq Inka Yupanqui* y él a su pueblo. Entre vosotros, deberán vivir en concordia y armonía. En materia de gobierno, tanto en la sagrada ciudad como en todos los pueblos de nuestro dominio, deberéis de gobernar con amor, justicia y probidad, no habrá preferencias. De aquí en adelante, difíciles circunstancias sociales les corresponde afrontar, no consentiréis discordia sin causa entre los hombres. Si alguna persona o personas, se revelasen o traicionasen a la autoridad del Inka, aún cuando estos fueran mis hijos o hijos de mis hijos, estos, inmediatamente serán ejemplarmente castigados. En tiempo de paz o de guerra al enemigo, jamás amenazáis, si castigo merecieren, háganlas en el momento y sin amenazar. En cualquier caso, el delincuente en flagrante delito, debe ser castigado sumariamente, sin dilaciones y en presencia de la sociedad. Castigar más allá del hecho delictivo, es delito

de la autoridad que debe ser reprimido. El ocioso, el ladrón y el mentiroso, actúan tan igual que el traidor y se consideran enemigos del Inka, merecen la pena sumaria de muerte, no permitan que ésta norma sea quebrantada, pues son éstas debilidades humanas, las que engendran los males irreversibles de la humanidad. Ya os dije que en el gobierno de *Wayna Qhapaq Inka* se presentará el Pachakutiq o la involución del mundo. En previsión, mandé fabricar tres ciudades-refugio llamadas *Paykiki*, *Palallaqta* o *Winay Tiana* y *QhoqqeKiraw*, estos asientos, están construidas para preservar al linaje de los hijos del Sol y el acervo cultural de nuestra sociedad del acecho de aquellos malos hombres. Cuando la sagrada ciudad del Sol esté en inminente peligro y sea imposible de mantenerla, será ese el momento oportuno para trasladarse con destino a aquellos refugios. En ese caso, primeramente deberán ser transportadas todas las custodias o *P'unchaus* de nuestros antepasados, inclusive el mío y de los que después me seguirán en la muerte y con estos tesoros divinos, irá toda la familia imperial y su logística correspondiente. Desde allí el Inka, conducirá y ordenará a su pueblo hasta que humanamente sus fuerzas le acompañen. Estas ciudades, están construidas en lugares estratégicos, cuya ubicación exacta será transmitida en su oportunidad a *Tupaq Inka Yupanqui* por los *Amawit'as* constructores y éste a su vez transmitirá en su oportunidad a su heredero. Estos asientos, sólo tienen una vía de comunicación con esta ciudad del *Qosqa*, producida el traslado del último hombre del linaje, estos accesos serán fallados y desarticulados. El Inka, desde allí se comunicará con sus pueblos por otros medios que están también previstas en cada ciudad. Como aquellos hombres malos

vienen desde lejanos lugares trasmontando mares, sólo en busca de oro: el oro del Inka y de las deidades, serán desaparecido en las profundidades de los lagos, lagunas, ríos caudalosos, precipicios, riscos y en el peor de los casos, enterrados en lugares inaccesibles. En el caso de nuestro sagrado Templo de *Qorikancha* y cuánta riqueza y enseres se encuentran allí, no las tocáis. La casa de mi padre el Sol, si tiene que ser mancillada, que lo sea por manos de delincuentes que él sabrá cuándo y como castigar. Finalmente hijos míos, escuchéis bien el encargo que cuando vuestro Señor fallezca y suceda lo propio con mi esposa, llaméis a todas las personas del linaje a este salón de mi palacio, como que hoy estáis aquí y comuniquen secretamente mi muerte y coronen como mi sucesor a *Tupaq Inka Yupanki* en el sagrado Templo de *Qorikancha*, conforme están establecidos los rituales de estos actos. Una vez coronado el nuevo Inka, el mismo día, se dará a conocer de esta coronación a todos los pueblos del Imperio mediante pregones y Chaskis y al siguiente día, en la Plaza de *Waqaypata*, en una concentración multitudinaria de fieles, se presentará al nuevo Inka *Tupaq Yupanki* y recién allí, se comunicará la muerte de *Pachakutiq Inka Yupanki* y de *Mama Anawarki*. Se ordena así, en previsión a que en el Interregno, entre la muerte del Inka y la coronación del nuevo, pueda presentarse rebeliones y levantamientos. Seguidamente en el anuncio de mi muerte, ordenarán que todas las personas del Imperio ayunen durante tres días y en cada uno de los hogares no se encienda luz o farol alguno, ni se pruebe ají ni sal. Esos tres días de ayuno y luto, hombre o mujer, niño o viejo se desprenderán de sus vestiduras preciadas; los varones, en sus cabezas no llevarán ningún

distintivo de oro ni plata y se despojarán de sus respectivos pendientes, brazaletes y las mujeres, en vez de prendedores, alfileres, brazaletes, pulseras y otros tocados de oro y plata, las llevarán de espaldas, soguillas, cueros o tejidos de fibra. Después de los tres días, los de mi linaje se dirigirán con destino a los baños de *Ollantaytampu* y en sus aguas, se someterán a una limpieza general del cuerpo y los fieles del común, se harán la misma limpieza, pero, en cualesquiera de las fuentes límpidas del campo, sólo así, las personas volverán a vestir sus prendas cotidianas y recién podrán presentarse ante mi cadáver. Cumplido con esto, preguntéis a las princesas, matronas, doncellas o *Aqllas*, a hombres y mujeres que buenamente quisieran acompañarme en este viaje final. Los que así decidieran, se vestirán con las ropas y joyas de oro, plata y demás aderezos más preciados, con cuyos atavíos harán fiesta en honor mío y beberán el licor sagrado hasta perder la vida. Los que voluntariamente perdieren la vida por mí, tanto mujeres como varones, provistos ellos de sus alimentos favoritos y utensilios de uso, serán enterradas en sus respectivas fosas las que desde luego, estarán ubicadas en lugares aledaños donde vuestro Inka vivió. Ordeno también, que en el momento en que anunciéis mi muerte, convoquen a todos los fieles a una reunión en la plaza principal, que por algo se llama *Waqaypata*, plaza del llanto, allí, mujeres y varones cantarán llorando y en vos alta, evocando las obras y conquistas hechas por mí en vida. Este llanto, deberá realizarse en todo el imperio y para ello, de las doncellas y mancebos que voluntariamente ofrendaron su vida por su Inka, escogerán a cuatro parejas, representando al Inka y a su esposa, cuyos bultos debidamente embalsamados, se las transportará en

sendas comitivas a las cuatro regiones del imperio; allí, las gentes, rendirán culto y llorarán durante los diez días de duelo al igual que la ciudad del Sol, luego esas ánimas, las sepultarán en los acantilados del inmenso mar, cuando se trate de la costa; en la sierra, en las profundidades del lago *Titi Qaqa*¹¹⁸ y en la selva, en uno de los recodos del *Amaru Mayu*¹¹⁹. En lo que respecta al cadáver del Inka y la su esposa *Anawarki*, procederéis conforme se hizo con mi padre *Wiraqocha Inka Yupanki*, con un agregado y consistirá en forjar en oro macizo tres réplicas de mis restos y la de mi esposa en tamaño natural y serán estas réplicas, las que se entierren en mi palacio de *Oqasana*, en *Choqkek rawy* en *Patallaqta*¹²⁰ de *Wiñay Tiana* y los bultos principales, se acondicionarán en la hornacina correspondiente del templo *Qorikancha*. Como mi muerte coincidirá con el ascenso de *Tupaq Inka Yupanqui*, habrá recogimiento en los primeros quince días y fiesta de alegría en los siguientes quince, en homenaje al nuevo Inka. Finalmente, cumplido un año después de mi muerte, aquí en la sagrada ciudad del Sol y en todos los pueblos del imperio, se festejará con mucho regocijo y colorido el aniversario. Aquel día, preludando el día central, los poetas o *Jarawikus*, recorrerán los lugares más importantes por donde anduve, recitando y contando a viva voz mis hazañas y victorias; en tanto las doncellas o *Akllas*, cantarán y recitarán las obras y virtudes de *Mama Anawarki*. El día central y los subsiguientes días, cual si

118 Actual Lago Titicaca, el más alto del mundo

119 El Río de la sierra.

120 Ciudadela edificada sobre una terraza porosa, al que hoy, se viene en denominar Machupiqchu.

estuviere yo en vida, con actividades culturales, deportivas y derroche de mucha alegría se me festejará el día de la eternidad o *Pfuruqaya*¹²¹. Finalmente, en todas las actividades económicas, culturales y sociales del imperio, antes de iniciar y al concluir las labores de trabajo, habréis de evocar mi nombre y en vuestros mensajes, por intermedio mío, impetrarán a nuestro padre El Sol, buenos tiempos para el pueblo. Hijos míos, en el tiempo que queda hasta que venga el *pachakutiq* con su carga de ponzoña, vivís bien y observen estas recomendaciones; pues en aquéllos tiempos cuando la maldad haga su feudo del *Tawantinsuyu*, los hijos del Sol y su pueblo, serán exterminadas y barridas de su propia morada. En este sagrado recinto de los hijos del Sol, sólo quedará la imponente cordillera o el *Apu Awqanqate*¹²² incólume con su blanca cabeza erguida, mostrando de vez en cuando sus fibras azulinas y sus protuberancias desnudas, erosionadas y raldas por el tiempo; aún así, sólo él, como testigo del ocaso de *Pacha qoyllur*, contemplará de cómo inexorablemente unas tras otras, sus generaciones se irán extinguiendo en la maraña del tiempo y también, será quien cobije en sus entrañas los despojos exangües y sorberá a raudales la sangre de los forjadores de la eternidad cuando mañana, la emanación de la pestilencia inunde a su pueblo. También él, será quien en sus faldas, meselas valles, fisuras y riscos, en el corazón de la *Pachamamá*, cubra a su pueblo con el follaje del tiempo, como el labriego que protege la semilla del frío invierno, así, cubrirá a la semilla

121 Fiesta de evocación al más allá, donde los danzantes simulan volar en el espacio para hacer escuchar sus plegarias al Inka.

122 Cordillera elevada, ubicada en la parte suroccidental de la ciudad del Cusco; con el tiempo ha tomado la denominación de Ausqanqate.

de los forjadores del bien, hasta que la involución del mundo acabe y nuevamente rebrote con vigor y expurgue aquella horrible pestilencia. Con esta misión se mantiene y se mantendrá incólume, siempre desafiando al tiempo. Al amparo de esta montaña, os dejo hijos míos, él, sabrá cuidarlos hasta la eternidad.

Dicho esto, uno de los más grandes hombres del *Tawantinsuyu*, sentado en su butaca y tomado de las manos de su esposa *Anawarki Qoya*, cerraron los ojos, suspiraron hondo y expitaron. El mundo, quedó en silencio y llanto, por que murieron *Pachakutiq Inka Yupanqui* y *Mama Anawarki Qoya*, los forjadores de la eternidad.

Fin

Cusco, diciembre del 2003.

Diagramación e impresión



**Derrama
Magisterial**

SERVICIOS GRÁFICOS

Av. Gregorio Escobedo 598 - Jesús María

Teléfono: 261 4005

LIMA - PERÚ

2004

Se imprimieron 1.000 ejemplares

